

DRAMAS CÓMICOS

CARLO LANZA

EPISODIOS CURIOSOS

ESCRITOS POR

EDUARDO GUTIERREZ



Es propiedad literaria y artistica de los
Con Editores EMIL BIRNBOIM y CA.
Buenos Aires-Calle General Lavalle 1276

BUENOS AIRES

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE P. BUFFET Y C^a, CALLE TUCUMAN, N^o 23.

1886

CARLO LANZA

EPISODIOS CURIOSOS

UN AVENTURERO

Pocos hombres habrán alcanzado entre nosotros la celebridad de Carlo Lanza, el aventurero mas audaz é inteligente que haya llegado á América.

El vicio de la estafa y el hecho de enriquecerse á costillas del prójimo habia sido elevado por este hombre extraordinario á la categoría de arte, que practicaba con una sagacidad asombrosa y con un profundo conocimiento de los hombres y las cosas.

Generalmente se cree que las víctimas de Carlo Lanza han sido pobres napolitanos ignorantes, que, engañados hábilmente por el aventurero, le entregaban sus ahorros, halagados por el interés crecido que les pagaba.

Pero esto no es exacto, porque personas ilustradas é inteligentes como el doctor Cimone, por ejemplo, cayeron tambien entre las redes hábilmente tendidas por Lanza, cuya explotación asombrosa no se habia dedicado solamente á estafar el dinero de los infelices ignorantes, á los que no podria despojar sinó de cantidades cortas.

El habia puesto los puntos tambien á la gente mas rica de la colonia italiana, que podia engrasar sus cajas con sumas fuertes y dándole á ganar uno solo, lo que no le daban diez ó quince infelices reunidos.

Así se vé que á su casa caían todos, desde el pobre infeliz que iba á depositarlo el fruto de veinte años de trabajo, el hombre acomodado que le daba dinero para remitir á la familia, con

encargo de hacerla venir, y hasta el médico inteligente que, como el doctor Cimone, giraba por su intermedio gruesas sumas para atender sus compromisos en Europa.

Es que Carlo Lanza era una especialidad en el arte de inspirar confianza.

Cualquiera que hablaba con él un cuarto de hora, salía creyendo que Lanza era el hombre mas honrado é inteligente de este mundo, y el banquero mas fuerte de Buenos Aires.

Sus corresponsales eran las personas mas importantes del comercio europeo, y su crédito era ilimitado en los Bancos de Europa y sobre todo de Italia.

Así Carlo Lanza estaba relacionado con toda la sociedad italiana de Buenos Aires, desde su miembro mas espectable hasta el mas infeliz lustrabotas.

Y con todos ellos tenia negocios de mayor ó menor importancia, pero negocios que iban preparándole el terreno que habia de pisar mas tarde.

De un exterior sumamente simpático, de una conversacion fácil y atrayente, con el aire de una persona nacida entre los millones y habituada á derrocharlos, con una fisonomía hermosa é inteligente, se insinuaba de tal manera que era muy difícil defenderse de su influencia.

El estudiaba rápidamente, pero con una seguridad admirable el espíritu y modo de ser de la persona con la que se ponía en contacto, y solo despues de conocerle lo que él llamaba su

lado flaco, recién le tendía las redes en que debía hacerlo caer.

Y las tendía con tal habilidad, con tal seguridad, que á las dos ó tres veces de hablar con él, aquella persona se lo había entregado en cuerpo y alma.

Quién iba á dudar de la integridad y la fortuna de aquel banquero, que llevaba una vida opulenta y cumplía todos sus compromisos aun antes de vencerse, que adelantaba dinero bajo la sola palabra del que lo recibía?

Es que Carlo Lanza prestaba realmente con la mayor facilidad y confianza, sabiendo á quién le prestaba y calculando que aquel préstamo era el cubo con que había de atraer á sus cajas el dinero de su deudor.

Comerciante de monudeo, apretado por algun vencimiento, propietario apurado por alguna hipoteca, cliente que quería girar dinero que no tenía inmediatamente, acudía á Carlo Lanza en la seguridad de que había de sacarlo de apuros.

Y ninguno salió de su casa con las manos vacías ni sin jurar que en su vida no haría jamás ningún negocio sinó por intermedio de aquel gran banquero.

Lanza podía caer muchas veces en prestar dinero á quien no se lo había de volver en mucho tiempo, ó tal vez nunca.

Pero no era porque no supiese de antemano que aquel dinero que prestaba no volvería á su poder, sinó porque bien sabía que su deudor, en cambio, le traería clientes que podían dejar entre sus manos ávidas de dinero, docientos veces mas de lo que perdía en el préstamo.

Los napolitanos y gente infeliz que iban á depositarle sus ahorros ó á hacer por su intermedio remesas á Europa, creían en Carlo Lanza, con tanta fé como se cree en Dios.

Le hubieran depositado la vida si Carlo Lanza los hubiera ofrecido pagarles interés por ella.

Es que Lanza, con una sagacidad suprema, se había apoderado de un elemento estupendo para el logro de sus fines, pues que no eran otros que apropiarse todo el dinero de aquella clientela que, entre toda, podía entregarle una gran fortuna.

Carlo Lanza se había hecho amigo de cuanto cura y fraile italiano había en la ciudad y en la campaña, haciéndose por ellos un doble y famoso servicio.

Porque estos, no solo depositaban en manos de Lanza su dinero reunido á fuerza de misas y estipendios de costumbre, sinó que aconsejaban á sus devotos y gente que los escuchaban como á verdaderos ministros de Dios, que hicieran lo mismo, entregando á Lanza todo el fruto de sus economías, reunidas á costa de todo género de privaciones.

Y cómo iban ellos á desconfiar, cuando era el mismo párroco quien se lo aconsejaba y quien depositaba en su poder hasta el último medio?

Cafan sin vacilar á casa del banquero y le entregaban su dinero, sin mas constancia, que el asiento de sus libros y sin siquiera exigirle recibo.

Y Lanza dominaba á aquellos curas y frailes

tanto, como ellos mismos dominaban á sus neoroguianos y feligreses.

Lanza se había apoderado de ellos, invitándolos á comer continuamente y preparándoles á grandes farras con mujeres de la vida airada, á grandes farras con mujeres de los buenos ministros que asistian asiduamente los buenos ministros de Dios, asombrados del ascendiente fabuloso que tenía Lanza entre las bellas de vida tormentosa.

Estas, hábilmente aleccionadas por Carlo Lanza, trastornaban de tal manera la cabeza de los estimables curas, que no hacían sinó mandar á un amigo pidiéndole la repetición de aquellas fabulosas farras.

En el curso de esta curiosísima historia nos hemos de ocupar debidamente de estas verdaderas borrascas sacerdotiles, donde campea todo el genio travieso y emprendedor del famoso Lanza.

Pagadas y amaestradas por Lanza aquellas bellas, lejos de admitir regalos de los sacerdotes, les daban en prenda de su amor largos y sedosos rizos comprados en las peluquerías, y otras prendas por las cuales ellos las creían locas de amor.

Así la casa particular de Carlo Lanza parecía una confradía, pues continuamente tenía curas á su mesa y curas atorrando en camas y catres armados con aquel esclusivo objeto.

Cura italiano que llegaba de la campaña paraba en su casa, donde el amigo los alojaba sin dejarlos carecer de la menor cosa.

Y como siempre, los que llegaban traían dinero á depositar ó á girar; él se reía de todas las incomodidades que podían causarle y siempre les rogaba que permanecieran una quincecena mas en su compañía.

No podía darse un procedimiento mas hábil y mas sagaz, porque teniendo contentos y confiados á los curas, no solo tenía el dinero de estos, sinó el de toda aquella gente infeliz que de ellos dependía.

Y esta táctica que en la ciudad le había dado resultados famosos, en la campaña constituía para él una verdadera fuente de recursos y de riquezas.

Allí la gente de trabajo ahorra todo el dinero que gana para remitirlo á Europa, hacer traer sus familias ó colocarlo á interés.

En nadie tienen mas confianza que en el cura, cuyos consejos siguen ciegamente, mas cuando lo ven prestigiado por el ejemplo.

Qué banquero mas seguro para ellos que el banquero del cura?

Así fué pues como Carlo Lanza dió un gran impulso á su casa de comercio y labró la fortuna inmensa que hizo tan ruidosa su caída.

Por esto es que la fuga de Carlo Lanza hizo aquel estrépito asombroso que repercutió hasta los puntos mas apartados de nuestra campaña, donde quedaban sus victimas entregadas á la mayor desesperación, porque á muchos de ellos el famoso banquero les llevaba el fruto de veinte años de trabajo asiduo y constante.

Hombres que habían hecho el sacrificio de toda su vida para labrarse un porvenir, se on-

contraban de la noche á la mañana tan pobres y miserables como cuando recién vinieron.

Es fácil recordar que en los primeros días de la fuga de Lanza, la cuadra donde estaba su casa, en la calle Tacuarí, parecía un barrio en revolución.

Habia allí mas de mil personas entregadas á todos los excesos de la desesperacion y de la ira, presentando escenas de lo mas conmovedor y risueño.

Y cada uno referia su desventura en alta voz, con todos los episodios que la habian precedido.

Pocas historias tan ricas en episodios como la que hoy ofrecemos á la curiosidad de nuestros lectores, pues no habrá un segundo tipo que, como Lanza, haya recorrido con mayor éxito la escala que separa á un peon de fondin, de un banquero opulento y de fabuloso crédito.

Nada mas curioso y ameno, nada mas risueño y cómico que la historia de Carlo Lanza, desconocida hasta hoy de sus mismas víctimas.

Mucho trabajo nos ha costado reunir la riqueza de datos que poseemos, pero él está harto compensado con el éxito que tiene que alcanzar su publicacion.

Quién era este Carlo Lanza, y de dónde venia?

Nadie sabía esto con certeza, pues solo se conocia lo que él mismo queria contar, que no debia ser la verdad, seguramente.

Para unos, Carlo Lanza era un jóven defamilia rica, que habilitado por su padre habia venido á América á aumentar su fortuna con un fuerte Banco de giros, y á pasear estos países.

Y esto no era mas que el pretexto de que se habia valido su señor padre para hacerle romper un compromiso de matrimonio que habia contraido y que no le convenia bajo ningun punto de vista.

Esta version habia sido muy fácil de hacer circular aun entre los mismos italianos, que no lo conocian y que no tenian de él ningun antecedente europeo.

En el Club Italiano, donde se juntaba todas las noches con las personas mas conocidas, habia sido aceptada la version, porque no habia ningun motivo para dudar de ella.

Carlo Lanza tenia una linda figura, vestia con elegancia lujosa, era buen mozo y sumamente simpático, no habiendo en su exterior nada que pudiera contradecir aquella fábula.

Por qué dudar de ella tampoco, cuando no habia ninguna prevencion contra su persona?

Su aspecto y su modo de vestir eran el de un hombre habituado desde jóven á la buena vida. Lanza gastaba mucho dinero, porque era amigo de las comodidades y de los placeres.

Pero, qué habia que extrañar en él? no era rico? no trabajaba con éxito en sus negocios de giros y descuentos?

Era natural que un hombre jóven, rico y que trabajaba con ahinco y dedicacion, pudiera gastar con holgura.

Sus farras y su vida licenciosa no autorizaban tampoco á dirigirle la menor recriminacion, por-

que aunque se hubiera pasado la noche de claro en claro, desde las primeras horas de la mañana estaba al frente de su escritorio, de donde no se movia hasta la hora de cerrarlo.

Algunos le criticaban su amistad con los frailes y curas, tratándolo de clerical.

Pero él aseguraba que era mas liberal que Garibaldi mismo, pero que los negocios nada tenían que ver con las opiniones religiosas.

—Esos diablos de curas y frailes mandan á Europa sendas cantidades, y me dejan utilidades cuantiosas.

Por qué los voy á rechazar? qué tiene que ver el Papa con mis negocios?

Lo único que yo siento es no poderlos apretar como un limon y hacerles soltar todo el jugo!

Con estas esplicaciones Carlo Lanza hacia frente á toda critica, saliendo siempre airoso.

—Cómo se vá á pelear uno con sus comitentes porque piensen que el Papa manda mas que Dios, si se le ocurre pensar esto como cualquier otro descalabro?

Yo pienso que los giros valeu un tanto por ciento y que con este tanto por ciento vivo y me divierto sin tocar un centavo de mis capitales, que aumento diariamente.

Era tal la religiosidad con que este jóven cumplia sus compromisos de dinero, que, para muchos, valia su palabra tanto como una letra de cambio á la vista.

Así, cuando Carlo Lanza decia en un negocio "ya está", palabra habitual, en él para cerrarlo, no se hablaba mas del asunto, el negocio era hecho.

Por qué dudar entonces que fuera hijo de la rica familia de Lanza y que hubiera sido enviado por su padre para hacerle romper sus compromisos amorosos?

No tenia esto nada de asombroso ni extraño, y como á nadie interesaba tampoco, nadie habia tratado de adquirir mejores detalles.

Para otros, Carlo Lanza no era mas que Carlo Lanza, un jóven rico y trabajador, leal á su palabra y á sus compromisos, y esto les bastaba.

Sus depositantes recibian puntualmente sus buenos intereses ó los acumulaban al capital que creian en las manos mas seguras del mundo.

Qué les importaba que el depositario fuese amigo de los curas ó amigo del diablo mismo?

La cuestion era la seguridad y ganancia de sus depósitos, y nada mas.

Carlo Lanza entre tanto no era tal hijo de ricos, ni tal capitalista, ni tal enamorado.

Él era natural de Viela, importante ciudad del Piemonte, patria del famoso Quintino Sella, estadista distinguido y ministro del reino en varias ocasiones.

Allí habia pasado su primera juventud, juventud borrascosa y traviesa, donde habia aguzado su natural ingenio en todo género de travesuras.

Su familia no era muy acomodada y apenas habia podido darle una mediana educacion primaria que Lanza habia aprovechado bien, por-

que era naturalmente inteligente y apto para todo.

Con una educación completa y con un buen teatro para desarrollarla, Lanza habria hecho una figura notable y distinguida.

Pero sus inclinaciones lo llevaban como con un vértigo por otro camino diverso.

En vano el padre trataba de corregirlo por todos los medios á su alcance, Carlo no tenia cura ni compostura.

Quisieron dedicarlo á la carrera eclesiástica, porque un hijo clérigo era un honor para muchas familias italianas.

Pero tales fueron las farras y titeos que armaba á sus profesores y en los seminarios, que fué espulsado de todos por sus ideas diabólicamente liberales.

Lanza, á los quince años, se juntaba con la primera juventud de Viena, que lo buscaba por su genio travieso y lleno de inventiva.

Él no tenia dinero, pero esto poco le importaba, pues lo tenian sus amigos, y esto bastaba.

Algunas veces sus amigos tenian que hacerlo á un lado, porque su catadura no era de lo mas famoso.

Pero él, de un modo ó de otro, se arreglaba de manera á poder alternar con sus amigos y volvia á su sociedad y sus parrandas.

Para adquirir dinero se valia de todos los medios á su alcance, sirviéndose de toda clase de artimañas, jugadas y travesuras.

Llegó un momento en que Carlo Lanza se hizo verdaderamente insoportable para los que tenian la responsabilidad de su porvenir.

Lo habian colocado á mérito primero, y á sueldo despues que estubo mas práctico, en algunas casas de comercio.

Pero de todas partes habia salido por su conducta incorregible y poco escrupulosa.

Todo el tiempo se lo absorbian las calaveradas con sus amigos, elegidos entre los mas truhanes y calaveras.

Sus patrones lo despedian con sentimiento, porque el jóven tenia insuperables condiciones de talento para los negocios, pero siempre era mayor el daño que el provecho que reportaba á la casa.

Discutia siempre con los clientes y concluia por pelenarse con ellos á consecuencia de alguna trastada que les habia hecho ó habia intentado hacerles.

Y como con él peligraba así la existencia de la clientela, tenian que despedirlo á su pesar.

Carlo Lanza se encontró á los veinte años sin mas capital que el de sus travesuras y su inteligencia, que en ellas se habia refinado y agudado.

Así no se podia vivir, y el jóven empezó á pensar seriamente en su porvenir, para atender al cual era necesario sentar el juicio.

Qué esperanzas podia tener en Italia?

Vejetar de dependiente en algun escritorio ó casa de comercio, lo que no estaba en armonia con sus aspiraciones.

Y para otra cosa era necesario un capital que

él no tenia y que no le seria fácil conseguir, por sus mismos antecedentes borrascosos.

Entonces la América golpeó al pensamiento de Lanza como algo de tierra prometida.

Cuántos miserables habia conocido él, que no valian una uña suya, que habian venido á América y vuelto á los pocos años cargados de dinero?

Por qué no podia hacer él lo mismo, cuando tenia precisamente aquello de que habian carecido los otros?

Un capital de inteligencia, que bien manejado podia darle una inmensa fortuna en un país como la América, donde se decia que el dinero se ganaba con una facilidad inmensa?

Desde que Lanza tuvo esta idea, no descansó un momento para buscar los medios de ponerla en práctica.

Era necesario juntar los elementos necesarios para emprender el viaje.

Pero, de dónde sacar el dinero?

Oh! la América! pensaba—cómo no se me habrá ocurrido esto antes?

Allí se gana el dinero á manos llenas, sin necesidad de capital ni cosa que se le parezca.

Y pasaba en su memoria la lista de todas aquellas personas que habian venido á América en otros años, y se habian enriquecido y hecho unos señores hechos y dorechos, cuando no habian pasado nunca de ser unos miserables sin recurso de ninguna clase.

Esta creencia de Lanza era general en todos los hombres del pueblo, por las fortunas que habian visto levantar á los que habian venido y por los grandes bolazos que contaban los agentes de inmigracion para atraerlos y ganar la comision que les pagaba el gobierno.

Por esto la gente ignorante creia que no habia mas que venir á América y recoger las onzas de oro que andaban tiradas por la calle.

Personas que hacia apenas un año que habian salido de allí, ya habian enviado algunos miles de francos y noticia de que aquí estaban ganando cien ó doscientos francos al mes, lo que allí representaba cinco veces mas.

Es que tambien en aquellos buenos tiempos aquí se ganaba el dinero con mucha mas facilidad, porque el dinero abundaba y habia trabajo con exceso.

Cualquier changador se ganaba cómodamente cincuenta pesos al dia, lo que para un infeliz de aquellos, que vivia con dos ó tres, representaba una renta fabulosa de tres mil francos al año.

Cualquier trabajador honrado y vivo que abria un bolicho ó un bodegon, á la vuelta de dos años era dueño de un almacén ó de una fonda que representaba un capital.

Estas noticias iban á su tierra con la exageracion consiguiente y aumentadas por los agentes de inmigracion, y de allí resultaba la creencia general de que en América se encontraba el dinero por la calle, ó que con solo conchabarse de sirviente se ganaba una fortuna en pocos años, pues todo cuanto se ganaba podia guardarse, puesto que el patron se encargaba de

llenar con largueza todas las necesidades de la vida.

Pero ya aquellas facilidades no eran las mismas, y el que venia lleno de sueños de fortuna rápida, se encontraba conque realmente podia hacerse una fortuna, pero á fuerza de trabajo y de economías y sacrificios.

Carlo Lanza desde que pensó en venir á América no descansó ya un momento, pensando en los medios como podria proporcionarse el dinero necesario.

Inteligente y vivo, desde el primer momento rechazó la idea de venir como inmigrante, comprendiendo que esto no podia convenirle bajo ningun punto de vista.

Si los que venian como inmigrantes adquirian posicion y fortuna en poco tiempo ¿qué no sucederia con los que llegaran como pasajeros y aparentando desde su llegada un capital de dinero y de posicion?

Pero entonces los pasajes de Europa eran mucho mas caros, y su importe allí era de difícil adquisicion para un hombre que, como Lanza, nada tenia ni nada valia en su ciudad natal.

El no tenia oficio, ni sabia hacer nada mas que gastar dinero, y con esto en Europa no se consigue sino miseria y hambre.

Carlo, lleno de fé en el éxito de su empresa, vió á su familia para que le proporcionase el dinero que necesitaba, explicándole su idea y prometiéndole devolvérselo multiplicado al poco tiempo.

Pero aquí halló su primer tropiezo.

En primer lugar, su familia no tenia en donde sacar la suma que necesitaba, y en segundo lugar no queria consentir que un calavera del calibre de Carlo viniese á América, donde sabe Dios la suerte que le deparaba el destino.

¿Qué podia hacer en América un jóven sin oficio, que no sabia trabajar y cuyas inclinaciones de holganza eran tan conocidas?

Morir en la miseria sin ninguna clase de apoyo, puesto que en América no tenia ninguna clase de parientes ni de conocidos siquiera.

Por todas estas razones la familia negó á Carlo no solo las remesas que este le pedia y que no tenia de donde sacar ella que vivia con lo necesario, sino que le negó redondamente su consentimiento, declarándole que no queria que se moviera de Viela.

—Cambia de conducta, le decia, cambia de conducta y asienta el juicio; trabaja un poco aquí, demostrando que eres capaz de hacerlo y te daremos todo cuanto necesites para el viaje.

Carlo Lanza no se descorazonó por esto.

Se habia resuelto venir á América á todo costo y estaba decidido á hacerlo de todos modos, aun viniéndose como inmigrante en último caso, sino podia reunir la suma necesaria.

Pero su gran idea era reunir la, consecuente con su pensamiento de la importancia que tendria para su porvenir el simple hecho de venir como pasajero.

Carlo Lanza no descansó desde entonces, pensando en el medio que emplearia para hacerse

del dinero necesario, pero no pudo hallarlo por mas que aguzó su inventiva siempre feunda.

Pidió prestado á sus amigos, pero era una suma muy grande para que los amigos la tuvieran, y aun en el caso de tenerla para prestarla á un calavera como Lanza.

Luego habia el temor de que el viaje á América no fuese mas que un pretexto para hacerse de dinero y triunfarlo en alguna jugada ú otra calaverada por el estilo.

Carlo Lanza se convenció al fin que en Viela no se haria nunca de los recursos que necesitaba, y el tiempo pasaba para él con una lentitud aterradora.

A fuerza de pensar y pensar, Lanza creyó haber resuelto el problema.

De todos modos para embarcarse con rumbo á América necesitaba irse á Génova.

—Pues me iré allí, pensó, nadie me conoce y tal vez encuentre lo que aquí me niegan.

Es preciso que yo vaya á América y que vaya como pasajero—no hay remedio: los resultados al fin me darán la razon.

Juntando los pocos recursos que tenia y vendiendo algunas alhajas que se habian salvado de sus calaveradas, Carlo juntó unos tres marcos, con los que una buena noche desapareció de su casa y de Viela, sin dejar el menor escrito que tranquilizase á su familia y esplicase su ausencia y el punto donde se dirigia.

En vano fueron todas las pesquisas, inútiles las preguntas que dirigieron á los jóvenes que con él se juntaban, nadie sabia lo que habia sido de Carlo Lanza.

Felizmente no habia ningun motivo de alarma, porque no podia pensarse en suicidio ni en cosa parecida.

Desde el primer momento y viendo que no podia obtenerse ninguna noticia, supusieron que la ausencia de Lanza se relacionaba con un viaje á América, y aunque sumamente afligidos, se encontró mas prudente resignarse á la determinacion que habia adoptado el jóven calavera.

Carlo Lanza entre tanto se habia ido á Génova, donde desconocido, le seria fácil tal vez conseguir lo que buscaba.

Allí empezó por buscar colocacion como sirviente de algun jóven rico, lo que no le fué difícil hallar.

Como era natural, un servidor de aquella sutiliza tenia que hacerse imprescindible para un jóven de mundo, y esto sucedió con Lanza.

¿Qué podia desear su jóven patron que Lanza no se apresurase á complacerlo con rara delicadeza?

Al cabo de todo, él trataba de adivinarle el pensamiento, presentándole las cosas antes que se le ocurriese pedir las.

Lanza era su servidor de confianza y mas que servidor su secretario, al extremo que cuando salia á sus aventuras amorosas, era Carlo Lanza quien guiaba la volante.

En gratificaciones y regalos, á los dos meses Carlo Lanza tenia no solo la suma necesaria sino que se habia hecho una provision de buena ropa.

Ya no le faltaba sino hacerse á la mar, con cierto recato para que su patron no entrara en sospechas, y por no perderlo le estorbase el viaje.

Lanza mató los dos pájaros que necesitaba, con un habilísimo tiro.

Manifestó á su patron que necesitaba remitir doscientos francos á su familia y que esperaba no solo que le adelantase esta suma, sino que

le diese una licencia de cuatro ó seis dias, para llevarla él mismo.

El patron no tuvo inconveniente en acordar ambas cosas, y así Carlo Lanza tuvo tiempo y dinero de sobra para realizar aquel viaje que constituía su bello ideal.

Y como él habia hecho su operacion la víspera de la salida del paquete, al siguiente dia tomaba pasaje y se embarcaba, en el último momento.

EL VIAJE Á AMÉRICA

Qué mundo inmenso llenaba la fantasia de Carlo Lanza en aquel momento del embarco!

El en América, realizando su sueño dorado de inmensas riquezas!

Aquella imaginacion febril y activa se trazaba los mayores planes de riquezas, los negocios mas fabulosos y enredados, cuyo resultado era siempre una fortuna inmensa y una posicion espectable y fabulosa.

Sus condiciones de pasajero de primera clase y su buen fisico vestido con buenas ropas, le granjearon desde el primer momento la consideracion del Capitan y los empleados del vapor, que no vieron en él mas que lo que él quiso decirles: un jóven rico que hacia un viaje de placer por América.

Lanza empezó á tomar á bordo lenguas de lo que era la América, hallando plenamente comprobados los datos que anteriormente habia recojido.

Habia á bordo pasajeros que ya habian estado en Buenos Aires, que se habian enriquecido aquí, y que habian ido á dar un paseo por Italia.

A estos se prendió Carlo Lanza como sanguijuela, averiguándoles qué clase de negocios habia aquí y cuáles eran los mas productivos.

Las casas de giros y de remision de dinero era lo que mas llamaban su atencion, golpeando su fantasia y despertando mil diversos proyectos.

Pero esto seria mas adelante, pues tendria que estudiar su organizacion, su modo de operar y la manera de atraerse una numerosa clientela.

Esto era preciso resolverlo sobre el terreno, estudiando bien el teatro de sus operaciones y la clase de gente con que tendria que luchar.

Lo que sentia Lanza profundamente era escasez de dinero, pues aunque él contaba con

trabajar desde el primer dia de su llegada, apenas tenia el dinero que calculaba suficiente para vivir un mes, conservando el tono del rango que queria representar.

Respecto á los demás negocios no les hacia el honor ni siquiera de detenerse á pensar en ellos.

Qué le importaba que en almacenes y fondines se hiciese gran negocio, si sus proyectos estaban basados en las grandes empresas y en las casas bancarias?

El idioma nunca seria un inconveniente, puesto que aquí habia mucha poblacion italiana y seria con ella que él debia entenderse.

Se manejaría con italianos, puesto que aquí la colonia italiana era inmensa, hasta que aprendiese el idioma y demás cosas necesarias á los grandes proyectos que tenia ya en estado de gestacion.

Viendo la riqueza y los aires del capitalista paseante que traía el jóven, sus informadores se entretenían en meterle cada macanazo mas grande que el mismo vapor que los conducía.

Y él tragaba todo, no sospechando ni por un momento que todo aquello pudiera ser una broma.

—Los americanos son una especie de salvajes á medio civilizar, le decían, sin malicia alguna y con una gran facilidad para soltar el dinero.

No hay mas que ganarles un poco el lado de la confianza y todo está hecho.

Jamás se preocupan de averiguar quién es uno y de dónde viene, ni cuáles son sus pensamientos para lo futuro.

Creer sencillamente lo que uno quiere contarles y se acabó.

Y cuando se tiene un fisico como el suyo y es uno un hombre jóven y de buena familia, hasta se puede casar con una americana millonaria, como ha sucedido ya con infinidad de

ostrangeros que podríamos contar á usted por los dedos.

Lanza tragaba todo esto con una facilidad estupenda, no dudando un segundo que todo fuera la mas acabada verdad.

Y para hacerlos hablar y para mantener el rango que él mismo se habia dado, no trepidaba en pagar sendas botellas de vino, lo que disminuía poderosamente su capital.

—La América tiene entrañas de oro, pensaba, poco me importa llegar allí sin un medio, puesto que el crédito es tan fácil de adquirir.

Se inventa cualquier patraña de pérdida de equipaje, y se sale airoso del mal paso durante el tiempo necesario para empezar los negocios.

Las mas fuertes casas italianas estaban apuntadas en la carterá del jóven, pensando que en ellas hallaría recursos para atenderse en los primeros tiempos.

Un italiano llega allí como á país italiano, le decian los que le chupaban el vino, porque casi todos los negocios son allí italianos, desde los hoteles hasta los bodegones.

Así el que llega no tropieza con la menor dificultad, aunque no tenga relaciones ni traiga cartas de recomendacion.

Ya verá usted qué bien se siente tan solo á la semana de estar allí!

Y como las conversaciones eran largas y Lanza tenia un gran interés en las informaciones que pedia, el vino se bebía en grande, disminuyendo notablemente el capital del jóven, que no recapacitaba en que aquellos recursos eran los únicos con que podia contar positivamente.

El mar lo encantaba en aquella larga travesía.

Erba tenido la suerte de traer uno de los viajes mas felices, sin el menor peligro.

El mar habia estado tranquilo todo el tiempo, lo que habia acentuado mas el buen humor de la tripulacion y de los inmigrantes que venian á probar tambien fortuna, aunque en distinto camino que el insigne Lanza.

Así llegaron á Rio Janeiro sin haber tenido el menor motivo de disgusto.

Lanza quiso tomar informes sobre este espléndido pedazo de la tierra americana, pero nadie se los supo dar.

A bordo no vonia nadie que hubiera estado en la capital brasilera, con escepcion del Capitán, que solo la conocia muy por encima y solo las pocas veces que allí habia bajado mientras su barco cargaba y descargaba.

Sin embargo siempre podia darle una idea general del país.

Allí habia mas fortunas, mas riqueza que en Buenos Aires, y por consiguiente mayor facilidad para ganar el dinero.

En poco tiempo un hombre inteligente y emprendedor podia ganarse una gran fortuna.

Pero en Rio se respiraba un ambiente de muerte que ni los mismos naturales podian soportar.

La fiebre amarilla reinaba allí todo el año, atacando, como es natural, con mayor faci-

dad al extranjero que no estaba habituado al veneno de su clima.

—Me gusta el oro, pero no tanto como para desear volverme amarillo yo mismo, pensó Carlo Lanza, rechazando toda idea de bajar en el Brasil.

He venido á América para enriquecerme y no para morir

Si no, no valía la pena de haber dejado á Viela y haberme decidido á emprender tan largo viaje.

—Por eso no vienen al Brasil las compañías liricas, decian á Lanza, pues han muerto ya tantos artistas de fiebre amarilla, que ninguno quiere arriesgarse á correr la misma suerte.

Fué tal el terror que causaron estas informaciones á Carlo Lanza, que cuando el Capitán le propuso bajar á dar un paseo por la ciudad y regresar á dormir á bordo, no quiso ni acercarse á las escaleras de embarque.

—Estimo mucho mi juventud y mi pellejo, dijo traviesamente, para dejarlo en el camino: no me hablen pues de bajar en donde los puedo perder.

Buenos Aires llenaba por completo su fantasia.

Era de donde tenia mayor abundancia de datos y donde ya habia puesto sus puntos para sus grandes negocios y operaciones.

Podia decirse que ya en Buenos Aires tenia tambien sus relaciones, puesto que todos aquellos pasajeros con quienes habia hecho el viaje, eran otros tantos amigos con quienes podia contar en cualquier apuro.

Así se lo habian manifestado ellos mismos dándole sus domicilios.

Pero Lanza no contaba con que todas aquellas ofertas habian sido hechas bajo la base de que él era un hombre de posicion y de dinero, que no llegaría á necesitar de ellos otra cosa que informaciones y datos.

Ofertas hechas á bordo y en la travesía de un largo viaje, que el que las hace se mide despues mucho para cumplirlas en el caso que le sean reclamadas.

Lanza miró con un placer infinito el momento en que levaron anclas y salieron de Rio Janeiro.

Pero riéndose de su miedo y su credulidad, los pasajeros se habian entretenido en hacerle creer que las epidemias de fiebre amarilla venian á bordo mismo, envueltas en las ráfagas de viento que partian de la ciudad.

Durante la navegacion de Rio á Montevideo, no cesó un momento de tomar sus últimos datos y apuntes, inquiriendo de paso algunos sobre Montevideo, donde debian permanecer un dia.

Lanza quedó tan encantado con lo que le decian de la capital oriental, que resolvió bajarse allí á pasar unos dias para darse bien cuenta de ello.

Sería además una especie de idea que podría tomar allí de lo que eran allí estos países.

—Es mas chico que Buenos Aires, hay menos

comercio y menos facilidades, pero es una ciudad espléndida.

—Y sobre todo una ciudad de mujeres soberbias! añadía el Capitán, con ese entusiasmo franco que despierta la belleza magnífica de las damas de Montevideo.

Como á usted nada lo apura, puesto que viene de paso, añadió el alegre marino, quédese unos quince días en Montevideo, y sabe Dios si no modifica todos sus planes.

—Dio birbone! exclamó el jóven dejándose entusiasmar fácilmente: pues me quedo en Montevideo á ver cómo pinta la cosa.

Es la misma raza y las mismas costumbres: así podré tomar una idea de lo que es Buenos Aires, porque por lo que ustedes me dicen no será mas que un Montevideo mas grande y mas rico.

Y Carlo Lanza, aunque habia tomado su pasaje hasta Buenos Aires, que tendria que comprar despues nuevamente, decidió bajar en Montevideo y pasar allí unos quince días.

Así pensaba ponerse al cabo de las costumbres de estos países y sus necesidades sobre todo.

Tal vez en el mismo Montevideo se le ocurriese alguna idea nueva, que fuese su salvacion.

Era preciso pensar en el alojamiento por aquellos quince días, pues los gastos de á bordo habian disminuido fuertemente su capital, y no era negocio de quedarse sin un centavo aun antes de llegar á su destino.

No podia preguntar directamente al Capitán cuál era el hotel mas barato, porque esto hubiera sido revelar el pobre estado de sus rentas, así es que se limitó á preguntar los precios de los hoteles en general y su situacion.

—Eso no le ha de faltar, pues hay para todos los gastos y para todos los bolsillos, respondió el Capitán sin vacilar.

Tiene usted desde el Hotel Oriental que es donde se aloja la gente de copete y donde se paga unos diez francos por día, hasta el Hotel de Washington, cerca del Fuerte, donde se paga una miseria.

Si usted quiere vivir con tono, pero privado de ciertas diversiones y libertades, vaya derecho al Hotel Oriental y aun al de la Paz.

Pero si usted quiere gozar de todas aquellas diversiones inherentes á un hombre soltero, váyase al Washington, y aun á la Universal, situada en la Plaza Independencia, donde se vive en casa de uno mismo, y se paga mas que en Washington, lo que significa un poco mas de tono.

Carlo Lanza, que consultaba ante todo las necesidades de su bolsillo, apuntó en un carton las señas que se le daban del Hotel Washington.

Montevideo, allá en el año 69 y 70, tenia un aspecto bien distinto al de de hoy día.

La ciudad nueva recién empezaba á diseñarse entónces, la casa de gobierno era aquel antiguo covachon del Fuerte que casi hizo volar con su mina aquel bravo Eduardo Beltrán, y no se habian levantado los numerosos edificios que la embellecen hoy.

Montevideo acababa de salir de la revolución de Aparicio, y la ciudad tenia ese aspecto triste y muerto de una ciudad sitiada.

En el Porton, en la Aguada, en la Gallinita y en todas partes existia el rastro de las trincheras y de las balas que habian picado en puertas y paredes.

Los soldados orientales, con esa alegría franca á ellos peculiar, recorrían las calles aún, dando á la ciudad el raro aspecto de un campamento militar.

Aunque la paz se habia hecho, aún quedaban los resentimientos caseros de los enemigos que acababan de medir sus armas, y todo se resentía de este estado de cosas.

El aspecto de la ciudad no era pues muy tentador para el extranjero que recién llegaba á América y que no tenia idea de la manera como aquí nos quebramos las costillas durante un mes, para despues estrocharnos las manos durante veinte ó treinta años, para volver despues á rompérnoslas con mas fé y con mas ganas.

En Montevideo sobre todo, esto era muy frecuente entónces, doude por un quiftame allá esas pajas ó por una simple eleccion de alcalde se pegaban cada paliza espantosa que terminaba siempre en una revolucion ó una guerra.

Carlo Lanza habia sido impuesto de este modo de ser de los orientales, pero estaba conforme porque el Capitán habia concluido sus informes diciéndole:

—Ahora acaban de salir de una saeudida gruesa, en la que se les ha acabado la gana de pelear, porque se han arrimado duro y parejo.

Probablemente por un pár de años no se moverá en Montevideo una paja en son de guerra, y como de todos modos usted no vá á permanecer mas que unos días, poco le importa lo que haya de suceder despues.

Montevideo estaba pobre entónces, sumamente pobre.

El gobierno pagaba en notas ó soles, que eran descontados por los prestamistas y usureros con un cincuenta y hasta un sesenta por ciento de pérdida.

Y esto se lograba con mucho trabajo y gastando una gran cantidad de saliva con los usureros, pues estos decían que sabe Dios cuándo llegarían á cobrar su dinero.

Así la necesidad de dinero se habia hecho sentir fuertemente, con gran alegría de los montepieros que vendían su plateja á veces hasta un ochenta por ciento.

Esta situacion fué mirada por Carlo Lanza con una avaricia imponderable.

Con un millon de duros para haberlos empleado en créditos del gobierno, en un año habria levantado una fortuna colosal.

—No importa, pensó, piano piano si va lontano é sano, ya descubriremos vetas mejores.

Lanza enderezó al hotel Washington, cuyo exterior lo eneantó por completo.

Aquel famoso hotel, teatro de mas de una aventura grotesca y cómica, estaba situado en un recodo de la ciudad.

Aquello, por la noche era solitario, al estreimo

de que solo pasaban por allí las personas que al hotel se dirigían en busca de sus mas famosas aventuras.

Montevideo no estaba entonces tan desprovisto de diversiones.

Estaba allí el Alcázar en todo su apogeo.

Acababa de debutar la Rosse Marie y allí puede decirse que caía de noche todo Montevideo alegre y bullicioso, que se desparramaba por toda la ciudad, invadiendo las casas donde se dá do cenar.

Un Alcázar lírico en América! no se esperaba Lanza semejante espectáculo.

Si el esterior del hotel Washington, por su soledad le habia encantado, no le sucedió lo mismo con su interior.

Aquello era un covachon espantable, en cuyas escaleras temblantes y desportilladas daba tentaciones de sacar el revólver por temor de encontrarse con un Juan Palomo.

Las ratas pasaban por pisos y escaleras dando chillidos, como una invasión de indios; los pisos de las piezas, á consecuencia de sus portillos parecían pedazos robados á nuestro antiguo muelle de pasajeros.

No hay hoy nada comparable al hotel Washington, de feliz memoria, ni la misma fonda y posada del Descubridor Colon, actual fonda de Pavon.

En honor del precio que se cobraba por la pension diaria, Carlo Lanza se resolvió á ser cliente de aquella gatera, haciéndose conducir á la pieza que lo habia sido destinada.

La primera noche la pasó en vela.

El escándalo de aquellas enormes y disipadas ratas por un lado, y por otro el temor de ver asaltado su alojamiento de un momento á otro, le hicieron pasar la noche sin desnudarse siquiera y sentado sobre su equipaje, que podia muy bien ser objeto de la codicia de algun huésped importuno.

Decididamente esto no es para mí, pensaba, y mañana sigo viaje á Buenos Aires; aqui no voy á poder vivir ni un par de dias.

Al otro dia temprano, despues de asegurarse que su equipaje no corria peligro de ser robado, Carlo Lanza se decidió á salir á dar un paseo y estudiar algo la ciudad y sobre todo sus habitantes.

Y se encontró con que no habia tal poblacion italiana como le habian hecho entender al principio.

La poblacion de Montevideo era en su mayoria española, desde la gente de mar que desembarcaba los pasajeros hasta los peones que lo conducian á los hoteles respectivos.

No solamente los negocios sino las industrias y las profesiones estaban en manos de españoles.

Españoles eran los médicos, los boticarios, los abogados, los redactores de diarios y hasta en los empleados públicos habia gran mayoria de españoles.

Y los mismos orientales, en contacto con la raza española, le parecían americanos españoles ó españoles americanizados, que era mas exacto.

—No entiendo esta raza, pensaba Lanza— me gusta mas Buenos Aires, donde todo está en manos de italianos, donde todos nos entendemos y donde no hay que hacer esfuerzos de imaginacion para comprender lo que á uno quieren decirle.

Lanza hizo una larga recorrida por la ciudad, sin encontrar un solo italiano que valiera la pena.

Españoles por todas partes y como una excepcion, un francés que de cuando en cuando rompía la monotonía del idioma.

Cansado y con un hambre de todos los demonios, Carlo Lanza regresó á la ratonera de Washington, donde la comida le pareció lo menos detestable de todo.

El hombre es un indulgente de primera fuerza, capaz de declarar un manjar al bodrio mas nauseabundo del mas detestable fondin.

Carlo Lanza devoró cuanto le presentaron por delante, teniendo apenas el tiempo de decir "magnifico!" entre plato y plato.

Y comió al extremo de hacer pensar al patron que si aquel apetito se reproducia todos los dias con igual fuerza, tendria que subirle la pension.

Carlo Lanza volvió á salir á la calle una vez concluido su almuerzo y se fué á pasear la parte sud de la ciudad, no sacando en limpio nada mas de lo que habia observado por la mañana.

Lo único que lo encantaba de una manera estupenda, eran las mujeres de Montevideo, aquellas espléndidas mujeres, capaces de trastornar el juicio mejor sentado.

Aquellos ojos llenos de vida y que miran de una manera incomparable, le hacian soltar quinientos "Dio cane" en cada cuadra.

Y el aire gracioso y el cuerpo artístico y bien modelado, le hacian abrir la boca como si hubiera ido á comulgar con una puerta cochera.

Montevideo podia carecer de comercio, de dinero y de italianos.

Pero en cambio tenia mujeres de una belleza estupenda y cuya sola contemplacion le compensaba su estadia allí.

Y no era una, ni dos, ni tres.

En cada cuadra hallaba diez ó quince jóvenes que lo hacian abrir tamaño boca, y dos ó tres damas de una belleza imponderable.

Carlo Lanza llegó á su cueva despues de haber cerrado la noche.

Pero habia almorzado de tal manera, que no tenia ganas de comer.

Venia además lleno de los semblantes femeninos que habia encontrado en la calle.

Apenas probó la comida, que, como no tenia el hambre de por la mañana, le pareció detestable, y le sirvió mas bien de descomponedor de estómago.

Si hubiera comido mas, el bálsamo de Fiebrabrás no hubiera surtido mayor efecto.

Carlo Lanza se vistió con un esmero esquisito aquella noche.

Se puso las mejores piezas de ropa que habia

traído y se echó á la calle en tono de conquista.

El Alcázar lo arrastró con el encanto de sus francesas y su concurrencia alegre y bulliciosa.

Así conocería la juventud borrascosa y las mujeres de vida alegre, pues ya en el hotel le habían dicho que no iban allí sino mujeres de vida airada y de fácil aventura.

Carlo Lanza se acomodó en una tertulia de primera fila y se olvidó de Viela, de Italia y del mundo entero.

Rosse Marie en la escena y otras que no eran menos Rosse ni menos Marie, diseminadas por las apesentaduras, lo atraían de una manera poderosa.

Jóven, elegante, risueño y paquete, Carlo Lanza tenía que hacer efecto entre aquella gente aventurera, que no veían en él mas que un hombre jóven, buen mozo y de dinero.

Lanza se encontraba en su elemento, rodeado de una juventud alegre y de mujeres alcaceras; se frotaba las manos empezando á modificar la opinion que habia formado de Montevideo.

Lo único que lamentaba era no tener ninguna relacion con quien conversar y tomar catos sobre mas de una bella que habia flechado.

Pero, á quien iba á dirigirse cuando no hablaba ni una palabra?

Como uno de tantos otarios, á la salida del Alcázar se estuvo viendo desfilar las parejas, hasta que no quedó en el teatro un alma.

Carlo Lanza se dirigió entonces al célebre casino de don Bernardo, situado frente al Alcázar, donde habia visto entrar varias parejas.

Y se arrellenó en una mesa, pidiendo tambien algo para cenar.

La vista de la funcion y de las damas, le habia abierto el apetito de una manera formidable.

Generalmente á aquel cafecito acudian las mujeres á pesca de una invitacion á cenar, hasta que caía el candidato esperado.

Muy poco tardaron en rodearlo tres ó cuatro de aquellas aventureras, que se sentaron á su mesa sin mas preámbulo y pidieron qué cenar.

A Lanza le temblaron las carnes de desesperacion.

Aquello era una amenaza formidable á su capital ya notablemente disminuido y amenazando dar fondo.

Como iba á rehusar aquella invitacion forzosa, cuando no habia querido otra cosa desde el principio de la noche?

Con heroicidad italiana soportó aquel avance formidable de personas que no habian pensado en otra cosa durante la noche, que en la lista de la cena que alguien les habia de pagar.

Pero para Lanza aquello podia ser el pie de relaciones mejores, y era preciso soportar aquel primer golpe en honor de lo que vendría atrás.

Olvidado al fin de todo, hasta del poco consolador estado de sus faltriqueras, Carlo Lanza entabló conversacion alegre y decidora, luciendo

su conocimiento del mundo y su propio aquel género de aventuras.

Aquella relacion fué el punto de partida de muchas otras mas, y el domicilio de Carlo Lanza, es decir, su covacha del hotel Washington, se volvió lo que hoy se hubiera llamado un ator-radero.

Allí iban amigos á todas horas del día y de la noche, amigos que comían y almorzaban sin preguntar jamás al mozo cuánto se debía, y gente de todo pelaje y catadura.

Y el dueño del hotel no decia una palabra, porque harto crédito le merecía un pasajero del aspecto de Lanza, que tenia un equipage tan bien surtido.

Quince días pasó Carlo Lanza en Montevideo, en cuyos quince días gastó mas de quinientos patacones en el hotel, es decir, hizo en el hotel una cuenta de quinientos patacones.

Durante aquellos quince días se convenció que en Montevideo, respecto á negocios, nada se podia hacer, puesto que no habia poblacion italiana, que era la vota que él se proponia esplotar.

Montevideo no podia ofrecerle otra cosa que unos días de buena diversion.

Así fué que se entregó sin reserva á todo lo que pudiera importar un momento de placer.

Relacionado intimamente con la crema de aquel mundo alegre y bochinchero, ya Lanza no pensó sino esprimir á la vida todo el jugo posible.

Quebrado por quebrado ya habia llegado al último estremo, y lo mismo lo habian de ahorracar por quinientos que por mil duros.

Era cuestion de un poco de maña para sacarle el cuerpo y nada mas.

No se habia de encontrar en mayores ó menores apuros para salir del pantano.

La cuestion era llegar al fin del mes, porque antes, el fondero no habia de pasarle la cuenta; solemne momento que Lanza esperaba no lo tomara en Montevideo.

Por su parte el dueño del hotel Washington, no abrigaba la menor desconfianza por un jóven que gastaba de aquella manera—sí le hubiera pedido todo el hotel, todo se lo hubiera dado sin la menor reserva.

Cómo desconfiar de una persona que vestía con tanta elegancia y cuyo equipage debía valer una fortuna?

Se le servía con el mayor interés en cuanto pedía y aun se ponía á su disposicion un servicio especial para cuando estaba de farrá nocturna, lo que sucedía la mayor parte de las noches, en que se retiraba acompañado de amigos de ambos sexos.

Carlo Lanza, decidido á echar la casa por la ventana, casa ajena, pues suyo nada arriesgaba, invitaba á cenar con él á las parejas conocidas que hallaba en el Alcázar, muchas de las cuales tenian que quedarse á dormir tambien, pues puestos en la calle no hubieran atinado con la direccion de sus casas, si es que tenian casa aquellos verdaderos atorrrantes de la vida.

Alguno que otro de éstos conocía á Buenos

Aires y daba los datos que con avidez verdaderamente recogía Lanza.

Cada día Lanza se convenía más de que su fortuna estaba en Buenos Aires y que este era el gran país de los países, en cuanto a las especulaciones que él quería emprender.

Su posesión era ahora más embarazosa, porque ni siquiera tenía el dinero que había traído consigo y se vería en figurillas para pasar los primeros tiempos.

— Pero, ¿qué diablo! de menos nos hizo Dios, pensaba, y de todos modos, en peor situación que la presente, sin un medio y en país extraño, no he de verme nunca.

El 25 de Enero, ya Lanza empezó a hacer el plan de la manera más curiosa que podría salir del pantano donde se había metido.

Y recien se le ocurrió dar comienzo en sus bolsillos para poder apreciar bien sus fuerzas metálicas.

Solo tenía seis libras esterlinas y un par de pesos fuertes.

El fin de mes se venía encima y junto con el fin del mes la cuenta del hotel y sus amargos tragos.

Aquel mismo día Lanza averiguó cuánto valía un pasaje para Buenos Aires, y qué días salían los vapores.

Passage y bote pago, le quedarían cinco libras esterlinas para maniobrar en Buenos Aires hasta que hallase colocación momentánea, lo que creía sumamente fácil obtener en una casa de comercio italiana, sobre todo en una casa de giros, para ir tomando los datos que necesitaba y poniéndose al corriente de los negocios.

Pero, cómo salía de Montevideo?

El hecho material del viaje no era nada, porque todo quedaba reducido á embarcarse sin decirlo á nadie y así no se enterarían de la cosa.

Es que la cuestión para él era embarcarse con todo su equipage, y esto era lo que Lanza no hallaba el modo de hacer.

En cuanto hubiera intentado mover una paja estaba perdido, porque en el acto en el hotel se habrían apercebido de todo y lo hubieran hecho acogerotar por la policía.

Hé aquí lo que más importaba á Lanza, no por el hecho de caer á la policía, sino porque esto hubiera sido un golpe de muerte para todos sus proyectos de especulación en el alto comercio.

El no había tenido la precaución de dar en el hotel un nombre falso y esto era lo que más lo mortificaba, porque comprendía que el crédito debía ser la base de todas sus operaciones en lo futuro.

Entre tanto solo faltaban cinco días para terminar el mes, lo que quería decir que solo tenía tres días para efectuar su viaje.

Diablo de viaje que tanto le preocupaba.

Después de pensar mil veces en la cosa y volver á pensar á cada momento, se resolvió por fin á perder el equipaje, único medio de verse libre del hotel y de su cuenta.

Lanza tomó pasaje el 26 para salir en el va-

por del 27, y esa noche armó el trueno del siglo.

Jamás el hotel Washington sirvió una cena más succulenta ni más admirablemente rociada.

Los vinos generosos eran generosamente vaciados en el estómago, á la salud de todos los santos, después de haber agotado el número de todos los personajes conocidos.

Carlo Lanza tuvo muy buen cuidado de dejar de beber cuando sintió colmada la buena medida.

Una indiscreción podía costarle caro, y era preciso tener bien despejada la cabeza para no cometerla.

Así es que plantó cuando sintió llena la medida, sin que hubiera nadie capaz de hacerle beber un trago más.

Las parejas siguieron bebiendo á la salud de la humanidad y de la divinidad, hasta que fueron cayendo rendidas por la fuerza magnética de Baco, que á nadie respeta.

Carlo Lanza, seguro de que aquella noche sería recordada con placer íntimo por sus flamantes amigos, se acostó á la madrugada.

Pero á las dos de la tarde estaba ya en pití, perfectamente lavado y peinado, é ideando el medio de llevar consigo la mayor cantidad de efectos posible.

Podía fingir un paseo al campo y llevar en una talija chica su mejor ropa.

Pero le parecía que esto sería hacer entrar en desconfianzas al dueño de casa, lo que no era ni diplomático ni conveniente.

Al fin se resolvió á abandonarlo todo á la buena de Dios, y salvar siquiera dos tragos.

Al efecto, se perfumó y vistió como tenía de costumbre, con la sola diferencia que, en vez de ponerse una camisa se puso tres, dos pantalones, dos jaqués y un paltó delgado.

Envolvió en un papel un par de botines relleños de medias y pañuelos de mano, paquete de que nadie podía desconfiar, pues entrar ó salir con un paquete era cosa habitual en él.

Y sin más bagaje salió del célebre covachón Washington, á las cuatro de la tarde.

El vapor salía á las cinco y media, lo que le dejaba libre una hora y cuarto, pues él no quería embarcarse sino en el último momento.

Carlo Lanza compró papel y sobres en una librería y se entró á un café, donde con letra clara y segura escribió la siguiente carta:

“Amigo dueño del hotel Washington:

“El individuo que tiene usted alojado como Carlo Lanza, no se llama Carlo Lanza, siendo este un nombre que se ha puesto para entrar á su casa.

“Hoy se ha ido con unos amigos á pasear á la Colonia, de donde no ha de volver hasta el fin del mes.

“Cuando venga haga que le confiese su verdadero nombre, que es Luis Repetto.”

“Un amigo.”

Con esta carta, Lanza salvaba su propio nombre, que era lo que le interesaba.

Cerró la carta, le puso sobre y se fué con ella al correo.

Y cuando ya iban á cerrar el establecimiento, lo franqué y entregó, rogando la incluyeran al día siguiente en el primer reparto.

De este modo quedaba seguro de que la carta en que salvaba su nombre, no llegaría á poder del dueño del hotel hasta después de haber desembarcado él en Buenos Aires.

Lanza hizo tiempo hasta las cinco, paseando las calles, y á esa hora recién se dirigió al muelle, algo asustado, porque habia cometido la chapabonda de tomar su pasaje también á nombre de Carlo Lanza, lo que podía muy bien revelar á la Policía su viaje á Buenos Aires.

Pero ya el barro estaba hecho y no tenia lugar á enmienda, siendo forzoso aguantar las consecuencias que vinieran.

A las cinco y cuarto Carlo Lanza tomó un bote y sin atreverse á mirar atrás se dirigió en él hacia el *Río de la Plata*, que habia hecho ya su primera señal de partida.

El bote cortaba con gran rapidez las tranquilas aguas del mar, que aquel día estaba tranquilo como nunca, y á Lanza le parecia sin embargo que iban á paso de carreta de bueyes.

Al fin y cuando el vapor daba la segunda pitada, Lanza subía á bordo, precisamente al mismo tiempo que subía la visita de la Capitania.

Tal fué el susto de Lanza al encontrarse con la autoridad marítima, que las carnes le temblaron como si fueran á desprenderse de los huesos.

Preguntó inmediatamente por el comisario de á bordo, á quien exhibió su boleto de pasaje, reclamándole el camarote correspondiente, porque tenia un dolor de cabeza espantoso y queria recostarse.

Es que Lanza queria evitar fuera á notarse la cargazon de ropa que tenia encima, que podia dar á sospechar algo de su persona.

El comisario señaló á Lanza uu camarote, donde este ganó á gran prisa, siendo su primera operacion desnudarse, quitándose la ropa que llevaba demás, y quedando en un traje mas liviano y elegante.

Si el oficial de visita traia alguna orden de demorarle el viaje y bajarlo á tierra, Lanza estaba perdido, pero resuelto á afrontar la situacion.

De todos modos tenia siempre el derecho de decir que iba á Buenos Aires y volvía inmediatamente, dejando en el hotel y en efectos de su uso, algo mas de lo que importaba su cuenta.

Pero entonces su carta dirigida al dueño del hotel eu su nombre venia á ser su perdicion, aunque siempre le hubiera quedado el derecho de alegar que era una broma.

De todos modos hubiera quedado perdido, pues tarde ó temprano se hubiera averiguado que no era mas que un aventurero, sin medios de vida conocidos.

El cuarto de hora que pasó la visita á bordo, fué el cuarto de hora mas amargo que pasó en toda su vida.

Recien cuando sintió que el vapor levaba anclas dando su tercer pitada, Carlo Lanza suspiró con entera libertad, pues calculó que la visita de la Capitania se habia ido.

Quando el vapor concluyó su maniobra de virar, etc., y se puso en marcha, habia ya oscurecido, y fué recién entonces que Carlo Lanza se atrevió á salir del camarote á respirar el aire libre.

Ya no tenia que temer; al día siguiente se hallaría en Buenos Aires y el dueño del hotel se quedaria esperando al supuesto Lanza hasta fin de mes, en cuyo tiempo recién se pondría á hacer diligencias para averiguar el paradero de Luis Repetto, el defraudador de sus comestibles y bebidas.

Nadie habia sospechado la salida de Carlo Lanza de Montevideo.

Los flamantes amigos, y sus amigos habituales estrañaron no verlo aparecer en su tertulia del Alcázar, y sospecharon que estaria entretenido en alguna aventura amorosa.

Pero en vano lo esperaron durante la funcion y un buen rato en el café de enfrente, Carlo Lanza no apareció.

—No se habrá enfermado ese cachafaz? preguntó entonces uno de los que esperaban.

La cena de anoche fué muy barrascosa, fué horriblemente barrascosa y no seria estraño que estuviera enfermo.

Se hizo la mocion de ir á su casa, y aprobada por unanimidad, todos se dirigieron al hotel Washington.

La salud de su amigo Lanza importaba la salud de los bifés con papas y otros buenos platos, siendo preciso no descuidar al uno para conservar los otros.

Todos salieron del casino y enderezaron al hotel Washington, donde llamaron como acostumbra á hacerlo Lanza.

El mozo, que esperaba como siempre, abrió la puerta, y sin fijarse en quienes entraban dejó pasar á todos y se fué á encender luz.

Los amigos y amigas se largaron al cuarto de Carlo, mientras el mozo, habituado á aquellas barrascas, preparaba todo lo concerniente á la cena.

Lanza tenia todo el aspecto de dar buena propina á fin de mes, y era preciso tenerlo contento para que la alojara en buena cantidad.

Los visitantes quedaron sorprendidos al no hallar allí al visitado.

La cama estaba intacta y no habia que pensar ni un momento en ninguna clase de enfermedad.

Preguntaron entónces al mozo y este quedó tan sorprendido como ellos mismos.

—Saló esta tarde, dijo, y aún no ha vuelto.

Oh! el señor es muy amigo de los buenos momentos y no es estraño que ande en algun paso ó aventura.

Ya volverá, tal vez de un momento á otro ando por aquí.

Los amigos resolvieron esperar, porque no era propio cenar sin él en su casa, y armaron alegre farra con copas mientras el anfitrión pegaba la vuelta.

Pero toda espera fué inútil, se pasó la noche y se pasaron las primeras horas de la madrugada sin que hubiese vuelto.

Los que mas confianza tenian con el amigo,

se hacía: on servir chocolate con tostadas y se retiraron despues de decir al mozo:

Cuando vuelva ese calavera hágale presente hasta qué hora lo hemos esperado.

Para todos ellos era indudable que Carlo Lanza andaria entregado en alguna aventura amorosa á domicilio, y se proponian volverlo loco esa noche, haciéndole quemar el nombre de la santa.

Pero aquella noche sucedió lo que la anterior; el amigo Carlo no pareció por ninguna parte, ni en el hotel tenían la menor noticia.

La carta dejada por Lanza en el correo no habia sido entregada aún, de modo que nada podia saberse.

Además nada tenia de extraño la ausencia del jóven, conocidas sus tendencias á la buena vida.

Allí estaba su espléndido equipaje intacto, como una muda pero elocuente garantía de su vuelta.

El correo, recién á los dos dias despues de haber salido Lanza, llevó al hotel Washington la carta que habia dejado y que cayó allí como una bomba sin hacer grandes estragos, puesto que en ella se anunciaba la vuelta segura de Lanza y no se amenazaba en nada la cuenta enorme de gastos hechos on el hotel.

—Esto debe ser una simple calaverada, pensaba el dueño del Washington, solo por una calaverada ese jóven debe haber cambiado de nombre, pues no tiene ni aspecto ni facha de un criminal que lo hace para evadir la accion de la justicia.

A su vuelta nos haremos explicar la cosa, y si no lo hace de una manera satisfactoria, daremos cuenta á la Policia y salvaremos nuestra responsabilidad.

Respecto al pago de la cuenta, el dueño del hotel estaba tranquilo.

Era natural que anduviese en algun paseo, donde se habia entretenido mas de lo que pensó.

Allí estaba su equipaje del que no habia saca-

do una hilacha y que debia contener tambien dinero.

Pero llegó el fin de mes y pasaron los primeros dias del siguiente sin que el cliente volviera ni se tuviese de él la menor noticia.

No le habria sucedido alguna desgracia?

Montevideo no era muy seguro entonces; se habian producido algunos hechos criminales y no era imposible que Luis Repetto, ya el hotelero no lo llamabas de otro modo, hubiera sido victima de una asechanza criminal.

El dueño del hotel dió entonces cuenta á la Policia de la desaparicion del cliente, y se hicieron diligencias para averiguar su paradero.

Entónces la Policia se ocupaba mas en hacer política que en la averiguacion de crímenes.

Montevideo pasaba por una mala época y poco le importaba que un cliente extranjero se hubiese ido de un hotel sin pagar su cuenta de gastos.

Los nocturnos amigos de Lanza se aburriron de ir al hotel á preguntar si se tenia alguna noticia y no se ocuparon mas de la cosa.

Solo el dueño del hotel recordaba á su cliente con la fuerza de los novecientos y tantos nacionales que le habia gastado y cuyo pago no obtendria jamás.

Y convencido que el cliente era un estafador que se habria vuelto á Europa ó ido al diablo, concluyó por no preocuparse mas de la cosa.

A los tres meses se resolvió á violentar el equipaje, encontrando en él ropas de valor realmente pera su dueño, pero que vendidas por él no alcanzarian á producirle cincuenta nacionales.

Y guardó aquellas ropas en la esperanza lejana de que Luis Repetto habria sido victima de algun secuestro ó alguna desgracia y que no tardaria en aparecer.

Aunque la falta de dinero que él creia hallar en el equipaje, le dió malísima espina.

Pero toda espera fué vana: en el hotel Washington no se volvió á tener mas noticia del tal Luis Repetto.

EN BUENOS AIRES

Una vez en camino y seguro de que el único interesado en su viaje, el dueño del Hotel, ni siquiera lo habria sospechado, Carlo Lanza recobró todo el buen humor que habia perdido momentáneamente y se trasladó al comedor, donde ya estaban reunidos los demás pasajeros.

Vestido correctamente el jóven y con su presencia simpática, al momento trabó relacion con

los pasajeros que le parecieron mas respetables y de mejor posición.

Y volvió á resucitar su historia de grandezas, diciendo que era un capitalista italiano que venia á estudiar á Buenos Aires á ver si se podia establecer algo de notable respecto á comercio.

Y con este motivo volvió á su fiebre de adquirir informes respecto á todas las cosas, ob-

teniéndolos magníficos para los planes que llevaban su cabeza.

Buenos Aires presentaba una oportunidad brillante, según le decían, para las empresas de gran capital.

Acababa de salir de una epidemia tremenda que había postrado su comercio, el dinero andaba escaso y no había quien se arriesgara á una especulación seria.

—Yo me hubiera establecido en Montevideo, donde he pasado unos pocos días, decía Lanza, pero no es ese el país que yo he pensado ni el que me conviene.

Aquí la mayoría de la población extranjera es española y la mayor parte de su comercio se hace con la España.

La base de mis operaciones está en Italia, y entonces necesito fijarme en un punto donde el comercio con Italia sea relativamente fuerte.

—Pues entonces nada mejor que Buenos Aires, le dijeron, allí el comercio con Italia es muy fuerte, porque en Buenos Aires tiene usted cien mil extranjeros, de los cuales sesenta son italianos, estando la mayor parte de estos dedicados al comercio en pequeña y grande escala.

Fácilmente encontrará usted con quienes entenderse respecto á negocios, porque hay casas italianas muy fuertes y muy bien tenidas.

Carlo Lanza encontraba comprobados ventajosamente todos los datos que tenía respecto á Buenos Aires y alentadas todas las esperanzas que había concebido.

Decididamente su fortuna estaba en Buenos Aires, aunque su situación respecto á fondos era sumamente precaria.

Toda aquella noche la pasó Carlo Lanza en gran conversación con unos cuantos pasajeros que venían encautados con su persona y su trato.

A la madrugada fondeaba en Buenos Aires el "Río de la Plata," y Carlo Lanza llegaba al tan ansiado punto de su destino.

Hizo un paquete con las ropas que se había quitado á bordo y que constituían todo su equipaje y esperó tranquilo la visita, pues le previnieron á bordo que antes que la Capitanía del Puerto pasara su visita, ningún pasajero podía bajar.

Aquí volvió á asaltarle un nuevo temor que lo puso en el mas amargo desasosiego.

Podrían haber avisado su viaje por telegrafo pidiendo le echaran el guante á la llegada, y este era un peligro en el que no había pensado y que no por esto era menos real.

Pero llegó la visita y se volvió sin haberlo molestado ni nombrado para nada, por lo que se dió por feliz, desechando toda clase de temores.

No pudo ser mas agradable la primera impresión que recibió Carlo Lanza ante aquel enjambre de boteros y dueños de embarcaciones que le hablaban á un tiempo todos los dialectos que posee la Italia.

Se le figuraba hallarse en el puerto de Génova.

Lanza no pudo menos que estremecerse de placer cuando se encontró en el bote que debía

traerlo á tierra, reconociendo en el patron y marineros no solo gente italiana sino de su propia provincia.

Estos á su vez al reconocerlo en el acento, no quisieron cobrarle el viaje, lo que era ya la mas estupenda prueba de afecto y desprendimiento en honor de un paisano.

—Es esto realmente América ó es una provincia italiana? preguntó Lanza al pisar el muelle.

El paquete famoso donde traía el único equipaje salvado en el naufragio del hotel Washington, era solicitado en toda especie de dialectos conocidos y desconocidos para él.

Desde el genovés hasta el veneciano y desde el lombardo hasta el boloñés, que es el mas enredado de todos, en todos ellos se le pedía la changuita del equipaje, preguntándole á qué hotel se dirigía.

A qué hotel—este era el problema que Lanza tendria que resolver en el momento, pues era preciso que á algun hotel fuera á parar.

Entre aquel mundo de caras italianas, después de recorrerlas á todas con una mirada rápida y conocedora, eligió entre ellas la que le pareció mas inteligente.

A ese le entregó el paquete diciéndole que lo llevara á un hotel italiano, pero que no fuera un hotel de lujo, porque no queria hacer aparato.

—No necesita decir mas, respondió el peon, que era uno de aquellos bachichines andariegos y conocedores de toda la ciudad.

Todo el trayecto del muelle y Paseo de Julio, Lanza lo recorrió con placer infinito.

Le parecia que andaba entre un pueblo italiano.

En los negocios, en los catées, en la calle, en todas partes, en fin, no oía sino hablar italiano y no veía sino costumbres italianas, hasta en la haraganeria clásica de uno que otro lazaron tendido cómodamente en los bancos del paseo.

En uno de los fondines por donde pasaba sintió jugar á la morra y no pudo menos que detenerse á escuchar las voces del juego y los clásicos juramentos que lo acompañaban.

—Si no supiera que estoy en Buenos Aires, dijo al changador, juraría que estoy en Génova y aun estoy por jurar que allí me encuentro, porque esto y Génova es lo mismo.

—Ya lo creo que es lo mismo! exclamaba alegremente el changador, aquí por el bajo vivimos como en Italia: hay muchos compatriotas!

Lanza estuvo mucho tiempo entretenido en oír las conversaciones y vocinglería de los cafés, hasta que mandó á su peon que siguiera adelante.

—Ya tendremos tiempo de pasear la ciudad y conocer sus costumbres!

El peon tomó la calle Corrientes, que pareció á Lanza otro barrio italiano y enfiló hácia el Hotel Marítimo.

El Hotel Marítimo, situado en la calle Corrientes y á cargo de su propietaria la señora Nina, era un hotel de segundo orden, pero bueno y de excelente trato.

Allí paraban y comían gran cantidad de capitanes de buques de ultramar y gente de mar de aquella que le gusta la buena vida y que no se fija jamás en cuánto gasta.

Solo exigen que se les dé de comer bien y suelentamente y que el servicio sea de un aseo irreprochable.

Como tenía buena clientela, la señora Nina había surtido bien sus bodegas y el cocinero allí era de primera fuerza.

La cuestión para ella era tener conformes á sus clientes y que no cambiaran de alojamiento.

Era la señora Nina una mujer afable, de un carácter franco y desprendido, que vivía de la renta que le proporcionaba su hotel, renta que hubiera bastado á contentar al mas exigente.

Habituada á tratar con la gente de mar, honrada é íntegra sobre toda ponderación, creía que todo el mundo era lo mismo y jamás abrigaba la menor desconfianza del que llegaba á su casa, por mas mala facha que tuviera, pues bajo la peor capa puede muy bien esconderse el mejor bebedor.

Allí se cuidaba y se atendía á los huéspedes de manera que ninguno tuviera de qué quejarse, para lo cual Nina les andaba adivinando el gusto en la manera de mirar.

Las piezas eran sumamente cuidadas, sin lujo, pero con un confortable completo y con todo lo necesario para pasar la noche de una manera agradable.

Comparado con el inolvidable hotel Washington, aquello era el cielo comparado con un pebre de tampo.

—Cuando yo lo traigo aquí, dijo á Lanza su peon cicerone, es porque puede alojarse el mismo Victor Manuel, sin estrañar ni su mesa ni su aposento de Palacio.

Qué sacramento!

La Nina trata á sus clientes á cuerpo de rey, y el que de aquí salga descontento, lo hará de puro vicioso.

—Me parece bien, respondió Lanza, me parece muy bien—de todos modos si me has alojado mal, peor para tí, porque cambiaría de hotel sin ocuparte para la mudanza.

—No tenga miedo, ya verá usted como nunca ha comido ni dormido en un hotel de una manera mas famosa.

La señora Nina, sin malicia alguna, como lo hemos dicho antes, quedó encantada no solo de la persona sino del trato de Carlo Lanza.

El jóven tenía el don especial de prevenir en su favor á cuantos hablaban con él, mas si su interlocutor era una mujer.

El jóven había hecho un estudio especial del lado fiaco en las mujeres, al extremo de descubrirlo á primera vista y explotarlo en su beneficio.

En cuanto cambió cuatro palabras con la señora Nina, le vió la pierna de que cojeaba y se le durmió de ese lado.

Nina era sumamente afecta al buen trato, le gustaban las galanterias y los modales finos y atentos.

Y Lanza, de lanza se convirtió en un meren-

gue, viendo que este era el modo de agradar á la señora Nina.

—Y los otros peones? preguntó esta, pensando que ningún jóven de aquel aspecto podia venirse desde Europa con solo aquel miserable paquete que había traído el peon.

Aquí tuvo Carlo Lanza que improvisar una de aquellas famosas fábulas para cuya fabricacion parecia nacido.

—Me ha sucedido una desventura, dijo, que no sé como la voy á remediar, porque me parece ya tarde para hacerlo.

Yo me bajé del paquete en Montevideo, pues tenía ganas de conocer la ciudad, y de todos modos hasta el dia siguiente no seguíamos á Buenos Aires.

Tomé de mi equipaje la ropa necesaria para vestirme ese dia y esa noche, y bajé á tierra.

Con algunas relaciones que tengo en Montevideo, paseamos todo aquel dia y gran parte de la noche.

Al dia siguiente por la mañana nos fuimos á un pueblo vecino de la campaña, é almorzar á la quinta de un compatriota y amigo, y pasamos tan agradablemente el dia, que se nos fué el tiempo.

Cuando acordamos, era tan tarde que apenas tendríamos el necesario para llegar á la ciudad.

Tomamos las volantas á gran prisa y emprendimos la vuelta.

Pero estaba de Dios que algun fracaso debía sucedernos.

La signora Nina estaba encartada de la fina jovialidad con que hablaba Lanza y de sus afigidas gesticulaciones.

Le parecia estarlo viendo en el momento de sus apuros.

En vano apuramos á los pobres caballos, en vano ofrecimos al cochero doble paga, todo fué inútil.

Cuando llegamos á la ciudad era demasiado tarde y el paquete habia seguido viaje.

Nada me importaba la pérdida del tiempo ni del pasaje.

Lo que me mortificaba sumamente era que en el paquete iba mi dinero.

Yo habia bajado á tierra con unos pocos cientos de francos, mas que lo suficiente para pasar allí un dia y una noche, aunque hubiera tenido que hacer grandes extras.

No es que yo pensara que á bordo pudieran robarme, sino que no podia calcular el rumbo que iba á tomar mi equipaje abandonado.

Mis amigos me tranquilizaron á este respecto.

—Escribiremos á amigos de Buenos Aires, me dijeron, sin perjuicio de hacerles un telegrama ahora mismo, y ellos se encargarán de recoger tu equipaje.

Á este respecto no tengas el mas mínimo cuidado.

Aquella manifestacion de mis amigos me dejó tranquilo y no pensé mas en mi equipaje.

Como ya estaba allí, aquellos diablos se empeñaron en hacerme pasear y conocer la ciudad por completo.

—Es una lástima, me decían, que habiendo bajado no te quedes una semana, un par de días ó tres.

Ya verás qué momentos te vamos á hacer pasar!

Aquellos demonios me tontaron de una manera poderosa.

Yo, que no necesito mucho para esta clase de diversiones, me encontré en mi elemento y acepté la propuesta.

Me quedé en Montevideo con el propósito de pasar dos días alegres.

Confieso que aquellos traviesos me hicieron perder la cabeza y la memoria, al extremo de que yo no pensaba mas ni en mi equipaje ni en mi dinero.

Y tan perdí la memoria y tan me quedé allí á mi gusto, que hasta se me olvidaron las fechas, y los dos dias se me volvieron ocho.

La falta de ropa era subsanada por ellos, que me daban ropa para cambiarme.

Qué mas necesitaba entónces?

Ellos habian recibido contestacion de sus amigos, cuyas señas traigo apuntadas en la cartera, diciéndoles que mi equipaje estaba seguro.

La tarra continuó un par de dias mas, hasta que les declaré terminantemente que me venia á Buenos Aires.

En vano aquellos diablos quisieron detenerme aún mas; tuve que ser firme, porque si no, era negocio de quedarme en Montevideo todo el año.

Y como el punto de mi destino era Buenos Aires, donde debo abrir inmediatamente mi casa de comercio, no era posible ni juicioso demorar me más.

Demasiado me habia divertido yo y era necesario que aquello terminara de una vez.

Pedí las señas de las personas que se habian hecho cargo de mi equipaje, pues el paquete en que yo vine ya habia pasado por Montevideo de regreso, y aquí me tiene usted, mi señora, apto para el trabajo, porque con la calaverada hecha en Montevideo tengo ya para un año.

Esta historia inventada al minuto, dejó encantada á la señora Nina, que vió en Lanza un jóven alegre y travieso, pero que no perdía el rumbo en la senda del trabajo ni se dejaba seducir por tentaciones endemoniadas.

Y no extrañó ya la falta de equipaje en aquel pasajero que tenia todo el pelage de ser un hombre rico y que hablaba como aquel para quien el dinero es la última cosa de la vida.

Carlo Lanza fué alojado en una pieza del balcón á la calle, alegre y bella y donde tenia toda la independencia que podia apetecer.

Como yo aquí no tengo familia, no vale la pena que amueble casa para un hombre solo; cuando abra mis negocios, si en caso me gusta, seguiré alojándome aquí.

Es mucho más cómoda la vida del hotel para el que, como yo, no tiene quien lo cuide.

Y Lanza, que habia observado que la signora Nina era algo sensible, hizo una larga tirada sobre el amor materno, lo que él adoraba á su buena vieja, y lo que iba á estrañarla miéntras

estuviera en América. Cada vez la hotelería estaba más enamorada de aquel jóven de tan nobles sentimientos y de corazon tan sencilló.

—Yo trataré de reemplazar su familia en lo que me sea posible, le dijo, y en cuanto á trato, espero en Dios que no ha de tener por qué quejarse.

La buena mujer arregló la pieza de Lanza como sise tratara de un hijo, diciéndole:

—Esto es por hoy; pero ya mañana podrá disponer de la salita ó al lado para recibir sus amigos y tratar de sus negocios.

Una casa de comercio no se improvisa á dos tirones y miéntras usted abra la suya, necesita una pieza que no sea dormitorio, para recibir á las personas que han de venir á verlo.

Con sus fábulas y sus cuentos Carlo Lanza se habia echado al bolsillo á la signora Nina y estaba seguro que seria tratado á cuerpo de rey.

—Preciso es confesar que he andado con suerte, aquí y en Montevideo.

Ese diablo de changador parece que hubiera adivinado mis necesidades del momento, trayéndome á una casa instalada para que yo la ocupe.

Qué patrona! qué patrona me ha tocado en suerte!

Creo que al lado de ésta mi mismo patron del Washington quedará eclipsado.

Ahora es preciso que me reponga algo de tanta mala noche pasada, para quedar con el cuerpo descansado y entregarme á mis asuntos.

Lanza no habia dormido la noche anterior á bordo.

El jabon sufrido al salir de Montevideo y al llegar á Buenos Aires por temor á las autoridades, lo habia fatigado mas que todo.

Así es que apenas almorzó, se metió á la cama y se durmió profundamente.

Y sueño fué aquél que duró hasta el dia siguiente.

Varias veces subió la signora Nina á ver si algo se le ofrecia, pero viéndolo dormido tan plácidamente, se retiró sin querer turbar aquel sueño y murmurando:

—Cómo se conoce el sueño de un hombre justo y bueno! duerme como un ángel!

Á la hora de comer, la señora Nina volvió al cuarto de Lanza para despertarlo.

Pero dormia tan bien y tan plácidamente, que juzgó un crimen recordarlo, y despues de estarlo contemplando un buen rato resolvió dejarlo dormir.

Cuando volvió á subir á la pieza antes de recogerse y ya tarde de la noche, lo halló durmiendo en la misma posicion que lo habia dejado.

Se conocia que el jóven no habia hecho ningun movimiento.

Esto y la profundidad é insistencia de aquel sueño, le alarmaron mucho, hasta el extremo de acercar su oído á la cara de Lanza para cerciorarse de que no estaba muerto.

Y no pudo menos que sonreír maternalmente

al escuchar aquella respiración tranquila y cadenciosa.

Y por tercera vez renunció á despertarlo, calculando que aquel sueño le haría mas bien que la mejor comida.

Y á aquella hora, para qué iba á despertarlo?

Le echó una manta sobre los pies y se retiró á acostar.

Al día siguiente Lanza se habria respondido de las fatigas del viaje y estaba segura que le agradecería no haberlo despertado.

Recien al otro día temprano despertó Lanza de su profundo sueño.

Habia dormido tan sin sentirlo, que al despertar pensó que estaba en el mismo día que se habia acostado y que dentro de poco lo llamarían á comer.

Grande fué su sorpresa cuando vino la señora Nina con una gran taza de café con leche, haciéndole burla por el sueñazo que habia echado.

—Dormir un día entero con su noche, le dijo, es algo de enorme y que no sucede á todos los clientes!

—Cómo un día y una noche! exclamó Lanza asombrado—quiere decir que yo he venido ayer y que me he dormido hasta hoy?

—Tan es así, que aquí venia á despertarlo con una buena taza de café con leche y á recordarle el asunto de su equipage para que haga las diligencias del caso.

A pesar de la seriedad con que hablaba la señora Nina, Lanza se resistia á creer que se sueño hubiera sido tan largo.

Fué necesario que le abriese el balcon y le mostrase prácticamente que estaban en las primeras horas de la mañana.

Lanza no dudó ya un segundo, pues el movimiento de la ciudad era el mismo que habia observado cuando desembarcó.

—Debo haber dormido mucho y muy bien, porque me siento el cuerpo perfectamente descansado y el espíritu alegre.

—Yo estuve ayer varias veces y sentí una fuerte tentación de despertarlo, pero dormia tan bien que me dió pena el hacerlo.

De todos modos no tenia nada urgente que hacer.

Para qué iba á turbar entónces un sueño tan apacible?

Lo dejó dormir entonces, y no me arrepiento, puesto que tan bien le ha aprovechado el sueño.

Carlo Lanza agradeció afanosamente á la señora Nina todas las atenciones que le habia dispensado.

—Se me figura que estoy en mi casa y al lado de mi vieja, cuando siento el cariño con que usted me trata.

Francamente nunca soñé hallar en tierra extranjera una persona tan buena y tan amable.

La señora Nina estaba con esto en el bolsillo de Lanza; y el bribon, que sentia el mágico efecto que producian sus palabras, apretaba la mano y se le descolgaba con mil cariños y zalame-rias.

Engulló el café con su buen apetito de veinte y cuatro horas que hacia no tomaba nada y empezó á hacer sus planes para pasear la ciudad.

Para darle mayor confianza y concluir de ganársela, Lanza llamó á consulta á la señora Nina, para resolver ambos el problema del paseo.

—Yo no conozco la ciudad ni siquiera tengo idea de las diversiones, le dijo, temo perderme y no se me ocurre con quién salir.

Si usted quisiera prestarme un mozo á horas en que no tuviera qué hacer, me prestaria un señalado servicio.

—Algo mejor, mucho mejor que eso, respondió la señora Nina.

Despues de almorzar yo lo pondré en contacto con un capitán de buque que pára aquí actualmente.

Es un hombre muy jovial y paseadero.

No tiene nada que hacer durante el día, se pasea toda la ciudad entera, de la que conoce hasta el último rincón.

Ni mandándolo hacer encontraría usted un compañero mas á propósito.

Carlo Lanza se empaquetó perfectamente.

La ropa salvada era la mejor que tenia, de modo que á su trage no habia reproche que hacerle.

Tomó asiento en la mesa redonda, y allí la señora Nina lo puso en contacto con el capitán Pietro Caraccio, que era la persona de quien le habia hablado.

Caraccio era un hombre de mas de cincuenta años, pero jovial y alegre al estremo de parecer un muchacho.

El venia á Buenos Aires una vez al año, y él mes ó mes y medio que tardaba su buque en la carga y descarga, lo empleaba en pasear y divertirse de todos modos.

En las reuniones alegres, en los cafés, en los teatros, en todas partes donde podia pasarse alegremente el rato, estaba siempre presente.

Sus amigos los italianos mas acriollados lo llamaban Caracho, y él aceptaba el juego alegremente.

Caraccio era intimo amigo de un ingeniero Caporale, veneciano tan alegre y travieso como él mismo, que andaba siempre esprimiendo á la vida todo el jugo que le podia sacar.

Caporale se conocia cuadra á cuadra el Buenos Aires alegre, de modo que cuando se juntaba con el amigo Caracho no dejaba vericueto que no recorrieran.

Si Carlo Lanza hubiera mandado fabricar dos cicerones, no los hubiera hecho tan completos ni tan á su conveniencia.

Caracho lo pondria en contacto con Caporale, Coporale con Moretti, este con el ciego Maggi, y en un momento, entre todos, lo pondrian al corriente de lo que era Buenos Aires, y lo que se podia hacer en negocios nuevos.

Tanto el capitán Caraccio como los demás marinos que habia en la mesa, simpatizaron en el acto con aquel jóven tan espiritual y tan franco, que los trataba como si toda la vida los hubiera conocido.

El marino no desconfia nunca del hombre

que tiene al frente, mientras éste no le dé un motivo notorio de desconfianza.

Juzga á los demás por sí mismo y se abre pronto á las impresiones de la buena amistad.

Por qué habian de desconfiar de Lanza, cuya juventud y esterior simpático tanto prevenia en su favor?

Luego la señora Nina lo habia recomendado tan cariñosamente, que Caracho le dijo:

—El jóven corra de mí cuanta; déjenos no más que ya nos entenderemos perfectamente.

Carlo Lanza vió en el capitán Caraccio un nuevo filon que esplotar, y estudiándole el lado flaco durante el almuerzo, le inventó un par de historias que dejaron encantado al viejo lobo marino, pues empezó por decirle:

—Mi vocacion era la mar, pero mis padres que me quieren con exceso, me la contrariaron desde el principio, dándome una colocacion comercial, que ellos estimaban menos peligrosa.

—Con una buena educacion comercial, me decia mi buen viejo, y dinero que, gracias á Dios, no ha de faltarte, tienes tu porvenir perfectamente asegurado.

La mejor marina son los escudos, muchacho, con la diferencia que estos no naufragan, y aun en el caso de naufragar, nunca comprometen la vida.

Y aquí tienen un hombre que, nacido para la mar, se vé obligado á convertirse en ponton de una casa de comercio que para él no tiene ningun encanto.

Pero en fin, puesto que mis padres lo han querido, mandaremos un banco en vez de mandar un barco: cuestion de una letra cambiada y nada mas.

Con estos discursos Lanza se ganó á los buenos y francos marinos, al extremo que, cuando concluyeron de almorzar hablaba con Caracho como podia haberlo hecho con un amigo de veinte años.

La señora Nina vino á informarse de cómo les habia parecido el compañero, quedando sumamente complacida al oír decir á Caracho:

—Es el mejor jóven con que he tropezado en mi vida.

Corre de mí cuenta enseñarle la ciudad y todo lo que le dé la gana de aprender en ella: por eso no ha de haber inconveniente.

Es un jóven que me gusta de alma y que tomo bajo mi amistad por todo el tiempo que me queda de estar en Buenos Aires.

—Yo no sé hacer cumplimientos, respondió la señora Nina, pero le aseguro, jóven, que no podia caer en mejores manos.

Va á conocer cuanto necesita y divirtiéndose en toda regla.

Después de tomarse una buena taza de café con una mejor copa de grappa, el capitán Caraccio declaró que estaba á disposicion de Lanza desde aquel momento, puesto que no tenia nada mejor que hacer.

Lanza subió á su pieza, dió un repaso á su traje y peinado, y acompañado del insigne Caracho salió del hotel Marítimo.

ESCURSIONES Y ESTUDIOS

Caracho acompañaba á Lanza simplemente á visitar la ciudad, porque á aquellas horas de ocupacion para todos, no se podia hacer otra cosa mejor.

Lo trajo al centro, mostrándole los mejores edificios y establecimientos públicos y los barrios comerciales, que era lo que mayor interés despertaba en Lanza.

Aquellas vidrieras de las casas de cambio donde habia una fortuna en monedas de oro, tenian positivamente fascinado á Lanza.

Una ciudad donde el simple cambio de dinero constituia un negocio, debia ser una ciudad sumamente rica.

Y Caracho completaba los datos con informes preciosos para Lanza.

Aquellas vidrieras donde se anunciaba que se daban giros para Europa, llenas de monedas de todos los cuños, lo hacian abrir tamaño ojo,

mas cuando Caracho le daba la explicacion siguiente:

—Estos son escritorios por cuyo intermedio se puede mandar á Europa dinero en letras de cambio.

Son hombres de entera confianza, que se encargan de enviar dinero y de todo género de comisiones.

Esto es muy cómodo y muy útil, pues no hay comision de que no se encarguen.

Supóngase que uno de estos infelices que no tiene ningun género de relaciones ni sabe siquiera escribir una carta, tiene necesidad de hacer pagos ó mandar traer su familia.

Pues no tiene mas que venir á uno de estos escritorios de crédito y hacer el encargo.

Aquí encuentra todas las comodidades posibles, mediante una moderada retribucion.

Carlo Lanza escuchaba todos estos datos con un placer infinito.

Lo estaban hiriendo sobre la llaga, y dándole precisamente datos que no había querido pedir todavía.

— Pero estas casas tendrán capitales enormes? preguntaba fingiendo indiferencia.

— Capital de relaciones y crédito, nada más.

Para qué necesitan capital, si el dinero que mandan es el mismo que reciben?

No hay mas que tener buen crédito y basta, y asimismo hay muchos de estos diablos á quienes yo no les haria cien pesos papel.

Carlo Lanza estaba en espinas.

Ya le parecia que se hallaba al frente de una de aquellas grandes casas de giros, embolsando gruesas sumas de dinero.

Pero para llegar á aquel pináculo de felicidad era necesario conocer admirablemente la gente con que había de maniobrar y explotar.

— Pero aquí no hay Bancos que giren? preguntaba asombrado de que en un país tan rico no hubiera Bancos de giros.

— Si hay Bancos, respondía Caracho, pero estas casas son mas cómodas y familiares.

No se necesita tanta formalidad, y luego que ningun Banco quiere encargarse de escribir una carta á la muger y á los hijos.

Entre tanto hay casas de crédito como la de Caprile y Picasso, donde se encargan de todo, sin el menor trabajo para el cliente.

Casi todos los compatriotas prefieren depositar su dinero aquí, que llevarlo al Banco, porque además de las comodidades que he mencionado, hay la ventaja de que se paga mayor interés.

Y como toda esta es gente de trabajo que no piensa mas que en sacar el mejor provecho á trabajo y dinero, tiene el suyo aquí con preferencia á cualquier Banco.

Carlo Lanza quedó deslumbrado ante tan fabuloso negocio.

Había tropezado precisamente con lo que buscaba.

Conocido el negocio, no faltaba mas que conocer los clientes y ponerse en situacion de plantearlo.

Pero esto no podía ser sino obra del tiempo y del conocimiento de las personas y del país.

Aquel primer paseo que llamaremos paseo sério, duró hasta el entrar la noche, hora en que regresaron á comer, pero no al hotel Maritim, sino á una guarida de gente alegre que conocia Caracho.

Esta guarida era el famoso café de la Cruz de Malta, sitio de reunion de aquella célebre sociedad de la Maledicencia, compuesta de gente alegre y jóven, perteneciente al comercio, á las bellas artes y á las letras.

A la hora que llegaron Caracho y Lanza, estaba el cenáculo en plena y formidable reunion.

El pintor escenógrafo Ferrari, aquel gran diablo de tanto talento, tenía la palabra, sosteniendo con un elocvente discurso que los curas no eran tales ministros de Dios, porque Dios no los había nombrado ni les pagaba sueldo.

Luego, que todos eran ministros en el mismo ramo, lo que probaba que en los ministerios celestes había mas ministros que asuntos y que todos los asuntos se referian á una sola cartera.

Los oyentes aplaudian de una manera espantable el discurso de Ferrari, pues en el colmo del entusiasmo había tratado de simple Federico á monseñor Aneiros.

Caracho se detuvo en la puerta por no interrumpir el discurso de Ferrari y solo cuando este gran travieso dejó de hablar, entró y presentó á la reunion á su protegido Carlo Lanza, de quien se decía padrino.

Bastaba que fuera presentado por Caracho para que Lanza fuera recibido con todos los honores requeridos.

Ferrari se paró sobre la silla y echó un nuevo discurso saludando al recién llegado, mientras el bueno y noble Strazza lo bautizaba mojóndole el pelo con un poco de oportó.

Lanza estaba en su elemento.

Aquella gente le parecia la revelacion de un mundo desconocido pero presentado por él.

Y tomó asiento al lado del venerable presidente de la Maledicencia, que encontró en Lanza un neófito de primera fuerza.

Allí se encontraba el jóven en contacto con gente buena que podía ayudarlo de todas maneras, pues allí había personas bien colocadas en el comercio rico italiano.

Y bendijo desde el fondo de su alma al changador que lo había llevado al Hotel Marítimo, y á la signora Nina que lo había puesto en contacto con aquel diablo de capitán Caraccio que, sin saberlo, se había erigido en su Providencia.

Como era natural, entre aquella gente y en festejo del recién presentado, la comida fué mas borrascosa de lo acostumbrado.

Algunos de los maldicentes se fueron un poco al otro lado de la alforja, mientras la mayoría saludaba á Lanza con un trigésimo brindis.

Aquella comida no terminó hasta las diez de la noche, y sabe Dios hasta qué hora se hubiera prolongado, si Caracho no hubiera hecho moción de levantar campamento, porque queria mostrar á su protegido lo que en Buenos Aires asombra.

A dónde ir á aquellas horas y en el estado en que se hallaba la mayoría?

Fué Lanza quien dió el derrotero con esta simple pregunta:

— Y en Buenos Aires no hay Alcázar?

Allí se dirigieron todos aquellos cachafaces. Si los maldicentes habían sido simpáticos al jóven desde el primer momento, este les había caído en gracia sobre tablas, porque habían visto en él un jóven alegre y despreocupado, que seria con el tiempo un digno maldicente.

Con dinero, como aparecía, y dueño esclusivo de su voluntad, aquel jóven podría seguirlos en todas sus aventuras y ayudarlos con su alegría y buen humor.

El Alcázar de Buenos Aires que él había juzgado igual desde Montevideo, fué la revelacion de un mundo nuevo para él.

Nuestros lectores no habrán olvidado aún lo que era el Alcázar de Buenos Aires en aquellas épocas inolvidables.

Allí iba toda la juventud alegre y bulliciosa de Buenos Aires, armando cada jaleo que parocia una revolución.

Había un círculo de jóvenes que se había impuesto á concurrencia y artistas, de tal manera, que era su voluntad la que allí imperaba, sin la menor contradicción de una y otros.

Los programas de la funcion se alteraban por aquel público bullicioso con una facilidad tal, que el mismo Colombet había concluido por aparecer en las tablas preguntando qué querían que cantaran.

Aquella era una concurrencia de hombres solos, que iban á matar la noche del modo que á cada cual le diera la gana—no había qué hacer.

A veces las opiniones andaban encontradas entre el "público espectador" y el público actor, y era entonces que se armaban aquellos memorables escándalos que requerían la mediación del mismo jefe de policía.

La Gooz no había querido alterar el programa cantando lo que se le pedía, y era recibida con una tormenta tal do silbidos, que aquello parecia un concurso de locomotoras.

El público espectador aplaudía porque la artista le gustaba y él nada tenía que hacer con los cambios de programa, y aquí se armaba la grande á los gritos de "afuera la Gooz!" "bravo la Gooz!"

Los jarros de chop cruzaban de un extremo á otro buscando caeozas donde estrellarse; las sillas crugían al ser azotadas contra las mesas, y las piedras de mármol que á estas cubrían, saltaban bajo todo género de golpes.

El teatro se convertía en una lluvia de verduras, pedazos de sillas, botellas vacías y puchos encendidos.

Y el telon caía rápidamente en medio de un tumulto fabuloso.

Los artistas, aterrados, ganaban á sus camarines ó se escondían entre las bambolinas, creyendo que el final lógico de aquel bochinche monstruoso sería que pegarían fuego al teatro.

Y este temor se acentuaba mas, porque en la sala se hacia la proposición á grandes voces.

Los concurrentes á las mesas de la platea eran los que salían peor parados, porque de los palcos les llovía toda clase de proyectiles de grueso calibre, que caían no solo con su propio peso, sino impulsados por toda la fuerza de los que los lanzaban.

Aquí mediaba siempre la Policía, pero obteniendo un resultado negativo.

Tratándose de los jóvenes mas distinguidos de Buenos Aires, los vigilantes no se atrevían á proceder con toda la severidad necesaria.

El oficial ó el comisario de servicio temían se produjese un conflicto sangriento, y la presencia del Jefe de Policía se hacia inevitable.

El señor O'Gorman, con aquel tino y aquella suavidad que le era característica, se presenta-

ba en el sitio del conflicto y el tumulto cesaba como por encanto.

La concurrencia se calmaba, los contusos enflaban á la botica mas cercana, el telon se alzaba, y la representación continuaba como si nada hubiera sucedido.

Así seguía la funcion en medio de aplausos, silbidos y papas arrojadas á la escena, quedando siempre triunfante y airoso aquel grupo de traviesos jóvenes que lo habían producido, por no querer altorar el programa.

Noche llegó en que los artistas tuvieron que salir en corporación al escenario y pedir disculpa á aquellos traviesos por no haber hecho caso de sus pedidos, prometiendo la mayor sumision para el futuro.

Aunque los artistas se esmeraran en complacerlos, desobedeciendo ciegamente sus órdenes y alterando los programas á satisfaccion de todos, no por esto se lograba una representación en orden.

Nunca faltaba un motivo para provocar un conflicto ni dejaba de haber su tormenta.

Es que aquella concurrencia especial iba con el espíritu preparado á tormenta, y ora preciso que la tormenta se produjera.

Un mozo de café que servía mal y obtenía en retribucion un tezazo; un artista que no representaba con el comedimiento exigido; algun espectador á quien el punch ó la limonada se le subía á la cabeza, todos estos eran motivos para que se renovara el escándalo, cuyas proporciones solían alamar á la Policía, que creía que aquellos diablos llegarán hasta descatar las órdenes del señor O'Gorman.

Pero esto no sucedía jamás.

En cuanto O'Gorman se presentaba en el Alcázar, el escándalo cesaba como por encanto y aquellos de cabeza mas pesada consentían en retirarse á sus casas á dormir los brios que les hubiera comunicado el alcohol.

Es que el señor O'Gorman tenía un tino único, que nacía en el profundo conocimiento de aquella juventud borrascosa.

Sabia que los que no hubieran cedido ante todos los machetes de la Policía, no se resistirían á una súplica bondadosa, y era este el medio que siempre empleaba con éxito para obtener cuanto quería.

El escándalo de la funcion continuaba despues en el café, donde iban á cenar público y artistas, juntos ó separados.

Porque allí se dirigían las recriminaciones á que habían dado lugar las escenas de la noche, recriminaciones que solo servían para provocar nuevos conflictos.

Y como estos mismos conflictos corregidos y aumentados se reproducían de dia durante los ensayos, con menos concurrencia porque á ellos solo entraban los preferidos, resultaba que el Alcázar era un teatro de público bochinche, donde el telon no se bajaba jamás, y donde la Policía tenía que hacer perpetuo servicio.

Carlo Lanza quedó maravillado ante esta descripción del Alcázar de Buenos Aires, que se le hacia sobre el mismo teatro de los sucesos y

mientras se desarrollaba el cuarto ó quinto conflicto de aquella noche.

Y veía que allí no había la menor exageración, puesto que él presenciaba las mismas ó parecidas escenas á las que se le describían.

Caracho y los cuatro ó cinco amigos que lo acompañaban se habían colocado en puntos estratégicos, desde donde podían presenciarlo todo, sin quedar expuestos á un golpe por equivocación.

Así es que Carlo Lanza podía mirarlo todo á su entera satisfacción, exclamando de cuando en cuando:

—Por Dios, que este espectáculo es único en el mundo!

No existe ningún otro teatro igual á este, porque es imposible encontrar otra sociedad tan viváz y tan ardiente en todas sus manifestaciones.

—Ya verá usted, amigo, lo que es esta mozada! le decía el ingeniero Caporale, que estaba muy bien relacionado entre ella.

Yo le voy á presentar unos cuantos de los cacebillas que lo pondrán en contacto con los demás y verá entónces lo que valen esos muchachos!

Alternar con aquellos jóvenes, ser su amigo, importaba para él grandes ventajas para el futuro, porque aquellos jóvenes le harían alternar con la mejor sociedad en general, así es que tomó á Caporale la palabra, haciéndole presente que la cumpliera á la brevedad posible.

A la una de la madrugada Lanza y sus protectores salían del Alcázar, tomaban su último café en el Restaurant de Bonheur, de feliz memoria, y se dirigían, Caracho y Lanza, al hotel marítimo, y Caporale y comparsa á seguir la farra probablemente.

Cuando padrino y ahijado llegaron al hotel Marítimo, apenas estaba en pié el mozo que debía abrirles la puerta.

Lanza se acostó aquella noche y se durmió medio por las más gratas ilusiones.

En Caracho había encontrado el hombre imprescindible en su situación, y en los amigos que este le había presentado, la gente que necesitaba.

Estos le proporcionarían nuevas é importantes relaciones para él y le ayudarían á estudiar el país y sus costumbres.

Una cosa sola afligía á Lanza enormemente: la falta de dinero y de medios para proporcionárselo.

Era necesario buscar en qué ocuparse, en qué ganar algo, bajo cualquier pretexto que no le faltaría.

De otro modo iba á naufragar bien pronto, por mejores que fuesen las mentiras que echara para salir del paso.

Por lo tanto la falta de su equipage, según la historia que contó á la signora Nina, era una historia perfectamente lógica, cuyo final no era dudoso.

El paquete había regresado llevándose de nuevo su equipage, de modo que hasta dentro de tres meses, por lo menos, no podría contar con él.

En tres meses podían suceder tantas cosas, que cuando el paquete regresara tal vez ya no lo necesitaría para nada.

Así, medido por mil esperanzas de pronta fortuna, Lanza se durmió plácidamente.

Tenia asegurado lo principal, casa y comida, lo demás vendría por sí solo.

Al día siguiente la signora Nina se le presentó en su cuarto, regañándolo cariñosamente por la hora avanzada á que había vuelto.

—Veo que Caracho ha sabido entretenerlo de manera que no se ha acordado ni siquiera de venir á comer.

—Oh! el capitán Caraccio es un excelente compañero, respondió Lanza: con él no se pasan momentos tristes.

Comimos con unos amigos suyos y de allí nos fuimos al Alcázar donde hemos estado hasta la hora que volvimos.

—Este Caraccio es un calavera incurable, ahora que tiene compañero no va á parar un momento en casa.

Así sucedió en efecto.

Aquella mañana en cuanto se levantaron, ya Caracho lo vino á invitar á caminar para abrir el apetito, saliendo juntos á pasear la ciudad, pero regresando á almorzar al Marítimo, de donde salieron en seguida á continuar la parranda del día anterior, con el mismo itinerario: la Croce di Malta y el Alcázar.

Todo el día lo habían empleado en pasear la ciudad, de la que Lanza empezaba ya á darse cuenta y á conocer bien.

En dos días más ya podía salir solo, que era cuando necesitaba para inventar su historia del equipaje.

Y esto lo preparó al pasar por la calle de Cuyo, diciendo á Caraccio: allí vive la persona que ha recogido mi equipage: mañana lo he de venir á ver.

Lanza estaba encantado con Buenos Aires, su comercio y sus negocios, cuya mayor parte pertenecían á italianos.

Todo lo que era vendedor ambulante, naranjeros, merceros y hasta los changadores eran italianos, de quienes Caraccio le daba los siguientes informes:

—Todos esos que usted vé ahí son gente rica, trabajan de sol á sol con una constancia y una fé asombrosa.

Viven como una miseria, lo necesario para no morir de hambre, así es que cuanto ganan lo guardan y al cabo de diez años se encuentran con una suma reunida que para ellos es una fortuna.

—Y ese dinero no lo emplean en algo para sacarle un buen interés? preguntaba Lanza asombrado.

—Ellos no exponen su dinero por nada de este mundo.

Conforme lo ganan lo depositan en las casas de crédito italianas que les pagan mayor interés ó lo mandan á Italia por intermedio de las mismas.

Muchos se han quedado aquí y son dueños

hoy de grandes fortunas que tienen empleadas en buenas fincas de renta.

Si en algun país puede decirse que la economía es riqueza, es fuera de duda en Buenos Aires.

Lanza estaba estasiado ante estos datos que concordaban admirablemente con sus proyectos.

Si todos aquellos pequeños negociantes, depositaban su dinero en una sola casa, esta podía llegar á tener un capital fabuloso y hacer operaciones en grandísima escala, nada mas que girando el dinero que le depositaban.

No habia mas que establecerla y atraerse toda aquella clientela con la promesa de un buen interés.

Pero para establecer la casa necesitaba empaparse bien en los hábitos de las otras casas del mismo género y tener algun dinero para los primeros tiempos.

De dónde sacar este dinero? cómo conservarse hasta tenerlo, sin que su conducta descubriera que no era mas que un aventurero sin mas capital que su audacia y su inteligencia?

La tarea era impropia, pero para Carlo Lanza, teniendo voluntad, no habia nada imposible ni nada difícil.

Las relaciones eran la base de todo, y empezó á hacerlas con verdadera pasión é interés.

Haciéndose conocer como capitalista tendria siempre andada la mitad del camino.

Aquellos diablos de maldicentes, tan bien relacionados entre sus compatriotas podian serle de una utilidad inmensa, y trató de ganárselos por medio de la amistad y siéndoles agradable de todos modos.

Era esta una excelente base de operaciones, á no dudarlo.

• Todos aquellos almaceneros y tenderos enviaban fuertes letras á Italia, por medio de casas como la de Caprilo y Picasso, y esto solo representaba una fortuna que, bien manejada, podía dar resultados de primer orden.

Entre tanto él trataba por todos los medios posibles de ser agradable á sus nuevos amigos, base de la posición que pensaba formarse.

Imitando con gran talento á su patron en Génova, se habia asimilado á él de tal manera, que parecia un hombre nacido entre la riqueza y habituado á despreciar el dinero.

A lo primero que habia que atender era á la cuestión de su equipaje, pues sentaba muy mal en la clase de hombre que él queria aparentar, vestir siempre el mismo traje y no tener dinero que gastar.

Era preciso apurar la inventiva para salir del pantano y Lanza puso en prensa su rica imaginación.

Aquel dia y el siguiente comió en la Cruz de Malta, en el sagrado recinto de la sociedad Maledicencia y asistió al Alcázar, el teatro de las grandes calaveradas.

Y como habia paseado gran parte de la ciudad, ya pudo salir del hotel Marítimo sin miedo de perderse.

Caraccio estaba encantado con su protegido y no hacia sino hablar de él y ponderar sus condiciones de carácter.

—Es el mejor pensionista que usted habrá tenido en su vida, decia á la signora Nina, que se encontraba cada vez mas orgullosa del jóven.

Me vá á costar gran trabajo dejarlo cuando me vaya, ya me he acostumbrado á andar con él como podía haberme acostumbrado con un hijo.

Es un muchacho que vale lo que pesa y que hará una gran fortuna, porque tiene una cabeza de primer orden.

A fuerza de oír tantos elogios, los demás capitanes que vivian en el Hotel Marítimo, se habian encariñado con Lanza, invitándolo á todos sus paseos.

La signora Nina le habia tomado un gran cariño, cariño que Lanza hacia aumentar continuamente, porque como hemos dicho le habia ganado el lado, y sabia contentarla y hacerle el gusto en todo.

Nina no se preocupó jamás ni un momento por el pago de su pension, y si alguna vez le preguntó si no hacia diligencias por su equipaje, fué únicamente en el interés que el jóven la inspiraba.

Conocer de la ciudad, como para lanzarse solo en el laberinto de sus calles, una mañana muy temprano nuestro héroe salió del Hotel Marítimo, diciendo á la signora Nina:

—Hoy salgo únicamente en busca de mi equipaje: ya no puedo estar mas tiempo con esta ropa.

—Al fin se acordó de sus asuntos! respondió sonriendo la buena patrona.

Ya empezaba á arrepentirme de haberlo puesto en contacto con Caraccio, porque veia que todo lo olvidaba por sus paseos.

—Ya vé que no me olvido del todo, contestó. Y salió del hotel fingiendo gran prisa.

Cuando Caraccio fué al cuarto de Lanza creyendo agarrarlo en la cama, se encontró con que su amigo habia volado y segun la signora Nina, no lo veria hasta la hora de almorzar

UN GOLPE DE INGENIO

Carlo Lanza salió del hotel Marítimo, dió media vuelta por la calle de Cuyo y enfiló hacía el Oeste, camino que conocía bien porque era por donde todas las tardes iba á la Cruz de Malta.

Era preciso irse soltando solo por la ciudad y fijándose en todas las cosas para no necesitar de la ayuda de Caraccio á quien no le convenia mucho interiorizar en sus pensamientos, porque era imponerlo de la verdad de su persona y de su miserable pobreza.

Caraccio era un hombre franco y noble, que le habia cobrado un gran cariño.

Pero, sucederia lo mismo si llegaba á saber que él no era mas que un impostor que se habia fingido lo que no era?

Lo que mas mortificaba á Lanza era la chabonada de haber dado su verdadero nombre en Montevideo, porque no era difícil que su aventura del hotel viniera á conocerse en Buenos Aires, lo que lo inutilizaria por completo para los vastos planes que desarrollaba en su majin.

Aquella era una chabonada imperdonable, que tal vez vendria á pagar demasiado cara.

Aquello no tenia ya remedio, y era mejor no pensar para no mortificarse inútilmente.

Por el momento lo que mas le urgía era salvar la situación presente, es decir, desenredar la crestion del equipaje y hacerse de algun dinero para seguir manteniendo la falsa posicion en que se habia colocado. No creyó que hubiera nada mejor que decir que el paquete habia regresado á Europa reconduciendo su equipaje y el dinero que con él traia.

Esto además de salvar aquella dificultad inmediata, tal vez le diera pretexto para hacerse de algun dinero y aquí el capitán Caraccio podia serle de una utilidad extrema dadas sus condiciones de generosidad y franqueza.

Caraccio, á juzgar por lo que le veía gastar, debía ser un hombre rico y por consiguiente debía tener dinero consigo.

Después de pensar mucho sobre la historia que habia de contar, para no caer en una contradiccion y vagar por algunas calles, Carlo Lanza regresó á su hotel, llegando precisamente en el momento en que se sentaban á almorzar sus compañeros de mesa.

El jóven habia tenido muy buen cuidado de tomar el aire de contrariedad y tristeza que convenia á la historia que debía de narrar.

Tan bien fingida era aquella actitud, que en el acto de verlo la signora Nina le preguntó qué le habia sucedido que volvía tan triste.

—Una contrariedad tan seria, respondió Lanza, que ella me atrasa por lo menos de tres meses en mis negocios.

—Figúrense ustedes que las personas encargadas por mis amigos de Montevideo para recoger mi equipaje, se han olvidado ó descuidado, y cuando han querido cumplir el encargo se han encontrado con que el paquete ya se habia ido llevándosele otra vez.

Alimentando una vaga esperanza les supliqué fueran conmigo á la Agencia del paquete, porque estando mi equipaje rotulado para Buenos Aires, no era difícil que lo hubieran dejado allí.

Pero en la Agencia no saben nada y suponen tambien que lo hayan llevado de regreso.

Una sola esperanza me queda entónces, pero esta es muy vaga.

Como el capitán sabe que yo me quedé en Montevideo, tal vez al pasar haya dejado allí mi equipaje, así es que hoy mismo voy á escribir á mis amigos de allá para que lo recojan y me lo remitan en caso que mi sospecha sea fundada, ó me avisen para irlo á buscar.

Era tal la tristeza que aparentaba el jóven, que la signora Nina y el capitán Caraccio trataron de consolarlo.

—No hay que affigirse tanto, le decia Caraccio, al fin y al cabo todo se reduce á una pérdida de tres meses, y esto que en un hombre de mi edad seria mucho, en un jóven como usted es una pequeñez.

El equipaje le perjudicará en la ropa, pero esto nada significa, porque ropa no ha de faltarle; por lo pronto la mía está á su disposición.

Esta oferta le hicieron tambien los otros capitanes, añadiendo: no será tan buena y fina como la suya, amigo mio, pero siempre será ropa que se pueda poner.

Lanza agradeció aquella oferta sonriendo tristemente.

—No es la ropa lo que me afije, dijo, mal ó bien, siempre tengo conmigo dos trajes que me servirán durante tres meses.

Esto no es lo que me afije.

Lo que me mortifica de un modo incalculable es el disparate que he cometido al dejar en mi equipaje el dinero que tenia, trescientas libras esterlinas, que era lo que pensaba gastar mientras me llegaban las letras de cambio que han de constituir mi capital.

Qué quieren ustedes que haga en un país desconocido, sin dinero ni esperanzas de tenerlo antes de tres meses?

Es preciso convenir en que la situación es apurada y que pago bien cara la imprevision de haber dejado el dinero en mis balijas.

Lanza hablaba sin almorzar, fingiendo un desano que estaba muy lejos de tener.

Y todos se affigian al ver su mortificación y su tristeza.

—Bueno, por ahora coma, amigo, que es lo principal, le decía Caraccio, porque el estómago lleno es un buen consejero.

Ya se pensará como se sale del paso.

—No se aflija tanto, le decía la signora Nina, que experimentaba una profunda pena al ver el estado del jóven.

Tiene usted asegurada la pension en mi hotel por todo el tiempo que tarde en recibir dinero y esto es lo principal.

—Nunca olvidaré su generosidad maternal, señora, exclamó fingiendo que se secaba una lágrima.

He encontrado una madre en América, cosa que seguramente no me esperaba; así es que nunca dejaré de bendecir al peon que me guió á este hotel.

Concluido el almuerzo en que Lanza apenas probó unos bocados, se subió á su cuarto, donde se sentó tristemente.

Media hora despues, el capitán Caraccio iba á buscarlo para que salieran á pasear como acostumbraban á hacerlo diariamente.

Pero Lanza se negó á salir aquel día.

—No hay que dejarse dominar por la tristeza, cuando las cosas no tienen remedio, decía Caraccio alegremente, que todo se remedia en esta vida.

El que se deja ganar por la tristeza es hombre perdido; porque se mortifica sin conseguir remediar nada.

Esto es cuestion de tiempo, resuélvase á tener paciencia y esperar tranquilo á que se pasen los tres meses necesarios.

—Resuelto estoy, puesto que no tengo mas remedio, pero no puedo menos que mortificarme, porque francamente esta es una situacion muy mortificante.

—Bueno, vamos á pasear entónces, que es la mejor manera de distraerse—los amigos maldicientes se encargarán de no dejarlo pensar en cosas tristes.

—Es esto precisamente lo que no puedo, respondió Lanza con profunda melancolía, porque no puedo hacer frente á esas relaciones.

Yo saldré á pasear con usted siempre, porque á su lado me encuentro bien, pero no vuelvo mas á la Croce di Malta.

—Pero qué motivo hay para esto? lo ha otendido alguno, hay allí alguna persona que no le convenga?

—Libreme Dios de semejante pensamiento! respondió apresuradamente el jóven, pero tengo para ello una razon suficientemente poderosa.

Yo ahora no tengo dinero ni de dónde sacarlo, por consiguiente, no puedo ir á un parage donde todos me obséquian y pagan, no pudiendo yo hacer lo mismo.

Usted comprende que esto mortifica mi amor propio y me deja humillado de cierto modo.

—Ta, ta, ta, ta, respondió alegremente Caraccio—usted cree que aquellos amigos piensan en semejantes miserias?

No diga esas cosas, amigo, que me ofende indirectamente, pues soy yo quien lo lleva y que no me quedo corto en pagar.

—No se ofenda, amigo mio, ni tome á mal lo que le digo, porque tengo razon y esta es una resolucion firme que he adoptado.

Yo quedo inhibido para frecuentar aquel buen círculo donde á cada momento me sentiria humillado y no vuelvo allí hasta que no tenga dinero.

En vano quiso insistir Caraccio, so convenció al fin que el jóven no cederia y guardando silencio como si pensase en el medio de allanar aquella dificultad, desapareció de pronto.

La cara de Lanza se iluminó entónces por algo como un relámpago que partia de su mirada inteligente.

Acababa de triunfar en el hábil plan que habia desarrollado tan rápidamente.

Pocos momentos despues regresaba Caraccio al cuarto de Lanza, trayendo dinero en la mano.

No me dirá ahora que no viene mas á la Croce di Malta y á donde yo quiera llevarlo.

Aquí tiene dos mil francos que me devolverá cuando reciba dinero y que yo le facilito con todo gusto.

Lanza se levantó de la silla donde estaba sentado, y abrazó efusivamente á Caraccio.

Sabia que era usted un noble marino, porque he vivido ya una semana con usted y esto basta para conocer á fondo un hombre.

Pero usted comprende que yo no puedo aceptar este préstamo, porque yo no tengo de donde sacar dinero para devolverlo sinó de Europa, y usted puede necesitar irse antes que yo lo reciba.

—Esto poco se me importa, respondió Caraccio tratando de meter en el bolsillo de Lanza los billetes de Banco que tenia en la mano.

El dinero que yo tengo, lo tengo para gastarlo, así es que no me hace falta; me hago de cuenta que lo dejo en un Banco para mi vuelta y hemos concluido.

Déjese de embromar que á usted le hace falta y conmigo no use cumplimientos, pues por lo menos tiene que tratarme como á su hermano mayor, y respetar mis órdenes, por lo tanto.

Lanza que vió á Caraccio dispuesto á hacerle tomar el dinero á toda costa, se resistió todavía.

—Yo lo quiero y lo respeto como á un hermano, capitán Caraccio, pero no puedo recibir un dinero que no sé cuando voy á poder devolver.

—Pues no lo devuelve nunca y en paz, terminó el noble marino.

Le prevengo que si usted no toma este dinero, creeré que usted no me estima, y como yo no puedo ser amigo de un hombre que no me estima, dejaremos de vernos desde hoy y de tratarnos.

Poco vale mi amistad para un jóven como usted, pero en fin, una afecion leal no está demás, y usted habrá perdido la mia.

Lanza estaba radiante de alegría, alegría que no trataba de disimular.

—Si usted lo toma por ese lado, le dijo, acep-

to, no me queda mas remedio, pues creo estimar su amistad en todo lo que vale.

Tomaré pues esos dos mil francos y los apuntaré en mi cartera, no como crédito de dinero sino como crédito de nobleza de espíritu impagable, porque esto no se paga.

Bendigo las ideas que me han sacado de mi lugar y de mi patria, capitán Caraccio, pues he tenido la ocasion de conocer hombres como usted.

Y se dejó introducir en el bolsillo aquella suma de dinero que importaba su salvacion, puesto que importaba la salvacion del rango que pretendia ocupar entre sus flamantes relaciones.

Ahora, dijo Caraccio, supongo que usted no se negará á venir conmigo á la Cruz de Malta y á donde yo lo quiera llevar.

—Usted dispone de mí como de cosa propia, respondió Lanza; mande no mas, que en usted no miro un hermano sino un padre.

—Caraccio y Lanza salieron juntos, se fueron á comer á la Cruz de Malta y de allí enderezaron al Alcázar.

Nunca se habia visto á Lanza tan jovial y tan ocurrente como aquella noche.

So conocia que su espíritu se habia libertado de un gran peso y el capitán Caraccio que lo observaba se felicitó intimamente de la idea de haberle facilitado aquel dinero.

—Pobre jóven! pensaba—ha estado mortificado por un pucho de dinero, y su delicadeza le ha impedido hablar: he sido un bellaco en no haberle ofrecido antes esos dos mil francos!

Lanza pedia con libertad, puesto que pensaba pagar, así es que se bebia sin reserva de ningun género.

Tero pensar en pagar nada menos que en el asiento de la Maledicencia, era un descabro.

Cuando Lanza pidió la cuenta le constataron que estaba pago.

Inútil fué su enojo con el mozo y la pretension de que le dijera quién habia pagado.

El pagano habia sido Caraccio y buen cuidado habia tenido de encargarse que no dijera el mozo quién habia sido.

De la Cruz de Malta se dirigieron al Alcázar, pero previa una condicion que impuso Lanza.

—Amigos míos, les dijo, hace una semana que yo soy el obsequiado, y es preciso que alguna vez se me permita ser el obsequiante.

Yo voy al Alcázar esta noche, pero con la condicion de que nadie mas que yo ha de pagar.

De otro modo me declaro enfermo y pido permiso para retirarme á la honorable asamblea.

Esto fué dicho con tanta gracia, que todos prorrumpieron en un coro de aplausos, aceptando por unanimidad la proposicion de Lanza.

En el Alcázar pasaron una noche como pocas, porque parecia que todos se habian hablado para estar de un humor impagable.

Es que Lanza habia comunicado su buen humor á todos y al estremo que el mismo Caraccio se sentia rejuvenecido de veinte años.

Veia que Lanza habia estado coartado los dias anteriores por la falta de dinero y no cesaba de felicitarse por la idea de facilitárselo.

Concluido el Alcázar, nada tenian que hacer allí.

Era para ellos un sitio demasiado público para armar una farra á toda orquesta y se fueron á buscar otro mas conveniente.

El ingeniero Caporale que conocia todos los recovecos de la ciudad se declaró tambor mayor y rompió la marcha, siendo aquello para Lanza una nueva revelacion, pues se trataba nada menos que de una rena en compañía de damas alegres y pernoctantes.

—Se entiende que yo pago—ratificó Lanza antes de entrar al hotel donde Caporale los llevaba.

—No hay que hacer, dijo este, lo convenido es convenido.

Ya que el amigo se empeña en pagar, no hemos de reñir por eso, ya pagaremos nosotros otra noche.

Aquella noche fué famosa en los recuerdos de Carlo Lanza.

Caporale los habia llevado á casa de una familia alegre, donde se solian armar bailes que duraban hasta la madrugada.

Se hacia traer qué cenar y de beber de un fondin vecino y se pasaban así las noches mas saladas de la tierra.

Lanza tenia que hacer impresion entre las amigas de Caporale por sus trespas condiciones de jóven, buen mozo y rico, de modo que fué el héroe de la noche.

Concluido el baile y la jarana se fué él mismo al hotel del lado, donde pidió una cena abundante y mas abundante vino todavia, lo que le mereció verdaderas aclamaciones por parte de los maldicentes.

El capitán Caraccio se sentia rejuvenecido de veinte años y orgulloso de su protegido.

No cesaba de felicitarse del préstamo que habia hecho á Lanza, en vista del talento con que aquel lo empleaba.

Y tan entretenidos pasaron aquella inolvidable noche, que el dia los sorprendió con su luz indiscreta, destripando las últimas botellas de Barbera.

Lanza hubiera querido continuar la farra, porque se encontraba allí perfectamente, pero era preciso retirarse y dejar descansar á los amigos por si acaso al otro dia se les ocurría repetir la jarana.

Y unos en cuatro, otros en tres y uno ó dos en dos piés, se retiraron de aquel palacio encantado para Lanza, tomando cada cual el camino de su casa.

Caraccio dando formidables bordadas en plena calle y Lanza tan fresco como si nada hubiera bebido, se encaminaron al Hotel Marítimo.

Ahora era Lanza quien guiaba á Caraccio y le sostenia del brazo.

Felizmente conocia el camino y no habia miedo de perderse.

Lanza se apuraba para llegar cuanto antes al Marítimo, porque en la calle empezaba ya á circular mucha gente y no queria que vieran á su compañero en aquel estado poco diplomático

Caraccio no tenía una de aquellas traucas de no poderse llover, ni de perder por completo la cabeza.

Era uno de aquellos peluditos que hacen dar de cuando en cuando un traspás formidable, y turban la cabeza lo suficiente para decir un descalabro de cuando en cuando tambien.

Lanza tenía una cabeza de cura, habia bebido aquella noche de una manera famosa, pero el vino no habia logrado hacerlo perder la firmeza de las piernas ni la ilacion del juicio.

Le hacia una gracia profunda ver al capitán Caraccio en aquel estado, que le hacia parecer andando sobre la cubierta de un buque navegando en marejada y no en tierra firme.

Lo que es á él, mas efecto le habian hecho las invitadas que el vino.

Riendi él y bordeajeando su compañero, llegaron por fin al Hotel Marítimo.

Todos los empleados del hotel estaban ya de pie, y en aquel momento precisamente, la signora Nina salia al mercado á hacer sus compras.

Así es que Caraccio no pudo ocultar el estado navegador en que volvía.

En vano quiso disimular y ponerse sério, este mismo esfuerzo lo hizo con tal gracia báquica, que arrancó una carcajada á cuantos lo veían.

La señora Nina era una mujer de buen juicio que comprendia y disculpaba todos los accidentes de la vida, y era incapaz de enojarse porque un peasionista volviera en semejante estado.

Aquello no era mas que una señal de que habian pasado alegremente la noche, y como al fin y al cabo uno no tenía la cabeza de palo, era natural que el vino bebido con exceso jugase al consumidor una mala pasada.

El estado intacto en que volvía Lanza, lo habia hecho crecer poderosamente ante la consideracion de la signora Nina.

Volver fresco y en el pleno dominio de sus facultades cuando el mismo capitán Caraccio venia perdido, era una prueba de juicio en aquel jóven, pues para Nina aquella no era prueba de fortaleza de cabeza, sino de que el jóven sabia dominarse y que no habia bebido mas de lo que buenamente podia resistir.

Fué preciso ayudar á Caraccio á subir hasta su dormitorio, y ayudarlo en regla, porque á medida que pasaba el tiempo se habia puesto cada vez mas pesado.

La signora Nina no pudo contener la risa y siguió viaje al mercado mientras Lanza se encargaba de ayudar á su protector y sacarlo de brazos de Baco para entregarlo en los de Morfeo.

El peludo con que habia vuelto Caraccio, fué aquel día el tema de las bromas de todos sus compañeros y de la signora Nina que le decia se habian trocado los papeles y que era Lanza quien lo habia tenido que guiar hasta el hotel.

—Y qué le vamos á hacer? respondia alegremente Caraccio—este diablo tiene una cabeza de fierro, porque yo lo he visto beber mas que yo mismo.

Todos hemos salido con las piernas mas ó

monos flojas, menos él, que venia mas derecho que un palo mayor.

Eso vá tal vez en costumbres, porque cada uno es capitán en su elemento.

En el agua, por ejemplo, mientras todos echan las ontrañas de puro borrachos, yo estaré mas fresco que una lechuga.

En el vino ya es otra cosa: confieso que está es mas capitán que yo, y que muchos otros á quienes yo tenía por comandantes.

Es lo mismo, el hecho es que nos hemos divertido como unos condenados.

Caraccio estaba mas jovial que nunca; las bromas de sus amigos y de la signora Nina no lo graban hacerlo enojár ni disminuir su buen humor, aunque le dijeran que era una vergüenza que un hombre viejo anduviera en aquellas aventuras, solo perdonables en la juventud.

—Eso sí que no, respondia Caraccio riendo siempre; yo podré tener medio siglo, un siglo, siglo y medio si se quiere, pero yo no soy viejo.

No soy viejo, sacramento, aunque tenga el pelo mas blanco que las velas de mi barco y la cara mas arrugada que una pasa de higo.

No es en los años sino en el buen humor que se envejece y el mio todavia está en los veinte y cinco.

Si yo fuera viejo, no habria podido levantarme de la cama, ni podria salir esta noche: ya ven pues que esta broma viene muy mal hoy.

El volver á salir aquella noche fué un nuevo motivo para que volvieran á dar bromas á Caraccio.

Pero estas no hicieron en el capitán ma efecto que las anteriores.

—Es que si sigue usted así, decia Nina, me vá á echar á perder á este jóven, cuyo juicio debia servirle de ejemplo.

Me parece que voy á tener que quitárselo de su proteccion y mas bien recomendarle á él que me lo cuide á usted y no me lo deje hacer locuras como la de anoche.

—No hay cuidado, que ese es mas maestro que yo, respondia Caraccio—es mucho mas maestro que yo—lo que hay es que tiene una cabeza asombrosamente fuerte; es un bebedor que no hay pero que ponerle.

A pesar de las bromas de todos y de las prevenciones de la signora Nina, los dos compañeros de parranda volvieron á salir aquella tarde.

—Con una advertencia, dijo entónces la signora Nina, viendo que no le hacian caso, y es que si vuelven como hoy á la madrugada no los dejo juntarse mas.

—No tenga cuidado, señora, le dijo Lanza, lo de anoche ha sido casual; yo me encargo de que volvamos temprano.

El sueño es muy buen consejero, y hoy hemos dormido bastante mal para que andemos mucho de pié esta noche.

—Confío en el juicio de usted solamente, dijo Nina, porque lo que es á este gran calavera no le tengo ya ni un átomo de fé, ha perdido el juicio, y está como un muchacho principiante.

Caraccio y Lanza salieron del Marítimo riendo alegremente.

—Pero no se ha figurado la patrona que puede manejarnos como á hijos ó cosa suya? dijo el capitán á Lanza: sería curioso vernos á esta edad con una gobernadora.

—Es preciso discurrir y disimular estas cosas, por el móvil que las dicta, decia Lanza, temiendo que Caraccio fuese á tomar aversión á Nina.

Ella dice todo eso porque se conoce que tiene por usted mucha estimación y cariño.

Yo estoy muy agradecido á sus bondades y creo que difícilmente se encontrará una mujer mas buena que esta.

Y hablando risueñamente llegaron á la Cruz de Malta, estando los amigos ya en los postres de la comida.

La conducta de Lanza en la noche anterior habia hecho crecer la estimación que todos le tenían.

Un jóven que bebia de aquella manera formidable sin emborrocharse y que cuando le tocaba pagar lo hacia de una manera tan generosa y larga, no podia merecerles sino la mayor consideración posible.

Era un compañero digno de aquellos grandes calaveras, jubilados ya en la vida alegre.

Caraccio y Lanza se pusieron á comer con gran apetito, porque aquel dia no habian almor-

zado y los comentarios de la noche anterior empezaron á hacerse en un tono de envidiable alegría.

Lanza estaba ya tan aclimatado entre sus nuevos amigos, que parecia el mas viejo en compañerismo de todos ellos.

Aquella noche estuvieron tambien de Alcázar, pero no se repitió la parranda de la noche anterior, y Lanza calculadamente no quiso decir la menor palabra para que no fueran á pensar que aquellas cosas lo tomaban de nuevo.

Tenia muchas ganas de haber vuelto á la casa de las amigas de Caporale, pero aquello no hubiera sido diplomático: lo hubieran tomado por un novaton en aquella vida y esto no le convenia.

Así se que terminada el Alcázar tomaron la última copa de la noche, retirándose cada cual á su casa á horas irreprochables, puesto que apenas era la media noche.

Todos estaban ya recogidos en el hotel, cuando Lanza y Caraccio llegaron; pero Nina, que supo por el portero á que hora habian vuelto, quedó encantada de la buena comportacion de Lanza.

—Estoy segura que ha sido él quien ha querido venir, dijo al otro dia á Caraccio, porque usted, mientras mas se vá entrando en años, vá perdiendo mas el juicio, lo que hizo reir como siempre al capitán Caraccio.

JABON EN EL PISO

Aquel dinero que le facilitara Caraccio, no podia haber sido para él de mayor utilidad.

Con él no solo se habia podido mantener lucidamente en su posición de grandeza, sino que habia podido comprarse un poco de ropa blanca y perfumes que tanta falta le hacian.

Qué diablos podia hacer con las dos mudas de ropa que habia traído de Montevideo?

Ya habia empezado á tomar un aspecto de dejadez poco agradable.

Empilchado de nuevo y perfumado, habia vuelto á su aspecto gentil y paqueton.

Pero al paso que iba aquel dinero no podia durarle mucho, puesto que no tenia como reponerlo.

Sin embargo allí estaba Caraccio que no lo dejaria en ningun mal paso.

Pero es que Caraccio al fin y al cabo tendria que irse, y de todos modos aquello no podia ser eterno: tarde ó temprano tendria que concluir.

Y esto lo consideraba Lanza tan inevitable,

que ya iba habituando su espíritu á este final mas ó menos cercano.

Apenas habia transcurrido un mes de su llegada á Buenos Aires, cuando Caraccio anunció su partida.

—Su buque estaba ya cargado y no podia demorarse mas sin sufrir serios perjuicios.

—Me voy, dijo, y declaro que nunca me ha costado mas que ahora separarme de este pedazo de tierra donde tanto me he divertido.

Aquella noticia hizo á Lanza un efecto de todos los diablos.

Qué sería de él sin aquel hombre que tanto lo habia protegido?

Cómo hacer frente á su situación desesperante?

Todavía le quedaba la signora Nina, pero esta al fin se casaria, exigiria el pago de su cuenta, viendo que el dinero nunca llegaba, y quedaria él en medio de la calle, esto si no iba á parar á la Policía.

Hasta entonces todo iba bien, pues en uno

ni en dos meses era esplicable que no recibiera cartas de Italia, pero no sería esplicable que toda la vida sucediera lo mismo.

Lanza dió cartas para su familia á Caraccio, quien se comprometió á hacerlas llegar á su destino.

El no podría entregarlas personalmente, porque no podría pasar hasta Vieta, pero tenia con quien remitirlas de manera que llegaran con seguridad á su destino.

En aquellas cartas Lanza se limitaba á dar noticias de su salud y asegurar que estaba en camino de hacer fortuna.

Peró á Caraccio le encarecía su entrega manifestándole que en ellas recomendaba la mayor premura en los giros, porque estaba sin recursos.

—Bueno, le dijo Caraccio antes de irse, yo en viaje para nada necesito dinero, mientras que usted se queda en Buenos Aires sin dinero, y esto no es posible aquí.

Hágame el servicio de quedarse con estos diez mil pesos, que para nada necesito, y que á usted vendrán como llovidos del cielo.

Me hago de cuenta que los dejo depositados en un Banco y así en eso menos tendré que pensar á mi vuelta, puesto que de aquí á entonces ya usted estará en otras condiciones.

Lanza hizo el aparato de no quererles aceptar diciéndole que demasiado le debía ya, pero Caraccio tenia un modo de ofrecer que no dejaba lugar á negativa alguna.

—Si yo me perjudicara en algo al dejarle el dinero, decia, santo y bueno.

Peró como tenerlos aquí en su poder ó en mi camarote viene á ser lo mismo, déjese de tonteras y quédese con ellos.

—Y si cuando usted vuelva me he muerto yo? decia sonriendo Lanza ¿quién le volverá su dinero?

—Harto sentimiento tendria con el suceso para pensar en esos pocos francos.

Eso mismo debe resolverlo á aceptar mi dinero.

Puede usted enfermarse, puede sucederle cualquier desgracia, y sin dinero su situacion sería desesperante.

Vamos, tome el dinero, porque si no, de todos modos se lo dejaré á Nina ó algun otro para que se lo entregue cuando yo me vaya.

—Á usted no se le puede decir que no, exclamó Lanza abrazando á su amigo y tomando el dinero lleno de emociion.

Usted ha sido mi providencia en América, capitán, mi verdadera providencia, pues sin su amparo, sabe Dios lo que habria sido de mí.

—Dejémonos de paradas, si el dinero no sirviera para hacer gozar tambien al espíritu, bien podria irse al diablo, y yo demasiado pago estoy con el placer que esperimento de haber podido servirlo; lo que siento es no tener cien mil francos en vez de la porqueria que le he dejado.

La vispera de la partida de Caraccio tuvo lugar una verdadera fiesta, en el Marítimo, á la que asistieron todos los capitanes de buque

amigos de Caraccio y aquellos grandes travasos de la Maledicenza, que entre brindis y brindis le desearon toda suerte de calamidades.

Caraccio estaba en el colmo de la alegria y de la íntima satisfaccion.

Rodeado de sus buenos amigos y de botellas llenas, el viejo marino aseguraba que no podia haber en la vida satisfaccion mayor.

Y á todos les recomendó que atendieran á Carlo Lanza en todo lo que pudiera necesitar, pues era un jóven acreedor á toda fineza y á todo género de atenciones.

La comida duró hasta las diez de la noche, hora en que se levantaron todos, dispuestos á seguir la parranda en otra parte, pues la fiesta no podia terminarse hasta el momento del embarco, que era la madrugada siguiente.

Todos, menos Lanza, salieron del Marítimo algo onvinados, por lo que la señora Nina recomendó al jóven que no dejara beber mucho á Caraccio, pues se iba á embarcar y no era prudente que andara con la cabeza pesada.

Peró esta recomendacion estaba de más con un hombre de tal carácter.

El capitán Caraccio tenia una voluntad á prueba de toda tentacion, y ya al salir del Marítimo les habia dicho:

—Siento mucho no poderlos acompañar como yo quisiera, pues mañana necesito tener el pleno dominio de la cabeza, lo que me impedirá beber á mi antojo.

Si yo llegase borracho á bordo, no habria medio de hacerme á la vela, y aquellos sacramentos de marineros, antes de salir, serian capaces de hacer cualquier descalabro que me costara mas caro de lo que puede imaginarse.

En tierra todo anda bien, pero una vez á bordo todo cambia ya—es preciso ser el capitán y tener el pleno comando del buque y de la canalla que lo tripula.

A pesar de esta declaracion, todos se divertieron enormemente.

Caporale mandaba la parada desde que salieron del Marítimo y no habia mas que decir para que la farra fuera tal y en toda regla.

Los habia llevado á casa de sus amigos donde se armó la cena, ó mejor dicho el beberaje, pues ellos habian comido de tal manera, que no les cabia ni un bocado más.

Caraccio, haciendo el lujo de fuerza de voluntad cuando le pareció que habia bebido bastante, declaró que cerraba registro porque tenia su carga completa, y no hubo forma ni ruego que le hiciera beber un trago mas.

Solo á la madrugada y cuando se levantaron para irse, tomó una copa de viejo Barbera y se la echó al buche de un trago, á la salud de aquellos buenos amigos.

No habia ya tiempo que perder: Caraccio ya portenecía á su barco donde se estarían haciendo los preparativos de la partida y apenas tenían el necesario para trasladarse á bordo.

Solo Lanza y dos amigos mas pudieron seguirlo acompañando, y estos dos no inuy firmes.

Los demás habian agarrado un peludo que no los dejaba mover de su asiento.

Habían bebido como tinaja!

Fueron al Marítimo á buscar el equipaje de Caraccio, y allí la signora Nina dió muestras de buena alegría cuando vió el estado sereno en que regresaban el capitán y Lanza.

—Los demás han naufragado, le dijo alegremente el capitán: las borrascas no son para todos y no se corren así no mas.

En fin, el mal momento ha llegado y no hay mas remedio que resignarse.

Es el viaje que hago con mas pesar, no sé qué diablos tengo, que hubiese preferido quedarme en Buenos Aires un tiempo mas.

—En fin, fuera tristezas que la vuelta no ha de tardar—en cuatro ó cinco meses mas, me vuelven á tener por acá.

Despedido de todos y habiendo hecho cargar su equipaje, ya Caraccio nada tenia que hacer en tierra y al fin se dirigió á bordo, acompañado por Lanza.

Este quiso acompañarlo hasta su barco mismo, pero Caraccio no se lo permitió, despidiéndose en la punta del muelle.

Carlo Lanza se estuvo parado en la punta del muelle hasta que el botecito que llevaba á Caraccio se le perdió, confundido en el enjambre de embarcaciones que habia en el rio.

Estaba allí triste é inmóvil, pensando que la partida de aquel hombre iba á precipitar el desenlace de su situacion, que no podia sostenerse mucho tiempo mas.

Demasiado la habia sostenido todo aquel tiempo!

Así regresó tristemente al Marítimo, pensando una vez mas en el nebuloso porvenir que le esperaba.

Y se recogió despues de dar un minucioso balance en el dinero que poseia.

No tenía mas que once mil pesos, ni esperanzas de poder tener un centavo mas.

Era preciso hacer durar aquel dinero todo el tiempo posible para retardar el descalabro que le vendría encima á pasos de gigante.

Qué diablos podría hacer él para ganarse la vida en Buenos Aires?

Y no era esto solo lo desesperante, sino que cualquier empleo que tomase, lo haria descender en la posicion que él mismo se habia adjudicado.

Y adios entonces esperanzas de grandes negocios y de rápida fortuna.

Sus propios pensamientos lo acobardaron y se durmió agitadoamente.

Montevideo, donde podia haberse empleado ó trabajado humildemente hasta conseguir algunos medios de vida, era pása muerto para él, porque no podia ir allí sin jugar hasta su libertad personal.

Lanza durmió hasta el otro dia, en que fué la signora Nina á recordarlo y darle el pésame por la partida de su compañero.

Felizmente ya puedo manejarme solo por la ciudad, dijo el jóven, y cuento ya con algunas relaciones que él me ha dejado, y que en lo futuro me serán de alguna utilidad.

Desde que se fué Caraccio, Lanza cambió por completo su sistema de vida.

Conaquél siempre tenia que andar disimulando y privándose de muchas cosas para no mostrarse ante su protector como una persona dispada.

No hubiera sido prudente entregarse á cierto género de calaveradas, no teniendo para gastar mas dinero que el facilitado por Caraccio.

Cuando menos aquél se hubiera acobardado y habria cerrado su bolsillo.

Ahora podia entregarse sin restriccion de ninguna especie á su vida dispada, y disfrutar el dinero que le quedaba, del mejor modo posible.

Siquiera en su caída le quedaria el recuerdo de los goces que habia disfrutado.

Pagando él unas veces y dejando pagar otras á los amigos, con los que Caraccio le habia presentando, tenia de sobra para divertirse y esprimir á la vida de Buenos Aires todo el jugo que le pudiera sacar.

La signora Nina empezó á notar el cambio que se operaba en la vida de su jóven pensionista, alarmándose por las malas consecuencias que aquello podia tener para el jóven.

Todas las noches se retiraba muy tarde, cuando se retiraba, pues lo general para él era venir á la madrugada.

Esto no puede ser sino efectos de malas juntas y hay que prevenirlo para que no vaya á sufrir algun fracaso.

—Usted está cambiando en sus costumbres, le dijo, y yo quiero cumplir con un deber haciéndole una prevencion.

Tal vez usted diga que no tengo que meterme en sus cosas, pero yo habré cumplido con un deber de conciencia.

Yo no pretendo imponerle que lleve una vida mas arreglada, ni que deje de ir á tal parte para ir á aquella, pues usted tienq bastante juicio para comprender lo que le conviene.

Lo que yo quiero decirle es que es preciso tener mucho cuidado con la gente que se hace amistad, porque aquí hay muchos explotadores, muchos haraganes malos que pueden hacerlo caer en algun mal paso.

No se fie de cuanta persona se le acerque y mirese mucho en las personas con quienes se junte.

Lanza trató de tranquilizar á la señora Nina, dándole una explicacion que la satisficiera.

No le convenia que aquella mujer lo tomara entre ojos ni tuviera con él el menor motivo de resentimiento.

Así es que se apresuró á decirle:

—Yo le agradezco mucho su fina atencion, señora Nina, atencion que me demuestra el bondadoso interés que le inspiro, y la encuentro muy razonada.

Pero debo prevenirle que la gente con que yo me junto es gente buena que me ha sido presentado por el capitán Caraccio, que hubiera sido incapaz de ponerme en relacion con mala gente.

—Ya lo creo, en los amigos que le haya presentado Caraccio, puede tener ciega confianza.

Pero estos le presentarán otros y estos otros á otros y ya no es lo mismo, porque sabe Dios á qué clase de perdidos andará á horas avanzadas de la noche.

Á altas horas de la noche no anda sino la gente que no trabaja de día y semejantes amigos no pueden convenir á un joven como usted, porque el solo hecho de andar con ellos lo desacreditará ante las personas que lo vean y no lo conocen.

—Tiene usted mucha razon, señora Nina, dijo Lanza, resolviéndose á estar de acuerdo con su patrona por la cuenta que le tenia: tiene usted mucha razon y poco á poco me voy á ir alejando de ellos.

Sucede que tratando de serme agradable, me invitan á ir á una parte ó á otra y como no tengo un buen motivo para escusarme, muchas veces acepto, ó mejor dicho siempre acepto, y ahí tiene usted cómo en conversacion y en jarana, se me pasa la noche.

—Pues precisamente es en las partes donde se vá que hay que tener mas cuidado.

—Tiene usted siempre razon, concluyó Lanza voy á empezar á retraerme con diferentes pretextos.

Esta vida así no me conviene bajo ningun punto de vista y es preciso cambiarla.

De esta manera Lanza quedó bien con su patrona, destruyendo la alarma que esta empezaba á tener.

Pero aquellas eran promesas que no habia de cumplir.

Ya se habia enviado en aquella vida desordenada, además que en algo habia de distraerse quien como él no tenia nada que hacer.

Cómo iba á someterse así á la voluntad de la señora Nina y vivir amarrado en un hotel como un menor de edad?

Lanza supo conciliarlo todo de manera de no faltar á sus parrandas y tener contenta á la señora Nina.

Todas las noches se recogia temprano, pero apenas notaba que todos dormian en la casa, se vestia y salia sigilosamente sin que nadie lo sintiera.

Los mozos que eran los únicos que podian verlo entrar ó salir, estaban ganados á fuerza de propinas.

Una noche al fin sucedió á Lanza un descalabro con el que no habia contado y que lo puso en una posicion desesperante, apresurando el percance que tanto temia y dando la razon á la señora Nina en cuanto le habia dicho antes.

Existia entonces una casa de juego, al lado de la Bolsa de Comercio, sin duda para que los que interrumpian sus jugadas de día, pudieran seguir las de noche, aunque en menor escala.

Esta casa de juego estaba establecida en el entresuelo del mismo casino que existe aún, de modo que mientras unos cenaban y se paseaban abajo, otros arriba se peleaban y acaloraban de lo lindo.

Allí caían á desplumarse y á desplumar, todo ese enjambre de jugadores que viven para la carpeta y en la carpeta.

Tambien concurrían allí esa última canalla de calaveras que hacen de noche una tantedada á la suerte, buscando en las jugadas el puchero del día siguiente.

Este es un tipo original de jugador criollo, curioso y digno de estudio.

Sin oficio y sin ambicion alguna de trabajo, pasan el día durmiendo y vagando en las calles, segun ellos, en busca de *conchabo*, conchabo que nunca encuentran porque la desgracia los persigue por todas partes.

Toda mision en la vida la reducen á conquistar el puchero de cada día, considerándolo llena una vez que lo han conseguido.

Y como no pueden conseguirlo de otro modo van á las casas de juego, donde infaliblemente, y tentando la suerte agena, ganan los pocos pesos que para el puchero necesitan.

Esta clase de jugador nunca se guia por su propia suerte, convencido tal vez de que no tiene ninguna.

Se acerca á la jugada y observa atentamente lo que en ella sucede entre los jugadores.

Es del lado del que gana que se recuestan y siguen observando el juego.

Y cuando ven que la suerte está decidida por uno, le siguen en su jugada, apuntando á su mano los pocos pesos que han llevado con aquel único objeto.

Una vez que han ganado los veinte ó treinta pesos que necesitan, ponen estos á un lado, y juegan el sobrante con el mismo tino y prevision.

Si pierden este pucho, se retiran satisfechos é indiferentes, porque su esclusivo objeto ha quedado lleno.

Si ganan, siguen las peripecias de la jugada, apuntando siempre con el que está de suerte y guardando lo que van ganando, porque son estos otros tantos pucheros que tienen adelantados.

Aunque gane toda la noche y sin errar un solo apunte, su ganancia nunca es famosa, porque sus apuntes son siempre moderados y hechos de modo que los golpes de desgracia no puedan hacer honda brecha en su capital.

Y aumenta siempre su capital á la salida, pidiendo al jugador que ha ganado mucho, un diez ó un veinte para el puchero, porque ha perdido cuanto tenia.

Este diez ó veinte que siempre consiguen, es el capital con que han de tentar la suerte al siguiente día.

El *sencillo* es otro tipo conocido de estas casas de juego, digno de algun estudio.

El *sencillo* es el prestamista de la desesperacion, á quien acude el que ha perdido cuanto dinero lleva encima.

El *sencillo* no toma parte en el juego, ni en sus peripecias.

Cualquiera que lo vea tendido largo á largo en un banca y entregado al mas profundo sueño, al parecer, ó recostado con abandono en la mesa como quien dormita, pensaria que es un calavera desventurado, sin hogar ni cosa que se le parezca, y que atorra allí plácidamente

porque está seguro que nadie ha de venir á turbárselo.

Ni la maldicion ni la blasfemia del que pierde, ni el estruendo producido por un golpe de suerte imprevisto, ni el tumulto de una discusion acalorada, logran distraerlo de su posicion ni de su sueño.

Un tiro de cañon disparado á su oído, no haria mayor efecto en él que el canto de un mosquito.

Parece ageno á todo, un hombre á quien solo puede preocuparlo el hecho de que lo dejen dormir tranquilo.

De pronto un jugador se separa de la carpeta, lanzando una blasfemia formidable.

Las dos manos baccu presa en su propio pelo, que sacude con ademán desesperado y mira á todas partes con desesperacion suprema.

De pronto sus ojos se dilatan y su semblante lívido adquiere una expresion de sonriente esperanza, que lo contrae con un gesto inimitable.

Ese es un jugador que ha perdido cuanto tenia y que vá al sencillero, como única esperanza de desquite.

Y sacudiéndolo con una mano, le muestra en la otra un puñado de alhajas.

Son los botones de brillantes de su pechera, un reloj y su cadena, y hasta su anillo de casamiento de que se ha despojado en un movimiento de desesperacion.

El sencillero se desespera como quien sale recien de un profundo sueño, mira al jugador, mira las alhajas como quien no comprende lo que sucede, y al fin esclama sordamente:

—Bueno, quinientos pesos.

Esa es la cantidad que ofrece sobre los diez ó veinte mil que representan aquellas alhajas.

—Deme mas, necesito mas, esclama el jugador con voz sofocada.

—Bueno, seiscientos pesos, agrega el sencillero, como quien dice su última palabra.

Y viendo que el jugador vacila, se acucurra nuevamente á seguir su sueño, dando un bostezo tremendo.

El jugador mira con desesperacion la carpeta, le parece que allí está su desquite y entrega por seiscientos pesos aquel capital de alhajas donde van hasta los recuerdos de su cariño.

Y se acerca á la carpeta con aquel dinero, mientras el sencillero guarda tranquilamente aquellas alhajas, cuyo valor ha calculado ya en su justo precio.

Y vuelve á su finjido sueño, mientras el jugador pone todo el dinero á una carta.

Si el jugador ha cambiado de suerte y gana, recupera sus alhajas, dando por ellas cuatro veces lo que recibió, porque ese es el interés que el sencillero cobra por un préstamo.

Si pierde no le queda mas remedio que salir desesperado, pensando tal vez en pegarse un tiro cuando llegue á su casa, mientras el sencillero que no le ha perdido de vista un solo momento, se frota las manos al verlo salir, pues ha comprado por seiscientos el valor de veinte mil.

Otras veces el sueño del sencillero es turbado por otra clase de jugador que pone á contribucion sus bolsillos.

Este no viene como el de las alhajas.

Ha perdido cuanto llevaba, y otro tanto mas sobre su palabra, pero esto no lo aflije en lo mas mínimo.

Ni la suerte ni la desgracia puede trasladarse en aquel semblante, donde estas dos emociones han borrado toda expresion.

Este jugador dá una palmada sobre el hombro del sencillero y le dice llanamente:

—Dame mil pesos, ó dame cinco mil pesos á sencillas.

El sencillero lo mira, y esta vez no hace el aparato de desesperarse como quien sale de un sueño: está delante de un marchante que conoce todos los "golpes".

Y saca del bolsillo el dinero que se le pide y lo entrega sin el menor inconveniente.

Y vuelve á su fingido sueño como si nada hubiera pasado.

Es que aquel jugador es nn conocido, á quien se le puede abrir crédito sin limitacion.

Si gana, devuelve al sencillero dos veces mas de lo que recibió.

Si pierde, el sencillero sabe que al otro dia, infaliblemente, tiene su dinero.

Aquel usurero espantable, que no prestaria igual suma á Anchorena, con un simple pagaré, presta al jugador, bajo su sola palabra, todo el dinero que le ha pedido, sin imaginarse si quiera, por ser cosa imposible, que pueda dejarle de pagar.

Es que aquellos jugadores de profesion tienen un modo estupendo de entender el honor.

Ellos, que ponen sobre la carpeta el porvenir y la tranquilidad de sus familias.

Ellos, que sin inconveniente alguno son capaces de jugar entre un puñado de dinero el honor de su mujer y de sus hijas, no dejarian por nada de este mundo, de pagar una deuda de juego: por ese solo hecho se considerarían deshonrados.

Y el sencillero tiene así mas fé en la palabra de aquel mismo jugador á quien ya no queda nada que perder, que en una letra de cambio girada por la mejor firma del comercio y que no le ofrece otra ganancia que el simple interés de plaza.

Este es el sencillero, que se encuentra presente y representado por diversos tipos, en todas las casas de juego de Buenos Aires.

A esta casa de juego, reunion de jugadores y de verdaderos atorantes de jugada, de especuladores y pescadores de puchero, habia acudido Carlo Lanza, llevado por ciertos amigos con quienes habia hecho relacion en la Cruz de Malta.

Le habian olido dinero y juzgándolo un inocente, lo habian llevado con la intencion de desplumarlo.

Uno de estos amigos, jugador de profesion y calavera en toda regla, pasaba ante Lanza por un hombre rico y de posesion.

El jóven se habia acercado á él, estrechando

relacion y creyendo que podia explotarlo en su buena fé como habia explotado al capitan Carracio.

Era una buena veta que debia no dejar de mano.

Junto con este y otros mas, habia ido Lanza al Casino de la Bolsa, asombrándose de la frescura é indiferencia con que aquel jugador perdia ó ganaba gruesas sumas.

Tentado por él, Lanza jugó una ó dos veces, pero jugó flojo, como podia hacerlo un hombre de su prevision, un hombre que no queria arriesgarse á perder demasiado.

La primera noche Lanza hizo dos ó tres jugadas desgraciadas, en las que perdió sus apuntes, felicitándose de haber sido tan prudente para apuntar solo de á cincuenta pesos, diciéndo:

—Voy á jugar para no estar de miron y nada mas, porque yo no entiendo estas cosas, y ni sé siquiera dónde se coloca un apunte.

En cambio su amigo jugaba con una magnificencia espléndida.

Si ganaba recogia su dinero impasiblemente, y si perdia, se limitaba á sonreir y á sacar de su cartera mas dinero.

Por eso Lanza se habia convencido de que su amigo debia ser muy rico, poniéndole los puntos para explotarlo en su beneficio.

La segunda noche que Lanza jugó, ganó, pero apenas lo que habia perdido la noche anterior, porque aunque su amigo lo tentaba, nunca habia querido hacer un apunte mayor de cien pesos.

El amigo á su vez se habia figurado que Lanza era muy rico, y trataba de "amansarlo" para hacerlo su victimia á la fia.

Aquella noche su amigo ganó bastante dinero, retirándose con unos treinta mil pesos.

Qué emocion puede hacer esto en un jugador que sabe que, si esta noche gana cincuenta, á la siguiente puede perder quinientos?

Lanza se retiró con su amigo que lo habia irritado á cenar, hallándolo tan impasible como si nada hubiera ganado.

Así siguieron asistiendo al Casino de la Bolsa, jugando siempre su amigo, que ganaba unas noches para perder otras.

Una noche, y esta fué la del fracaso de Lanza, su amigo le dijo que aquella noche iba dispuesto á alzarse con todo el dineró de la jugada.

—Siento que estoy de una suerte loca, le dijo, y pienso aprovecharla en toda regla.

Si quiere ganar dinero, no tiene mas que jugar á mi mano.

—Vamos á ver si su presentimiento es exacto, respondió Lanza, porque en estas cosas de presentimientos uno se equivoca siempre de la manera mas famosa.

—Oh! yo no me equivoco nunca! podré perder el principio, pero despues gano y gano hasta que me causo.

No hay sino tener constancia y no dejarse cohardar por lo que se pierda.

Ya me ha sucedido una noche; habia venido

con la misma inspiracion y traia como cincuenta mil posos.

Diez jugadas despues habia perdido hasta el último centavo.

Jugué sobre mi palabra y perdí tambien.

Iba ya á retirarme, cuando un amigo me alcanzó cinco mil posos, diciéndome:

—Ha perdido tanto que al fin tiene que empezar á ganar.

Tomé el dinero y lo jugué de un golpe, con la intencion de retirarme en seguida si lo perdia.

Habia jugado á la peor carta, una sota contra un rey, y ya confieso que habia perdido toda esperanza de desquite, no ya de ganancia.

Y salió la sota, quebrando aquella corriente de adversidad que me habia azotado toda la noche.

Diez y siete veces salió la sota contra diversas cartas: diez y siete veces apuntó duro á la sota, y las diez y siete veces ganó.

Los jugadores estaban asombrados, pues nunca habian visto ganar tan seguido, y muchos se habian puesto las botas jugando á mi carta.

El tallador estaba desesperado y solo se mantenia en la banca porque como yo jugaba tan grueso, tenia esperanzas de desquitarse en un solo golpe.

En la jugada número diez y ocho, volvió á salir la sota, pero esta vez contra un rey, como en la jugada primera.

No sé qué ráfaga me sopló y puse al rey un puñado de billetes, calculando que era la mitad de lo que tenia.

Aquello se llamaba quebrar la suerte: la sota no podia ganar toda la noche y alguna vez habia de perder.

Era cuestion de adivinar el momento y nada mas.

Habia tal emocion entre los jugadores, que todos suspendieron el apunte no atreviéndose á seguirme en aquella deslealtad contra la sota, pero sin animarse á apuntar contra mi suerte.

El tallador corrió las cartas y no tardó en aparecer el rey.

Era el décimo octavo apunte que ganaba sin haber perdido uno solo.

El banquero concluyó por declararse vencido y no tuve ya quien me hiciera frente.

Mi inspiracion habia sido buena y mi presentimiento exacto.

Entregué veinte mil pesos al amigo que me prestó los cinco con que me rebicé, y cuando llegué á casa y conté el dinero me encontré conque no solo habia desquitado lo perdido, sino que estaba ganando sesenta mil pesos.

Desde entónces nunca he dudado un momento cuando me he sentido con el mismo presentimiento.

He persistido en el juego aun teniendo que recurrir al sencillero, y siempre me ha ido bien.

Carlo Lanza escuchaba maravillado á su amigo, envidiando su suerte y su decision.

Aquello no había sido sino un tejido de embustes hecho con el único objeto de preparar el terreno de una estafa en grande escala.

Pensaba que Lanza era rico, muy rico, y quería darle un golpe en regla.

—Si la suerte lo empieza á ayudar como en la famosa jugada de la sota, pensaba Lanza, juego cuanto tengo, no hay remedio.

Puede ser que la suerte me proteja y salga así de un golpe á impensadamente de mi situación critica.

Ambos se dirigieron al Casino y cuando las jugadas empezaron á tomar cuerpo, el amigo de Lanza se acercó á la carpeta y empezó á jugar con la misma esplendidez de siempre.

Pero empezó tambien á perder con una insistencia aterradora.

Lanza, pálido y conmovido, estaba al lado de su amigo, siguiendo todas las peripecias del juego y asombrándose de la frialdad con que este jugaba á pesar de lo que perdía.

—Me gusta así, me gusta mucho mas así, exclamaba el amigo á su oído á cada nuevo golpe de desgracia: como en la jugada de las sotas.

Si hubiera empezado ganando no estaria tan contento.

Lo único que temo es que á lo mejor me falte el dinero y nada mas, por eso estoy jugando con cierto método.

Efectivamente, no apuntaba en todas las jugadas.

Siempre dejaba pasar algunas jugadas, y cuando le gustaban las cartas salidas apuntaba, y apuntaba fuerte.

Pero perdía siempre—aquella noche en vez de estar de suerte estaba de una desgracia insuperable.

Muchos jugadores estaban especulando con su desgracia y jugaban á favor de la banca, ganando siempre.

Era tan constante su adversidad, que Lanza mismo estuvo tentado muchas veces de jugar en su contra, no haciéndolo porque no quiso desagrado á su amigo.

La desgracia de este siguió así constantemente hasta que se separó de la carpeta en completo estado de fundición.

Había perdido todo su dinero, á no quedarle ni un medio mas.

—Voy á aventar un poco esta mala suerte, dijo, y pidió al mozo dos copas de rom, invitando á Lanza á que lo acompañara.

—Poca suerte, poca suerte, le dijo Lanza, parece que esta noche anda en la mala.

—Lo mismo todo en la jugada de las sotas: esto para mí es andar con suerte, ya verá como me compongo y gano ahora hasta que me aburra.

Lo que siento será tener que ir á casa á buscar mas dinero.

Voy á esperar que venga una persona que pueda prestarme con comodidad.

Si usted por casualidad trajera dinero, podía prestarme ese pequeño servicio.

Cómo negarse á ese pedido, tratándose de una persona como aquella, que siempre andaba

con gruesas sumas de dinero que perdía ó ganaba con la mayor indiferencia?

Aquello para Lanza era como una bolada, porque recordaba que en la jugada de las sotas, aquella famosa jugada de que tanto hablaba su compañero, al que le había prestado cinco le devolvió veinte.

Si perdía, su dinero estaba seguro y le sería devuelto al día siguiente.

Nada perdía entonces con prestárselo y tal vez ganara mucho.

Lanza se echó rápidamente estas cuentas y sin la menor vacilación repuso:

—Yo traigo dinero, pero es poca cosa para usted, porque apenas le alcanzará para un par de jugadas.

—Con una me basta, la suerte es cuestion de una sola jugada, que no quiero hacer sobre mi palabra, sino en un último caso.

Présteme entónces todo lo que tenga, que tal vez en un momento logremos desquitarnos del todo.

Lanza andaba siempre con todo su dinero sobre sí, porque así lo tenía mas seguro que en ninguna otra parte.

Sacó su cartera del bolsillo del pecho, y sin inconveniente de ningún género, entregó á su amigo ocho mil pesos, no quedándose sino con el pico de seiscientos y tantos.

Su amigo se acercó á la carpeta y Lanza lo siguió lleno de emoción estraña, pues en la suerte de su amigo iba la suya propia.

El jugador estuvo mirando un momento las alternativas del juego, hasta que se decidió y puso cinco mil pesos sobre un siete.

Y ganó, mirando á Lanza de rojo como si quisiera decirle: ya ves que yo tenía razon!

Dejó pasar dos jugadas, y volvió á poner los diez mil pesos sobre otro siete que apareció en la tercera.

Y volvió á ganar, recogiendo su dinero con la misma indiferencia que lo había perdido momentos antes.

Lanza pasaba por una angustia suprema y desconocida para él.

Tenia deseos de pedir á su amigo la devolución del dinero, pero no se atrevía, aunque el jugador lo había doblado ya.

Hubiera sido un rasgo de desconfianza, una ofensa que le hubiera inferido, además de que estaba seguro de que se lo devolvería doblado.

Su amigo espío todavía algunas jugadas, y puso en seguida un monton de billetes sobre otra carta, que volvió á ganar.

Contados aquellos billetes para ser pagados, resultaron ser doce mil pesos.

—Es una locura seguir, dijo Lanza, puede dársele vuelta la suerte otro vez y perderlo todo.

—Qué esperanzas! estoy en la buena veta, ahora tengo que ganar hasta que los deje á todos sin un medio!

Lanza, absorto en el juego y dominado por la emoción, no había notado una operación del jugador afortunado.

A medida que ganaba y con todo disimulo, iba echándose al bolsillo los billetes mas gruesos.

Un nuevo siete salió sobre la carpeta, y el jugador, ávido de ganancia y para aprovechar la buena suerte, puso en esa carta un puñado de billetes mayor que el que le quedaba delante.

Y perdió, haciendo experimentar á Lanza un estremecimiento en todo su cuerpo.

Aquellas emociones eran fuertísimas para Lanza, que se sentía con fiebre y con dolor de cabeza.

—La suerte se ha dado vuelta, murmuró á su oído, fingiendo una gran indiferencia; mire que una buena retirada es equivalente á una victoria.

—Qué esperanzas! respondió su amigo: estoy sobre la veta y esto no vale nada.

Y volvió á jugar con mas fé que nunca, y volvió á perder tambien una suma que hizo disminuir de una manera notable el monton de billetes que tenia por delante.

—Todavía es tiempo! murmuraba á su oído, todavía es tiempo!

—Ahora no vale la pena, ó lo pierdo todo ó me rehago, qué diablos! esta mala veta no puede durar mucho.

Lanza estaba tembloroso y lívido, cualquiera que lo hubiese visto habría dicho que él era el jugador, y su amigo el que miraba indiferente.

Se movía á todos lados y paseaba su mirada ávida y nerviosa de la banca cargada de dinero á la baraja y de la baraja á la banca.

Le parebía mentira que su amigo despues de haber tenido tanto dinero fuera á quedarse sin un medio.

Lanza tenia tentaciones de agarrar de un brazo á su amigo y levantarlo de la mesa.

Apenas se veía ya entre el dinero que tenia por delante, un solo papel azulado de mil pesos y dos ó tres de quinientos.

El amigo esperó dos ó tres jugadas, como si espicara la segura, y puso al fin sobre una carta todo el dinero que tenia por delante.

Y de pié y con las dos manos apoyadas sobre la mesa, clavó en el naípe una mirada espresiva.

Lanza pasó entónces por el momento mas amargo de aquella noche.

Se sintió enfermo y un enfriamiento raro circuló por todo su cuerpo.

Una palidez cadavérica envolvía su semblante y la agitacion de su cuerpo era tal, que tuvo que retirarse porque movía la mesa.

Aquel momento de suprema angustia, aunque á él le pareció que se prolongaba una hora larga, apenas duró medio minuto.

La carta vencedora cayó al fin sobre la mesa y el banquero estiró la mano recogiendo el dinero que estaba al lado de la carta.

El jugador habia perdido hasta el último peso en aquella infame jugada.

Y se levantó frio é indiferente como la vez primera, yendo seguido de Lanza á pedir otra copa de rom.

—Si se hubiera levantado cuando yo le dije! murmuró Carlo, qué buena suma habia ganado ya!

—Y qué diablos se pierde con esto? es cuestion de dos jugadas mas y ya está.

Ahora verá como me compongo y dejo á todos sin ni un medio!

Lo único que siento es la incomodidad de tener que ir á casa á buscar dinero, porque quiebro la suerte y pierdo un tiempo que es positivamente dinero.

Pero no importa: me bastan cinco minutos para alzarme con todo el dinero que hay aquí.

Espéreme unos minutos, amigo mio, y vuelvo. Era tal la seguridad absoluta con que hablaba

y la tranquilidad de que hacia gala, que Lanza se sintió mas calmado.

Y se sentó á esperar á su amigo, concluyendo de tomar su copa de rom.

Para él era indudable que su amigo se compondria y ganaria todo lo perdido, proponiéndose hacerlo levantar de la mesa en cuanto le viera una buena ganancia, para que no volviera á sucederle lo mismo.

Pero el tiempo pasaba de una manera desesperante y su amigo no volvía.

Ya algunos de los jugadores mas fuertes empezaban á separarse de la mesa, contando sus utilidades y retirándose en seguida, sin que el jugador volviera.

Si tardaba mucho mas, ya no llegaria á tiempo de poder jugar.

Unos de aquellos jugadores que tenia costumbre de verlo allí siempre, pidió tambien una copa y se sentó á su lado á tomarla, y calculando que habria perdido, le preguntó cuánto.

Yo no he jugado, respondió Lanza, acompañaba á Scotto que ha perdido cuanto tenia y se ha ido á traer mas dinero: yo me he quedado á esperarlo.

—Scotto no vuelve mas ya ¿qué vá á hacer á estas horas? no sabia que ya era tan tarde.

Ya los puntos empiezan á retirarse, como que son las tres y media y dentro de cinco minutos no queda nadie.

Lanza miró á la carpeta principal y vió que efectivamente los jugadores gruesos se habian ido.

No quedaban mas que los picholeadores que liquidan su puchero de á cinco y de á diez pesos.

—Es estraño, dijo Lanza, hace mas de una hora que el amigo se ha ido y ya podía estar de vuelta: tal vez le haya sucedido algo!

—No crea! Scotto siempre es asi, cuando pierde su último peso se vá y no vuelve mas.

Es un jugador que trae lo que tiene y no se vá mientras no le conviene.

Además que no lo ha perdido todo, porque yo recuerdo ahora que mientras ganaba iba apartando dinero en sus bolsillos.

—Si ha perdido hasta el último centavo! exclamó Lanza, como que yo mismo he tenido que prestarle dinero!

Y Lanza refirió cómo habia prestado á Scotto los ocho mil pesos con que empezó á ganar.

--Ta, ta, ta, exclamó el jugador con aire zumbón—entonces, amigo mío, no lo espere mas, porque no solamente no vuelve aquí, sino que no volverá á verlo la cara.

Esa es costumbre veterana en Scottó: el que le presta plata no vuelve á verlo en la vida—lo que me asombra es que usted que es su amigo y debe conocerlo, le haya aflojado los ocho mil pesos.

Lanza refirió entonces que su relacion con Scottó era una relacion de poco tiempo, y manifestó que le habia prestado el dinero porque lo creia un hombre rico y leal, lo que hizo soltar á su interlocutor una sonora carcajada.

—Scottó es un diablo, le dijo: lo que ha hecho á usted es lo que ha hecho ya á muchos novatones.

Sedá con ellos un poco de tiempo, los amansa, como decimos nosotros, cuando les vé plata, y una vez que les ha dado el golpe, no lo vuelven á ver en la vida.

Ahora me esplico el aparte de dinero que estaba haciendo el muy bribón: cada vez que ganaba ponía en sus bolsillos los billetes mas grandes.

Usted cree que lo ha perdido todo, y sin embargo yo estoy persuadido que se ha retirado ganando y ganando mucho, no tenga duda.

—Entónces, quiere decir que me ha robado? quiere decir que me he dejado saquear como un imbécil?

—Es un abuso de confianza como los que se ven todos los dias.

Yo le aconsejo que no lo espere mas, porque será inútil; Scottó no vuelve mas, ni usted le vuelve á ver la cara.

Aquello fué para Lanza un golpe tremendo.

La pérdida de su dinero era para él un acontecimiento terrible que lo sumía en una situacion espantosa.

El que le habia hecho aquellas tremendas revelaciones se retiró con los demás y Lanza quedó allí todavía, alimentando la esperanza de verlo llegar de un momento á otro.

No podia creer que aquel jugador tan caballeresco fuera un estafador miserable, un estafador que lo habia estado estudiando para robarlo y dejarlo en la calle.

—Tal vez él se figure que esos ocho mil pesos no me hacen la menor falta y por eso no se ha apurado en volvérmelos, pensaba.

Todo lo que me ha dicho este hombre ha de ser mentira.

Enemistades de juego le han hecho hablar así de Scottó, para hacerle daño.

Esta gente viciosa es mala por naturaleza, mala y pequeña, pues por mas que me lo juro yo no puedo creer que Scottó sea un estafador.

Y si lo fuera no lo admitirian aquí á jugar ni se darian con él.

Pero el tiempo pasaba, ya todos se habian retirado del Casino y su amigo no habia vuelto.

No habia ya la menor duda; ó á su amigo le habia sucedido algo, ó era realmente un estafador que, una vez cometido el robo, huía de la victima.

Aquel detalle sobre el dinero que habia ido apartando mientras jugaba, tenia que ser una solemne mentira.

Cómo no lo habia de haber visto él que habia estado á su lado toda la noche?

Lanza decidió no creer nada por el momento y esperar hasta la noche en que veria á Scottó y sabria á qué atenerse.

Era preciso retirarse de allí, porque ya habia amanecido y no quedaban mas que los mozos de dia, que acababan de reemplazar á los de la noche.

Lanza se retiró del Casino, pálido y desencajado por todas las emociones que habia experimentado aquella noche, y que lo habian fatigado como el mas rudo ejercicio.

—Hemos andado de jarana? le preguntó la signora Nina, al verlo entrar á aquella hora y con aquel semblante.

—La hubiera preferido, respondió Lanza, que ahora mas que nunca iba á necesitar del amparo de la signora Nina.

Hemos estado cuidando á un pobre amigo que se ha enfermado y que estaba en un sério peligro.

Por la mañana hemos sido relevados por los que han de acompañarlo todo el dia: esta ha sido la jarana de anoche.

Nina tragó inocentemente la mentira y mandó al jóven una taza de café con leche para que se repusiera de la mala noche.

A pesar de su cansancio, Lanza no podia conciliar el sueño.

Cómo iba á poder dormir cuando estaba amenazado de un cataclismo formidable?

Qué seria de él cuando no tenia mas dinero que aquellos seiscientos pesos con que se habia quedado, porque á Scottó no le dió la gana de pedírselos?

En fin, no faltaba ya mucho para salir de dudas, pues era imposible que aquella noche no le viera.

Lanza no sabia dónde vivia Scottó, pero esto poco importaba, porque no faltaria quien se lo dijera en la Cruz de Malta.

Todo aquel dia lo pasó Lanza en la mayor angustia.

Por momentos se quedaba dormitando, pero en seguida se despertaba y se sentaba en la cama lleno de agitacion—se sentia con fiebre y hasta tuvo miedo de caer enfermo.

Nunca se habia visto tan impresionado.

Cuando lo fueron á llamar para almorzar, creyendo que dormiria, dijo que no almorzaba porque no se sentia bien, pero que lo recordaran á la hora de comer.

La signora Nina se sentia de algunos dias atrás algo preocupada respecto á su jóven huésped.

A ella le constaba mejor que á nadie que Lanza no tenia dinero ni de dónde sacarlo.

Y sin embargo sabia que gastaba porque le veia comprar ropas y perfumes, y sabia que daba á los mozos del hotel fuertes propinas.

Habria encontrado quien le prestara dinero? y si tenia para aquellas superfluidades, cómo no

le pagaba á ella, para con quien tenia tan sérios deberes?

Jugaria acaso Lanza y la procedencia de su dinero seria acaso de las carpetas?

Nina se propuso observar mas atentamente al jóven y guardó silencio sobre sus sospechas.

Fuera del juego ó de otra parte, si tenia dinero era justo que le pagara á ella antes que nada, puesto que ya llevaba tres meses de pension sin haber soltado un cobre, siendo aquel el primer deber que tenia que atender.

Á la hora de comer se levantó Lanza y bajó al comedor.

Espíritu fuerte en medio de todo, se habia reposito ya de todas sus fatigas, al extremo que nadie hubiera conocido en su semblante las tremendas impresiones porque habia pasado.

Despues de comer se vistió con el esmero de costumbre y se dirigió á la Cruz de Malta.

Al volverse á poner sobre la pista de Scotto, al acercarse el momento en que habia de aclarar todas sus dudas, la agitacion de la noche anterior volvia á apoderarse de su espíritu.

Por fin iba á saber á qué atenderse.

En la Cruz de Malta, como siempre, halló reunidos á sus concurrentes habituales, pero allí no estaba Scotto.

Lanza disimuló admirablemente su angustia y estuvo conversando de cosas alegres é indiferentes.

Preguntó por Scotto, pero incidentalmente, como si no tuviera mayor interés en verlo.

—No ha de tardar en caer, le dijeron, y ante esta seguridad Lanza se sintió mas tranquilo.

Era para él indudable que aquella noche su amigo le traeria los ocho mil pesos.

Pero le sucedió como la noche anterior en el Casino.

Estuvo esperando hasta que se retiró el último de los concurrentes sin que Scotto hubiera aparecido.

Lanza, como la noche anterior, empezó á sentirse ganado por una agitacion suprema.

Pero disimuló todavia, se disimuló á sí mismo cuanto le fué posible, porque tenia miedo de dejarse ganar por el desconsuelo.

Y se fué al Alcázar para lograr distraerse un poco y en la esperanza de hallar allí á su amigo.

Pero nada: allí no estaba Scotto y la funcion le fastidiaba de una manera invencible.

—Todo es cuestion de paciencia, pensó, y con agitarle nada gano.

El ha de estar en el Casino, calculando que allí ha de verme.

Cómo se ha de figurar que yo desconfie de una manera tan bárbara? él no me ha dado el menor motivo para ello y entónces no lo puede pensar.

Lanza, despues de la funcion del Alcázar estuvo haciendo tiempo y solo á la una de la mañana se dirigió al Casino, en la esperanza de llegar mucho despues que su amigo y disimular su desconfianza.

Cuando llegó al Casino, estaban en lo mas entretenido de la jugada y pudo acercarse á la

carpeta general donde jugaba Scotto, sin que nadie lo notara.

Y recorrió los jugadores con mirada ávida, pero entre ellos no estaba su amigo.

Preguntó al mozo que los servia habitualmente, pero esto no habia ido todavia.

El jóven empezó recien á perder toda esperanza de recuperar su dinero.

Es claro que no habiendo ido ya, Scotto no iria en el resto de la noche, porque lo fuerte de la jugada ora desde la una hasta las tres de la mañana.

Entre los jugadores estaba el que la noche anterior le habia dado aquellos terribles informes de su amigo, pero este, absorto en el juego no lo habia visto.

Lanza pidió una copa de rom y se sentó á esperar á su amigo, pero presa del mayor desaliento.

Y pasó aquella noche como la anterior, sin que Scotto hubiera vuelto.

No podia dudar ya ni un momento de que habia sido victima de una estafa consumada con la mayor habilidad.

Una vez concluida la jugada, se le acercó el jugador de la noche anterior, sonriendo y acompañado de dos jugadores mas.

—He! le dijo amigablemente apenas lo vió, no ha tenido noticias de ese hombre?

—No, contestó Lanza disimulando su agitacion.

He venido á buscarlo, por lo que calculo, como le dije anoche, que algo le habia sucedido.

El interlocutor de Lanza soltó una gran carcajada y volviéndose á los que con él estaban les dijo:

—El señor ha cometido la inocentada de prestar anoche á Scotto ocho mil pesos y lo anda buscando para que se los devuelva.

Los que oyeron esto, como movidos por una misma cosquilla, soltaron una carcajada y miraron á Lanza como una cosa curiosa.

—Scotto, dijo uno de ellos, no lo vuelve á ver usted en su vida—y aunque lo vea á él, lo que es á sus ocho mil pesos, no alimente esperanzas—son sus tiros habituales.

Cómo dudar ya, si aquellas palabras estaban plenamente confirmadas por la conducta de su amigo.

—Y dónde vive? preguntó Lanza ya dejándose ganar por la desesperacion.

Ese es un problema indescifrable, le dijeron, porque nadie le ha conocido jamás su domicilio.

Siga nuestro consejo y no se preocupe mas de su dinero si quiere vivir tranquilo—haga de cuenta que lo ha puesto á una mala carta y nada mas.

—No son los ocho mil pesos lo que me mortifica, exclamó entónces Lanza, tratando como siempre de disimular su necesidad de dinero.

Es esta una suma que no vale la pena de mortificarme.

Lo que á mí me irrita hasta la desesperacion es el que ese hombre me haya hecho pasar la plaza de un imbécil.

Si yo llevo á agarrarlo entre mis manos puedo asegurar á ustedes que lo hago ocho mil pedazos.

Lanza se hallaba presa de profunda irritación.

Estaba convencido que no vería mas su dinero, y no podía conformarse con haber caído tan buenamente en la trampa que se le había tendido.

—Pero quiérr lo manda prestar dinero á una persona que no conoce bien, que no sabe cuáles son sus antecedentes?

—Lo voy jugar aquí noche á noche, y perder ó ganar el dinero con una indiferencia tan suprema, que jamás hubiera creído habérmelas con un estafador.

El ha jugado aquí hasta sobre su palabra y se lo han permitido—cómo quieren que me figure que es un pilla?

—Entre los jugadores hay sus costumbres que tienen siempre una razon de ser.

A un jugador se le puede tomar siempre sobre su palabra un apunte al que puede responder, por mala que sea su conducta.

No es que uno esté seguro que pagará por que sea un hombre de honor.

Pero uno está seguro que pagará porque así le conviene.

Un jugador que no paga lo que ha perdido sobre su palabra, se espone á que nadie le tome un solo apunte, lo que no le conviene, y á ser espulsado de la casa donde cometió la fea acción.

Por eso es que, aunque uno sepa que particularmente es un estafador, se le toma una parada de boca, pues si la pierde está en su propia conveniencia pagarla.

Lo que Scottó ha hecho con usted, lo ha hecho ya con cincuenta, y lo hará con todos los que pueda.

Pero si pierde dinero sobre su palabra, no lo dejará de pagar por nada de este mundo.

Si esos ocho mil pesos usted se los hubiera ganado bajo palabra, ya se los habria pagado.

Pero prestados así, yo le aconsejo que no se mortifique y no piense mas en ellos.

Ya Scottó no vuelve aquí hasta que no calcule que usted se ha aburrido de venir: irá á otras casas, porque no puede vivir sin jugar, pero irá donde usted no pueda hallarlo.

—Es que yo lo agarraré del pascuezo y lo obligaré á pagarme, respondió Lanza dejándose dominar por la ira.

—Es lo que él querría, porque así daría por cancelada la deuda, respondió el jugador.

Muchos de los estafados como usted han tentado hacerse pagar á puñetazos, y él ha recibido los golpes, dando así por cancelada la deuda.

Lanza, con semejantes informes, quedó sumido en la mayor desesperación.

Aquel golpe venia á dejarlo en condiciones tremendas, y en la mayor miseria.

Pero no era cosa de darlo á entender, porque un hombre que perdía ocho mil pesos sin dar á la pérdida mayor importancia, demostraba que

era una persona rica á quien esa suma poco importaba.

Así es que mirando á sus interlocutores con frialdad, les dijo:

—Ocho mil pesos no valen la pena de lo que he hablado, pero por la insolencia de haberme tomado por zozco, el primer día que yo agarre á Scottó, le rompo el alma.

Un hombre que miraba con tal desprecio esa suma, es porque era rico, y un hombre que tan fácilmente se había dejado estafar, era una bodega.

Así es que los jugadores creyendo ganarle impunemente otro tanto, invitaron á Lanza á jugar.

—Yo no juego porque no sé ni he jugado nunca, respondió Carlo, además aunque jugase, tengo muy poco dinero sobre mí.

—Eso poco importa, le respondieron, fantándolo, su palabra es dinero para nosotros, así olvidará él el mal rato que le ha dado Scottó.

Los jugadores se habían entendido con una rápida mirada para pelar á Lanza.

Esta pensó que aquella era una brillante ocasión de desquite.

Podía ganar una buena suma, y si perdía, con no volver mas allí estaba saldado.

Sin embargo, y creyendo engañarlos mejor, se resistió un momento.

—No me gusta jugar sin dinero en el bolsillo, dijo, porque no me gusta quedar debiendo; aunque no sé jugar, otra vez tendré el gusto de hacerlo.

—No nos haga la ofensa de decir eso, le replicaron: juegue lo que trae, y si pierde, pagará mañana ó cuando le dé la gana.

Lanza se dejó tentar por el negocio que se le presentaba y sacó quinientos pesos, dejando cien como único fondo de reserva.

Los jugadores echaron cartas y empezaron á jugar flojito y familiarmente.

Convenidos con una sola mirada para desplumar á Lanza, empezaron á dejarse ganar para entusiasmarlo, y hacerle perder toda prudencia.

—Pues para no saber, le decían, no lo hace mal: si nos descuidamos nos va á poner en apuros.

Lanza se dejó engañar, mordió el anzuelo, se vió con unos cinco mil pesos por delante y empezó á jugar mas grueso.

El que tallaba tenia unos diez mil pesos de banca.

Otro jugador invitó entonces á Lanza para copar aquella banca en sociedad.

—Está de suerte, le dijo, no la deje perder y cope la banca en sociedad conmigo.

Cinco mil pesos cada uno, apúntelos copando á la carta que le guste mas.

Trémulo de emoción y de deseo, Lanza aceptó la invitación y copó sobre la primera carta que salió.

Y en medio minuto mas, Lanza se encontró sin un centavo por delante; habia perdido el copo y la banca quedó aumentada á veinte mil pesos.

Aquel golpe medio desconcertó á Lanza.

Eso es natural, le dijo el nuevo socio que le habia salido, no todos los golpes se ganan, pero usted está de suerte.

Copemos á medias la otra banca, con veinte mil pesos, y así lograremos rehacernos.

—Es que no tengo mas dinero, respondió Lanza vacitante, y es mucho para jugar bajo palabra.

—No importa, caramba, no quiebre la suerte, cope no más que yo respondo si perdemos, pero cope á su inspiracion, que la suerte está con usted.

Lanza copó, copó y perdió como en la jugada anterior, quedando empeñado en diez mil pesos que le correspondian.

Su adversario ni siquiera pareció conmovirse.

Su socio pagó los diez mil pesos que le correspondian y los que correspondian á Lanza, con la mayor frescura, y dijo á Lanza:

—Hay cuarenta mil pesos de banca—cópelos en sociedad—es el último golpe—es el último golpe y es seguro que lo ganaremos, no tenga duda.

—Puede copar, agregó el banquero, pero no necesita que nadie ponga por usted.

Si pierde, tendrá el honor de ser su acreedor. Lanza se sintió poseído de un vértigo de ambicion.

Miró aquel monton de billetes de banco, pensó que todo aquello podía ser suyo en un solo golpe de fortuna, y aceptó.

Su socio copó la banca á un siete, que salió primero, y todos clavaron la vista en el naipe, de donde empezaron á caer las cartas.

Nunca habia pasado Lanza por una emocion tan fuerte.

Aunque queria disimularlo, temblaba todo de una manera nerviosa.

El deseo de ganar era inmenso y el vértigo de los jugadores lo habia acometido.

El banquero suspendió el tallo y miró sonriente á los jugadores.

—Quieren retirarse? les dijo, si quieren retirarse lo permito.

—Por mi parte no consiento, dijo el socio de Lanza, ese copo es ganado por nosotros: qué dice compañero?

—No me retiro tampoco, respondió Lanza sordamente, no me retiro, tengo fé en la jugada, y en la buena mano de mi compañero, siga pasando las cartas.

El banquero sonrió é hizo á sus compañeros una seña que no fué perceptible para Lanza, aunque fué comprendida y respondida por aquellos.

Aquel cambio de señal habia querido decir:

—Le caemos?

—Cáigale.

A las cinco cartas corridas la partida habia terminado y Lanza habia perdido.

Su socio manifestó que no le alcanzaba el dinero gara pagar el todo.

—Pague por su parte no mas, que el señor se entenderá conmigo, dijo el banquero, por lo perdido y por todo lo mas que quiera jugar.

—Oh! no juego mas, respondió Lanza, cuya palidez era intensa.

Me parece que para un debut es bastante.

Habia perdido treinta mil pesos y no tenia mas que cien para responder á su deuda.

—Puede jugar todo lo que quiera, respondió el banquero, no se acobarde, que en un solo golpe de suerte puede desquitarse de lo que ha perdido.

Lanza fijó en diez mil pesos mas lo que iba á jugar y los puso en una sola carta, volviéndolos á perder como habia perdido lo demás.

—Ahora si me retiro, dijo, porque si sigo jugando voy á perder todo cuanto tengo.

No estoy de suerte.

Y se levantó de su asiento, pero siempre aparentando la mayor indiferencia, aunque en su caboza sentia el estallido de un volcan.

—Treinta mil pesos que usted me pagará cuando le dé la gana, murmuró el banquero, guardando los billetes que tenia delante.

—Diez á mil, añadió su socio, que tampoco me corren prisa.

—Luego los tendrán aquí, respondió Lanza, han hecho ustedes demasiado honor á mi palabra para que no me apuro en pagarles.

Tomaron juntos una nueva copa y se retiraron cada uno por su lado como los mejores y mas viejos amigos.

—Cuarenta mil pesos! pensaba Lanza mientras se dirigia al hotel Maritimo.

Cuarenta mil pesos! pensaba Lanza, y de dónde los voy á sacar?

Y aunque los tuviera, confieso que no los pagaria, porque á mi me han ganado en combinacion, no me cabe duda.

Me dejaron ganar al principio para confiarme y darme despues el golpe con seguridad: se van á divertir con el resultado! el zonzo les ha salido mas vivo que ellos!

Lanza entró á su hotel ya muy entrado el dia.

Estaba enfermo, febril, no por los cuarenta mil pesos que habia perdido sobre su palabra, que poco le suponian, desde que no los habia de pagar, sino por los quinientos pesos que habia distraído de su capital y que lo reducian á una condicion miserable.

Cómo atenderia en adelante á sus necesidades? Qué seria de él cuando hubiera gastado el último peso de los cien que le quedaban?

Aquel maldito Scott! y ahora que no podria ir mas á la casa de juego donde podria encontrarlo!

Lanza ganó la cama muy enfermo.

La impresion de todo lo que le habia sucedido aquellos dos dias concluyó por tumbarlo.

Felizmente cuando él entró, la señora Nina no estaba en casa, porque ya se habia ido al mercado.

Y se recogió, encargando al mozo que se llamase cuando viniera.

Se sentia tan enfermo, que creyó que si no se ponía en asistencia, podia muy bien llevarse lo la trampa.

EL DESCALABRO

La señora Nina tuvo un sério disgusto cuando vió enfermo á su jóven huésped.

En el acto mandó llamar á un médico y lo puso bajo la mas cariñosa asistencia.

Lanza tenia una fiebre terrible, y en el delirio que ella le producía, no hacia sino hablar de jugadas, de ocho mil pesos y de espantosa miseria.

—Esta fiebre es producida por una gran impresion que ha sufrido el jóven, decia el médico; no tiene mal carácter, pero tardará algo en curar, pues la impresion dura en su espíritu: se vé esto en el delirio.

Y la señora Nina trataba de distraer al jóven cuanto le era posible, aunque el delirio de esto la habia puesto en el secreto de muchas cosas que la llenaron de sorpresa.

Lanza deliraba con que el dueño del hotel Washington lo perseguía por todas partes con su equipaje y su cuenta, refería los préstamos de Caraccio y sus jugadas en el Casino de la Bolsa, pidiendo que no fueran á decirle nada á ella, para no perder su pensión.

Con un corazón sunamente bondadoso, no quiso decir la menor palabra; se convenció que aquel Lanza á quien tantas consideraciones habia tenido era un simple pillo, pero resolvió atenderlo hasta que estuviera bueno, reservándose hasta entonces el derecho de tener con él una esplicacion terminante.

Lanza fué mejorando poco á poco, hasta que ocho dias despues, si no bueno absolutamente, estaba notablemente mejor.

Cuando supo que durante la fiebre habia delirado, sintió una amargura infinita.

Si habia delirado era imposible que no hubiera hablado de lo que tanto interés tenia en ocultar.

Solo la señora Nina le habia escuchado, y como esta nada le decia, Lanza empezó á espermentar una vaga esperanza que no tardó en desvanecerse.

Cuando estuvo radicalmente bueno, Nina provocó entonces una esplicacion, esplicacion tanto mas interesante para ella, cuando que hacia ya mas de tres meses que Lanza estaba alojado allí.

—Es preciso, amigo mio, que usted me aclare ciertos puntos, le dijo bruscamente y ya perdida toda consideracion.

Cuando piensa usted recibir dinero y cuándo piensa saldar la cuenta que tiene en el hotel?

—Señora, respondió Lanza con grande aplomo, de un momento á otro espero recibir cartas, ya hace tres meses que estoy aquí, y mi equipaje, por lo menos, no puede tardar en llegar.

Allí tengo dinero de sobra para atender mis compromisos.

—Dejémoslos de embrollas, que demasiado las hemos hecho.

Su equipaje ha quedado en el hotel Washington de Montevideo, de donde usted ha huido por no poder pagar lo que debia.

Es inútil entonces que usted quiera engañarme mas.

Si no cuenta con mas recursos que los de su equipaje, no hablemos mas.

Usted ha tenido dinero, mucho dinero, y en vez de pagarme á mí, que es lo primero que debia haber hecho, ha preferido tirarlo en el juego ó dejárselo comer con los borrachones con quienes se junta.

Si el techo de la pieza se le hubiera caído encima no lo habria producido ningun efecto.

Presa del mayor espanto, preguntó á la señora Nina quién le habia contado tal tejido de embrollas y embustes.

—No puedo tenerlos por mejor conducto, contestó ella, puesto que es usted mismo quien en medio de su delirio me lo ha contado todo.

Con la mayor audacia quiso engañar á su patrona, demostrándole que bajo el delirio se hablaba toda clase de barbaridades.

Pero aquella mujer, mas viva de lo que él se imaginaba, le cortó toda embrolla con la siguiente proposicion:

—Está bueno, si estos son sueños del delirio, le dijo, es muy fácil de aclararlo.

Vamos á escribir á Montevideo preguntando al dueño del hotel Washington si lo conoce á usted y si él contesta que nó, quedará convencida.

Lanza estaba cazado del pico, como se dice.

Una averiguacion de aquel género le hacia temblar, por las consecuencias que ella podría tener.

Desde que todo se sabia, era mejor hablar claro, que así siempre se encontraria algun remedio, sin necesidad de provocar peligros mucho mayores y que podian complicar su asunto haciendo intervenir en él á la policia.

No hay necesidad de ello, señora, dijo, apresuradamente y lleno de agitacion.

Desde que usted no tiene ya confianza en mí yo le pagaré lo que le debo y me buscaré otro alojamiento.

—Le pagaré lo que le debo! eso se dice fácilmente; pero de dónde sacará usted para pagarme lo que me debe, si usted no cuenta aquí con ningun género de recursos y de Europa no los ha de recibir tampoco?

Esto no es juguete, es preciso que usted me pague y se busque donde estar, porque no lo quiero mas en casa, si nó yo voy á dar parte á la policia y usted se entenderá con ella.

Al oír hablar de policia, Lanza se echó á temblar, con un julepe de todos los demonios. El se atrevia á afrontar todos los peligros y todos los sinsabores, pero con la policia no queria saber nada.

Conociendo la rigidez y astucia de la policia europea, se figuraba que la nuestra seria lo mismo, y de aqui su temor.

Además, que si se veia envuelto en algun proceso de Policia, calculaba que como negociante quedaria muerto en Buenos Aires.

Así es que en cuanto la señora Nina empezó á hablarlo en este sentido, Lanza se aterró y cortándole la palabra se apresuró á decirle:

—Pero si ni esta es cuestion de policia, ni hay por qué hacerla participe de nada.

Yo le pagaré á usted lo que le debo y quedaremos en paz y tan amigos como antes.

—Yo le pagaré se dice muy fácilmente, pero cuáles son los recursos con que usted cuenta para pagarme? esto es lo que yo quiero saber, porque ya estoy cansada de promesas y de mentiras.

—Bueno, dijo Lanza, batiéndose ya en sus últimos atrincheramientos; usted sabe, conforme ha sabido lo demás, que ese maldecido de Scotto me debe ocho mil pesos, que es mas de lo que yo le debo á usted.

Yo voy á hacer todo lo posible por cobrárselos, y en cuanto me los pague se los entregaré á usted y quedará cancelada nuestra deuda.

Diffícil me parece que usted consiga ese pago, pues segun lo que el tal Scotto ha hecho, no es persona en quien se puede confiar.

—De todos modos es preciso que tenga paciencia, pues ya por Scotto, ya por cualquier otra persona, yo conseguiré los medios de pagarle, no se afiija—quién le dice á usted que Scotto, como yo, no haya podido estar enfermo?

—Sí, pero como usted debe tambien cuarenta mil pesos de juego, no será estraño que aquellos á quienes usted debe se hagan entregar aquella suma por Scotto.

De cualquier manera tenga paciencia, terminó Lanza, que usted será paga hasta el último medio: á mí me ha sucedido todo esto de aturrido y nada mas: bien caro empiezo á pagarlo.

—Esa no es cuenta mia, respondió la señora Nina.

Ahora y para su gobierno, es bueno que yo le haga una prevencion.

Como no quiero que á mí me suceda lo que al dueño del hotel Washington, porque aunque usted me vea mujer, yo sé gobernar bien mis negocios, le aviso que el primer día que usted deje de venir á casa á su hora habitual, doy parte á la policia y pido su captura.

No crea que á mí se me va á ir dejándome olavada.

Y sobre esta mortuua prevencion, retiró á atender sus quehaceres.

Lanza se hallaba en una situacion mas atada de lo que se habia imaginado, pues que hacer con un enemigo que habia empezado por ganarle todas las salidas.

Lo que es al Casino, en busca de Scotto, no podia ni siquiera pensar en ir, porque allí le habrian salido sus acreedores, lo que era peor que todo.

—Qué hacer en situacion semejante? Confesarlo todo á la señora Nina y pedirle que lo perdonase desde que no le podia pagar?

Y si esta daba parte á la Policia? Podia huir á la campaña? meterso de marinero en cualquier buque?

Para todo esto necesitaba tiempo y ya aquella le habia notificado que en cuanto faltase al hotel mas tiempo que el habitual, daria parte á la Policia.

Oh! la Policia! esta era la única cosa á la que tenia un miedo positivo, porque lo podia hacer desbarrancar por completo.

En la esperanza de hallar á Scotto y pedirle el pago de sus ocho mil pesos, Lanza se fué á la Cruz de Malta aquella noche.

Pero allí halló á todos sus amigos menos á Scotto.

Como hacia ya diez dias que no lo veían, fué cordialmente recibido, dándole todas pruebas de gran interés al saber que habia estado enfermo, lo que desde el primer momento se adivinaba en su semblante pálido y enflaquecido por la fiebre.

Pasados los primeros cumplimientos y después de conversar de cosas alegres, Lanza pidió á sus amigos le indicaran el domicilio de Scotto, á quien tenia necesidad de ver.

Pero ninguno pudo indicárselo. Nadie sabia dónde vivía aquel diablo de Scotto, como le llamaban familiarmente, lo que le hacia perder toda esperanza de dar con él.

No habia mas remedio que ir al Casino de la Bolsa, y esto no era posible dada su deuda; le habrian puesto en una situacion diez veces mas peluda.

Qué hacer en tan apurado trance?

Confesarlo todo lealmente á la señora Nina, y ofrecerle pagar con su trabajo lo que le debía, para que no le diera tanta rabia.

Era la suya una situacion verdaderamente desesperante.

Si dejaba de ir á la casa y huía de ella, Nina daba parte á la Policia, y la prision que era su muerte comercial, vendria inmediatamente.

Si se presentaba al Casino de la Bolsa y hablaba á Scotto por casualidad, le saldrian al momento sus acreedores de los cuarenta mil pesos, obligándole á soltar los ocho mil pesos que podia cobrar.

Lanza se retiró temprano, y se acostó á meditar lo que mas le convenia hacer.

Pero no hallaba salida á su situacion desesperante.

Cuanto se le ocurría era malo, ó sumamente peligroso, pues por todas partes le salia al en-

cuentro la señora Nina acompañada de la Policía.

Y sin embargo aquello era preciso resolverlo, pues no podía seguirse de tal manera.

Lanza se durmió á la madrugada sin haber resuelto nada en definitiva.

Al otro día á la hora de almorzar, le cayó de nuevo la señora Nina apréndolo para que le diera una respuesta definitiva.

— Señora de mi alma, yo no me puedo volver dinero, dijo Lanza, y anoche no he podido hallar al hombre que me debe los ocho mil pesos.

Le pido que tenga paciencia siquiera por un día mas; yo encontraré solución al problema.

Aquella tarde Lanza se vistió y se fué á la Cruz de Malta, decidido á encontrar el domicilio de Scottó.

Permaneció allí un buen rato conversando alegremente, y cuando estuvo reunida la mayor parte de sus amigos, les suplicó le indicaran dónde vivía.

Ninguno de ellos pudo satisfacer su pregunta.

Es inútil que busques su domicilio, le dijo Caporale alegremente, porque Scottó nunca lo ha tenido y hasta me atrevo á decir que no lo tendrá jamás.

Él duerme donde lo agarra el día, porque la noche la pasa en sus aventuras y sus jngadas. Si no lo encuentras casualmente, pierde la esperanza de verlo.

Lanza contó inocentemente cómo había prestado á Scottó ocho mil pesos y cómo lo buscaba para que se los devolviera, porque los necesitaba.

Y en la risa de sus amigos comprendió que aquel era dinero positivamente perdido y que no debía contar mas con él.

— Ese es tiro viejo en Scottó, le dijo Caporale.

Si ese diablo fuera á pagar todo, el dinero que debe de esa misma manera, no le bastaría una fortuna.

Por eso es que los que le han prestado una vez, no le han vuelto á ver la cara en su vida.

Renuncia á tus ocho mil pesos, Lanza, y renuncia también á verle la cara á Scottó en un año mas: es demasiado fino para esponerse á que le cobres.

Además, como él duerme de día, solo de noche puede vérselo, y de noche, que averigüé el diablo dónde se meta.

Lanza estaba perdido: la falta de aquellos ocho mil pesos iba á ser la causa de su mayor descalabro.

Tentado estuvo de mandarse mudar tomando pasaje en uno de los trenes de la madrugada y desafiando la acción de la Policía provocada por la misma signora Nina.

Pero de todos modos, dónde podía ir con un capital de cien pesos en el bolsillo?

Perdido por perdido, resolvió entenderse bienamente con su patrona de hotel y hacerle reflexiones de peso.

Finalmente con hacerlo poner preso nada había de ganar, puesto que él no tenía de dónde sacar un centavo.

Mas conveniente sería para ella cualquier arreglo que pudiera darle por resultado el pago de lo que le debía.

A fuerza de esperarle, había concluido por mirar con calma y tranquilidad el descalabro que le iba á venir encima y no le causaba ya tanta impresion como al principio.

Qué diablo iba á remediar con afijirse y mortificarse a'elantado?

Ya tendría tiempo de afijirse demasiado cuando le sucediera la desventura que esperaba.

Resuelto así á aguantarlo todo con paciencia y resignacion y sacarle el cuerpo al hecho de ir preso que era lo que mas le imponía, siguió alegremente en conversacion con sus amigos.

Aquella noche fué al Alcázar y anduvo con estos de alegre calaverada.

Sabe Dios cuándo podría volver á pasar momentos como aquellos, y era preciso sacar el jugo á los últimos que se le ofrecían.

Como con aquellos cien pesos que le quedaban nada podía hacer para remediar su desventura, pagó con ellos una botella de champagne que se bebió á la salud del diablo.

A la madrugada y lleno de los alegres recuerdos de aquella noche, última noche de alegría tarra, Lanza se retiró al Hotel Marítimo.

Ni siquiera se dignó pensar en lo que podría contestar á la signora Nina cuando esta viniese á interrogarlo.

— Las mejores resoluciones son las que se toman en el momento, pensó, porque la inteligencia se aguja en los apuros.

Cuando ella me cargue firme, ya veremos modo de salir del paso.

Antes, no quiero mortificarme por nadie ni por nada.

Resuelto así por el momento el problema de su tranquilidad, se metió en su cuarto.

Tenia sueño, pero no se quiso acostar.

Despues que hable con la señora Nina, pensó, tendré mas sueño y así dormiré el mal rato que ella me cause y me será mas llevadero.

Si Lanza hubiera conocido las leyes del país, como las conoció despues, cuán distinta habria sido su conducta!

Si él hubiera sabido que entre nosotros no existia la prison por deudas; si él hubiera sabido que la signora Nina para cobrarle y echarlo de su casa hubiese tenido que entablarle una demanda ante un Juzgado de Paz, demanda que un procurador habria hecho durar seis meses;

Si él hubiera sabido todo esto, se hubiese reido buenamente de las exigencias de la patrona, y la hubiera ecohado al diablo cada vez que le hubiese ido á cobrar.

Pero Lanza no conocia todas estas camandulerias, pensaba que aquí las cosas se pasarían como en Europa, y de aquí partía su miedo y su aficción.

Por confesar su estado de pobreza extrema y sus apuros, no había querido consultar la cosa con sus amigos mas prácticos en las cosas del país, prefiriendo correr la carabana como Dios se lo diese á entender.

—Si uno se ha de ahogar, pousaba, es inútil andar eligiendo el sitio: lo mismo es el río que la mar.

La cuestión sería no ahogarse, pero como do todos modos yo le he naufragado y no tengo salvavida, me agarraré á la primer tabla que encuentre boyando.

Estaba sentado tranquilamente esperando el momento crítico, cuando se le presentó la signora Nina.

Esta venía de un humor do todos los demonios, y como hasta entonces no la habia visto ni sospechado siquiera.

Aquella mañana se le habia ido el mejor mozo del hotel, un mozo que con su servicio osmerado le atraía clientela, y esto la habia puesto de un humor tremendo.

En vano habia querido retenerlo ofreciéndole mas sueldo y otras ventajas, el mozo no habia querido quedarse.

Habia reunido en el Marítimo un buen capitano por su sueldo y propinas, y se iba á establecer por su cuenta.

Esto era lo que aquella mañana tenia á la signora Nina de un humor espantable.

Ella que conocia las leyes del país como no las conocia Lanza, sabia que nada podria hacer para que este le pagara lo que le debía, puesto que nada tenia mas que un miserable equipage.

Así es que á pesar de su mal humor, iba dispuesta á hacerle todas las concesiones posibles, explotando la ignorancia de aquel.

Y cualquier cosa que le sacase seria para ella una ganancia positiva.

Y como era la impresion que dominaba en su espíritu, refirió á Lanza la salida de su mejor mozo que ponía en sério conflicto á su hotel.

—Ahora, añadió, yo necesito saber qué piensa usted hacer para pagarme.

Lo que es yo, desde hoy en adelante no puedo tenerlo mas á pension gratuita.

Apenas gano para sostener el negocio y no puedo tener clientes que me causan gastos y perjuicios de toda especie.

Lanza reflexionó un momento.

La salida de aquel mozo, el mejor del hotel, le habia inspirado una idea luminosa.

Después de reflexionar un momento, se acercó á la signora Nina y le dijo:

—Vámas á hablar un momento no como cliente y patrona sino como dos negociantes: yo quiero proponerle un negocio para ambos, que salve la situación sin recurrir á violencias.

Yo por el momento no tengo con qué pagarle lo que le debo, ni de dónde sacarlo, que es mucho peor.

Si usted me hace poner preso, con esto no logra el pago de su cuenta, que es lo que le interesa.

Si usted me echa á la calle, me pone en una situación tremenda, sin lograr tampoco por este medio cobrarse lo que yo le debo.

Hé aquí ahora el negocio que yo le propongo y que todo lo allana.

Á usted se le ha ido el mejor mozo del hotel, cuyo buen servicio era el crédito de este.

Yo, una vez que me ponga á ello, soy mozo como usted ni siquiera puede sospecharse.

Me comprometo á hacer el servicio de tres, adivinando el deseo de sus clientes.

Si usted quiere, yo me quedo á reemplazar el mozo que se ha ido, por el mismo sueldo que este ganaba, con una diferencia sola:

Usted, de ese sueldo se cobra lo que yo le debo, hasta que esté saldada nuestra cuenta, que viene á ser lo mismo que si solo le sirviera yo por la casa y la comida.

De este modo usted cobra su cuenta de la única manera que puede hacerlo, y yo tengo como vivir hasta que encuentre otra cosa mejor que hacer.

Puede ser muy bien que me convenga seguirme quedando, y usted habrá ganado un mozo como no ha soñado tenerlo en la vida.

Para la señora Nina aquella era una excelente proposición, pues no solo ganaba un mozo que debía ser realmente bueno, sino que se cobraba la deuda de Lanza de la única manera que podia cobrársela: con el trabajo de este.

Si Lanza se apercibia que podia irse del hotel sin que nadie lo retuviera ¿cuándo cobraría su dinero?

La proposición de Lanza venía á ser así sumamente ventajosa para ambos.

Para él, porque mientras Dios le deparaba otra cosa, aseguraba la casa y la comida.

Para ella, porque del sueldo de Lanza se iba cobrando la deuda de este, y ganaba además un buen mozo.

Para que Lanza no se apercibiera de que aquello era una concesión que él hacia, puso ella algunas dificultades para aceptarle, diciendo al fin:

—No quiero que diga que después de haberlo atendido como lo he hecho, lo he abandonado en el momento crítico.

No quiero tomar ninguna medida violenta con la justicia ni con la Policía, y voy á aceptar el temperamento que usted propone, para darle esa facilidad de saldar su cuenta conmigo y de seguir viviendo en mi casa.

De todos modos, aunque yo no necesite ese dinero y le perdonase lo que usted me debe, dónde iria usted á alojarse?

Dónde iria usted á comer y á dormir?

Quiero ser buena con usted hasta el último estremo, para que no tenga de qué acusarme— quedamos convenidos en lo siguiente:

Usted se queda de mozo en el hotel y en lugar del que se me ha ido.

El sueldo que usted gane por este servicio, yo lo voy reteniendo para cobrarle lo que me debe, y no tengo mas obligación que darle casa y comida.

Para sus otras necesidades y vicios, usted tendrá bastante con las propinas que le den los clientes.

Cuando un mozo sirve bien y al gusto de las personas, tiene propinas por mas valor que su mismo sueldo.

No tiene necesidad de mas dinero que ese, y si lo guarda, verá qué pronto reúne una buena suma.

Lanza escuchó con un placer infinito lo que le decia la signora Nina, porque esta le aseguraba la subsistencia gratuita, lo que era para él de un interés vital.

Dónde habria ido á buscar pension, una vez echado del Hotel Marítimo?

En ningun hotel se la habrian dado al verlo tan desprovisto de equipage, y sabe Dios lo que hubiera sido de él.

—El único inconveniente que yo podria tener, dijo, es que los mismos que me han visto como pasagero me vean ahora como mozo.

Pero esto está compensado con las ventajas que obtengo.

Usted tratará de disculparme con ellos de cualquier modo, y yo tendré una fineza mas que agradecerle.

Y como los malos caminos deben andarse pronto, yo quedo ahora mismo hecho cargo de mi nueva posicion y no se hable mas de eso.

—Bueno, traiga sus cosas á la habitacion que tendrá desde hoy y no hablemos mas.

Lanza, sin el menor inconveniente, cargó con sus pocas pilchas, y las llevó al cuarto que iba á habitar, como mozo, un cuartujo en el fondo de la casa, y pidió á su patrona le indicase los departamentos que tendria que atender y las mesas que le correspondiera servir.

Lo demás del servicio corre de mi cuenta: ya verá como todos, lejos de quejarse del nuevo mozo, no tienen para él mas que elogios.

Tanto mejor para usted y tanto mejor para mí, respondió la signora Nina.

Ahora, no tiene mas que entregarse á su servicio, y cumplirlo de la mejor manera posible, pues si los pasageros y clientes se quejan, nuestro convenio queda nulo, porque yo saldria perjudicada.

La signora Nina vió con asombro que el nuevo mozo era insuperable en su servicio y buena voluntad.

Nunca la mesa de pasageros se vió tan bien y rápidamente servida.

Los pasageros que conocian á Lanza, reian alegremente al verlo entregado á sus funciones de mozo, pareciéndoles que aquello no era sino una broma.

Lanza lo desempeñaba de una manera admirable y como si jamás hubiese hecho otra cosa.

Acudia alegremente al primer llamado y servia con una lijereza asombrosa.

Por la mañana y en cuanto los clientes salian de los aposentos, Lanza se apoderaba de ellos y en un momento los acomodaba perfectamente bien.

Los clientes se reian y le daban propinas, propinas que recibia él seriamente, pues desde que se decidió á ser mozo, tomó el cargo con todos sus inconvenientes y todos sus goces.

Se habia arreglado una chaquetilla cortando los faldones á un jacquet y se habia puesto un delantal que le dió la signora Nina.

Esta estaba asombrada de la actividad de Lanza.

El solo era capaz de darse vuelta todo el hotel y acomodard todas las piezas.

A la semana de estar de mozo, todos los que comian y almorzaban allí, querian ser servidos por Lanza solamente, al extremo que Nina comprendió que habia hecho un gran negocio.

Aquel mozo convenia enormemente á sus intereses y si algo sentia era que su deuda no fuese tres veces mayor para tenerlo asegurado una buena temporada.

Lanza estuvo sirviendo en el hotel el primer mes, sin intentar siquiera salir á la calle.

En cuanto concluia su trabajo se acostaba á dormir y á penas amanecía el dia, ya estaba levantado atendiendo á sus obligaciones.

Al mes, en que Lanza habia juntado ya unos doscientos pesos de propina, quiso salir un Domingo á dar una vuelta.

La signora Nina no miró con mucho agrado esta salida.

Lanza podria encontrar quien lo aconsejara, quien se lo echara á perder, y quien lo sonsacase del hotel proporcionándole una colocacion mejor y mas en armonia con su persona.

Pero por el momento las sospechas de la signora Nina eran infundadas.

Lanza era el primero en ocultarse de sus antiguas relaciones, para que no lo vieran en su situacion triste y aporreada.

Y así empezó á buscar y hacer relaciones en la misma esfera que él ocupaba.

Esto le serviria para ir conociendo aquella sociedad vulgar pero utilissima para sus aspiraciones de comercio.

A la otra cuadra del Hotel Marítimo habia una especie de Casino, de aquellos atendidos por mujeres, que tanto abundaban entonces en Buenos Aires.

Allí se pasaba alegremente el rato, y allí iba Lanza todos los domingos á fundir la propina de la semana.

Era un Casinito de tercera categoria frecuentado por gente de trabajo y de pocos medios, entre la cual Lanza venia á ser algo como un señor.

Buen mozo, jóven y chacoton incansable, bien pronto hizo roncha entre las mujeres, destronando á los mas viejos marchantes.

A cierta hora de la noche, el Domingo, se hallaba en el Casinito, á echar la casa por la ventana, y se armaban unos jaleos monumentales.

La dueña de la casa habia tomado un gran cariño á Lanza, al extremo que cuando este fundia su último centavo, ella era la que pagaba sirviendo al jóven cuanto éste pedia y no pedia.

Para disculpar su profesion transitoria de mozo de hotel, Lanza les habia contado una historia romantica de primera fuerza.

Segun les decia, él habia venido de Europa á Rio Janeiro, hacia unos tres años.

Allí se habia establecido con una casa de giros, invirtiendo en ella todo el capital que habia traído.

Y le había ido tan bien, que en poco tiempo se había hecho de una posición desahogada. Como andaba entre la primera sociedad, había tenido sus lances amorosos, entre ellos, el que había motivado su ruina.

La hija de un barón brasilero se había enamorado de él de una manera apasionada, y quería casarse á todo trance.

Pero por el momento aquel matrimonio no le convenia, y hacia todo lo posible por no dar á entender sus amores.

Se entendia con su amante por medio de cartas y solo la veía en el teatro ó en las grandes reuniones donde concurrían con frecuencia.

La niña seguía cada vez mas apasionada y queria provocar un enlace á toda costa.

Pero él seguía entreteniéndola y diciéndole que necesitaba romper ciertos compromisos que había dejado en Europa y que ya había escrito on ese sentido.

Los amores llegaron al estremo que, á ocultas de su familia, la niña venia á visitarlo á su casa de comercio.

Estas imprudencias dieron al diablo con todas sus reservas, y al fin el barón se impuso de lo que pasaba y quiso hacerle contraer matrimonio á la fuerza.

Hombre de gran influencia en el gobierno, si no se casaba, lo iba á hacer secar en un presidio.

Qué podia hacer él, extranjero y solo, contra aquel personaje soberbio y pudiente?

No le quedaba mas remedio que huir, y huir de una manera que nadie lo sospechara, pues de otro modo la Policia se le echaria encima.

Habia entónces en Río un capitán de buque de cabotaje que se hacía á la vela para Buenos Aires en aquellos dias, y que le debía muchos buenos servicios.

Lanza le refirió lo amargo de su trance, y concertó con él su fuga.

La noche antes del día de su viaje se disfrazaría con el traje de marinero, y se meteria á bordo como uno de los hombres de la tripulación.

Un sábado era la noche fijada para el enlace y como el buque debía salir el viernes, fijó su fuga para el jueves á la noche.

En las primeras horas de la noche del jueves, Lanza que había realizado todo el dinero que pudo, envió á su novia un regalo de valor.

No era creible que un hombre que tales gastos hacia, estuviera pensando en su fuga.

A las diez de la noche, disfrazado con un traje de marinero y acompañado del capitán, se embarcó en una ballenera y se trasladó á bordo.

Allí mismo su presencia no podia ser sospechada, porque el capitán les había dicho ya que en Río contrató otro marinero, de modo que cayó entre los del buque como un compañero de tareas.

Yo no sé lo que pasaria en tierra, añadió Lanza de una manera picaresca: lo que yo sé es que al día siguiente levábamós anclas y nos hacíamos á la vela libre de todo temor.

Pero la felicidad no había sido completa.

Al salir de Río Janeiro, me apercibí que un paquete de libras esterlinas que había preparado con anticipación, con el apuro de la fuga, lo había olvidado sobre el escritorio.

Aquello era una verdadera desgracia, pues fuera de seis ú ocho libras esterlinas que en prevision de cualquier evento había echado en mas bolsillos, no tenia un centavo mas.

Mi reloj y cadena, que bien valian unos quinientos patacones, lo regalé al capitán á quien debía mi salvacion y quien no había querido cobrarme ni un centavo.

Así salí de Río Janeiro, abandonando mi fortuna y mis cuantiosos negocios.

Llegué pues á Buenos Aires sin un peso en el bolsillo y sin conocer á nadie, que era lo peor.

Qué podia hacer en un país desconocido, sin dinero y sin un solo amigo?

Se me proporcionó ese empleo de mozo en el Hotel Marítimo y yo, qué había de hacer? le acepté lleno de agradecimiento á la persona que me lo proporcionó.

De esta manera aseguraba siquiera mi subsistencia y mi vida hasta que se me presentase otra cosa mejor que hacer.

Por eso sigo allí, continué, aseguro casa, comida y un sueldo.

Mi profesion accidental de mozo de hotel, la miro y la ejerzo como una diversion pasajera.

Así me voy haciendo de relaciones y voy conociendo el país hasta que se me presente algo mejor y mas decente que hacer.

Esta historia narrada con un profundo acento de verdad, fué tragada y dijérida por las damas del Casino.

Aquella aventura no tenia nada de extraordinario, era perfectamente verosímil y aceptable. Qué tenía de extraño que la hija de un barón se enamorase de un hombre jóven, rico y tan buen mozo como Lanza?

Las muchachas se quedaron maravilladas de la historia y cada vez mas enamoradas de Lanza.

—Lo que es una lástima, decían, es haber tenido que abandonar su dinero y sus negocios!

—Qué me importa todo esto? exclamaba Lanza con infinita soberbia, si conservo mi libertad?

Lo que es dinero no puede faltarle nunca á un hombre de mis condiciones.

En cuanto me sople una ráfaga de buen viento, reanudo mis relaciones comerciales y me hago aquí de una posición tan buena y famosa como la que tenia en Río Janeiro.

—Por eso mismo es necesario concluir con eso de mozo de hotel, le decia la amorosa dueña del Casino.

Allí tiene que estar sirviendo como un criado á cuanto roñoso llega á comer, sin contar con que todo el mundo lo vá conociendo como mozo de fonda, lo que puede perjudicarlo en el porvenir.

Y qué quiere que haga sin relaciones y sin dinero?

Por lo pronto allí no gasto en casa y comida y voy economizando un sueldo.

—Una propuesta!—le dijo una noche la dueña del Casino: véngase con nosotros el buen mozo, en las mismas condiciones.

Yo te doy la casa, la comida y el mismo sueldo.

Siempre ganas en la independencia del empleo, en el quehacer que es mucho menos y en la posición misma, que es mucho menos servil y menos apercibida.

Aquello por lo menos merecía consultarse con la almohada y Lanza prometió meditarlo y contestar.

La cosa le halagaba mucho, no solo por el sueldo sino por la explotación á que se prestaba.

Dominando á aquellas mujeres y enamorándolas, sobre todo á la dueña del negocio, Lanza podía concluir con apoderarse de él y declararlo suyo.

Luego, aquel negocio se prestaba á mil especulaciones en que las mujeres no podían haber caído, en la compra á plazos de la bebida que se necesitaba para el despacho.

Un negocio abierto representaba siempre un capital, por pequeño que fuera, y con un capital en efectivo bien podía girarse por diez veces su valor.

Lanza se decidió inmediatamente á abandonar el hotel y probar fortuna por este otro lado, en la seguridad de que debía de irle mejor.

La posición de mozo de un Casino de aquel género, le iba á hacer perder mucho personalmente, pues no era aquel un empleo ni digno ni decente.

Pero Lanza no estaba al cabo de ciertas cosas y no había pensado sino en lo que ganaba: no se le había ocurrido pensar en lo que perdía.

Hacia ya mas de dos meses que estaba de mozo en el Marítimo y poco había de faltarle para la cancelación de su deuda.

Carlo Lanza decidido á probar fortuna en aquel nuevo camino, preguntó á la signora Nina cómo andaba de cuenta.

—Si yo le digo para qué quiero saberlo, pensó, es capaz de decirme que me falta otro tanto para concluir de pagar con mi trabajo.

Disimulemos, que por las buenas se ha de sacar mejor ventaja.

—Quiero saber cómo estamos de cuentas, dijo á su patrona, para ver cuándo quedo libre y desde cuándo puedo disponer de algun dinero.

Así, sabiendo desde cuándo empiezo á ganar mi sueldo, me arreglo en mis gastos y puedo mandarme hacer alguna ropa que necesito.

La signora Nina, que estaba contentísima con el servicio de Lanza, le dijo que al fin de aquel mes quedaban cancelados, y que desde entonces empezaría á entregarle su sueldo.

Así, en cuanto se cumplió su mes, Lanza vino á arreglar su cuenta y se hizo dar el correspondiente recibo por cancelación de su deuda.

Solamente así se creía libre de la acción policial que creía poder ejercer sobre él la signora Nina.

Solo cuando tuvo en su poder el recibo que consideraba salvador, le notificó que se iba de

su casa, porque había encontrado una colocación mas provechosa.

La signora Nina sintió profundamente la ida de su aristocrático mozo, como ella lo llamaba, persuadida que no iba á encontrar otro que con él pudiera compararse.

Y le rogó que se quedase en su casa con mayores ventajas, empezando por subirle el sueldo y demostrándole que con lo que ella le pagaba y con las propinas que consiguiere, podía ir reuniendo un buen capitalito.

—Qué quiere que haga de mozo de hotel? observaba Lanza con cierta picardía.

Ni es este mi oficio ni para desempeñarlo me he costado yo á América.

Yo he venido aquí á hacerme una fortuna, y á pesar de todos los contratiempos y dificultades con que he tropezado, he de hacerme una posición y una fortuna.

Nina insistió en que se quedase, trató de ofrecerle todo género de ventajas, pero fué inútil, como era natural.

Lanza estaba decidido á irse y no hubo forma de hacerlo consentir.

Era preciso ser razonable y al fin cedió y se conformó con la ida de su mozo, ante esta promesa que espontáneamente le hizo:

—Si en la nueva ocupación que me ofrecen no encuentro las ventajas que espero hallar, no crea que he de perder tiempo ni he de consentir en que me engañen.

En el acto los mando al diablo y me vuelvo aquí, donde tantas consideraciones y buenos tratos he recibido.

Con esta esperanza, Nina trató de que Lanza se fuese contento y hasta le ofreció algun dinero si lo necesitaba.

—No lo necesito por ahora, contestó Lanza sin soberbia alguna, porque voy de dependiente á una casa de comercio, donde me dan casa y comida, y cuanto pueda necesitar, además de mi sueldo que irá aumentando progresivamente y á medida que lo vaya mereciendo.

Además, yo le prometo de la manera mas formal que á la primera condición que me falten, no me quedo ni un momento mas, volviendo á mi casa de donde no saldré en mucho tiempo.

Era preciso de todos modos resignarse á aquella separación.

Lanza estaba de mozo contra su voluntad y aquello no podía ser eterno.

Demasiado había durado ya.

Si la signora Nina sintió la ida de Lanza, no le sintieron menos sus clientes, que se habían acostumbrado á su excelente servicio.

Y dieron al joven todo género de buenos consejos.

—Aquí hay algunos explotadores del trabajo ajeno, le decían, y no es bueno confiarse mucho.

Exija siempre que le cumplan, para que vean que no es tonto, y en cualquier emergencia recuerde que aquí tiene amigos que lo han de aconsejar.

Lanza ni siquiera quiso dar á entender la cla-

se de empleo que iba á tomar, presintiendo que le iban á aconsejar que no lo liciera.

Y como él no podia confesar los propósitos que lo llevaban al Casino, era bueno no decir ni una palabra.

Respecto á sus ocho mil pesos, ya los habia olvidado por completo, convencido que no los volveria á ver en su vida.

Y como si pensaba en los ocho mil pesos que le debian, por fuerza pensaba en los cuarenta mil que debia él, concluyó por olvidar una y otra cosa.

-Al fin, pensaba, yo debo una suma que me

han ganado con fraude, no tengo duda, mien- tras que lo que Scottó me debe es dinero que le he prestado peso sobre peso y que está obli- gado á volverme de la misma manera.

Quién sabe! puede ser que algun dia lo agarre á tiro y lo obligue á pagarme ese dinero: es cuestion de oportunidad y nada mas.

Lanza acomodó los pocos efectos que consti- tuian su equipage, y abandonando el hotel Ma- ritimo con cierto pesar, puesto que allí no le habia pasado tan mal, se trasladó al Casino, no llamó cuna de su porvenir.

LA MALA ESTRELLA

Desde el primer dia que ocupó su nuevo em- pleo, Lanza, antes de atender á las obligaciones que se le habian señalado, empezó á observar atentamente el manejo de la casa, que era lo interesante para él, puesto que de allí pensaba sacar su porvenir.

Por la mañana tenia que levantarse tempra- no á abrir la casa y limpiarlo todo, puesto que allí no habia mas mozo que él, ni le convenia que lo hubiera.

En cambio tenia el derecho de acostarse mas temprano, dejando todo el quehacer á cargo de su patrona, de la que pensaba, con paciencia y maña llegar á ser sócio.

Esto constituia la primera parte de su plan.

Por eso es que desde el primer momento se presentaba perfectamente paquete y perfumado.

Era preciso que el mozo no destruyese la im- presión que podia haber hecho al marchante.

Y los dos primeros dias no se ocupó sinó de conversar y ayudar en sus quehaceres á las mu- jeres que hasta entonces estaban á cargo de la casa, y en los que él debia reemplazarlas.

Así es que hasta el fin de la semana, lo pasó su- mamente divertido.

El Lunes, que fué el primer dia que se hizo cargo de su obligacion, observó una fuente de recursos que hasta entonces no habia sospe- chado.

El abria temprano el Casino, mientras las mu- jeres, que habian estado levantadas hasta tarde, dormian profundamente.

Siendo la dueña de la casa la última en irse á acostar, era tambien la última en levantarse.

De modo que, desde las siete de la mañana hasta las doce del dia, era Lanza el dueño de casa, pudiendo hacer lo que le diera la gana, sin que nadie se impusiese de ello.

Como los precios en estas casas eran general-

mente subidos, poco se hacia durante el dia en el despacho de bebidas.

El negocio se desenvolvía á la noche, con la concurrencia de los calaveras que poco miran el precio que les hacen pagar con tal de pasar un buen rato.

Calle sumamente pasajera' y frecuentada por gentes de trabajo en las primeras horas de la mañana, bajando los precios tenia que hacerse negocio.

Y esto fué lo que Lanza hizo desde el primer dia, cobrando un precio arreglado al pelaje del consumidor.

De las copas que se despachase por la mañana nadie podria tomarle cuenta, porque él solo esta- ba á cargo del negocio.

De modo que podia guardarse impunemente la mitad de su importe.

Descubierto el plan, el jóven empezó á explo- tarlo desde el primer dia.

Así es que los primeros clientes que cayeron aquella mañana, gente de trabajo que pasaba para el rio, no pagaron sinó el precio moderado que se paga en todas partes.

Estos fueron muy pocos, serian muy pocos tal vez en la primera semana, pero ellos pasar- ian la palabra de los precios moderados, y en un mes la clientela de la mañana, que en ningun caso podia ser la de la noche, aumentaria consi- derablemente.

El primero y segundo dia que Lanza estuvo al mostrador por la mañana, solo vendió cinco ó seis copas de diferentes bebidas, que al precio que él las habia puesto, solo produjeron unos seis ó siete pesos, que entregó religiosamente á la dueña de aquel boliche espantable y sui gé- neris.

Desde el tercer dia la clientela de por la ma- ñana empezó á aumentar sensiblemente.

A las doce, las mujeres se levantaron, porque era la hora en que les llovaban el almuerzo de un fondín del barrio.

Y se sentaban á almorzar, guardando su parte á la patrona, que jamás se permitía levantarse antes de las dos de la tarde.

Era esta una italiana buena mozoña, pero bastante vieja ya, mas desconfiada que un tuerto y tan brava como un agü cumbarfí.

Las cuatro muchachas que tenia allí para el despacho, le temblaban, y vivian pendientes de su menor indicacion, sin atreverse jamás á contradecirla ni por broma.

Este modo de ser, naturalmente tenia que provocar una alianza defensiva y ofensiva de las muchachas con Lanza, aunque á este lo trataba con otro género de consideraciones y con bastante amabilidad.

Es que la vieja se sentia amorosamente inclinada al jóven y queria hacerse amar por él.

Lanza comprendia todo el juego y aspiraciones de la vieja, y haciéndose el zozno trataba de aumentar aquella pasion cuanto le era posible.

—Gracias á Dios, exclamaba doña Emilia, que así se llamaba la patrona, gracias á Dios que tendré una persona que mire por mis intereses, agregaba mirando á Lanza lánguidamente.

Y podré salir sin cuidado de ningún género, porque quedando tú en la casa, será lo mismo que si yo hubiese quedado.

Como era natural, Lanza se inclinaba á una tal Anita, la mas jóven de las muchachas, que lo miraba á su vez con ojos tiernos y querendones.

Anita se levantaba mas temprano que sus compañeras, y así se daba tiempo de conversar con Lanza todas las mañanas, sin que nadie pudiera aperebirse de ello.

Habia que ocultarse de doña Emilia y de las compañeras, porque si la patrona llegaba á oler esta aventura, los plantaria en la calle sin mas trámite.

Y esto, si nada importaba á Anita, para Lanza seria sumamente perjudicial, porque lo pondria en su situacion mas violenta.

Así los dos jóvenes convinieron en amarse sin que doña Emilia lo pudiera sospechar siquiera, mientras Lanza se ponía al corriente del negocio, lo suficiente para abrir una casa igual, que podia quedar á cargo de Anita.

En poder de doña Emilia, aquel negocio no podia ser mas productivo.

Las mercaderías de que estaba surtido el Casino, y que eran solo bebidas, las compraba ella á plazos, dando pagarés que iban garantidos por una buena firma: la firma de unos parroquianos mas asíduos de la casa en altas horas de la noche.

A su vencimiento, los pagarés no eran cubiertos por doña Emilia, que nunca estaba en fondos, pero los pagaba el que habia dado la firma, sin decir una palabra.

De modo que doña Emilia ni llevaba libros, ni se preocupaba en saber cuánto ganaba en las bebidas.

Su única ocupacion era recoger de noche el dinero que se habia hecho, y darle el empleo que se le antojaba.

Lanza podia así distraer el importe de todas las copitas que quisiera, sin que nadie lo sospechara.

De noche engañaba á la vieja haciendo un gasto formidable de amorosa elocuencia y por la mañana recreaba su espíritu en el fresco amor de Anita, que le queria con locura.

Con la rebaja de los precios, la clientela de por la mañana y aun la del dia, habia aumentado muchísimo, con gran alegría de doña Emilia que se echaba al bolsillo unos cincuenta pesos diarios, sin perjuicio de los otros cincuenta que Lanza guardaba para sí.

Lanza no podia pasar una vida mas regalada y mas productiva.

Los amores de doña Emilia le proporcionaban todo género de atenciones, cuidados y regalos.

Un dia una docena de pañuelos, otro una corbata y otro una órden para mandarse hacer un traje en tal ó cual sastrería.

La vieja queria que su amante anduviera bien paquete y hasta solia regalarle una que otra alhaja.

—Ya ves que el amor de la vieja nos conviene, decia él á Anita, y que vale la pena de soportarle sus impertinencias amorosas.

Porque Anita solía darle famosas quejas sobre preferencia, y era necesario tenerla contenta.

Una gresca entre ambas, hubiera podido producir un cataclismo de primera fuerza que no le tenia cuenta afrontar.

Así es que enjugándole las lágrimas, le decia: —Es preciso que tengas paciencia, en bien de nuestra felicidad futura.

Con hacerle creer á la vieja que la quiero, en nada te perjudico, desde que te pertenezco en cuerpo y alma.

Ten paciencia, y verás qué bien nos vá.

Y con tal cautela procedian los dos jóvenes, que ni las otras muchachas llegaron á sospecharse lo que se pasaba.

Nunca la casa habia marchado en mayor órden ni producido mas dinero, llegando doña Emilia á confesarle que estaba tan contenta, que si no fuera por el que garantia los pagarés, que al fin y al cabo era quien los pagaba, le habria hecho su sócio.

Lanza pasaba una vida sumamente tranquila, lo que concluía de persuadir á doña Emilia que estaba enamorado de ella.

No salía á la calle sinó por comisiones de la casa, y empleaba para ellas el menor tiempo posible.

Se pasó el primer mes, y Lanza recibió como sueldo cuanto dinero quiso.

—No te apures por sueldo, le dijo doña Emilia un dia, alucinando su espíritu con una promesa formidable.

—En cuanto juntemos lo necesario para poderlos manejar solos, vá al diablo el de los pagarés y planteamos un negocio como á tí te dé la gana.

— Cuanto yo tengo es tuyo, y puedes disponer de ello como quieras, ¿á qué te has de afligir por sueldos entónces?

Aquella revelacion fué para Lanza el colmo de la buena estrella.

Con la garantía de aquel imbécil haria comprar á doña Emilia partidas grandes que hasta podria revender el contado y se iria haciendo de un capital fuerte.

Todos estos eran gajes que su amor le proporcionaba, sin contar con sus sueldos que serian la mitad ó el total de los haberes de doña Emilia.

Lo importante era seguirla engañando, porque así poco á poco, podia rehacer su perdido equipaje, sin desprenderse de un solo centavo.

Anita sabia todo esto, conocia todos los planes de Lauza, y aunque ello algunas cosquillas le hacia, lo soportaba por la cuenta que le tenia.

Doña Emilia, confiada en el amor de Lanza, por su propia conveniencia ni siquiera se preocupaba de que pudiera engañarla.

Como lo veia tranquilo en la casa, sin salir á parte alguna, lo que menos se figuraba era que pudiera engañarla en la misma casa, porque ninguna de las muchachas se habia de arriesgar á ser echada á la calle, por hacerle traicion con su amante.

Lanza empezó á trabajar en el ánimo de doña Emilia, su proyecto de grandes compras de bebida, no solo para tener un buen depósito en la casa sino para revenderlas á su vez al contado á los hoteles y demás casas que pudieran necesitarlas.

Como él se encargaria de la venta y la cobranza, seria le sumamente fácil retener el dinero y hacerse fuerte con él, en el caso que la situacion apurara.

Cuando doña Emilia salia á sus paseos, Lauza quedaba encargado de la casa y comprometidas las muchachas á obedecerle como á ella misma en todas sus disposiciones.

Para el caso en que si algo sabian de sus amores con Anita no le fueran á avisar á doña Emilia, por conveniencia propia, cuando esta faltaba Lauza las trataba á cuerpo de princesas.

Abria para invitarlas las mejores botellas de vino y compraba para estas mil golosinas.

Así las muchachas eran las primeras defensoras de Lanza y en un caso de apuro ya hubieran ellas encontrado razones para justificarle.

A los dos meses de estar en la casa, Lauza estaba apoderado por completo de la confianza de doña Emilia, que no tenia mas voluntad que la suya.

Fuera de los regalos que de ella recibia, habia hecho un aparte como de diez mil pesos y solo esperaba el momento oportuno para dar el gran golpe, el golpe á que aspiraba, para abrir una casa en sociedad con Anita.

Pero el amor de esta jóven, amor resignado é íntimo, debia ser el enemigo que habia de dar en tierra con todos sus planes, en el momento mas crítico.

Veamos cómo sucedió aquel descalabro.

Su amor por Lanza habia aumentado de tal manera, que aquella situacion se le hacia insostenible.

Si no hubiera sido porque pensaba que pronto terminaria aquello, y por no echar á perder los planes que con tanto trabajo habia formado Lauza, la jóven Anita habria estallado cincuenta veces ya.

Las miradas apasionadas que lanzaba doña Emilia sobre su Carlos, le irritaban de una manera profunda.

Y aunque supiera que estaban hablando de negocios, cada vez que los veia juntos no podia dominar sus celos.

Sus compañeras, á consecuencia de sus lamentos y sus frecuentes llantos, llegaron á imponerse de sus amores, pero le guardaron secreto no solo por una contemplacion hacia ella, sino porque no les convenia que Lauza saliera del Casino.

Sola doña Emilia en el Casino, volveria á su vigilancia insostenible y no tendrian ya el menor momento de expansion.

Todas ellas tenian su amor y su simpatia, que Lauza les permitia recibir y aun invitar gratuitamente con la copa, á horas en que doña Emilia no podia imponerse de ello, ya por estar durmiendo, ya por andar de pasco.

Así en el interés de todas estaba sostener á Lauza y ocultar cualquier cosa que pudiera hacerlo quebrar platos con la patrona.

Así todos estaban confabulados para dar contra los intereses de doña Emilia, que nunca los creyó mejor garantidos.

Es que doña Emilia hábilmente engafiada por el jóven, habia concluido por perder los estribos completamente, dejándose dominar en absoluto por el jóven.

Ya no pensaba mas que en él, al extremo de que no salia á la calle sin traerle un regalo, por insignificante que fuera, porque lo que ella queria era demostrarle que nunca habia dejado de pensar en él.

Apurada Anita y llena de celos, queria precipitar siempre el desenlace de todo aquello, pero él siempre la contenia demostrándole que aún no era tiempo.

—Es que tú la quieres á doña Emilia, le decia llorando, y no te resuelves á separarte de ella.

—No seas niña, respondia Lauza, yo no puedo querer á una vieja que puede ser mi madre, menos cuando mi cariño está lleno por una jóven hermosa como tú.

Lo que hay es que no me conviene precipitar los sucesos, ni te conviene á tí misma.

Precipitándose á esta altura de mi trabajo, se echaria todo á perder y nos llevaria el diablo.

Pero Anita lloraba y seguia sosteniendo que el jóven queria á doña Emilia.

—¿Quién convence á una mujer celosa?

Era inútil toda argumentacion en ese sentido, y Lauza tenia que concluir por enojarse con Anita, cuyas últimas palabras eran siempre estas:

—Tú quieres á doña Emilia y no te atreves á separarte de ella.

Si no la quisieras ya te habrías apurado á concluir todo y á irte conmigo sin que ella se apercibiese del engaño.

Tanto para complacer á Anita como para estar preparado á todo evento, Lanza había alquilado una pieza en la calle del Parque, una de aquellas piezas que se alquilan bajo el honesto aviso de "para hombres solos."

Un rompimiento de golpe podía traerle serios trastornos para sacar de allí sus efectos, y era preciso ponerse al abrigo de toda dificultad.

Así, poco á poco iba sacando sus cosas y llevándolas al cuarto, cuando doña Emilia salía á sus paseos y lo dejaba encargado de la casa.

Anita también iba mandando allí su mejor ropa, para estar prevenida á una chchada brusca, y esto la tenía mas confiada y contenta.

Si Lanza no la quisiese, si no tuviese el proyecto de huir con ella, no hubiera alquilado aquella pieza, haciendo llevar allí sus mejores efectos.

Bien empilhados, porque doña Emilia no escaseaba en sus regalos, no tenían mas que pensar en el negocio que pensaban establecer juntos.

Esto consoló y contuvo mucho á Anita, mirando con cierta tranquilidad las relaciones de su amante con la patrona.

Cuando ya todo estaba por concluirse, cuando Lanza todo lo tenía preparado para un buen golpe de engaño á doña Emilia, los celos de Anita vinieron á echarlo todo á perder.

Como Lanza daba su última mano de seducción á la vieja, aquellos días se había vuelto mas atento y complaciente que nunca.

No andaba sinó adivinándole el pensamiento á la vieja y atendiéndola cariñosamente en todo, demostrándole á cada paso y de una manera exagerada todo el amor que por ella tenía.

Aunque Anita estaba previamente prevenida por Lanza, que redoblaba por ella todos sus cariños cuando doña Emilia no podía verlos, sintió estallar nuevamente sus celos y volvió á sus llantos y sus temores, sin querer oír las razones y súplicas de Lanza.

Esto, desesperado y temiendo que Anita le echara á perder todos sus afanes y trabajos de dos meses, llegó á amenazarla de la siguiente manera:

—Mira, si por una estupidez tuya la vieja se apercibe de lo que pasa, yo te juro que no me vuelves á ver mas la cara.

Esta amenaza léjos de calmar los celos de Anita, los aumentó mas todavía.

Temerosa de que Lanza fuera á cumplir su amenaza, se calló la boca y disimuló, conteniendo mal la ira que sentía estallar en su espíritu, jurando que se había de vengar de lo que ella llamaba la traición de Lanza.

Aquellos celos reconcentrados estallaron por fin de una manera poderosa, dando sus frutos de ruinas para el jóven, y provocando en el interior del Casino una escena formidable.

Un Domingo doña Emilia había sido invitada á pasear á Belgrano, donde se festejaba el cumpleaños de una amiga que había convidado con igual objeto á todas la suyas.

Doña Emilia se fué temprano, despues de haberse despedido cariñosamente de Lanza hasta la tarde, encargándole el cuidado de la casa.

La pobre vieja estaba cada vez mas enamorada de Lanza y no podía ver sin extremo placer las atenciones de que este la colmaba.

Nunca se sospechó que un jóven tan buen mozo se enamorase de ella á aquel extremo.

Sin vacilacion alguna habria hecho cuanto este le hubiera mandado.

Lanza sabia que doña Emilia no volveria hasta la tarde y que tenia libre todo el dia para entretenerse de la mejor manera que le pareciera.

Cómo lo que mas ambicionaba era tener contenta á Anita, encontró que si la patrona se divertía, era muy justo que las muchachas se divirtieran también.

Se fué á la fonda de donde les servían la comida y encargó un almuerzo de primera fuerza, al que fueron invitados los novios de las otras muchachas.

Así, á las once de la mañana y una vez cerrada la puerta del Casino para no ser molestados con las majaderías del despacho, se sentaron á la mesa suculentamente servida.

Todos estaban contentos, y el almuerzo empezó en medio de una alegría creciente.

Lanza abría las botellas del mejor vino de la casa y se bebía en una abundancia creciente.

Por el momento Anita había olvidado todos sus celos y mortificaciones, entregándose al íntimo placer de almorzar con Lanza tan libremente.

Las botellas se abrían y se destripaban con un entusiasmo creciente, al extremo de que era la una de la tarde y la farra estaba cada vez mas animada y mas suntuosa.

En el momento de tomar el champagne, el entusiasmo había llegado á su colmo.

Y Lanza empezó á notar con cierto desasosiego, que las cabezas no se hallaban muy serenas y que la misma suya empezaba á vacilar de una manera que nunca había sentido.

Por esta razon suspendió el vino, á pesar de la general protesta, sirviéndose el café acompañado del correspondiente chartrouse.

Este licor traicionero era el que debía producir los estragos que no había podido hacer el vino bebido con aquella abundancia.

Lanza se apercibió con profundo disgusto que dos de las muchachas estaban perdiéndose borrachas, y como pedían con ademan imperioso se les sirviese mas licor, tuvo que dar por terminada la farra, con gran pesar de los invitados que habían pensado pasar todo el dia de aquella manera agradable y cuyas cabezas no se hallaban tampoco muy serenas.

Pero era preciso considerar que ya era tarde, que doña Emilia podía llegar de un momento á otro, y que era imprescindible que á su vuelta no hallase nada que la hiciera sospechar lo que allí había pasado.

Lanza llamó al mozo de la fonda que llevó toda la loza y demás vestigios de la fiesta, quedando todo en el mayor orden, para lo cual Lanza tuvo que despedir á los diabólicos invitados de una manera terminante y haciéndoles presente que si doña Emilia los hallaba allí á su vuelta, que se perderían todos y la alegre fiesta entonces no podría repetirse.

Los invitados, cediendo á aquel cuerdo razonamiento, se retiraron.

Pero Lanza vió con espanto algo con lo que no había contado y que era un peligro imposible de evitar, porque no tenía remedio.

Las cuatro muchachas estaban borrachas de una manera formidable, y no era esto lo peor, sino que á Anita le había dado la trancas por dejar estallar sus celos y hablar iniquidades de doña Emilia, iniquidades graciosísimas que las otras festejaban con alegres carcajadas.

Cómo evitar semejante peligro? cómo convencer á las borrachas y hacerles ver la conveniencia de permanecer tranquilas?

Si Anita seguía así, en cuanto entrara doña Emilia se produciría el escándalo, y se descubriría el pastel.

Para conjurar este peligro, Lanza pensó que no tenía otro remedio que concluir de emborrachar á Anita para que se durmiera y no hablase, pero se encontró con una dificultad maldiceida.

El licor había repugnado á Anita y esta se negaba á beber más.

Para concluir de empantanar la cosa, se presentó en el Casinito uno de aquellos tercetos de arpa, violín y flauta que se ván ya perdiendo entre nosotros, y las muchachas lo hicieron entrar al patio, para completar la fiesta del día con un poco de baile.

Lanza se agarró de los cabellos y se los sacudió con fuerza: su situación no podía ser más desesperante.

Sin embargo, pensando que el baile concluiría de emborracharlas haciéndolas dormir, Lanza consintió en que tocaran la música, puesto que de todos modos no tenía otro remedio, y empezó á incitarlas para que bailaran.

Las cuatro muchachas, al compás de un alegre vals, empezaron á dar en el patio formidables volteretas.

Pero la bebida consumida si bien les había hecho perder la chabeta, no lograba tumarlas del todo, como Lanza pretendía.

Pero algo había ganado con aquello.

Anita parecía haber olvidado sus ideas celosas y revolucionarias, no pensando mas en doña Emilia y sus venganzas.

Ya esto era bastante para la tranquilidad del desesperado Lanza.

Al oscurecer, doña Emilia no había vuelto todavía, y las trancas algo se habían disipado.

Anita era la mas borracha, porque era la que mas había bebido, pero estaba tranquila y se mostraba mas obediente á las caricias de Lanza.

El momento temido y tremendo llegó por fin.

A las ocho de la noche se presentó en el Casino doña Emilia, que no venia mas serena que sus muchachas.

Era tal el dominio que ejercía sobre ellas, que al verla todas se sosogaron, tratando de disimular aquella tormenta de alcohol que tenían en la cabeza.

—Nosotros tambien hemos estado de fiesta, le dijo Lanza, para atajar con tiempo cualquier cargo.

Estuvieron unos jóvenes que pagaron algunas botellas de champagne y no lo hemos pasado mal, sin contar el buen negocio.

Como doña Emilia no venia en estado capaz de apreciar el estado de aquellas cabezas, todo prometía marchar bien.

Pero el diablo del amor metió la cola y lo echó todo á perder.

Olvidando toda prudencia, por la pasión que Lanza le inspiraba y turbada por el vino, doña Emilia se acercó al joven y le dió un fuerte abrazo, en medio de las mas cariñosas expresiones.

Lanza devolvió el abrazo á doña Emilia, haciéndole notar su imprudencia en voz baja.

Anita, á quien la vista de doña Emilia había escitado de una manera poderosa, pensó que aquellas palabras que el joven le decía al oído eran palabras de amor, saltando sobre ellos como una leona.

No podía desencadenarse la tormenta de una manera mas impetuosa.

Anita, trémula por la ira que la dominaba, con los ojos dilatados por el despecho y los celos, se prendió de doña Emilia y la arrancó del lado de Lanza con una fuerza que no se habria sospechado en ella.

Lanza quedó un momento embargado por el asombro, y sin darse exacta cuenta de lo que le pasaba.

Aquella era su ruina ineludible, porque era inevitable la escena terrible que iba á seguirse.

Doña Emilia, que no se esperaba agresión semejante y cuyas tomadas no estaban mas firmes que su cabeza, tomada de improviso, dió dos vueltas en el aire y fué á caer sentada en el suelo.

Las otras muchachas al ver aquello soltaron una estruendosa carcajada y una de ellas se puso á aplaudir frenéticamente, mientras doña Emilia, enredada en su sombrilla, abanico y demás accesorios de paseo, trataba de ponerse en pié sin poderlo lograr.

Lanza, aturdido aún, no sabia á quién acudir primero, si á doña Emilia para ayudarla á levantarse, ó á Anita que lo miraba alternativamente de una manera amenazadora.

Trató de disimular cuanto pudo, y poniéndose del lado de su conveniencia, se precipitó á ayudar á doña Emilia á levantarse, mientras murmuraba á su oído:

—Esa infeliz está borracha perdida, no sabe lo que hace.

Doña Emilia logró al fin ponerse de pié, pero en un estado lamentable y ridículo.

La gorra se le había venido sobre las narices y su trenza postiza á medio desprender, caía sobre su hombro en una espresion risueña.

—Ah! borrachona infame! gritó la patrona, viniéndose sobre Anita: yo te voy á enseñar á arramar barullo, grandísima puerca!

Y la tomó de un brazo, tratando de llevarla adentro.

—La puerca y la borracha y la cocbina es usted! gritó Anita livida de corage y forcejeando para arrancarse de las manos de doña Emilia.

Qué, se figura la sinvergüenza que á mí me vá á quitar mi amante?

Le he de romper el alma á botellazos y le he de arrancar los ojos.

Mi amante no es para que nadie lo manosee en mis narices, como si yo fuera un cajon de basura.

Y por quién? por una vieja borrachona y ridicula que no tiene mas atractivo que la plata?

Já, já, já, já!

Y soltó una carcajada nerviosa.

El bochinche estaba armado.

Las otras muchachas lo contemplaban muertas de risa y daban la razon á Anita, añadiendo otros insultos á los que esta lanzaba á doña Emilia.

Algunas personas que pasaban se habían detenido sonrientes al contemplar la grotesca escena.

Lanza, comprendiendo que el Casino se iba á llenar de gente que aumentaria las proporciones del escándalo, se fué á la puerta y la cerró rápidamente, volviendo al interior para tratar de apaciguar á Anita que era la mas exaltada y que no cesaba en sus insultos.

—Es mi amante, perra vieja, le decia, y yo tengo sobre él los derechos que dán el cariño, la juventud y la hermosura.

No quiero que ninguna vieja asquerosa se limpie en él la trompa, y en mis narices, como si yo fuera una perdida capaz de soportar esto.

—A la cama, bribona, á la cama! gritaba doña Emilia fuera de sí; á la cama, maldita, y tironeaba á Anita pretendiendo arrastrarla á su cuarto.

Y las dos forcejeaban y tambaleaban sin salir de la sala.

—Ayúdame Carlos, ayúdame! gritó doña Emilia, sintiendo que la jóven la vencía.

—Toma, Carlos! toma, ayúdame! gritó á su vez Anita, y empezó á sacudir á doña Emilia un diluvio de puñetazos y arañazos, que esta por su parte, empezó á devolver réciamente.

El escándalo se había convertido en una verdadera batalla.

Aturdido y desesperado Lanza, acudió á separarlas, agarrando fuertemente á Anita para que no siguiera sacudiendo á doña Emilia.

Y esta que se vió tan eficazmente ayudada, se prendió de los cabellos de la jóven, como indio que loncotea.

—Estáte quieta, le decia Lanza mientras la contenía, estáte quieta, por Dios, que vá á venir la Policia!

—Déjame, que me mata! gritaba Anita, déjame, que me despedaza!

Y eran realmente formidables los puñetazos que doña Emilia sacudia á la jóven.

La sangre había empezado á correr con abundancia de la chocolata de las combatientes, cuyas caras parecían un tejido de arañazos.

Y Lanza rodaba por el suelo hecho trenza con ellas y sin poderlas separar.

Las otras muchachas que hasta entónces solo habían sido espectadoras risueñas, vinieron á tomar parte en la lucha, prendiéndose de Lanza para que este soltara á Anita y que esta pudiera sacudirle libremente á doña Emilia.

La lucha entónces tomó proporciones formidables y el escándalo creció de una manera tremenda.

Doña Emilia y Anita, aunque seguían aplicándose sendos puñetazos, ya no se hacían mal, porque estaban rendidas de fatiga y los brazos ya no tenían fuerza.

Lanza no había salido menos mal parado, porque doña Emilia que lo acusaba de ser el culpable de todo aquello, siempre que podia, le soltaba un arañazo de primera fuerza, diciéndole:

—Tóma canalla! tóma, traicionero infame, ya que te has puesto en amores con otra, para que así me falten al respeto.

Sabe Dios en qué habria parado todo aquello sin la intervencion de una fuerza estraña que por medio del miedo calmase los ánimos.

De pronto se sintieron en la puerta fuertes golpes, y una voz imperiosa y breve que decia:

—Abran la puerta al Comisario de la Seccion.

Aquello fué como un sálvese quien pueda.

Cada una de las muchachas disparó para su cuarto, tan rápidamente como se lo permitió la tranca.

Doña Emilia enfiló al suyo, mientras Lanza, arreglando rápidamente el desórden de sus ropas y de su cabeza, acudió á abrir la puerta.

El comisario penetró al Casino, seguido de un oficial de calle, y la puerta volvió á cerrarse al mundo de curiosos que habia en la voreda.

El comisario habia penetrado bruscamente y miraba á todas partes creyendo que se trataba de un crimen, creencia en que lo confirmó el aspecto de Lanza y algunas manchas de sangre que se veían en su ropa.

—Qué es lo que ha sucedido aqui? preguntó tomando á Lanza de un brazo, persuadido que aquel era el criminal.

—No es nada, señor, respondió este en un destestable español, no ha sucedido nada.

—Cómo no ha sucedido nada? y las personas que estaban aqui gritando y forcejeando como si lucharan?

—Están en sus cuartos, señor, pero no han hecho nada.

Las muchachas se habían enojado con la patrona, y usted sabe lo que son las mujeres! estaban algo pesadas de la cabeza y se han estado insultando.

—Y esa sangre? volvió á insistir el comisario, señalando la que se veía en los vestidos de Lanza, y esos arañazos y señales de lucha?

—La sangre es de las narices de las muchachas, que se han dado unos puñetazos.

Los arañones me los hicieron al querer despartarlas, pues desde el primer momento traté de hacerlo así.

—Vamos á ver á esas muchachas, dijo el comisario sin soltar á Lanza; así sabremos pronto si es cierto lo que usted dice.

Lanza guió en el acto á comisario y oficial al cuarto de la patrona, que era el primero.

Esta trataba de componer su semblante terriblemente estropeado, y sus ropas hechas girones y llenas de sangre.

La lucha y el miedo infundido por la presencia de la Policía, habían disipado su tranquilidad, de manera que pudo responder claramente á las preguntas del comisario.

Y le explicó como todo no había sido mas que una pelea entre mujeres y por cuestion de mujeres, que ya había pasado.

Presentes las demás, el comisario pudo constatar que era verdad cuanto se le había dicho, causándole profunda gracia el lastimoso y ridículo estado de las combatientes.

Como todo estaba apaciguado y concluido y no había pasado de un escándalo á puerta cerrada, el comisario les aplicó la multa correspondiente, añadiendo la siguiente prevención:

—Tengan la bondad de no empezar de nuevo, porque si se repite el escándalo, entonces me pondrán en el deber de llevarlos presos.

—No tenga cuidado, señor, que no se ha de repetir, exclamó doña Emilia, contenta de verse tan bien librada.

—Yo respondo del orden al señor comisario, añadió Lanza, pues á la que vuelva á empezar llamo al vigilante y se la entrego.

Una vez que el comisario se hubo retirado, Lanza volvió á cerrar la puerta y todos se fueron al interior de la casa, para que no pudieran sentirse de la calle lo que hablaban.

Reunidos todos en una pieza interior y á puerta cerrada, se armó la verdadera discusión, pero mas tranquila y menos contundente, porque solo se trataba de establecer los hechos y restablecer las posiciones de cada uno.

A las otras se le había pasado la tranca, pero Anita estaba tan borracha como en el primer momento.

Doña Emilia supo entonces cómo se había producido todo, y muerta de ira y de celos sin saber todavía el estado de la relacion de los dos jóvenes, reprendió á Lanza por su proceder.

Fué entonces que Anita le declaró que era su amante, que lo era desde hacia mucho tiempo, y que si la hacia creer á ella que la queria, era tan solo para sacarle la plata y nada mas.

Doña Emilia se puso livida de ira al saber aquello, que tenia que ser cierto puesto que, no solo la joven lo declaraba delante de Lanza, sino que las otras corroboraban el dicho de Anita.

—Es mentira! son cosas de borrachos! mó Lanza, tratando aún de componerlo todo.

—Conque es mentira? gritó Anita fuera de sí—conque no estabas esperando el poder sacarle la plata para que huyéramos juntos y abrir una casa en sociedad?

Lanza se quedó sin saber qué contestar.

Doña Emilia, ante revelacion tan brutal, quedó aturrida, tan aturrida como si el techo se le hubiera caido encima.

Siendo esto cierto, habia que agradecer á Anita el peligro de que la habia hecho escapar.

Se volvió furiosa contra Lanza, lo llenó de injurias y le intimó que en el acto se mandara mudar á la calle.

Lanza no se conformaba con aquel verdadero descalabro, y trataba de componerlo á toda costa.

Pero Anita daba tales detalles, que era imposible destruirlos.

—El vino no solo la ha emborrachado, sino que la ha enloquecido, dijo Lanza, porque solamente loca se pueden decir barbaridades de ese tamaño.

—Conque yo estoy loca? preguntó Anita, conque no hace mas de dos meses que te ruego que nos vamos, y tú no quieres porque todavia no has sacado á esta vieja loca lo que necesitamos?

Ya es inútil negar, Lanza, porque todo está desoubierto.

Y la perra vieja que se figuraba que por su linda cara, este la queria y le hacia el gusto en todo!

Y yo sufriendo y mordiéndome de rabia por un poco de plata mas ó menos.

Ya eso no se podia aguantar, y alguna vez era necesario que yo estallase y me dejase de llorar en silencio.

—Pero yo no puedo creer semejante cosa, gritaba doña Emilia fuera de sí: cuándo han podido entenderse que yo no los hubiese visto al momento?

—Miren la vieja ridicula! y cuando duerme? y toda la mañana entera, desde las ocho hasta la hora de almorzar!

—Entónces sos un canalla, y me has estado engañando para robarme! gritó doña Emilia fuera de sí y dirigiéndose á Lanza.

Así pagabas el amor que te tenia y todo el bien que te he hecho, matándote el hambre y cubriéndote las carnes desnudas!

Fuera de mi casa, canalla, y no me vuelvas á poner los pies donde yo esté.

—Miren qué figura para insultar, dijo Anita, saliendo en defensa de Lanza.

Y qué, créé la vieja estúpida que se puede aguantar un amor semejante sin algun interés?

Demasiado bueno ha sido el pobre en no tocarle el pescuezo, burra vieja loca!

Y se fué nuevamente sobre doña Emilia, con ánimo de renovar la lucha.

—Por Dios, que vá á volver la policia y nos vá á embromar á todos! exclamó Lanza, lanzándose al medio de las combatientes y logrando separarlas.

Al tenerlo cerca, doña Emilia le tiró dos arañazos formidables, lo que concluyó de irritar á Anita, que, logrando escaparse un momento de los brazos de Lanza, dió á doña Emilia tal trompis, que le hizo saltar la chocolata.

Como de todos modos ya estaba perdido con doña Emilia, porque era imposible destruir lo que Anita habia dicho, Lanza no tuvo mas remedio que decidirse y afrontar la situacion.

El amor de Anita bastaba para compensarle el dinero que la tranca de esta le habia hecho perder, mas cuando ya no era posible soldar la herida inferida al amor propio de la vieja.

Tomó á Anita de un brazo y la llevó á su cuarto, diciéndole cariñosamente:

—Has sido una nécia, porque de puro apurada y sin la menor necesidad me has hecho fracasar todos mis planes.

Ahora es preciso que estés tranquila para que la Policia no intervenga y porque ya no no tienes objeto en meter nuevo escándalo.

Y cuando la vieja no pudo oírle, añadió: yo me voy, porque al fin ella está en su casa y puede echarme á la fuerza; felizmente, como hemos previsto el caso, me voy al cuarto y allí te espero.

Mañana cuando estés mas tranquila y descansada, te vistes y te vas allá; poco te importa si no te quiere entregar esto ó aquello, pues ya has salvado lo que podia interesarte.

—Ahora no me importa nada de nada, exclamó la jóven abrazando á Lanza, porque ya soy feliz desde que te tengo esclusivamente para mí, y te he hecho romper con esa vieja infame.

Ya nada tienes que ver con ella y viviremos juntos el uno para el otro ¿qué puede importarme lo que no me deje llevar, que al fin y al cabo son cuatro trapos locos?

Yo quiero irme ahora mismo contigo, eso es lo mejor.

—Ahora no, ahora no, porque no estás en estado de salir á la calle y porque la vieja armaria el escándalo del siglo.

Duerme tranquila hasta mañana, que yo te espero allí en nuestra nido, contento y feliz.

Anita se dejó convencer fácilmente y, se acostó á descansar.

La tranca y la fatiga de la pelea, unidas á la agitacion del espíritu, la habian postrado de tal modo, que apenas puso la cabeza en la almohada se quedó profundamente dormida.

Lanza volvió entonces al lado de las otras muchachas y de doña Emilia, queriendo todavia disculpar la actitud de Anita, asegurando que eran cosas de borrachas lo que habia pasado, pero esto solo sirvió para exasperar mas á la vieja.

Mientras él hacia acostar á Anita, las otras muchachas habian referido á la patrona toda la historia de los amores de Lanza y la manera como evitaban ser descubiertos.

Y la pobre vieja, no pudiendo soportar el dolor del desengaño, se habia puesto á llorar amargamente.

El amor de Lanza que ella creia verdadero. en el caso de su vida amorosa, constituia para

ella una felicidad tan grande, que no podia resolverse á perderla de la noche á la mañana y cuando mas segura se creia.

Así es que cuando vió volver á Lanza, toda su ira se trocó en sentimiento y empezó á reprocharle su proceder de la manera mas amarga.

—Lo que has hecho conmigo es perverso, es malvado, le dijo, y no has de tardar en lamentarlo tú mismo, porque es esa misma Anita por quien me has engañado, la que ha de castigarte.

Esa es una criatura maldita y viciosa de quien no has de ser la primera victima, ni la última tampoco.

Dentro de poco no mas te ha de abandonar por algun otro que halague mas sus pasiones depravadas ó su amor desmedido al dinero, y si es verdad que la quieres, probarás entónces lo que vale un desengaño del corazon.

Yo no te odio, Lanza, por lo que haces conmigo, pero yo te digo que Anita será la encargada de vengarme.

Siento no mas que me hayas engañado, porque yo te queria y por tí hubiera hecho todos los sacrificios de la vida.

Y rompió á llorar con mas amargura que nunca.

La escena cambiaba por completo, trocándose en elegiaca, despues de haber sido eminentemente guerrera.

El mismo Lanza estaba conmovido ante el dolor verdadero de la vieja.

—Si yo te echo de mi casa, añadió, no es por hacerte mal, libreme Dios de ello! te he querido demasiado para eso.

Te pido que te vayas y que te vayas ahora mismo, primero porque tu vista me haria un mal espantoso, y segundo porque tu presencia aquí, renovaria el escándalo á cada momento.

Esa muchacha es muy insolente y no la he de retener conmigo—en cuanto encuentre donde estar, saldrá tambien de mi casa, no tengas duda.

Tan profundo era el dolor de la vieja, que el mismo Lanza sentia conmovido, á pesar de la espresion ridicula que ofrecia la cara de aquella, llorosa, tierna y surcada de arañazos y mataduras.

Era el dolor elevado á su categoria mas cómica.

Las otras muchachas hacian esfuerzos formidables para contener la risa que estallaba en sus fisonomias.

Todas tenian esa malquerencia del empleado al patron que lo trata mal, y miraban con un placer intimo el descalabro sucedido.

Lo único que sentian era que la ida de Lanza importaba para ellas muchos dias de placer perdido.

—Por Anita no hay nada que temer, dijo Lanza, porque duerme profundamente, y de una tranca como la que ella tiene no se sale en veinte horas de sueño.

Sin embargo, si usted lo exige me iré ahora mismo—en cualquier parte se puede pasar una noche.

—Puedes quedarte hasta la madrugada, soñó doña Emilia, que así siempre será menos el escándalo.

Pero es preciso que cuando esa puerca se levante no te encuentre en tu casa.

El Casino se abrió aquella noche muy tarde, y eso para los parroquianos de mayor confianza solamente.

Doña Emilia no estaba en estado presentable y ganó su cuarto diciendo que estaba enferma y mandando se dijera igual cosa do Anita.

Como el escándalo había sido famoso y había trascendido en el barrio, todos sabían ya que en el Casino se había producido una *barufa* de primer orden, y todos exigían de la cosa los mayores detalles, detalles que las otras muchachas daban, descalabradas de risa.

Lanza creyó prudente concluir con la jarana, porque tenía que arreglar sus cosas, y cerró el Casino á la hora en que otras noches la concurrencia estaba en su apogeo.

A medida que pasaba el tiempo, lamentaba mas la lijereza de Anita.

Ocho dias mas de paciencia y él podía haberse retirado del Casino llevándose una buena suma, que doña Emilia no habria tenido inconveniente en aflojarle.

Sin embargo, este contratiempo hasta cierto punto estaba compensado con el placer que le causaba la posesion de Anita, á la que amaba cada vez mas, porque aquel mismo escándalo no era otra cosa sino la consecuencia del amor que le tenia la jóven.

Esta, como lo habia previsto Lanza, no se despertó en toda la noche.

Estaba narcotizada por la bebida y el cansancio.

Lanza estuvo arreglando sus baúles todo el resto de la noche, y acomodando entre ellos y sin que nadie lo viera, algunas prendas de Anita, que podia oponerse doña Emilia á que fueran sacadas.

Cuando amaneció, todos dormían: la misma doña Emilia habia sido vencida por aquel día de omociones para ella y dormía profundamente, á juzgar por sus ronquidos que se oían de todas las piezas.

Cuando hubo amanecido y hubo empezado el movimiento de la calle, Lanza llamó dos changuadores, é hizo trasportar con ellos su equipaje á su cuarto de hombre solo, que desde aquel día se convertiría en nido de amor.

Esto le iba á traer algunas dificultades, desde que él habia alquilado *para hombre solo*, pero eran dificultades pasajeras y fáciles de remediar.

Ya Lanza iba conociendo el país lo bastante para perder ese miedo feroz que al principio habia tenido á la autoridad policial.

A las ocho de la mañana ya estaba instalado en su nido, esperando la llegada de la gentil Anita y preparándolo todo para que á su llegada no tuviera la menor dificultad ni la mas simple incomodidad.

Eran las doce del día cuando llegó esta sonriente y llena de alegría, seguida tambien de sus baúles.

Las luchas y arañazos de la noche anterior habian alterado algo la plácida belleza de su fisonomia, pero esto tambien era pasajero.

DONDE LAS DAN LAS TOMAN

La salida de Anita no se habia producido sin inconvenientes.

Doña Emilia se hallaba ya levantada y la pelea y los arañazos se habian reproducido aunque en una forma mas leve, porque al fin era de día y un escándalo serio á aquellas horas no estaba en la conveniencia de ninguna de las dos.

Doña Emilia no pensó que Anita se iria aquella noche, porque no tenia dónde ir.

Pero ella le declaró que se iba con Lanza, que la esperaba en una pieza tomada hacia mucho tiempo con aquel objeto.

Y esto fué lo que motivó las nuevas iras de la vieja y produjo los últimos moquetes que se cambiaron.

Al principio se negó á dar dinero alguno á Anita, pero como ésta la amenazara con un escándalo en que tuviera que intervenir la Policía, transigió al fin y le arregló su cuenta, á su modo, por supuesto, pero se la arregló al fin.

Quiso desquitarse en la ropa ó algunos objetos cuya propiedad podia alegar, y fué entonces que pudo convencerse que todo habia sido hecho de acuerdo con Lanza, quien debia tenerle alojamiento, adonde le habia transportado cuanto faltaba de allí.

No podia convencerse de una manera mas palpable.

Al ver que cuanto le habia dicho Anita la noche anterior era rigurosamente exacto, y que ella habia estado siendo víctima de ambos, no

puado contener su ira y le soltó un par de moquetes que le descompuso la gorra y demás prendas de su traje.

—No importa, perra vieja! le gritó Anita no pudiendo devolverle los puñetazos, porque doña Emilia ganó su cuarto—no importa, porque mas te duele el hecho de que yo ahora me voy con mi Lanza, que nunca te ha querido para otra cosa que para burlarse de tí como mereces.

Y salió del Casino dirigiéndose adonde sabia que la esperaba su amante.

Este lo tenia todo preparado cuando ella llegó; todo estaba en el mayor orden, los baúles, la ropa y los pocos muebles que compró los días anteriores.

Lanza era feliz, todo lo feliz que podia ser un hombre en su situacion un poco falsa.

Tenia dinero, un alojamiento suyo y el amor de una mujer hermosa que habia demostrado quererlo con idolatria.

No habia que dormirse sobre aquellos laureles, bien lo sabia Lanza; tenia que buscarse una nueva ocupacion, pero qué diablo! por el momento nada lo corria y podia hacerlo con el mayor descanso.

Por el momento no tenia que afijirse; harto tendria en qué entretenerse con el amor de Anita que, apenas entró, se precipitó á sus brazos diciendo:

—Gracias á Dios que al fin estoy en mi casa, que puedo decir mi casa, que nadie puede venir á molestarne ni á insultarme ni tratarme como á su sirviente.

Libre, libre y pudiendo llamarme dueña de mi casa, dueña absoluta aunque sea de un rincon miserable! así comprendo yo que pueda estimarse en algo la vida!

Me parece un sueño que pueda verme yo libre y dueña de una casa!

—No solo dueña de la casa sino de un hombre que vivirá por tí y para tí.

Yo he de hacer todo lo que esté al alcance de mi mano para hacerte feliz la existencia, agregé Lanza con acento enamorado.

No tengo nada en el mundo que me preocupe mas que tu felicidad.

Por tí y para tí vivo, Anita, y no te daré motivo, yo te lo juro, sino para bendecir el momento en que me has conocido.

Aquel primer día se pasó entre mil caricias y proyectos de todo género, en burlarse de las tragaderas de doña Emilia que habia creído en el amor de Lanza, y en lamentar éste la precipitacion con que habia procedido Anita.

—Y cómo le iba á permitir á esa perra vieja que viniera á abrazarte en mis narices, decía ésta, y hacerse prodigar caricias que, aunque falsas, siempre eran caricias?

Esto era mas fuerte que mi buena voluntad y todos los buenos propósitos que me animaban.

—En fin, la cosa está hecha y no hay mas que conformarse con ella; pero es una lástima que por no haber tenido un poco mas de paciencia no le hayamos sacado á la vieja una buena cantidad de dinero.

—Bueno, como no tiene remedio, pensemos en nosotros no mas, dijo Anita—pensemos en nosotros que ya tenemos ganado lo principal viéndonos libres y dueños de nosotros mismos.

Lanza curó los arañazos y golpes que tenia Anita en la cara y que la imposibilitaban para salir á la calle, y se recogieron esperando al día siguiente para hacer lo mas urgente que era buscar casa, porque en aquel alojamiento de hombres solos no les habian de permitir pasar mucho tiempo.

Ocho días felices pasaron así, entregados á sus frenéticos amores, sin pensar en otra cosa.

Ya curados los moretones y arañazos, Anita podia salir á la calle sin temor de escitar la curiosidad y la risa de los que la veian, y juntos salian á comer y á almorzar á los cafés de la ciudad ó á los hoteles de los mas inmediatos pueblos de campaña.

Pero aquello no podia durar así, y era preciso pensar un momento en lo porvenir y preocuparse en buscar nuevas entradas; pronto darian fin con sus recursos y volverian á encontrarse en el desamparo.

Por él poco le importaba, puesto que ya estaba habituado á los grandes apretones.

Pero ahora tenia que pensar en que no estaba solo, que tenia una mujer á quien atender y proporcionarle todo cuanto le hiciera falta.

Era urgente pensar en lo que habia de hacer para poder conservar aquel modo de vivir, y á esto tendieron sus cuidados.

Lanza dió un balance á lo que tenia, y se encontró con una docena de miles de pesos, que si no le servian para emprender negocio alguno, eran suficientes para ayudarse con ellos y asegurarse en cualquier mal tropiezo que pudiera sucederle.

Aquellos doce mil pesos era lo único que le quedaba á él, despues de lo mucho que habian gastado aquella primer semana, sin contar con lo que pudiera tener Anita, que era dinero sagrado para él y en el que ni siquiera debía pensar.

Era preciso entónces renunciar á toda idea de establecerse, porque aquel dinero no alcanzaba para tales gastos.

—Es preciso que yo piense en buscar trabajo, dijo á Anita, para que nuestra felicidad sea duradera; el dinero que actualmente tengo no nos alcanza para abrir una casa como pensábamos, pero con lo que yo pueda ganar en adelante ya es distinto, y mucho de bueno podremos hacer.

—Pero es que yo tambien tengo dinero, respondió ella, y juntando lo tuyo con lo mio tal vez haya suficiente.

Se juntó lo que Anita tenia, que eran unos seis mil pesos, pero el resultado fué negativo: aquello no les serviría sino para base de un capital mayor.

Si Anita hubiese sido una mujer de trabajo y de arreglo, aquello era un buen principio de fortuna.

Pero desgraciadamente para Lanza la jóven no era así.

Acostumbrada á llenar todos sus deseos con desahogo y á una vida desarreglada y haragana, hablarle de arreglos y de economías, de trabajo y de orden, era hablarle de un idioma completamente desconocido para ella.

El pobre Lanza se habia hecho ilusiones desagraciadas á este respecto, y su desengaño iba á ser doloroso.

Anita tambien habia creído que venia á continuar su vida habitual, que nada le faltaria y que podria pasear y divertirse á su gusto, puesto que era completamente libre.

Así es que la primer palabra de trabajo que pronunció Lanza, fué para ella el primer desencanto.

Y eso que no se habia tratado si no de que Lanza trabajaria para aumentar el auge capital y poder entónces establecer el negocio.

Cuando la jóven supo que aquel dinero que ella creia destinado á paseos y diversiones debia guardarse como capital futuro, no pudo disimular una espresion de descontento que no pasó desapercibida para Lanza, pero que éste no pudo atribuir á la verdadera causa.

Pensó que Anita sentia verlo dedicado al trabajo.

Así es que le dijo cariñosamente:—no temas, que esto es pasajero.

Con ese dinero y el crédito que yo puedo tener, verás como salimos de apuros y nos establecemos como tú quieres.

Estas palabras consolaron á Anita y le devolvieron toda su alegría perdida un momento.

—Toma ese dinero que de todos modos es tuyo, porque para tí lo he asesorado yo, y ya verás qué felices hemos de ser.

Lanza empezó á salir á la calle durante el dia para buscar trabajo en cualquier cosa.

El jóven solo estaba preocupado del porvenir de Anita y solo pensaba en la manera de tener dinero para halagarle sus gustos y sus inclinaciones.

Lo demás poco podia importarle y su persona era lo último en que pensaba.

Pero por mas que daba vuelta la ciudad y su pensamiento, por mas que se iba á la Cruz de Malta á hablar con sus antiguas relaciones, no hallaba trabajo alguno.

Y los dias pasaban y el capital fundamental para el porvenir disminuía, porque á él tenian que acudir para llenar sus gastos mas impiosos.

Acostumbrada á gastar sin mirar para atrás ni consultar para nada su haber, Anita no se privaba de nada.

Ella queria comer en el hotel, queria pasear y queria ir al teatro.

Y Lanza le hacia el gusto en todo, mirando con terror cómo disminuía el dinero, á medida que crecian las aspiraciones de Anita.

Qué haria cuando se les acabara aquel dinero y tuviese que negar por primera vez á Anita cualquiera de sus caprichos?

Cómo podia decirle que no tenia mas dinero ni de dónde sacarlo?

La situacion era un poco apurada y era preciso evitar tener que llegar á un estremo ruinoso.

Era preciso para conjurar todo entorpecimiento á la felicidad que gozaban, buscar dinero, dinero que proporcionara á Anita todos sus caprichos.

Muchas veces se le ocurrió á Lanza meterse en una casa de juego y probar fortuna.

Pero para esto tendria que faltar una noche de su casa y Anita podia desconfiar, tener celos y armarle alguna escena violenta á la que viniera aparejado un rompimiento.

Esta consideracion por una parte, y por otra el miedo de perder lo que tenia, le hizo abandonar bien pronto esta idea, creciendo su desesperacion.

Como Anita poco se preocupaba de las finanzas, como confiaba en que Lanza las repondria, una vez agotadas, seguia no privándose de sus caprichos, y entregaba á Lanza lo que este le pedia para cubrir sus gastos, sin preocuparse absolutamente de la cantidad que le quedaba.

Durante el dia y mientras el jóven andaba en sus diligencias para encontrar quo hacer, ella paseaba por todas partes, eligiendo, como es natural, las calles mas concurridas.

Jóven, muy hermosa y bien puesta, Anita llamaba la atencion de cuanto calavera hallaba al paso, que la seguian muchos de ellos hasta su casa, ávidos de saber dónde vivia la bella Anita, que al fin y al cabo miraba con intimo placer aquellos galanteos callejeros que estaban en su modo de ser; no creia con esto ofender el amor propio de Lanza, y mas de una vez se detuvo en la puerta á entablar con su seguidor animado diálogo.

Aunque por lo momento nada le faltaba, ella veía que Lanza no tenia dinero, que cada dia se volvia mas triste y hasta llegó á sospechar que anduviera entretenido en algunos otros amores.

Qué tendria esto de particular en un hombre jóven y buen mozo como su amante?

Ella no habia tenido por el jóven una pasion verdadera, de aquellas que hacen arrastrar á una mujer toda clase de sinsabores por el amor del hombre que quieren.

Su cariño para el jóven habia tenido mucho de especulativo, pues á su lado pensó mejorar de posicion y pasar una vida mas cómoda y regalada.

Así es que cuando se convenció que el jóven no tenia mas dinero que aquel que estaba en su poder, que disminuía siempre sin reserva, empezó á sentir que su amor se enfriaba rápidamente.

Y así en el dia, cuando Lanza se ausentaba á lo que él llamaba sus negocios, lejos de desear verlo volver, deseaba que tardase lo mas posible, para tener tiempo de entregarse á sus galanterias y sus paseos.

Ya tenia un buen número de pretendientes que no solo la asediaban en todas partes, sino que le regalaban con insistencia.

Eran conocedores del género, y sabían que con dádivas conseguirían mas que con amores.

Lanza, que no podia sospecharse lo que pasaba en el espíritu de Anita, y que positivamente estaba enamorado de ella, andaba cada vez mas aflijido.

El estado de su capital, disminuido hasta la miserable suma de mil pesos, lo habia sumido en la mayor desesperacion y desconsuelo.

Era imposible seguir viviendo de aquella manera y forzoso hacer algo para conseguir dinero.

Desesperado y viendo que el momento fatal se le venia encima, Lanza acudió á los avisos de los diarios.

Y los recorrió todos con inmensa avidéz, pero no encontró nada que pudiera convenirle.

Solo habia un aviso pidiendo un cochero en una casa de familia, donde se ofrecia un buen sueldo, pero donde tambien se exigian recomendaciones.

—Peor es nada, pensó Lanza con infinito dolor, siquiera con esto aseguro la materialidad de la vida de Anita, y despues Dios dirá.

Y se soltó á la casa donde se pedia el aviso, que era la opulenta casa de la familia de Lima.

Lanza miró con agrado el aspecto de la casa, porque una familia que vivia así, debía pagar muy bien á sus servidores.

Como el aspecto de Lanza no podia ser mejor, ni mas decente, en el acto trataron de tomarlo, mas cuando él declaraba que era un cochero de primer orden y prometia las mejores recomendaciones.

El sueldo que se le ofrecia era el de mil doscientos pesos, suma soberbia para su situacion, librea y comida.

La dificultad por el momento era la recomendacion comprometida.

De dónde diablo podia sacarla?

Lanza acudió á su ingenio y bien pronto salió del paso.

Aquella misma tarde se fué á la Cruz de Malta en busca de sus amigos mas conocidos y les sopló la siguiente píldora:

—Me ha venido un hombre sumamente recomendado, que ha sido cochero de mi padre y á quien conozco á fondo.

El pobre ha encontrado una colocacion de cochero en casa de una familia del país, pero le piden recomendaciones y esta es la gran dificultad.

Yo no puedo darle una eficaz, porque nadie me conoce y le seria inútil.

Si alguno de ustedes quiere dármela, le quedaré grato; yo me hago en un todo responsable de su conducta.

Qué dificultad podian tener en una cosa tan sencilla?

En el acto, los mas conocidos, Caporale y aquel inteligente ingeniero Miguel Bianchi, dieron la recomendacion pedida, certificando que el portador César Parodi era un hombre de entera confianza y un cochero de primer orden, pues lo habian visto servir en las mejores casas de Turin.

Lanza salió feliz de la Cruz de Malta; hacia mucho tiempo que no se sentia de tan buen humor.

Aquella recomendacion le aseguraba la posesion de Anita, puesto que le aseguraba la materialidad de la vida.

Con mil doscientos pesos se podia vivir con cierta holgura, aunque seria preciso hacer una vida mas arreglada.

Lleno de placer, Lanza anunció aquella noche á su amante que habia encontrado un buen empleo, aunque no se atrevió á decirle la clase de empleo que era.

—La suerte empieza á sonreirme y pronto veremos colmadas nuestras aspiraciones.

El me retendrá mucho tiempo lejos de tu lado, pero esto no importa, puesto que nos asegura la felicidad.

Anita recibió aquella noticia con la mayor frialdad.

Qué podia hacer Lanza con un empleo, por bueno que este fuera?

Lo que mas le agradó de la noticia, ó mejor dicho lo único que le agradó, fué la noticia de que permaneceria mucho tiempo ausente de su lado.

Es que Anita comprendia que Lanza la amaba con pasion y le tenia miedo, un miedo tremendo porque creia que seria capaz de matarla.

Y como durante las ausencias de este, habia hecho muchas relaciones que le convenia conservar, la presencia de Lanza en su casa le habria sido de un estorbo aterrador.

Qué seria de ella si Lanza llegaba á imponerse de su conducta?

Desde que Lanza se convirtió para ella en una dificultad peligrosa, Anita empezó á cobrarle fastidio, pero no se atrevió á quejarse lo entender.

Así, le significó que aquella noticia de su nueva ocupacion la hacia feliz y que lo único que sentia era que fuese á demorarle mucho tiempo ausente de su lado.

Al dia siguiente y lleno de las mayores ilusiones, Lanza se fué á casa de la familia de Lima, donde exhibió sus cartas de recomendacion, que siendo del agrado de la familia, fueron aceptadas en el acto y tomado sin mas trámite el cochero César Parodi, cuyo aspecto señor y agradable le habia contentado mucho.

Aquel mismo dia se le entregó la volanta con todos sus accesorios y se le pidió para la tarde.

Lanza ató, vistió una elegante librea que le daba un magnifico aspecto, y á la tarde estaba con la volanta parada á la puerta de sus nuevos patrones.

La familia paseó aquella tarde por la calle Florida y por Palermo, quedando sumamente satisfecha del nuevo cochero.

Nunca habian tenido un tan práctico y de educacion tan esmerada.

Felizmente para Lanza, la familia no le pidió la volanta para la noche, sabiendo con verdadera alegria que sus patrones no salian de noche con frecuencia.

Solo lo hacian para ir al teatro y esto mismo no siempre.

Despues que acomodó caballos y arrees con la mayor prolijidad, se vistió el elegante traje con que se habia presentado en la casa, y descom con que se habia presentado para el día siguiente, se puso de pedir órdenes para el día siguiente, se fué al lado de Anita á la que no habia visto en todo el día.

Esta habia pasado todo el día ocupada en sus paseos y aventuras galantes, pero Lanza no podia sospechar nada de esto, pues lo que mas lejos estaba de su espíritu, era que Anita pudiera serle infiel.

La acarició con toda su alma y se entretuvo en contarle las exigencias del escritorio donde habia entrado.

Ella lo escuchaba atentamente para no darle que sospechar y aplaudiendo cuanto le decia.

—Tendremos que vivir con menos holgura un poco de tiempo, pero como esto es en beneficio del porvenir, nada debe importarte.

Yo te prometo que en dos meses de mi nuevo trabajo habremos logrado establecernos.

Lanza queria enganar así el espíritu de su bella, contando con que en dos meses su buena estrella le deparase alguna fortuna imprevisible.

Contrató con el hotel donde siempre habia comido que mandaran una pension á su casa y entregado por completo al amor de Anita, se consideró completamente feliz.

Una de las relaciones que Anita habia contratado, era la de un jóven rico que la conocia desde el Casino y que sabia la manera como vivia.

—Déjate de ese tipo, le habia dicho muchas veces, que sin duda te ha hecho el amor para explotarte, y vente conmigo, que á mi lado nada te ha de faltar.

Pero Anita no se atrevia porque temia á Lanza y al fin y al cabo este no le habia dado ningun motivo para obrar de aquella manera.

El jóven le hacia muchos regalos de dinero y alhajas que ella ocultaba siempre de Lanza con sumo cuidado, porque si este llegaba á apercibirse de la cosa, sabé Dios lo que hubicra hecho.

El pobre Lanza, por su parte, trabajaba con mas esmero que nunca.

La familia que lo tenia estaba cada vez mas contenta de él, al extremo de haberle aumentado el sueldo, lo que fué para él un nuevo motivo de felicidad.

Pero aquello no podia ser eterno, y tanto su engño como el de Anita, mas ó menos tarde habian de descubrirse.

Lo extraño es que no se hubiera descubierto el suyo ya, desde que andaba en el pescante de su volanta precisamente en los parajes mas concurridos y llamando la atencion con su airosa presencia.

El jóven que cortejaba á Anita y á quien no hay para qué nombrar, llevábala á pasar á los pueblos cercanos de la campaña y á Palermo, donde pasaban juntos los dias.

Así creia Anita que nunca seria vista por Lanza acompañada de otro hombre.

A pesar de todas las caricias que lo hacia, á pesar de todas sus demostraciones de amor, á Lanza se le habia metido una mala espina.

Habia pasado mas de un mes que era cochero en lo de Lima, y Anita no le habia hecho ningun pedido que importara dinero.

Sin embargo, Lanza suponía que aquello no era mas que una nueva manifestacion del amor de la jóven.

Ella sabia que su situacion era apurada y ocultaba todos sus deseos y caprichos por no mortificarlo.

Lanza pensó en que Anita podia serle infiel y le temblaron las carnes, desechando eso pensamiento maldito, porque nada habia notado que pudiera autorizar una sospecha semejante.

Sin embargo, desde que la tuvo, no pudo dormir tranquilo; parecia que el corazon le anunciaba una nueva desventura.

El jóven enamorado de Anita conocia á Lanza, porque lo habia visto muchas veces en que acechaba su salida para entrar él.

Y se habia explicado que Anita no quisiera abandonarlo, pues al fin y al cabo era aquél todo un buen mozo.

Sin embargo, no habia perdido la esperanza de desbancarlo, porque en aquellas mujeres el dinero es el arma principal.

Una tarde de verano en que los dos jóvenes venian de Belgrano en un cupé, hallaron á la entrada de Palermo el carruaje de la familia de Lima, manejado por Lanza.

Los dos jóvenes vieron al cochero, y los dos se miraron asombrados.

Habian reconocido á Carlo Lanza y habian comprendido en el acto la verdad de lo que pasaba, porque aquel jóven, por Anita, estaba al corriente de la historia de Lanza.

Y á pesar de haberlo visto tan de cerca, dudaron, mandando el jóven á su cochero entrarse á Palermo y poder asegurarse de la verdad de lo que habian visto.

Anita iba en el fondo del cupé y apenas podia ser vista por las personas que pasaran frente á los cristales.

Menos podria ser vista por Lanza, que iba sobre el alto pescante de un landó.

El coche del jóven volvió á encontrarse en el paseo, y ya no le cupo duda.

Aquel era Carlo Lanza vestido con su librea de cochero, pero siempre buen mozo y siempre distinguido.

—Mira á tu amante, míralo qué bien le sienta la librea de cochero, dijo á Anita su jóven compañero, tratando de horirla en su amor propio.

Anita apenas se inclinó para mirar.

Estaba pálida y conmovida, porque se sentia humillada ante el jóven.

Ahora se explicaba muchas cosas que antes no habia sabido apreciar.

Recordaba que Lanza varias veces que se lo habia pedido, se habia negado á llevarla al teatro, protestando tener que hacer en el escritorio.

Es claro que era porque tenia que llevar á sus patrones, puesto que era cochero de familia rica.

Humillada con las bromas pesadas del jóven, Anita se puso á llorar, no teniendo otra defensa y le pidió la llevase á su casa.

—Ahora convendrás conmigo que no es digno, ni justo, ni decoroso, que una persona como tú, bella y jóven, sea la amante de un cochero, cuyos cariños tendrán siempre olor á pesebre y que solo te pertenece el tiempo que sus señores no lo necesitan.

Es preciso que no seas necia y que te vengas conmigo, para que tengas la posicion que te corresponde.

Si yo no te atendiera, qué sería de tí, teniendo que vivir del sueldo de un cochero?

Ya vez que apenas podrias llenar las necesidades del estómago.

Anita ginió llena de vergüenza.

Ella no pensó que Lanza habia descendido á aquella posicion, solo por su amor, no pensó en lo que hacia estimable el sacrificio de aquel.

Solo pensó en ella, se sintió herida en su amor propio, degradada en ser la amante de un cochero, y lloró amargamente.

El jóven se mostraba sumamente complacido con aquel llanto, porque él era la prueba de que habia herido á Anita en la llaga.

Y como quien dá un golpe de gracia, al dejar á Anita en la puerta de su casa, le dijo:

—Como tú comprendes, yo no puedo estar ocupando un sitio inferior al de un cochero y estar espiando siempre para aprovechar sus descuidos.

Por mas que te quiero, no puedo seguir ocupando un rol que rebaja mi dignidad ante tus propios ojos, y es preciso que te resuelvas cuanto antes sobre lo que has de hacer.

Mañana yo vendré á buscarte á la hora habitual, teniendo ya tomada una pieza en algun hotel de campaña, en Belgrano ó Flores, mientras te arreglo un apartamento en la ciudad.

Si has de darme la preferencia y te has de venir conmigo, tienes todas las cosas arregladas que has de llevarte.

Si has de seguir siendo la amante de un señor cochero, me haces una seña y todo quedará concluido entre nosotros.

Yo te quiero mucho y demasiado te lo prueba mi conducta, pero mi cariño no puede llevarme nunca á hacermé despreciar de tí misma, por lo mismo que te quiero.

—Ahora no quiero decidir nada, respondió Anita sollozando, porque estoy aturrida como nunca lo he estado.

Mañana cuando vengas te contestaré.

Ahora necesito llorar, necesito desahogarme, porque lo que me pasa es demasiado duro.

Anita se quedó en su casa llena de tristeza, mientras el jóven se retiraba contento y feliz.

Comprendia que habia triunfado de una manera definitiva en el corazon de la jóven, no solo por el lado del amor sino por el lado de las conveniencias.

A pesar del amor que Lanza podia tener sobre Anita, á pesar de su fisico hermoso, qué cariño podria quedar á Anita por un pobre cochero que no tenia mas que un sueldo miserable, mientras que él era rico y lleno de ventajas para la jóven, que hacia ya como un mes que era feliz y gozaba de comodidades porque él podia proporcionárselas.

Tan no tuvo duda respecto á su triunfo, que aquella misma noche compró una porcion de aquellas chucherias que son tan agradables á una mujer jóven y coqueta.

Y á la mañana siguiente se fué al hotel Watson en Belgrano, y tomó un apartamento que llenó de flores y perfumes.

Allí podria estar Anita regularmente alojada, hasta que él le arreglase en la ciudad una casita á propósito.

Entre tanto, como era natural que Lanza en los primeros momentos buscara á su amante en la ciudad, en Belgrano estarían ocultos y lejos de sus sospechas.

Porque el jóven tenia miedo de verse envuelto en un escándalo, provocado por un cochero en demanda de su amante robada por él.

Era preciso evitar el escándalo á toda costa y no habia otro medio de evitarlo que ocultándose donde Lanza no pudiera dar con ellos en los primeros momentos.

Pasados éstos pasaria tambien la impresion y no habria que temer ya un acto de violencia.

Entre tanto Anita, con el espíritu arribulado, esperaba la vuelta de Lanza para tener con él una explicacion.

Ella deseaba ahora mas que nunca quebrar con su amante, pero no sabia como hacerlo, porque le tenia miedo y lo creia capaz de vengarse de una manera sangrienta, cegado por los celos.

Al fin, por ella, él habia roto sus relaciones productivas con doña Emilia y no aceptaria así no más el ser engañado.

En cuanto al oficio de cochero, Anita para nada se preocupaba de las razones que podian haber influido en Lanza para aceptarlo.

Ella no veia mas que el hecho desnudo de ser su amante un cochero, hecho que tan amargamente le habia reprochado su otro amante.

Cuando Lanza llegó á su casa, fatigado del trabajo y buscando como siempre su descanso en el amor de Anita, encontró á esta llorando amargamente.

La presencia de Lanza habia avivado y renovado su dolor, así es que su llanto arreció cuando este se acercó á hacerle sus habituales caricias.

Lanza quedó sorprendido al ver á Anita presa de aquel dolor evidente, y con ansiosa precipitacion le preguntó qué tenia.

Ageno á lo que sucedia, Lanza pensó en el primer momento que Anita habia sido victima de una venganza de doña Emilia y la apuró á que dijera qué era lo que tenia.

Pero la jóven lloraba cada vez mas, sin poder articular una palabra.

—Pero es preciso que me digas qué tienes,

esclamaba él desesperado, y empezando á perder la paciencia.

Yo ya no puedo soportar esta horrible duda.

Ha estado aquí doña Emilia? te ha mandado insultar por Algúieu?

Dimelo, dímelo pronto para poder vengarte inmediatamente.

Pero la jóven seguía disimulando con el llanto, porque no se atrevía á decir.

—Vamos, Anita! exclamó por fin Lanza, perdiendo ya toda paciencia: es preciso que me digas pronto lo que ha pasado aquí, yo no puedo soportar mas la duda.

—No te afijas que nada ha pasado, respondió al fin Anita enjugando su llanto.

—Y entoncos qué tienes, por qué lloras?

—Espere un momento, déjame tranquilizar y te lo explicaré todo; no te afijas que nada me ha sucedido.

Lanza se sentó al lado de Anita y ella le dió sus quejas del siguiente modo y aparentando un dolor que estaba muy lejos de sentir.

Esta tarde salí á pasear un poco para distraerme de la soledad en que vivo.

No queriendo andar por parajes muy concurridos, tomé Esmeralda y me paré al desembocar la plaza del Retiro.

De allí podía mirar la gente que pasaba en los carruajes en direccion á Palermo, sin ser vista de nadie.

La música de los batallones me distraería también de mi tristeza, porque yo, sin saber por qué, estaba triste como si me hubiera sucedido una gran desgracia.

Parecía que una mano inmensa me hubiese agarrado del medio del pecho y me apretase el corazón con gran fuerza.

Hacia un rato que estaba allí, cuando de pronto y sin pensarlo vino á darme cuenta de mi tristeza, causada por un presentimiento.

Y Anita rompió á llorar amargamente, costando á Lanza gran trabajo el consolarla.

Este estaba pálido y conmovido, porque presentía ya adónde iba á parar la relacion de Anita.

—Pero vamos á ver, balbuceó, por qué estas triste, por qué lloras ahora?

En uno de aquellos carruajes lujosos que se dirijan á Palermo, alcancé á verte, pero en el pescante, vestido de librea y como cualquiera de los otros cocheros que habia visto pasar.

No sé de dónde saqué fuerzas para tenerme en pié y correr, correr para verte mas de cerca, porque no podia dar crédito á mis propios ojos: me parecia una ilusion aquello, creia que seria un cochero que fatalmente se te parecia.

Corrí mas á la esquina y entonces pude verte mas de cerca y no tuve ya duda de que eras tú mismo, tú mismo convertido en cochero de una familia rica.

Si no hubieras ido de librea, hubiera pensado cualquier cosa.

Erán tanto los jóvenes ricos que pasaban manejando sus carruajes!

Pero aquella librea maldecida ora la espli-

cacion de todo—tú eras el cochero de aquella familia que iba en el carruaje!

No pude dominar mi dolor, me volví á casa y no pude á llorar amargamente como me has encontrado! tenia ganas de morirme!

Y Anita siguió llorando cada vez con mas desconsuelo.

Lanza estaba contrariado, pero nada mas que contrariado.

Se habia figurado una cosa mas grave, y además, en su conducta, lójos de haber algo de vituperable, habia para Anita una prueba de amor, que debia halagarla profundamente.

—Voy á explicártelo todo, le dijo, y no te afijas, que en ello solo verás todo lo que yo te amo, y todo lo que soy capaz de hacer por tí.

Nosotros estábamos en una posicion difícil, mas que difícil imposible de sostener.

Estábamos gastando lo que teníamos y yo no encontraba ninguna ocupacion en que poder ganar ni siquiera lo estrictamente necesario para la subsistencia.

Iba á llegar el momento en que el fondero no quisiera enviarnos mas de comer, y en que el dueño de casa nos pusiera en la calle.

Cómo querias que yo afrontara situacion semejante y te dijera: Anita, el hombre á quien amas es incapaz de ganar ni siquiera el pan que necesitas para no morirte del hambre?

Tuve vergüenza, tuve miedo y acepté lleno de reconocimiento el empleo de cochero que se me proporcionaba, y te aseguro que lo mismo hubiera aceptado otro mas degradante si se me hubiese proporcionado.

Por no mortificar tu amor propio, hice todo lo posible para ocultarte mi empleo, te lo oculté cuanto pude y te lo hubiera ocultado siempre.

Pero ya que la casualidad te ha hecho conocer la verdad, no me queda mas remedio que confesarla.

En ello no hay nada de vituperable para mí: lo he hecho por el amor que te tengo, y nada mas.

Ahora no hay mas que tener paciencia y sufrir un poco mas.

Tengo en la cabeza proyectos que me harán rico de un momento á otro, no lo dudes.

En mí hay la tela de un millonario y tengo mas fé en mí provenir que en la vida eterna.

Cualquiera otra muger se hubiera sentido comovida ante aquella confesion de Lanza.

Pero en Anita no podia producirse esta impresion, porque ella, antes que su amor, amor que ya no sentia por Lanza, miraba sus intereses.

Aquella confesion, para ella, importaba lo siguiente:

Por ahora y en mucho tiempo, es preciso que te resuelvas á vivir del sueldo miserable de un cochero, porque mis fuerzas no alcanzan para mas.

Tendrás que llenar tú misma las mas incómodas necesidades de la vida, porque aquel sueldo apenas alcanza para la casa y la comida, en la esperanza que algun día podamos mejorar la situacion.

Del otro lado, librándose de Lanza, tenía dinero y todos los placeres que hacen grata la vida.

La elección no era pues dudosa para una mujer como Anita.

Adoptó su resolución interiormente y siguió fingiendo un llanto amargo y una conformidad que estaba muy lejos de sentir.

—En situaciones peores que esta me he visto en mi vida, decía Lanza buscando de consolar á su amante, y he llegado á la fortuna cuando menos lo esperaba.

La vida sin lucas y sin alternativas no tiene aliciente, porque la absoluta felicidad no permite experimentar las impresiones que la embellecen.

Así, el que nunca ha pasado necesidades y pobreza, no puede saber, no puede apreciar las inmensas ventajas del dinero y lo que su posesión importa.

Tú no sabes esto Anita, porque todavía no has sentido una necesidad que no hayas podido llenar.

Ya verás como en medio de la opulencia vienes á bendecir tu miseria y á recordar con supremo placer esta misma posición de cochero que hoy tanto te ha hecho llorar.

Anita había secado sus lágrimas y parecía escuchar con placer la palabra de Lanza.

Es que en aquel momento pensaba en su amante, en la fortuna y placeres que este podía proporcionarle y que comparaba en su pensamiento con el mezquino salario de un cochero.

—Hoy soy cochero, dijo Lanza con inmenso aplomo y acariciando la bella cabeza de Anita, y mañana tendremos cochero y carruages.

Esta es la vida, Anita, y yo que me he visto en el pescante, experimentaré mayor emoción que nadie, al verme en el interior, paseando placidamente.

Así estuvieron los jóvenes conversando largamente, hasta que llegó la hora de recogerse.

Lanza estaba mas alegre, porque al fin con aquella confesion ganaba el no tener que andar haciendo misterio de su profesion.

Ya Anita sabia lo que pasaba y se arreglaria de manera á poder vivir con los recursos que tenian.

Y tan hábilmente, tan maestramente procedia la jóven, que Lanza jamás tuvo por qué sospechar que pudiera mantener otra relacion que la suya.

Lanza no ataba nunca la volanta por la mañana, así es que al otro dia pudo permanecer hasta despues de las doce al lado de su amada, buscando siempre de consolarla con sus caricias y de hacerla pensar en tiempos mejores que aquellos, y que no habian de tardar en presentarse.

Anita estaba contenta y parecia sumamente feliz.

Y cómo no habia de estarlo, si pensaba on que aquella misma tarde concluirian para ella todas sus miserias y que saldria de aquellas pobros picitas para ir á ocupar una casa esclu-

sivamente suya y donde tendria toda especie de comodidades.

Lanza se despidió de la jóven mas cariñoso que nunca.

Ya no habia de volver hasta muy entrada la noche, porque sus señores iban á Palermo despues de comer y no regresaban hasta tarde.

Y al salir dijo á Anita que saliese á pasear y á distraerse, con eso á la vuelta lo recibia feliz y contenta.

Lo mas ageno que el pobrete tenia era lo que le iba á suceder á la vuelta.

Desde que Lanza salió, Anita empezó á hacer todos sus preparativos de marcha.

Sus ropas de uso era lo que menos podia preocuparla, porque sabia que con su nuevo amante nada lo habia de faltar.

Acomodó en un baúl mas chico sus alhajas y toda aquella ropa que podia importarle algo, dejando afuera para vestirse á la tarde sus mejores trapos, pues tenia interés en parecer al nuevo amante lo mas bella que le fuera posible.

Aquel dia Anita no almorzó; estaba llena de todas sus ilusiones y halagos.

De cuando en cuando una ráfaga de miedo la hacia pensar en Lanza.

Pero qué podria hacerle Lanza si ni siquiera sabia dónde estaba.

Con estarse un mes sin salir á la calle, todo estaba concluido.

Cuando saliese, tal vez ya Lanza ni siquiera pensaria mas en ella.

Todo cuanto podia interesarle lo encerró en el baúl que habia preparado de antemano, donde tambien guardaba su dinero.

Aburrída y no teniendo ya que hacer, se vistió con la ropa que habia dejado fuera del baúl con ese objeto, y esperó tranquila que llegase la hora de la partida.

Así cuando su amante vino á la tarde, no tuvo necesidad de preguntarle nada, pues su traje compuesto era un aviso de que estaba dispuesta á irse con él.

—Pronto, le dijo ella, si nos hemos de ir, vámonos pronto, porque tengo miedo de estar mas aquí.

No sé qué presentimiento tege en el corazon de que puede venir ese hombre y sorprenderme.

—Yo estoy á tus órdenes, cuando tú quieras vámonos no más: qué es lo que vas á llevar?

Seria mejor que no llevaras nada, porque nada necesitas á mi lado y así andaríamos mas livianos.

—Voy á llevarme mi baúl, donde tengo lo que me interesa conservar, y nada mas, vamos, vamos pronto.

Anita apenas podia dominar su miedo.

Se le habia puesto que Lanza podia llegar de un momento á otro y su miedo aumentaba cada vez mas á medida que pasaba el tiempo.

Y mientras el jóven hacia poner con el cochero el baúl en el pescante, ella escribió con lápiz y con una ortografía imposible, un papel que dejó sobre la mesa de luz.

En el prevenia á Lanza que no la buscara, porque se iba á Montevideo, convencida de que no era para él sino una odiosa carga y porque no se sentia con fuerzas para sobrellevar la vida en las condiciones en que se habian colocado.

—Con esto no tendrá mas remedio que conformarse, dijo, y tener paciencia.

Y subió en el cupé del jóven, cuya portezuela éste tenia abierta.

Al doblar la plaza del Retiro para tomar la calle de Santa-Fé, vieron á Lanza que, guiando el landó de sus patronos, iba con estos en direccion á Palermo.

Anita, aterrada, se hizo atrás en un movimiento nervioso.

—Por Dios, dijo, yo quiero ir por otro lado, puede vernos y echarse todo á perder.

—Pero no seas tonta, ¿no ves que él no tiene ninguna razon para sospecharse lo que pasa?

Para estar mas seguro de lo que hace, lo mejor es precisamente no perderlo de vista.

Aunque pasáramos á su lado, él desde el pescante no puede ver el interior del cupé.

Sigámoslo no mas, que ellos han de ir á Palermo y nosotros vamos mas léjos, á Belgrano donde he tomado apartamento para tí.

Y el jóven, que llevaba en el cupé una soberbia yunta, dió orden á su cochero de no pasar adelante del landó, pensando que Lanza tal vez pudiera conocer el baúl que iba en el pescante, teniendo buen cuidado de no comunicar á Anita este pensamiento para que no se asustara mas.

Así siguieron, siempre el cupé detrás del landó hasta que llegaron á Palermo.

El landó dobló hácia Palermo y el cupé siguió por el camino de Belgrano, imprimiendo entonces el cochero á los caballos, toda la rapidez de trote de que eran susceptibles.

—Mientras él anda haciendo dos vueltas por Palermo á sus patronos, nosotros estaremos ya plácidamente instalados en nuestro alojamiento.

Diez minutos despues, la amante pareja llegaba al hotel Watson, desde donde el jóven

despachaba á su cochero con las siguientes palabras:

—Puedes irte no más, Juan, y cuidado con que ni Cristo sepa lo que hemos hecho esta tarde.

Atraído por el título de nuestro folletín, este jóven ha de leerlo indudablemente, y grande será su maravilla al vernos poseedores del mas íntimo secreto de su aventura con Anita, echando tal vez la culpa á su cochero Juan.

Una vez instalados en las piezas que habia tomado, lo primero que hizo fué pedir de comer, lo mejor que pudiera servirsele á aquella hora, de lo que se encargó agradablemente el mozo, que habia tomado olor á buena propina.

Nada distrae el espíritu como la buena mesa en buena compañía, y con esto habia contado el jóven para hacer olvidar á Anita su miedo.

Un cuarto de hora despues, la jóven no pensaba en Lanza para nada.

El buen vino le habia entonado el espíritu de una manera fabulosa.

Conversaba alegremente con su jóven amante, refiriéndole con sus mas minuciosos detalles la graciosa historia de sus amores con Lanza, y la manera como habian salido del Casino, creyendo ella que iria á gozar de una vida independiente sin que nada le faltara, y sin sospechar la miserable esclavitud y pobreza á que habria quedado entregada, si no hubieran sido los amores del jóven.

Cuando llegaron al champagne, Anita habia reaccionado en su miedo de tal manera, que era la primera en hacer farsa de las debilidades y pretensiones de fortuna de Lanza.

Era el justo pago á los verdaderos sacrificios que por su amor indudablemente habia hecho Carlo.

Dejemos gozar de su luna de vino á esta pareja que no volveremos á hallar mas en el curso de nuestro relato, y volvamos á Lanza, que no tenia la menor sospecha de su desventura.

EL GOLPE DE GRACIA

Como si el diablo lo hubiera hecho, el paseo de las patronas de Lanza, aquella tarde, duró mas de lo que era costumbre.

Se habian entretenido en conversacion con unas amigas en Palermo, de modo que cuando regresaron á su casa eran las nueve de la noche.

Mientras Lanza desató, acomodó los caballos echándoles de comer y fué á su casa, eran las diez pasadas.

Al ver que las dos piezas que ocupaban estaban á oscuras, Lanza sintió una ráfaga de frio en el corazon á impulsos de un presentimiento que no pudo esplicarse.

No habiendo luz á aquella hora, era seguro que Anita no estaba en la casa.

Adónde podia estar á semejantes horas?

Es verdad que él mismo le habia dicho que saliera á pasear para distraerse, pero ya debia

haber vuelto, mucho mas cuando aquellas eran sus horas habituales de venir de su trabajo.

Pensó, tratando de engañar su angustia que se habria dormido, porque la noche anterior habian estado en pié hasta muy tarde, y torció el pica-porto, entrando resueltamente.

Todo estaba á oscuras, y en la habitacion no se sentia el menor rumor, el menor ruido de respiracion que indicara la presencia de una persona viva.

Tembloroso y febril, sintiendo que el frio de su corazon era cada vez mas intenso y sin poder darse cuenta de lo que por él pasaba, Carlo Lanza encendió luz y miró por todas partes tratando de dominar rápidamente la escena.

Nada habia de extraordinario que pudiera llamarle la atencion.

Sobre la cama estaba la ropa de entrecasa que se habia quitado Anita, y que probaba que habia salido, pero nada mas.

Todo estaba intacto para él, que no habia notado la falta del baúl chico.

Le habria sucedido algo en la calle?

Si él pudiera sospecharse dónde habia ido Anita, saldria á buscarla.

Pero no tenia ni idea de dónde podia haber ido la jóven.

—Esperaremos un momento, pensó, tal vez no tarde en volver.

Y salió á la puerta de la calle ávido de verla volver.

Sentia tal desesperacion, que hasta ganas de llorar tenia, sin poder explicarse la causa.

La comida de Anita estaba allí intacta sobre la mesa, tal cual fué llevada del hotel, lo que probaba que Anita faltaba desde temprano.

Lanza entró nuevamente á la casa, cada vez mas desesperado.

Podia preguntar á las vecinas que ocupaban las piezas inmediatas, pero tenia miedo de la respuesta.

Qué podian éstas decirle mas de lo que él sabia, es decir, que Anita habia salido desde temprano?

Tal vez ellas tuvieran un dato mas, pero era precisamente este dato mas el que Lanza temblaba de conocer.

Lanza temia que Anita se le hubiera ido para siempre, pero pensaba que ningun motivo tenia para proceder así.

No habian tenido el menor disgusto, ni siquiera un cambio de palabras desagradables.

Por qué entónces Anita habia de irsele así, abusando de su cariño y de su buena fé?

No habia pues razon en pensar en una faga, sino en un accidente, en alguna desgracia que le hubiese pasado en la calle.

Lanza, vencido por la angustia, se sentó sobre la cama á meditar un momento sobre lo que debia de hacer.

Y fué al reclinar la cabeza sobre la almohada, que vió el papel escrito con lápiz que le dejara Anita.

Lo tomó y leyó ávidamente; dando un gran puñetazo sobre la mesita así que hubo terminado su lectura.

Lanza reaccionaba y aquel profundo dolor se iba convirtiendo en una ira formidable, por lo mismo que no tenia contra.

Cómo podia haberse ido Anita á Montevideo dejando toda su ropa, todo su equipage, sin llevar mas que lo puesto?

—Mental! rugió, soltando una sentencia formidable, porque empezaba á comprender lo que sucedia.

Y empezó á abrir los baúles uno á uno, notando inmediatamente toda la ropa que de ellos faltaba.

Pero al notar la falta del baúl mas chico, donde indudablemente Anita habia puesto todo lo que faltaba en los grandes, volvió á creer en la posibilidad del viaje: tal vez se hubiera ido realmente á Montevideo.

Pero esto no podia haberlo hecho sola.

Qué sabia Anita dónde estaban las agencias de vapores, ni el embarcadero, ni nada de esto?

Indudablemente Anita habia sido ayudada por algun comedido, y esto era lo que mortificaba el amor de Lanza, porque le demostraba que Anita no solo huia de él, sino que huia con otro á quien amaba.

Y este otro debia deser una persona rica, puesto que le hacia dejar toda su ropa para comprarle sin duda otra mejor.

En el primer momento Lanza sintió deseos de llorar, y lloró amargamente.

Se veia abandonado por una mujer á quien queria con idolatria y por la que habia hecho grandes sacrificios, tales como romper con doña Emilia á cuyo lado tenia una fortuna segura.

La rabia volvió á reemplazar al dolor, y Lanza secó los ojos con un movimiento nervioso, diciendo:

—Es preciso buscarla y tomar algun desquite, porque si nó, creo que voy á reventar.

Y se dirigió al cuarto de las vecinas, como si nada supiera, á recoger algunos datos.

Estas vecinas eran una vieja francesa que vivia con su nuera, francesa tambien, planchadoras de oficio ambas, con quienes Anita tenia amistad de vecinos.

—Me sucede una cosa estraña, dijo Lanza, despues de saludarlas y tratando de dominar su emociion: hoy dije á Anita que saliera á pasear un poco para distraerse, y todavía no ha vuelto á casa.

Esto me tiene afligido porque temo que le haya sucedido algo.

En vez de responder á Lanza, la vieja se dirigió á la jóven, diciéndole:

—No te dije que Anita no andaba pisando derecho?

Si cuando á mí se me pone una cosa, es por que así no mas debe de ser.

Amigo mio, agregó volviéndose á Lanza, me parece que es inútil que usted espere á su amante, porque no ha de volver.

Usted es hombre y se le pueda decir todo, qué diablo!

Todas las tardes venia aquí un moicito muy paquete, en un carruaje, y salia á pasear con

Anita, volviendo siempre á la hora que usted debia llegar.

Adónde iban yo no sé, pero ellos paseaban juntos.

Ayer desde que usted salió, yo noté algo de extraordinario en su jóven compañera.

Vino aquí á buscar una ropa blanca que nos habia encargado, y como no estaba pronta nos ayudó á plancharla.

Cuando yo fui á llevarle un pañuelo que habia quedado, la encontré acomodando á gran prisa un baúl chico.

Me pagó una cuenta que nos debia y nos dijo que se iba á pasear por unos dias á Montevideo.

Cuando yo volví á casa dije á ésta lo que pasaba y añadió:

Yo no sé por qué se me ha puesto que la vecina quiere jugar una mala pasada á su hombre; tiene una cara que no me gusta nada, y el paseo á Montevideo se me figura que es un simple cambio de domicilio.

Como tuvimos mucho quehacer, no volvimos á pensar en la cosa.

Pero á la tarde, ya cerca de la noche, sentimos parar el mismo carruaje de siempre, y vimos bajar al mismo jóven que venia todos los dias.

Este pasó á la pieza, estuvo hablando con Anita, y poco despues entró el cochero, quien llevó al pescante el baúl mismo que yo le habia visto acomodaron.

Permanecieron un momento juntos y luego salieron tomando como para el Retiro.

No era ni hora ni direccion como para ir á embarcarse á Montevideo.

Para mí, como se lo dije á ésta, Anita se ha ido con el mocito aquél, no tengo la menor duda.

No habrán llevado mas porque los otros baúles no cabian en la volante, pero ya vendrán á buscarlos, calculando la hora en que usted no está en casa.

Qué mas datos que aquellos queria Lanza para cerciorarse de la traicion de Anita?

Le agradeció á la vieja y volvió á su cuarto sin saber lo que habia de hacer.

Y se arrojó en la cama á llorar como un desesperado, pensando amargamente que á aquella hora, Anita feliz, estaria entregada al culto de sus nuevos amores.

Mil ideas de venganza acudian á la imaginacion de Lanza.

Pero de quién se iba á vengar si ni sabia quién era el jóven ni lo conocia siquiera?

Sabia él acaso dónde se habian dirigido? habian acaso dejado algun rastro por el cual se les pudiera descubrir?

Toda la noche la pasó así, entregado á una desesperacion suprema.

Al otro dia muy temprano se lavó, arregló su traje que estaba todo descompuesto y salió á la calle en direccion al Retiro.

Iba mirando todas las casas atentamente, como si espurara ver asomar á las ventanas el plácido rastro de Anita.

Y dobló la calle de Juncal y siguió hasta la Recoleta sin haber adelantado nada en su pesquisa.

Y volvió por la calle de Santa Fé haciendo la misma pesquisa y mirando todas las calles y casas sin adelantar nada.

Por esta última calle y á la altura de Montevideo, vió un cupé que venia del Oeste, al gran trote de una espléndida yunta de caballos.

Algo bailó en el corazon de Lanza al ver aquel cupé que tan de mañana regresaba á la ciudad.

Al pasar por su lado, vió que dentro iba un jóven sumamente paqueta y que al mirarlo, como si lo reconociese, se puso á reir.

Este cupé y la vista del risueño jóven, se le enterró en el corazon como una puñalada.

Y sin darse cuenta de lo que hacia echó á disparar detrás del cupé dando voces.

Por el cristal trasero del cupé, veia la cara traviesa del jóven, que lo miraba correr, sonriendo siempre.

Y esto le daba fuerzas para seguir en su vertiginosa carrera.

Pero qué podia avanzar tratándose de una soberbia yunta?

Antes que Lanza hubiese podido correr un par de cuadras, ya el cupé habia desaparecido de su vista.

Pero lo quedaban estos dos datos: que Anita estaba fuera de la ciudad y que aquel cupé, que no se le despintaria mas de la memoria, era el del jóven que le habia robado á Anita.

Lanza tuvo que detenersse rendido de cansancio y materialmente con la lengua afuera.

Habia agotado todas sus fuerzas.

A las muchas personas que se le acercaban á preguntarle lo que tenia, les decia:

—No es nada, corrí detrás del cupé, porque dentro iba un jóven que me ha insultado y que ha sido bastante cobarde para no pararse.

Como el aspecto de Lanza era el de una persona decente y de posicion desahogada, su version era perfectamente verosimil y nadie la ponía en duda.

Lanza estuvo parado así por espacio de un cuarto de hora, siendo el blanco de la mirada de los curiosos, hasta que, desapareciendo el cansancio, siguió en direccion á su casa, ya mas tranquilo aparentemente, pues su angustia y su pena oran cada vez mayores.

Es que el pobre habia concluido por enfermarse, tenia mucha fiebre y un desaliento imponderable.

Entró á su casa y sin sacarse siquiera el sombrero, se tendió en la cama vencido por el dolor y el cansancio.

Comprendia que en sus condiciones actuales, no habia lucha posible entre él y aquel jóven rico y de posicion social.

No le quedaria mas recurso que la venganza personal, pero dónde podia encontrarlo, para tener siquiera el placer de darle un puñetazo?

A las doce fueron á llevar el almuerzo para Anita, y esto renovó su tristeza y su desesperacion.

Y aquel almuerzo quedó tan intacto como la comida del día anterior, porque Lanza no tenía deseos, no tenía voluntad de otra cosa que de llorar.

Y estuvo llorando y pensando todo el día en su amante, sin tener siquiera el consuelo triste del sueño, pues aunque en la noche anterior no había reposado un momento, no podía dormir.

Sus patronas le habían pedido la volanta para las dos de la tarde de aquel día, pero ni siquiera pensó en ir á prepararla.

Perdida para él Anita, qué le importaba el resto del mundo?

Nada, absolutamente nada.

Solo pensaba en Anita y en que podía ser muy bien que aquel día viniera á buscar el resto de los baúles, averiguando por el que viniera dónde estaba su amante.

Pero el día pasó como había pasado la mañana y la noche anterior.

Nadie apareció por allí.

Cuando fueron á llevar la comida, Lanza dijo al mozo que no le llevara mas comida hasta que él no avisase, porque la señora había ido á pasar unos días al campo, porque estaba enferma.

A la tarde, el físico sucumbió naturalmente á las emociones sufridas.

El sueño pudo mas que toda voluntad, y Lanza se durmió pesadamente.

Estaba débil por la falta de alimento y era el sueño lo único que podía hacerle recobrar las fuerzas perdidas.

Cuando despertó había amanecido el día siguiente.

Lanza se lavó como el anterior, se mudó camisa y salió tomando la calle de Santa-Pé: era muy temprano y tenía esperanza de ver el cupé del día anterior.

Probablemente era aquella la hora en que el joven regresaba de la casa donde estaba Anita, pues á la altura de la Estacion Centro América, volvió á encontrar el cupé del día anterior.

Lanza se echó al medio de la calle sin darse cuenta de lo que hacia, y con los brazos abiertos intentó detener la marcha de los briosos caballos.

Pero el cochero lo envolvió de un latigazo formidable, y desviando el carruaje para no pisarlo, pasó por su lado con una velocidad prodigiosa.

Lanza quedó aturdimiento por el golpe y la afrenta, mirando desde el medio de la calle cómo se alejaba el cupé.

Miró dolorosamente el surco de las ruedas que había quedado impreso sobre la tierra, y siguió por él, creyendo poder llegar al punto de partida del carruaje.

Cerca de Belgrano se convenció al fin de la inutilidad de la pesquisa.

Las ruedas que había seguido claramente hasta allí, se confundían con el rastro de otras diez mil ruedas, al extremo de ser imposible seguir-las.

Pero aún le quedaba este nuevo consuelo: Anita debía estar en Belgrano.

Y á Belgrano se dirigió ávido de dar con ella.

Pero qué haría de todos modos si la encontraba, desde que ella se negaría á seguirlo?

Esto, en que no había pensado Lanza anteriormente, lo decidió á volver á su casa, abandonando toda averiguación.

Con el sueño de la noche anterior, el buen juicio empezaba á aclarar su inteligencia.

Lanza se metió á un hotel y pidió que almorzar.

Parece que el juicio y el apetito le volvían á un mismo tiempo, pues sentía un hambre de los demonios.

Y al notar que tenía hambre se acordó que hacia dos días que no probaba bocado de comida.

Una buena comida, con su correspondiente vino, predispone al buen humor y aleja los malos pensamientos, sobre todo los pensamientos tristes.

Así es que á medida que Lanza se iba llenando, iba sintiendo disminuir su tristeza y renacer en su espíritu su alegría habitual.

—Qué me importa al fin lo que me ha sucedido, exclamó para sí.

Buenos Aires está lleno de Anitas y no es esto lo que me ha de faltar si yo quiero.

No es pues esto lo que debe preocuparme, sino el trabajo, encontrar de una vez trabajo bueno y que me encamine á un porvenir seguro.

Si esta maldita no se me hubiera cruzado en el camino, yo tendria ya mi porvenir asegurado, y bien asegurado.

La sociedad de doña Emilia me habría asegurado una fortuna, puesto que la buena vieja se había enamorado de mí al extremo de entregarme cuanto poseía.

Yo fui un mentecato en hacer lo que hice, pero ya la cosa no tiene remedio y es inútil pensar en ella: me servirá de lección y basta.

Todos estos pensamientos de Lanza eran abundantemente rociados de copas, de modo que al poco tiempo el joven se encontraba en un temple de gran indiferencia.

Permaneció todavía algun tiempo en el café, y á la caída de la tarde emprendió su viaje de regreso á la ciudad.

Lanza llevaba en la cabeza un tratado vinicolor que le hacia bailar alegremente las piernas.

A medio camino, Lanza encontró el mismo cupé de por la mañana que iba en direccion á Belgrano, conduciendo al mismo joven de los días anteriores.

Parecía cosa del diablo que siempre había de encontrar el cupé.

Dentro iba el mismo joven, que al verlo regresar de Belgrano hizo un movimiento de sorpresa, sorpresa que aumentó poderosamente cuando vió que Lanza al mirarlo soltaba una carcajada.

—Escena de celos á la fija, pensó Lanza al notar el movimiento de sorpresa del joven.

Va á pensar que vengo de casa de su moza y se van á trenzar en una del diablo.

Y riendo como si le hicieran cosquillas, siguió su camino en dirección a la ciudad.

Cuando llegó la noche, Lanza apuró el paso, entrando a su casa como a las nueve de la noche.

Trata un buen humor como pocas veces había sentido, tanto, que a pesar de la fatiga que debía haberle producido la jornada que acababa de hacer, empezó a vestirse para salir a parandar.

Se sentía con deseos de echar una cana al aire, empezando por hacer una visita a la estimable D^a Emilia.

La vieja planchadora vino a informarse de la salud de su vecino y a curiosear lo que este había conseguido averiguar de Anita.

Y quedó a su vez sorprendida al notar el buen humor con que Lanza le decía:

—Parece que ha encontrado uno que le gusta mas que yo y que con él se ha ido.

Desearé que le haga muy buen provecho y que no tenga de qué arrepentirse.

Siempre es una ventaja vernos libres de una persona que no nos quiere y que nos está engañando.

Lo único que me llama la atención es que me haya dejado la hipoteca de estos baúles que no me sirven sino de estorbo.

Será preciso que me libre de estos como me lo librado de ella.

La vieja planchadora, que ignoraba que Lanza estaba en una posición tan desesperante y que le creía empleado en una casa de comercio, desde que se alzó Anita, había concebido sus planes de unión entre Lanza y su nuera.

Así es que aquel modo de espresarse el joven la llenó de alegría.

Los baúles aquellos estaban muy bien provistos de ropa y siempre su adquisición venía a ser una verdadera lotería.

—Si le estorban aquí, nada mas fácil que sacarlos, le dijo.

Casualmente mi nuera anda escasa de ropa y esa le vendrá muy bien; no tiene mas que avisar.

—Ahora lo que vuelva hablaremos, respondió Lanza, comprendiendo el partido que podía sacar de aquella dádiva: no he de tardar en venir.

Y mientras la vieja francesa se entregaba a los mas famosos planes de heredar a Anita, Lanza se fué al Casino de doña Emilia, donde se entró como cualquier parroquiano alegre, sentándose delante de una mesa.

Las dos muchachas compañeras de Anita, que aún estaban allí, se le acercaron alegremente a pedirle noticias de la compañera, preguntándole qué quería que le sirvieran.

Pero no había estado cinco minutos, cuando se le acercó doña Emilia con semblante feroz y ademán descompuesto.

La presencia de Lanza le recordó los amargos momentos que por su causa había pasado, los golpes que había recibido y las humillaciones de que había sido objeto.

Se sintió dominada por una ira fabulosa y

acercándose a su antiguo amante le intimó que en el acto saliera de su casa.

Lanza, siempre dominado por su buen humor y algo turbado por todo lo que había bebido aquel día, se le rió alegremente en las narices y le dijo que él era uno de tantos parroquianos y que quería tomar una botella de oporto con el derecho que le daba su dinero.

Pero doña Emilia empezó a insultarlo con la mayor vehemencia y en alta voz, lo que provocó un escándalo formidable que hizo acudir al vigilante.

Lanza alegó sus derechos de parroquiano pacífico que venía a beber.

Pero como doña Emilia invocara los de dueña de casa y asegurase que no quería en manera alguna que Lanza permaneciera allí un momento mas, el vigilante le intimó que se retirara.

En el pleno dominio de sus facultades, Lanza nunca habría dado lugar a una cosa parecida, porque siempre conservaba gran miedo por la Policía.

Pero el exceso de la bebida lo había aturdido aquel día y no se daba exactamente cuenta de lo que hacía.

Sin embargo, la presencia del vigilante y su intinación le hizo perder los bríos y salió del Casino rápidamente, temiendo que todo aquello fuera a terminar en la Comisaría.

Y pensando que si bebía mas aquella noche podía hacer barbaridades que le costaran caras despues, se dirigió a su casa resuelto a acostarse a dormir.

Al pensar en su casa recordó el proyecto de aventura picante que había dejado pendiente con su vecina la planchadora, y apuró el paso, encontrando que aquella aventura concluyera de distraerle.

Su corazon había empezado a reaccionar a favor de Anita, por la misma influencia del vino, y él quería conservar a todo trance su indiferencia y su buen humor.

Cuando el joven llegó a sus piezas se encontró en ellas con las dos vecinas que estaban allí instaladas.

La francesa vieja, persona positiva, quería asegurar la dádiva antes que Lanza fuera a arrepentirse, y de ahí su prisa por terminar la cosa cuanto antes.

—Estaba contando a esta su generosidad, le dijo al joven, apenas entró este, y esta tonta no quiere creerme.

No es cierto que usted me regala toda esta ropa y estos baúles con tal que los saque de aquí?

—Mas que eso, dijo Lanza con su ademán mas alegre.

Doy ropas y baúles, sin la condicion de sacarlos de aquí, porque regalo a su bella nuera todo lo que aquí hay, menos mi ropa, y hasta el derecho de habitar estas mismas piezas y disponer de ellas como dueña, aunque yo las siga pagando.

La vieja francesa quedó deslumbrada ante semejante generosidad.

Pero fina como era, se apresuró a decir a Lanza:

—Aceptado, aceptado con reconocimiento. Pero como aquella buena pieza puede venir el día menos pensado y cuando usted no esté, para arrear con todo, bueno será que los baúles pasen á nuestras piezas, de donde no podrá sacarlos.

—No solo consiento, sino que quiero ayudar á la operacion, dijo Lanza.

Y poniéndose en mangas de camisa, ayudó á las mujeres á trasladar los baúles á sus piezas.

No quedaban en las suyas mas que los muebles y objetos de lavatorio que tambien habia regalado á la francesita.

Y abierta la comunicacion de las piezas, quedó de hecho sancionada entre ellos la vida de familia.

DE COCHERO A TENDERO

Despues de un sueño enorme que duró hasta las doce del día siguiente, y disipados los humos de la tranquila, Lanza pensó en sus patrones y en su acomodo con profunda pena.

Como hacia ya tantos días que no habia vuelto á la casa y no habia mandado el menor aviso, era seguro que no lo habian de estar esperando y que ya habrian tomado otro.

Sin embargo, era preciso ir á pedir disculpa para no perder la recomendacion que pudieran darle, y sobre todo á cobrar los días que le debian, lo que le vendria de perilla en su situacion tirante y privada de recursos.

Se compuso lo mejor que le fué posible, y se fué á ver á sus patrones, los que, como ya lo suponian, habian tomado otro cochero.

Lanza les dijo que aquella última tarde que habia salido con ellos, se habia dado un gran golpe que lo habia obligado á guardar cama, no habiende tenido ni siquiera con quien mandar avisar.

La familia creyó la fábula que Lanza referia y como él se habia portado bien, al extremo de no haber tenido nunca que dirigirle la menor observacion, no solo le pagaron con largueza los días que le debian, sino que dieron al supuesto César Parodi la mas cumplida recomendacion.

Lanza volvió á encontrarse en media calle, sin empleo y sin esperanza de tenerlo, sin dinero mas que para pasar algunos días y con el desencanto natural de tanta desventura.

No se encontraba por lo visto en Buenos Aires el dinero con la facilidad que decian en Europa.

La vida era fácil, sumamente fácil, pero la fortuna no se hallaba así no mas á dos tirones.

Lanza acudió á los diarios como la vez anterior, y empezó á buscar una colocacion.

Pero solo halló colocacion de cochero ó mozo de hotel, colocaciones que lo halagaban muy poco.

La servidumbre tenia el peligro de hacerse

conocer como tal y perderse por consiguiente para otros negocios provechosos que podian venir.

Lanza, antes que volver á conchabarse, resolvió esperar.

Las francesas no eran para él una carga, porque eran gente de trabajo habituada á todo y que no pretendian ni el lujo ni la holganza.

Si no hubiera sido así, Lanza las hubiera echado con la música á otra parte.

Con una ó dos invitaciones al teatro francés por semana, quedaban tan reconocidas como si les hubiera dado una fortuna.

Lanza habia aprovechado aquellos días de holganza y de libertad, en frecuente relaciones, por lo que pudiera suceder en el porvenir.

Su ropa se encontraba en perfecto estado, y queria aprovechar bien esta circunstancia.

Si alguna vez llegaba á realizar sus sueños de negociante en gran escala, aquellas relaciones debian serle muy útiles y era preciso conservarlas á toda costa.

Y aunque tratando de gastar poco y conservar en lo posible su apariencia de riqueza, con ellos comia y con ellos parrandeaba noche á noche.

En la esperanza de hallar alguna otra desventurada doña Emilia, él recorría los casinos que tanto abundaban entonces en Buenos Aires y hacia á sus dueñas el amor por lo fino.

Pero para esta clase de empresas de seduccion se necesitaba en capital que Lanza no tenia y que permitiese siquiera pagar todas las noches un par de botellas de vino champagne.

Qué dueña de casino se iba á dejar seducir así á dos tirones, nada mas que por las buenas apariencias y mejores intenciones?

Y Lanza se convenció que, sin cierto capital para cubrir las apariencias, no hallaria una doña Emilia como él la buscaba.

Y sus recursos se iban agotando rápidamente sin haber conseguido nada.

Fué entonces que recurrió á los avisos de los

diarios, en completo estado de desesperación.

Lanza empezó á disfrutar así del poco dinero que tenía.

Habia trabajado mucho a aquel último tiempo y su espíritu necesitaba descanso.

Lanza acudió en sus paseos y andanzas, á todos los parajes donde podia hallar á Anita, pero no la volvió á ver mas.

Varias veces alquiló un matungo y se fué á pasar á Belgrano, dando vuelta todo el pueblo, pero inútilmente tambien.

Ni la halló en parte alguna, ni Anita mandó nunca, como podia haberlo hecho, por la ropa que allí tenía, ropa que algun valor representaba.

Agotados sus recursos por completo, tomó un diario, y apuntó dos ó tres casas donde se podia cocherero.

Con la sola recomendación de la de Lima, estaba seguro de ser tomado en la casa mas exigente.

La colocacion no le fué difícil, entrando esta vez al servicio del doctor Benitez.

Hubiera podido obtener colocacion con un corredor de Bolsa, servicio muy descansado, porque se reducía á las horas hábiles del día.

Pero siempre en sus ideas de fortuna, no quería hacerse conocer como cocherero por los lados de la Bolsa.

El nombre se cambia muy fácilmente, pero la cara no.

La noche la pasaba no ya en su casa como antes, sino que recorría los cafés donde iban sus conocidos, y el Alcázar, que era su diversion favorita.

A todos sus amigos habia encargado una colocacion de dependiente en cualquier parte, para un conocido suyo que andaba sin ocupacion.

En el comercio era preciso empezar por algo para llegar á mucho.

Así, poco á poco se ván haciendo relaciones, se vá tomando práctica en el comercio, y se vá haciendo conocer.

Buscando en los avisos de los diarios, y encargándole á todos, halló por fin una colocacion de mozo de tienda, en lo de Costa, tienda que le convenia por la clase de marchantes que allí compraban.

Practicar en el comercio es cosa muy aceptable, por mejor que sea la posicion del que practica.

En una tienda como la de Costa, muchos de sus conocidos lo veían detrás del mostrador vendiendo géneros.

Pero con sus relaciones estaba disculpado, diciéndoles que estando próximo ya á abrir casa, quería ponerse bien práctico en los hábitos comerciales del país.

Lanza se fué á la tienda de Costa, donde lo tomaron sin vacilacion alguna.

Su aspecto fino y dulce y su exterior bien cuidado predisponian en su favor.

El quehacer no era mucho, pero las horas de trabajo apenas le dejaban tiempo para ocuparse de otra cosa.

El sueldo era muy reducido, sumamente reducido, pero lo habian prometido aumentárselo con arreglo á sus aptitudes y esto ya era algo.

De todos modos siempre aquella posicion era preferible á la de un cocherero y no habia que vacilar en el cambio.

Lanza se dispidió de su patron con gran sentimiento de este, porque el servicio del jóven era correctísimo; arreglo con él su cucuta y tomó su nueva colocacion de mozo de tienda, con pasion verdadera.

—He cambiado de empleo, dijo á las francesas sus amigos, con menor sueldo, pero con mejor posicion.

En la tienda de Costa donde voy, como tengo que trabajar desde muy temprano, me dan casa y comida, pues tendré que dormir allí.

Esto no perjudica nuestra relacion, pero entonces estas piezas están demás y son un gasto inútil.

Si ustedes quieren yo no me llevaré mas que la ropa necesaria para mudarme una vez y dejaré el resto aquí.

Ustedes me cuidan la ropa y yo en cambio les daré la mayor parte de mi sueldo, que aumentaré pronto, á medida que yo vaya progresando en el arte de vender géneros.

Las francesas aceptaron en el acto la propuesta.

En cuanto á muebles, Lanza no llevaba mas que su cama; los demás los habia regalado á las francesas.

Lanza, durante un mes, se habia propuesto hacer en la tienda una vida de reclusion absoluta.

Era la manera de ganarse el lado á sus patrones y hacerse de buen crédito.

Quién sabe si allí mismo en la tienda, viendo sus disposiciones y su buena conducta no le salía algo mejor y que le conviniera mas.

En casa de Costa habia inventado una nueva historia, siempre tendente á probar que era un gran personaje.

Allí dijo que habia venido de Europa á estudiar el comercio para establecerse, pero que de llegada no mas habia sido lastimosamente estafado y dejado sin un peso.

—Como mi ambicion era el trabajo, agregaba, poco me importa la pérdida del dinero, puesto que al fin puedo practicar al mismo tiempo que me gano la vida: aquella será la primer leccion que haya recibido, cara, eso sí, pero provechosa.

Como toda su ropa estaba en relacion con una posicion pecuniaria cómoda, aquella nueva historia coló como colaban todas las suyas, sin dificultad, siéndole al mismo tiempo muy ventajosa.

Sus patrones lo trataban con marcada consideracion, y los demás dependientes le miraban con respeto, como á un hombre superior á ellos.

Siempre esto era una gran ventaja. Aquellos primeros dias Lanza tomó la profesion de tendero como un pasatiempo cómodo y divertido.

El trabajo verdaderamente no existía, puesto que él se reducía á acomodar la tienda y los géneros que hacían desdoblarse las señoras solamente para averiguar los precios.

Pero esta misma conversacion y trato con tanta señora, era para él una distraccion sumamente agradable y útil, pues no solo le servía de práctica en el comercio sino en el idioma.

Hombre fino y astuto, que se complacía en ser agradable, de buenos modales y mejor figura, pronto se hizo de un gran prestigio entre las marchantas, que preferían siempre ser atendidas por él.

Porque no solo tenía paciencia para atenderles las mayores impertinencias, sino que, sin que ellas se las pidieran les iba mostrando todas las novedades de la tienda.

De donde resultaba siempre que algunas se tentaban y compraban lo que no habían ido á buscar.

Es que esto le servía al mismo tiempo para estar de jarana y de conversacion entretenidísima.

Los patrones, que observaban á Lanza para conocer su desempeño, estaban muy contentos de aquel dependiente que les había caído como llovido del cielo.

—Si empezando recién tiene tan buen tino para la venta al mostrador, decían, qué será cuando adquiera práctica y entienda realmente las necesidades del negocio.

Era aquel un mozo impagable.

Ahora, entre la gente de poca monta, modistas que iban á comprar sus géneros, costureras y sirvientas enviadas por sus patrones, Lanza había adquirido un prestigio de todos los diablos.

No compraban en otra parte por nada de este mundo, aunque allí les vendieran mas caro.

Es que Lanza les conocía á todas su lado flaco, y les tocaba, como él decía, la sonata de su preferencia.

Así es que el lado del mostrador donde despachaba Lanza, se veía siempre lleno de ramitos de flores, de otras tantas modistas y costureras que eran al mismo tiempo sus novias y marchantas.

Los otros dependientes miraban por esto á Lanza con una admiracion suprema y trataban de imitarlo en lo posible.

Pero Lanza no tenía imitacion.

El con todas tenía algo especial que conversar que no podía terminar nunca, porque como tenía que conversar con todas sus marchantas y estas eran muchas, no podía atenderlas á la vez.

Apenas hacía un mes que Lanza estaba en lo de Costa, y tenía ya mas despacho que los viejos dependientes de la casa.

Solo en los precios de los géneros no tenía todavía la práctica necesaria, pero como tenía á quien preguntar, esto lo preocupaba poco, no siendo para él ningún inconveniente.

Tan contentos estaban de él los dueños de la tienda, que al pagarle su primer mes de sueldo, se lo aumentaron en una tercera parte mas para

que á su vez estuviera mas contento y tomara cariño á la casa.

—Si usted sigue adelantando como hasta ahora y atendiendo los intereses de la casa, pronto tendrá en ella una buena posicion y mejor sueldo.

Lanza, mostrándose sumamente contento, y en consideracion á no haber salido durante aquel mes, pidió un día entero de licencia, que lo fué acordado sin vacilar.

Su primer visita, como era natural, fué para las dos francesas sus amigas, que se creían olvidadas por él y estaban hasta cierto punto resentidas.

Pero él las compuso fácilmente, demostrándoles que era la vez primera que salía á pasear desde que cambió de empleo.

—Si antes hubiera salido, les dijo, antes hubiera venido, porque siempre hubiera sido para ustedes mi primer visita.

Y como no quería venir á verlas de todos modos con las manos vacías, preferi esperar á que se venciera el primer mes.

Y Lanza entregó á la francesa todo el sueldo que había recibido, con escepcion de cien pesos que reservó para pasear aquella noche.

Este último y elocuente lenguaje aplacó todo resentimiento y Lanza fué tratado á cuerpo de rey, pues harto lo merecía un jóven que se conducía de aquella manera.

—Es el mio un empleo incómodo por ahora, por la esclavitud en que estoy, pero muy conveniente por el porvenir que allí tengo y la práctica que voy adquiriendo en el comercio.

En un par de meses mas me habré establecido por mi cuenta.

Y como pienso salir lo menos posible, es preciso que ustedes, con algun pretexto de comprar, vayan á visitarme de cuando en cuando.

Todo el día y toda la noche son míos hoy, pero no quiero abusar por ahora, y trataré de salir lo menos posible.

Lanza pasó todo aquel día entregado al culto agradable de aquella amistad.

Se mudó todo perfectamente, y á la noche llevó á sus amigas al teatro, las dejó allí y empleó todo el resto de la noche en visitar á algunas de las modistas con quienes había hecho relacion en la tienda.

Á unas porque le gustaban de alma y á otras porque le convenia tener relacion con ellas, á todas visitó y á todas presentó sus cumplimientos, haciéndoles todo género de ofrecimientos.

Concluidas estas visitas que podemos llamar diplomáticas, Lanza regresó al teatro y desde aquel momento se entregó por completo á complacer á sus amigas.

Terminada la funcion regresaron á casa y las francesas, que tenían el hábito de cenar, obsequiaron á Lanza como mejor pudieron, recordándose á dormir á una hora bastante avanzada.

Á la mañana, bien de madrugada, ya Carlo Lanza estaba en pié, y listo para salir.

La vieja, que sabia que el jóven saldría temprano, lo esperaba con una buena taza de café que tomó con avidez y con gusto.

Y después de recomendarles nuevamente que lo visitaran si él no venía, marchó á su conchabo, llegando á horas en que sus compañeros aún no habian abierto la tienda.

Lanza siguió trabajando cada vez con mas ahinco y mas entusiasmo, aunque ya aquella vida de encierro y de mostrador empezaba á fatigarlo.

Ya tenia bastante práctica para manejarse en la tienda por sí solo.

Sus patrones solian salir con frecuencia, y aunque era él el dependiente mas nuevo, á él dejaban confiada la tienda, y era él quien la cerraba si aquellos no habian vuelto á la hora habitual de hacerlo.

Esta confianza vino á dar algun resuello á Lanza en su modo de ser.

Cuando podia hacerlo sin que nadie se apercibiera de ello, obsequiaba á sus amigas con tres ó cuatro varas mas en el género que compraban. ó tres ó cuatro varas menos en el precio que las debia hacer pagar.

Por eso es que todas querian ser servidas por Lanza aunque estuvieran que esperar un buen rato, y sus patrones atribuian aquella preferencia á la habilidad que para el despacho tenia el nuevo dependiente.

Con las demás sucedia otro tanto, pues Lanza las trataba con un primor esquisito y una complacencia ejemplar.

A la noche, cuando los patrones no estaban, sus obsequios solian asumir mayor proporcion, pues solian ascender á un corte de vestido que no entraba en cuenta, ó alguna pieza de cinta rica, ó un tapadito de poca monta.

Así no hubo jamás tienda alguna que tuviera un dependiente tan solicitado.

Los patrones de Lanza le notificaron que podia salir todos los quince dias, eligiendo siempre domingos, y este fué un nuevo desahogo que tuvo Lanza.

Para un hombre como él, salir á paseo sin un centavo en el bolsillo era poco agradable.

Así es que cargando la mano una vez á alguna marchanta rica que no se fijaba en los precios, y otra vez al cajon del mostrador, él se preparaba durante la quincena los elementos necesarios para su dia de paseo.

De modo que cuando este dia llegaba, siempre tenia para llevar al teatro á las francesas, invitándolas á cenar, y obsequiar de cualquier modo á sus amigas.

Y el cariño de todas ellas crecia para Lanza, á medida que crecian sus dádivas y obsequios.

Así le eran mas soportables los quince dias que pasaba detrás del mostrador, consagrado á vender y acomodar géneros.

Porque no era nada la venta y el despacho al mostrador, sino que cuando se cerraba la tienda ésta quedaba en tal estado, que tenian que emplear por lo menos un par de horas en acomodarla.

Cada señora que entraba queria ver todos los géneros y habia que mostrárselos dando vuelta toda la tienda.

Esta era la parte fastidiosa del negocio, pues el despacho era todo conversacion y entretenimiento.

Entre las muchas relaciones que habia hecho Lanza en la tienda, se contaba la de un señor Cánepa, persona buena y de comercio, que se mostraba muy amigo del jóven, ofreciéndosele en todo aquello que pudiera serle útil.

Lanza se habia lamentado á Cánepa muchas veces de su situacion embromada.

Aunque aquí no estoy mal y me tratan muy bien, le decia, no es esta la colocacion que me convenia.

Yo quisiera un empleo en el comercio, donde pudiera aprender y progresar, donde pudiera practicar en negocios de giros con Europa, que es como yo quiero establecerme.

Mi familia me ofrece siempre recursos con este fin, pero yo no quiero aceptar sin antes estar bien al corriente de los negocios y emprender una cosa segura.

Cánepa le decia que tuviera paciencia, que él lo buscara una casa arreglada á su deseo, pero que era preciso esperar á que se presentara la oportunidad.

Esta esperanza hacia que Carlo estuviera mas conforme y aguantase mas las incomodidades de su empleo en el acomodo de los géneros.

Pero jamás sus patrones pudieron observarle un mal modo ni siquiera un gesto de impaciencia.

El señor Cánepa tenia familia y era en su casa donde pasaba Lanza el mayor tiempo de sus dias de salida.

Habia un inconveniente para que el jóven pudiera colocarse en un escritorio como él deseaba, y era que Lanza no conocia la contabilidad sino medianamente, y no tenia la menor nocion de teneduria de libros, cosa indispensable.

Cánepa habia hablado á Lanza muchas veces de la casa Caprile y Picasso y la clase de buenos negocios que ésta hacia.

— Los giros y remisiones de dinero, las comisiones y correspondencias dejan utilidades pingües, le decia.

Es cosa de enriquecerse en muy poco tiempo.

— Ese es mi bello ideal, respondia Lanza, ese es el negocio que yo quisiera emprender.

— Bueno, pero para ello falta la base principal que es la clientela: esto es lo difícil de obtener, porque esa clientela no acude sino á las casas de gran confianza.

— Pero se hace, decia Lanza, y la manera de hacerlo es estar en una casa de esas como dependiente.

— Pues para eso mismo se necesita preparacion, sobre todo en el manejo de los libros de escritorio, cosa indispensable.

— Pues como hay que empezar siempre por lo primero, empezaré por aprender algo de libros, y así ya podré entrar al escritorio.

Una vez en un escritorio yo me iré haciendo de relaciones y clientela poco á poco, y así cuan-

do abra mi casa, tendré una base segura con que contar.

—Lo que es por ese lado, como yo sé bien todo lo que es necesario, yo mismo lo pondré al corriente de lo que necesite, y así cuando encontremos el empleo, tal vez en la misma casa de Caprile y Picasso, podrá tomarlo sin peligro de no poderlo desempeñar.

Desde aquel día Cánepa empezó á enseñar á Lanza el manejo de los libros que necesitaba para entrar á lo de Caprile.

Y no contento con lo que Cánepa le enseñaba, en la tienda de Costa y bajo el pretexto de poder ser mas útil, se hacia dar algunas lecciones por el mismo tenedor de libros de la casa.

Sus dias de salida los dedicaba espresamente en visitar á Cánepa, no solo por el agrado que tenia en la sociedad de su familia y el interés de aprender y aumentar aquella buena relacion, sino por el de estar siempre presente en su pensamiento para que lo recordara el dia del empleo.

Ya iba abandonando su relacion con las francesas, limitándola á ligeras visitas.

Un dia Cánepa le dió la estupenda y esperada noticia que fué para él un colmo de felicidad.

En la casa de Caprile y Picasso se habia pro-

ducido la suspirada vacante, y Cánepa le prometió hacerle ocupar el empleo.

Todos sus martirios iban á concluir, gracias á aquel amigo.

Lanza casi se volvió loco de alegría.

Entrar de dependiente en la casa de Caprile y Picasso era el colmo de su fortuna, pues hácia ella se encaminaba.

Era necesario esperar unos dias, porque Caprile no estaba aquí y Picasso no se ocupaba de eso.

Lanza abrazó efusivamente á su amigo Cánepa y le agradeció todo cuanto por él habia hecho.

—Si yo consigo emplearme en esa casa, aunque fuera de portero, le decia, despues de mi padre será usted el hombre á quien mas deba; usted es mi verdadero protector y amigo.

—No es difícil, no es difícil, respondia Cánepa; soy amigo de la casa; algo puedo, y estoy convencido de que si hago á usted un servicio, tambien se lo hago á ellos, porque un dependiente como usted, de su conducta y condiciones, es un beneficio para una casa de comercio.

Aplicarse á los libros y nada mas, aplicarse á los libros que es lo que mas en la casa se necesita, y yo me encargo del resto, no hay cuidado.

UN PICHON DE BANQUERO

El señor Cánepa habia tragado bien la historia que le habia contado Lanza.

Lo creia un jóven de familia rica que no queria comprometer un capital sin conocer bien el negocio en que se metia, y tenia verdadero gusto en servirlo.

La casa de Caprile y Picasso estaba entónces en el apogeo de sus negocios.

Los bancos no habian establecido los descuentos de la manera que están en el dia, el comercio con la Italia habia tomado ya un gran incremento, y por su casa se hacian valiosos giros y operaciones de todo género.

La misma gente de trabajo depositaba allí su dinero, porque tenia mas confianza en la casa de Caprile y Picasso que en el mismo Banco de la Provincia.

El comercio italiano remitia por su intermedio los giros y la correspondencia, y entre los mismos hombres de trabajo no se conocia mas correo ni mas nada que la casa de Caprile y Picasso.

Los dias de salida de paquete, la casa de Caprile y Picasso era una verdadera administracion de correos, por la gran cantidad de corres-

pondencia que recibia para todos los puntos de la Italia.

La mayoria de aquella gente de trabajo se hacia hasta escribir sus cartas allí y leer las contestaciones que recibia, de modo que era preciso tener tres ó cuatro dependientes dedicados esclusivamente á la correspondencia.

Uno solo no mas era el encargado de remitirla al correo, siendo esta precisamente la vacante que debia ocupar Carlo Lanza por intermedio de su amigo Cánepa.

La correspondencia se echaba en una enorme bolsa que se llevaba al correo y que éste recibia al peso en conjunto, y como en el escritorio se cobraba el porte por separado de cada carta, esta sola diferencia en el porte venia á constituir un buen negocio.

Hombres inteligentes y de una probidad especial, los señores Caprile y Picasso habian sabido dar á su casa un incremento poderoso.

Cánepa habia hecho á Lanza esta esplicacion minuciosa y era por esto que el jóven estaba tan empeñado en entrar á ella.

Porque á pesar de no tener un centavo en el bolsillo, Lanza estaba persuadido que habia de

llegar a ser banquero, y banquero capaz de hacer la competencia á los mismos Caprile y Picasso.

Con un afán inmenso, se entregó al aprendizaje del manejo de los libros que le enseñaba Cánepa, sin descuidar por esto las atenciones de su empleo en la tienda de Costa.

Los días fuéron pasando hasta que Lanza, sin ser por esto un gran tenedor de libros, supo lo bastante á juicio de su protector, para ocupar el puesto que le habia prometido.

Y como Cánepa habia hablado ya de Lanza al señor Caprile en los mejores términos, su admisión no ofreció la menor dificultad.

Lanza, loco de alegría cuando supo esto, se despidió de sus patrones bajo el pretexto de que iba á establecerse con dinero que le habia enviado su familia, saliendo de la casa en la mayor armonía y mejor amistad.

Como él gastaba mas de lo que ganaba, de la manera que hemos indicado, su situación financiera no era de las mas consoladoras.

Pero esto qué podia importarle en el momento en que precisamente creía haber agarrado el cielo con la mano?

Aún en una situación peor no se hubiera afogado, pues siquiera ahora tenia casa donde dormir, buenas relaciones como Cánepa y algunos pesos en el bolsillo, del arreglo de cuentas con sus patrones.

Estos habian hecho á Lanza proposiciones muy ventajosas para quedarse en la casa, porque aquel dependiente representaba una buena clientela.

Pero Lanza las rehusó todas con el mejor modo posible, haciendo esta promesa:

—Yo les aseguro que si me fuera mal en los negocios y tuviera que volver al trabajo, siempre serian ustedes los preferidos por mí, porque en ninguna parte he de estar mejor que con ustedes.

Lanza fué á ocupar su nueva colocacion como un vencedor que vá á posesionarse de país conquistado.

Y con su aspecto de gran persona, y su esterior simpático atrayente, engañó á sus nuevos patrones como habia engañado á todo el mundo.

Explicadas claramente sus obligaciones, se hizo cargo de su puesto con la mayor confianza de servirlo bien, pues siempre tenia á su lado la poderosa ayuda del amigo Cánepa.

Por otra parte era bien fácil lo que tenia que hacer.

Atender la clientela de la correspondencia, recibir los pequeños giros y cuidar que todo fuera remitido al correo á su debido tiempo.

Su conveniencia, bajo todo punto de vista era portarse bien, para prosperar en la casa y para hacerse querer de toda aquella clientela de obreros á quienes miraba ya como á la suya propia.

Estos estaban locos con el nuevo dependiente de la casa, por la paciencia que éste les tenia, el cariño con que los servia y la soberbia redaccion de las cartas que les escribía.

Las explicaciones que le pedian, se las daba con un minucioso detalle, y les leia la correspondencia cuantas veces querian.

El señor Caprile pensaba que hubiera con el dependiente que necesitaba, agradeciendo á Cánepa la buena ocurrencia de habérselo traído.

Lanza tenia mucho tiempo libre para pasear y divertirse, pero lo empleaba por el momento, de la manera que mas convenia á sus intereses.

Siempre frecuentaba la casa de Cánepa, por que era una relacion que le convenia de todas maneras, al extremo de que en ella era mirado como un miembro de la familia.

Tenia sus pretensiones amorosas con una bella hija de su amigo, pero estas pretensiones las ocultaba profundamente, esperando el momento oportuno de revelarlas.

Sin haber roto con las francesas sus amigas, habia dejado enfriar la relacion que con ellas lo ligaba.

Así se libraba de un estorbo que podia ser sério de cierto modo.

Tambien cultivaba sus relaciones con las modistas y costureras marchantes de la tienda de Costa, que habian lamentado su salida de aquel negocio y que no podian olvidar los muchos servicios que les habia hecho.

No queria frecuentar las diversiones públicas, porque esto podia traerle algun perjuicio en la confianza del señor Caprile, y se dedicaba á estas buenas relaciones privadas que no podian serle perjudiciales en manera alguna.

En un mes Lanza estaba perfectamente al corriente en el manejo no solo de su empleo sino de toda la marcha general de la casa, al extremo de que sin la menor dificultad se hubiera podido poner á su frente.

Entendia á las mil maravillas á toda aquella rufia de napolitanos que en solo un mes se habian habituado de tal manera á su modo de ser, que solo con él querian entenderse.

Porque él les entendia todas sus mañas y sus dobleces y los complacia en todo.

En cuanto á sus especulaciones particulares, poco podia hacer Lanza, porque en la casa todo estaba debidamente controlado, al extremo de que no se movia una paja sin que quedara constancia en los libros.

Para un hombre de la inventiva de Lanza no habia nada imposible.

Él no se contentaba con su sueldo limpio, pero era preciso maniobrar con mucha cautela, si queria hacer las cosas de manera que no las sintiera la tierra.

En el manejo de todo, pronto encontró la fuente de recursos extraordinarios, de manera que el mas buzo no lo pudiera descubrir.

Despues de hecha la correspondencia para Europa y perfectamente franqueada, le sacaba las estampillas á una buena cantidad de cartas, quedándose con ellas para venderlas en el próximo franco.

Siendo él el que embolsaba la correspondencia, en la casa no podian notar la falta, y como en el correo tomaban la bolsa al peso bruto, y cerrada, tampoco notaban la falta.

De este modo se abria una fuente de recursos

pequeña, pero en la esperanza de que despues podría ser mas vasta.

Como él abría el escritorio, podía pasar la mañana sin ningún género de fiscalización de otros dependientes y estudiar entónces la manera de dar rienda suelta á sus pequeñas especulaciones.

Caprile tenía tal confianza en su dependiente, que ni siquiera se le ocurrió jamás la menor duda sobre su integridad.

Es que él cuidaba de ser exactísimo en el cumplimiento de sus obligaciones.

Siempre demostraba para todo la mejor voluntad posible, y por excesivo que fuera el trabajo, siempre se mostraba alegre para desempeñarlo.

En las vísperas desalida de paquete, el trabajo aumentaba al extremo de tenerlos ocupados la mayor parte de la noche.

Y Lanza, siempre alegre, siempre contento de poder ser útil, era el primero en entrar y el último en salir, sin que jamás se le hubiera visto ni siquiera un gesto de impaciencia ó de mala voluntad.

Por la mañana conversaba largamente con los napolitanos que acudían al escritorio, conviniendo con ellos que las comisiones que allí se les cobraban eran demasiado fuertes y que era muy conveniente para ellos que se estableciera otra casa del mismo género, que tal vez él fundaría si encontraba apoyo.

Los napolitanos lo escuchaban convencidos plenamente de sus razones, é instándolo muchos de ellos para que se decidiera pronto.

Como al fin y al cabo era él quien les manejaba su dinero y su correspondencia, le tenían una confianza ilimitada y lo creían el brazo derecho de la casa.

De este modo Lanza preparaba lo que él llamaba su clientela del porvenir.

Y les recomendaba la mayor reserva sobre lo que habian hablado, diciéndoles:

—No hay que decir nada de esto á nadie, porque como si yo me establezco esta casa se viene al suelo, si saben que yo tengo ese propósito, me ván á hacer una guerra bárbara.

Y los napolitanos le guardaban fiel reserva por la cuenta que les tenía, instándolo para que se fuese cuanto antes y se estableciera en el mismo negocio, porque no querían pagar mas aquella enormidad de comisiones.

Ni Caprile, ni los demás dependientes de la casa podían sospechar de lo que pasaba, pues los napolitanos guardaban un silencio profundo por la cuenta que les tenía.

Quién los habia de servir mejor que aquel joven, que ya les conocia todos sus asuntos y hasta su modo de ser?

Como se vé Lanza procedía con la mayor astucia.

Si él hubiera tenido capital, se hubiera establecido en el acto, seguro de llevarse gran parte de la clientela.

Por lo la cuestión era establecerse sin capital y conseguir lo mismo.

Esto era lo que él queria y tras de lo que andaba.

No teniendo el trabajo de atraer clientela haciendo grandes aparatos de escritorios y dinero, no necesitaria mas capital, para empezar, que el mismo que lo llevaran sus primeros clientes.

Luego los napolitanos son naturalmente desconfiados respecto al dinero.

Les cuesta muchas privaciones y trabajos poderlo agarrar, y no lo esponen así no más en negocios ó malos depósitos.

Es muy difícil conquistarse la confianza de los trabajadores napolitanos, pero una vez que se ha conseguido, se tiene sin limitacion de ninguna especie.

Así es que la única manera de formar clientela entre aquella gente, era la que Lanza habia puesto en práctica.

Y un cliente hoy y otro en la siguiente semana, iba comprometiendo para la nueva casa, á los clientes de sus patrones.

Lanza tenía que proceder con aquella lentitud, porque no hablaba del asunto á ninguno, sin estar antes bien seguro del secreto.

La menor indiscrecion de aquellos podia costarle la salida de la casa antes de haber podido realizar su propósito.

Era un asunto en el que habia que obrar con astucia y piés de plomo.

Otra cosa hacia Lanza para ir prestigiando su casa al mismo tiempo que desacreditaba la de Caprile, para que los clientes estuvieran descontentos.

Y esto tenía que hacerlo con una cautela infinita para no ser descubierto en ningún caso.

Aquellas contestaciones de gran interés para ciertos clientes, porque eran acusés de dinero recibido ó de noticias de gran interés de familia, las sustraía de la correspondencia al recogerla del correo.

De modo que cuando el cliente iba por ella, era natural responderle que para él no habia nada.

Lanza les decia entónces confidencialmente que aquello sucedia porque la casa era un bochinche, que no cuidada á sus clientes de la manera que debia.

—Yo me encargo de hacerte venir la contestacion, le decia, porque tengo muy buenos corresponsales particulares, y escribiré que vean á tu familia y le encarezcan la respuesta.

Pero es preciso que guardes silencio, porque si sospechan que yo ando en estas cosas, pueden echarme á la calle y ustedes entónces se perjudicarían á la par mía.

Lanza hacia el aparato de escribir á su corresponsal y mientras Caprile no podia decirles por qué razon no habian contestado, Lanza les entregaba la carta deseada, que estraía de un sobre con su nombre, para hacerles creer que la carta venia bajo su cubierta.

Y siempre los que se entendian con Lanza y tenían con él amistad, eran los mejor atendidos y los que mas pronto recibían contestacion, gracias á sus supuestos corresponsales.

Esto le daba gran prestigio entre aquella su futura clientela, con perjuicio de la casa de

Caprile, que no se sospechaba la clase de enemigo que tenia con aquel dependiente de tanta confianza.

Esta confianza la aumentaba diariamente el jóven con una conducta ejemplar y una rara dedicacion al trabajo.

Sus libros estaban mas que al día, al momento, puede decirse, pues no hacia operacion sin asentarla inmediatamente.

En la aparicion, era un hombre exclusivamente dedicado al trabajo.

Nunca se le veia en los teatros ni en sitio alguno de pública diversion.

La primera parte de la noche la pasaba en la casa de su amigo Cánepa, conversando con la familia y sosteniendo aquella intimidad cariñosa que tenia con ella.

Se retiraba á una hora conveniente bajo el pretexto de que tenia que levantarse temprano al siguiente día.

Pero en vez de recogerse, como se creia, iba á visitar á sus otras amigas las modistas, pues sus ocupaciones del escritorio y de formar una clientela futura, no le impedian hacer la cama á alguna modista rica, aunque vieja, con el cristiano intento de soplarle el capital.

En el cultivo de esta otra clase de relaciones que podian dejarle un buen provecho, pasaba la segunda parte de la noche.

A casa de las mas accesibles, llevaba fiambres y vino, improvisando alegres y memorables cenas que le daban un prestigio de gran señor.

Los timbres postales sustraídos á la correspondencia eran los que cubrian los gastos extraordinarios.

Su sueldo se dividia religiosamente entre las francasas que le daban de comer y el sastrero que lo vestia.

Porque Lanza por nada de este mundo abandonaba el cuidado de su persona exterior.

Siempre andaba correctamente vestido y hasta con lujo.

—Estas son las ventajas de la vida arreglada, decia á sus compañeros de escritorio, de manera que lo oyera Caprile.

Lo que ustedes gastan en teatro y farras de todo género, yo lo gasto en ropa, porque me gusta andar bien vestido.

Ya tendré tiempo de divertirme, no hay cuidado, ahora solo debo pensar en trabajar y tener contentos á mis patronas.

Es que su famoso exterior era con lo que Lanza contaba para todos sus propósitos amorosos.

En casa de Cánepa, le servia para aparentar una vida arreglada y juiciosa, que le daría un triunfo seguro en sus planes amorosos matrimoniales.

Con las modistas, aquel exterior paquete le daba un aspecto de hombre de posicion desahogada, que podia atender cómodamente hasta las frivolidades de la vida de soltero.

Habia una modista vieja en la calle de las Artes, á quien Lanza habia puesto sus puntos de explotacion.

Sabiendo que Lanza estaba en una gira de giros, la vieja le habia encargado varias veces la remision de dinero, que Lanza tuvo cuidado de hacer religiosamente, trayéndole la contestacion tan pronto como habia llegado.

Era esta una cliente segura para el porvenir, y cliente importante, porque podia recomendarlo á otras modistas y amigas que remitieran dinero.

Pero esto no era bastante; Lanza queria asegurarla amorosamente y hacer suyo la mayor parte del capital de la vieja.

—Si yo llego á pescarla, decia, no me ha de suceder lo que con doña Emilia, no hay cuidado! no me he de meter en enredos que me hagan perder la masa de trabajo que me hizo perder aquella mentecata con quien me metí en mala hora.

Pero la vieja era mas despierta que un zorro, y aunque le halagaba profundamente el cariño que el jóven le demostraba, este halago no era suficiente para hacerle perder el juicio y la bolsa.

Tenia en Lanza la confianza suficiente para encargarle la remision de cualquier suma de dinero, sin exigirle el menor recibo ni constancia.

Pero una cosa era darle dinero como banquero, para remitir á Europa, y otra cosa era dárselo como amante y para que le diera el giro que quisiese.

Lanza tenia que ser rigurosamente íntegro en toda remision de dinero que se le confiase, porque esto estaba en sus intereses y en el crédito personal que debia hacerle á su futura casa, así es que sin peligro de ningun género podia confiársele toda clase de intereses.

Pero él queria disponer del capital de la vieja, no con intencion de quedarse con él por el momento, sino porque aquel capital le habria servido para establecerse de una manera segura y rápida.

Pero la vieja no queria entender sus indirectas y hábiles insinuaciones.

—Su capital bien girado, le decia, puede darle mayores utilidades que la casa de modas; para hacer producir al dinero, no hay como el dinero mismo.

Pero la vieja sonreia astutamente, diciéndole aquello de "mas vale pájaro en mano que buitre volando."

Es que aquel capital, para formarlo, le habia costado veinte años de trabajo impropio y asiduo y no queria arriesgarlo en una especulacion, no porque no tuviera confianza en Lanza, sino porque no la tenia en ningun género de especulaciones.

La buena vieja habia tenido por marido á tal lámina, que la habia curado de especulaciones y negocios.

Escuchaba con sumo agrado los amores del jóven, se dejaba querer en todos los tonos, y correspondia á aquel amor con todo género de atenciones cariñosas, pero nada mas.

Eso de especular con el dinero ganado á fuerza de tanto trabajo, no estaba en sus libros.

Lanza se desesperaba y trataba de estudiar el lado flaco de la vieja para entrarle por allí, pero todo era inútil.

Una vieja que no la vence el amor de un joven interesante como Lanza, no la vence nada en esta vida.

Peró Lanza no era hombre de abandonar su presa á dos tirones, ni de renunciar á un proyecto cuya realización podía ser la realización de sus sueños, si la vieja consentía solamente en que le manejara su capital.

Entretanto iba aumentando día á día el capital de estimación y aprecio que le tenían en casa de Caprile, y el cariñoso interés con que lo trataban en casa de Cánepa, donde estaban los verdaderos intereses de su corazón.

Por supuesto que no por eso se descuidaba en la formación de la clientela segura para lo que él llamaba su futuro Banco.

La mayor parte de la mañana estaba solo en el escritorio, pues él lo abría bien temprano so pretexto de trabajar en los libros.

A esa hora de la mañana caían los clientes que tenían ocupado su día en el trabajo.

Y este era el tiempo que aprovechaba para todas sus maquinaciones diabólicas, cuyo fin era el de prepararse una clientela.

En tres meses de escritorio, Lanza había adquirido una práctica fabulosa en el manejo de los negocios, conocía todas las especulaciones á que estos se prestaban, y hasta tenía pensados mil otros negocios en los que la casa no especulaba, porque le sobraba trabajo.

Ascendiendo poco á poco, Lanza había llegado hasta recibir el dinero para los giros, siendo sus apurtes y operaciones tan claras, que podían verse al primer golpe de vista, con solo mirar su libro que estaba siempre al día.

En el negocio de las letras, él hacía sus pequeñas especulaciones por su cuenta, que le daban buenos resultados para sus entradas extraordinarias.

Daba por ejemplo dinero de menos en cantidades gruesas que devolvía.

Si el cliente se apercibía y reclamaba, Lanza decía:

—Tenga paciencia, que cuando balancee la caja á la tarde, ha de aparecer de más el dinero que le he dado de menos.

Y como en el balance aparecía la suma, la restituía íntegramente.

Si el cliente no se apercibía, era una utilidad que ingresaba á sus fondos particulares.

Estos golpes no los repetía con demasiada frecuencia, pues la frecuencia era muy bien una delación ó un alerta sospechoso dado á clientes y patron.

Solo lo hacía en las letras muy valiosas, en cuyo vuelto una falta de dinero podía muy bien disculparse, mas en los días de mucho despacho.

Así cuando alguno se presentaba al escritorio diciendo que el joven le había dado dinero de menos, ni el reclamante ni nadie sospechaba que aquello pudiera ser intencional, menos oyendo á Lanza que respondía muy tranquilamente:

—No digo que no, puede ser muy bien, porque ni el Papá mismo es infalible, aunque pretenda serlo.

Tenga paciencia hasta la tarde en que balancee mi libro; él me dirá si me he equivocado en mi cuenta.

Y al practicar aquella operación con la mayor tranquilidad, se le sentía esclamar:

—Decididamente soy un animal, un gran animal y merezco que me lo digan á cada momento.

Aquí está el dinero que he dado de menos.

Y cuando volvía el cliente se lo devolvía propinándose los mas duros calificativos.

—No se trate así, amigo, le decía el cliente mortificado con aquella aparente aflicción, cualquiera se equivoca en una cuenta.

—Pero ese cualquiera es siempre un bruto, decía Lanza y dá lugar á que se crea otra cosa.

Caprile tenía tal confianza en el joven, que nunca revisaba su libro: era preciso que él se lo mostrase y lo obligara á verlo.

Por el lado del escritorio, Lanza estaba asegurado y por el lado de los clientes mas aún, porque estos le tenían una confianza ilimitada y creían con un evangelio lo que él les decía.

Había entre ellos un napolitano muy desconfiado y tacaño, que en cuestiones de dinero no se tenía fé ni á sí mismo.

Era este un jorobado que tenía cincuenta oficios y vivía en la mayor miseria para hacer economías y juntar dinero, que remitía á Europa por la casa de Caprile, pues no tenía confianza ni en el mismo Banco de la Provincia.

Antes de entregar á Lanza el dinero, lo contaba cincuenta veces y de cincuenta modos distintos y asimismo nunca estaba conforme, siempre temía haberse equivocado.

Lanza se propuso vencer la desconfianza del jorobado, y muy pronto llegó á ello, con general asombro, pues muchos habían ya renunciado á entenderse con él por avaricia desmedida.

Entregaba su dinero y lo seguía en los manos del dependiente hasta el cajón, obligándolo á sacarlo muchas veces, para hacer un recuento.

Lanza se reía mucho del jorobado, y le decía que era necesario que tuviera confianza en él que era mas práctico y menos susceptible de equivocarse, porque no solo tenía mas práctica sino el control de sus libros que le rectificaban cualquier error al interrogarlos en su balance.

Pero el jorobado se desentendía de estos argumentos y seguía siempre en sus febriles recuentos.

Una tarde de mucho apuro, el jorobado le dió cuatrocientos patacones para remitir, suma que había contado tantas veces que sabia de memoria la clase de billetes que la componían.

Lanza tomó la suma, la contó rápidamente y la echó al cajón.

Pero como si tratara de rectificar algo, la sacó en seguida y se puso á contarla nuevamente.

Vispera de paquete, había ese día mucha gente delante del mostrador.

Viendo el jorobado que el joven recontaba el dinero con cierta atención, le dijo sonriendo:

—No te aflijas, que lo he contado yo, y mas fácil es que haya dinero de mas que de menos.

—Precisamente por esto recuento, dijo Lanza, porque si dices que me más cuatrocientos patacones, hay dinero de más.

Al oír esto el jorobado abrió enormemente sus ojos y los fijó en los billetes, diciendo:

—No puede ser, sería la primera vez de mi vida que me sucede semejante cosa.

Lanza estrujó entónces dos billetes como si tratase de despegarlos y una vez logrado esto, apartó un billete de doscientos pesos.

Concluido el recuento dijo al jorobado: pues ahí tienes, mi amigo, ese billete está de más.

El jorobado tomó entónces el dinero con ademán tembloroso y lo contó á su vez, hallando el mismo resultado, doscientos pesos de más.

Entónces miró á Lanza, espresando en aquella mirada toda la suprema admiracion que sentia, y le dijo:

—Pues amigo, es usted el hombre mas honrado que he conocido en mi vida.

Y como quien dá un pedazo de cielo, sacó del bolsillo del chaleco veinte y cinco pesos que dió á Lanza, diciéndole: partamos la diferencia, estas acciones no deben quedar sin recompensa.

Como Lanza rehúsara la dátiwa alegando que no habia por qué hacer semejante cosa, el jorobado pensó que seria por poco y dobló la suma.

Pero su admiracion no conoció límites cuando sintió que el jóven le decia:

—Mi integridad está ya pagada con mi sueldo por el señor Caprile, y yo no admito dádivas por cumplir con mi deber.

El jorobado guardó su dinero y desde aquella dia miró á Lanza con un respeto fabuloso.

Un mes despues de esto, el jorobado llevó cinco mil pesos para ser remitidos á Europa.

Lanza tomó el dinero y lo echó sin contar al cajon.

Sabia que el jorobado era muy avaro, pero muy íntegro.

—Disculpa que no cuento, le dijo, porque estoy muy ocupado: ya lo habrás tú contado.

El jorobado sonrió y dijo: no hay cuidado, no has de volver á hallar dinero de más.

Dos dias despues, cuando el jorobado fué por el recibo que Lanza no habia podido darle aquel dia, casi se cayó de espaldas al oír que el jóven le decia:

—Aquí tienes el recibo y estos cien pesos que venian de más, como la vez pasada, en dos billetes pegados.

Con qué diablos aprietas el dinero que así está pegado?

Aquel era el colmo de la honradez.

Devolverlo dinero cuando Lanza podia haberse quedado con él sin que nadie lo sospechara siquiera, era para el jorobado una accion incomparable.

Y tal fué su asombro, que á pesar de su proverbial miseria, quiso regalar á Lanza aquellos cien pesos, diciéndole: guárdelos, porque me enoja.

—Aunque te enojos no los tomo, he cumpli-

do con mi deber y ya te he dicho que para eso me paga mi patron.

No habiendo en el escritorio mas que el jorobado, aquella negativa de Lanza no podia ser por temor de que lo vieran, sino por pura honradez, y el jorobado desde aquel dia tuvo en Lanza mas confianza que en sí mismo.

Si Lanza le hubiera dicho faltan mil pesos en tu dinero, los hubiera pagado sin vacilar.

—Tu confianza me onesta trescientos pesos, decia Lanza para sí, pero los doy por bien empleados, pues los que vean que tú me tienes tal confianza, ni en sueños podrán dudar de mi integridad.

Porque aquellos dos errores del jorobado habia sido una especulacion de Lanza para granjearse la confianza del jorobado.

Y habia puesto de su bolsillo aquellos dos billetes que aparecieron de más en las dos cantidades.

Para que el jorobado se equivocara en su contra hubiera sido necesario que hubiese perdido el juicio, y no presentaba ni unguen sintoma de locura.

Y nadie podia sospechar que aquello habia sido hecho espresamente, porque al mas perspicaz hubiera escapado el interés que en hacerlo tenia Lanza.

Su fama de honradez fabulosa cundió por toda aquella gente obrera é quien el jorobado referia el cuento lleno de admiracion, y aquellos fueron otros tantos clientes del futuro con quienes sin decirles una palabra, podia contar Lanza cuando abriera su famoso Banco en competencia con Caprile, á quien no pensaba dejar un cliente ni para remedio.

El gran escollo donde se estrellaba el ingénio de Lanza era en el bolsillo de la vieja modista.

Todos sus proyectos y combinaciones le salian admirablemente bien hasta entónces.

Solo sus planes sobre los fondos de la modista no le daban un resultado satisfactorio.

Habia llegado á hacerse amar sin otro interés que el de su cariño.

La vieja le consultaba todos sus planes y negocios, siguiendo ciegamente sus consejos.

Cada vez que tenia que enviar dinero, á él se lo entregaba sin el menor recelo, pero tratándose de entrar en especulaciones ó dar dinero al jóven, ya era otro cantar.

La mujer se mostraba mas agarrada que garrapata en la oreja de un perro.

—Basta con las especulaciones en que me metió mi marido, le decia, y sin las cuales hoy yo seria riquísima.

No hay mejor especulacion que el Banco, créeme, y si dispones de dinero propio sigue mi consejo.

Debía sea muy agarrada la vieja ó muy escamada, cuando á pesar de su situacion respecto á Lanza, á pesar de estar perdida de orgullo por el amor del jóven, le hacia hasta resistencia en sus intereses.

No por esto se acobardó Lanza ni renunció á sus planes.

Por el contrario, hizo con la vieja todo el aparato posible para convencerla de su amor profundo, y especulativamente no le habló jamás una palabra de intereses.

—No hay nada que venza á la constancia mia, pensaba, ella caerá cuando menos lo piense y caerá en toda regla.

La tengo amarrada por el lado del corazón, que era lo mas difícil, lo demás vendrá por sí solo.

La vieja es astuta y desconfiada, pero si he vencido la desconfianza del jobado, con mas razon he de vencer la de la vieja cuando apele á mis grandes recursos que aún no me conviene poner en juego.

Y siguió visitando asiduamente á la vieja y regalándole flores y perfumes, mientras ella le regalaba algo mas sólido.

Tenia su encanto y su orgullo en la paqueteria de Lanza, le gustaba enormemente verlo vestido con aquella correccion y le habia regalado un riquísimo reloj y un anillo con brillante, que Lanza tenia muy buen cuidado de no usar sino cuando iba á visitarla.

Todos sabian que él no podia gastar en esas prendas y trató siempre de ocultarlas.

El amor de la vieja fué el golpe de gracia para las planchadoras de fino, que no lo veían sino muy de tarde en tarde, porque todo su tiempo lo dedicaba al amor de la vieja modista.

Sin embargo las planchadoras de fino no por esto se mostraban mayormente irritadas.

Cuando se presentaba Lanza en la casa, era siempre el bienvenido, todo para él eran buenos modales y atenciones.

Es que Lanza, si faltaba en persona, no faltaba en dinero al fin del mes, pues aquellas mugeres le cuidaban la ropa y era siempre un refugio que tenia para huir á cualquier calamidad que pudiera sucederle.

Por esto no queria dejar de llenar con ellas sus modestos compromisos y tener seguro aquel refugio contra cualquier contratiempo.

Lanza se habia hecho de muchos amigos en el escritorio de Caprile, pero aunque á todos atendia cariñosamente, no tenia mucho tiempo que dedicarle, porque el día lo ocupaba en absoluto en sus ocupaciones y la noche la reparaba en aquellas visitas que le conocemos.

Amigo íntimo de algunos cronistas de diarios nunca le faltaban un par de entradas á los teatros con su correspondiente asiento, que distribuía por turnos entre la modista y las planchadoras, haciéndoles creer que las habia comprado espresamente para ellas, porque la funcion era buena.

Siempre en su mania de ocultar las diversiones á que asistia, él no iba al teatro sino á la hora de salida para acompañar á las invitadas hasta su casa, haciéndoles creer que habia estado sumamente ocupado en el escritorio, lo que realzaba el mérito de la invitacion.

Con muchos clientes de la casa de Caprile, colocados en el comercio, mantenía amistad estrecha, pero tenia buen cuidado de mostrarse con ellos lo mas sério que le era posible y hombre absolutamente de trabajo.

No habia una sola persona que lo conociera, que no se asombrara de su dedicacion al trabajo y de su conducta ejemplar, porque jóven, paquete y buen mozo como era, tenia todos los elementos necesarios para haber llevado una existencia felizmente galante.

Esto era la disculpa á muchas cosas, del dinero que gastaba y al lujo relativo con que andaba, porque entonces podia decir que cuanto ganaba se lo echaba encima.

El señor Caprile seguia cada vez mas contento de su dependiente, por sus excelentes disposiciones y por su conducta invariable é intachable.

Sus clientes se entendian con él en preferencia á ningun otro, y sus obligaciones eran siempre correctamente cumplidas.

Es que Lanza tenia un doble motivo, una doble razon para portarse bien.

Primero, la conveniencia del momento, de conservar el empleo en el escritorio é ir prosperando en él, y segundo que su conducta presente seria su crédito para el futuro y la base en que reposarian los grandes negocios que proyectaba.

Aquel negocio era soberbio, con solo una buena conducta tendria cuanto quisiera, y podria disponer de sumas incalculables, pues era el crédito que tuviese y la confianza que inspirara, lo que habian de llevar á su escritorio el dinero.

Por esto es que ya la cuestion de capital no lo preocupaba tanto como al principio.

El verdadero capital estaba en sus clientes, y estos no se atraian con dinero sino inspirándoles una confianza absoluta.

Al mismo tiempo que preparaba sus clientes aquí, era necesario que preparara los correspondientes con quienes habia de entenderse en Europa, y esto tambien lo hacia con cierta habilidad.

Ciertas cartas que le encargaba escribir su patron, las escribia dobles, para firmar él una é irse haciendo conocer de esta manera, independiente de toda confianza en una casa de tan vasto crédito.

Otras cartas las escribia por cuenta propia y mandaba bajo su firma y directamente, las sumas que le entregaba la vieja modista y otras que le eran encargadas por intermedio de esta.

Así se iba haciendo conocer poco á poco, de manera á poder entenderse directamente con las relaciones comerciales del señor Caprile, á quienes su firma y sus órdenes no las tomarian de nuevo.

A su familia le habia escrito ya, exagerando su posicion comercial y social.

—Soy un comerciante de importancia, le decía, y la fortuna me sonrie de todos modos.

En cuanto pueda desenvolverme un poco de mis negocios iré á hacerles una larga visita al mismo tiempo que visite las personas con quienes mantengo relacion comercial.

Era imposible prepararlo todo con mayor habilidad que lo que lo hacia Lanza.

La cuestion era ahora, cuando lo tuviera todo preparado, poder salir honradamente del escritorio y en buena armonia con el señor Caprile,

para que aquel no pudiera enrostrarle nada y no tuviera motivo para desao creditarlo en su negocio.

Más práctico que todos los otros dependientes, en el manejo de la casa, no tendría la menor dificultad en la suya, pudiéndola hacer trabajar como una casa vieja desde el primer momento que la estableciera.

Las cosas que de más necesidad podían serle en los primeros momentos, como sellos postales y letras en blanco, los iba tomando lentamente del escritorio y acopiándolos en su casa.

Y como su salida de la casa podía tener lugar de un momento á otro, había alquilado dos piezas en la calle de Tacuarí, 81, piezas que había ido amueblando lentamente, para darles el aspecto de escritorio á una y de habitación á otra.

Cuando algun cliente tenía alguna dificultad pequeña que él trataba de hacer muy grande, le decía:

— Vaya esta noche á mi escritorio, Tacuarí, 81, y allí le allanaré toda dificultad.

El cliente iba y Lanza le arreglaba su dificultad, con tanta complacencia y tino, que lo dejaba prendado.

Muchos preferían ir directamente á su escritorio á arreglar sus negocios, porque lo hacían con mas comodidad y sin imponer de ello á tanta gente como se reunía siempre en el escritorio de Caprile, quien jamás pudo sospechase del juego de entretelones que le hacia Carlo Lanza.

Como iba á sospecharlo si la primer condicion que imponía á la gente que servía era la de que guardasen la mayor reserva?

Y con ellos desacreditaba hábilmente la casa de su patron para recomendar la suya.

— Allí les cobran una comision enorme por cada giro, les decía, y esto es casi una explotación.

Estoy deseando abrir mi casa para que puedan palpar con hechos lo enorme de los precios que les cobra Caprile.

Muchas veces á mí mismo me dá pena hacerles los descuentos que cobran allí, pero no me es posible conducirme de otro modo.

Como yo no soy el dueño de la casa, no puedo hacer rebajas por mas deseos que tenga, porque tengo que ceñirme á las órdenes recibidas, si no quiero que me echen á la calle, lo que me perjudicaría en mi crédito de negociante.

De todos modos, cuando sepa que yo he abierto casa y que no cobro la barbaridad de sus comisiones, me va á hacer la guerra.

Pero esto poco me importará, porque ya ustedes conocen el motivo y me conocen á mí lo bastante para tenerme confianza á pesar de todo lo que se diga.

De este modo Lanza paraba con anticipacion todos los golpes que pudieran dirigirle, desde que ellos nunca podrian dirigirse contra su crédito ni conducta.

Era en los clientes nuevos, sobre todo, entre los que Lanza tenía mayor influencia, conquistada con su mas hábil procedimiento.

Cuando aparecía algun cliente nuevo á tomar informaciones sobre remision de dinero ó encar-

gos á Europa, Lanza lo mandaba á su escritorio, donde le daría, decía, toda clase de informaciones, haciéndole presente la manera mas cómoda y económica de mandar su dinero.

Si usted no tiene mucho apuro, le decía, dentro de algunos meses se lo podré enviar yo mismo, porque estoy arrojando un servicio de corresponsales.

Ahora, si usted está apurado, yo le haré la primer remesa por el escritorio donde estoy empleado.

Le costará un poco mas, pero el dinero irá pronto y seguro.

Y previo discurso de no decir nada á nadie, pues no queria aún enemistarse con la casa en que estaba hasta que abriera la suya, despedía al nuevo cliente que salía prendado de los modos atentos y agradables de Carlo Lanza.

Algunos hacían su remesa por la casa de Caprile y por intermedio del mismo Lanza, y otros se resolvían, no estando apurados, á esperar que éste abriera su casa bancaria.

Entre los vueltos que podía morder, algo de más que cobraba á los poco prácticos y su negocio de las estampillas, se juntaba una buena mensualidad, que á veces le alcanzaba para gastar y aún guardar un poco.

Y como todo aquello era hecho con suma habilidad, no podía ser pillado en manera alguna.

En las cartas que escribía á Europa valiéndose de su posicion de empleado de Caprile, tenía buen cuidado de indicar su domicilio de la calle Tacuarí, para evitar así que una carta abierta por error ó por intencion fuera á descubrir el vasto plan de sus operaciones extra legales.

Cánepa, que cada vez tenía mas motivos de aprecio por Lanza, lo recomendaba continuamente á sus patrones, haciéndole entrever un buen porvenir en la casa de Caprile, porque á él mas que á nadie ocultaba el jóven su proceder poco correcto.

Como iba á sospechase Cánepa los enredos de Lanza, si éste aparentaba pasar en su casa el tiempo que le dejaba libre el escritorio?

Así Lanza era para ellos el colmo del juicio y de la conducta tranquila, lo que los asombraba enormemente dada la edad del jóven y su modo de ser eminentemente alegre.

Era realmente un fenómeno que un jóven de aquellas condiciones no fuese al teatro, ni á bailes, ni á centro alguno de diversion.

Como se habrian quedado si hubieran visto á Lanza en un diálogo amoroso con su vieja modista, tratando de seducirle el bolsillo!

Lanza habia comprometido en esa aventura, no sólo el amor al dinero de la modista, sino su mismo amor propio, por lo mismo que la mujer se resistía de aquella manera.

Estaba enamorada de él al estremo de regalarle alhajas de valor, tenía en él una confianza absoluta, puesto que sin recibo alguno le confiaba sumas de dinero para remitir á Europa, ¿por qué no le aflojaba tambien la jareta de la bolsa?

Y Lanza se hacia esta pregunta y no podía conformarse con su impotencia á este respecto.

Y por mas que le estudiaba á la modista sus lados vulnerables, no podia dar con el que debia abrirle la bolsa.

Él no necesitaba dinero para el hecho material de abrir su casa, porque ya hemos visto que habia preparado los clientes y las cosas de tal manera, que sin un centavo en el bolsillo hubiera ganado dinero desde el primer dia, sin contar que las primeras sumas que se le confiaran, las podia haber girado á su gusto y conveniencia, demorándolas un poco de tiempo, el suficiente para servirse de ellas sin perjudicar su crédito.

Él hubiera deseado un capital de cierta importancia para remitirlo como adelanto á las ca-

sas de crédito en Italia contra las que pensaba hacer sus giros.

De este modo su casa habria podido funcionar desde el primer momento como una casa vieja, sin entorpecimiento de ningun género y con tanta rapidez como la mejor montada.

Por esto hacia el amor á la bolsa de la modista, pues este dinero le hubiera servido para ese provechoso fin.

Al fin se convenció que toda gestion en este sentido era perfectamente inútil y se dedicó solo á la pequeña explotacion de los regalos que aquella le hacia y lo que podia chuparle en la remision de los fondos que le daba.

Tocante á capital, no habia que tener esperanzas.

LA ÚLTIMA ESPERANZA

Así Lanza se habia concretado á seguir haciendo méritos en la casa Caprile, por lo que convenia á sus intereses del momento y los del futuro, convencido de que un capital era cosa imposible de conseguir para él.

Su única esperanza habia sido la modista, pero esta esperanza se habia desvanecido al fin.

Era la modista, tocante á intereses, el sér mas raro y mas práctico con que habia tropezado Lanza en su vida.

Lanza, convencido intimamente de que sus negocios tenian que darle un resultado brillante, no habia pensado en estafar á la modista en su dinero, hagámosle justicia.

Él se proponia emplear ese dinero en establecerse de una manera sólida y tener aquel dinero en su poder haciéndolo ganar intereses bárbaros.

Para qué cometer una estafa que podia perjudicar enormemente su crédito, cuando por el buen camino podia llegar al mismo fin, la fortuna?

Resuelto á tantear todos los medios á su alcance antes que darse por vencido, una vez que se convenció que la modista no le aflojaría la mosca por nada de este mundo, se resolvió á herirla en la parte que creyó vulnerable á todas luces, el único medio posible y seguro de agarrar la plata de la modista: el matrimonio.

Qué vieja de este mundo resiste á una proposicion de matrimonio hecha por un hombre jóven y buen mozo?

El medio era caro, pero en cambio, de una seguridad indudable.

Si la vieja lo queria al estremo de haber sido su amante, arrojando hasta la crítica silencio-

sa pero dolorosa de sus oficialas, cómo no habia de quererlo como marido?

Lanza estaba seguro que con la sola proposicion la vieja se volveria loca de alegría.

Una noche en que habian cenado óptimamente despues del teatro, Lanza, en seguida de haber hecho á la vieja una poética manifestacion de su cariño, que aquella escuchó en un verdadero éstasis, le dijo que habia resuelto casarse, porque aquella vida no convenia en manera alguna á un hombre sério como él, que tenia entre mano negocios de cierta magnitud, y que pensaba establecerse como banquero.

La pobre vieja, que estaba lo mas agena de este mundo á los proyectos del jóven, rompió á llorar de una manera conmovedora.

Una noticia como esa, dada así á quema ropa, tenia que producirle un efecto desastroso.

Porque, como era natural, se figuró que Lanza le daba parte de su casamiento con alguna otra mujer cuya edad armonizaba con la de Lanza, y por eso habia tratado de endulzarle la píldora con aquella manifestacion de cariño que acababa de hacerle.

—Pero, por qué lloras? preguntó Lanza afigido, sin comprender en el primer momento la causa de aquel dolor.

Por qué lloras mi alma, cuando mi noticia debia haberte producido un placer inmenso?

Ó acaso no me quieres, y todos tus cariños habian sido fingidos?

Asnas acaso á otro, que vale para tí mas que yo?

Y le echó una mano al cuello, abrazándola tiernamente.

— Ingrato, ingrato y bárbaro! exclamó la vieja saltando toda la fuerza de su llanto.

Me vienes á dar la noticia de que te casas, y no quieres que llore!

Me crees acaso una persona sin corazón, ó crees acaso que mi edad madura me impide tener sentimientos y amor propio?

Quieres acaso que de puro placer me comprometa á hacer el ajuar de tu novia?

—Tonta! tonta celosa! exclamó Lanza al fin, comprendiendo la causa de aquella desesperación y aquel llanto.

Cómo te figuras después de lo que te he dicho que había de venir á darte la noticia de que me caso con otra?

Es contigo, tonta, contigo con quien he resuelto casarme, porque he comprendido que nadie ha de tener por mí el cariño que me profesas, y de que todas las cosas deben tener su compensación en esta vida.

Es á tí, querida mía, á quien pienso hacer mi esposa, la compañera tierna y apasionada de mi existencia.

Al oír aquella manifestación que no esperaba y que venía á ser un contraste tan poderoso con el dolor sentido un momento antes, la pobre mujer quedó aturrida, al extremo de no saber lo que le pasaba.

Su mirada se dilató como la de un loco en la contemplación del joven, se pasó la mano por la cabeza en ademán violento, y como si dudara de su juicio, no supo qué responder.

—Tú casarte conmigo, tú mi marido! exclamó al fin con voz entrecortada por la emoción; y se echó en los brazos del joven, dominada completamente por la emoción que sentía.

—Y qué tiene de asombroso? preguntaba Lanza emocionado á su vez al ver que su tiro había dado en el blanco.

Estoy persuadido de la fuerza de tu cariño, que vengo observando desde el día en que me lo demostraste por vez primera; veo que nadie ha de quererme como tú y de que yo no puedo querer á nadie como á tí y me caso contigo.

Qué cosa mas natural y mas lógica?

Es la compensación á tu cariño y á tus bondades, y si algo siento es no poder elevarte á una posición mas elevada.

La pobre mujer estaba como idiotizada, no podía darse cuenta de lo que pasaba por su espíritu y miraba á Lanza de una manera suprema, preguntándose si el vino podía haber influido algo en aquella extraña é inesperada resolución.

—No me engañes, le dijo, no me engañes, te lo pido por lo que mas quieras en el mundo, porque no sé hasta dónde me llevaría el desencanto de una desilusión tamaño.

—Y con qué objeto había de engañarte? con qué interés había de decirte semejante cosa si ella no fuera una resolución inmutable?

No te he dado ya las razones que me impulsan á hacerlo?

Me caso contigo porque debo hacerlo, porque te quiero con toda mi alma y porque no me con-

viene la clase de vida que llevo así, vida que puede perjudicarme en mis negocios.

La modista quedó como abismada en sus pensamientos.

La impresión del momento empezó á ceder al campo á su buen juicio y pensó que aquello no era ni natural ni lógico.

Un hombre joven y hermoso como Lanza, de talento y en vísperas de tener una posición importante, no podía casarse con una mujer vieja relativamente para él, y sin ningún atractivo que sirviese de disculpa á una resolución de aquella magnitud en la vida de un hombre.

Solo el deseo de poseerla en absoluto, el temor de verse pospuestos y hecho á un lado por otro, podía hacerlo tomar una resolución semejante.

Pero el joven, que reinaba en su espíritu de una manera absoluta, que sabía que ella lo amaba de una manera suprema y que no podía tener una competencia ventajosa, no estaba en aquellas condiciones.

No tenía necesidad de sacrificar su libertad y su porvenir para obtener una cosa que sin necesidad de aquel sacrificio poseía incuestionablemente.

Ninguna ventaja podía reportar de aquel desigual matrimonio, y era esto lo que la obligaba á pensar de aquella manera y buscar la causa de un proceder tan extraño é inesperado.

Y pensando con cierto criterio, no encontró mas explicación á aquel matrimonio que su dinero, su fortuna, que era lo único de que Lanza no disponía y de lo que solo sería dueño casándose con ella.

Desde que encontró aquella explicación perfectamente lógica, la modista se puso en guardia, y sin disminuir la manifestación del agrado que le causaba aquella noticia, dijo á Lanza que era feliz, feliz como nunca había creído serlo, pero sin darle una contestación precisa.

Esto lo atribuyó Lanza al aturdimiento de la noticia misma y no quiso exigir una contestación perentoria que creía no necesitar, pues esto podía dar á sospechar su apuro.

Y siguió hablando en el mismo sentido y haciendo planes de felicidad inmensa, hasta que se fueron á recoger y se durmieron, él mecido por la satisfacción de haber logrado al fin su objeto, ella abrumada por sus cálculos y sus deducciones mortificantes.

La modista era una mujer de un criterio sumamente claro, sumamente razonable, é interesada como una judía.

Escarmentada en su propio pasado, tal vez por aventuras análogas, desde que sospechó el objeto positivo de aquel matrimonio, decidió no consentir en él.

Sin romper con Lanza ni darle á entender que había penetrado en la causa de su proceder, podía muy bien renunciar al matrimonio, haciéndole creer que la misma pureza del amor que le tenía le hacia rechazar lo que era un verdadero sacrificio para él.

Así, cuando Lanza insistió al otro día en su matrimonio, empezó ella á hacerle reflexiones

en este sentido, concluyendo de esta manera:

—Para poseerme por completo no tienes necesidad de casarte, porque es imposible quererme mas.

Necesitaria tener un corazon doble.

Por mí, por asegurarme mi cariño, por compensarlo, no tienes necesidad de casarte con una mujer que dentro de diez años podría ser tu abuela.

Esto es lo que me aterra, Lanza, haciéndome tener un miedo justo y razonable por mi venir.

Si ahora puedes quererme como lo dices y no lo dudo, no sucederá lo mismo en adelante, porque no es natural, y es esto precisamente lo que me aterra.

Jóven y lleno de vida, dentro de diez años, te fastidiarías al lado de una vieja.

Otras mujeres jóvenes y bellas me disputarian tu amor, que tú les darías sin vacilar.

Yo entonces me convertiría para tí en un obstáculo insuperable y llegarías á odiarme y á desearme la muerte.

Esto es lo que me aterra, Lanza, de una manera invencible.

Así, en la situacion en que nós hallamos, yo nunca seré para tí un obstáculo insuperable y no podrás alimentar odio para mí ni deseo de muerte.

De lástima tratarías de engañarme, y en último caso yo tendria un desencanto doloroso aunque previsto, pero como no seria nunca una carga odiosa para tí, no trocarías para mí tu amor en odio.

No me caso, pues, Lanza, en la seguridad de que así soy mas feliz.

Ese matrimonio que me rejuvenece de placer y de satisfaccion, seria el precio de mi felicidad futura.

Lanza quedó helado ante esta manera de raciocinar, convencido de que aquello no era mas que el disfraz de sus pensamientos verdaderos.

Indudablemente la mujer habia penetrado su intencion, comprendia todo el alcance de su cálculo y se ponía en guardia hábilmente, velando su pensamiento con razones de conveniencia para él, cosa que no habria pensado ninguna otra mujer que hubiese estado en situacion igual.

No podia quedarle pues la menor duda de que la modista era invulnerable por el lado del dinero y que era preciso renunciar á tal esperanza al respecto.

En vano quiso convencerla de la pureza de sus intenciones, en vano intentó darle todo género de seguridades, la vieja lo dejaba helado con esta pregunta:

—Qué será de mí dentro de diez años, cuando tú estés en la plenitud de la vida?

No quiero padecer yo por cualquier mocueta que te revuelva los sesos y hasta se burle de mí.

Así, siempre seremos amigos, el desenlace vendrá naturalmente y siempre podré ser tu

amiga sin menoscabo de mi amor propio, porque nadie se podrá reir de mí y de tí mismo.

Lanza no volvió mas á hablar de amor á la vieja, ni de casamiento.

Y si no hubiese sido porque algo le sacaba, hubiera rotó con ella para siempre.

No podia conformarse con haber sido derrotado en todos los terrenos por la prevision de aquella mujer empeñada en guardar su dinero.

Resuelto á no contar mas con aquella esperanza, se abrió una fuente de recursos nueva en el escritorio.

Los clientes nuevos de facha mas infeliz que caian al escritorio con algun apuro, despues de seductores discursos, pagaban una comision de cinco por ciento, comprendida la remesa de dinero y la carta que les escribia para la familia ó sus apoderados.

La comision que cobraba la casa era de tres por ciento, que era la cantidad que Lanza apuntaba en los libros, ganándose un dos por ciento sobre sumas que, reunidas, hacian una cantidad respetable.

Este dos por ciento de diferencia proporcionaba á Lanza una buena suma.

Para que nadie pudiera apercibirse de la cosa y asegurar de paso al cliente, dentro de la carta que se hacia escribir, Lanza ponía un sobre ya preparado para que remitieran la contestacion.

Y este sobre decia: Señor Carlo Lanza, calle Tacuarí 81, para entregar á don Fulano de tal, el nombre del nuevo cliente.

Así todas las contestaciones tendrian que venir á su poder, quedando así el cliente arraigado con él, que era con quien se entendia.

Lanza prevenia que tal vez él tuviera que salir de la casa antes que las contestaciones vinieran, y como estas llegarían rotuladas á él, no podia perjudicarse en nada.

Y ya lo sabian los clientes mismos, porque él se lo habia dicho.

—Si no me encuentras aquí, me encontrarás en mi otro escritorio, calle de Tacuarí 81.

Así se habia preparado Lanza su retirada, porque su último modo de proporcionalarse recursos era sumamente peligroso.

La menor indiscrecion de un cliente, una pregunta casual podia muy bien hacer descubrir aquella diferencia de comisiones y echarse todo á perder, á pesar de la prevision inmensa con que procedía.

Así, si por cualquier indiscrecion salía de la casa, aquella clientela quedaba amarrada á él por las contestaciones.

Su exterior era cada vez mas rumbo y mas importante, lo que ayudaba mas á sus planes, porque un infeliz de aquellos no podia sospecharse nunca que una persona tan espléndidamente vestida los explotase en un miserable dos por ciento de comision.

Concretado á una vida juiciosa, habia dejado de ir á casa de sus planchadoras, aunque sin dejar de atenderlas en sus necesidades, por lo que pudiera acontecer.

Y su noche la dividía en partes iguales entre la familia de Cánepa, donde lo arrastraban inclinaciones de corazón, y su vieja modista donde algo mordía.

Semejante á esos leones que estan encerrados en la jaula y por mas años que pasen siempre andan dando vueltas alrededor de las rejas en la esperanza de poderse evadir, así Lanza giraba siempre alrededor de los bolsillos de la vieja, buscando el modo de entrarlos.

Pero como los loones de la jaula, era para convencerse mas de su impotencia.

La vieja, siempre en su deseo de verlo vestido con elegancia y riqueza, le hacia regalos de ropas y joyas, lo que para él era una gran economía, pues no tenia nada que gastar on el exterior de su persona.

Su sueldo era mas que suficiente para sus gastos, de modo que el producto de sus especulaciones podia guardarlo íntegramente.

Ya no comia en casa de sus planchadoras, sino en la Cruz de Malta ó en casa de la modista, donde era recibido con el mayor agrado.

Así sus amigos de la Cruz de Malta, juzgando por el exterior de su traje, tenían que creerlo un hombre de grandes negocios y de magnífica posición financiera, puesto que por antiguas referencias sabian que Lanza era hijo de una familia rica y él un futuro banquero.

Comia bien y bobia mejor, invitando siempre á sus amigos con notable rumbo.

Quién se hubiera figurado que aquel hombre no era mas que un pelagatos, que lo único que tenia era su sueldo y lo que podia adquirir con sus malos manejos?

Aun diciéndolo, nadie lo hubiera creído.

Lanza buscaba con preferencia la amistad de los corredores de Bolsa, previendo que con ellos tendria mucho que hacer en adelante y que le convenia estar bien acreditado.

Y ya instándolos á unos, ya aceptando invitaciones que ellos le hacían siempre, estaba en contacto con ellos, hablándoles de negocios y de transacciones por crecidas sumas.

Ya Lanza tenia toda la confianza en la casa de Caprile, ocupaba en ella una buena posición y muchos habia que hasta lo creían interesado en ella.

Así es que esto mismo venia á favorecer sus planes ulteriores, porque Caprile no podia tener en aquel puesto sino á una persona de conducta y honradez intachables.

Su posición en la casa de Caprile, puede decirse que era una carta de crédito en blanco fuera de ella.

Lanza se creía pues completamente á cubierto de cualquier fracaso y perfectamente seguro de su porvenir, en el caso que tuviera que salir del escritorio.

UNA BOLADA IMPREVISTA

Un día Lanza se hacia lustrar los botines en uno de los "salones" de lustrador que hay en la calle San Martín.

Estaba en la mitad de la operación, cuando vio pasar por la calle dos mujeres, una de las cuales le parecia de una belleza estupenda.

Desde el primer golpe de vista se comprendía que aquella no era una señora, aunque su facha era muy entonada y vestía con cierto lujo.

Parecia italiana, y su aire, sino distinguido, era bastante completo y aceptable.

Yendo sola, tal vez hubiera podido confundirse con una señora, pero la compañera que llevaba al lado tenia una facha tal, que le hacia perder un cincuenta por ciento de su composición.

Lanza quedó maravillado de la hermosura de esta mujer.

Era sumamente jóven, y sus dos ojos castaños y expresivos, iluminaban su fisonomía de una manera rara.

Lanza se bajó precipitadamente del sillón donde estaba sentado y salió á la puerta.

Las mujeres siguieron por la calle San Martín hasta la de Corrientes y doblaron por esta última en dirección al campo.

Entusiasmado por la belleza de aquella mujer y comprendiendo que eran damas de aventura, Lanza decidió seguir las y averiguar así donde vivían.

No se habia lustrado mas que un solo botín, pero no era posible perder mas tiempo haciéndose lustrar el otro, porque entonces no las podria alcanzar.

Tiró el peso de la lustrada al profesor de charol, y con un botín lustrado y otro sin lustrar, enfiló la calle precipitadamente y dobló por Corrientes hácia donde habian doblado las jóvenes.

Estas no habian llegado á Florida cuando él dió vuelta la calle, así es que pronto le fué fácil alcanzarlas.

Y se puso reposadamente en su seguimiento, tratando de no ser notado.

Mientras mas miraba á la mujer, mayor era su entusiasmo y mayor el deseo de hacer relacion con ella.

Al atravesar la esquina de Maipú, la mujer dió vuelta la cara, notando que era seguida, sonrió dejando ver una dentadura espléndida é hizo un movimiento de suprema coquetería que estremeció á Carlo Lanza en lo íntimo de su corazón.

Aquella mujer era de lo mas bello que habia visto hasta entonces en el género á que él podia aspirar.

No podia equivocarse: tanto el semblante como el aire, tenian una espresion de líneas italianas de lo mas soberbio.

Aquella mujer debia ser italiana, y de lo mas bello de aquella nacionalidad.

La mujer que la acompañaba no era una sirvienta sino una amiga, por el traje que vestía y por la confianza con que con ella hablaba.

Por consiguiente tanto una como la otra debian de ser mujeres de aventura fácil.

Pasada la calle de Esmeralda y como á la mitad de la cuadra, las dos mujeres se detuvieron delante de uno de aquellos casinos que entonces tanto abundaban.

La mujer bella volvió la cara como para observar si aún eran seguidas, y despues de sonreir con una placidez infinita que acusaba la satisfaccion que aquel seguimiento le causaba, entraron ambas al casino, despues de detenerse un momento en la puerta como quien quiere dar á entender que entra á su casa.

Lanza se metió rápidamente como para no ser notado, porque siendo aquellas horas de trabajo, su entrada al casino no podia hacer buen efecto entre las personas que lo vieran.

Desde que salió de lo de la inolvidable doña Emilia, era la primera vez que Lanza entraba á un casino, de modo que la vista de aquel sitio le produjo una estraña emociion.

El recuerdo de doña Emilia y de su ingrata amante lo hizo estremecer de una manera poderosa y quedar pensativo un momento.

Aquellos recuerdos le hacian pensar en las situaciones angustiosas porque habia pasado y en las que iba á crear para él aquella mujer tan bella que lo habia enamorado al primer golpe de vista.

Allí, detrás del mostrador, semejante á un canceberro, estaba la dueña del casino, contemplándolo con su mirada judáica, como estrañando su presencia.

Es que un hombre de su aspecto en un casino á aquellas horas del dia, era cosa poco comun.

Pues Lanza tenia realmente el aspecto de un banquero, por el aire que habia logrado imprimir á su persona y por su traje correcto y rico.

La atencion á un cliente tan delicado era cosa obligatoria, porque son clientes que dejan siempre una buena entrada.

Así es que la patrona salió del mostrador donde estaba encajada y se acercó á la mesa donde se habia sentado Lanza, preguntándole con amistosa sonrisa qué queria que le sirviese.

Para inspirar confianza y recomendarle á la consideracion de la patrona, Lanza pidió dos botellas de cerveza.

Como no era regular que pidiera aquella cantidad de cerveza para los dos, era natural pensar que aquel cliente queria solamente gastar dinero, y un cliente que se anuncia en un casino de aquella manera, se hace acreedor á la mas marcada consideracion.

Mientras la patrona traía la cerveza y repasaba los vasos con su mayor prolijidad, se presentaron en la sala y ya en traje de entrecasa, las dos mujeres que habia seguido hasta allí.

El encanto de Lanza creció de una manera poderosa.

Si aquella mujer le habia parecido exuberantemente bella en su rico traje de calle, en su traje de entrecasa le pareció mas bella todavía.

Ella miró á Lanza con la cariñosa espresion que podia demostrarle una persona amiga, y se le acercó sonriendo y mostrándole siempre su espléndida dentadura.

Y se sentó á su lado saludándolo en el mas correcto y puro italiano.

— Detesto el frio, le dijo Lanza con la misma dulzura del enguaje; detesto el frio, y como he visto que el sol se ponía detrás de esta puerta me he entrado yo tambien para gozar el tibio calor de sus últimos rayos.

Eres tan bella, que si no pareces un astro pareces una cosa mejor todavía: una mujer linda.

Te hubiera seguido hasta el fin del mundo sin mas objeto que decirte esto mismo, si hasta el fin del mundo hubieras marchado.

Si el exterior de Lanza habia interesado á la jóven, aquel bello lenguaje y la espresion de sus ojos celestes la interesaron mucho mas, siendo visible la impresion de agrado que le causaba.

Tutear á una mujer á quien se ha visto por vez primera, es prueba de una gran confianza, que viene á establecer la posicion de cada cual.

Y un hombre de la significacion que Lanza queria aparentar, no podia tratar de otro modo á una belleza de casino.

Si no, no hubiera parecido un calavera de gran tono habituado á aquella clase de aventuras.

Encantada por el lenguaje y la persona, la jóven no trató de disimular el placer que sentía, diciendo á Lanza, algo turbada, que agradecia profundamente aquellos cumplimientos que no merecia.

No debia ser aquella una mujer de sentimientos perversos, cuando en su esprita producian tan bello efecto las frases cariñosas y galantes que acababa de oír.

Luego podia seguir su conquista por aquel

mismo camino, seguro de pisar en terreno firme.

Para meterse á averiguar vidas, no solamente era demasiado pronto en una visita, sino que presente estaba la patrona á quien la cosa hubiera hecho poquísima gracia, y se hubiera puesto en su contra.

Y como Lanza conocia prácticamente la vida interior de los casinos, se guardó muy bien de cometer semejante chambonada, que hubiera puesto en su contra á la patrona.

La cuestion primera era ganarse la benevolencia de esta, lo que no debía ser difícil visto su cara de suprema avaricia.

—El placer que he tenido en encontrarme con un semblante tan bello, dijo Lanza jovialmente, es justo que lo demuestre de alguna manera, haciendo participes á quienes me lo han proporcionado.

La señora me vá á hacer el favor de desalojar la mesa de estas dos botellas y traer en su lugar dos de vino champagne.

Un hombre que de buenas á primeras y con toda frialdad pedía dos botellas de champagne, debía ser una persona rica y generosa.

Así es que la patrona abrió desmesuradamente los ojos y pasó al mostrador á buscar lo que le habian pedido.

—Nada quiero decirte ahora por la clase de testigos que tenemos encima, murmuró Lanza al oído de su bella conquista.

Ya buscaré la oportunidad de decirte todo lo que por tí siento y todo el bien que me causa tu vista y tu compañía.

Ya volveré con mas tiempo y mas comodidad.

La patrona, aunque los vió hablar, nada malo pensó, encontrando muy natural que el jóven diera salida á su entusiasmo en algunas frases amorosas.

—Venga usted á la noche, le dijo la jóven rápidamente, que hay mayor facilidad de hablar, porque ella está mas entretenida; ahora no se nos vá á apartar del lado.

La patrona acudió entónces con el champagne, pedido que destapó alegremente, y la conversacion se hizo general.

Conocedor de los hábitos de casino, Lanza comprendió desde el primer momento que aquella jóven no estaba en la condicion de las demás.

Parecia una mera empleada de la casa tenida para atraer los marchantes y sin las obligaciones degradantes de la generalidad de las empleadas en los casinos.

Esto se conocia en la especie de respeto con que era tratada por la patrona y la inferioridad demostrada por la otra mujer que la acompañaba.

Un conocedor del género no se equivocaba fácilmente y Lanza estaba encantado con aquel descubrimiento.

El solo hecho de salir á pasear, aunque acompañada, demostraba la independencia con que vivía allí.

La conversacion se hizo general é indiferente,

aunque Lanza no apartaba de la jóven sus ojos asombrados.

No era hora ni número para consumir dos botellas de champagne, pero como por el momento el objeto de Lanza era ganarse á la patrona, aunque las botellas contenian mas de la mitad de aquella cidra infame que se vendía bajo el elegante nombre de champagne y á un precio de champagne verdadero, Lanza pidió otras dos botellas.

Con esto queria demostrar á la patrona que no era necesario beberlas ni volcar las copas con disimulo, porque su propósito era gastar dinero.

Así es que la patrona estaba maravillada con el nuevo cliente que se proponia explotar á su satisfaccion.

Si aquello lo hacia á las primeras de cambio, qué seria despues cuando su entusiasmo hubiera aumentado!

—Alégrate no mas, pensaba Lanza, adivinando lo que pasaba en el espíritu explotador de la patrona.

Alégrate no mas, que puede ser muy bien que el champagne te cueste mucho mas caro de lo que parece!

Media hora despues de estar allí y sin que se hubieran aún tomado las segundas botellas, Lanza sacó su rico reloj, miró la hora y declaró que se retiraba á atender los quehaceres de su escritorio, que la belleza de la jóven le habia hecho olvidar.

Pagó rumbosamente el gasto sin mirar siquiera el vuelto, y se despidió hasta muy pronto.

La patrona le hizo mil agasajos y cuando salió se apresuró á tapar las botellas llenas, mientras la jóven salía á la puerta y miraba al jóven con cierta espresion de pesar.

Lanza con sus modales correctos y la forma con que la habia tratado, habia hecho en su espíritu una impresion profunda y cariñosa.

Aquello era natural.

Habituada al lenguaje brusco y los malos tratos de los calaveras que al casino concurrían, la suavidad con que Lanza la habia tratado, tenia que hacerle una grata impresion por la diferencia establecida.

Además, el aspecto de aquel jóven era tan dulce, su trato tan cariñoso, que á la jóven aquello le parecia un sueño.

Lanza que iba dando vuelta el semblante, encantado ante la marcada distincion que importaba la salida de la jóven á la puerta, al doblar la esquina le hizo un espresivo ademán de cariño en señal de despedida, que ella no se atrevió á devolver por la gente que pasaba, y apuró el paso en direccion al escritorio de donde por primera vez faltaba una hora á las de trabajo.

Llevaba la cabeza llena de la bella conquista que indudablemente acababa de hacer.

Porque él no dudaba que la bella jóven se habia enamorado de él al extremo de seguirlo hasta la puerta.

—Famosa conquista, se decia Lanza mientras marchaba al escritorio, famosa y espléndida conquista! si yo llego á enamorar á esa mujer y á

traérmela conmigo, puedo decir que tengo la mujer más linda de Buenos Aires.

Y no me ha de suceder con esta como con la otra, porque he de tomar mis medidas y porque mi situación, gracias á Dios, ha cambiado. Ahora tengo dinero y estoy en visperas de tener más.

Lanza estuvo en el escritorio hasta la hora de comer, porque no queria retirarse sin dejar, como siempre, sus libros en perfecto orden.

Ese dia, en vez de irse á la Cruz de Malta, se fué á comer á otro hotel.

Quería estar solo para pensar en su bella conquista, que le llenaba la cabeza al extremo de no pensar en otra cosa.

Y el pobre Lanza se hacia las ilusiones mas estrañas respecto á aquella mujer cuya belleza lo habia dominado por completo.

—Si yo logro sacarla de allí y traerla conmigo, pensaba, vamos á ser felices.

Ella parece ser una muchacha buena, á pesar de la posición equivoca en que está colocada, y no ha de vacilar en abandonar el casino por venirse conmigo.

Es preciso engañar á la patrona ante todo, para que no me haga oposicion, aunque un poco de oposicion siempre es bueno, porque una mujer cuando vé resistencia á sus deseos, se irrita y trata de vencerla por amor propio, y por capricho.

Cuando Lanza concluyó de comer, con todo reposo para perder tiempo, se metió á una peluquería donde se acicaló y perfumó lo mejor que le fué posible.

Quería estar buen mozo y hacer el mejor efecto posible.

Aquella noche, por primera vez desde que lo conocia, fíltó de lo de Cánepa á su visita diaria y se dirigió al casino, ávido de hablar con su bella, de imponerse de la vida que llevaba y hacerle sus honestas proposiciones.

La jóvenlo esperaba, y esto pudo conocerlo Lanza desde el primer momento.

En cuanto entró en el casino, patrona y muchachas lo rdearon, dándole el más cariñoso tratamiento.

Es claro, un hombre que de buenas á primeras pagaba cuatro botellas de champagne por el solo placer de pagarlas y sin la menor necesidad, no podia ser recibido sino con entusiasmo y muestras de mayor cariño.

Después de estar un momento allí, el jóvenlo vió que aquello no le convenia en manera alguna, porque allí no podia lograr el objeto que lo habia llevado: hablar á solas con la jóvenlo, ni le convenia comercialmente el ser visto por cuantos entraban, cuya atencion debia llamar su exterior sumamente paquete.

En el casino habia tres ó cuatro muchachas mas que no vió de dia, y la concurrencia era bastante numerosa, estando casi todas las mesas llenas.

Así es que llamando á la patrona le hizo una manifestacion de sus temores, tratándola de ganar por el lado del interes.

—Yo quisiera, le dijo, destripar unas cuantas

botellas de champagne con esta jóvenlo que tanto me interesa, pero no me conviene permanecer aquí porque todo el mundo me vé, lo que puede perjudicarme en mis asuntos.

Si me permite pasar á alguna pieza interior donde pueda estar solo, se lo agradeceré.

—Y cómo nó? respondió la patrona deslumbrada ante la frase del champagne: tiene usted mucha razon, llévalo, llévalo Luisa á tu pieza.

Lanza vió el cielo abierto delante de sí, y siguió á Luisa á su pieza después de decir á la patrona:

—Mándenos cuatro botellas de champagne, y espero que la clientela no le impedirá venir á beber unas copas.

La oportunidad no podia ser mas soberbia.

Como en el casino habia mucha clientela, la patrona no podia abandonar el despacho y ellos podrian estar tranquilos y conversar en absoluta libertad, que era lo que él queria.

Pero Lanza no contaba con la avaricia de la patrona, que debia ser la causa de su tormento aquella noche.

Lanza se encontró en la pieza de Luisa, y el aspecto de esta le corroboró su modo de pensar respecto á la jóvenlo.

Todo estaba allí en el mayor orden y arreglo, todo era correcto y decente.

—Me asombra, le dijo Lanza sentándola á su lado, me asombra encontrarte aquí, donde todo lo que te rodea hace contigo un poderoso contraste.

Tú no eres lo que pareces indudablemente, y si yo no me equivoco, este sitio no es para tí.

—Gracias por haberme comprendido, respondió tristemente la jóvenlo.

Yo estoy aquí en completo goce de mi libertad y sirviendo únicamente de atraccion á la gente, porque han dado en decir que soy hermosa y nada mas.

Hago lo que quiero y no estoy obligada á complacencia de ningun género con los clientes.

Qué le hemos de hacer! es preciso buscarle la vida de algun modo y el sueldo que por esto me pagan llena mis necesidades.

Lanza vió con placer infinito que no se habia equivocado y que Luisa no estaba allí en la condicion de las demás mujeres del casino.

Iba á contestar, pero en aquel momento se presentó la misma patrona trayendo las cuatro botellas de champagne y Lanza tuvo que tragarse la frase amorosa próxima á salir de sus labios.

La patrona abrió las botellas, se sirvió una copa llena y se retiró después de apurarla placidamente, diciendo á Lanza que la disculpara, pues tenia que atender á los demás clientes.

—Anda y no vuelvas en tu vida, pensó Lanza, feliz de volver á quedar solo con su Luisa.

—Desearia saber tu historia, le dijo, porque debe ser triste é interesante.

—Mi historia es larga y penosa: muy larga y muy penosa.

Yo vine á América á vivir con parientes cercanos y respetables, pero nuestro génio era distinto, bien pronto rompimos, y en un momento de rabia me fui de su casa.

Me encontré en media calle, sola y desamparada.

Qué podía hacer en situación semejante? Tomé el primer empleo que se me presentó en esta casa, y no me arrepiento, puesto que él me proporciona al fin conocer á un hombre que se apaña de mí.

La conversacion estaba en su periodo más interesante, pero fué interrumpida de pronto y ya para no poderse reanudar más.

La patrona, en el interés de que el champagne se concluyese para que pidieran más, á cada momento mandaba las muchachas á beber ó iba ella misma, de modo que era imposible seguir en la corriente de la conversacion.

Para la patrona, Lanza no era más que uno de tantos imbéciles ricos á quien se le podía sacar dinero con facilidad, y trataba de explotar la veta desde el primer momento.

Lanza comprendió el juego desde el primer momento, pero se encontró en una situación sumamente difícil.

Si dejaba concluir el champagne y no pedía más, para verse libre de visitas importunas y poder conversar á gusto, en el interés de hacerle pedir más, la patrona le enviaria las muchachas á cada momento á hacerle sus insinuaciones de sed.

Y si pedía más se las mandaria con más frecuencia para que lo consumieran pronto y lo obligaran á lo mismo.

Indignada Luisa, que habia comprendido el juego antes que Lanza mismo, le dijo que no queria que pagara mas vino, porque aquello era una explotacion indigna ó irritante.

Este nuevo rasgo concluyó de enamorar al jóven que replicó:

—Pero si es la única manera de poder estar á tu lado! deja que pida.

—Es que de todos modos no vamos á poder hablar, esta gente no se basta nunca y mientras mas pague, mas se meterán aqui y menos podremos hablar.

—Y qué remedio nos queda? si no pido no salen de aqui y la patrona me puede tomar entre ojo.

Al fin y al cabo por unas cuantas botellas de vino estamos solos aunque á cortos intervalos, y aunque mas no sea que mirándote encuentro bien retribuido mi dinero.

—Luisa sonrió tristemente y miró á Lanza con espresion cariñosa.

—Yo no puedo consentir en esta explotacion hecha á mi nombre y por el afecto que usted me demuestra.

De todos modos así jamás podríamos hablar.

Mire usted, yo pasado mañana salgo, podremos encontrarnos donde usted diga y así hablaremos libremente tanto como gustemos.

La proposicion no podia ser mas magna y Lanza la aceptó en el acto.

Felizmente aquel pasado mañana era domingo y podia atender á su entrevista amorosa sin faltar de ningun modo á los quehaceres comerciales.

Lanza, ébrio de alegría, pagó sus seis botellas

consumidas, despues de haber convenido con Luisa que el domingo, á la una en punto de la tarde la esperaria en la plaza del Rótiro con un carruaje tomado, donde podrian irse á pasar y conversar á su gusto.

Eran las doce de la noche cuando Lanza salió del casino y se fué á lo de su vieja modista.

Era preciso seguir engañando á esta en lo posible, porque alguna esperanza tenia en poderla explotar por el bolsillo.

Por ejemplo en un apuro y con una suma pequeña que le pidiera prestada con cualquier pretexto, podria muy bien salvarlo de una mala situacion.

Así es que Lanza queria conservarla como un socorro de último estremo y como una fuente de pequeños regalos que de algo le servian.

Y como si temiera que algo pudiera sospechar, aquella noche fué mas cariñoso que nunca.

Al día siguiente y poco despues de haber abierto su escritorio, se le presentó Cánepa.

El hecho de haber faltado de su casa la noche anterior era tan extraordinario, que solo podia haber sucedido por hallarse enfermo.

Lanza le dijo que efectivamente la noche anterior habia estado enfermo, al estremo que, despues de comer se habia visto obligado á acostarse.

—Hoy mismo yo no debia haberme levantado, pero me pareció mal faltar por una indisposicion que no revestia el menor peligro.

—Eso es una locura, respondió Cánepa, pues la levantada puede costar cara.

—Gracias á que yo tengo una salud de fierro, que si nó, sabe Dios cómo me iria.

Lanza trabajó aquel día con el mismo anhelo de los otros días, á pesar de tener la cabeza medio revuelta por el recuerdo de su bella Luisa.

Nunca un día le pareció tan largo como aquel. Cánepa lo fué á ver entre dia para preguntarle como se hallaba, y lo encontró, según le dijo, radicalmente bueno.

Como Lanza queria disponer de alguna parte de la noche, despues de comer se fué á lo de Cánepa, de donde se retiró temprano.

Temia que si aquella noche tambien faltaba, éste fuera á su casa á averiguar e estado de su salud y lo hallara ausente.

A las nueve de la noche estaba ya instalado en el café de la calle de Corrientes.

Luisa lo recibió manifestándole la mayor alegría.

—Como convinimos en vernos mañana, le dijo, yo no lo esperaba esta noche, y confieso que ya empezaba á arrepentirme de haberle dicho que no viniese.

—Cómo crees que hubiese podido pasar la noche sin verte? preguntó Lanza—por mas que hubiera querido no me habria sido posible; sin saber explicarme cómo, me hubiese encontrado á tu puerta.

La patrona, como era natura, recibió á Lanza con muestras de la mayor alegría, haciéndole pasar desde el primer momento á la pieza de Luisa.

Dos minutos despues, y sin que nalie se las

hubiese pedido, se presentaba la patrona llevándole dos botellas de vino champagne.

Ya lo declaraba marchante oficial.

Lanza sonrió á aquella judía espantable, diciéndole amablemente: pues señor, me ha adivinado usted el pensamiento.

Pero aquello hizo á Luisa una impresion de todos los diablos.

Palideció intensamente y cuando la patrona se hubo retirado, dijo al jóven:

—Esto es infucio y yo no quiero servir de pretexto á tan infame explotacion, no quiero que usted pague mas champagne.

—Pero tonta, si pago el placer de verte y estar contigo!

—Ya nos veremos cuando no tengas que pagar tan caro ese placer.

De todos modos, mientras haya vino en las botellas, para beberlo pronto no nos van á dejar solos, y cuando se acabe, no nos dejarán tampoco, para que pidas mas, eso, si, como ahora, no te lo traen sin haberlo pedido.

—Deja, tonta, una noche mas no vale la pena; será la última.

—No quiero, y si pides mas ó consientes en que te lo traigan, me enojo y lo devuelvo.

—No hagas eso, por Dios, nos echariamos encima el ódio de esa judía por el valor miserable de una botella de champagne mas ó menos.

Consiente siquiera por esta noche, te prometo no hacerlo mas en adelante.

Luisa consintió con visible disgusto y como ella lo habia dicho, sucedió lo mismo que la noche anterior, no pudieron hablar sinó muy pocas palabras.

Cebada y ávida de dinero, la patrona enviaba á cada momento las muchachas á que se bebieran el vino, con el encargo de pedir mas.

Y Lanza, aunque con profundo disgusto de Luisa, se vió obligado á aceptar dos nuevas botellas, que, como las primeras, vinieron sin que las hubiera pedido.

La misma patrona contribuyó eficazmente al consumo de estas últimas.

Y ya se preparaba á completar la media docena, cuando á una indicacion de Luisa, Lanza pagó las cuatro consumidas y se preparó á irse contra toda su voluntad.

—No tendria usted dinero bastante á saciar la voracidad de esta gente, le dijo cuando se hallaron solos, y es preciso que esto se acabe, porque yo soy el pretexto de la explotacion y esto me dá náuseas.

Mañana nos veremos con toda libertad: no quiero que usted vuelva aqui.

Lanza, despues de convenir otra vez en la hora, se retiró considerándose completamente feliz.

La conducta de Luisa no solo le demostraba cariño verdadero hácia su persona, sinó que corroboraba su modo de pensar respecto á la bella jóven.

—No puede ser un espíritu pervertido, pensaba, cuando obra de esta manera.

Hay en su fondo mucha pureza y en su conducta una decencia que está reñida de muerte con el sitio donde se halla.

Cómo estará aquí esta mujer? pronto saldré de la duda que tanto me intriga.

Lanza se fué á lo de su modista, como siempre, y para no darle á sospechar nada, trató de ser lo mas cariñoso que le fué posible, al estrecho que la pobre mujer empezaba á arrepentirse de las sospechas que habia tenido!

Al otro dia muy temprano ya Lanza se hallaba en pié, prestando una salida de paquete.

Y como esto sucedia siempre, la modista no le extrañó, despidiendo á Lanza cariñosamente y conviniendo en que aquella noche la llevaria al teatro.

Lanza se fué á su casa de la calle Tacuarí, donde se hizo la toilette mas esmerada de su vida, perfumándose todo como una dama, y conviniendo al mirarse al espejo, que nunca se habia hallado tan buen mozo.

Su peluquero fué puesto á contribucion en el arte de hermohear, hasta que Lanza se encontró positivamente interesante.

Pero desde aquella hora hasta la una, faltaba mucho tiempo que el jóven no sabia como distraer, pues no acertaba á pensar en otra cosa que en su bella conquista y en contar el tiempo que de ella le separaba.

Se metió en un hotel y almorzó, no porque tuviese apetito, sinó porque era una manera como cualquiera otra de matar el tiempo.

Cualquiera que lo viera con su traje irrepachable, su gran cadena de reloj y su atillo de brillantes, lo hubiera tomado por un fuerte capitalista que vivia de sus rentas.

Concluido aquel almuerzo en que no pudo comer cuatro bocados, Lanza salió á la calle, y empezó á pasear sin rumbo y sin direccion, hasta que, aburrido y mal humorado, regresó á su casa, donde se dió el último golpe de peine, no dejando de mirarse al espejo un solo minuto.

Á las doce y media salió de su casa y tomó en una cochería una volanta de primera clase, cuidando que cerraran bien las cortinillas; y á la una menos diez minutos se paraba en la esquina del Retiro por la calle de la Esmeralda.

UNA HISTORIA TRAGI-CÓMICA

Lanza no quería bajarse de la volanta por temor de ser notado.

Harto debía llamar la atención aquella volanta allí parada, para que él la aumentase con paseos por la vereda ó bajadas y subidas.

—En cuanto venga una persona que espero, dijo al cochero que había olido ya una aventura amorosa, siga no mas por la calle de Santa Fé hasta el Robinson, donde se pára.

El Robinson era un café que existe todavía, especie de hotel campestre á propósito para una aventura amorosa.

Allí caían con frecuencia parejas de novios que iban á ocultarse de miradas indiscretas, ó calaveras que echaban una cana al aire en la mas grata y alegre compañía.

En el Robinson no solo se hallaban todas las comodidades imaginables para huir á todo ojo indiscreto, sino que había allí glorietas perfumadas y poéticas, especie de pequeños paraísos á la francesa que incitaban por sí solos al amor mas profundo.

Unos dueños de casa complacientes y reservados, era la garantía con que novios y calaveras de buen tono, contaban para el misterio que debía envolver toda aventura.

Lanza conocia ya este paraje á donde había acudido con su modista algunas veces y con amigos calaveras otras.

Ningun paraje mas á propósito para conversar plácida y apaciblemente con su bella.

Allí no había de irlo á molestar la patrona con sus botellas de champagne, ni aquel coro de bebedoras infames, que no tenían mas objeto al vaciar una copa, que llenarla de nuevo.

Poco tuvo que esperar Lanza con su volanta, pues si impaciente había estado él, mas impaciente lo estaba su bella.

No era la una todavía, cuando Lanza, que miraba por el postigo de la volanta, vió venir á su ídolo por la calle de la Esmeralda.

Luisa caminaba rápidamente; había visto la volanta y como no podia ser otra que aquella donde el jóven la esperaba, había apretado el paso.

Lanza, con el corazón estremecido de emoción, abrió la portezuela y esperó.

Minutos despues llegaba Luisa, entraba en la volanta, rápidamente y ésta enfilaba por la calle de Santa-Fé.

Lanza no pudo contener una exclamacion de asombro al ver á Luisa en su soberbio traje de paseó.

Se conocia que ella había puestotodo su esmero en embellecerse.

Y en aquella sonrisa plácida y jovial que mostraba sus dientes blancos y brillantes por un esmalte purísimo, se comprendia que la jóven estaba satisfecha de sí misma.

Su traje elegante y de colores frescos, armonizaba artísticamente con el leve y sonrosado color de su piel, de una tersura infantil.

—Bella, exclamó Lanza, bella hasta el asombro; te miro Luisa, y tengo que mirarte mucho para convencermé que no eres una criatura de otra vida mejor.

Me parece que no eres una mujer do la tierra.

Luisa se desentendió de este cumplimiento que llenaba su alma de mujer abandonó su mano á Lanza, que la llevó á los lábios, y dijo:

—Me he tardado un poco porque tuve mis dificultades para salir.

Aquel demonio, sospechando que yo queria salir con alguna otra intencion que la de pasear, queria que una de las muchachas me acompañara.

Y como precisamente mi salida tenia por objeto el vernos libres de testigos, tuve que dar una batalla para salir sola, y apresurar el paso para que no me hiciera segur.

—Pero no eres perfectamente libre? por qué soportas esa vida de prision?

—Porque al fin y al cabo allí tengo un refugio y un sueldo y gozo de absoluta libertad respecto á mi persona.

Pienso que tal vez en otra parte no podria estar tan bien.

Lanza recordó los modales que había visto usar á los señores de Génova en situaciones parecidas y trató de asimilarse á ellos en todo lo que le fuera posible.

—Bella, exclamó otra vez con su expresion mas fina y enamorada, besándole de nuevo la mano.

Eres digna de habitar un astro y te conformas con aquel bodegon infame donde esplotan, volviéndola dinero, la luz que irradia tu semblante magnífico!

No es posible que sigas en esa vida, Luisa; no es posible que sigas sirviendo á la explotacion de la avaricia: desde hoy en adelante es preciso que yo me haga cargo de tu porvenir y te arranque de allí, como se saca una planta delicada de entre los tuyos que le devoran la vida!

—Y qué seria de mí, entonces? sola y disgustada con mi familia que no me quiere, adónde iria á golpear la puerta?

—Qué, tienes familia aquí y te deja en ese miserable abandono?

Eso es imperdonable, Luisa, y debe de tener su castigo en este mundo.

—Es muy triste mi historia, amigo mío! exclamó entonces el joven con una expresión de infinita amargura, y mostrando sobre el magnífico párpado una gruesa lágrima.

Yo estaba destinada á una vida mejor, al lujo y la abundancia, y aquí me tiene usted reducida á una situación desesperante, por maldades y caprichos de mi familia, que ignora hasta que existo sobre la tierra!

—Incomprensible, incomprensible, exclamó Lanza con indignación.

Cuando debieran estar orgullosos de tí, por todos motivos, te abandonan así á la miseria y los peligros!

—Qué quiere usted! yo no digo que no haya algo de culpa mía—quién es aquel qué no tenga algo de que acusarse?

Pero indudablemente no merecía yo el abandono absoluto en que me tienen: se portan mal conmigo.

Iba Luisa á continuar, cuando llegaron al Robinson.

—Aquí, dijo él, aquí podemos almorzar y hablar con libertad.

Tú no debes haber almorzado, y yo, lleno del placer de esta oita, no he almorzado tampoco.

Ella secó las lágrimas que sus palabras y sus recuerdos habían hecho brotar de sus ojos, y ayudada galantemente por él, descendió de la volanta.

En el acto acudió la fondera y llevó á la pareja al interior del hotel.

El traje de Lanza ya hemos dicho que lo hacía parecer un señor riquísimo, y la hotelera no vaciló en ofrecerle la mejor habitación del establecimiento.

Allí estaban con todas las comodidades deseables, sin testigos de ninguna clase ni temor de que alguno viniese á importunarlos.

Lanza pidió á la hotelera los trajes de almorzar, de lo mejor que tuviera en la casa, con una botella de vino generoso y una de champagne, para que pudiera dejarlos solos y no tener que ser interrumpidos á cada momento.

Sumamente práctica, como que no hacía otra cosa, la dueña del Robinson les arregló una mesa con cuanto podían desear, con todo género de fiambras y demás petrechos necesarios para sostener una batida con el hambre.

Y se retiró á confeccionar los platos calientes, diciendo á Lanza que llamara cuando quisiese que lo sirviera.

Esté despachó el carruaje ordenándole volviera á buscarlo á la tarde y se encerró á almorzar con toda comodidad y á escuchar la historia que Luisa debía de contarle.

Esta se había quitado el sombrero y el tapado, quedando en perfecta comodidad, y se sentó al lado del joven, que la sirvió con cariñosa delicadeza.

—Confieso que no había probado un solo bocado de comida desde que me levanté, le dijo.

La emoción de esta entrevista que ya sabía yo me iba á hacer recordar cosas dolorosas, por un lado, y la lucha con aquella mujer diabólica

que quería hacerme acompañar á todo trance por un testigo inaceptable, por otro, no me dejaron tranquila toda la mañana.

Cuando me llamaron á almorzar ya me estaba vistiendo, y no quise ir.

—No importa, tenemos todo el día libre para hablar todo lo que nos interesa, respondió Lanza, ó mejor dicho tenemos por delante toda la vida, porque yo no me separo mas de tí.

Cuéntame tu historia, pero ante todo te voy á pedir un servicio.

Es preciso que no me vuelvas á tratar mas con ese usted frío y alejador.

Trátame de tú, como si fuera un viejo amigo á quien se ha conocido toda la vida.

—En el casino se trata de tú á todo el mundo, es la práctica, ya lo sabes; pero no sé qué sentimiento extraño me había impedido darte á tí igual tratamiento.

Pero puesto que así lo exiges, lo hago sin ninguna violencia: no sé por qué me parece que te he conocido toda mi vida.

—Me haces feliz con ese modo de hablar, dijo Lanza besando la mano de su bella.

Y como mientras hablaban comían con buen apetito, Lanza sirvió dos buenas copas de oportó, que ambos apuraron de un solo trago.

No hay nada que desate la lengua como el buen vino, y Luisa, obedeciendo á este principio invariable, desató la suya en la narración de una historia que dejó asombrado á Lanza, porque no se esperaba cosa semejante.

Para que no interrumpieran aquella narración, había pedido los platos calientes y todo cuanto podía necesitar, y había cerrado la puerta despues de asegurarse que de las piezas vecinas nada podían oír.

Luisa bebió su segunda copa de vino como quien desea fortalecerse, y empezó así la narración de su curiosísima historia:

—Yo soy hija del banquero Luis Maggi de Génova, dijo, cuya gran fortuna no puedo en este momento avaluar.

Lanza se estremeció de una manera poderosa, pues en ningún caso contaba con revelación semejante.

Y son precisamente las rarezas de mi padre y su gran fortuna, lo que me ha reducido á situación semejante.

Voy á tomar mi historia desde el punto mas remoto que me permitan mis recuerdos, y así podrás apreciar mejor las peripecias amargas por que ha pasado mi existencia.

—Habla con entera libertad, que yo juro no interrumpirte en tu relato, respondió Lanza, y sirvió la tercer copa de vino, que debía establecer la suficiente franqueza en el relato que empezaba.

Cuando se tiene medio litro de oportó en el estómago se habla siempre la verdad, porque desaparece generalmente todo cálculo y toda idea de engaño.

Y esto era lo que Lanza quería, mas, despues de saber la estupenda noticia de que Luisa era hija del banquero Luis Maggi, á quien conocía de nombre y de crédito, por transaccio-

nes que con él habia tenido la casa de Caprilo.

El interés del corazón que la joven habia despertado en Lanza desde el primer momento, se mezcló al interés de la fortuna, y el joven, tomando una mano de Luisa se preparó á estrecharla, con el propósito de no interrumpirla sino para hacerla beber y desatar así mejor su lengua, en caso que se anudase y quisiera reservarle algo.

—Mi padre, remontándose á la época que mi memoria me permite, era un simple negociante judío por inclinacion, que ocultaba su profesion verdadera de prestamista y su capital que no sé cuál seria, bajo el humilde oficio de vendedor de jaulas y trampas de ratonas, que vendia por la calle al conocido grito de: Gaggie, Rattaieu!

Era entonces un hombre sumamente hermoso. Alto, grueso y bien repartido, con su fisonomia varonil y hermosa, con dos ojos ardientes y expresivos, era un hombre capaz de inspirar una pasion á cualquier mujer.

Yo recuerdo como si lo estuviera viendo, y te aseguro que era un hombre hermoso en toda la estension de la palabra.

Mi padre era un hombre de educacion fina y útil: recuerdo que entre otras cosas embalsamaba aves al estremo de parecer vivas y teñia plumas de sombreros con colores preciosos.

Recuerdo que habia plumas teñidas por mi padre, que se pagaban á precios fabulosos, relativamente.

Yo me educaba entonces en un buen colegio de Génova, lo que era una prueba del gran amor que mi padre me tenia, cuando pagaba por mi una educacion tan cara, él, que no se desprendia de un sueldo sinó despus de hacer un violento esfuerzo y meditar un día entero sobre este gasto.

Habia entonces en Génova una dama de posicion muy distinguida y de notable fortuna, conocida de todo el mundo por su conducta estravagante y liviana.

Esta dama era ya algo entrada en años, pero conservaba restos de una hermosura imponderable.

Se referian de esta dama mil aventuras amorosas y picantes, en que habia sido victima de la explotacion de jóvenes calaveras que habian soportado el amor de la mujer por el amor de la bolsa, que habia sido siempre el objetivo de aquellos amores.

Esta dama habia cobrado por mi padre una pasion violentísima, de aquellas pasiones que snbyugan completamente á una mujer haciéndola cometer todo género de locuras.

No era preciso ni satisfactorio para una mujer de su posicion, tener un amante vendedor de gaggie i rattaieu, é impuso á mi padre la única condicion de que habia de abandonar su oficio, lo que este aceptó de mil amores.

Siempre era mucho mejor que el suyo, el oficio de amar á una vieja rica y hermosa todavia, capaz de hacer por su amante cualquier locura.

Mi padre abandonó entonces sus gaggie y se estableció como embalsamador de pájaros y co-

merciante en plumas teñidas, abriendo una casa de esta especialidad, que no era mas que el disfraz de otro negocio mucho mas positivo.

Sin abandonar sus tentencias de judío, mi padre se dedicaba á descontar letras de buenas firmas, con intereses bárbaros, y prestar dinero á aquellos que sabia se lo podrian volver, aunque mas tarde, pero casi doblado por los intereses y comisiones que se iban acumulando.

La fortuna de su amante le permitia hacer ese negocio en grande escala, con gran contento de esta, que habia logrado por fin un enamorado de juicio que en vez de destruirlo, aumentaba su capital.

Fué entonces que mi padre me retiró del colegio y me llevó con él á su casa de comercio para que desempeñara el doble cargo de secretario íntimo y tenedor de sus libros cuyas anotaciones misteriosas solo yo podia entender.

Desconfiado, terriblemente desconfiado por naturaleza, solo en mi podia tener la confianza necesaria para hacerme depositaria de sus secretos y apuntes.

Otra hermanita mucho mas pequeña, que yo tenia, quedaba en el colegio educándose.

La poca edad la hubiera hecho servir de estorbo á nuestro padre y á mí, que hubiera tenido que dedicarme á su cuidado.

Aburrida en aquella especie de encierro comercial y fastidiada con aquella especial tenebrosidad de libros, me dediqué á la tintura de plumas y embalsamamiento de pajaritos, en lo que me perfeccioné rápidamente enseñada por mi padre.

Y mientras éste andaba en la calle en sus negocios ó enamorado á su gran dama, para hacerle soltar dinero, yo oia con mi solo esfuerzo al negocio aparente de la casa: teñir plumas y embalsamar aves.

Parece que esta tal dama habia firmado letras por grandes sumas á otros amantes calaveras que habian disfrutado el amor de su bolsa antes que mi padre, y cuyos vencimientos serian un golpe tremendo para su fortuna.

Sola, sin parientes é única responsable de sus actos, aquellas letras que habia firmado tenian la fuerza ejecutiva de todo documento de ese género, y á su vencimiento no habria mas remedio que pagarlas ó ser ejecutada en sus propiedades mas valiosas.

Mi padre estaba en el secreto de estas letras, sabiendo solo que ellas eran firmadas á un largo plazo, porque la dama, como era presumible, no habia dejado apunte de ningun género.

Mi padre encontró el único remedio que habia para evitar un fracaso y que se ejecutara á su azarante por el gran valor de las letras, cuyo monto ella misma ignoraba.

No habia mas remedio que vender á mi padre todas sus propiedades, asegurándolas así bajo su nombre.

De esta manera, la ejecucion de las letras, que podia venir de un momento á otro, los tomaba perfectamente resguardados.

La falsedad de aquellas ventas no podria nunca probarse á mi padre, puesto que su fortuna,

que nadie conocía á punto fijo, lo permitía aquellas compras.

La dama aquella, que estaba enamorada de mi padre hasta la locura, firmó sin vacilar todo aquello que ésta quiso y rechazando toda especie de esplicacion que quisiera darle.

Le hubiera firmado de la misma manera un pagaré sobre la vida.

Lo quería con el amor violento que inspira á una mujer de edad su pasión última y no había sacrificio que no hubiese hecho por él.

Si en vez de proponerle una venta falsa le hubiera propuesto francamente la verdadera cesion de todos sus bienes, los hubiera soldado de la misma manera sin la menor vacilacion.

Sucedió al fin lo que era natural que sucediera con aquellas medidas tan hábilmente tomadas.

Las letras se vencieron, vino la ejecucion en seguida del protesto y los acreedores quedaron burlados.

No podian llevar á cabo su esplotacion, porque la dama no tenia en qué ser ejecutada.

Todas las propiedades que denunciaron y sobre las cuales creyeron poderse cobrar, estaban á nombre de mi padre.

Este no varió por esto en nada su conducta respecto á su amante.

Al contrario, cada dia parecia amarla mas y estaba mas dedicado á ella.

Y yo creo que el amor de mi padre para su amante era sincero.

Al fin él, aunque hermoso todavia, era un hombre entrado en años y no podia aspirar á nada mejor.

Así siguieron las cosas por mas de dos años en los que la fortuna de mi padre aumentó de una manera considerable.

Yo iba á casa de la amante, quien me demostraba gran cariño y me colmaba de regalos.

Y mi padre habia arreglado las cosas tan bien y de tal manera, que muchos, al ver el lujo con que vivia la dama, pensaban que mi padre se estaba arruinando manteniéndola, porque sus amores con ella no podian ser mas públicos.

Ella seguía enloquecida con mi padre, quien satisfacía sus menores caprichos.

Teatro, carruajes, joyas, trajes, cuanto deseaba, mi padre se lo proporcionaba al momento, puesto que era como quien dice su apoderado y administrador general.

El tiempo que los negocios le dejaban libre á mi padre, él se lo pasaba al lado de su dama, demostrándole su cariño por todos los medios á su alcance.

Y á mi misma me decía siempre:

—Es preciso, Luisa, que quieras mucho á esa señora, mira que á sus bondades debo yo la mayor parte de la fortuna que tenemos.

Quiérela mucho, mi hija, y demuéstrale todo lo que la quieres.

Yo, sin necesidad de esta recomendacion queria mucho á la dama, porque ella me obsequiaba siempre y me prodigaba sus cariños.

Conocida la tacañeria de mi padre, todos se admiraban de verlo gastar de aquella manera:

ques como la dama aquella pasaba por fundida' atribuian á él todos sus gastos.

Solo á mí me decía, y esto sin duda para que no le tuviera mala voluntad, que él administraba los bienes de aquella señora, en secreto, para que sus acreedores no la ejecutaran, y yo sabia por los acautes de los libros que aquello era cierto y que mi padre al decirme lo me engañaba.

Sucedió lo que era natural que sucediera, visto la edad de la señora.

Un dia vino muy apurada la sirvienta de su confianza y dijo á mi padre que fuera inmediatamente, que á su señora le habia dado un ataque terrible y que le rogaba fuera lo mas pronto posible.

Mi padre cerró la casa en seguida y se trasladó conmigo á lo de su amante.

Esta se hallaba en cama, gravemente enferma, muy pálida y desencajada.

Apenas nos vió entrar, estró á mi padre sus brazos aristocráticos y le dijo:

—Yo estoy muy mala, Luis de mi alma, y me voy á morir.

—No tengas cuidado, que no ha de ser nada, respondió mi padre conmovido como nunca lo habia visto.

He cerrado mi casa y te traigo á Luisa para que te cuide, porque nadie lo ha de hacer con mas cariño.

Entretanto yo me voy á buscar médicos para que te vean y te curen pronto.

—Muchas gracias, Luis, respondió la dama, mas tranquila y con acento de profundo cariño; cada dia que pasa tengo un nuevo motivo de bendecir aquel en que el destino te deparó á mi paso.

—Déjate de estas cosas y ahí te queda Luisa, respondió mi padre; yo me voy ya para no perder tiempo.

Yo me quedé allí efectivamente, compadecida del estado alarmante de la señora y tratando de distraerla como me era posible.

Mi padre salió apresuradamente y al poco tiempo volvió con dos médicos, los dos médicos mas notables de Génova.

Estos la examinaron detenidamente, diciendo que no era nada de gravedad; recetaron y se fueron.

Pero como volvieron á la tarde y mi padre andara como aturrido y pálido, yo me sospeché al momento que habia algo muy grave.

Toda aquella noche la pasamos con mi padre al lado de su cama, velándola y atiendiéndola con cariñosos solicitud, que la pobre no se cansaba de agradecernos de todos modos.

Al otro dia estaba notablemente peor.

Tenia una fatiga inmensa y en sus ojos habia una expresion de profundo desaliento.

No era necesario ser médico para comprender que aquella era una enfermedad de la mayor gravedad.

Y á pesar de los prolijos cuidados de la ciencia y del cariño, la enferma se fué empeorando visiblemente.

Al dia siguiente la enfermedad se habia agra-

vado tomando proporciones amenazadoras, y los médicos dijeron á mi padre delante de mí que aquel era un caso perdido y que debía apresurarse á tomar todas aquellas medidas del caso.

Mi padre no se atrevió á decir esto á su bella, limitándose á rodearla de sus mas cariñosos cuidados.

La cosa era tan grave, que esa misma noche ella lo comprendió así, y llamándonos á su lado dijo á mi padre:

— Aunque nada me dicen, Luis, por no afligirme ó no asustarme, yo veo que estoy muy grave y siento que me voy á morir.

No me desespero, pero me duele profundamente este golpe que viene á arrancarme de entre mi mayor felicidad.

Confieso que ántes nada me hubiera importado morir, hoy lo siento profundamente.

Y la dama rompió á llorar de una manera desconsoladora.

En su palidez mortal estaba mas bella y mas simpática que nunca.

— Pero por qué te afliges de esa manera? le preguntó mi padre bondadosamente.

— Estás grave, sí, pero uada indica que puedas morir; los médicos que te asisten son muy buenos y nada de alarmante dicen aún.

— Pero yo siento que me muero y es inútil tratar de engañarme ya.

Yo tenia que hacer violentos esfuerzos para contener el llanto que se me saltaba á los ojos.

Mi padre me hizo entonces una seña para que me retirase de la habitación, y yo me alejé apresuradamente para dar rienda suelta á mi llanto.

Mi padre quedó solo con la dama y permaneció con ella mucho tiempo.

Yo no sé qué hablaron; estaba demasiado conmovida para pensar en cosa alguna.

Cuando mi padre volvió adonde yo estaba, me mandó volver al cuarto de la enferma.

— Consuélala, me dijo, me parece que le queda muy poco tiempo de vida.

Cuando yo volví á la pieza, la dama era presa de una inmensa fatiga.

Poco tiempo despues se calmó, pareció tranquilizarse mas, y tomándose una mano, me dijo:

— Ya lo ves, hija mía, yo me muero sin remedio, en vano me lo quiere ocultar tu padre, yo veo demasiado claro.

Es muy triste caso cuando la muerte nos sorprende en medio de la mayor felicidad.

Quiere mucho á tu padre, hija mía, quíerelo mucho, que él bien lo merece, y trata de mantener fijo en su memoria mi pobre recuerdo y que nadie ni nada pueda borrarlo.

Yo lloraba sin consuelo, nunca me habia encontrado en un momento tan terrible.

Y Luisa, retirando el plato que tenia, por delante, bebió de un trago otra copa de oportó que le habia servido Lanza.

— No te aflijas, hija mía, continuó, me dijo la dama, no te aflijas, esto es natural, porque yo he vivido ya demasiado.

En seguida la acometió una nueva fatiga, ~~mas~~ violenta que la primera y no pudo seguir hablando.

Sus ojos se revolviaan entre las órbitas de una manera aterradora y su boca estaba ontrecubierta con una espresion de inmensa agonía.

Yo tenia un miedo tremendo, pero no me atrevia á separarme de aquel lecho de muerte.

Al cabo de un gran rato, regresó mi padre acompañado de los dos médicos que habian venido los dias anteriores y dos mas, que sin duda traian para la consulta.

Examinaron á la enferma y sentí que uno de ellos decía á mi padre:

— Bueno, amigo, ya la ciencia no tiene nada que hacer aquí, es preciso tener valor, y endulzarle en lo posible sus últimos momentos.

Mi padre estaba envuelto en una espresion de espanto doloroso.

Se veia claramente que tenia por aquella mujer un cariño inmenso.

Me dijo que me quedase allí otro poco y salió con los médicos inmediatamente.

Yo me quedé allí mas aterrada que nunca. El cuerpo de aquella mujer se iba enfriando rápidamente y ya la mano que tenia entre las mias parecia una mano de mármol.

Iba á disparar de allí aterrada, cuando entró mi padre, esta vez acompañado de un sacerdote.

Habia llegado el momento tremendo.

Yo salí de la pieza llorando amargamente, y poco despues salió tambien mi padre.

La señora quedaba sola con el sacerdote, pero sin uso de razon ni de palabra.

Pocos, muy pocos momentos despues, se sintió en la habitación donde estábamos el murmullo del sacerdote que oraba.

Era pues indudable que la enferma habia muerto.

Yo no pude contenerme ya, y vencida por el espanto, caí de rodillas y oré tambien.

No me habia equivocado, pues momentos despues apareció el sacerdote y dijo reposadamente á mi padre:

— Ya no hay nada que hacer con ella: está descansando las fatigas de la vida.

Queriendo arruicarme á aquel triste cuadro, mi padre volvió á casa acompañadome.

— Puedes descansar, hija mía, me dijo, yo me voy porque tengo que cumplir allí mis tristes deberes de enterrarla.

No te preocupes por mí, aunque no vuelva hasta mañana, pues ya comprendes todo lo que allí tengo que hacer.

Mi padre se retiró y yo quedé dominada por el espanto de todo lo que en aquellas horas habia pasado por mi espíritu.

En todas partes creia ver el semblante de la moribunda, y mi terror fué tal, que desperté á toda la servidumbre para que viniera á acompañarme.

Me parecia que la muerta venia á llevarme con ella y no podia disimular mi miedo.

Nada quise decir á los sirvientes de lo que pasaba, pues yo no sabia si esto podia disgustar á mi padre.

Esto no volvió á casa hasta el otro día, sin duda despues de haber cumplido con todos los deberes del entierro.

Cuando vino, me entregó un anillo con un gueso brillante, diciéndome que era un recuerdo que la dama habia dejado para mí y que no debía sacar nunca de mi mano.

Desde entónces mi padre quedó con una espresion sombría en el semblante, que no debia disiparse mas: se conocia que habia querido profundamente á aquella mujer.

Y quedó así dueño de todas aquellas propiedades que, para salvarlas de una ejecucion, habian sido puestas á su nombre.

Aquella mujer no tenia pariente alguno cercano.

Uno muy lejano se presentó á reclamar la herencia, pero solo pudo apoderarse de los muebles y objetos que adornaban la casa que ella habitaba y que mi padre no quiso ó no pudo retener.

Desde entónces solo se dedicó á atender los negocios de la casa, que prosperaban notablemente.

Todas las aves curiosas que para el museo llegaban de América y de otras partes, eran confiadas á él para que las embalsamara, en la persuasion de que nadie habia de hacerlo mejor.

Ocupado de otros asuntos que le daban una utilidad mayor, el embalsamamiento de las aves estaba absolutamente confiado á mí, que concluí por hacerme tan hábil como él para su preparacion.

Mi otra hermana, aunque mucho menor, fué sacada tambien del colegio y traída al almacén, donde yo debia enseñarle todas las preparaciones que conocia, tanto para las aves como para las plumas.

Hombre eminentemente desconfiado, solo se fiaba de nosotras, y sus libros no permitia que fueran tocados sino por mí.

A pesar de todo lo que trabajabamos en su beneficio, viviamos con terrible miseria.

Recuerdo con espanto aún, que los días mas crueles de invierno nos pasámos con la misma ropa que habíamos usado en el verano.

Jamás nos dió un centavo para poder gastar en un chiche, ni se pasó en su casa de la miserable comida de siempre.

Habia sin embargo en el negocio ciertas cosas que nosotras no podíamos hacer, porque no teníamos el tiempo suficiente.

Se necesitaba un empleado para que estuviere de firme en la casa, y otro para que hiciera en la calle aquellas diligencias que nosotras no podíamos hacer, como ir á entregar al museo las aves embalsamadas, cobrar las cuentas y otras cosas imprescindibles.

Mi padre se vió forzado á tomar dos dependientes, con muy escaso sueldo, pero con la promesa de irselos aumentando á medida que se pusieran mas prácticos.

Uno de estos era un jóven de muy buena familia, bien acomodado y sumamente simpático.

Desde que este jóven entró en la casa, se vió su deseo de ser agradable y necesario á mi padre, que le tomó cariño desde el principio, viendo sus buenas disposiciones y su deseo de trabajar.

Arturo que así lo llamaré, era muy fino y atento conmigo.

Me hablaba con mucho cariño y me ayudaba en mis quehaceres todo el tiempo que le dejaban libra los suyos.

Yo hallaba cierto encanto en su conversacion y recibia con placer todas sus demostraciones de cariño.

Un día, mientras embalsamaba un bello pájaro, se acercó á mí y me dijo cariñosamente:

—Yo no tengo necesidad de este empleo, Luisa, ni de un sueldo tan miserable.

Sin embargo, por este he despreciado empleos mucho mas ventajosos como carrera y con un sueldo diez veces mayor.

Y hubiera tomado este aún sin sueldo: sabe usted por qué, Luisa?

Yo no sé por qué me turbé, miré á Arturo poniéndome colorada y no atiné á contestarle.

—Pues lo he preferido, siguió el jóven, porque este empleo me proporciona el placar de estar siempre á su lado, porque desde el primer día que la ví á usted, la amé con locura.

Yo la amo, Luisa, con delirio, como solo se ama una vez en la vida, y creo que no habria sacrificio en la vida que no abordara por no salir de esta casa que me proporciona el placer de estar á su lado.

Francamente yo recibí aquella manifestacion con el mayor agrado.

Sentia por aquel jóven un cariño dulce y tranquilo que yo misma no acertaba á esplícarle.

No le contesté nada, me limité á mirarlo, pero lo miré con tal espresion, que él me dió las gracias diciéndome:

—Dios bendiga esos ojos cuya mirada me hacen tan feliz en este momento.

Desde aquel día empezaron con el jóven unos amores vehementes como era natural en jóvenes de nuestra edad.

Eran las primeras palabras de amor que yo sentia pronunciar á mi oído, y eran dichas con tanto cariño, con tanta dulzura, que me sentí fuertemente emocionada.

Desde entónces todos los momentos libres que tuvimos, fué para conversar de nuestro amor, y para hacer mil proyectos del porvenir.

—Cuando yo me haya ganado mas la confianza de su padre, me decia, y vea él bien claro que yo soy un hombre digno y honrado, yo la pediré en matrimonio, Luisa, y entonces aseguraremos nuestra felicidad eterna.

Y con estas conversaciones yo sentia diariamente que mi cariño aumentaba por él, al extremo de andar yo misma buscando la oportunidad de hablarlo, cosa bien fácil, porque mi padre pasaba fuera del almacén una buena parte del día.

Arturo me obsequiaba siempre con ramos de flores, bombones delicados y masitas.

Y yo, habituada á la miseria espantosa en que vivía, recibía cariñosamente aquellos obsequios.

—Yo desearia regalarle otras cosas que usted necesita, me decían, pero las vería su padre y entonces todo se echaría á perder y sería capaz de despedirme de su casa, lo que sería mi muerte.

Así, nuestros amores iban creciendo, mecidos por la esperanza de un porvenir mejor.

El aprecio de mi padre por Arturo aumentaba tambien, al extremo de llegar á subirla el sueldo voluntariamente.

Con este motivo habíamos llegado á considerarnos felices, pues dados estos antecedentes, mi padre no se negaría á dejarnos casar.

El secreto está en no pedirle nada, me había dicho Arturo, sinó en hacerle creer que se lo dá.

Siendo yo su hijo político, él pensará que gana un dependiente á quien no pagará sueldo en adelante y todo queda así perfectamente arreglado.

Yo creía en el amor de Arturo, como se cree en las verdades de la religion.

No pasábamos separados un solo momento del día, pues cuando él no estaba en nuestro gabinete de trabajo, estaba yo en el despacho.

Y cada día sus palabras eran mas ardientes y mas entusiastas.

Fuera del cariño de mi padre yo no habia conocido mas cariño que el de Arturo.

El habia despertado mi corazón á las sensaciones del amor, y mi cariño por él era completamente ciego.

Si él me hubiera dicho cualquier enormidad yo la habria creído sin vacilar.

Cuando le pagaban su sueldo mezquino, siempre lo empleaba en obsequios para mí, obsequios que yo recibía llena de placer, pues fuera del anillo que me dejó aquella dama de mi padre, yo no habia jamás recibido obsequios de ninguna clase.

Arturo me traía pequeñas joyas que yo guardaba para que mi padre no las viera y me traía flores y demostraciones de su recuerdo en pañuelitos, perfumes y todas aquellas cosas que una mujer tanto agradece.

Yo concluí por amar á Arturo de tal manera, que lo apresuré á que diera el paso deseado respecto á mi padre.

—Y si tu padre se niega? me preguntó pálido y tembloroso.

Mira que si él no quiere me vá á despedir de su casa, y vamos á perder la felicidad íntima de estar juntos.

—Si se niega ahora, es porque se ha de negar siempre, le contesté.

Yo lo rogaré, yo lloraré, yo haré todo lo que esté en mi mano para hacerlo ceder.

—Y si á pesar de todo esto no cede?

—Poco importa, no por eso ha de disminuir el amor que te tengo y podremos poner en juego otros recursos.

—Si tú me juras que una negativa de tu padre en nada puede disminuir nuestro amor, me dijo,

hoy mismo mando á mi padre que hable á Luis.

Yo juré á Arturo que nada en la tierra era capaz de disminuir el cariño inmenso que yo le profesaba, y él se resolvió entonces á dar el paso que tanto miedo le imponía.

Habló con su padre y en la noche del día siguiente estó vino á hablar con el mio.

—Yo no tengo valor para quedarme aquí, me dijo Arturo, porque tengo miedo que tu padre me llame y me eche una peluca espantosa despidiéndome de su casa.

Mañana ya es distinto, porque se habrá enfriado, se le habrá pasado la rabia y será mas fácil ablandarlo.

Si la contestacion es favorable, yo te lo avisaré mañana en cuanto abran el almacén; si es fatal no necesitas que yo te lo avise, porque el mismo don Luis te lo dirá esta noche, recomendándote, probablemente, que no vuelvas á mirarme á la cara.

Confieso que al oír hablar así á Arturo tuve miedo, pero un miedo que pronto se disipó por un pensamiento razonable.

Qué razon podia tener mi padre para oponerse á mi felicidad?

No existía ni aún la misma de su miseria, puesto que nada se le pedia y puesto que se trataba de un jóven tan honrado y trabajador que él mismo le dispensaba toda su confianza.

Cuando vino el padre de Arturo y se encerró con el mio en el escritorio, sentí despertarse en mí el sentimiento de la curiosidad, que nunca habia conocido, y me puse á escuchar lo que hablaban, al lado de la puerta.

Qué momento de amarga angustia! no recuerdo otro tan desagradable y tan triste.

Desde las primeras palabras del padre de Arturo en que pudo comprenderse el objeto de su visita, el mio se puso de un humor espantoso.

—Es inútil que usted siga adelante, le dijo, porque lo que usted viene á pedirme es un desatino digno de un loco.

—Pero, amigo mio, decia aquel hombre razonable, no puede haber nada mas justo ni natural que lo que yo le digo á usted, salvo que usted tenga otros proyectos para su bella hija.

Arturo es un muchacho bueno, digno y trabajador: nadie mas aparente que usted para conocerlo, puesto que lo tiene á su lado.

Qué cosa mas natural que querer casarse con una niña igualmente digna y bella?

—Muy natural, muy digno y sobre todo muy cómodo, contestó mi padre.

Pero yo no he trabajado medio siglo rompiéndome el alma y haciendo una fortuna, para que el primer tonto que llegue y quiera apoderarse de ella, no tenga mas trabajo que el de enamorar á mi hija y pedírmola en matrimonio.

Su hijo es muy muchacho, aún tiene tiempo de trabajar para formarse una fortuna y casarse después que la tenga.

Creo, pues, que hemos hablado lo bastante y que no tengo nada mas que responder.

—Piense, amigo, que cuando dos jóvenes se aman apasionadamente, es peligroso negarles

asi toda esperanza, porque entonces suelen hacerse justicia por su mano.

—Amigo mio, yo gobierno mi casa y mi fortuna y estoy acostumbrado á que se haga lo que yo mando.

Lo que es mi hija corre do mi cuenta, cuido usted de que el suyo no se meta á lo que no debo, y todo habrá pasado en paz.

Yo me retiré rápidamente de la puerta, y me fui á mi cuarto donde me puse á llorar amargamente.

Arturo, seguramente iba á ser despedido por mi padre, y ya no podríamos vernos como antes ni conversar con él de sus placidos amores.

Qué había querido decir el padre de Arturo con aquello de hacerse justicia por su mano?

Esto era lo que mas me intrigaba y lo que yo quería saber á toda costa.

Esperé á que mi padre me llamara para decirme algo, pero esperé inútilmente, pues poco despues lo sentí dirigirse á su cuarto donde se recojió como lo hacia siempre, despues de haber revisado los libros de la casa.

Yo no pudo dormir en toda la noche, llegando en mi desesperacion hasta maldecir la fortuna de mi padre, puesto que esta fortuna era la causa única de que mi padre no consintiera mi casamiento.

Toda la noche me la pasé llorando y pensando lo que seria de mí, separada de aquel hombre á quien tanto amaba.

Yo conocia la fineza de voluntad de mi padre y sabia por esperiencia que cuando él habia dicho que nó una vez, era inútil insistir.

A la mañana siguiente, pálido y desencajado se presentó Arturo á la hora de siempre.

No pudimos vernos sinó de lejos, porque mi padre lo esperaba y apenas entró lo llamó á su escritorio.

Tuve vehementes deseos de ir á escuchar como la noche anterior, pero confieso que no me atreví.

Temí ser sorprendida, y me quedé donde estaba trabajando, sofocando los sollozos que me ahogaban.

La conferencia aquella duró muy pocos minutos, al cabo de los cuales ví que Arturo salía del escritorio, tomaba su sombrero y se alejaba del almacen despues de haberme hecho con la mano una rápida señal de espera.

Poco despues salió del escritorio mi padre y viniendo á donde yo estaba me dijo bruscamete:

—Acabo de despedir á ese imbécil, porque al casarse contigo pretendia casarse con mi fortuna.

Cuidado con lo que se hace en adelante, Luisa, porque yo no he trabajado para alimentar haraganes.

No me atreví á contestar una palabra. Dí vuelta el semblante para ocultar mis lágrimas y seguí trabajando.

Mi padre se retiró sin decirme una palabra.

Aquel dia fué para mí de insoportable tormento.

A la tarde, cuando mi padre salió como de costumbre, entró rápidamente Arturo y me entregó una carta, diciéndome:

—Toma y trata de tenerme la contestacion para mañana a esta hora: es el solo medio que tenemos de entendernos por ahora y es necesario no perderlo, por eso no me demoro mas.

Y salió tan rápidamente como habia entrado.

Mi padre demoró unos pocos minutos; sin duda temia que Arturo viniera en su ausencia y solo habia salido á algo muy urgente.

Miró por todas partes y no hallando nada que pudiera hacerlo sospechar, se metió á su escritorio.

Recien á la noche pude leer la carta de Arturo.

El pobre me contaba con frases llenas de amargura y de dolor lo que yo sabia tan bien como él.

No hay que tener la menor esperanza en que tu padre ceda, y es necesario que me digas si estás dispuesta á hacer lo que yo te indiqué, si no, no podremos vernos mas, y ante tamaña desventura yo me mataré, Luisa mia, porque la vida sin tí no la quiero para nada.

Esa carta me produjo una impresion tremenda.

Ya se me figuraba ver á Arturo muerto por mi amor y acusándome de su muerte—aquello era horrible para una niña impresionable como yo lo era entonces.

Se me figuró que ya no lo volveria á ver mas en la vida, que yo seria un ser desventurado, y le contesté con toda la vehemencia de mi cariño así amenazado.

Te amo siempre, Arturo, pero ahora te amo mas que nunca.

Todo cuanto me indiques lo haré sin vacilar y aunque me hubiera de costar la vida: no te desesperes, que mi amor no ha de faltarte un solo momento.

Guardé aquella carta que debia entregarle al otro dia, y como la noche anterior no habia dormido, me dormí profundamente.

Al siguiente dia me levanté tan temprano como siempre y me puse á trabajar sin saber lo que hacia, pues todo mi pensamiento estaba en Arturo y en el momento que le debia entregar mi carta.

Largo fué para mí aquel dia, inmensamente largo.

Mi padre salió como el anterior, tarde y apenas un momento.

Pero aquel momento fué lo suficiente para que entrase Arturo y recibiera de mí aquella carta que saqué de mi seno para dársela.

Con qué espresion de suprema ansiedad recibió mi carta! parecia un hambriento que se lanza sobre un plato de comida!

Estrechó mis manos hasta hacerme mal, y salió rápidamente despues de decirme:

—Hasta mañana, hasta luego, hasta siempre— cada vez que salga tu padre vendré á contem-plate aunque sea un solo segundo.

Mi padre, como el día anterior, no demoró mas que un momento en la calle, regresando en seguida y mirando siempre á todas partes como si buscara algo.

Al día siguiente, y apenas salió, recibí la segunda carta de Arturo.

El pobre estaba allí de centinela perpétuo hasta que mi padre salía para poder entrar él.

En aquella carta que creo leí en una sola mirada, me decía que no podría jamás habituarse á vivir separado de mí, que aquella situación era horrible.

Es preciso que hagamos algo por nuestra felicidad y sólo de tí depende, mi ángel, agregaba.

No nos queda sino un solo recurso, el recurso de la fuga.

Huyendo juntos un poco de tiempo, tu padre, para cubrir la falta, no tendrá mas remedio que consentir en nuestro casamiento, casamiento que le impondrá nuestra situación y la suya misma.

De otro modo nuestra eterna desgracia es inevitable, pues ya sabes que tu padre no ha de consentir nunca en este casamiento.

Mañana te obligaría á casarte con algún viejo rico y tu pobre Arturo se haría saltar los sesos lejos de tí.

Nuestra felicidad está, pues, en tus manos, Luisa mia.

Medita y contéstame, que solo espero tu contestación para prepararlo todo.

Yo estaba loca.

No pensaba en otra cosa que en Arturo y no tenía mas voluntad que la suya.

Eso de que podía hacerse saltar los sesos me hacía un efecto de terror imposible de pintar, porque yo sería la única culpable de semejante desventura.

No pensé, no reflexioné en la enormidad que Arturo me proponía, y le contesté que haría cuanto me dijese.

Para mi aquello era muy simple, puesto que mi padre para evitar el consiguiente ridículo, tendría que consentir en un matrimonio del que dependía la felicidad de toda mi vida.

Esta carta no se la pude dar á Arturo hasta el día siguiente, porque mi padre no volvió á salir.

Al llevar la mía, Arturo me dejó otra carta, en la que me manifestaba que era preciso apurar la huida, porque ya había sido notada en el barrio su eterna presencia.

Pueden contárselo á tu padre de un momento á otro, me decía, y si este llega á saberlo, perderemos este único medio de comunicación.

Yo quedé aterrada con esta carta—no poder ver mas á Arturo ni escribirme con él, era una desgracia irresistible para mí.

Felizmente yo había consentido en sus planes, y de él solo dependía su mas rápida ejecución.

Ah! si yo hubiera meditado un momento, si yo hubiera tenido quien me diera un consejo amigo, cuántas desgracias no me habría evitado! Luisa se interrumpió un momento para tomar una copa de champagne que le sirvió Lanza.

El relato y los recuerdos que éste despertaba, la habían fatigado de una manera dolorosa.

Después de una corta pausa, siguió diciendo:

—Al otro día cuando salió mi padre, se me presentó Arturo radiante de felicidad. Sonreía con una placidez infinita y agitaba en su mano la carta que me traía.

—Querida de mi alma, me dijo, veo que me amas inmensamente, Dios te bendiga y te compense todo el mundo que abres á mi pobre alma.

Por estas cartas verás que no nos veremos ya mas hasta pasado mañana, pero que entónces nos veremos para no separarnos mas en la vida.

Pasado mañana, desde el amanecer, yo te esperaré con una volanta al dar vuelta la calle.

Cuando tu padre salga, sales tú tambien; no te preocupes de traer nada, que tendrás todo cuanto te haga falta.

De aquí saldremos al nido que te he preparado, que será nuestro cielo, y verás que pronto cede tu padre y nos dá permiso para que nos casemos!

Yo no podía modificar aquel plan, puesto que no tendría ocasion de hablar ni de escribir á Arturo.

No había de dejarlo plantado con todos sus preparativos, y me resigné á seguirlo, lo confieso, con un placer íntimo y verdadero.

Nada tenía que aprontar para llevar conmigo.

Qué había de aprontar, si yo no poseía mas que ropa vieja y remendada?

Junté todos los obsequios que había recibido de Arturo y que constituía toda mi fortuna, toda mi verdadera fortuna, y estuve lista para la partida.

Qué largo me pareció el tiempo desde entónces!

El día lo pasaba algo distraída con mis quehaceres, pero la noche me parecía horriblemente larga é interminable.

Aquí Luisa se interrumpió de nuevo.

Lanza le había servido una copa de licor y café, instándola á que siguiera sin omitir detalles.

—No sé cómo seguir, dijo: ahora tengo vergüenza.

Y sus ojos brillantes por el alcohol que había ya tomado, esquivaron la mirada apasionada de Lanza.

—Sigue adelante, le dijo éste, tu relato me interesa de tal modo, que siento crecer de una manera imponderable la inmensa simpatía que hasta tí me ha arrastrado.

Luisa estrechó la mano que amorosamente le tendía el joven y siguió así su interrumpido relato:

—No omitiré un solo detalle, por duro que me sea.

Mientras mas lentamente pasaba el tiempo, ora mayor mi deseo de vor llegar el momento de la partida.

Mo parecia que alguna desgracia se iba á cruzar por el medio, desgracia que no íbamos á poder evitar.

Aunque mi padre no podia sospecharse lo que pasaba y su conducta en nada se habia modificado, yo pensaba que todo lo sabia y que en el momento de mi salida se me iba á poner por delante deteniéndome.

La mañana de la partida llegó por fin, yo me levanté mas temprano que nunca, y por primera vez de mi vida sentí la necesidad de parecer mas bella.

Me vestí con la mejor ropita que poseia, y me perfumé con los perfumes que Arturo mismo me regalara.

Como si Dios quisiera proteger mi huida, mi padre me dijo que él tenia que salir temprano y que si á la hora del almuerzo no estaba en casa, podíamos almorzar no mas, pues él se demoraría algo.

Yo me eché á temblar.

Sospecharia mi padre lo que pasaba y aquel no seria mas que un lazo para confiarme mas? Casi me hizo renunciar á mi propósito el miedo de ser tomada en el delito.

Pero pensé en la desesperacion de Arturo, que podia llevarlo á un estremo fatal y me resolví.

Eché una mirada última á aquella casa donde tanta miseria habia pasado y donde tan feliz habia sido en mis amores y salí precipitadamente á la calle, tomando la direccion que me habia dado Arturo.

Yo iba temblando de miedo.

Me parecia que todos cuantos me miraban conocian mi delito y que mi padre iba á aparecerse de pronto.

No es posible imaginarse todo lo que yo sufrí en aquellos pocos minutos!

Al volver la calle y á pocos pasos de la esquina, vi la volanta parada.

Por la portezuela asomaba la bella y jovial cabeza de Arturo.

Fué tal la impresion que esperiménté, que tuve que agarrarme de la pared para no caer, porque las piernas me temblaron fuertemente.

Al ver que me detenia, Arturo vino hasta mí y me ayudó á llegar á la volanta donde subimos rápidamente.

El cochero, que sin duda ya sabia lo que tenia que hacer, castigó los caballos y partió á escape.

Recien pude respirar con libertad relativa, pues siempre tenia miedo que en el momento menos pensado nos detuvieran la volanta.

—Juntos, juntos para toda la vida! exclamó Arturo acariciándome de todas maneras — oh! gracias, mi bella, gracias, me has hecho el mas feliz de todos los hombres! ya no nos separaremos mas en la vida, pues tu padre tendrá ahora que darnos su consentimiento.

Y yo al escucharlo y recibir sus caricias, me sentia inmensamente feliz.

Quién me hubiera dicho en lo que todo esto vendria á parar!

La volanta siguió rodando hasta la estacion del tren, donde Arturo tenia pasaje, y subimos.

Ya no era posible tener miedo de ser sorprendidos, porque cuando mi padre llegara á casa, estaríamos tal vez al fin de nuestro viaje.

EL CARACTER DE LA AVARICIA

Aún no habia tenido tiempo de darme cuenta exacta de mi situacion, cuando el tren se detenia y Arturo me hacia descender en un pueblito que me dijo se llamaba Albisola.

Es un bello pueblito cerca de Génova, que tal vez tú conozcas.

Mi traje ligero y Arturo sin equipaje de ningún género, nos hacia parecer todo, menos fugitivos.

En aquel bello pueblito, nos dirigimos á la casita que Arturo habia arreglado él mismo para nosotros.

Como era poco el tiempo que allí íbamos á permanecer y un sitio á donde no volveríamos mas, no habia allí en muebles mas que lo estrictamente necesario.

Cama, una mesa, sillas y una buena provision de ropa para mí.

Eso sí, Arturo que conocia la miseria en que vivíamos en casa, me habia llevado la ropa que más necesaria debia serme y en cantidad bastante para que no me faltase.

Todo me lo mostraba entre mil caricias, pero yo no tenia la cabeza para pensar en ropa ni en aquellas simplezas.

Estaba con el pensamiento lleno del paso que habia dado.

Pensaba en la afliccion de mi padre al no hallarme en casa, y en que á aquellas horas me andarían buscando por todas partes.

—Por Dios, Arturo, le decia, si llegan á en-

contramos, qué vergüenza! yo quiero morirme antes que volver á casa!

—No tengas cuidado, que eso es imposible.

Yo he tomado mis medidas para no dejar ras- tro alguno.

Mi mismo padre me cree en el Piamonte, por- que yo le he dicho que para allá me voy, ya vé- s que si á él lo toman datos, ni siquiera se imagi- nará dónde estamos.

Yo aquí he pasado por un recién casado que vengo á pasar los primeros dias con mi mujer, me conocen por otro nombre y mi presencia con- tigo no puede llamarles la atención.

Poco á poco los cariños y las razones de Ar- turo me fueron haciendo perder el miedo, hasta que quedé completamente tranquila.

Era Albisola un pueblito bello y de pocos ha- bitantes.

La gente era sencilla y buena, aunque un po- co curioso como en todo pueblo pequeño.

La primera vez que salí á la calle á pasear el pueblo, la gente me miraba como si quisieran comerme.

—Me mortifica tanta curiosidad, decía á Ar- turo, pero éste me contestaba sonriendo:

No creas, tonta, no es curiosidad, es que los deslumbras con tu belleza magnífica—es natural que te miren—los astros del cielo se miran tam- bien y ya vez que á ellos no nos lleva ninguna curiosidad criticable.

Quince dias pasamos en Albisola, en medio de la mayor felicidad.

Yo lo habia olvidado todo y no vivia mas que de aquel hombre y para aquel hombre.

No tenia en el mundo mas que su cariño, y como es natural, trataba de aumentarlo en lo posible.

Arturo no me daba motivos sinó para felicitar- me de haberlo seguido.

Parecia vivir en mí, al extremo de adivinar en mi mirada la menor impresion del espí- ritu.

—Bueno, basta de Albisola, me dijo un dia— es preciso que nos vamos á pasear ya que esta- mos en completa libertad y podemos hacerlo; á la vida es preciso explotarla mientras uno es jó- ven y si no se aprovecha el primer tiempo del matrimonio, despues vienen inconvenientes que no se pueden vencer.

De Albisola nos dirigimos á Turin, desde don- do Arturo escribió á su padre indicando el punto donde debia contestarle.

El padre de Arturo conocia el paso que habí- mos dado, pues él se lo dijo por carta antes de salir de Génova.

Arturo tenia bastante dinero, lo suficiente se- gun él pensaba para la gira que pensábamos dar, así es que de nada carecíamos.

En Turin me habia comprado una buena ro- pa, que aunque no era lujosa, para mí, habitua- da á mis trapos, me pareció una cosa sober- bia.

De Turin pasamos á Florencia, á Roma y á Nápoles.

Asistíamos á todos los paseos y á los teatros,

de modo que entre el cariño y las diversiones no tenia yo tiempo de pensar en otra cosa.

Yo, pobre de mí, creia que aquella vida debia ser eterna, y nunca se me ocurrió pensar en el porvenir, en el porvenir que debia ser tan mise- rable para mí.

A los seis meses de aquella vida yo me enfer- mé de cierta gravedad, fué necesario hacer cama y llamar médicos, lo que vino á alterar de una manera notable el presupuesto de Arturo, que vió con terror que su dinero concluia, feliz- mente junto con mi enfermedad, pero tenien- do en el hotel una cuenta que era preciso pagar.

Affijido Arturo, habia escrito á su padre pi- diéndole dinero, pero la respuesta no venia quién sabe por qué inconvenientes.

Esperar mas era agravar la situacion, porque la cuenta del hotel crecia y no habia con qué pagarla.

Una mañana me contó Arturo lo terrible de la situacion porque atravesábamos.

—Es preciso que nos vamos á casa y trate- mos el arreglo con tu padre, me dijo—ya hemos provocado la situacion que queriamos, para él ya no tendrá mas remedio que conformarse.

Pero necesitamos recursos, tu situacion es de- licada y yo no lo tengo.

Yo me hallaba embarazada, y los médicos me habian recomendado el mayor cuidado en los viajes.

Esta declaracion de Arturo me dejó helada.

—Figúrate, me dijo, que ni aún para los pasa- jes tengo!

Yo no sé como voy á hacer! mi padre no ha respondido á mis cartas, y esto no puede ser sinó un extravío del correo, ó alguna cosa que ahora no me acierto á explicar.

La suma que yo le pedia era muy poca cosa, y mi padre no es hombre de dejarme en una si- tuacion afligente ni por poco ni por mucho.

El no está enojado conmigo; entonces no hay mas remedio que la carta se ha perdido, ó al sen- tirla con dinero, alguno se ha tentado á decla- rarse su dueño.

—Pero así no podemos seguir, dije yo ater- rada, porque si nos descubren que estamos ha- ciendo un gasto que no podemos pagar, sabe Dios lo que nos sucede.

—Bueno, no te afijas: yo voy á ver si vendo mi reloj y alguna otra cosa: teniendo para pa- gar la cuenta de ese maldito hotel, y para los pasajes, no hay que afijirse.

Al oír hablar de vender alhajas me acordé de mi anillo con un brillante, que algun dinero va- lia, y se lo entregué á Arturo diciéndole:

—Ahí tienes eso tambien, véndelo de manera que podamos recuperarlo algun dia, que de algo te ha de servir.

—Nunca te lo hubiera pedido! me dijo, aunque hubiese estado en una situacion mas dura, pero como me lo das de tan buena voluntad yo te lo acepto contento, porque él solo bastará para to- dos nuestros apuros.

Yo lo colocaré de modo que el dia que tenga- mos dinero podamos retirarlo de donde está, no te afijas.

Única alhaja de valor que hab'ia tenido en mi vida, me costó mucho trabajo separarme de ella, pero qué iba á hacer en una situación tan terrible, cuando temíamos que fueran á echarnos á la calle?

Con tal de haber salido de semejantes apuros, si mas hubiera tenido, mas habria dado.

Arturo regresó contento, con una buena suma de dinero.

Mi solo anillo dió para pagar la cuenta del hotel, tomar los pasages, y aún sobró.

Mi embarazo estaba muy avanzado y yo me sentia pesada y triste, necesitando un millon de cuidados para moverme de un punto á otro.

Aquel hijo que llevaba en las entrañas era lo que me hacia esperar en mi mayor felicidad.

Por él me perdonaria mi padre, siendo además la fuerte cadena que habia de ligar á Arturo á mi lado toda la vida.

Por conservarlo, no habia sacrificio que yo no afrontara, pues él era la garantia que yo tenia de una vida mejor.

Ese mismo dia Arturo arregló la cuenta del hotel, tomó pasages hasta Génova y nos pusimos en camino.

Aquel viage fue incómodo de una manera imponderable, porque yo iba llena de dolores y llena de cuidados.

Una vez en Génova, nos fuimos á casa del padre de Arturo, donde el buen viejo nos recibió con los brazos abiertos y lleno de felicidad.

Yo tuve que hacer cama; el viage me habia hecho daño, sufría horriblemente y estaba amenazada de un desbarrozo desgraciado.

Allí supe lo que habia sucedido en mi casa despues de nuestra partida.

Mi padre habia estado á buscarme en casa del de Arturo, y sabiendo que ni yo ni él estábamos allí, habia dado por terminadas sus diligencias.

—No pienso gastar en buscarlos ni dinero, ni tiempo que vale mas que el dinero, dijo, ya volverán cuando quieran y cuando se cansen de andar vagando, convencidos de que así no se puede vivir.

Desde entonces el padre de Arturo no lo habia visto mas: ni siquiera habia enviado un recado para preguntar por mi salud.

—Me parece que ese hombre quiere mas á su dinero que á su hija, dijo su padre á Arturo, y tu asunto se hace mas difícil, contra todo cálculo.

Puede ser que el nieto pueda mas en su espíritu que lo que puede su hija; veremos á ver, aunque ya te digo que ese hombre no tiene cariño sinó para su dinero.

Este modo de pensar me afigió de una manera inmensa.

Qué seria de mí si mi padre no consentia en nuestro casamiento á pesar de todo?

No me quedaba otro recurso que seguir viviendo así, hasta que el tiempo y la muerte vinieran á resolver la cuestion.

Pero esto mismo de estar pensando en la muerte de mi padre era algo que me causaba una

angustia suprema y que no estaba en mi modo de ser ni de pensar.

Me parecia que Dios podia castigarme y hacer morir á Arturo antes que á él.

Mi estado delicado y esta eterna mortificacion de mi espíritu hizo que mi hijo naciera enfermizo y amenazando morirse á cada momento.

Esto vino á aumentar de una manera poderosa la amargura de mi espíritu y traté á todo trance de reconciliarme con mi padre.

Cuando yo llegué, se lo habia hecho saber, pero mi padre no habia dado señales de vida.

Con un dolor inesplicable, yo creí notar desde entonces que el cariño de Arturo se habia enfriado mucho.

Con diversos pretextos de buscar trabajo y de compromisos con amigos, no solo estaba ausente de casa la mayor parte del dia, sinó que de noche regresaba muy tarde.

Ya no me habia sus habituales y ardientes cariños y si se acercaba á nuestro hijo era con marcada expresion de disgusto.

Yo lloré en silencio los primeros dias, pero al fin no pude sufrir mas y me quejé á Arturo de su frialdad.

Aquella queja, lejos de hacer un buen efecto en el espíritu de Arturo y obligarlo á reaccionar, pareció por el contrario irritarlo, aunque nada malo me dijo.

—Es necesario que tengas paciencia, me dijo, yo no puedo vivir siempre á costillas de mi padre.

De dia tengo que buscar en qué ocuparme, y de noche es preciso que atienda á los deberes de mis muchas amistades que no puedo echar al diablo.

Aquel modo de responder me dejó helada.

Seria aquel hombre un miserable que solo me habia querido por el interés del dinero de mi padre y que dejaba de quererme cuando vela que la gestion de dinero seria inútil?

Esta sospecha aumentó mi desesperacion y no sé de dónde saqué fuerzas para conservar el juicio.

Disimulé cuanto me fué posible mi desesperacion, y me entregué por completo al amor de mi hijo, resignándome á sufrir lo que viniera y aceptándolo como justo castigo á mi accion.

Viendo que mi padre nada hacia por acercarse á mí, Arturo resolvió que su padre se acercara á él y gestionara nuestra reconciliacion, con el casamiento impuesto por el estado á que habian llegado las cosas.

Tanto Arturo como su padre, segun pude convencerme despues, habian tomado mi cariño como una especulacion que podia tener para ellos opiparos resultados y era en ese carácter que la seguian con empeño.

Por eso, únicamente por eso estaba empeñado en la reconciliacion con mi padre y se prestaba á tenerme en su casa hasta que ese asunto se resolviera.

Yo entonces estaba inocente de este manejo espantoso, porque jamás creí que Arturo fuera capaz de semejante cosa.

—Qué miserable! exclamó Lanza fingiendo un arranque de indignación, es la infamia mayor á que puedo descender un hombre! pobre mi vida, ya supongo lo que sufrirías con esto!

Luisa enjugó sus lágrimas y bebió á instancias de Lanza otra copa de licor.

Ya estaba en eso estado alcohólico en que se habla con toda ingenuidad sin tratar de ocultar nada ni valorse de subterfugios calculados.

Era este precisamente el estado en que quería verla Lanza, no solo para hacerla mas accesible á sus palabras amorosas, sino para que no sintiera el tiempo que pasaba rápidamente, y que podía hacerle pensar en volver al casino.

—Una noche, despues de haber conferenciado mucho entre los dos—agregó Luisa, tomando de nuevo su interrumpido relato—el viejo fué á ver á mi padre para hablar con él de una manera definitiva.

Mi padre, segun el de Arturo, lo recibió bruscamente, aunque lo dejó esponer la causa de su inesperada visita.

—Es preciso, don Luis, que usted consienta en el matrimonio de los muchachos, le habia dicho.

Ya tienen un hijo y es preciso cubrir las apariencias y perdonar la calaverada tan natural en los jóvenes.

La gente murmura, y al fin y al cabo Luisa es su hija y usted ha de caer envuelto en la critica.

—Si yo supiera que á su hijo lo habia impulsado una pasion verdadera, dije mi padre, yo podia perdonar el pecado y consentir en su casamiento, pero estoy profundamente convencido de lo contrario y de que con ello no lograria sino amarrar á mi hija á una desventura eterna.

Su hijo no se ha enamorado de Luisa sino de su fortuna, y como yo me negué á su casamiento, hizo lo que ha hecho, no impulsado por un amor violento, sino por un cálculo frio.

Creían que con eso y con el cuento de cubrir las apariencias me arrancarían el consentimiento negado.

Estoy convencido que una vez casados, Arturo destrozaria cuanto dinero pudiera agarrar, en calaveradas naturales en su edad y su razon fria, abandonando á mi hija y haciéndola completamente desgraciada.

Yo no quiero contribuir á la desgracia de mi hija y hoy le repito lo que le dije entonces.

Yo no he trabajado como trabajó para que un haragan se divierta y triunfe.

Para mi hija mi corazon siempre está abierto y mi fortuna tambien.

A pesar de todo lo sucedido, á pesar de su falta, aunque tuviera ochenta hijos, yo la recibiré con el cariño de siempre y volverá á ser para mí lo que siempre ha sido.

Pero dejarlos casar para que un cualquiera venga á abandonarla para gastar en fiestas lo que yo junté á fuerza de fatigas, nó, y mil veces nó.

Esta es mi respuesta última y definitiva.

No me importune mas ni me venga con cosas, que ya sabe mi modo de pensar.

Cuando ustedes se aburren de tenerla y gastar con ella, ya saben que yo la vuelvo á recibir como siempre.

Es probable que esta misma gestion suya sea hecha porque está aburrido de yo sostenerlos, yo soy muy franco.

No se aflija entonces por esto y mándemela aquí.

La prefiero mil veces como está á verla acompañada de un hombre que no la quiere.

Mi pretendido suegro se desentendió de lo hiriente de las palabras de mi padre y las pasó por alto, concretándose á convencerlo que debia prestarse á sus planes matrimoniales.

Pero mi padre le declaró terminantemente que si queria que lo siguiera escuchando, no le habia de hablar una palabra en aquel sentido.

—Lo que le dije hace un año, se lo digo ahora, como se lo diria dentro de diez.

Era pues inútil insistir mas y el padre de Arturo se retiró completamente desencantado.

—No debemos pensar mas en eso, dijo á Arturo, despues de darle cuenta de lo que acabo de referir.

Es mejor que Luisa vuelva á su lado, que tal vez ella pueda ablandarlo con la vista de su inocente hijo.

Si no lo ablanda ella, no lo ablanda ni Jesucristo padre.

Habia en las palabras de aquel hombre una frialdad que me llenó de espanto.

Aquella vuelta al lado de mi padre tenia todo el amargo sabor á un abandono, y yo, sin poderme explicar bien la causa, sentia una inmensa necesidad de llorar.

—Mi padre tiene razon, me dijo Arturo; toda gestion que se hiciera por mi parte, no serviria sino para irritar á don Luis.

Tú eres la única que puedes convencerlo á fuerza de ruegos y con la orfandad de tu hijo.

Es preciso que vayas á su lado y le hagas todo género de reflexiones, puede ser que el llanto tuyo pueda en su espíritu mas que todas nuestras razones.

Como ya gozas de cierta libertad, porque lo que has hecho te da un carácter de independencia, vendrás tú á verme.

Yo no podré hacer mas que escribirte, puesto que él no me ha de permitir ni acercarme á su casa.

Aquello tenia el carácter de una despedida, pero disimulada.

Yo comprendí demasiado tarde que aquel hombre no me queria, que mi padre tenia toda la razon posible y me resigné á sufrir todas las consecuencias de la ligereza de mi proceder.

—Estoy pronta á hacer todo lo que quieras, dije á Arturo; iré á casa de mi padre y le rogaré con toda la desesperacion que puede rogar una madre que pide un padre para su hijo.

Y si mi padre á pesar de todo no consiente en dejarme casar?

—Si ha de consentir, contestó Arturo esquivando una respuesta franca, y si no consintiese ya buscaremos el medio.

Por inocente, por infeliz que yo fuera, debía comprender que lo que aquel hombre queria era verse libre de mi.

Yo, sin la fortuna de mi padre era para él una inmensa carga; estaba hastiado de mí, no me queria ni me habia querido nunca, de otro modo su conducta hubiera sido bien diversa.

Resignada á todo, me preparé á irme á casa de mi padre.

Y aquella misma noche, sin que mi amante tuviera para mí una sola palabra de esperanza y de consuelo, me trasladé á casa de mi padre con mi hijo, que era mi única esperanza de consuelo en este mundo.

Nada me dijo mi padre que pudiera ofenderme ó causarme el menor dolor.

Me recibió con cariño y despues de darme un beso, me dijo:

—No creas que soy tan duro como te parece, hija mia, te salvo del mayor descalabro que pueda caerte encima y pronto me darás la razon, no lo dudes.

Estas fueron las únicas palabras alusivas á lo que habia pasado, que oí de sus lábios.

Alli estaban mis cosas y mi pieza tal cual yo las habia dejado.

Nada se habia tocado, nada se habia cambiado.

Desde el siguiente dia me hice cargo de mis antiguos quehaceres en todo lo que mi hijo me lo permitia.

Mi padre tenia otro dependiente que habia tomado, pero yo volví á los geroglíficos de mis apuntes que yo sola entendia en los libros, y la casa toda reposó sobre mi cuidado.

Dos dias se pasaron sin tener yo noticias de Arturo, á pesar de la libertad que tenia para escribirme.

Aquello era horrible para mí; no podia habituarme á la idea de que tan pronto me hubiera olvidado.

Aquel hombre debía ser un rematado miserable desde que en su espíritu no habia ni siquiera el sentimiento de la paternidad.

Ahogando todo sentimiento de orgullo, resolví ir á verlo.

Tal vez esto era lo que queria y yo no estaba en situacion de imponer.

Dije francamente á mi padre donde iba, y este me contestó que fuese.

—Es preciso que te convenzas por tus propios ojos de que yo te he hecho un servicio no dejándote casar con ese hombre.

Palpa la realidad, hija mia, que algun dia me estarás agradecida.

Yo tomé mi hijo en los brazos y me fui á casa de Arturo.

El no estaba y su padre me recibió con frialdad y hasta con espresion de estar contrariado.

Espéré y esperé en vano hasta que me cansé.

Viendo que toda espera era inútil, me retiré al fin, pero dejándole dicho que al otro dia volveria y que me esperaba.

Volví al otro dia, pero tampoco lo encontré, diciéndome su padre que habia salido con unos amigos, y que generalmente no volvia hasta la hora de acostarse.

Por mas que yo estaba preparada á aquel desencanto, no pude evitar la sofocacion del llanto que me causó aquel desengaño completo, pues Arturo no solo queria significarme que no me queria ya, sino que hasta se reía de mí haciendo alarde de indiferencia.

Queriz, acaso obligarme de esta manera á que apurase la gestion con mi padre?

Me sentí sin embargo dueña de una energía que no habia sospechado en mí, y me alejé exclamando:

—Está bueno, ya no vuelvo mas aquí, porque no quiero añadir al abandono la burla.

Digale á Arturo que puede escribirme ó buscar de hablar conmigo si lo desea.

Yo siempre soy la misma, aunque un poco mas despierta ya; hasta cuando ustedes quieran, entones.

Me volví á casa, resuelta, ya á no pensar mas en aquel miserable, pues ya no podia caberme duda que Arturo era un miserable.

Mi padre adivinó sin duda en mi semblante lo que sucedia y sonriendo se limitó á decirme:

—Ya lo ves, ese bergante solo queria tu fortuna; cuando ha visto que no la tendria, te ha abandonado como se tira un billete de loteria que no ha salido premiado.

No volverá á pensar en tí, no tengas duda, como no habria pensado cuando hubiera derrochado hasta el último centésimo de tu patrimonio.

Desde entones me dediqué exclusivamente al amor de mi hijo enfermizo y cuya vida no era para mí mas que la amenaza de un nuevo dolor.

Los disgustos y las desventuras habian sin duda empobrecido mi leche y él, pobre de fisico naturalmente, no tenia en el alimento que yo le daba, una nutricion completa.

Un mes pasó desde la última vez que estuve en casa de Arturo y no recibí de él la menor noticia.

Si alguna duda me hubiera quedado de su miserable abandono, aquel mes transcurrido habria sido mas que bastante para disiparla.

No tuve entones mas remedio que convenir conmigo misma en que mi padre me habia hecho un servicio.

Aquel infame se habria apoderado de mi fortuna y me hubiera abandonado de la misma manera, despues de haberla disipado, ó antes mismo, para gastarla en completa libertad y yo habria pasado una existencia miserable.

Recien empecé á apercebirme de la sonrisa insolente con que me miraban las personas que antes me habian tratado y conocido; era una humillacion nueva con la que yo no habia contado, pero que sufrí con paciencia, concluyendo por habituarme á ella.

Muchos en la calle, hasta se permitian dírjime ciertas galanterias insolentes que al principio me avergonzaban y que despues me fueron

habituando á ellas poco á poco, al extremo de que yo las escuchaba con suprema indiferencia.

La enfermedad de mi hijo fué agravándose poco á poco y debilitándose cada vez mas, hasta que perdí las esperanzas de poder conservarlo.

Llamé médicos que lo vieran, pero estos me dijeron que era demasiado tarde, que aquello no tenia remedio y que debia consolarme porque si hubiese vivido, habria sido aquella una existencia miserable, llena de sufrimientos y amarguras.

Yo suporté en silencio aquel nuevo dolor y me preparé al nuevo golpe.

La existencia de mi hijo fué consumiéndose poco á poco hasta que llegó el momento supremo.

Yo, cediendo no sé á qué sentimiento, mandé avisar á Arturo lo que sucedia.

Quería proceder con la mayor altura á este respecto, hasta el último momento.

Pero ni siquiera me hizo el honor de responder á mi carta.

Aquel hombre no era pues mas que un abyecto miserable.

Mi pobre hijo se murió al fin sumiéndome en el dolor mas desesperante, á pesar de ser un golpe que yo esperaba de tanto tiempo atrás.

Aquel nuevo dolor lo devoré en silencio y como todos los otros, sin tener quien pronunciara á mi oído una sola palabra de consuelo.

Así habia pasado yo todas mis desventuras, sin tener quien hubiera enjugado mis lágrimas con un solo cariño.

Mi padre se preocupaba solo de sus negocios, vivia por sus negocios y para sus negocios—nosotros no significábamos para él mas que lo que podian significar sus dependientes.

Así es que cuanto me veia llorar, se limitaba á decirme:

Ya te consolaré el trabajo, nada distrae tanto como el trabajo.

Y yo trabajaba con pasion, porque realmente el trabajo era lo único que me distraia, lo único que engañaba mis horas desamparadas.

Para hacerme tomar mas cariño al trabajo, mi padre solia darme dos ó tres liras los domingos, con las cuales yo salia á pasear.

Desde que volví á casa de mi padre, volví con cierta independencia que me fué muy útil entonces.

Los domingos, por ejemplo, que no se trabajaba en la casa, yo salia á pasear adonde queria, sin llenar otra formalidad que decirlo á mi padre.

Segun como andaba mi bolsillo, me iba á pasear á todas partes, á los hoteles de los alrededores de la ciudad, donde comia, y á los cafecitos donde se cantaba ó se tocaba música.

Mi viaje con Arturo me habia dado esta libertad de accion, y me habia habituado á este modo de proceder.

Me manejaba como un hombre jóven, sin recato de ninguna especie.

Y qué recato iba á tener una viuda como yo, ¿es al fin y al cabo yo no era mas que una viuda?

Muchos se me acercaban al verme solas, decian que yo era bella y venian á buscar mi sociedad.

Yo los admitia en mi compañía y conversaba con ellos, mientras su conversacion no contenia ninguna falta de respeto.

Pero cuando las palabras pasaban de cierto limite, me levantaba, pagaba todo lo que habia tomado y me retiraba sin decir nada.

Los dueños de los cafés me conocian ya, de modo que cuando algun enamorado se me acercaba, se ponian á sonreír, porque ya esperaban el fin de la aventura cuando ésta llegase á cierto limite.

Muchas veces mi paseo se prolongaba hasta horas avanzadas de la noche, porque me iba al teatro ó á algun concierto público.

Esto no le gustaba á mi padre, al extremo de que varias veces me habia reprendido diciéndome que era necesario variar de conducta.

Yo no lo contradecía, porque no me gustaba tener con él cuestion de ningun género, pero no le hacia caso, y seguia llevando la misma vida libre é independiente.

Estas aventuras me dieron al fin un novio.

La fortuna de mi padre era un atractivo poderoso para muchos galápagos aspirantes, que me aceptaban no solo en el estado triste en que estaba, sino que me hubieran aceptado aún en otro mas lastimoso.

Pero mi primera aventura amorosa me habia puesto mas desconfiada que un tuerto y no hubiera habido un galan capaz de engañarme, mas cuando yo sabia que pedir á mi padre licencia para casarme, era pedir peras al olmo.

Esta nueva faz á que habia entrado la historia de Luisa, dispizó la nube de tristeza que la envolvía y se puso mas alegre.

Pidió á Lanza otra taza de café y empezó á tomarla á pequeños sorbos.

Lanza le sirvió cariñosamente, sin interrumpirla.

Avida de un cariño que no encontraba en mi padre, yo me dejaba querer con cuantos decian quererme, con cierto agrado.

Incapaz de querer á nadie porque las fuentes de mi cariño estaban secas, dejaba que los demás me quisieran, mientras este cariño no pudiera revestir ninguna faz grave.

Con quererme no se ofendia á nadie y yo lo hallaba perfectamente licito.

Una tarde que me hallaba en un café comiendo con uno de estos enamorados sin esperanza y la hermana del dueño de casa, se me acercó Arturo, que comia tambien allí con otros jóvenes.

Era la primera vez que lo veia desde nuestra vuelta á Génova.

La vista de este miserable me hizo una impresion terrible.

Me parecia increíble que yo hubiera amado á aquel hombre, cuya vista me habia causado una impresion tan repulsiva,

—Cómo estás, mi Luisa? me dijo con el mayor cariño.

En el acto acudió á mi recuerdo la muerte de

mi hijo abandonado y el silencio que le habian merecido mis cartas.

Lo miró con una expresion de profundo desprecio y le respondí secamente:

— Poco debe importarle á usted como esté yo, señor, y como ignoro con qué derecho me dijirio usted la palabra en ese tono, le suplico no lo haga mas.

El esceso de vino no autoriza á ser irrespetuoso.

Arturo quedó helado ante mi respuesta y miró con expresion de reconcentrada ira al hombre que estaba conmigo.

— Te felicito por el cambio, me dijo sonriendo, pero el que haya un preferido no es motivo para romper con las viejas relaciones.

— Ha pedido á usted esta dama que no le falte al respeto, dijo entonces severamente el hombre que estaba con nosotros, sin darme tiempo á contestar.

Espero que no habrá necesidad de pedirlo de otro modo.

Arturo le preguntó quién lo autorizaba para hablar así, lo que provocó una respuesta mas dura, y de palabra en palabra se fueron á las manos.

Los amigos de Arturo vinieron en su defensa, y en la defensa del otro jóven, otros amigos que comian en el mismo café en otras mesas.

El escándalo fué entonces tremendo, porque aquello tomó todo el aspecto de una batalla.

Toda la gente que habia en el café acudió al estrépito del combate, separándolos á todos.

Arturo habia llevado felizmente la peor parte, porque le habian sacudido de firme.

Para compensar de algun modo á mi defensor triunfante, sali con él del café y por primera vez me hice acompañar con él hasta mi casa.

La noticia de aquel escándalo llegó á oídos de mi padre, con mayores proporciones de las que en realidad habia tenido y esto provocó una raspa que me echó aquél, seguida de una prohibicion que no podia aceptar yo.

— Estos escándalos no pueden repetirse, me dijo, de modo alguno, porque son una vergüenza inaguantable, y para que cesen del todo no quiero que vuelvas á ningun café.

— Pero esto es ridículo, respondí yo, que he de privarme de mis diversiones porque á ese canalla le dé la gana.

Tendria que no salir á ninguna parte, porque lo que ayer hizo en el café lo haria en plena calle.

Yo no podria estar libre de los escándalos de ese canalla sinó encerrándome en mi casa, y no estoy dispuesta á llevar la vida de monja.

— Pues yo no quiero que por tus paseos ande nuestro nombre de boca en boca y unido á ruidosos escándalos.

Yo no respondí nada viendo que nada habia de ganar con discutir, pero resuelta á seguir no mas en mis paseos á pesar de la prohibicion de mi padre.

Así, el domingo siguiente, sin decirle nada sa-

lí á pasear y me fuí al mismo café del escándalo.

Pero ese dia no estuvo Arturo—no tenia aún tiempo de haberse repuesto de los golpes que se chupó.

Se comentó alegremente la aventura del domingo anterior y yo tuve que decir que aquel no era mas que uno de tantos amantes desesperados á quien el vino habia puesto en un estado mas violento y amoroso, lo que no pasó sin ciertas observaciones, porque la historia de la fuga de mi casa era demasiado conocida en Génova.

Por esos amigos vejetes que nunca faltan, mi padre supo que yo habia vuelto al café á pesar de su prohibicion, lo que motivó un nuevo disgusto mas violento que el primero.

Mi vida no iba á poder seguir de aquella manera, porque ni mi padre habia de ceder en sus prohibiciones ni yo podia conformarme con llevar la vida de reclusion que él queria.

Íbamos á pasar una vida imposible, discutiendo siempre y provocando cada vez escenas mas violentas.

Una familia amiga anunció por aquella época su viaje á América y fué entonces que me entró tambien una gran ambicion de venir.

Yo poseia entonces, en poder de mi padre, la suma de mil doscientos francos que me dejó mi madre.

Esta suma, en tanto tiempo, habia sido doblada en los negocios, segun me lo dijo mi mismo padre.

Con aquella suma podia yo muy bien venir á América y así se lo manifesté.

En Buenos Aires vivia un hermano de mi padre, con quien yo podria venir á vivir, y la ocasion no podia ser mejor.

— Para vivir aquí como vives, me dijo mi padre, es inejor que te vayas á Buenos Aires, donde por lo menos no conocerán tu falta.

Si tienes juicio y eres buena, todavia puedes ser feliz en este mundo.

Allí tienes á tu tio que ha de ayudarte en todo y aconsejarte lo que necesites.

Aquí estás perdida sin remedio, porque á tu falta irreparable se han agregado los últimos escándalos que has dado y que, sobre lo que ya habias perdido, te han hecho perder un cincuenta por ciento mas.

Aquí no hallarás un marido nunca, aunque cambies de conducta.

Solo hallarás otro Arturo, que te lo perdonaria todo con tal de casarse con tu fortuna y poder pasar una buena vida mano sobre mano, y deseándote la muerte para heredarte.

En América, es distinto, nadie te conoce, y portándote bien, puedes bien hallar un marido que te haga respetable.

Yo estaba entusiasmada con mi viaje, al estremo de no atinar á nada.

Deseaba con vehemencia que llegara el dia de la partida para salir de una vez de allí y no volver mas.

Porque yo habia concluido por tomar ódio á Génova y á todos sus habitantes.

Con mi oficio de embalsamadora, que bien podía llamarse un arte, yo ganaría mi vida en Buenos Aires y no sería gravosa á mi tío.

Mi padre me entregó los tres mil francos que me tenía y me regaló el pasaje, prueba estúpida de cariño, dada su habitual miseria; de modo que con mi dinero yo pude hacerme una provista de buena ropa, que tanto necesitaba, guardando el resto para mis primeros tiempos de América, mientras me establecía y empezaba á hacerme de clientela.

Yo era además muy hábil en el arte de hacer gorras y teñir plumas, lo que podía muy bien serme igualmente útil para ganarme la vida.

Hecha mi provision de ropa y convenido mi viaje, no tenía mas que esperar la partida del vapor donde habíamos de embarcarnos.

Ya sabes tú, que eres italiano tambien, todo el encanto que despierta en nosotros la palabra América, el país de las grandes fortunas y de los placeres vírgenes.

La idea, la certitud de que me venia, habia despertado en mí un mundo de ilusiones y de encantos que me tenían embriagada por completo.

Mi padre era el que mas lamentaba mi viaje, porque perdía en mí su sistema secreto de teneduría de libros.

Pero no habia mas que conformarse y tener paciencia, puesto que no habia otro remedio.

El día de la partida llegó por fin y nos embarcamos, acompañándonos mi padre hasta á bordo.

Todo mi pasado doloroso habia desaparecido de mi memoria, llenándose mi fantasia de los encantos de América á donde nos dirigíamos.

Mi padre me habia dado una carta para su hermano, donde me dijo que me recomendaba á él y le pedía me atendiese y ayudase en todo para que llegase á ser una mujer de provecho y de porvenir.

Despues supe que en aquella carta mi padre hacia á su hermano toda mi historia, sin omitir el menor detalle ni las verdaderas razones de mi viaje.

Si yo hubiera sabido esto, no le hubiera dado la carta á mi tío; pero cómo me iba á imaginar que mi padre tenia interés en publicar mis miserias?

Nos embarcamos para Buenos Aires y desde aquel momento Génova murió para mí; salía de allí con la firme resolucion de no volver mas en mi vida.

El viaje fué sumamente alegre y feliz.

Veníamos tantas amigas juntas, que no habia tiempo de fastidiarse.

Todo á bordo era motivo de alegría y de distraccion.

Desde la hora de comer los pasajeros nos rodeaban, estos y los empleados del buque en conversacion y jarana, muchas veces hasta altas horas de la noche.

Pueda decirse que yo vivía una vida nueva, completamente nueva, desde que mi pasado ya no existia para mí.

Todo nuestro deseo era llegar cuanto antes á la deseada América, para ver de cerca todas sus maravillas y sus riquezas.

Y preguntábamos inocentemente si era verdad que los indios andaban en las calles de la ciudad y se comian á las criaturas crudas.

Estas preguntas hechas con toda ingenuidad, provocaban las risas de los pasajeros y del capitán del buque, que se entretenían en contarnos historias maravillosas que nosotras creíamos á puño cerrado.

Por fin llegamos al deseado término del viaje, desembarcando en Buenos Aires sin inconveniente de ningun género.

Recien entonces comprendí que se habian divertido con nosotras, refiriéndonos aquellos cuentos fabulosos, pues me encontré en una ciudad como cualquiera de las que habia visto en Europa.

Como traía la direccion en el sobre de la carta que me dió mi padre, me hice conducir en el acto, con mi equipage, á casa de mi tío, á quien puede decirse que yo no conocia, porque era muy pequeñita cuando él se vino de Europa.

Mi tío, cuando supo quién era yo, me recibíó con la mas agradable sorpresa.

Como mi viaje habia sido imprevisto, no habíamos tenido tiempo de anunciárselo, así es que su sorpresa no pudo ser mayor ni mas grata.

Mi tío, con mi padre se querían mucho, y una hija suya era para éste un verdadero regalo, demostrándome toda su familia el cariño que me profesaban.

Todo aquel día lo pasamos entretenidos en hablar de Génova y de las rarezas de mi padre, y mi tío no abrió la carta que yo le traía, diciendo que reservaba su lectura para la noche.

A mí me habian arreglado una cama en el aposento da mis primas, de quienes debia ser como hermana.

Estas me acomodaron mi ropa en sus propios roperos, obsequiándome con una porcion de cosas necesarias en las que yo no habia pensado, porque habituada á la miseria de mi padre, ni siquiera sabia que existiesen.

Al otro día mi tío me llamó á su cuarto, á una conferencia privada.

Habia leído la carta de mi padre, é impuesto de mi historia se habia alarmado un tanto cuanto, con cierta razon, puesto que él tenia la responsabilidad de toda su familia.

—Tu padre me cuenta aquí, Luisa, toda tu desgraciada historia, me dijo, y veo que necesitas de todos mis consejos y de todo mi cuidado, puesto que ahora, puede decirse que yo soy el responsable de tu porvenir.

Vas á vivir con mis hijas, puras é inocentes, y es preciso que ni siquiera sospechen los motivos que te han obligado á venir á América.

Yo no quise ocultar nada á mi tío, lo que hubiera sido inútil desde que mi padre se lo contaba, y le manifesté que precisamente habia salido de Génova para olvidar mi pasado y criarme un porvenir nuevo y debido á mi trabajo, aquí donde nadie me conocia.

— Me es tan odioso ese pasado, le dije, que ni siquiera deseo recordarlo: es como un sueño horrible del que felizmente he salido ya.

Yo quiero trabajar y hacerme un porvenir con mi trabajo, porque no quiero ser gravosa á nadie, y usted no tendrá de qué quejarse respecto á mí.

Mi tío se mostró muy alegre al oír la manera con que yo me espesaba y las ideas que me animaban, asegurándome que él estaba dispuesto á ayudarme en todo.

Hablando en este sentido, convinimos en que por el momento no me convenía establecer una casa de modas, por los gastos que me ocasionaría.

Mi tío me proporcionaría las relaciones de su familia, para que yo les hiciese las gorras, y cuando yo me hubiera hecho de una clientela mediana, entónces sí podía establecer un tallercito que iría prosperando poco á poco.

Aquellos primeros días se emplearon en pasear la ciudad, para que yo saliera de la natural curiosidad que sentía.

Mi tío nos llevó también al teatro, cuyo espectáculo y consecuencia me dejaron maravillada.

Tomando mis modelos en el teatro, yo hice un par de gorras que fueron vendidas en el acto á amigas de la familia, que quedaron sumamente complacidas, elogiando mi habilidad y mi buen gusto.

Y acto continuo tuve el encargo de cuatro gorras mas.

A mí me gustaba mucho pasear y conocer la ciudad en todos sus recovecos.

Pero á mi tío no le gustaba que yo saliera con frecuencia en compañía de sus hijas.

Hasta entónces nada me había dicho, pero yo era bastante viva para comprender que mis salidas con sus hijas lo disgustaban.

Con pretexto de comprar géneros y armazones de gorras, empecé á salir sola, y á pasear y conocer toda la ciudad.

Al mismo tiempo iba haciendo relacion con las modistas á donde compraba, y con quienes conversaba largamente, tomando informes que necesitaba.

Ya estaba yo demasiado habituada á la independencia absoluta, para volver á una vida de reclusion como la que pasaban mis primas.

Así es que siempre con pretexto de comprar y de ver á una nueva marchanta, empecé también á salir de noche.

Como efectivamente yo traía trabajo que me encargaba alguna modista amiga, ó lo pedía yo no mas gratuitamente para que me sirviera de pretexto, mis salidas, aunque frecuentes, eran perfectamente disculpables y bien salvadas todas las apariencias y conveniencias de la casa.

La cuestion es que algunas noches yo me demoraba mas de lo natural, volvía tarde y esto hacia á mí tío muy poca gracia.

Un domingo falté á comer, porque me había ido á pasear á Palermo con amigas que estaban de fiesta.

Vine tarde á casa, y mi tío, por primera vez me reprendió con aspereza.

— Esto no es natural ni admisible, me dijo, y es preciso que te reformes.

Mi casa es una casa de familia, donde hay que guardar mas recato.

Yo nada quise replicar, aguanté la ronca y me propuse salir con menos frecuencia.

Pero no pude: la vida de reclusion estaba en pugna con mis hábitos de independencia.

Al poco tiempo de esto me entretuve en otra comida y vine tarde, relativamente á una casa de familia, pues vine á las diez de la noche.

En casa de la amiga donde habíamos comido, se bailó un poco despues de comer y yo no pude negarme, como era natural, pues todos se empeñaban para que yo me quedara.

Yo me quedé, puesto que en ello no cometía delito alguno, hasta las diez de la noche, hora bastante razonable.

Como era tambien muy natural, mi amiga no quiso que me viniera sola á casa á aquellas horas y pidió á uno de los concurrentes de toda su confianza, que me acompañara.

Yo me rehusé asegurando que no tenia miedo de irme sola, pero como aquello no era prudente, acepté al fin.

Conversando amigablemente de la agradable reunion donde habíamos llegado, llegamos á casa, en cuya puerta me despedí de mi acompañante.

— No lo invito á entrar porque ya sabe que no es mi casa, le dije, vivo con un tío que tiene su familia y sus rarezas y no sé si le gustaría.

El jóven aquel había sido uno de tantos adoradores míos, y se quedó en la puerta unos cinco minutos conversando conmigo y preguntándome cuándo volvería á lo de mi amiga.

Tuve que hacerle notar que ya era tarde, para que se fuera y me dejara entrar.

Mi tío estaba en el balcón esperando mi vuelta, sin que yo lo hubiera visto, de modo que me vió llegar acompañada de un jóven y estuve allí oyendo lo que conversábamos, hasta que quedé sola y entré á la casa.

Mi tío no quiso esperar esta vez hasta el día siguiente.

Me llamé á la salita independiente que había en la casa, donde nadie podía oírnos, y allí me reprendió con mas dureza que la vez primera.

— Veo que tú no tienes compostura, me dijo, y esto así no puede continuar.

La reputacion de mis hijas sufriría mucho con tu conducta libertina, y ya comprendes que esto no puede ser.

— Mi tío, respondió yo entónces con cierta serenidad, respecto á mi conducta no tengo nada que reprocharme, se lo juro á usted de la manera mas seria.

Yo estoy habituada á cierta vida de libertad y de independencia.

Para vivir con usted, mi tío, yo tendria que hacer una vida de prisionera, que no está con mi modo de ser, me enfermaria.

Usted tiene razon en lo que dice, pero no dejará de convenir conmigo en que yo tambien tengo razon en lo que digo.

Para evitar todo enojo y toda cuestion entre nosotros, conservando la armonia en que debemos vivir, es mejor que yo me mude.

Tomaré un par de piezas en cualquier casa, donde podré establecer mi taller de trabajo y así estaré independiente, sin que mi vida libre pueda perjudicar á nadie y sin que desaparezca la buena relacion que debe reinar entre nosotros.

— Encuentro este temperamento mucho mas razonable, dijo mi tío, ya que quieres llevar una vida de tan absoluta independencia.

Yo siento esto enormemente porque no hubiera deseado que te separaras de mí, desde que á mí te ha recomendado Luis, á quien tú sabes que yo quiero inmensamente.

Si yo no tuviera hijas, no te diría nada, agregó: poco me importaría que volvieras á esta ó aquella hora, pero teniendo hijas ya es distinto.

No todos las conocen, al verte entrar á deshoras, muchos pueden creer que eres una de ellas.

En realidad, mi tío tenia razon, y era mucho mejor separarnos así amigablemente que separarnos enojados.

Con aquella franca conversacion, yo habia definido perfectamente mis posiciones y conquistado el claro derecho de hacer lo que me diera la gana.

No era muy fácil encontrar, así á dos tirones, un par de piezas como yo queria, sin contar con que yo no tenia aún suficiente trabajo para sostener mi vida de absoluta independencia.

Cuando conté mi resolucion de vivir sola á las amigas con quienes me daba, todas aplaudieron mi determinacion, prometiéndome buscarme una ocupacion que me diese lo bastante para sostenerme.

Fué entonces que me proporcionaron el casino donde me has conocido, pero á mí no me gustó, despues que supe lo que era un casino.

Pero me presentaron á la dueña y esta empezó á seducirme con diez mil promesas halagadoras doblemente dada mi situacion.

Por último me dijo que yo iria á su casa sin mas que hacer que atraer la clientela y entretenirla, que no tendria ninguna de las obligaciones de las otras muchachas, que seria absolutamente libre y que me daria un buen sueldo.

Yo no quise cerrar trato, porque aquello no me gustaba mucho, aunque mi independencia era completa, y dejé así sin resolverme, mientras buscaba algo mejor.

Era cuestion de tener paciencia y nada mas, y yo hubiera encontrado una ocupacion mejor si mi tío no me hubiera precipitado.

Quince dias despues de aquel convenio que habiamos hecho, volvió á suceder un nuevo contratiempo, mas grave que los demás por la severidad de mi tío.

Era el dia del santo de una de aquellas amigas con quien mas relacion tenia yo.

Me habian invitado á comer, y aquella tarde yo hice presente á mi tío el objeto de mi salida.

Habiamos comido muy bien y ya se sabe que cuando se come así, el tiempo pasa insensiblemente, contribuyendo á hacerlo pasar mas rápidamente el buen vino que habiamos bebido.

Despues de comer se haló un poco y cuando yo acordé eran las dos de la mañana.

Al saber la hora que era tuve un grandísimo disgusto, porque ya calculé lo que iria á pasar entre mi tío y yo, pero ya la cosa no tenia remedio y el tiempo pasado no habia de volverse atrás.

Por precaucion me hice acompañar con mi nueva amiga y uno de sus visitantes, porque de ese modo mi tío no podria enojarse tanto.

Cuando llegamos la puerta estaba cerrada. Sin embargo, yo hice coraje y llamé varias veces, hasta que vino á abrirme mi mismo tío. Nunca le habia visto tan enojado!

En vano fueron mis disculpas y las explicaciones que dió mi amiga.

Mi tío me echó en el zaguan una raspa terrible y despidió á mis acompañantes con sus palabras mas duras.

— Tú no estás en mi casa un momento mas, me dijo, ó te resuelves á no pisar mas la calle.

Grise dar nuevas explicaciones que mi tío se negó terminantemente á escuchar, notificándome que me mudase al dia siguiente mismo, si no queria hacer la vida de encierro que pretendia.

— Si usted se ha figurado, señorita, que mi casa es como la de sus famosas amigas, está muy equivocada, y por mas hija de mi hermano que usted sea, no ha de empañar mis buenas costumbres familiares.

— Quiere decir que usted me echa de su casa?

— Si no quieres someterte á lo que yo te digo, sí, te pido que no vuelvas mas aquí.

Tal fué el disgusto que tuve, que ni siquiera me acosté aquella noche.

Al dia siguiente salí muy temprano y me fué á casa de mi amiga, contándole lo que me habia pasado con mi tío.

— Por la manera que nos echó anoche, me respondió aquella, ya suponía yo que no habias de poderte quedar allí—tienes un tío mas bravo que un caústico.

— Es así, medio ridículo, dije yo á mi amiga, en lo que no deja de tener razon, puesto que tiene hijas que cuidar.

Pero no es ese el caso: como yo no puedo vivir mas con él, sino estando encerrada en su casa, he resuelto irme hoy mismo.

He venido entonces á rogarte que me acompañes á casa de la judía aquella del casino, para cerrar trato con ella.

Allí no he de poder estar mucho tiempo, porque no me gusta la cara de esa mujer.

Pero como no me he de quedar en media calle, estaré con ella hasta que encuentre otra casa mejor.

Mi amiga se vistió, fuimos á la calle Corrientes y cerré trato con la dueña del casino, bajo la terminante condicion de que en ningun caso

me habia de forzar á hacer lo que yo no quisiera.

Contenta volví á lo de mi tío, le conté que ya habia encontrado acomodo en casa de unas modistas, y aquel mismo dia me mudé, en medio de una armonia convencional y prometiendo á la familia venir á visitarla de cuando en cuando, siempre que quisieran recibirme.

Y sin mas trámite me trasladé á dicho casino, donde me has encontrado.

Al principio su dueña quiso explotarme como le pareció mejor, pensando aprovechar lo triste de mi situacion, pero cuando se convenció que eso era imposible porque yo no me prestaba á mas de lo que habíamos convenido, me dejó en completa libertad de accion.

Si ahora la has visto alarmada al extremo

de no querer dejarnos solos un momento, es porque es la primera vez que me vé demostrar preferencias por una persona; y siendo esta persona una de su posicion, ha tenido miedo que vayas á sonsacarme y llevarme á otra parte, nada mas: le ha llamado la atencion vernos en relacion tan íntima, aunque yo le dije que era la primera vez que nos veíamos.

Luego, ella pretendia hacerte pagar botella tras botella, y como yo no me presto á estas explotaciones, mandaba quien consumiera el vino y te hiciera pagar otra botella.

Así terminó la historia que Luisa Maggi contó á Lanza, y que éste escuchó con un raro recogimiento y demostrando un interés siempre creciente.

UNA VETA MAGNÍFICA

Mientras Luisa narraba, Lanza habia tenido su pensamiento en una actividad pasmosa.

Esta en contacto con la hija de un banquero, tan accesible al amor, era una bolada que no podia desperdiciar.

Y Lanza hacia todo género de cálculos sobre aquella fortuna que no habia podido atrapar el imbécil de Arturo.

Luisa lo contemplaba estasiada, como dominada por la simpatía que se desprendia de su persona.

Aquel hombre que, á pesar de la situacion excepcional en que se encontraba, la habia tratado con el mayor respeto y recogimiento, se hacia justamente acreedor á todo su cariño.

Estaban solos, encerrados en una pieza de un café de aventuras amorosas, y sin embargo, á pesar de todo el entusiasmo que en un hombre jóven debia despertar su belleza, éste no habia pasado los límites del respeto.

Puede decirse que Luisa se habia enamorado de Lanza, sintiendo hacia él una confianza ilimitada.

La cantidad de alcohol que habia tomado la tenia en una situacion amorosa sumamente grata, al extremo de desear que ella se prolongara lo mas posible.

Deseaba además poder apreciar con certeza la impresion que su relato habia hecho en el espíritu de Lanza, y la conducta que éste tendria en seguida para con ella.

El tiempo habia pasado de una manera tan insensible para ellos, que ni siquiera notaron que habia anochecido.

La luz de la luna entraba magnífica por las ventanas iluminando la pieza, y Lanza, que era el que solo habia notado esto, se guardaba muy bien de decirlo.

Aunque escitada por el alcohol, Luisa habia tenido el suficiente tino para ocultar algun pecado amoroso que calculó no hubiera producido buena impresion.

Es que Lanza habia llegado á interesarle mas de lo que ella misma pensó, y temia impresionarlo de una manera desfavorable.

—Sentiria en el alma, dijo sollozando, que la narracion de mi historia, hecha con tanta franqueza, me hubiera hecho perder en tu opinion.

Nada me dices y temo te hayas enojado conmigo.

—Al contrario, Luisa mia, tu historia me ha corroborado mas en la opinion que ya me habia formado de tí.

Pensaba en este momento que la vida que llevas no te conviene y que es preciso cambiarla á toda costa.

Tú eres digna de una suerte mejor, alma mia, y allí nunca podrás lograrla, mi vida, porque las apariencias te son fatales y aun la propia narracion de tu historia no seria apreciada por muchos en lo que vale.

Si yo no buscase en tí mas que la conquista de una mujer bella, ya te hablaria de otro modo y te habria hecho proposiciones en ese sentido, aprovechando la situacion en que nos hallamos colocados y el estado desesperante de tu vida.

Pero no es eso lo que yo busco, yo quiero tu felicidad estable y tal cual tú la mereces.

El afecto íntimo que siento por tí, quiero encaminarlo de un modo decoroso y digno y esta es la forma que busco actualmente.

A mí me ha sucedido contigo una cosa extraña, Luisa.

Desencantado con las cosas del mundo, he llegado á no creer en nada, á no esperar nada de nadie sino de mí mismo.

He mirado á las mujeres con el encanto que haya podido despertar en mí su belleza, ó el hastío que me haya causado su vulgaridad, y nada más.

Contigo me ha sucedido una cosa extraña.

Apenas te ví, sentí por tí una impresión de simpatía desconocida para mí hasta entónces.

Estuve contigo con un agrado infinito y sintiendo que aquella simpatía se había trocado en cariño.

Cuando me separé de tí aquella primer noche, no te apartaste un segundo de mi pensamiento.

Y al otro día sentí que me había enamorado de tí.

Esto, te lo confieso, produjo en mi espíritu una sensación dolorosa.

Yo temía que guiarme por las apariencias, y las apariencias te eran fatales: estabas en un casino, y en estos establecimientos no hay sino malas mujeres.

Estuve por alejarme y no volver más, sofocando la pena que esto me causaba, pero como había observado cierta superioridad y el respeto con que eras tratada, me dejé arrastrar de mi amor y volví otra vez, y provoqué la entrevista de hoy.

Ahora no me pesa: el franco relato de tu vida te ha hecho crecer en mi opinión, y al ver que te amo y que hasta cierto punto soy correspondido, porque si no, no estarías aquí conmigo, experimento un gran consuelo que me hace presentir días mejores.

Tú eres digna que te amen, Luisa, y yo te amo inmensamente.

Creo que puedo esperar ser correspondido de la misma manera, y pienso en una solución digna que asegure para tí el porvenir que mereces.

Luisa tomó las manos de Lanza y las acarició besándolas.

—No en vano me sospeché que eras un espíritu generoso y grande, le dijo, Dios bendiga el momento en que te conocí.

Por entretenida que estuviera Luisa, al fin notó que la noche había cerrado completamente y dijo alarmada:

Debe ser tardísimo, Carlos, y aquella mujer ha de estar furiosa conmigo.

—Poco debe importarte hoy de sus furias, Luisa, porque yo pienso en tu porvenir de una manera seria y estable.

Sufre un par de días más, mientras yo medito, que siempre lo que se hace con calma es lo mejor.

Yo no me separaría más de tí, te llevaría á donde pudieras estar sin depender de nadie, pero no quiero proponerte nada que no sea correcto.

Vuelve allí, Luisa, que un día más de penas nada puede perjudicarte cuando se trata de tu futuro, y espóralo todo de mí.

Ahora, si quieres que nos vamos á otra parte, habla con franqueza, yo te buscaré un cuarto en un hotel, donde estarás mientras yo pienso en algo que no quiero decidir hasta mañana, para madurarlo mejor.

—No, gracias, respondió Luisa conmovida; me entrego por completo á tu voluntad.

No sé qué poder extraño me empuja á tí, mostrándome que no puedo esperar nada malo.

Mira, Carlos, con poca cosa yo podría ser feliz: con un simple tallerito donde poder trabajar con mis gorras y mis aves embalsamadas, yo sería completamente feliz.

—No te preocupes de nada ahora, respondió Lanza con profundo aire de protección, que yo pensaré en todo con la mayor solicitud; pronto concluirán todas tus penurias, yo te lo aseguro.

Ahora yo te voy á acompañar hasta el casino, y allí haré un poco de gasto para calmar la rabia que pueda tener aquella mujer por tu tardanza, retirándome solo, si veo que no hay peligro de que te hagan alguna escena desagradable.

Mañana, á la misma hora de hoy, te espero en el mismo parage: yo te aseguro que he de llevar-te una noticia que te ha de hacer feliz.

De tal manera habían dejado pasar el tiempo, que cuando salieron del Robinson eran las doce de la noche.

Lanza, para no llamar la atención, hizo detener el carruaje en la calle de Cuyo, y allí lo despachó siguiendo á pié hasta el casino, donde entraron por la puerta escusada, calculando que en el casino había mucha gente.

Como ya se lo habían sospechado, la patrona estaba furiosa, aunque nada dijo.

Pero cuando vió que Lanza entraba al cuarto de Luisa y pedía champagne, se calmó por completo y hasta se puso amable.

Luisa podía haber echado un gancho, pero lo había echado con provecho de la casa, que era lo principal.

No había pues nada que temer para la tranquilidad de la hermosa jóven.

Lanza estuvo allí el tiempo necesario para dejar consumir tres botellas de champagne y dejar á Luisa más enamorada que nunca.

Cuando él se retiró, la jóven lo acompañó hasta la puerta de calle, estrechándole expresivamente la mano, y la dueña de casa quedó firmemente convencida que Luisa había hecho una conquista que le dejaría muchos miles de pesos.

Apenas dió vuelta la esquina, Lanza se estrechó una mano con otra, diciéndose interiormente y en alta voz:

—Eres un gran hombre, Carlo Lanza! eres un gran hombre digno de todo lo bueno que te espera.

Escuchando á Luisa, Lanza había estado haciendo sus cálculos.

Si Luisa se casaba en América, su padre no

tenia mas remedio que aceptar el heredero, fuera ó no de su agrado.

—Qué inconveniente puede tener, desde que se trata de una persona honesta y trabajadora?

Qué mas quiera que uno cargue con la hipoteca de su hija, daba la vida que ha llevado?

Luego, con este inesperado golpe de fortuna, qué necesidad tengo yo de proceder mal, cuando mi negocio está en proceder bien?

Casado con su hija, podrá entrar en negocios con el viejo Maggi, pedirle mercaderías á consignacion y girar contra él mas tarde, cuando esté convencido que soy una persona cumplidora, un banquero.

Mi ciencia está ahora en no dejar conocer mis intenciones y en apoderarme de Luisa, de modo que ella en mi cariño, vea siempre un beneficio del cielo.

No hay mas remedio, me caso, me caso como quien hace una obra de caridad y sin dar á sospechar que el verdadero beneficiado soy yo.

Toda mi ciencia está ahora en fomentar su amor, pues es indudable que se ha enamorado, con un poco de cálculo, porque jamás se soñó ella hacer casamiento con una persona de mi aspecto.

Esto, en cuanto se trasluzca me vá á traer un rompimiento con el amigo Cánepa y con mi vieja modista, pero qué diablos me importa desde que realizo el mejor de mis negocios?

Qué buen servicio me ha hecho la pobre vieja al no quererse casar conmigo! no solamente aquí hay mas plata y mas facilidad, sino que mi mujer es jóven y es bella.

Ha tenido su faltita, pero esto se olvida fácilmente; lo ha olvidado ella y aquí nadie lo sabe.

Mas faltas ha de tener la vieja, y yo iba á caer inocentemente en sus garras.

Nada, está visto que esta vez el cielo me protege, y no hay que perder la ocasion.

Una sola sospecha habia entrado en el espíritu finísimo de Lanza.

El sabia positivamente que Luis Maggi era un rico prestamista de Génova, casi un banquero, puede decirse, porque algun negocio habia tenido con él la casa de Caprile.

Pero, quién le garantia que Luisa era realmente su hija?

Quién le aseguraba que no fuera una hija natural, sin ningun derecho á herencia?

Desde que Maggi tenia un hermano aquí, la cosa era bien fácil de averiguarse, sin que nadie pudiera sospecharse con qué idea lo hacia.

Para qué diablo tenia talento si no era capaz de averiguar una cosa tan sencilla?

Y lo mas gracioso es que él pensaba que fuera el mismo Maggi quien viniera á darle los informes en vez de ser él quien se los viniera á pedir.

Carlo Lanza, absorbido por todos estos pensamientos, se metió en su casa, no á dormir, puesto que no pudo pegar sus ojos en toda la noche, sino á seguir meditando sobre los medios mas seguros de llevar su aventura adelante.

Por el momento todo se reducía á enamorar á

Luisa, de modo que ésta consintiera en el matrimonio sin sospechar la verdadera causa.

Consentido este, todo marcharia por sí solo.

Con todo lo que habia pasado ella tendria ya alguna práctica en las cosas de la vida y podia muy bien desconfiar de que todo no fuera mas que una especulacion sobre su fortuna.

La situacion de la jóven, por otra parte, le era sumamente propicia, pues estaba desesperada de la vida que estaba obligada á llevar, y mortificada de depender de un tipo como la patrona del casino.

Todo esto venia á favorecer sus planes, asegurándole un triunfo rápido.

La cuestion por el momento era simplemente esta.

Convenia ya descubrir á Luisa sus planes, ó convenia esperar mas tiempo?

Esto lo decidiria mejor que nada la situacion de espíritu en que encontrara á la jóven.

Decidido á obrar segun se lo indicara el momento, ya no pensó mas en esto.

Se levantó mas temprano que nunca, puesto que de todos modos no podia dormir, y se fué al escritorio de Caprile.

Siempre eran las primeras horas de la mañana cuando podia hacer sus travesuras y sus negocios, porque nadie lo veia.

Era entonces que podia meter los sobres con su direccion en las cartas que escribia, para que la contestacion viniese á él y cobrar la comision del cinco por ciento sin asentar en los libros mas que los tres.

Todos estos negocios reunidos á su sueldo, puesto que su vieja modista era quien atendia á sus gastos, le habian permitido reunir unos mil patacones que tan poderosa ayuda debian prestarle en la cuestion de su casamiento.

Esto y la clientela que ya podia reunir en un momento dado, era todo lo que necesitaba para establecerse como banquero.

Una vez logrado esto y procediendo honestamente, tenia su negocio y su porvenir asegurado; lo demás vendria por sí solo.

Lanza trabajó aquella mañana con mas ardor que nunca, para ganarse todo el dia.

Cuando vino Caprile al escritorio, Lanza le pidió permiso para faltar el otro medio, á pretexto de tener algunas diligencias particulares que hacer.

—Tal vez pueda volver mas temprano de lo que yo creo, dijo, pero en caso que me fuera imposible le ruego me disculpe, que si acaso hubiera mucho que hacer, mañana á la noche recuperaré el tiempo perdido.

No era posible negar el permiso pedido en aquellos términos al mas activo y cumplidor de sus dependientes, así es que Caprile, no solo lo concedió sin vacilar, sino que le dijo que si necesitaba mas tiempo se lo avisara con toda franqueza.

—Despues se lo diré, respondió Lanza sonriendo, cuando le cuente en los asuntos que ando.

Por hoy no necesito mas que este medio dia.

A las doce, Lanza se fué á su casa, donde dió una manito á su toilette, poniéndose el brillante que le dió la modista, sobre el cual habia hecho ya un famoso cálculo.

Si Luisa aceptaba el matrimonio con el alborozo que él esperaba, se lo regalaría como anillo de compromiso, y vive el diablo! que nadie se habria comprometido de una manera mas rumbosa.

A la una menos cuarto se hallaba Lanza con su volanta, en el mismo sitio del dia anterior, esperando á Luisa.

Esta no tardó en llegar, produciéndose entonces un incidente que vino á favorecer sus planes.

Luisa, llorosa y profundamente triste, venia acompañada de otra muchacha del casino, la misma con quien la habia visto la vez primera.

—Y qué tienes que lloras? le preguntó Lanza con cariñoso interés—qué puede haber sucedido que te aflija de esta manera?

—Lo que yo me esperaba, respondió Luisa, lo que yo me esperaba.

Anoche, despues que tú te fuiste, la mujer aquella me armó una pelea porque habia vuelto tarde y abandonado su negocio todo el día, diciéndome que ella no me pagaba para que anduviera en la calle en aventuras que nada le producian.

Como nada me aterra á mí tanto como el escándalo, todo lo soporté y guardé silencio.

Hoy, cuando le dije que iba á salir, se me puso como una leona, diciéndome que no saldria.

Pero como vió que yo estaba decidida y que sería inútil cuanto dijera, me impuso de que habia de salir acompañada por esta.

Era preciso soportarlo todo ó producir el escándalo, y como ya te he dicho cuánto temo el escándalo, me sometí y aquí me tienes con un centinela.

—Pero esto es inicuo y no puede tolerarse, respondió Lanza.

Yo creo que esta jóven nos hará el obsequio de retirarse, pues no la queremos con nosotros.

—Yo tengo que obedecer lo que me han mandado, dijo esta subiéndole la voz, y no me retiro por nada de este mundo.

Si Luisa temia el escándalo, mas lo temia Lanza, y viendo que la jóven estaba dispuesta á provocarlo, Lanza no tuvo mas remedio que apelar á la astucia.

—Está bueno, dijo, si no hay otro remedio nos scmeteremos, vamos á pasear y volveremos—será un paseo de tres.

Con una calma insopechable, hizo subir á Luisa á la volanta, haciendo al mismo tiempo una seña al cochero, que sonreia picarescamente ante lo que acababa de oír y que comprendió al vuelo la seña de Lanza.

En la inmensa travesura que caracteriza á los cocheros criollos, cuando se trata de un patron que dá buena propina, este habia comprendido al momento toda la picaresca intencion de Carlo Lanza.

En cuanto Luisa se hubo sentado, éste que la habia ayudado á subir desde el estribo, saltó dentro de la volanta.

Era lo único que el cochero esperaba para partir rápidamente.

De modo que, antes que la jóven parada en la vereda pudiera darse cuenta de la tirada de que habia sido víctima, ya el landó habia doblado la plaza del Retiro.

Cuando ella se apercebíó de lo que habian hecho, ni siquiera tuvo el consuelo de prorumpir en denuestos y palabradas que no tenían objeto.

Y enfiló hácia el casino, pensando en el chubasco que por imbécil le iba á llover allí.

Luisa, reavivada ante la travesura de Lanza, reia como una loca.

Pero pasada la primera impresion de la risa, preguntó llena de aficcion:

—Y ahora que vá á sér de mí? aquella muger es capaz de sacarme los ojos si vuelvo al casino.

Ay, Lanza! no sé que vá á ser de mí!

—Pero con no volver todo está concluido, respondió Lanza, que se felicitó de aquel incidente, comprendiendo con rapidez todas las ventajas que de él podria sacar.

Pensemos ahora en nosotros, que yo estoy lleno por la inmensa felicidad de verte.

En cuanto á la bruja aquella no hay que preocuparse, que todo se evita no volviendo mas.

—Pero dónde voy yo, pobre de mí? dónde voy sin perderme mas de lo que estoy?

—Pero dónde has de ir sinó á la misma casa de tu tío?

—Es que no me admite sinó en las condiciones que te he dicho, y ahora, sabiendo como ha de saberlo que he estado en un casino, no me admitirá en manera alguna.

—Ya discutiremos esto con mayor tranquilidad cuando yo te esplique todo lo que tengo en la cabeza; ahora vamos á almorzar donde almorzamos ayer, que estaremos tranquilos y sin que nadie nos interrumpa: despues verás, querida mia, todo el plan de felicidad que te traigo, si, como no lo dudo, correspondes al amor que por tí abrigo.

Conversando así y prodigándose mil caricias llegaron al Robinson.

La patrona, recordando el morrido pago del dia anterior, acudió en el acto á servirlos, llena de solicitud complaciente.

Los llevó á una especie de salita mas paquetada que la del dia anterior y procedió á arreglar la mesa sin preguntar nada, pues ya se suponía que vendrian á almorzar.

Lanza contemplaba á la jóven con verdadero arrobamiento, pues la jóven era realmente bella, y mas que bella, magnífica.

Y ella tenia para Lanza una expresion mucho mas cariñosa y hasta apasionada.

Este que veia en todos sus síntomas la realizacion de su negocio, estaba radiante de alegría.

Deseara que la hotelera concluyera de una vez sus arreglos para entrar en materia, pues

por el mismo incidente de la calle le parecía que ninguna situación podría ser tan á propósito como aquella.

Luisa se despojó de su sombrero y de todo aquello que podía serle incómodo y se sentó á almorzar una vez que todo estuvo arreglado y cerrada la pieza.

Fué entonces que Lanza con una habilidad de que él mismo quedó maravillado, desarrolló su plan.

—Al escuchar tu historia, Luisa mia, sentí ayer una impresion muy difícil de detallar, dijo, porque ella era el resumen de sentimientos múltiples.

Al amor ciego que te tenia, se habia agregado un sentimiento de admiracion profunda.

Cualquier mujer que se hubiera hallado en tus circunstancias, abandonada de todos los que debian ampararte, se hubiera perdido en el caos inmenso de la vida.

Y Lanza buscaba con afan las palabras mas sonoras para deslumbrar el espíritu poco cultivado de Luisa.

Esa historia me mostró que eres fuerte, que habias sabido conservarte digna contra todas las tentaciones del mundo y todas las consecuencias del despecho.

Y pensaba que el hombre que hubiera sabido elegirte como compañera, habria sido un hombre feliz en toda la acepcion de la palabra.

Solo y privado de los encantos de la familia, muchas veces pensé en esto, Luisa, y recorrí tu vida tramo á tramo, buscando una deducccion exacta del porvenir.

Muchas veces yo habia pensado casarme para engañar la soledad de mi vida, pero me habia detenido la dificultad de hallar una mujer que estuviera en relacion con mis aspiraciones.

Desde que te conocí, puedo decirte que te amé, pero desde que te ví al través de tu propia historia, mi amor por tí fué mas íntimo y mas profundo.

Por eso ayer no habia querido decirte nada, pues queria obrar con entera conciencia de lo que hacia, con la meditacion necesaria á un acto tan sério de la vida.

Despues de pensarlo toda la noche, despues de consultármelo bajo todas las fases de la vida, hoy vengo á decirte lo que no quise decirte ayer, para que no creyeras que mis palabras eran hijas del entusiasmo del momento.

Yo quiero proteger tu destino, Luisa, poniendo al mismo tiempo mi suerte al amparo de tu amor, quiero ser el compañero de tu vida.

En una palabra, Luisa, yo quiero casarme contigo en la seguridad de que he hallado al fin una mujer digna y capaz de hacer la felicidad de un hombre.

Tú no tienes en tu vida faltas, sinó desgracias y para combatir las desgracias y hacerlas olvidar, no hay mas que la felicidad estable.

Luisa quedó como atoutada ante las palabras de Lanza, pues este le hacia una proposición en lo que ni siquiera se habia atrevido á pensar, menos despues que le narró su historia.

—Pero yo no puedo aceptar ese honor, dijo,

porque no lo merezco—tú te burlas de mí, Lanza, y eso no es noble.

—Libreme Dios de semejante cobardia! yo te ofrezco mi nombre y mi amor, y no creas que no hay su egoismo en la oferta, pues ya te he dicho que tengo la conciencia de que á tu lado he de ser un hombre completamente feliz.

Consiente, Luisa, y desde hoy mismo me pongo á hacer todas las diligencias necesarias.

—Pero yo al consentir hago una mala accion y me espongo á que, arrepentido, mañana me detestes.

—Niña! lo he meditado toda la noche, es un paso que doy con toda la conciencia de lo que hago!

—Y qué quieres que te diga? yo consiento con toda mi alma, porque á pesar del poco tiempo que nos hemos tratado, te amo de una manera inmensa.

Lanza abrazó á Luisa estrechamente y sacándose del dedo el hermoso brillante, lo colocó en la mano de Luisa como simbolo del compromiso que acababa de contraer.

—Ahora si no tienes necesidad de volver al casino, agregó, y por eso pensé hoy que el incidente con tu compañera venia á favorecer mis planes.

Es preciso que de aquí te vayas á casa de tu tío, y le digas que te casas conmigo y que es preciso te permita vivir con él hasta que el matrimonio se realice, para hacerlo con la decencia necesaria.

Y para halagar su amor propio y hacerlo consentir mas fácilmente, le dices que vas á consultarle este acto trascendental de tu vida y á pedirle consejo.

El, como es natural, ha de ampararte en tu pedido, te recibe en su casa donde yo iré á visitarte y nos casamos decentemente y con arreglo á todas las conveniencias.

—Esto es algo que me parece un sueño, decia Luisa riendo y llorando al mismo tiempo: nunca esperé tanta felicidad.

Pero no yendo yo, la mujer aquella tal vez se niegue á entregar mis cosas.

Se las hacemos soltar con la autoridad, ó se las dejamos, que al fin y al cabo no valdrán la pena de armar un escándalo, por buenas que sean.

Yo en el presente no tengo fortuna, pero trabajo con mucha suerte y espero que dentro de poco tendremos una fortuna espléndida.

Luisa estaba positivamente deslumbrada por el proceder de Lanza.

Un jóven que podia haberse aprovechado de la triste situacion en que ella se encontraba y usando de las ventajas que le daba su cariño, no solo la amparaba en sus desdichas sinó que le proponia un casamiento al que jamás se habria atrevido á aspirar.

Y allí no cabia engaño ni mala fé, desde que el mismo Lanza en vez de llevarla á un hotel como hubiera podido hacerlo, le proponia que volviese á casa de su tío donde él la visitaria hasta que se casara.

Era imposible proceder mas rectamente.

Así su mismo tío voría que se trataba de una cosa seria y se mostraría satisfecho.

—Entretanto, decía Lanza, yo tomaré un par de piezas con las que por ahora tendremos bastante, y las iré arrojando con todo lo necesario.

Yo voy á acompañarte ahora hasta casa de tu tío, le dijo Lanza, y en seguida me voy al escritorio de Caprile, donde me puedes avisar el resultado hasta las seis de la tarde; á esa hora me voy á la calle de Tacuarí 81, donde yo vivo, y allí espero la respuesta toda la noche.

Si tu tío consiente en todo, esta misma noche te haré la primer visita.

Si se niega, lo que no es creible, te llevaré á un hotel donde permanecerás hasta que hagamos las diligencias necesarias á nuestro casamiento.

—Yo haré que mi tío consienta, dijo Luisa resucitamente, puesto que no tiene motivo alguno para negarse, así es que esta misma noche espero poderte dar una respuesta satisfactoria.

Mientras concluían de almorzar, Lanza se entretuvo en pintar á Luisa el porvenir mas risueño, de modo que al salir del Robinson, la jóven aseguraba á su Carlo que ora la primera vez de su vida que amaba con aquella vehemencia.

EL CASAMIENTO SOÑADO

Los dos jóvenes se dirigieron á casa de Maggi, donde descendió Luisa radiante de alegría.

—Es la hora de comer y llego en buen momento, le dijo, porque así todos están reunidos y la cosa se hace mas fácil.

—Bueno, mi vida, convence al viejo, dijo Lanza dando á Luisa su primer beso; hasta las seis en el escritorio de Caprile; despues de esa hora, en mi casa.

—No tengas cuidado, respondió la jóven, es mi felicidad eterna lo que se juega, y yo he de saberla defender, ya verás.

La jóven penetró á casa de su tío, radiante de alegría y de belleza.

Lanza despachó la volanta y se dirigió al escritorio de Caprile, considerando aquel dia el mas feliz de su existencia.

—Si el viejo no quiere será una broma, pensaba, porque un casamiento hecho contra su voluntad me pone en malas condiciones de relacion con el padre, mientras que si este consiente, aquel me recibirá cariñosamente.

Es preciso á todo trance ganarse la buena voluntad del tío, y si ella no puede, lo convenceré yo, usando de todos mis recursos, pues no es posible que una empresa que he podido llevar á tan buen término, fracase por el capricho de un viejo zongo y pillo, porque si no quiere será porque ha oido la cosa.

Qué mas quiere una mujer en las condiciones desgraciadas de Luisa, que un marido como yo, que la dignifica con el solo hecho de casarse con ella?

Si el viejo quiere realmente á su sobrina y no penetra mi verdadero objeto, que es bastante difícil de penetrar, asegurará el casamiento por temor que fracase y pensará que yo soy un pobre imbécil digno de la mayor compasion.

Y pensando que alguien pueda abrirme los ojos lo apresurará lo mas posible.

Tan alegre llegó Lanza al escritorio, que sus compañeros y hasta el mismo señor Caprile lo notaron en el acto, preguntándole qué podia motivar una alegría tan inusitada.

—Esto quiere decir, exclamó Lanza cada vez mas contento, que me he enamorado como un mascalson de la italiana mas linda que haya pisado tierra argentina, y que probablemente me caso con ella.

Esta espontánea declaracion de Lanza provocó una série de bromas graciosas y picantes.

Lanza la recibia todas con el mejor humor de este mundo y decía sonriendo:

—Ustedes embórronme todo cuanto quieran, pero yo me caso con la mujer mas linda que haya conocido.

Y voy á armar una fiesta que el mundo se vá á caer encima.

No todo han de ser números y cartas escritas por cuenta ajena, alguna vez las habia de escribir en mi propio provecho.

A las seis de la tarde Lanza se puso en camino para su casa, esperando que allí recibiria la contestacion ansiada.

De allí dependeria la regla de conducta que habia de seguir en adelante.

Serian las siete de la noche cuando Lanza recibió por medio de una sirvienta, la esperada carta.

No era de Luisa sino del mismo Maggi, lo que venia á simplificar enormemente su situacion.

Maggi le manifestaba que Luisa le habia referido la historia de su proyectado casamiento, y que siendo esto cierto como lo creia, lo esperaba

aquella noche en su casa para que hablaran mas detalladamente.

Era precisamente lo que Lanza deseaba, una conferencia con el tio, que abreviase el procedimiento.

Así aquella misma noche podria saber con certeza á qué atenerse y lo que deberia de hacer.

Carlo Lanza se vistió con su ropa de gran etiqueta, estudió al espejo su mas importante postura y se trasladó á casa de Maggi.

No llevaba en el dedo su famoso brillante que le daba un aspecto de millonario, pero en cambio lo tenia Luisa regalado por él como señal de compromiso, lo que recomendaba su gran desprendimiento.

Maggi recibió á Lanza con el mayor agasajo, pareciendo sumamente complacido de su aspecto.

Maggi se habia imaginado que el tal novità seria una especie de atorrante haragan que se casaba con Luisa para explotarla, así es que esta misma creencia contribuyó á hacerlo aún mas agradable.

Como era natural que hablaran de aquel asunto privadamente, Maggi llevó á Lanza á su escritorio donde se efectuó la conferencia.

Lanza, fingiendo una ingenuidad asombrosa, manifestó á Maggi sus aspiraciones amorosas.

—Tengo el firme convencimiento que Luisa me hará feliz, decia, porque tiene grandes condiciones de corazon; me he enamorado de su simpática belleza y deseo casarme con ella, si usted nos dá su permiso, como es natural, puesto que es usted quien aquí representa al padre de ella.

Por el momento yo no tengo mas que mi empleo en la respetable casa de Caprile, pero soy rico en aspiraciones, conozco bien el comercio y espero que dentro de poco he de tener una posicion mas que desahogada, pues mi familia debe remitirme fondos dentro de poco para establecerme por mi cuenta.

—No dudo lo que usted dica, respondió Maggi, pero antes de entrar en mayores esplicaciones necesito conocer un detalle.

Luisa ha tenido una desgracia de juventud en Europa, que es preciso que usted conozca para evitar mas tarde recriminaciones dolorosas.

Ella dice que la ha contado á usted francamente, pero como las mujeres nunca son francas á este respecto, yo deseo saber si es cierto que usted conoce esta falta.

—La franqueza con que me lo dijo, respondió Lanza, previéndome un peligro fué que me hizo comprender que aquella falta era digna de toda indulgencia, pues su relato mostraba la mayor pureza de sentimientos.

—Luisa ha tenido un hijo, insistió Maggi.

—Lo sé y esta misma insistencia de usted en hacerme notar la falta, me muestran mas los sentimientos hidalgos suyos.

Ha sido despues de conocer todo esto que decidí casarme.

—Decididamente este es un infeliz rematado, pensó Maggi, que no podia imaginarse que Lan-

za era un especulador, al mismo tiempo que este pensaba:

—Decididamente el tio me cree un imbécil de nacimiento y así vá á ser el chasco que se vá á llevar.

—Bien, amigo mio, dijo Maggi, si esto es así, por mi parte no veo el menor inconveniente.

Solo, como es natural, desde que se trata de un paso tan decisivo para el porvenir de Luisa, usted me permitirá una cosa muy razonable.

—Está permitida, pues ya veo yo que es usted una persona seria y razonable.

—Bueno, si usted me lo permite, yo desearia tomar informes de su persona y su conducta.

Usted no puede extrañar esto, puesto que yo no lo conozco y deseo ser exacto en los informes que remita á mi hermano, para que este no pueda reprocharme el consentimiento que doy.

—Queda usted facultado para tomar todos los informes que crea necesarios; es muy lógico.

—Y podrá visitar á Luisa en su casa mientras se fija la época del casamiento?

—Depende de los informes que yo tome, lo que haré mañana mismo, para que usted tenga desde mañana mi contestacion definitiva.

Entonces Maggi llamó á Luisa y delante de Lanza le dió cuenta exacta de todo cuanto allí se habia tratado.

—El señor me parece un cumplido caballero, me es muy simpático, para qué he de decirle otra cosa? observó Maggi á Luisa, pero yo necesito exactos informes que poder trasmitir á tu padre.

Ya sabes lo minucioso que es, y no quiero que tenga el menor reproche que hacerme á este respecto.

Yo veré al señor Caprile mañana, pues es persona que me merece el mayor respeto, y mañana mismo el señor Lanza tendrá mi contestacion definitiva.

—Su tio, Luisa, tiene razon, dijo Lanza usando cierta etiqueta, porque su responsabilidad es mucha; yo he aprobado todo cuanto me ha dicho y me he sometido al informe tan necesario para él en este caso.

Puede interrogar tambien al señor Cánepa, al señor....

—Es inútil, el informe de la casa Caprile me satisface en un todo.

Sé que él debe ser bueno, puesto que es usted empleado allí; lo tomo únicamente por un deber de conciencia.

Entretanto Luisa se queda á vivir conmigo, y usted puede visitarla aqui con entera franqueza é independencia.

Despues de conversar un momento de cosas indiferentes y haberse retirado Maggi prudentemente algunos instantes para dejarlos en libertad de decirse algo, Lanza tomó su sombrero y se retiró despues de decir:

—Yo espero entonces su respuesta mañana á la tarde, y como tengo conciencia de lo que soy, no trepido en decir á Luisa "hasta mañana" y retirarme sumamente complacido despues de haber conocido en usted una persona tan fina y razonable.

Lanza se retiró mas contento que nunca; Caprile no tenia motivo sino para dar excelentes informes de su persona, y entonces el consentimiento de Maggi era una cosa hecha.

Fijaron la época de su casamiento tratando de ganar el mayor tiempo posible, pues una vez casado ya podria aguantar cualquier contra-tiempo.

El mismo, despues de los informes que mandase su hermano, se pondria en correspondencia con su suegro, y su porvenir quedaba admirablemente asegurado.

Maggi por su parte quedó gratamente impresionado del futuro marido de Luisa, no pudiendo explicarse cómo habia logrado Luisa atraerle tan completamente despues de haberle narrado su vida.

Y segun lo habia calculado Lanza, Maggi pensó que á pesar de todo el talento y viveza que demostraba, aquel jóven era zozco de remate.

Y felicitó á Luisa de corazón, por la verdadera suerte que habia alcanzado.

Lanza se dirigió á casa de su vieja modista para preparar hábilmente el terreno por aquel lado, y evitar una escena que, si nó perjudicial, podia ser mortificante para su futura.

Lanza se presentó mas amante que nunca, y despues de sus habituales cariños, dijo á la vieja:

—Mi querida, vengo á darte un disgusto aunque pasajero, y á pedirte un servicio para el caso en que me lo puedas prestar.

—Desde que el disgusto solo es pasajero, contestó la vieja, siempre podrá sobrelevarse.

En cuanto al servicio, ya sabes que no tengo mayor placer que complacerte.

—El caso es este, mi querida: mañana tengo que irme á Montevideo á establecer una sucursal de la casa, y por poco que demore, siempre he de tardar algun tiempo, por lo menos un mes, un mes en que no podré disfrutar de tus cariñosas noches.

Yo no hubiera aceptado la propuesta, pero esto me dá cierta importancia en la casa y facilita mis negocios para el porvenir.

He pensado que un mes pasa pronto y que el sacrificio será menos duro desde que él contribuye á asegurar mi independencia para el futuro.

La vieja se puso triste despues de escuchar la noticia, pero pronto se repuso y contestó:

—Un mes pasa pronto, Carlos, y desde que esta corta ausencia reporta ventajas para tí, no hay mas remedio que aceptarla y conformarse: lo único que te pido es que no me olvides.

—Yo no puedo olvidarte y mis cartas te lo han de demostrar de sobra.

—Has sido conmigo demasiado buena y complaciente para que yo pueda olvidarte un solo dia.

—Pasemos ahora al servicio que esperas de mí.

—El servicio es este: yo llevo bastantes recursos de dinero y autorizacion para girar contra la casa aqui.

Peró tú sabes, lejos uno de sus relaciones y sus recursos, nunca está satisfecho y plenamente seguro.

Desearia llevar una reserva de quinientos patrones, y si tú puedes y quieres facilitármelos, me harias un servicio.

—Teudré en ello un verdadero placer, Carlos querido, y si mas necesitas, dímelo con franqueza.

—No necesito mas, gracias, y esto mismo te lo pido en prevision, porque si puedo obtenerlos de la casa no recurriré á tí.

—No, señor, yo quiero prestártelos y te garantizo que si acudes á otra parte, no darás un verdadero disgusto.

Lanza no creia necesitar dinero y lo hacia solamente para estar á cubierto de cualquier gasto imprevisto á que lo obligara su casamiento. Así es que lo aceptó, prometiendo no acudir á otra parte.

Aquella noche la pasarian de conversacion y jarana, puesto que por lo menos durante un mes no iban á poder hacer otra cosa sino pensar el uno en el otro.

Y Lanza, con sus quinientos pesos fuertes en el bolsillo y prometiendo volver antes de embarcarse, se despidió de su vieja modista, diciéndole:

—En mi primera carta yo te haré saber la direccion de donde debes remitir las tuyas.

De la casa de la modista y aunque era muy temprano y se hallaba trasnochado, Lanza se dirigió al escritorio, porque su licencia del dia anterior lo habia atrasado en el trabajo y era aquel dia el fijado por Maggi para ir á tomar aquel diablo de informe que habia de decidir de su porvenir.

Y para que Caprile no fuera á pensar que aquel informe pudiera referirse á algun otro empleo que pensaba tomar, en cuanto apareció en el escritorio lo impuso discretamente de lo pasaba, avisándole que aquel mismo dia iria un señor Maggi á informarse de su conducta y modo de ser.

El no me conoce y como tiene toda la responsabilidad de la jóven, no consiente en el casamiento sino despues de haber tomado informes á mi respecto, por lo que bien puede decirse que estoy y no estoy de novio.

Lanza tenia tal cara de alegre, de regocijo intimo, que Caprile no pudo menos de sonreír al ver su entusiasmo.

—Es de desear que esto se arregle de una vez, le dijo en tono de cariñosa broma, porque su entusiasta estado de cabeza no es el mejor cuando se manejan libros de comercio.

—No tenga cuidado, señor Caprile, en cuanto me digan que sí, me quedo tan tranquilo como toda la vida.

A medio dia Maggi se presentó en el escritorio de Caprile, recibiendo una grata impresion al ver á Lanza ocupado en ese momento en hacer un pago fuerte.

Era claro que quien manejaba así el dinero, debia ser persona de entera confianza.

Su informe se reducía á una simple fórmula,

pues la ocupacion de Lanza por sí sola era una recomendacion.

Introducido por el mismo Lanza á presencia de Caprile, una vez que quedó solo con él, esplicó en breves y comedidas palabras el objeto de su visita.

—Por asuntos de familia, yo desearia tener algunos informes sobre el jóven Lanza, dependiente suyo.

Usted disculpe lo inusitado de la pregunta, pero siendo la mejor fuente de informes á que puedo acudir y deseando Lanza casarse con una sobriña mia, creo que usted no tendrá inconveniente en darme los informes que le pido.

Los informes que Maggi recibió no pudieron ser mas satisfactorios.

En todo el tiempo que Lanza estaba allí empleado, no habia dado motivo para que se le hiciera la menor observacion.

Era un jóven exageradamente honrado, cumplidor de sus obligaciones y amante del trabajo como pocos.

No se sabia en la casa que anduviera en parandas de mal género, ni se le conocia el menor acto reprochable, aun en su vida privada.

Qué mejores informes podia desear el Sr. Maggi?

El tío de Luisa agradeció los informes que se le daban, y se retiró completamente satisfecho.

Lanza lo acompañó cortesmente hasta la puerta del escritorio y allí tuvo con él el siguiente breve diálogo:

—Si usted desea aún mas informes, puedo indicarle desde ya á....

—Es inútil, me basta con los recibidos, y estos mismos los he tomado simplemente por fórmula, por absoluta tranquilidad de conciencia.

Puede usted visitar á Luisa en mi casa cuando quiera: allí conversaremos sobre los demás detalles necesarios.

Lanza tocaba el cielo con la mano: su casamiento era una cosa hecha que nada podria desbaratarlo.

A las cuatro de la tarde y en una salida que tuvo necesidad de hacer, se fué hasta lo de la modista, para dar su último toque á su fingido viaje á Montevideo.

Quería estar absolutamente tranquilo á este respecto y para ello no necesitaba mas que ir á despedirse de la mujer.

Dió á su fisonomía toda la expresion de tristeza que le fué posible y entró hasta el taller donde ésta trabajaba.

La despedida no podia ser larga, porque el vapor salia dentro de media hora, y aún tenia algunas otras cosas que hacer.

Mil cariños, mil recomendaciones de no olvidarse por nada de este mundo y todo quedó concluido.

—Espero que mi ausencia no durará mas de un mes, le dijo Lanza, pero en todo caso nunca será de mas de mes y medio.

Lanza quedó libre de aquella hipoteca, pues en hipoteca se habia convertido ya para él su modista.

Solo le faltaba la retrada de casa de Cánepa, que no sabia cómo emprender.

—Qué diablo, pensó, nos retiraremos poco á poco y sin decir una palabra.

Cuando me haya casado veremos cómo se sale de esto.

Lanza no habia contraído ningun compromiso de palabra con la familia de su amigo, nada podia este reprocharle, y sin embargo y sin esplicarse el por qué, Lanza temia que ellos tuvieran noticia de su casamiento.

Regresó al escritorio como siempre, y pensando en esto se demoró allí hasta su hora habitual.

Su felicidad era tanta, que no le dejaba mucho tiempo para pensar en otras cosas.

Solo deseaba que llegara cierta hora de la noche para irse á lo de Maggi á hacer su visita.

Ya Lanza se veia convertido en un banquero mas fuerte que el mismo señor Caprile y dueño de una fortuna de un millon de patacones.

Nunca comió con mas apetito que aquella noche.

Se bebió tranquilamente una botella del mejor vino que encontró en el hotel.

Quién le hubiera predicho aquel estupendo casamiento poco tiempo antes, cuando era un miserable mozo de casino ó el pobre y esclavo cochero de la familia de Lima!

Lanza se estremeció poderosamente al recordar esta época dolorosa de su vida, y apartó rápidamente este recuerdo de su pensamiento como se aparta un testigo peligroso que puede ser un obstáculo insuperable á la felicidad que se persigue.

Si Maggi llegaba á conocer esa época de su vida, si la misma Luisa llegaba á penetrar sus intenciones, era seguramente un hombre perdido: su negocio se lo haria humo entre las manos.

Era preciso apresurar rápidamente su casamiento para impedir todo descalabro, y esto era lo primero que Lanza debia tratar á toda costa.

No le faltarian medios de seducir á Maggi en caso que este quisiera esperar el consentimiento del padre de Luisa.

Lanza se empaquetó como la noche anterior y se fué de visita á casa de Maggi.

Luisa lo esperaba radiante de belleza; se habia vestido con toda la coqueteria de una mujer que quiere agradar, y dejaba asomar á sus bellos ojos, en poderosos relámpagos, toda la felicidad de que estaba impregnado su espíritu.

Maggi le habia transmitido los excelentes informes que recibiera aquel día y no solo habia consentido en su enlace, sino que la habia felicitado por él, aconsejándole hiciera todo lo posible por compensar con creces todo el cariño de aquel jóven.

Así, cuando menos lo esperaba, Lanza iba á encontrar un protector en el tío de su Luisa que, por su parte, y temiendo que pudiera echarse atrás, habia de apresurar el matrimonio.

Lanza iba de sorpresa en sorpresa, parecia que un buen espíritu lo habia tomado bajo su proteccion.

Luisa le contó como su tío había vuelto contentísimo de los informes recibidos, diciéndole que su futuro era digno de toda consideración y que él consentía gustoso en aquel casamiento que era su felicidad.

—Ya lo he autorizado para que venga á visitarte aquí, le había dicho, de modo que son ustedes los que han de fijar el día del casamiento.

Lanza escuchaba lleno de alegría lo que lo contaba Luisa, prodigándole sus mas expresivos cariños, de modo que cuando Maggi entró á la salita, Lanza lo abrazó cariñosamente diciéndole:

—Con nada podré pagarle, amigo mio, todo lo que lo debo.

Crea que la felicidad de mi Luisa será el único anhelo de mi vida y que no olvidaré nunca que á usted debo gran parte de mi felicidad.

—Usted no me debe nada, amigo mio, absolutamente nada, pues es natural que yo haga todo lo posible por la felicidad de Luisa, que es cosa mia y por cuya suerte temia siempre.

Yo mañana mismo voy á escribir á mi hermano, dándole las razones que he tenido para consentir en el casamiento, así que si usted quiere fijar la época, la carta irá completa.

Lanza quedó sorprendido ante estas últimas palabras; cuando preparaba su mas famoso discurso para convencer á Maggi que debía consentir en el enlace á nombre del padre de Luisa, para ganar tiempo, se encontraba con que era el mismo Maggi quien le proponia hacerlo, indicándole desde ya que la fecha del enlace podria fijarla para cuando quisiese.

El asunto no podia estar en mejores términos.

Luisa lo miraba pendiente de su palabra y Maggi sonreia ante su perplejidad natural.

—Yo no sé si el tiempo que yo fijara seria el conveniente para ustedes; me gustaria mas que ustedes lo fijaran, porque no quisiera parecer demasiado apresurado, ni quisiera retardarme mucho inútilmente.

—Por mi parte, dijo Maggi, todas las fechas me son lo mismo, es usted quien debe fijarla, calculandotodo lo que tiene que hacer.

—Por mi parte, dijo Luisa, poniéndose colorada, nada tengo que decir, lo que él disponga será lo mejor.

—Yo desearia que fuera ahora mismo, dijo Lanza, pero no quisiera hacerlo antes de tener todo arreglado.

Mis cosas me animo á terminarlasm en un par de días, pero no sé cuántos días necesitará la Cúria para los trámites naturales de estas funciones.

Yo mañana iniciaré allí mis diligencias, viendole el tiempo que se pueda ganar y así á la noche cuando vuelva, ya que usted me permite visitar á Luisa aquí, podré decir con exactitud cuál es el día que pueda realizarse nuestro matrimonio.

Maggi encontró aquello muy puesto en razon y Luisa dijo que estaba conforme.

En seguida la conversacion se hizo general,

rodando sobre cosas indiferentes y conversando Lanza con aquella familia como si fuera un viejo amigo de la casa: parecia que so hubieran conocido toda la vida.

Era natural que dos novios tuvieran algo reservado que decirse, y Maggi procediendo discretamente se retiró con la familia, dejándolos on enterá librtad por mas de media hora.

Lanza aprovechando aquel tiempo que comprendió se le dejaba libre intencionalmente, se sentó al lado de Luisa y empezó á conversarle cariñosamente sobre el risueño porvenir que les esperaba.

—Ya debemos considerarnos como marido y mujer, le dijo, y es necesario que desaparezcan ciertas etiquetas para ser reemplazadas por la confianza mas absoluta.

Una mujer que se casa necesita comprar mil piqueñeces que un hombre no puede calcular porque no está en ellas.

Todo lo que yo tengo, Luisa mia, es tuyo, absolutamente tuyo, entonces no debes ni extrañar ni tomar á mal que desde ya empiece á considerarte como mi mujer.

Como yo no calculaba que todo quedaria arreglado esta misma noche, no he venido preparado á ello.

Yo voy á apurar las diligencias lo mas que pueda, y es preciso que tú, desde mañana mismo, te vayas preparando tambien.

Así mi querida, como no tienes de donde sacarlo, yo te pido como primera demostracion de tu cariño, aceptes ose poco de dinero que traigo sobre mi felizmente, para que con él puedas ir comprando lo que te haga falta.

Y sacando del bolsillo cinco mil pesos, los pasó á su futura.

Luisa lo miró á través de sus lágrimas, se puso colorada y vaciló.

—Te lo pido como una prueba de cariño, replicó Carlo, es preciso que me vayas ya mirando como á tu marido.—quién mas que yo puede darte dinero?

La jóven lo miró entonces con espresion de un cariño infinito y venciendo sus escrúpulos con un esfuerzo visible, tomó de manos de Lanza el dinero que este le ofrecia.

Como si no hubieran esperado mas que aquello, se presentaron en la salita Maggi y la familia, volviendo la conversacion á hacerse general y animada.

A las once de la noche Lanza se puso de pié y se preparó á irse.

—Yo me quedaria toda la noche, les dijo, no solo por estar al lado de Luisa, sino por lo agradablemente que se está entre ustedes.

Pero yo comprendo que una casa de familia no puede interrumpir sus hábitos ni salir de su modo de ser, porque á un señor se le antoje estar de novio.

No quiero, por otra parte, hacerme pesado y fastidioso para ustedes, quiero al contrario, que cuando venga me reciban con natural agrado.

Así me retiró á horas convenientes, pidiéndoles de paso perdon por las molestias que puedo haberles causado.

Esta despedida vino á concluir de acentuar la simpatía que Carlo Lanza habia sabido inspirar desde un principio.

—Decididamente ese muchacho me gusta de alma, dijo Maggi, me gusta enormemente y no me cansaré de felicitar á Luisa.

Esta se sentía feliz como nunca pensó serlo, pues Lanza halagaba de todos modos su amor propio de mujer, y dándose vuelta á su tío le decía:

—Esto es para que usted vea que si yo era un poco callejera, no era porque fuese una perdida, sino porque me gusta la vida independiente.

Si yo hubiera sido una perdida, ese hombre no hubiera tenido necesidad de casarse conmigo.

—Yo nunca dije que fueras una perdida, lo que yo decía era que la vida de absoluta independencia que querías llevar, no convenía á una familia donde hay niñas, porque la gente es muy mal pensada.

Lanza dejó así una impresion gratísima en casa de Maggi, que aquella misma noche escribió á su hermano una larga y detallada carta.

Después de hacer en ella toda clase de elogios de Lanza, particular y comercialmente, pasaba á fundar los motivos que habia tenido para consentir en el casamiento y precipitarlo.

Luisa necesitaba un marido á toda costa, le decía, no solo por su pasado, sino por su porvenir mismo.

Sin marido, Luisa se iba á perder completamente, no solo por su modo de ser, sino por la independencia de hombre que queria dar á su vida.

Solo un perdido, atraído por el olor del dinero, se hubiera casado con ella.

Este jóven se ha enamorado de la belleza de Luisa y en su rara inocencia, en lo primero que ha pensado ha sido en casarse con ella, á pesar de su pecado, que la misma Luisa le contó.

Es una persona digna y honrada, que trabaja en una de las casas de mas crédito aquí, y que establece actualmente una casa suya.

Como persona no se puede pedir nada mejor.

Estan ventajoso para Luisa este casamiento que yo tengo miedo que el jóven vaya á arrepentirse, que alguien vaya á aconsejarle mal y desista de su casamiento.

Y es por esto que he dado la licencia en tu nombre y soy el mas empeñado en que se casen pronto, así es que cuando recibas esta, probablemente ya estarán casados.

Con una carta semejante de su hermano, en quien tenia plena confianza, es indudable que el padre de Luisa quedaria plenamente conforme.

Lanza por su parte se habia retirado completamente feliz aquella noche, pues habia obtenido mucho mas de lo que él queria, y sin esfuerzo ninguno, puesto que todo aquello habia sido espontáneo en Maggi.

Y aquella misma noche escribió para su suegro una carta llena de embrollas y mentiras, tratando de engañarlo respecto á su posición y

mandándole tomar informes de aquellas casas con quienes él estaba en correspondencia.

Cuando su suegro le contestara, ya pensaba él tener casa abierta y entrar con él en negocios de banquero á banquero.

Desde el dia siguiente empezó á hacer sus preparativos y averiguaciones necesarias.

Las diligencias de la Cúria solamente, sobre identificacion de su persona, amonestaciones, etc., necesitaban mas de un mes.

Pero un cura amigo que veremos figurar mas adelante, se encargó de tramitarlas en quince dias, pues las amonestaciones y demás ceremonias engorrosas, se arreglarían por medio de dispensas, un poco caras tal vez, pero que impedían se perdiera un tiempo precioso.

Y era ganar tiempo lo que anhelaba Lanza. Aquel casamiento era para él una felicidad tan grande, una suerte tan inesperada, que temia verla desvanecerse entre sus manos de un momento á otro.

Hubiera dado sin el menor inconveniente todo el dinero que poseia por poderse casar inmediatamente.

Pero no hubo mas remedio que conformarse con aquellos fatales quince dias de espera.

Era lo mas que tendria que perder, y que, por otra parte, le hacían falta para el arreglo de todas sus cosas.

De la casa de Caprile no podia faltar tan solo un dia, porque se esponia á ser descubierto por cualquier casualidad, en sus provechosas tramoyas.

Y una sola que se descubriera seria lo bastante para dar en tierra con todos sus proyectos.

Como primer diligencia, al dia siguiente tomó en la calle Tacuarí 81, donde vivia, otras dos piezas al lado de la suya, que era cuanto por el momento necesitaba.

Así tendria un escritorio, un cuarto de trabajo para su mujer y un aposento para ambos, que empaquetaria lo mas que pudiera.

De allí no podia mudarse, pues era la direccion que habia mandado en muchísimas cartas de aquellos clientes que iba formando para él y á muchas casas banqueras con las que necesitaba y queria estar en correspondencia.

Su cambio de domicilio era cosa que importaba para él unos tres meses de preparacion por lo menos, para que ello no le trajera ningun perjuicio sério.

No pudiendo faltar al escritorio un dia entero, porque no le convenia, tendria que hacer sus diligencias á ratos perdidos ó de noche, y entonces aquellos quince dias seria lo que menos necesitaba para el arreglo de sus piezas y demás detalles de aquel apurado casamiento.

A la noche, cuando volvió á lo de Maggi, después de dar cuenta de todo el cúmulo de formalidades y dispensas que necesitaba la Curia, fijó su casamiento para de allí quince dias, noticia que fué recibida por Luisa con verdadero alborozo, pues si Lanza estaba apurado en casarse, ella tambien lo estaba, aunque por diversos motivos.

Luisa se había enamorado realmente de aquel hombre, y su casamiento con él lo parecía un sueño que no había de realizarse, sin embargo de estar convencida con la fé que desto procedía, hasta por el dinero que le había dado para comprar lo que pudiera necesitar.

Casándose tan pronto como lo habían proyectado, ora natural que Lanza gozara de cierta libertad, y así Maggi había autorizado á Luisa para recibirlo solo, pues algo de íntimo habían de necesitar decirse.

Lanza aprovechaba aquel tiempo en hacer mil caricias á su futura consorte y revelarle mil planes de felicidad que tenía para el futuro.

—Dentro de quince dias estaremos establecidos en nuestra casita y no tendremos que esperar nada de nadie, bastándonos nosotros solos á todas nuestras necesidades.

Allí viviremos de nuestro trabajo sin que nadie nos moleste, hasta que haya establecido mi casa como yo quiero.

Y hacían sus proyectos hasta de ir á dar una vuelta por Europa y visitar la familia y arreglar de paso sus corresponsales y sus negocios.

—Si tu padre quiere, decia Lanza, él será nuestro banquero en Génova y podria ganar buenas sumas, porque yo giro mucho dinero.

Luisa se había habituado tanto á oírlo hablar de bancos, de giros y de grandes negocios, que creía firmemente que Carlo era un banquero al que solo le faltaba abrir la casa.

A las once, á mas tardar, se retiraba de su visita, para no ser molesto y no fastidiar á la familia de Maggi, que con tanta benevolencia lo recibía y lo obsequiaba.

—Es una broma, decía á Luisa, pero es preciso hacer este sacrificio en obsequio de esta gente que nos trata tan bien: yo me quedaria toda la noche, pero entonces nos echarian cada sacramento como para hacernos reventar.

Paciencia, Luisa, que pocos dias nos faltan ya, dentro de pocos no nos separaremos ni un minuto.

En los primeros ocho dias, Lanza arregló perfectamente sus tres picotas de la calle Tacuarí, sin riqueza, pero con mucho gusto.

Podía haberlas puesto mucho mejor, pero entonces se hacia sospechoso, que era precisamente lo que queria evitar.

Aún necesitaba permanecer en el escritorio de Caprile algun tiempo mas, para redondear su mejor clientela y enviar bastantes direcciones de su nueva casa bajo el sobre de los clientes nuevos á quienes cobraba un cinco por ciento, no sólo para agarrar ese dinero, cuanto para hacerles mas sensible la diferencia del precio que él les cobraba en la nueva casa.

Aquellos infelices que sólo se entendían con Lanza y que á Caprile no lo conocían ni de vista, lo creían jefe de la casa, y muchas veces rehusaban entenderse con otro dependiente porque aquel los entendía bien y sabía hacerles el gusto en los menores detalles.

Su amigo el cura había llevado adelante las diligencias del casamiento, consiguiendo todo

por medio de dispensas, para ganar tiempo y para no prestarse á ciertas zoncucas.

Lanza no era religioso; era un liberalazo de toro y lomo, pero para pescar ciertos negocios famosos de la Curia y de los conventos, se fingía un católico con mas tragaderas que un cretino.

Asistía á misa á San Francisco, cuyos frailes tenían negocios de giros con Europa, y se colocaba siempre en sitios donde lo vieran los superiores del convento.

Cuando se hacia alguna fiesta religiosa, era él quien dejaba la limosna mas famosa, valiéndose de un expediente que en el porvenir debía darle famosos resultados.

Él tenía depositados en el Banco de la Provincia unos doce mil pesos en cuenta corriente, con el único fin de hacer limosnas á las iglesias.

Así, en vez de dejar un billete de banco, dejaba un cheque contra el de la Provincia, logrando dos objetos:

Primero pasar por un hombre sumamente rico, y segundo mostrar á los frailes que era él el de la limosna.

Esto le costaba caro, porque lo obligaba á hacer limosnas de quinientos pesos arriba, pero con ellos él se proponía sacar en lo futuro utilidades pasmosas.

Ya veremos mas adelante los resultados de esta famosa especulación.

En la mayor parte de los templos se conocía así á Lanza no solamente como un filántropo desprendido, sino como un hombre sumamente rico.

Al principio, como no tenía mucho dinero que malgastar, había limitado sus limosnas á la Catedral, para hacerse conocer del Arzobispo y de la gente copetuda.

Fué despues que dispuso de mas dinero, cuando empezó, como se verá, á hacerlas estensivas hasta los curatos de campaña, donde mas provecho había de sacar.

La única cosa que lo molestaba en el asunto de su casamiento, era el negocio de la confesion, que no había medio de evitar.

Para casarsa era indispensable el boleto de confesion, y para obtenerlo no había mas remedio que confesarse.

El doble aliciente del precio del boleto y la diversion que una confesion representa para los curas, hacen muy difícil obtener el boleto sin pasar por el acto.

A Lanza le hubiera sido muy fácil, obtenerlo, pero como él queria pasar por un sahtulon en toda regla, no le convenia mostrar que queria sacar el bulto á la confesion, pues esto habria dado lugar á malas sospechas.

Solo una travesura podía salvarlo de estas dificultades y á ella apeló Carlo Lanza.

Entre la infinidad de italianos con quienes tenía trato diario en el escritorio, los había de todo pelaje y de toda creencia.

Sabido es que entre los italianos y en materia de religion, no hay término medio posible.

O son católicos creyentes hasta comerse los santos, ó son ateos al extremo de insultar á los

sencillos, y al mismo Dios, por un hábito de len-
guaje.

Entre estos últimos buscó Lanza el hombre que necesitaba, y lo abordó francamente, refiriéndole el caso con toda franqueza.

—Me voy á casar, amigo mio, le dijo, y necesito de usted un servicio de la mayor importancia.

Para que á uno lo casen, no hay mas remedio que presentar un boleto de confesion, y para obtener este boleto no hay mas remedio que confesarse.

Francamente yo detesto estas farsas de la religion al extremo de preferir romper mi casamiento antes que ir á arrojarme á los piés de uno de esos roñosos y contarle lo que he hecho ó lo que no he hecho en el mundo.

Para salvar esta dificultad, es decir, para que yo me pueda casar sin confesarme, no hay mas que un remedio, y este es precisamente el servicio que yo necesito de usted.

—Yo detesto cordialmente á los frailes, respondió el jóven, y por jugarles una farsa soy capaz de pagar, no digo servir á un amigo como usted.

Quiere que me vista de cura y los case? pues no tiene mas que hablar.

—Eso tieno su peligro, respondió Lanza, y yo por nada de este mundo comprometeria á un amigo.

El servicio que yo necesito es mas sencillo y no comprometo en manera alguna al que lo presta.

—Pues diga usted en qué consiste, amigo mio, y délo por hecho.

—El asunto es este: se trata de que usted se meta en la iglesia que mas rábia le dé y se confiese allí de lo que mas le dé la gana, con tal que no importe un delito.

Una vez confesado dice que se llama Carlo Lanza, y saca su boleto.

Con un boleto que acredite que Carlo Lanza se ha confesado, yo no necesito mas para casarme y así lo habré logrado sin hacerle el gusto á esos farsantes.

—Pero este no es un servicio que yo hago á usted, exclamó el italiano soltando una gran carcajada, sinó un enorme placer que me proporciono! cuente usted con la mas completa y santa boleto que pueda conseguirse!

Me confesaré de tal manera, que el cura quedará asombrado de mi santidad: nunca habrá escuchado una confesion mas pura y santa.

Seré Carlo Lanza para este agradable acto de mi vida, y si alguna vez tropieza con algun amigo que quisiera hacer lo mismo, no piense en otro que en mí.

Jugar una pasada á los frailes! seria capaz de cualquier sacrificio por hacerlo!

Lanza estaba en el colmo de la alegría, pues acababa de vencer la única dificultad que se le ofrecia.

Aquella misma tarde, el italiano amigo, bajo el nombre de Carlo Lanza, se confesó en la iglesia del Socorro.

Nunca se habia escuchado una confesion mas

santa! aquel hombre no tenia de qué acusarse, pues su vida habia sido dedicada á hacer bien á los demás, y si en aquellos momentos se encontraba pobre, era porque su fortuna la habia empleado en socorrer á la iglesia y á los menesterosos.

El cura, maravillado ante esta confesion, lo exhortó á seguir en aquella santa vida que le haria conquistar el cielo, y lo citó para el dia siguiente para darle la comunión y el boleto correspondiente.

—Es el boleto que he dado con mas gusto, dijo, porque él vá á ser causa de que se forme una familia santa y educada en la caridad y el temor de Dios.

El confesado salió de allí mas contento que quien se ha sacado una loteria grande, despues de haber besado apasionadamente el hábito del sacerdote, que le dijo al salir:

—Ya sabes, hijo mio, que para comulgar es preciso venir en ayunas, así es que debes venir temprano.

Aquella misma tarde el amigo refirió á Lanza lo que le habia pasado, quedando en almorzar juntos al dia siguiente para entregarle el boleto de confesion.

Y al dia siguiente, despues de haberse engullido una enorme taza de chocolate con tostadas, el falso Lanza se presentó en el Socorro á misa de nueve, y dándose formidables golpes de pecho, se tragó la divina hostia con una verdadera devocion de santo.

De allí pasó á la oficina del cura, donde le estendió éste su boleto de confesion, mediante cien pesos que Lanza encargó le diera y que entregó con la peor gana de este mundo, murmurando:

—En la primera confesion sería que haga, me confesaré de estos cien pesos que pago, aunque, bien visto, es un delito que cometo por cuenta ajena.

Dos horas despues almorzaba plácidamente con Lanza, su amigo le entregaba el boleto narrándole entre alegres carcajadas la cara de asombro que ponía el cura, cuando él le contaba que si alguna fortuna habia tenido, habia sido para emplearla y repartirla entre la iglesia y los necesitados.

Y cuando llegaba al fin de su relacion, esclamaba:

—Con cuánta gana me hubiera reido de aquel imbécil, despues de recibir el boleto!

Solo el temor de perjudicarte ha podido contenerme.

No importa, ahora que he hecho este descubrimiento, todos los meses necesito confesarme con el nombre de diferentes amigos, pero para tener el placer infinito de echar al diablo al cura una vez que me dé el boleto.

Así no solo lograré una diversion estimable sino que podré negociar boletas de confesion.

Oh! yo te aseguro que si no hubiera sido por temor de perjudicarte, hubiera hecho á ese mulato gordo una broma de lo mas gracioso que pueda imaginarse.

Lanza agradeció al amigo las diligencias, y mas todavia, el que las hubiera hecho con la compostura debida.

Y por si acaso éste se habia desmandado en algo, prometió arreglarlo todo por medio de un cheque que lo dejara en un buen punto de vista.

Tomó su boleto de confesion y lo entregó á su amigo el cura que se habia encargado de todo lo referente al matrimonio.

No podia quejarse, desde que habia emprendido aquel asunto, todo le salia á medida de su deseo.

Las piezas las habia arreglado de una manera calculada, siendo la peor de todas la destinada á su escritorio, no por miseria sinó por cálculo, pues á sus marchantes no habia de parcerles bien el lujo.

En la pieza destinada á cuarto de trabajo de Luisa, no habia tampoco gran aparato—unos mueblecitos, cualquiera no mas, como para llenar la fórmula.

Donde habia gastado Lanza era en el aposento.

Allí no entraria sinó gente de confianza y no tenia por qué hacer aparato.

Para padrino de su casamiento habia pensado en Cánepa, pero despues habia tenido miedo de decirle la menor palabra.

Cánepa sabia que Lanza andaba en noviascos, que se casaba tal vez; pero no sabia con quién ni cuándo.

Lanza temia que éste le desbaratara todo su plan, por lo que resolvió no decirle nada hasta despues de casarse.

Así es que cuando Cánepa trataba de esplotar con alguna broma, él se mantenia en absoluta reserva sin dejarle traslucir nada.

Era el único hombre á quien Lanza temía, porque sospechaba conociera algo de su pasado.

Concluido todo lo de la Cúria fueron á tomar los dichos á Luisa y á hacerle firmar el contrato.

Todo quedó consentido y arreglado, fijándose ese sábado para que tuviera lugar el casamiento.

Este debia tener lugar en casa del tío de Luisa, porque el mismo don Estéban lo habia pedido así.

Hombre rico y desprendido, habia querido hacer el último gasto que habia de causarle su sobrina, con cierto rumbo que llamara la atencion de sus paisanos.

Desde que el muchacho era tan rumboso, justo era tambien que él lo fuera por una sola vez.

Tanto Lanza como su sobrina habian elegido padrino á don Estéban y madrina á su consorte.

Padrinos por partida doble, no tenia don Estéban mas remedio que hacerse ver y aflojar la mano.

De todos modos era bastante rico para que la ausencia de diez ó quince mil pesos pudiera hacer mella en sus bolsillos.

El sábado se casan en casa, habia dicho don Estéban á Lanza, desde que se fijó el día del ca-

samiento: puede usted invitar á los amigos que guste sin cumplimiento de ningún género, puesto que pertenece ya á la familia.

Yo tambien invitaré algunos amigos de confianza, y despues del casamiento haremos un poco de música en familia no mas, y para festejar alegremente su casamiento.

Aquellas demostraciones de cariño por parte de don Estéban habian seducido á Lanza inspirándole un verdadero cariño por el tío de su mujer.

El único rencor que podia haber abrigado por él era el de haber abandonado á Luisa, y esto mismo contribuía á su cariño por don Estéban, pues si este no hubiera abandonado á su sobrina, él no la habria conocido en su desamparo y no habria podido realizar aquel gran negocio.

Luisa parecia mas hermosa que nunca.

La felicidad la habia rejuvenecido, y vestida con sumo gusto y elegancia habia tomado un aspecto verdaderamente espléndido.

El mismo amor intenso que sentia por Lanza contribuía á embellecerla y á aumentar la simpatía de su expresion juvenil y feliz.

Lanza la miraba estasiado; él mismo habia concluido por enamorarse locamente de la hermosura de Luisa que llonaba por completo su vanidad al mismo tiempo que todas sus aspiraciones.

El, que por pescar el dinero no habia vacilado en proponer casamiento á su vieja modista; él, que se hubiera casado con una escoba siempre que esta escoba fuera rica, ¿cómo no habia de envanecerse con aquella mujer rica, jóven y poderosamente bella?

Tan soberbio consideraba el negocio, que deseaba llegara cuanto antes aquel sábado, porque temia que un acontecimiento imprevisto viniera á echarlo todo á perder y deshacer su enlace.

No se creia del todo seguro hasta que el casamiento no se hubiera efectuado.

Una vez casado, ya se sentia con fuerza suficiente para sobrellevar y para vencer cualquier contratiempo.

Por fin amaneció el ansiado sábado.

Lanza se levantó muy temprano y se fué al escritorio, pues queria asistir á las operaciones de la mañana que eran las que le interesaban, porque en ellas tenia sus enjuagues.

Estando en el escritorio por la mañana, ya sin temor de ningún género podia fa'tar el resto del día.

La gente con quien él andaba en enredos era gente de trabajo que venia solo por la mañana temprano.

Los clientes que venian en el resto del día eran clientes con los que él poco que hacer tenia, viejos clientes de la casa que en nada podia esplotar, porque conoian todas sus costumbres y llevaban sus operaciones perfectamente arregladas de antemano.

Con ellos no habia mas que llenar las letras y hacerlas firmar á Caprile para remitirlas á su destino.

Los clientes del picholeo á quienes explotaba fácilmente y sonsacaba para su nueva casa, esos iban desde temprano hasta las diez ó las once.

Lanza, una vez concluido su trabajo de por la mañana, fué á ver á Caprile y le pidió licencia para faltar por el resto del día.

—Me casó esta noche, le dijo, y aún me quedan algunas pequeñeces que arreglar.

No me atrevo á invitarlo al casamiento, pero si quiero ir á tomar una copa de vino, nos hará un honor.

Los otros dos dependientes principales de la casa fueron invitados á comer con él los tallarines de boda, recomendándoles Lanza que si veían á Cánepa no le fueran á decir nada, porque él tenía sus razones especiales para no decirle nada de su casamiento hasta despues que se hubiera celebrado.

—Hoy no invito mas que á ustedes, que son mis compañeros de trabajo, agregó, porque en casa de la familia de mi mujer siempre habrá que estar con etiquetas.

Pero mañana ya es distinto, yo invito á comer en mi casa con toda la confianza que es natural tengan conmigo mis amigos y toda la franqueza posible.

Como caso en casa de ella, no hay mas remedio por hoy, mañana ya será otra cosa.

Los dos dependientes sus compañeros y el cura que le habia corrido con todas las diligencias del casamiento y que lo habia de bendecir, eran los únicos invitados de Lanza.

Don Estéban, que queria hacer una fiesta agradable y animada, habia invitado algunas familias amigas suyas á comer, las de mayor intimidad, y á tomar una taza de té á aquellas de menor confianza.

Si á todos los hubiera invitado á comer no habrían cabido en la mesa.

Á las cuatro de la tarde ya la casa de don Estéban tenia todo el aspecto de la fiesta que en ella debia celebrarse.

Los amigos invitados habian empezado á caer y ya la mesa estaba adornada con pavos, ramilletes y todo cuanto don Estéban habia encargado á la confiteria.

Luisa se habia hecho un traje bellissimo de colores frescos y vivos que decian divinamente con el sonrosado espléndido de su semblante juvenil y alegre.

Se veía que aquella jóven, que andaba de un lado á otro arreglándolo todo, era completamente feliz.

Lanza, arrobado en la contemplacion de su futura, andaba aturdido sin darse cuenta de lo que le pasaba y recibiendo con expresion idiota las felicitaciones y bromas que le dirigian sus amigos.

Ya no temia que ningun contratiempo viniera á turbar la paz de su espíritu.

Cambiaba de cuando en cuando apasionadas miradas con su amada, obsequiándola de todos modos.

Por fin llegó la hora de comer y todos rodearon aquella mesa que parecia ser opípara, y cu-

ya cabecera ocupó naturalmente el cura que los habia de casar.

Seguian á la izquierda los tíos de Luisa, á la derecha esta y Lanza y despues los invitados que apenas cabian en la mesa.

La comida no podia ser mas cordial y alegre. Los cuerpos y las almas, las bocas y los corazones, todo lo dirijo yo hoy, decia el curita, mas alegre que gato chico ante la opípara mesa.

Durante los primeros platos solo fué mantenido por él la conversacion.

Los invitados miraban complacidos la belleza de Luisa y Lanza les decia alegremente:

—Caballeros, no me mirén tanto á mi mujer que me van á hacer poner celoso antes de tiempo.

Luisa se ponía colorada como una granada y sonreía á Lanza con un cariño infinito.

Á medida que fueron pasando los platos y al calor del vino empezó á derretir el hielo de los etiqueteros, las bromas fueron cruzando de un lado á otro, hasta que la mesa tomó el verdadero aspecto de alegría que debia tener una mesa presidida por un cura con motivo de un casamiento.

Lanza estaba contento como puede figurarse, ante situacion semejante.

Todos querian brindar con él, pero él bebia con cierta cautela, como si temiera hacer algun descalabro.

Don Estéban estaba contento y satisfecho.

Una sobrina se casaba en su casa y se casaba bien, con un muchacho de mérito segun le hacia decir el Burdeos, y su satisfaccion tenia que ser profunda.

—Lo único que siento, decia Lanza, es que mis buenos viejos no estén aquí á mi lado, para hacerlos partícipes de mi felicidad.

Esta es tanta, que me hace echarlos de menos, puesto que solo con ellos podré compartirla.

—Nunca la felicidad es mas de la que puede contenerse, decia el curita empujando sendos y morrudos vasos de sangre de Cristo, y la felicidad que reporta el matrimonio, no debe compartirse con nadie.

Estos gracejos eran estruendosamente festejados por los invitados, que veían en aquel curita un hombre liberal y franco.

La comida fué así sumamente alegre, pues se habia establecido entre todos la mayor confianza, confianza que el curita sabia mantener con sus bromas perfectamente correctas y aceptables.

Terminada la comida, y mientras los hombres echaban un cigarro y las mujeres pasaban á la sala, Luisa acompañada de su tia se fué á poner el traje que debia servirle para el casamiento.

La tia era la encargada de arreglarla, porque se habia suscitado un cambio de ideas á propósito de las flores que debia llevar.

Luisa no queria ponerse azahares, puesto que ella era una viuda, decia.

Pero la tia le observaba que el ponerse otra clase de flores seria hacer un mal papel ante los demás que no estaban en autos.

— Prefiero hacer un mal papel ante los demás, de quienes nada me importa, había dicho Luisa, que hacerlo ante mi marido que está al corriente de todo.

La situación se salvó arreglando entre ambas que Luisa no llevaría flores de ninguna clase, ni mas alhaja que el brillante de compromiso que le regaló su novio.

Su vestido era un espléndido vestido color violeta claro con adornos blancos, que realizaba su hermosura de una manera poderosa.

Luisa en aquel traje era una mujer poderosa-mente espléndida.

No podía estar mas sencilla ni mas elegantemente vestida.

Los invitados al casamiento habían ido llegando y la casa llenándose poco á poco de amigos de ambos sexos que no querían faltar á la ceremonia.

Como el cura estaba allí y allí estaban novios y padrinos, solo se esperó que Luisa estuviera pronta para dar principio á la ceremonia.

Don Estéban fué adentro á anunciar que era preciso apurarse, y Luisa se presentó por fin en la sala, acompañada de su tía y madrina.

Finé el curita el primero que vino á recibirla, lleno de cortesías y cumplimientos.

— Pues, caró Lanza, le dijo, se lanza usted en la vida del matrimonio, de una manera capaz de dar envidia al mas indiferente.

Es la moza la mujer mas hermosa que he conocido y casado.

Es que Luisa estaba verdaderamente bella.

— Bueno, amigo mio, dijo Lanza con aire zumbon, cásenos de una vez que es lo que nos hace falta por ahora—para los elogios hay tiempo.

Luisa estaba positivamente avergonzada de tanto elogio y tanta mirada, pues en aquel momento era el blanco de todos los ojos.

El curita, que estaba algo ginetendo por la sangre de Cristo que había inculado á la suya, se puso los avíos de casar, es decir, el corbaton, su libraco y un cinturon, sin cuyos requisitos no hay casamiento posible.

Todos se pusieron de pié y el cura empezó á rezar unas oraciones que nadie entendió y cuya virtud está en esto precisamente, pues si álguien las entendiera, perderían su eficacia.

La ceremonia fué corta, todo lo corta que se pudo, pues así lo había rocomendado Lanza á su amigo, quedando así constituido aquel nuevo matrimonio, cuna de un sin fin de graciosas aventuras que mas adelante verán nuestros lectores.

Con la última cruz en el aire hecha por el amigo cura, resonó el piano en un alegre wals.

No faltó quien viniera á invitar á la graciosa desposada, pero Lanza reclamó para sí ese honor.

— Me corresponde de derecho esta primera pieza, dijo Carlo, es demasiado bella mi mujer para que yo pierda un momento de estar con ella.

Y se lanzaron al torbellino del wals, que Carlo bailaba de una manera maravillosa.

Concluido aquel wals, los recién casados pasaron al comedor como á tomar una copa de vino, llamando allí Lanza á don Estéban que miraba encantado la pareja, recordando la noche de sus propias bodas.

— La reunion, amigo mio, está muy bella, muy entretenida, y me quedaria aqui toda la noche entera bailando y entretenido, pero ahora me confieso un poco egoísta.

Prefiero retirarme con mi mujer á mi casa, porque la noche está muy húmeda y mas tarde puede hacerle mal á Luisa.

Si usted me lo permite, yo me voy á retirar sin despedirme de ninguno, pues si me despido de uno tendré que despedirme de todos y van á empezarme á embromar porque me quedo.

— Puedes irte no mas, por mi parte, respondió don Estéban sonriendo pícarosamente, puedes irte no mas, que es muy natural tu deseo.

— Bueno, tío, discúlpeme, dijo Luisa, con los que pregunten por mí, y hasta luego.

— Anda no mas, buena pieza, anda no mas, que quedas disculpada sin necesidad que yo te disculpe.

Y se puso á reír como si le hubieran hecho cosquillas.

Es que la alegría por un lado y por otro las bromas de los amigos Chianti y Barbara lo habían puesto fuera de quicio.

Luisa se fué á las habitaciones de su tía, donde se tapó y tomó ropa con que levantarse al siguiente dia, encargando á esta le remitiera temprano el resto de la ropa para poder salir á la calle, pues consigo no llevaba sino ropa de casa.

Cuando Luisa y Lanza salieron sin que nadie los notara, la fiesta quedaba en su mayor apogeo.

Se seguía bailando alegremente sin que ninguno notara la ausencia de los recién casados, pues creían anduvieran en el interior de la casa atendiendo las necesidades de la reunion, segun decia don Estéban.

Una vez metido esto en jarana de baile, etc., queria llevar la diversion hasta el fin.

Así es que al té y café se había seguido el chocolate y al chocolate una cena familiar entre sus amigos uas íntimos y que no habían comido con él.

Era la primera y tal vez la última fiesta que don Estéban daba en su vida, y deseaba sacarle el jugo aprovechándola por completo.

El gasto estaba hecho y la concurrencia presente, pues no había mas que divertirse mientras lo permitiera la noche.

Cuando se notó la ausencia de los novios era ya tardísimo de la noche y no se pensaba sino en rodear de nuevo la mesa del comedor para restaurar las fuerzas perdidas en el baile y la chacota.

Toda tentativa de cumplimento ó etiqueta había desaparecido con el ejemplo de aquel travieso curita, incansable en la chacota y la bromas.

A cada momento exhortaba á su feles para seguir el ejemplo de Lanza, recomendándose

siempre él como candidato para verificar la union.

Y esto daba lugar á un sinnúmero de bromas chistosísimas y epigramáticas.

La reunion, reducida ya á las amistades de mayor confianza de la casa, era compuesta de paisanos de don Estéban, gente inocente, sin malicia de ninguna especie y que se encontraba allí tan bien, que la cena se prolongó hasta la madrugada.

El último en despedirse fué el curita, que hasta entonces no habia cesado de reir y de embromar un solo momento.

Don Estéban, temiendo que "el fresco" de la madrugada se le pudiera ir á la cabeza, le propuso que se quedara allí á dormir, que él le prepararía cama en el vacante aposento de Luisa.

Pero el curita habia tenido una cabeza maravillosa.

No solo se manifestó perfectamente sereno á pesar de todo lo que habia bebido, sino que to-

davia podia beber á la salud de todos los matrimonios que se habian proyectado.

Y cuando don Estéban manifestaba alguna admiracion, le decia:

—Si yo en ayunas me alcanzo á decir unas veinte misas sin perder los estribos, calculen lo que será capaz de beber teniendo buen lastre en el estómago!

Esa declaracion del curita habia dejado maravillado poderosamente á don Estéban quien, á pesar de la fortaleza de su cabeza, sentia que las piernas le flaqueaban.

Y eso, que habia bebido mucho menos que el curita!

Este, para corroborar todo lo que habia dicho, se retiró á pié, rechazando el carruaje que se habia hecho quedar espresamente para conducirlo hasta su casa.

La despedida del curita puso así fin á aquella buena y familiar fiesta, que tan agradable recuerdo dejó en todos los que á ella habian asistido.

VIENTO EN POPA

Carlo Lanza se habia trasladado con su consorte á su morada de la calle Tacnari.

Todo estaba allí solitario, no habia ni un sirviente, ni un solo importuno que pudiera turbar la paz de aquel nido de amor.

Queriendo ser poético sobre toda exageracion y concluir de impresionar agradablemente el espíritu de su Luisa, antes de irse á casa de esta, Lanza habia comprado aquel dia una gran cantidad de flores que deshizo en el aposento.

De modo que cuando entraron allí, fueron envueltos por una esquisita atmósfera de delicados perfumes.

Luisa que no estaba acostumbrada á aquellas demostraciones de alta escuela, se mostró sumamente complacida, recostándose en el hombro de Lanza, que la cubrió de cariños.

—Por fin estamos en nuestra casa, dijo este, sin que nada ni nadie venga á turbar nuestra felicidad, por cuya razon no he querido tomar ninguna sirvienta: estaremos servidos por el cariño mío hasta que tú dispongas otra cosa.

Luisa estaba radiante de felicidad: todo aquel aposento lo encontraba bello y poético, salpicado de flores deshojadas y bañado por la luz rosada de una bomba de aquel color puesta en el pico de gas,

—Quiere decir que es cierto que todas mis desventuras han concluido para mí, exclamó Luisa, que ahora tendré en el mundo un protector, un amparo contra todas mis desgracias?

—Sí, Luisa mía, tu vida entra desde ahora en una nueva faz de cariño y de felicidad.

En mí tendrás el cariñoso apoyo que te ha faltado siempre, no teniendo que temer nada de nadie.

Desde hoy viviremos el uno para el otro exclusivamente y ambos para el trabajo, que es el complemento de la felicidad y la fortuna.

Ya verás, mi Luisa, qué felices vamos á ser así!

Luisa escuchaba gratamente aquel programa de vida, y cada vez mas enamorada de su Carlo, se consideraba positivamente un ser venturoso sobre toda exageracion.

Qué podia importarle ya de sus miserias pasadas ni quién se atreveria á criticarlas?

Todo quedaba olvidado y borrado con el amor de su marido y el respeto que su nombre le prestaba.

Luisa entonces se puso á llorar ampliamente, pero un llanto tranquilo y consolador, arrancado por la inmensa felicidad que sentia y que nunca se atrevió á soñar para ella desde el miserable abandono de Arturo.

Toda aquella noche la pasaron entregados á sus planes de felicidad futura y á la realidad de su felicidad presente.

—Yo he querido establecerme así pobremente, porque este es el modo de trabajar con mas ventaja.

Si me vieran ricamente establecido, la clase de clientela que yo tengo se me iria, porque para ella el lujo es sinonimo de gasto y creeran que por esta sola causa yo les habia de cobrar mas comision.

Guardaremos así una apariencia pobre y humilde para la clientela que ha de venir á darnos trabajo.

Ahora, en nuestra intimidad, donde el ojo extraño no puedo penetrar, viviremos con toda la comodidad que, gracias á Dios, puedo proporcionarte y sin que carezcamos ni de los mas supérfluo.

La pobreza en las apariencias de mi escritorio, la he de conservar por mas grande que sea mi fortuna y ya verás qué bien nos vá así, Luisa.

Pasemos por alto los detalles de aquella noche en que Lanza agotó todos los recursos de su dialéctica y de su astucia para concluir de apoderarse por completo del espíritu de su mujer.

Al día siguiente se levantaron temprano: la felicidad quita el sueño como la desgracia.

Luisa envió á lo de su tia á buscar la ropa que necesitaba, y salieron á pasear, despues de haber almorzado con don Estéban, como una prueba de cariño que Lanza le queria dar.

Aquel día era Lanza quien invitaba á comer, en casa de sus tios políticos para mayor comodidad.

Habia invitado á sus compañeros de escritorio y á aquellas pocas amistades comerciales con quienes le convenia conservar relacion, sin exceptuar á Cánepa á quien recien aquel día mandó dar parte de su casamiento precipitado, que por razones especiales habia sido necesario hacerlo así sobre tablas y sin pérdida de tiempo.

Realizado su casamiento yano tenia cuidado de que cosa alguna lo hiciera fracasar, y entonces no podia tener retelo de hacerlo conocer de Cánepa, único interesado tal vez en estorbarlo para apoyar algun otro, segun él sospechaba.

Y como ya no habia remedio, si Cánepa tenia sus proyectos, los olvidaria sin tratar de perjudicarlo en su reciente enlace, puesto que con ello nada absolutamente podia sacar en limpio.

La única recriminacion que podia hacerle, y que era la de no haberlo invitado á la ceremonia siendo tan amigos, quedaba atajada á tiempo con la precipitacion de su enlace, precipitacion que ya habia dejado esplicada.

Queriendo mostrar siempre su mayor grandeza, habia encargado una buena comida á la Cruz de Malta, llenando él mismo unos cuantos cajones de legitimo vino italiano, completamente ineludible de toda buena y alogre comida.

Por supuesto que el invitado número uno era

su amigo el curita que tanto lo habia ayudado en las diligencias de su casamiento.

Con aquella comida Lanza habia gastado cuanto tenia, incluso los quinientos patacones de su vieja modista.

Na le quedaba ni un centavo mas aparte, pero no lo necesitaba tampoco, puesto que habie realizado ya el negocio que le interesaba.

Si acaso hubiera necesitado dinero para cualquier otra cosa, ahí estaba Caprile que no se le negaria y á quien habia entonces no habia tenido necesidad de recurrir por dinero.

Aquella comida que era natural que él diera en festejo de su casamiento, tenia que ser por lo menos tan buena como la del día anterior dada por su tio.

Pero Lanza habia querido dar una comida á lo grande, y habia echado no la casa, sino los bolsillos por la ventana.

Sobre todo en el vino, Lanza habia echado el resto, porque sabia que con buen vino todo es buena alegría.

Los amigos de Lanza admiraban la belleza de su mujer, no pudiendo explicarse cómo diablos ellos no la habian visto antes.

Es que Luisa, habia estado poco en el casino, y este casino era frecuentado por jóvenes del país y calaveras ricos de una escena donde no podia rodar Lanza.

Por esto es que felizmente ninguno de sus amigos conocia á su Luisa, ni podia tener idea de que hubiera salido de un casino.

Y como era sobrina de don Estéban, nadie podia pensar mal de Luisa, ni imaginarse tampoco la pieza que habia sido.

Así es que todos la trataban con la mayor consideracion y respeto.

El diablo de curita aquel no dejaba decaer la alegría y la jarana ni un solo momento, pues éste era el medio de prolongar la comida.

Luisa era por todos agasajada y obsequiada por todos, incluso por el mismo Cánepa que habia concluido por tomarle simpatía, aunque aquel diablo de casamiento habia echado al infierno ciertos planes que tuvo con respecto á Lanza.

Este, que no perdía el menor detalle de todo lo que pasaba á su lado, estaba contento con la actitud que habia visto tomar á Cánepa, porque la enemistad de este no le convenia en manera alguna.

Cánepa lo habia conocido en sus malos tiempos, y aunque no en sus peores, Lanza no sabia hasta dónde su amigo conocia su historia.

Ya no podia hacerle ningun daño en el hecho material de su casamiento, puesto que ya se habia realizado.

Pero podia hacerle mucho daño en las relaciones comerciales con su suegro, que era la base donde giraba todo.

Así es que á Lanza no le convenia tener ningun enemigo, aunque era sumamente difícil que nadie pudiera penetrar sus vastísimos planes.

Na da mas cordial y alegre que aquella comida íntima, donde todos los presentes estaban vinculados por lazos de estrecha y leal amistad.

Cómo no había de encontrarse feliz Luisa, ante todas las demostraciones de aprecio de que era objeto su marido?

La comida se prolongó hasta tarde, sin que decayera un momento solo la alegría con que empezó.

Cómo había de decaer también, cuando aquel diablo de cura era un tratado de anécdotas de todo género?

No era posible estar serio un solo minuto.

De lo que todos estaban positivamente asombrados, era de la cabeza de aquel diablo de cura.

Había bebido tanto como los demás invitados juntos, y sin embargo, ni siquiera en el brillo de sus ojos podía sospechase la cantidad de vino que había en aquel vientre formidable.

El mismo Lanza que era una cabeza privilegiada para beber, estaba asombrado de lo que chupaba su amigo el curita.

Lanza quiso abandonar la reunión temprano, en cuanto se hubo tomado el café, so pretexto de que al día siguiente era lunes y no podía faltar al escritorio.

Pero su amigo el cura encabezó una silbatina tan furiosa á semejante retirada, que no tuvo mas remedio que quedarse y declarar que estaba á la disposición de sus amigos.

Desde que había sido silbado su mejor pretexto ya no le quedaba ninguno que invocar y se resignó á quedarse, resignación aparente, pues nadie mas amigo que él de aquellas farras y beberajas.

Lo que hay es que él se encontraba coartado por su flamante consorte y no podía entregarse á la jarana con toda la libertad que hubiera deseado.

Farrista de nacimiento, se encontraba en su elemento verdadero; lo que hay es que estaba atado por la presencia estinable de su consorte.

Al fin y despues de consumir la última botella de vino, fué preciso dar por terminada aquella comida, que no podía ser eterna y que á alguna hora tenia que terminar, á pesar de los discursos recalitrantes del cura.

Cánepa fué el primero que tocó retirada, y como aquellas reuniones no necesitan sino que uno se retire para terminar, otros siguieron á Cánepa con piernas mas ó menos seguras, hasta que solo quedó el cura, los de la casa y los esposos Lanza.

—Supongo que ahora no será permitido el retirarme, dijo Carlo, pues es una hora bastante avanzada para retirarse un recién casado que tiene que trabajar mañana.

Yo soy capaz de pasarme así una semana seguida, pero mi Luisa nada tiene que hacer con lo que yo sea ó no sea capaz y no es bueno hacerle trasnochar de esta manera.

—Andá, sin vergüenza! esclamó el cura riendo picarescamente — quien no te conozca que te alquite, que lo que es á mí no me la pegas.

Pero al fin y al cabo es perdonable que con semejante mujercita quieras retirarte pronto, y con franqueza confieso que yo no habría aguantado tanto.

Quedas en libertad, Lanza, hasta que nos des una comida en tu propia casa; entónces no tendrás pretexto para retirarte, porque estarás en tu casa y te haremos permanecer en la sala, de sol á sol.

—No habrá necesidad, respondió Lanza; el primer aniversario de este feliz casamiento, pienso festejarlo yo con una comida que dure una semana, sin levantarnos de la mesa.

—Te tomo la palabra! te tomo la palabra gritó el curita bebiendo la última copa por aquella promesa, y me comprometo á hacértela cumplir al pié de la letra.

Usted es testigo, Luisa, de lo que acaba de decir este pillo, y usted me va á ayudar á recordárselo.

—No lo necesito, es una fecha demasiado querida para mí, para que haya necesidad de que nadie me recuerde lo que he prometido.

Y miró á su jóven esposa de tal manera, con tal cariño, que esta se puso colorada hasta las orejas.

Aquel casamiento parecia haber regenerado á Luisa por completo, dotándola de una sensibilidad que esta ni siquiera se habia sospechado tener.

—Me parece que he nacido de nuevo, murmuró al oído de Lanza cuando estuvieron en la calle.

Paso por impresiones tan queridas y desconocidas para mi espíritu, que creo estar en otro mundo superior al en que hasta ahora he vivido.

Oh! Carlo mio—nunca me cansaré de bendecir el momento en que te conocí.

—Esto no es nada, Luisa mia, respondia el astuto Lanza; todavia el mundo guarda para nosotros felicidades inmensas que iremos gozando á medida que yo asiente mi posición.

Los primeros tiempos serán de trabajo, de trabajo constante y rudo; pero el cariño todo lo compensa, Luisa mia, y él nos hará llegar al fin de la jornada sin la menor fatiga y sin que si quiera podamos notar la del camino recorrido.

Ahora tengo que achicarme porque no me conviene mostrarme en todo mi valer, pero el día que yo pueda sacar las uñas ya verás hasta dónde me trepo.

Desde el día siguiente, Lanza se multiplicó en el trabajo.

Tenia que atender á sus quehaceres del escritorio de Caprite, y al trabajo de su propio escritorio que ya comenzaba á tener sus comisiones ocultas.

Porque ya empezaban á venir á él dirigidas las cartas de aquellos clientes nuevos que habia declarado suyos y manejables por su cuenta.

Y como no podía atender á las dos partes al mismo tiempo, los clientes de su casa estaban citados de once á una del día, que era el tiempo de que él disponia para ir á almorzar.

Si acaso algun cliente inesperado caia fuera de aquella hora, Luisa estaba allí para recibirlo y señalarle la hora en que podia ver al banquero.

De esta manera quedaba bien á cubierto de cualquiera sorpresa, pues á esa hora, entre once y una, que él no estaba en lo de Caprile, nadie habia de irlo á buscar allí, pues ya sabian que á aquella hora Lanza estaba en su casa.

Allí mismo en el escritorio sabian donde habian de irlo á buscar si algo urgente necesitaban.

Así empezó Lanza á trabajar de banquero, con los desperdicios de la casa de Caprile primero, que algo le dejaban, y con los clientes nuevos que podia sorprender y llevarlos á su escritorio, con mil ventajas imaginarias para ellos.

Su crédito era cuestion de tres meses, á lo sumo.

En cuanto empezaran á llegar cartas y acusos de recibo á las cartas y las remesas de dinero hechas por su escritorio, ya la confianza se haria absoluta entre aquellos clientes desconfiados por naturaleza y que no creen sino lo que palpan.

Estas cartas Lanza las habia enviado con preferencia á las del escritorio de Caprile, para que las suyas llegaran antes.

En cuanto á las contestaciones, demoraba las de Caprile todo cuanto le era posible, para que los que se manejaban por su escritorio particular, tuvieran primero todo lo que les interesaba.

Así descontentaba á los clientes de Caprile, sin que este pudiera sospecharlo, y acreditaba su pequeño boliche.

Caprile tenia así en su escritorio un enemigo formidable, un competidor interesado en minar su crédito y arrebatarle la clientela.

Como Caprile no se metía para nada con aquella clientela de menudco, diremos, confiada á sus dependientes, ni siquiera podia sospechar lo que pasaba.

El se entendia con la clientela gruesa, con la clientela de importancia, y con esta Lanza no se metía para nada ni habia intentado meterse, comprendiendo el peligro á que se esponia.

Cualquiera operacion intentada con esta gente que giraba gruesas sumas, podia llegar á conocimiento de Caprile y descubrirse todo el pastel.

De todos modos aquella clientela pequeña era tan numerosa, que dejaba utilidades enormes, reuniendo sus pequeñas comisiones.

Por fin empezaron á llegar las contestaciones á las cartas que él habia dirigido con el sobre preparado adentro y el recibo de las cantidades por él remitidas, quedando los clientes de Lanza plenamente satisfechos.

Como Lanza se habia demorado en entregar las cartas llegadas por conducto de Caprile, los clientes de este empezaron á disgustarse.

Como todos los italianos se conocen entre sí, los clientes de Lanza empezaron á dar noticias á sus conocidos de sus familias, contando la rapidez con que obraba Lanza y la buena voluntad con que lo atendia.

Y los descontentos de lo de Caprile empezaron á plegarse á su clientela espontáneamente.

A estos clientes que venian, Lanza les hacia sus observaciones y ponía sus dificultades.

—No quiero que vaya á creer Caprile que yo le estoy sonsacando á ustedes y que le hago la guerra en su propio escritorio.

—No sabrá nada, se apresuraban á decir los italianos, que creian mejorar en todo.

No sabrá nada, porque no lo diremos é iremos allí de cuando en cuando, pero queremos cambiar de casa porque esta marcha mejor y cobra mas barato.

—Si ustedes se comprometen á guardar silencio y á no decir nada aunque se lo pregunten, bueno, si no no quiero saber nada.

Y al primero que vaya á decir que es cliente mio y que yo sirvo ó no sirvo mas barato, no lo atiendo mas en mi vida.

Los italianos, que lo que deseaban era ser mejor servidos y mas barato, prometian cuanto Lanza queria, dispuestos á cumplir religiosamente lo que habian prometido.

Y empezaron á manejarse por intermedio de Lanza, demostrándose contentísimos con el cambio.

Con esta clientela era muy poco lo que Lanza podia ganar, pero no era esto lo que mas le preocupaba.

Aquella clientela le traoria otra nueva, sin contar con los que seguian abandonando la casa de Caprile, y en el número de clientes estaria entonces su enorme ganancia.

Tal era la desercion de clientes, que se sintió en el escritorio por la disminucion en los balances.

Pero lo atribuyeron á otras causas, á la escasez de trabajo y falta consiguiente de dinero.

Nunca se sospechó nadie que aquella fuera la obra del astuto Lanza, en quien tanta confianza tenian depositada.

Lanza siempre hablaba de mejorar en el escritorio, no diciendo una palabra de establecerse solo y por su cuenta, de modo que en él no podia tenerse la mas remota sospecha.

Antes que viniera contestacion á la carta de don Estéban, Lanza habia escrito ya dos ó tres cartas á su suegro, para ir ganando tiempo.

En ellas le hablaba de negocios magníficos, mostrándole la conveniencia de remitirle mercaderias á consignacion, indicándole que podia tomar informes de su persona en casa de los banqueros Parody, donde él hacia sus giros.

Los pocos giros que ya habia hecho Lanza, los habia hecho contra los banqueros Parody á quienes remitia fondos con anticipacion, para que sus giros pudieran ser cubiertos en el acto.

A su suegro le proponia que le remitiera mercaderias á consignacion, cuyo importe cobraria él con giros contra los mismos banqueros Parody, indicándole ya la clase de mercaderias que habia de mandar, con el último precio á que podria venderlas.

Luisa tambieu y á indicacion de Lanza, habia escrito á su padre dándole cuenta de su casamiento, contándole la clase de persona que era su marido, lo feliz que era á su lado y el crédito y respeto de que este gozaba.

“Soy completamente feliz, padre mio, tan feliz, que hasta bendigo mi vida pasada, puesto que ella es causa de que yo haya venido á América.”

Con semejantes cartas, reunidas á los conceptos de don Estéban, el viejo Maggi no podía menos de estar sumamente contento y tener en su yerno una confianza ilimitada.

Todavía Lanza no había concluido de establecerse por completo en su negocio de giros y correspondencia, cuando ya pensaba en negocios de una magnitud asombrosa.

Estaba convencido que para seguir bien y ganar dinero y crédito, lo mejor era proceder con una hombría de bien irreprochable y cumplir exactamente sus compromisos.

Podía ganar mucho mas explotando á aquella inocente clientela, pero esto no le convenia en manera alguna, porque descubierto cualquier mal procedimiento, era sembrar la desconfianza en aquella buena gente tan desconfiada por naturaleza.

Un napolitano de aquellos, descontento, bastaba para anularlo ante toda la clientela napoletana.

Muchas veces se le proporcionó la oportunidad de hacer un buen negocio disponiendo de dinero que tenia en su poder para remitir á Europa.

Pero esto habría demorado sus pagos allá y una demora podía costarle su crédito ante los remitentes.

Por el momento era preciso proceder limpiamente, este era su verdadero negocio.

Después, si su suegro le remitía mercaderías á consignación, podría entonces negociar con mas desahogo.

Luisa entretanto había establecido un pequeño taller de modas, donde confeccionaba trajes únicamente para sus relaciones, lo que le daba una buena utilidad.

Cortaba la ropa de una manera admirable, y como las señoras á quienes vestía se iban pasando la palabra, su clientela crecía al extremo de tener que rechazar trabajo por no poderlo atender, no queriendo tomar oficiales porque ya la confeccion no sería la misma, ni tenía tampoco local suficiente para colocarlas á trabajar.

Queriendo explotar sus talentos de embalsamadora, lo que era un buen negocio, se había dedicado también á este bello arte, poniendo en la ventana de la calle este curioso letrero manuscrito por Lanza:

“Aquí simbsalsama acarito.”

Y de noche, aburrída de trabajar con la aguja todo el día en la confeccion de vestidos, se entretenía en embalsamar pajaritos, ayudada de Lanza á quien enseñaba el arte.

Así, entre trajes y aves embalsamadas, ella ganaba mucho mas de lo suficiente para atender los gastos de la casa.

Lanza, deseando tener los menos trastornos posibles, había escrito á su vieja modista como si estuviera en Montevideo, y diciéndole que necesitaba permanecer un mes mas para dejar concluido el establecimiento de la sucursal.

Si me escribes remite las cartas á mi nombre y al escritorio de Caprile, le decia, así llegarán bien á mis manos.

Por este lado podía estar tranquilo, hasta que pudiera pagarle los quinientos patacones que le había facilitado.

Entre su suegro, lo que ganaba en su escritorio y las sumas que tomaba en lo de Caprile por los procedimientos que hemos indicado, en un mes podía reunir cómodamente con que pagar á la modista y quedar libre de este compromiso que podía muy bien traerle dificultades en sus negocios.

Después que le pagara le diría buenamente que había tenido que casarse por imposición de su familia.

Así podría también conservar con ella una buena relación y tenerla como cliente para sus remesas á Europa, puesto que el pago de los quinientos patacones aumentaría el crédito que con ella tenia.

Siempre sería esta una puerta abierta que tendría para ayudarse en cualquier dificultad.

No tenia mas que seguir conduciéndose como hasta entonces y esperar pacientemente las contestaciones de su suegro, pues si este consentía en el envío de las mercaderías todo marcharía bien para él.

Por el lado de Caprile poco tenia que temer porque sus operaciones de estampillas, demora de correspondencia y diferencias de comision estaban tan hábilmente hechas, que sería muy difícil descubrirlos.

Y en caso que las descubriera y saliera de la casa, siempre le quedaría como pretexto ante sus clientes, de que todo lo que se decia en el escritorio de Caprile era venganza, porque la había llevado la mejor clientela.

Y como con esta procedía con la mayor honradez, no desconfiarían nada.

Lanza había tratado de aumentar siempre su crédito y relaciones con la gente de iglesia, porque con esta se prometía grandes negocios para el futuro.

Y seguía en su sistema de limosnas por medio de cheques, haciéndose presentar á todos los curas que llegaban de la campaña, con el curita que lo había casado.

A todos ellos los servía gratuitamente, ofreciéndoseles en un todo y para todo lo que necesitaran en la ciudad, para lo que no tendrían mas que escribirle dos líneas directamente.

Les facilitaba dinero sin interés alguno, pues con esto se proponía abarcar por intermedio de los curas, toda la clientela que podía caer de la campaña.

El pensamiento no podía ser mas magno, y realizado tendría que darle resultados magníficos.

La contestación del suegro era lo que esperaba con mas ansiedad, pues si esta era conforme á sus proposiciones, podría salir de lo de Caprile antes que se descubriera nada.

Pues siempre era mejor salir amigablemente y con el crédito incommovible, que salir peleado y dando lugar á habladerías y cargos que, por

mas que los destruyera, algun perjuicio podian causarle.

El estaba bien seguro que era imposible descubrir sus esplotaciones, pero como de una casualidad nadie está libre, mientras mas pronto saljera de la casa, mucho mejor.

El hubiera salido cuanto antes, pero como mientras mas se demoraba mas clientes pescaba, no queria decidirse antes de haber recibido contestacion de su suegro.

Así se retiraba de lo de Caprile perfectamente establecido y sin temor al porvenir.

La contestacion de Maggi á la carta de don Estéban vino por fin, siendo para Lanza del mejor augurio.

El viejo se mostraba sumamente contento del casamiento de su hija y agradecia á don Estéban los trabajos que se habia tomado y los informes que de su yerno le daba, con quien decia se pondria en correspondencia directa.

Nada mejor podia esperar Lanza que la aprobacion de su casamiento hecha por su suegro.

De eso, á enviarle las mercaderias pedidas no habia la menor distancia.

Las contestaciones á sus cartas no podian tardar, siendo lo único que Lanza esperaba para despedirse de Caprile.

De todos modos el hecho de quedar allí un mes mas, le convenia sobremanera bajo el punto de vista de que necesitaba dinero, y en un mes reunia una buena suma de diversos modos.

Mas adelante todo andaria bien, pues una vez acreditado con los napolitanos que formaban su clientela, podia retener de cuando en cuando el dinero por quince ó veinte dias, sin que esto le reportara perjuicio alguno.

Lo difícil era acreditarse, pero una vez conseguido esto, su crédito seria inamovible, sabiéndolo conservar.

Por fin llegó la ansiada contestacion del viejo Luis Maggi, sobre la que se precipitó Lanza como sobre una verdadera presa.

El viejo Maggi contestaba en aquella, tres artas de Lanza y la de su hija, ésta larga y detenidamente.

No solo consentia en el envio de mercaderias, sino que ofrecia hacerlo á la mayor brevedad, pidiendo á Lanza le indicara las mercaderias que mas convinieran por su fácil salida.

A su hija la felicitaba por el casamiento hecho y le daba mil cariñosos consejos sobre la conducta honesta que habia de seguir, para conservar el cariño y respeto de su marido.

Aquella carta no podia estar mas en armonia con las aspiraciones de Lanza, de modo que éste ya pudo contar con una base segura de operaciones, pues la primer remesa de mercaderias debia ya venir en camino y próxima á llegar.

Quando el judío de su suegro se habia resuelto á mandarle valores, era porque tenia en él la mayor confianza.

Era pues preciso cumplir con él religiosamente, para aumentar su crédito y por consiguiente el valor de las remesas.

Lanza contestó á su suegro con filial cariño, haciéndole una reseña de las mercaderias que podia mandarle y previéndole que el dinero se lo remitiria en giros contra sus banqueros Parody, y que si tenia transacciones en Buenos Aires, girase contra él aunque fuera en descubierto y á la vista.

Lanza queria deslumbrar la avaricia de su suegro y lo heria en su cuerda sensible.

Pocos dias despues y como por via de primer ensayo, recibió de su suegro una remesa de mercaderias por valor de unos cuatro mil francos.

Eran tan bien elegidas las dichas mercaderias, que Lanza las realizó en el acto, con mil quinientos francos de utilidad sobre los precios indicados por su suegro.

A aquellos mil quinientos francos de utilidad agregó mil mas de su bolsillo, y remitió á su suegro un giro por seis mil quinientos contra los banqueros Parody, á quienes remitió el dinero en el acto, de manera que el giro aquel pudieran cubrirlo á la vista.

Con aquel sacrificio de mil francos, sabia que su suegro le remitiria cuanto le pidiera.

Estaba seguro de no tener mas que hacer la lista, para recibir lo que quisiera le remitiera.

EL PRIMER CONTRATIEMPO

Ya quedaba Lanza perfectamente lanzado en el comercio como fuerte consignatario.

Su clientela de napolitanos habia aumentado mucho, al extremo de que con ella sola se hubiera podido sostener.

Lanza comprendió que necesitaba todo su

tiempo para atender á sus negocios y á su escritorio, siéndole urgente entonces retirarse de lo de Caprile.

La felicidad de su hogar era completa; Luisa lo amaba inmensamente y su cariño aumentaba cada dia, al ver la conducta irrepachable de la

jóven, que vivía completamente entregada al trabajo y al amor de su marido.

Puede decirse que Luisa habia roto con todas sus relaciones, pues solo se visitaba con sus tios.

Todo su dia y gran parte de la noche la empleaba en sus trabajos de modista y embalsamar pájaros, siendo este último trabajo el que mas le producía.

Lanza la miraba cariñosamente y le decia que pronto quedaria libre de todo trabajo, y entregada, como una señora, á disfrutar del dinero que él ganara á manos llenas.

Habiendo decidido retirarse de lo de Caprile, duplicó sus pequeñas operaciones de explotaciones y de sonsacamiento de clientela.

Ya á todos los que iban por la mañana á remitir dinero, les decia que la casa no se ocupaba de pequeñas operaciones, y los remitía á su escritorio, haciendo de él las mas exageradas ponderaciones.

Estos nuevos clientes se encontraban en lo de Lanza con los otros que iban á recibir ó remitir cartas y como éstos les referían las muchas ventajas que allí habian hallado, se quedaban sin la menor vacilacion.

La casa de Caprile no pudo menos que notar la gran disminucion de clientela que habia tenido de tres meses á entonces y empezó á inquirir la causa sin poder atinar con ella.

La ambicion desmedida que se habia apoderado de Lanza, vino á hacerle sufrir el primer contraste.

Un dia se presentó al escritorio de Caprile una persona á hacer un giro fuerte sobre Genova.

Era la primera vez que se presentaba en el escritorio y Lanza pensó que podria impunemente hacerle una jugada que le dejara alguna utilidad.

Lanza salió á cambiar en oro el dinero que se le daba para hacer el giro pedido, regresando al escritorio inmediatamente.

Pero al dar el vuelto y hacer la liquidacion de la letra, se quedó con el valor de cuatrocientos francos.

Si el comitente contaba el dinero y notaba la falta, una equivocacion la sufre cualquiera, qué diablo!

Devolveria el dinero y contra cualquier mal pensamiento estaba su crédito en el escritorio. Y si el hombre no notaba la falta de dinero, Lanza hacia un buen negocio sin peligro de ningun género.

El cliente, confiado en el proceder de la casa, ni siquiera revisó el dinero y la cuenta.

Guardó todo en su bolsillo, y se retiró despues que le entregaron el correspondiente recibo.

Aquella tarde Lanza no cerró su libro como tenia de costumbre, intencionalmente.

Era una salida que se dejaba para el caso en que el hombre se presentara á hacer el reclamo al siguiente dia.

Pasado éste, ya no habia reclamo posible y él quedaba dueño del dinero.

Pero al dia siguiente el hombre se presentó á hacer su reclamo, diciendo que recién habia rectificado la cuenta y el vuelto, encontrando que le faltaban cuatrocientos francos.

Lanza sostuvo en términos enérgicos que habia devuelto el dinero exactamente y que bien comprendia que al dia siguiente no era posible atender un reclamo tan fuerte.

Pero el cliente se alzó con el santo y la limosna, alegando en términos descomedidos y violentos que se le habia dado dinero de menos.

Lanza alzó la voz y la alzó el cliente tambien, acudiendo á la discusion el señor Caprile que se encontraba en su escritorio.

Dados los antecedentes de Lanza y lo tardío del reclamo, el señor Caprile observó al oliente que el error podia estar de su parte, pues con aquel dependiente nunca se habia tenido una dificultad.

Pero el hombre se mantuvo en sus trece.

Lanza vino entonces á dar un corte momentáneo á la cuestion, pero que el cliente en manera alguna podia rechazar.

—Casualmente yo no he balanceado mi libro anoche, dijo, y como ni el Papa es infalible por mas que se diga, puede ser que yo me haya equivocado.

Esta noche cerraré el libro y si aparecen los cuatrocientos francos de más, los devolveré al señor y no tendré inconveniente en ofrecerle mis excusas.

Pero si no aparecen en mi libro, el señor habrá perdido el dinero en otra parte y yo no puedo permitirle que venga á dirigirme el menor reclamo, mucho menos en el tono que lo hace.

Caprile encontró sumamente justo aquel procedimiento, dando á su dependiente toda la razon.

Así es que el cliente se retiró quedando en volver al siguiente dia.

Lanza pretestó una salida imprescindible antes de la hora habitual de retirarse, y se fué sin balancear el libro, tratando así de hacer el último esfuerzo para quedarse con aquel dinero.

A la mañana siguiente el reclamante se presentó en el escritorio á ver el resultado del balance dado por Lanza.

Como todas las mañanas, Lanza estaba solo en el escritorio y nadie podia escuchar lo que dijera.

Así es que con un tono áspero dijo al cliente: —He encontrado exacto mi balance y usted habrá perdido el dinero en otra parte.

Si yo se lo hubiera dado de menos apareceria en mi libro y en mi libro no está; luego usted no tiene razon.

El hombre se irritó porque tenia conciencia de lo justo del reclamo que habia.

Pero Lanza se irritó tambien, porque así convenia al papel que representaba y lo invitó á retirarse y á no importunarle mas.

Se cambiaron entonces algunas groserías é inconveniencias y el cliente se retiró por fin asegurando que era la última vez que ponía sus piés en semejante casa.

Era precisamente lo que Lanza queria para embolsarse tranquilamente aquel dinero.

En cuanto el cliente se retiró, balanceó su libro para quedar á cubierto con Caprile y se metió al bolsillo el dinero que en prevision de todo tenia aun en el cajon, para el caso en que lo hubiera tenido que volver.

Preocupado con las mil ocupaciones que sobre él pesaban, el señor Caprile no volvió á recordar aquel incidente del reclamo, creyéndolo ya completamente arreglado.

Lanza tuvo por su parte buen cuidado de no recordárselo.

El estaba seguro de que aquel cliente, como lo habia dicho, no pondria mas sus piés allí, y entonces su negocio quedaba en el misterio.

Los cuatrocientos francos ya ni Cristo los sacaria de su bolsillo.

En este intervalo Lanza recibió de su suegro la segunda carta y la segunda remesa de mercaderias, pequeña tambien, pues aun no habia recibido el dinero y la noticia de haber vendido la primera.

Lanza se sintió entonces plenamente satisfecho.

Si su suegro le remitia nuevas mercaderias sin haber tenido noticias de las primeras, ora lógico esperar que al saber y recibir el resultado de las primeras, se las remitiria entonces sin limitacion alguna, mas, viendo que giraba á la vista contra los banqueros Parody, en poder de quienes tenia buenas sumas, de giros remitidos por su clientela y que se debian pagar á diversos plazos.

Su crédito empezaba pues á tomar proporciones enviables.

Entonces y deseando dedicar todo su tiempo á sus asuntos, decidió despedirse del escritorio del señor Caprile.

La clientela pensaba seguirsela arrebatando, con solo venir á la puerta del escritorio todas las mañanas, á la hora en que el señor Caprile no podia estar allí.

—Así podria hablar con los clientes del escritorio á quienes nada habia dicho antes, y reducirlos con el aviso de que él habia establecido una casa mejor que aquella y que como él estaba al frente siempre serian mejor tratados y atendidos que allí, donde vendria un dependiente nuevo que para nada los conocia ni podia habituarse como él á las costumbres de cada cual.

Esto indudablemente podia causar un gran perjuicio á Caprile, pues aquella clientela de gente infeliz y fácil de engañar, acostumbrada ya á Lanza, se iria con él sin meterse en mas averiguaciones.

Muchos de ellos no habian tratado en todos sus negocios sino con Lanza, de modo que para ellos Lanza era el banquero y aquello no importaba sino un cambio de domicilio.

Eran incalculables los perjuicios que para Caprile podia importar aquella conducta.

Decidido á retirarse, Lanza lo comunicó á Caprile, pero por supuesto, sin decirle que establecia un negocio igual al suyo, para que no fuera á sospechar nada referente á la clientela.

—Mi suegro me está mandando mercaderias á consignacion, le dijo, y yo no puedo atender ese negocio con mis ocupaciones del escritorio á las que debo todo mi tiempo.

Ese negocio importa mucho para mí, porque si me vá bien, en poco tiempo podré abrir una casa en grande y hacer mi fortuna.

Solo una razon como esta es capaz de hacerme abandonar una casa donde he sido tan bien tratado.

Ahora tengo sobre mí mayores obligaciones y es necesario que me haga un porvenir mas independiente.

Yo, sin embargo, me quedará á su lado hasta que usted encuentre un dependiente que pueda reemplazarme á su satisfaccion.

Caprile encontró perfectamente razonable lo que Lanza decia.

Era muy natural que su suegro, siendo un hombre rico, lo ayudara mandándole mercaderias y era muy justo que el jóven quisiera dedicarse por completo á aquel negocio.

Así es que sin sospecharse nada de lo que habia en el fondo de todo aquello, y sintiendo la separacion del jóven, le ofreció su ayuda en todo lo que pudiera servirlo, quedando en poner un dependiente á su lado para que se hiciera práctico en las obligaciones de Lanza.

Aquel era uno de los mismos dependientes de la casa, sumamente adicto á Caprile y deseoso de hacer méritos para seguir en la casa y mejorar de sueldo y de posicion.

Lanza se encargó de instruirlo en sus obligaciones tan rápidamente como le fuera posible, suponiéndole muy poco tenerlo á su lado, porque un novaton como aquel no podia causarle el menor perjuicio.

Con proceder delante de él con toda integridad, á nada se esponia, pues el secreto de sus manejos no podia ser penetrado si él mismo no lo mostraba y lo esplicaba en su detalle.

El reemplazante de Lanza empezó á concurrir al escritorio á la misma hora que este, para atender al despacho de la clientela matutina y el manejo del correo, en lo que se referia á remision de correspondencia.

En el primer dia, el jóven notó una cosa que le llamó la atención, y es que muchas personas que venian hablaban con Lanza en voz baja y como evitando que él las oyera.

Sin embargo, por mas en silencio que hablaran el jóven, pudo oir de uno y otro lo bastante para comprender que se trataba de clientela particular de Lanza, que se referia á la casa Taucuari 81.

Lanza no le habia dado ninguna explicacion al respecto, pasándose la mañana sin que acudiera ningun cliente para el escritorio.

A la noche el nuevo dependiente habló con Caprile para contarle lo que habia aprendido y las dificultades que habia hallado en el nuevo puesto, quedando asombrado que en toda la mañana no habia ido cliente alguno para la casa.

Esto era estraño, y mucho mas estraño le parecia, el saber que habia ido mucha gente en busca de Lanza.

Sin embargo, nada dijo, prometiéndose averiguar lo que habia al respecto.

Qué significaban aquellas referencias á la calle Tacuarí 81, donde vivia Lanza?

Por mas confianza que tuviera en su dependiente, aquello era como para llamarle la atencion.

A la mañana siguiente sucedió lo mismo.

De todas las personas que vinieron al escritorio y hablaron con Lanza, solo una quiso remitir una carta con algun dinero para la familia, carta que Lanza encargó al nuevo dependiente que la escribiera.

Cuando Lanza se fué á almorzar, el dependiente comunicó á sus compañeros lo que sucedia, y el fenómeno de no venir ya para la casa ni un solo cliente.

Hablaban de esto, cuando llegaron dos sujetos en busca de Lanza, siendo uno de ellos un antiguo cliente.

—Qué es eso? le preguntaron, ya no mandas dinero ni escribes para tu familia?

—Sí escribo, respondió y mando dinero, pero lo hago por otra parte que no son tan careros como ustedes.

Ustedes están cobrando el cinco y allí yo pagamos sinó el tres, y mejor servidos.

—Y por qué casa manda que pueda servirlo mejor que nosotros?

—Por la calle Tacuarí 81.

Era preciso poner aquello en conocimiento de Caprile, puesto que el domicilio indicado importaba dos cosas graves.

Primera, que Lanza sonsacaba para sí la clientela de la casa, y segunda que la clientela de la casa era corrida por la enorme comision del cinco por ciento, cuando allí nunca se habia pagado mas que el tres.

Aquella diferencia de precio era únicamente para correr la clientela, ó era con el doble objeto de buscar un perjuicio á la casa?

De todos modos era necesario que el señor Caprile supiera lo que pasaba y aquel mismo dia lo pusieron en su conocimiento.

El señor Caprile no podia creer lo que le decian.

Cómo era posible que un dependiente que habia sido un modelo como conducta y honradez, cometiera actos semejantes?

Antes de proceder, antes de herirlo con una ofensa semejante, era preciso constatar los hechos denunciados, de manera que no cupiese la menor duda.

Caprile, á las horas que Lanza estaba en su casa, le hizo espíar la suya de la calle Tacuarí y allí vieron entrar y salir á toda la clientela que de allí habia desaparecido sin saberse la causa.

Y supieron fácilmente que Lanza se ocupaba del mismo negocio, de remitir giros á Europa y atender la correspondencia de aquella gente.

Averiguando de uno y otro, se supo tambien que muchos de aquellos clientes se habian retirado por la diferencia entre el cinco que les cobraban en lo de Caprile y el tres que les cobraba Lanza.

Y como en el libro de Lanza no figuraba ninguna comision á mas del tres, era indudable que allí habia un abuso de confianza á él y un robo á los clientes.

Fué entónces que Caprile se acordó de aquel reclamo de los cuatrocientos francos, y cuando volvió Lanza, antes de decirle una palabra de lo demás, le preguntó en qué habia quedado aquella cuestion del reclamo.

—Los encontré en el balance dado, respondió Lanza con increíble cinismo, y los devolví, por eso es que no ha vuelto mas.

Como efectivamente el hombre no habia vuelto mas, Caprile creyó sin dificultad la cosa, pero en seguida abordó la cuestion principal resueltamente, y tratando de sorprender á Lanza para no darle tiempo á meditar disculpas.

—Podria usted explicarme satisfactoriamente, le dijo, cómo es en el escritorio se ha cobrado á muchos clientes el cinco por ciento de comision, cuando en su libro no figura mas que el tres?

Lanza palideció intensamente ante aquella pregunta hecha cuando menos lo esperaba y sin que hubiera podido meditar sobre la respuesta que mas le convenia.

Vació un momento y no supo qué responder.

—Espero su contestacion, insistió Caprile y usted debe justificarse, porque este hecho arroja sobre usted una sospecha muy fea.

Lanza se repuso un momento y con palabra vacilante repuso:

—Ese hecho está destruído por sí mismo, pues cualquiera que me conozca sabe que yo no soy capaz de cometer una accion semejante.

—Sin embargo, el hecho existe, puesto que hay gente que se le ha cobrado el cinco por ciento y que no vienen mas al escritorio por esta razon.

—Esa es una mentira miserable, respondió Lanza con un cinismo asombroso.

El que eso ha dicho miente como un verdadero miserable.

—Sin embargo, insistió Caprile, son muchas las personas que lo aseguran.

—Pues todas ellas mientan, contestó Lanza, todas ellas me calumnian miserablemente, repitió Lanza subiéndolo la voz.

Caprile empezaba á irritarse ánto el cinismo inaudito de aquel hombre, pues en su turbacion, en su palidez y en su actitud misma habia comprendido que el hecho era cierto.

—Bueno, replicó, supongo por un momento que es rigurosamente exacto lo que usted dice.

Y cómo me esplica usted que la clientela que ha desaparecido de mi casa se encuentra en el boliche de giros que usted ha establecido?

Lanza se encontró plenamente descubierto y juzgó inútil negar los hechos.

Recurriendo entónces á su máxima audacia y levantando siempre la voz, exclamó:

—Y qué quiere usted que yo rechace la clientela que cae á mi boliche, como usted dice? pretende usted que yo lleve mi abnegacion hasta no trabajar para mí? seria curioso!

—Entonces usted confiesa que ha abierto su boliche para explotarme en todo? usted confiesa que sonaca la clientela de mi casa?

—Yo confieso simplemente que no soy tan bruto para echar de mi casa á la gente que vá á ocuparme.

Demasiado lo he servido y lo he ayudado con mi crédito, agregó, y no estoy dispuesto á sacrificarme mas.

Iba á quedarme á instruirle un dependiente para que la casa no sufriera con mi separacion, pero desde que usted compensa tan mal mis abnegados servicios, dejo de pertenecer á su casa y le pido que me arregle mi cuenta si quiere, que si no, me es igual, el dinero que usted me debe no me ha de hacer mas rico.

La actitud de Lanza no podia ser mas insolente, y el señor Caprile habia concluido por perder la paciencia.

Y aunque así lo quisiera, no podia consorvarse tranquilo, pues sus dependientes y demás personas que enencharon á Lanza, podian figurarse que realmente él debia grandes servicios á aquel bribon, cuando así se atrevia á hablarle.

Así es que sin salir del tono exigido por la educacion correcta, enrostró á Lanza su miserable proceder.

—Nunca hubiera creído que usted fuera capaz de cometer acciones semejantes, señor Carlo Lanza.

Yo hacia á usted todos mis cargos sin creerlos yo mismo y deseando oír de sus labios la justificacion mas completa.

Pero al ver la manera como usted me contesta, no solo estoy convencido de que todo es cierto, sino que veo con dolor que es usted un ingrato y un gran insolente.

Usted se irá de mi casa, si señor, pero antes devolverá todas esas diferencias de comision cobradas, y volverá á la casa la clientela que le ha arrebatado.

Lanza, tratado de esa manera no podia retroceder.

Si él aflojaba en su actitud era reconocer ante los demás la verdad de los cargos que se le habian hecho.

Tenia que sostenerse en el terreno insolente en que se habia colocado, así es que respondió á Caprile que él era el ingrato que desconocia los servicios por él prestados á su casa.

Yo no tengo que justificarme de nada, no devolveré nada, continuó.

Es la primera persona que se permite la insolencia de dudar de mí, añadió, que soy la honestidad personificada, y á semejantes personas no tengo consideraciones que guardar. /

Yo me voy inmediatamente y como veo que háy interés en no pagarme lo que se me debe, yo lo perdono, poca falta puede hacerme ese pucho de dinero.

Guárdelo, señor Caprile, y sea feliz con él.

La discusion habia traído al escritorio de Caprile á sus dependientes y á algunas personas extrañas que en la casa se encontraban.

Caprile perdió por completo los estribos y las frases de ladron y sin vergüenza se cruzaron

enérgicas y violentas con las de explotador y villano.

El señor Caprile se levantó, no pudiendo contenerse mas, y el ruido característico de un bofetón puso fin al diálogo.

El incidente venia así al terreno donde Lanza queria traerlo, pues así era mas fácil su salida.

En una lucha con Caprile, hombre fuerte y bravo, él tenia que sacar forzosamente la peor parte.

Pero qué le importaba todo esto si lo hacia salir del escritorio sin dar esplicaciones de ningun género y quedando libre de toda responsabilidad?

Se felicitó de la actitud violenta de Caprile y so batió débilmente, tratando solo de emprender la retirada para evitar mayores golpes.

Caprile, que habia perdido toda la calma y que no reflexionaba ya, avanzó sobre él tratando solo de sacudirle los mayores golpes posibles.

Los dependientes acudieron en el acto á presertarlo su contingente, pero este era un contingente innecesario, pues ya Lanza no trataba de responder á los golpes sino de evitarlos en lo posible y tratar de ganar la calle.

—Me dará una satisfaccion completo, *corpo di Baca!* gritó Lanza una vez que se vió en la calle, y prorrumpió en un discurso formidable contra Caprile y su crédito.

Este intentó salir y castigar en la calle nuevamente la insolencia de aquel bribon, pero sus dependientes y sus amigos lo contuvieron.

Lanza estuvo gritando en la calle un cúmulo de insolencias de todo género, hasta que se retiró, con los golpes recibidos, pero triunfante.

La cuestion capital para él era no tener que dar esplicaciones respecto á su conducta en el escritorio.

—Los golpes no dan razon á nadie, decia, y menos al que los ha pegado, pues prueban que no ha tenido razon alguna y pierde todo el derecho que podia tener á recibir esplicaciones.

De todos modos hago un buen negocio y hasta conquisto el derecho de decir que todo ha sido por no pagarme lo que me debe.

Así quedo libre de este escritorio que me ataba de una manera poco agradable.

Y esta fué la razon que empezó Lanza á dar á todos, de su salida del escritorio de Caprile.

Ya podia dedicarse por completo á los negocios suyos, atender bien su clientela y á la venta de los articulos que á consignacion le remitiera su suegro.

Descubierto en el escritorio el negocio de la diferencia en las comisiones, empezaron á averiguar á los pocos clientes napolitanos que aún quedaban, y se supo por ellos todo lo que hemos narrado, averiguándose así todo el proceder de Lanza.

Caprile supo como habia corrido á la clientela nueva con la fuerte comision que los cobraba, y como habia reducido á la vieja llevándosela á su escritorio desde hacia mas de tres meses.

Y se siguieron descubriendo así lentamente nuevas embrollas de Lanza y todos los negocios en que había explotado á la casa.

Caprile se encontró casualmente en la Bolsa con el cliente aquel de los cuatrocientos francos de menos que Lanza le aseguró haber devuelto y supo que no había existido semejante devolución.

—Por eso no he vuelto mas á su casa, le dijo aquel cliente explotado, pues estaba convencido que allí no hubo error ninguno sinó la mas refinada mala fé: tenia la conciencia de haber sido robado.

Y si usted no despidе á ese hombre vá á concluir con el crédito de su escritorio, yo se lo aseguro.

En seguida y por un relamo del correo se descubrió el negocio de las estampillas, lo que debia haber dejado á Lanza una utilidad bárbara.

Lo peor es que todas estas eran cosas en las que Caprile no tenia el menor reclamo, porque estaban hechas con tal habilidad que no habian dejado justificativo posible.

Solo podia intentarse el reclamo sobre reduccion de clientela y esto mismo era de una prueba laboriosa.

Lanza aseguraba entretanto, que se iba á presentar contra Caprile ante la justicia correccional por los golpes recibidos y por las inculpaciones calumniosas que habia hecho de su persona.

Esta sola amenaza perjudicaba á Caprile, pues no faltaba gente que creyera que Lanza saldria triunfante en ese juicio.

Esta era una situacion mortificante para un hombre sério como el señor Caprile, á quien en manera alguna convenia entrar en discusion con un pillo del calibre de Lanza.

Este, entretanto, no se habia llamado á la inaccion.

Por la mañana temprano y cuando calculaba que no podian verlo, se venia á la esquina y aun á la puerta misma del escritorio de Caprile, para tratar de seducir la clientela, diciéndoles que la casa iba á quebrar, que él se habia salido porque todo aquello era un bochinche, porque allí no se hacia sinó explotar á los pobres, lo que él no queria autorizar con su presencia.

Aquellos infelices, desconfiados por naturaleza y que tenian confianza en el jóven con quien tanto tiempo se habian entendido, le creian cuanto les decia y se iban con él, formando entre los clientes de lo que Caprile habia llamado justamente un boliche, pero un boliche al que Lanza habia sabido dar un crédito bárbaro entre aquellos napolitanos tan desconfiados.

Es que Lanza, bruto é ignorante para la generalidad de las cosas, tenia para la embrolla y para la intriga un talento y un tino especiales.

Se habia apoderado de tal modo del espíritu de aquella gente, que habrian depositado en sus manos, sin reserva de ningun género, cuanto dinero poseian.

Este era el talento especial de Carlo Lanza, talento en el que no era posible superarlo.

Y la prueba es que sin un centavo de capital se habia hecho un escritorio de giros, acreditado entre la gente que remitia dinero á Europa y con un regular crédito en plaza, crédito que debia aumentar sériamente con las mercaderias remitidas por su suegro y vendidas por él á precios escelentes, pudiendo demorar el dinero que por ellas sacase, cuando la confianza de su suegro fuera absoluta, para emplearlo en otros negocios de resultado seguro.

Su salida del escritorio de Caprile importaba un beneficio, lejos de importarle un perjuicio, como sus compañeros lo creyeron.

PLEITO PERDIDO

Luisa se sentia plenamente feliz al lado de Lanza, que á su vez se habia concretado á serle agradable en todo.

Todas las finezas que antes habia repartido en mantener sus relaciones amorosas, las habia refundido en Luisa.

Los Domingos la llevaba á almorzar ó á comer en la campaña, eligiendo cada vez un punto diverso, y á la noche la invitaba á ir al teatro, lo que era una gran novedad para Luisa.

El dia íntegro lo dedicaba toda la semana á atender con pasion verdadera sus negocios, que

veia aumentar rápidamente, pues cada tantos dias le caia un cliente nuevo traído por los mismos á quienes él servia.

Por la mañana muy de madrugada, se iba á los alrededores del escritorio de Caprile, á hacerle propaganda en contra de sus intereses.

Generalmente se metia en la antigua confiteria de Guerrero, donde invitaba á tomar algo á los clientes que queria seducir.

Allí les esplicaba cómo Caprile andaba muy mal en sus negocios y cómo los dependientes que tenia ahora en el despacho eran unos imbó-

ciles capaces de confundir las remesas de dinero y hacer un descalabro que nadie ontenderia cuando fuese necesario.

—La casa marchaba regularmente, decia, por mi enorme práctica y porque yo usaba en su beneficio de mi crédito en Europa.

Pero ahora que yo no estoy mas allí y que no me conviene protegerla, se irá al infierno.

Ya verá como toda la clientela que tenia se entiende conmigo y está muy complacida de mi servicio.

Gente infeliz y de pocos alcances, creia cuanto Lanza les decia, y como veian que realmente la clientela de este estaba muy satisfecha de su proceder, unos se venian con él en el acto y otros le prometian hacerlo en cuanto recibieran contestacion de sus últimas cartas.

Los dependientes de Caprilo habian visto á Lanza rondar el escritorio y hablar con la gente que allí acudia.

Y como la clientela seguia disminuyendo y los que quedaban en la casa no enviaban ya dinero por ella, pusieron en conocimiento del señor Caprilo lo que sucedia.

Este entonces se dirigió á Cánopa, que era quien lo habia llevado á Lanza y le hizo presente de qué manera se conducia su recomendado, añadiendo que se veria obligado á proceder con toda energía si aquella infame competencia no cesaba.

Lanza declaró á Cánopa que cada uno atendia á su negocio como mejor le parecia, y que si él quitaba la clientela á Caprilo era en venganza de lo que aquel habia hecho y que seguiria hasta dejarlo sin un solo cliente.

—Obligará á Caprilo á tomar serias medidas; porque él no puede consentir lo que haces y serás el perjudicado.

—Nada podrá contra mí, dijo Lanza, porque yo no hago nada malo.

Si los clientes que antes se servian en su casa vienen á la mia, no los he de despedir yo, porque felizmente no he perdido aún el juicio.

—Es que tú vienes á hablar con los clientes y á desacreditar la casa para llevártelos, lo que no es permitido y puede dar lugar á una accion judicial que te cueste cara.

—Estoy en los limites de mi derecho y nada temo: que vaya él á mi casa á ver si puede soncar un solo cliente!

Es que en mí tienen mas confianza porque no se han entendido sinó conmigo y esto es todo.

Pues seria gracioso que pretendieran obligar á la gente á servirse en una casa que no tienen confianza!

El señor Caprilo habla de despecho porque ve que no puede luchar conmigo y que lo he de hundir.

—Pero bruto, si la clientela que tú le sacas es la que vale menos, la que menos transacciones hace.

La clientela grande, la que gira fuerte y mayores utilidades deja, esa está firme y tú no la has de conmovier.

—Y entonces, si la clientela que se viene conmigo no vale nada, por qué se preocupa tanto,

porqué tiene tanto miedo y tanto interés en que yo no la busque?

Ahora llevo los clientes chicos, es verdad, los que menos dejan, pero mañana llevaré tambien los grandes, porque les daré mas conveniencias.

Es cuestion de tiempo y nada mas.

Cánopa se retiró convencido de que Lanza no cederia por nada, ó hizo presente á Caprilo lo que le habia dicho y sus intenciones futuras.

Entonces el señor Caprilo inició una sería cuestion contra Lanza, sobre sousacamiento de clientela y sobre el descredito que para él importaba la conducta poco honrada que observó Lanza en su escritorio el último tiempo que allí estuvo.

Lanza nombró su abogado y entró en el pleito, pleito que debia ser muy largo por lo difícil de la prueba y durante el cual podria Lanza seguir esgrimiendo sus armas.

La segunda remesa de mercaderias que le hizo su suegro, la realizó á precios magníficos y á plazos, pero á tan buenas firmas que pudo descontar los pagarés en el dia, lo que le servia para ir acreditando su firma en el Banco de la Provincia donde habia ya pensado hacer su tirito en caso de necesidad.

Aquel dinero lo remitió en el acto á los banqueros Parody en cuyo poder queria tener siempre un excedente de dinero y giró inmediatamente contra ellos y á favor de su suegro, pero esta vez á treinta dias vista.

Con el buen éxito de la primer remesa que ya habia cobrado su suegro, era lógico esperar que el tercer lote de mercaderias vendria en camino.

Y como la carta que este escribiera á su suegro llegaria á su poder despues de haber recibido su segundo giro, le escribió pidiéndole remesas mas fuertes é indicándole otros articulos de facilísima salida.

Así se haria de fondos á la mano, deteniendo siempre el importe de una factura, sin que el suegro se apercebiera de ello.

Ahora las remesas de su clientela las haria religiosamente y en los primeros paquetes que salieran.

De modo que los acuses de recibo y las contestaciones venian á su tiempo exacto, lo que concluyó de acreditarlo con los remitentes.

Lanza habia comprendido que el mejor modo de prosperar era una conducta honrada y una actividad insuperable.

Así sus clientes actuales lo recomendarian á otros y su casa progresaria forzosamente.

Una pilleria podia hacerlo dueño de unos cien mil francos, quebrándolo como negociante para el futuro.

Mientras que una conducta intachable podia hacerle ganar mucho mas, legítimamente y haciendo adelantar su negocio.

Así es que por conveniencia propia se portaba bien, pues tenia la conciencia que aquel era el verdadero camino que lo llevaria á la fortuna.

Sus utilidades eran mucho mayores de lo que él había podido imaginarse, de modo que su situación financiera no podía ser mejor.

Siempre con el pensamiento de acreditarse allí, tenía un pequeño depósito en el Banco de la Provincia, contra el que giraba sus limosnas eclesiásticas.

Porque nunca abandonó su primer idea de hacerse el banquero del clero, lo que le abriría gran crédito, no solo aquí sino en Europa mismo.

En sus relaciones eclesiásticas, supo Lanza que el famoso *óbolo de San Pedro* se remitía á Europa por intermedio de casas de crédito como la suya, que mordían una fuerte comisión en este solo envío.

Lanza echó sus cuentas y comprendió que sería una bolada hacer aquella remesa sin cobrar comisión, pues aquello le proporcionaría un crédito fabuloso entre la gente de la Cúria Argentina y de la Cúria Romana, que descontaría grandes sumas, á la vista y con su sola firma.

Esta era una verdadera bolada, bolada que Lanza resolvió aprovechar sobre tablas, porque era única en su género.

El clero de la República Argentina, extranjero en su mayor parte, hacía muchas remesas á Europa y es claro que había de dar su preferencia al banquero que remitiera el *óbolo de San Pedro*.

Luego en Roma, en Italia entera, cuál uo sería el crédito del banquero elegido por el arzobispo para remitir el *óbolo de San Pedro*?

Esto solo valía mucho mas que la mayor comisión que pudieran pagarle.

Desde que Lanza tuvo esta idea, suspendió las limosnas que hacía á las iglesias, ó mejor dicho, modificó la forma de hacerlas.

Todos los cheques que dejaba en las capillas y alcancias, eran hechos á favor de la iglesia donde los ponía, pero el giro era hecho á la orden del ilustrísimo señor Arzobispo.

De este modo Aneiros conocería todas las limosnas hechas en cheque, y no trepidaría en concederle la remisión del *óbolo de San Pedro*, mucho mas desde que esta remisión él la haría sin retribución alguna.

Como se vé, en materia de negocios, Lanza tenía una inteligencia de primera fuerza.

Su crédito entre la gente de la Cúria iba á costarle en los primeros tiempos tal vez cuanto ganara.

Pero en cambio cuánta utilidad famosa le prometía en el porvenir!

Desde que ideó este golpe, todas sus utilidades las depositó en el Banco de la Provincia.

Y no se hablaba de una sola necesidad de la iglesia, sin que él acudiera inmediatamente con un cheque siempre á la orden del ilustrísimo señor arzobispo de Buenos Aires.

Cómo había de negarse este á ocupar á un banquero que de tal modo procedía y que además ofrecía sus servicios gratuitamente?

Solo el *óbolo de San Pedro* remitido por él, representaba en crédito ganado diez veces mas de lo que él pudiera regalar en limosnas.

Aquella cantidad de cheques girados á favor de distintas iglesias y que él tenía que endosar llamó la atención del arzobispo, como era natural.

Aquel hombre debía ser muy rico, cuando daba tanta limosna y cuando giraba contra un banco como el de la Provincia.

Averiguó quién era aquel Carlo Lanza y supo que era un banquero cuyo negocio esclusivo era girar dinero sobre las capitales italianas.

Y como era natural, desde que él había tomado sus medidas, no faltó quien le dijera que era un hombre piadoso y muy rico.

Sus preparativos estaban famosamente hechos, solo faltaba la oportunidad de presentarse y esta no podía ocurrir sino á fin de año.

Era cuestión de tener paciencia y nada mas.

Sería preciso sacrificar una suma final y el negocio estaba asegurado.

Como aquello era positivamente sembrar para recoger, Lanza no trepidó.

Juntó dinero de las utilidades recogidas, dispuso de un poco de dinero de las mercaderías de su suegro, y cuando principió la colecta del *óbolo de San Pedro*, firmó un cheque á favor del Arzobispo por cuatrocientos patacones, que remitió á este bajo sobre indicándole el objeto.

Y siempre con su gran amigo el cura que lo había casado, cuando se acercó la época de la remesa se hizo presentar al Arzobispo Aneiros.

Este, como era natural, lo recibió con muestras del mayor agasajo, y Lanza, como hombre que no tenía mucho tiempo que perder, fué en el acto al grano, es decir, al objeto de su visita.

—Sé, dijo, que para remitir el piadoso *óbolo de San Pedro* á nuestro Santo Padre, se gasta una suma grande en comisiones y corretaje, suma que debía aprovechar el santo prisionero del Vaticano.

El objeto de esta visita es ofrecer los servicios de mi Banco gratuitamente con tal objeto.

Yo remitiré este dinero sin cobrar un solo centavo, y me tndré por feliz con el inmenso favor que se me dispensa al ocuparme y ocupar mi casa para tan piadoso y digno objeto.

Su señoría puede ocuparme para tal objeto sin retribución de ningún género, y me habrá hecho el favor mas grande que puedo esperar en la vida.

Este es el único objeto de mi visita, no quiero distraer mas á nuestro digno Arzobispo y le ruego solo me tenga presente en todo servioio que de mí necesite su señoría, que seré feliz, corriendo de mi cuenta todos los gastos.

Lanza besó la mano de Aneiros con un respeto estupendo y se alejó haciendo mil reverencias.

Aneiros aprovechó la oportunidad para agradecerle las muchas limosnas de él recibidas y

lo despidió con su bendición prometiéndole que sería un deber para él ocuparlo en todo aquello que lo necesitara como banquero.

El golpe estaba dado con gran felicidad.

Lanza se había vestido con su ropa mas distinguida, teniendo cuidado de ponerse en el dedo su famoso anillo de brillantes, cuyo único oficio era "dar golpe."

Aneiros quedó prendado del generoso banquero y como su oferta importaba una séria economía, resolvió desde ya ocuparlo para la remisión del ansiado óbolo.

Sobre su honradez no podía tener la menor duda.

Cómo iba á dudar de un hombre que además de ser un banquero de fortuna, hacia limosnas en cheques hasta por valor de cuatrocientos duros?

No podía pasársele por el magin arzobispal la menor duda respecto á tan recomendable persona, cuyas rentas le permitian hacer la infinidad de limosnas que habia ya recibido.

—Me es tan agradable la conversacion de tan ilustre prelado, habia dicho Lanza al salir, en secretaria, que me hubiera quedado hablando todo el dia con él á pesar de mis negocios que no me permiten perder un minuto.

Solo el temor de serle molesto y robarle un tiempo precioso me ha hecho salir tan pronto.

—Sí lo creo, clarineteó el familiar quitándose los lentes que ginecaban sus narices.

Su señoría ilustrisima tiene unos modos y una conversacion que encanta.

Lanza besó la mano á Espinosa respetuosamente, y se alejó definitivamente, despues de dejar doscientos pesos entre las manos del familiar para que los diera á los pobres que él auxiliaba.

Bien sabia él lo que hacia!

Con aquellos doscientos pesos estaba seguro que aquel dia el familiar no se ocuparia sino de su persona.

Como en casa del Arzobispo no se mueve una paja sin que esto lo sepa en el momento, Aneiros supo todo lo que Lanza habia dicho de él y como habia salido prendado de su arzobispal persona.

Supo que habia besado la mano de su secretario Espinosa, que habia dado doscientos pesos al familiar y concluyó haciendo una apologia de los sentimientos caritativos y religiosos de aquel banquero.

Aquel dia en la mesa refirió la oferta generosa que habia ido á hacerle Lanza respecto á la remision del óbolo, lo que venia á aumentarlo notablemente, pues siempre habian sido crecidos los gastos hechos con ese motivo.

Y consultó el punto con sus secretarios, por consultar algo, pues ya lo habia decidido él.

Todos estuvieron contestes en que se debia aprovechar aquella generosa oferta y remitirse el óbolo por su intermedio, ocupándolo además en todas las operaciones comerciales de la Curia, pues nadie habia de hacerlas mas correctamente que aquel filántropo que los servia sin

el menor interés de lucro y solo por servir á la casa de Dios.

—Es una bolada! exclamó el notario, una verdadera bolada—la comision se lo debe dar á Lanza, ya que es una lanza tan piadosa, salvo un caso osepccional.

Despues de festejar el juego de palabras hecho por el notario, que era un hombre jugueton y honesto, lo preguntaron cuál era aquel caso osepccional.

—El caso en que se presentara otro banquero filántropo, contestó este, ofreciendo pagar por hacer la remision.

Esta nueva farsa fué festejada con grandes risas y palmoteos, pero Aneiros contó como aquel caso osepccional se habia producido, puesto que Lanza antes de hacer la oferta de que estaban tratando, le habia enviado un cheque por cuatrocientos pesos para aumantar el óbolo.

No quedaban en contra de Lanza, ni siquiera los argumentos farsarios del diablo del notario eclesiástico, que se declaró vencido diciendo:

—Pnes si este Lanza no solo hace gratuitamente la remision sino que paga adelantado, no hay que vacilar; lo nombro mi banquero!

Y quedó convenido en que el óbolo de San Pedro, desde aquel año, sería remitido por la casa de Carlo Lanza.

Lanza habia dado así su golpe mas famoso como banquero.

Ello le habia costado muchos pesos, es verdad, nada ganaria por comision, pero en cambio cuánto sería su crédito!

En primer lugar, con los banqueros Parody se hacia de gran crédito por el hecho solo de girar aquella enorme cantidad, fuera de lo que se acreditaba como banquero de una Curia que tales remesas hacia.

Luego aquel era un modo estupendo de presentar su firma ante el Papa y la Cúria Romana, pues todos los santulones de allí lo ocuparían en las operaciones que tuviera que hacer en esta plaza.

Así es que Lanza al pensar en esto, exclamaba para sí:

—El que diga que yo no he nacido banquero que venga á ver un poco lo que yo soy capaz de hacer.

Mis mismos clientes, cuando les suelte tan estupenda noticia, abrirán una boca de medio metro, y mi suegro, al saberlo, creará que su hija se ha casado con el mismo señor Jesucristo padre.

Eres un grande hombre, Carlo Lanza, concluyó, y se estrechó el mismo la mano en señal de su más ardiente felicitacion.

Y tan seguro estaba del éxito de la cosa, que la decidió de la siguiente manera:

—Si yo tomo el giro en cualquier Banco, tendré que pagarlo aqui y no será ya Carlo Lanza el que remite el dinero directamente, ni será su firma entónces la que se descuenta.

Aunque me cueste un poco mas, remitiré el oro á los banqueros Parody en encomienda especial y giraré contra ellos.

Entonces será mi firma, la firma de Carlo Lanza la que se descontará á la vista ó á los tres días.

Así no pago mas que la comision de los banqueros en Europa y me doy un corte de todos los diablos, porque aquí en la Círia no pueden sospechar mi manejo y pensarán que yo giro en descubierto, ó que tengo en los Bancos de Italia depósitos fabulosos.

Cómo van á creer que yo gire si no tuviera allí crédito ó depósitos sumantes?

Solo yo soy capaz de una operacion por este estilo, pues nadie puede sospecharse una operacion semejante.

El roñoso de Caprile no habria sido capaz de un golpe de crédito semejante.

Luego todo esto tendrá forzosamente que entrelazarse con un millon de operaciones productivas en todo sentido.

Aquí habia una gran cantidad de curas italianos que estaban al frente de importantes curatos de campaña y de las mejores parroquias de la ciudad.

Todos estos curas remitian dinero á Europa, unos á sus familias y otros para tener allí sus capitales y poder fingir entre nosotros su calidad de pobres de solemnidad.

Luego estos curas ejercian gran dominio sobre sus paisanos y feligreses, quienes no ocuparian seguramente otra casa que la que el cura les recomendara.

Este era el vastísimo plan que Lanza pensaba desarrollar sobre la base de sus limosnas y de la remision del óbolo de San Pedro.

Entretanto el pleito que le habia entablado Caprile, seguia su camino natural y lógico, aunque amenazando un gran descalabro para él, pues por lo menos seria condenado á no seducir la clientela de Caprile, con costas.

Lo demás era muy difícil de probar, aunque los daños y perjuicios, si á pagarlos era condenado, podian formar una suma crecida que le fuera molesto pagar.

Esto mismo le preocupaba poco, pues las mercaderias enviadas por su suegro y atrasadas en una remesa, le permitian en un momento dado, disponer de una suma de cuatro ó seis mil patacones.

Entretanto su clientela crecia y sus operaciones aumentaban rápidamente.

Viviendo en una economia estricta, no gastando sino lo que necesitaba para andar bien vestido y vivir discretamente, hasta podia hacer economias.

Luisa, á quien la felicidad seguia sonriendo de todos modos, trabajaba con fé y con empeño en los trajes que le confiaban y en el embalsamamiento de aves.

Y los dos ó tres mil pesos mensuales que le producía su trabajo los podia emplear en ella ó guardarlos si queria, pues Lanza jamás recurría á ese dinero sino á veces en calidad de préstamo, que devolvía religiosamente.

Solo una cosa necesitaba para estar tranquilo y poder operar con mayor felicidad.

Y esta cosa era poder tener unos diez mil fuer-

tes en poder de los banqueros Parody para que pudieran servir sus giros sin necesidad de estarles remitiendo el dinero á medida que lo iba recibiendo.

Así el dinero que sus clientes le entregaran para permitirlo á Europa podria retenerlo en su poder y girarlo de modo á aumentar su crédito, que por el momento era lo que le convenia.

Fué entonces que decidió dar un golpecito al Banco de la Provincia, aprovechando las facilidades de este establecimiento.

Con ello hacia una doble especulacion, cuyos resultados podran verse mas adelante y apreciarse bien el talento comercial de este hombre que, con otra educacion, hubiera sido una cosa notable.

Su firma era ya conocida en el Banco por la cantidad de pagarés que habia descontado en él.

Con esto y una recomendacion de amigos que no le seria difícil obtener, estaba seguro que el Banco no lo desairaria.

Consiguió su carta de presentacion y solicitó del Banco el descuento de una letra de veinte mil patacones.

El no necesitaba tanto, pero juzgó que un comerciante de la posicion que él queria ocupar, no podia pedir menos, porque seria ridículo y sólo serviria para desacreditarlo.

Qué gran crédito podia inspirar un banquero que pedia doscientos mil pesos?

No era pues propio de su importancia pedir una suma menor.

El dia en que se debia tratar su solicitud, fué para Lanza un día de ansiedad terrible.

Si el Banco le concedia su pedido, sus negocios marcharian viento en popa y con un desahogo bárbaro.

Pero si el Banco le negaba, aquello seria un golpe de muerte á su naciente crédito.

Ya empezaba Lanza á arrepentirse de haber andado con tanto apuro, pues si el Banco negaba, ya no podria acudir á él sin menoscabo de su dignidad, por lo menos hasta el año siguiente que renovarían el directorio.

Aquel dia no quiso ir á buscar la contestacion del Banco temiendo un rechazo, pues era operacion que habia tratado sin plena confianza.

Al dia siguiente hizo coraje y se presentó en la oficina de letras.

El Banco le habia negado los veinte mil patacones, pero le habia acordado catorce mil.

Su alegria no reconoció limites, pues aquel era un verdadero golpe de fortuna, puesto que el acuerdo era hecho á su sola firma.

Aquel mismo dia llenó todas las formalidades necesarias y cobró los catorce mil fuertes que iban á dar á su casa un vuelo bárbaro y que empezaban por abrirle las puertas del primer establecimiento de crédito del pais.

Se presentaba entonces un nuevo golpe que un hombre de su ingenio no podia dejar de tentar.

Y esto era pedir al Banco reconsiderase su resolucion.

Esto venia á darle cierta importancia ante el directorio mismo.

Si despachaban favorablemente su pedido, su crédito estaba asegurado en el Banco y agarraba seis mil duros mas.

Si no, se conformaria con lo acordado, que ya estaba en su poder, no pudiendo traerle el menor perjuicio.

Lanza hizo en el acto su solicitud de reconsideracion, haciendo presente al directorio que necesitaba absolutamente los veinte mil duros pedidos y que era persona que habia cumplido todos sus compromisos con ese y con otros bancos donde hacia sus operaciones.

Indicaba el gran crédito de su casa y ofrecia, si era necesario, levantar la letra íntegra á su vencimiento.

El Banco, que juzgó á Lanza por sus apariencias hábilmente espuestas, le concedió los otros seis mil pesotes á la misma cómoda amortizacion de los catorce anteriores, de diez por ciento.

Lanza era, pues, positivamente un banquero, con una buena chontela y un crédito de medio millon de pesos en el Banco de la Provincia.

Era imposible obtener un éxito mayor.

Cuidando aquel crédito á que jamás aspiró y que lo pidió como una simple tentativa y procediendo honradamente, podria llegar á girar y tener millones.

Lanza en el acto remitió por giro diez mil duros al Banco Parody, asegurando así su crédito con aquella casa y la comodidad de poder girar sin remitir el dinero.

Los otros diez mil duros los empezó á girar prestándolos á un interés de usurero y con garantías que no podian faltarle.

Al vencerse su letra en el Banco, con cincuenta mil pesos renovaba el crédito, cumpliendo la amortizacion que el Banco le habia impuesto.

Pero su aspiracion era levantar la letra íntegramente, pues así se hacia en el Banco de un crédito enorme.

Esta era su gran especulacion, que no podia faltarle segun todos sus cálculos y que le permitia tener dinero disponible para cualquier negocio que se le presentara.

Desde aquel dia todo el dinero que le llevaban los napolitanos para remitir á Europa, lo depositaba en el Banco de Italia, haciéndole ganar mayor interés y fabricándose de paso un crédito en este establecimiento.

No necesitaba enviarlo, puesto que hasta diez mil duros podia girar sobre los banqueros Parody.

El pleito con Caprile empezó á molestarlo porque le quitaba tiempo y empezó á comprender que aun perdiéndolo le convenia terminarlo.

Siempre era un gasto que se quitaba de encima.

Las mercaderías de su suegro seguian viniendo y vendiéndose con tan buena suerte, que un mes despues, sin el menor apuro pudo mandar en depósito á sus banqueros diez mil duros mas y quedarse con muchos fondos todavia.

Del dinero remitido á Europa por sus clientes y girado por él á quince y treinta dias vista para ganar mayor interés, tenia en el Banco de Italia una existencia de treinta mil francos.

La correspondencia continua que tenia con su suegro era sostenida por él únicamente, pue-
decirse.

El viejo soltaba factura tras factura y sólo respondia á su yerno para acusarle recibo de las cantidades que iba recibiendo, mostrándose sumamente complacido de las utilidades obtenidas.

Lanza siempre tenia en su poder unos diez mil patacones en pagará ó dinero efectivo en el Banco, que no remitia hasta no haborse hecho de suma igual.

El dia que se venciera su letra en el Banco de la Provincia, estaba seguro de poderla levantar íntegra, y tener aun dinero para mandar á Parody antes que se acabara el que ya habia mandado, porque no queria girar en descubier-
to, lo que podia no ser un buen sintoma.

Esto lo haria de cuando en cuando, despues que hubiera remitido el óbolo de San Pedro, que era su gran golpe de crédito.

La única preocupacion, pues, que lo mortificaba era su pleito, que hubiera querido terminar aun perdiéndolo, pero esto no dependia de él.

El pleito se habia enredado de una manera fabulosa y amenazaba durar un siglo.

Entónces habia pocos jueces y muchos pleitos, viéndose infinitad de casos en que una cuestion fácil de resolver en dos escritos, duraba treinta años.

La acusacion en que se basaba el pleito, era aquella diferencia de dos por ciento cobrada por Lanza.

Este era un cargo sério, porque la parte de Caprile lo hacia subir á unos cuarenta mil pesos papel, cuya devolucion pedia, fuera de los daños y perjuicios que, tasados, podian ascender á una suma bárbara.

Lanza, en vez de buscar un buen abogado habia visto á un embrolla-pleitos, pues por el momento toda su aspiracion habia sido ganar tiempo, porque en su situacion era para él verdaderamente dinero.

Hombre de una prevision asombrosa, ya se habia colocado en todos los casos, aun en el de tener que salir momentáneamente de Buenos Aires, sin perjuicio para sus negocios.

Al efecto, de noche en vez de embalsamar aves, se ocupaba en instruir á Luisa en el manejo del escritorio.

Y para que pudiera atender á todo sin el menor inconveniente, le hacia copiar su firma continuamente para que aprendiese á hacerla igual.

De esta manera, dado el caso que tuviera que fugar, sus negocios no tendrian ningun tropiezo, desde que Luisa supiera desempeñarse tan bien como él y firmar como si fuera él mismo.

Habituada al comercio desde jóven, Luisa en quince dias se puso al corriente del negocio y en un mes aprendió á hacer tan bien la firma de su marido, que él mismo la confundia con la suya.

Y como solo él podía desconocer ó negar aquella firma, no habia que temer nada por este lado.

Fué precisamente entónces que Caprile se presentó pidiendo la prision de Lanza y ofreciendo cincuenta testigos para probar que Lanza les habia cobrado una comision de cinco por ciento, mientras en los libros figuraba el tres.

Aquellos cincuenta testigos harian prueba clara, y Lanza seria entónces condenado.

El Juez mandó que se aceptaran aquellos testigos y se les tomase declaracion, no resolviendo nada en la prision pedida.

Aquella prueba podia haber sido ilevantable, pero no era Lanza un hombre á quien se le pudiera llevar por delante.

Juntó á su vez unos treinta napolitanos que le pertenecian en cuerpo y alma, y á los que instruyó de una manera diabólico en las declaraciones que debian prestar.

Aquellos napolitanos declararían que Caprile los habia querido comprar á cinco patacones cada uno, para que declarasen tambien como Lanza les habia cobrado un cinco por ciento.

Y con estas treinta declaraciones él se proponia probar que los cincuenta testigos de Caprile eran testigos comprados para declarar lo mismo que no habia podido obtener de aquellos.

La causa de Lanza en manos de un abogado de los recursos de Noguera, por ejemplo, hubiera sido una causa ganada ó transada ventajosamente.

Pero ya hemos dicho que este habia buscado un embrolla-pleitos con el ánimo de ganar tiempo, pues él mismo desde el primer momento conceptuó su causa perdida.

Antes que declararan los testigos de Lanza, la parte de Caprile volvió á pedir su prision, y Lanza, asustado, se fué á Montevideo, dejando todos sus asuntos en manos de su inteligente mujer.

Ella lo haria aparecer como enfermo en cama, y puesta al frente del escritorio, atenderia todos los asuntos y firmaria hasta las letras que fueran necesarias, como si él las hubiera firmado en la cama.

Si el Juez hacia lugar á la prision pedida, se quedaba en Montevideo y desde allí arreglaría una transaccion discreta.

Si el Juez no hacia lugar á la prision volvería y seguiría el pleito hasta su terminacion.

Como tenia dinero, no le affigia ser condenado; lo único que lo affigia era ser preso, porque una prision afectaría su crédito, precisamente en el momento en que mas necesario le era pasar por hombre intachable.

EL GRAN BANQUERO

Lanza, seguro de la buena marcha de sus asuntos confiados á su mujer, se fué contento á Montevideo, llevando dos mil patacones por lo que pudiera suceder.

El único temor que tenia era aquella famosa deuda del hotel Washington.

Pero qué diablo! aquello se habria olvidado en tanto tiempo, la deuda no tendria ya fuerza jurídica y un arreglo seria cosa fácil, llevando dinero como él llevaba.

Si le cobraban y el cobro podia traerle algun disgusto, transaba y pagaba, si no, se hacia el zozzo y dejaba rodar la bola.

Su mujer lo instruiría de la marcha del pleito, puesto que ella era la que por él firmaria la notificacion peligrosa.

Y así sabria si debia quedarse ó si podria volver.

Los napolitanos que debian declarar estaban perfectamente instruidos, y no necesitaban ya de su presencia.

Lanza no habia querido confiar su viaje ni aun á su abogado, encargando á Luisa se lo dijera solo al dia siguiente.

Luisa, que estaba verdaderamente enamorada de su marido, creia sin la menor dificultad lo que éste queria hacerle creer.

De modo que en su conciencia aquel pleito era una iniquidad miserable de Caprile, que queria vengarse de su Carlo porque éste se habia retirado del escritorio, arrastrando con su prestigio y relaciones la mayor parte de su clientela.

Al principio se habia llenado de terror creyendo que su Carlo podia ser preso.

Pero con lo que éste y el abogado le habian dicho se tranquilizó, sintiendo solo la ausencia de Lanza que le privaba de sus caricias y finezas.

Por lo demás ella se desenvolvía perfectamente; estaba demasiado acostumbrada á manejarse sola en situaciones mas difíciles, para que esto le estrañara ahora que tenia dinero y una posicion respetable é independiente.

Á este respecto Luisa era como un hombre sumamente práctico, no sólo en la vida sino en el comercio.

Desde el primer dia fué grande su quehacer en el escritorio, porque la clientela afflúa allí,

diariamente, y todos iban á hacerse escribir cartas y á remitir dinero.

Ella tomaba sus apuntes, escribía las cartas y recibía el dinero para hacer los giros.

Como estos no apuraban y en nada se perjudicarian con hacerlos una semana antes ó despues, esperó para hacerlos el regreso de Lanza.

Si se decretaba su prision, procedería á hacerlos en el acto, si no, se pondría de lleno á la obra, mientras se trataba el arreglo que Lanza se imaginó desde el primer momento para ese caso.

Lanza tenía tal f6 en el desempeño é inteligencia de Luisa, que el abandono momentáneo de su escritorio no lo preocupó en nada.

Sabia que todo marcharía bien y que cualquier dificultad sería le sería comunicada por telégrafo para que él la resolviera de la misma manera.

Lanza se alojó esta vez en el hotel Oriental, pues era el de mas tono que habia en Montevideo.

Quería vivir como realmente podía vivir un banquero.

No durmiéndose en las pajas podía aprovechar su estadía en Montevideo para buscar clientes.

Y al efecto, se hizo hacer dos mil tarjetas que decían lo siguiente:

Carlo Lanza, banquero, oalle Tacuarí, 81.

Dá giros para todas las capitales y pueblos de Italia.

Y las repartió con una profusion bárbara.

En Montevideo no habia ninguna casa de aquel género y siendo mucha la poblacion italiana, era indudable que algunos marchantes habia de pescar.

Y su cálculo fué exacto, porque con aquellas tarjetas se le presentaron en el hotel varios italianos que venian á Buenos Aires con el objeto de remitir dinero, á quienes dió cartas de recomendacion para Luisa, como quien concede un favor especial.

Lanza habia hecho un profundo estudio de movimientos y frases de importancia, de modo que parecia realmente un gran personaje habituado á tratar á los demás con una superioridad de príncipe.

Y para asegurar mejor su importancia, decía que era hijo, primo ó pariente del duque de Lanza, del ministro Lanza y de mil otros Lanza que enjendraba con aquel único objeto.

Y esto se lo creian por el lujo asombroso en que vivía.

Concurría á todos los paseos en carruaje descubierto, é iba á los teatros tomando los palcos mas espectables para hacerse notar de todos.

Calavera en toda regla, empezó á desquitarse de todo el tiempo que habia vivido en Buenos Aires en el mayor recato.

Habia hecho relacion en el hotel con cuatro jóvenes de vida alegre.

Y con ellos pasaba las noches en claro, entregado á farras descomunales con mujeres de toda especie.

Las cartas de Luisa lo instruian fuertemente de la marcha próspera del escritorio.

Su suegro habia remitido una importante factura, que él dispuso la dejaran en la Aduana hasta su regreso, porque no queria venderla sino personalmente para sacar el mejor partido posible.

Por lo demás estaba tranquilo.

Los del Washington no habian dado señales de vida y con los dos mil patacones que habia llevado tenia como vivir un par de meses á lo príncipe.

En las casas de trueno á quo asistía de noche, se encontraba con la primer juventud de Montevideo, que lo trataban como un gran personaje, deslumbrados de verlo gastar el dinero de aquella manera.

Y era indudable para ellos que Lanza era el personaje que él decía.

Desde que no jugaba, aquel dinero no era ganado al juego y un hombre que podia gastar de aquella manera, debía ser dueño de una renta enorme.

Así Lanza pasaba una vida verdaderamente envidiable, asistiendo á todas las diversiones y á todas las fiestas.

Siempre se le veía rigurosamente vestido y perfumado, afeitado esmeradamente y con sus guantes frescos y recién puestos.

Se habia hecho presentar á las principales casas de comercio italiano, que eran pocas en Montevideo, y habia enviado allí su tarjeta con el camarero del hotel que estaba á su disposicion.

Porque Lanza llevaba su lujo hasta dar de propina al mozo otro tanto de lo que le costaba la pension del hotel.

El calculaba no estar mas que uno ó dos meses en Montevideo, y poco le importaba gastar en ese tiempo los dos mil pesos que habia llevado, con tal de pasar por un gran millonario.

Como se vé, no era la pasion del dinero lo que impulsaba á Lanza en sus trabajos y empresas.

Si él deseaba la fortuna era para gastarla, para pasar una gran vida, no para atesorarla.

Parecia realmente una persona que habia nacido en el lujo y el boato.

Si Lanza hubiese sido uno de tantos tacaños que quieren el dinero para guardarlo y recrearse en su posesion, ya hubiera tenido una buena fortuna, porque en sus calaveradas y en ayudar sus negocios, habia gastado inmensamente.

A los quince dias de estar en Montevideo se habia gastado mas de mil patacones.

En todas las casas de vida alegre donde concurría, era recibido con mil muestras de júbilo, porque siempre iba lleno de obsequios y porque donde él estaba no se hacia sino destapar y vaciar botellas.

Así su presencia era sinónimo de farras y alegría.

Y los mozos alegres que ya habian hecho relacion con él, lo iban á buscar desde temprano: algunos comian en su compañía para salir á parrandear desde temprano.

Lanza se desquitaba así del sosiego en que había vivido y en que tendría que vivir á su vuelta, pues siendo esta ciudad el teatro de sus negocios, no podía mostrarse como un calavera desordenado, porque hubiera sido suicidarse como negociante.

Quién le hubiera confiado negocio alguno viendo la dispacion en que vivía?

Hubieran pensado que se gastaba el dinero que le daban para remitir á Europa; hubieran entrado las desconfianzas y su negocio en vez de prosperar se habría atrasado notablemente.

Lanza, que comprendía que estaba en la época de llegar á la cumbre del crédito, se afanaba por volver á Buenos Aires cuanto antes, y apuraba á Luisa y á su abogado en sus cartas, para que le dijeran si podía volver sin riesgo alguno.

La respuesta ansiada le llegó por fin, proporcionándole un rato de verdadera alegría.

Podía volver á Buenos Aires y ponerse al frente de sus negocios sin el menor riesgo.

El juez no hacía lugar á la prision pedida en carácter de preventiva y aceptaba los testigos ofrecidos por él.

El abogado le aseguraba que entonces el pleito se alargaría indefinidamente, porque antes de fallarse era preciso llenar una infinidad de formalidades y presentar un cúmulo de escritos cuyo despacho requeriría mucho tiempo.

Lanza se preparó á regresar en el acto, porque su presencia en el escritorio era urgente.

Tenía una importante factura en la Aduana, de facilísima realización y era preciso prepararse para el vencimiento del Banco de la Provincia, que sería la base de operaciones importantísimas que lo pondrían en el apogeo de sus negocios.

No era lícito ni propio que un hombre de su importancia se alejara de Montevideo sin hacer un poco de bulla y como cualquier persona vulgar.

Entóncos pensó en un banquete, pero no en un banquete como los que se dan generalmente, sino en un banquete especial y digno de Carlo Lanza.

Y organizó un gran banquete de doce cubiertos, que sería espléndido, porque contrató su costo en seiscientos patacones, es decir, cincuenta patacones el cubierto, lo que garantía su esplendidez.

El banquete fué tratado en el pintoresco hotel de Mr. Beausmont, en el Paso del Molino, hotel campestre que se prestaba magníficamente á sus designios.

No invitaría mas que cinco amigos elegidos entre aquellos con quienes había simpatizado mas y las correspondientes mujeres elegidas tambien entre las mas hermosas de la vida alegre con quienes jaranaban todas las noches.

Se había arreglado al efecto la principal glosieta de los jardines, decorada con gran gusto y profusamente iluminada.

En la cabecera se había colocado un gran letrero que decía: el banquero Carlo Lanza, de Buenos Aires, á sus amigos de Montevideo.

No hay recuerdo en el mundo calavera de aquella juventud tan alegre, de una farrá tan soberbia como aquella.

A la hora fijada todos estaban presentes en el alegre hotel, preparados para la opípara comida.

Al oscurecer se presentó Carlo Lanza vestido de rigurosa etiqueta, y con su habitual alegría y buen humor.

Llegaba acompañado de su pareja, una francesita con quien había trabado relacion desde que llegó.

Se sirvió la comida por mozos vestidos de frac y guante blanco y sin que se pudiera sospechar la menor contrariedad entre los concurrentes.

Y qué contrariedad podía haber entre gente alegre que concurría á una fiesta dada por un buen amigo?

A media comida la alegría era general y estaba en su apogeo.

Había libertad absoluta de conducta y no existía ni la menor sombra de etiqueta.

Los buenos vinos circulaban con verdadera profusion y en mayor cantidad de lo que podían beber.

Lanza hacía los honores con una grandeza de príncipe: parecía que en su vida no había hecho otra cosa.

Rofería mil grandezas de su pasado y prometía que aquello no era mas que el preliminar de lo que haría á su vuelta á Montevideo.

—No he hecho preparar un verdadero banquete, un banquete digno de mis amigos, porque me ha faltado el tiempo material.

Llamado con urgencia á Buenos Aires antes del tiempo que él creía, no había podido pensar en la fiesta que desde un principio proyectó.

Por eso es que les daba aquella simple y miserable comida, ofreciéndoles desde ya una mas digna de aquellos amigos.

Caramba! qué príncipe era aquel para quien tan famoso banquete era una simple comida?

Cómo sería el banquete que había proyectado?

El banquete, que había empezado al oscurecer, se prolongó hasta la una de la madrugada en medio de una alegría creciente y un buen humor imponderable.

Como nadie había pensando en que terminase á aquella hora, la vuelta se hacía difícil.

Pero esto poco suponía, puesto que estaban en un hotel y había alojamiento para todos.

Lanza despachó su carruaje, único que esperaba, mandándole decir que al día siguiente volvería á buscarlo con dos carruages mas, y pidió alojamiento para todos.

La sobremesa, puede decirse, se prolongó toda la noche, porque no hicieron mas que trasladarse al gran comedor del hotel.

Allí se sirvieron ponches, café y chocolate, con profusion, lo que hizo subir la cuenta á doscientos duros mas del presupuesto.

Por la mañana fué necesario que cada uno se retirara á su aposento, porque muchos estaban á caballo de una soberbia mona.

Solo Lanza, con su cabeza privilegiada, se man-

tenia fresco y capaz de volver á beber otro tanto.

A las dos de la tarde del dia siguiente pagó hasta el último centavo de lo que se habia gastado, y pagó adelantado los carruagos que habian de llevar al pueblo á sus amigos.

No se podia proceder con mayor grandeza.

Como á aquella hora sus amigos estaban en lo mejor de su sueño, tuvo que despedirse de ellos por medio de una targeta y regresó á la ciudad, pues á las cinco de la tarde debia embarcarse.

Despues de arregar todas sus cuentas y dar grandes propinas á los mozos que lo habian servido, tomó su pasaje y se embarcó para Buenos Aires.

De sus dos mil pesos apenas le sobraban doscientos, pero dejaba un recuerdo que indudablemente duraria mucho tiempo en la memoria de aquellos traviosos calaveras.

Y él se habia desquitado con intereses y todo de las privaciones que habia tenido y tendria en Buenos Aires.

Ahora era preciso dedicarse al trabajo y trabajar con constancia para asegurar su posicion y su crédito.

Ni un solo centavo de lo gastado le remordia en la conciencia, porque si habia gastado en regla, se habia divertido en regla tambien, sin contar los clientes que habia mandado á Luisa y que alguna operacion habrian hecho.

Al dia siguiente y sacudiendo el recuerdo de sus calaveradas se presentó en su escritorio.

Aunque era muy de madrugada cuando desembarcó, ya encontró su escritorio abierto y Luisa dedicada al trabajo.

—Dios te bendiga, mi querida, le dijo carifiosamente al entrar de sorpresa, nunca me cansaré de bendecir el momento en que te encontré á mi paso y tuve la buena inspiracion de seguirte.

Luisa abrió sus brazos amorosos y recibió en ellos á su marido.

Ya hemos dicho que se hallaba apasionadamente enamorada de él.

Ella, habituada á la vida tranquila y trabajadora de Lanza, no podia sospecharse la vida de derroche tremendo que este habia llevado en Montevideo.

Al contrario, creia que habria vivido oculto y privado de todo por no hacerse ver, puesto que estaba escondido.

Lanza se encontró con que el escritorio habia marchado tan bien como si él no hubiera faltado un solo dia.

Al contrario, habia ventaja en la claridad y precision de los apuntes.

Todo lo que Lanza era ordenado y cuidadoso en el escritorio de Caprile, era descuidado y poco prolijo en el suyo.

Todos los apuntes los llevaba en libretas pequeñas ó en papeles sueltos y hecho de tal modo, que solamente él era capaz de entenderlos.

Luisa habia llevado sus apuntes con tal claridad, que al primer golpe de vista se comprendian sus operaciones, estando allí todo el dinero que habia recibido para giros.

Pasados los primeros momentos de carifio Luisa lo informó detalladamente de la marcha del pleito y el incidente que tanto le habia alarmado.

No habia que temer una prision preventiva, puesto que el juez no habia hecho lugar al pedido, fijándose dia para que se presentaran á declarar los testigos ofrecidos por Lanza, lo que debia efectuarse al siguiente dia.

Ya estos habian sido prevenidos por Luisa, que tenia en su poder la lista con los domicilios.

Pero como era gente torpe y que poco entendia las cosas, no estaba de mas darles otra explicacion, para que no fueran á hacer algun barro.

Así es que Lanza los mandó llamar para el siguiente dia por la mañana, á fin de que no olvidaran ni un detalle de la leccion.

Con esto, segun su abogado, el pleito se enredaria y sabe Dios cuándo vendria á ser fallado.

Todos aquellos testigos, como lo hemos dicho ya, declararían que en tal ó cual fecha, Caprile les habia ofrecido dinero para que declararan que Lanza, estando empleado allí, les habia cobrado una comision de cinco por ciento.

Qué importaba! entonces los testigos de Caprile bajo la sospecha de haber sido comprados con aquel único objeto?

Serian declaraciones que no tendrian valor legal alguno.

Completamente tranquilo por este lado, se entregó á los trabajos del escritorio.

Su correspondencia estaba atrasada y ora preciso recuperar el tiempo perdido.

Así es que apenas almorzó se puso á escribir cartas y á hacer los giros que á ellas debian corresponder.

Habia que retirar las mercaderias de la Adnana y proceder á su venta, para mandar dinero á su suegro apenas este lo solicitara.

Apenas habian transcurrido dos meses del descuento del Bauco y ya tenia en su poder fondos para retirar la letra inglesa.

El habia hecho sus préstamos á sesenta dias y como habian sido hechos á escelentes firmas, no habia tenido el menor tropiezo á su vencimiento.

Y aún le faltaba realizar aquella última factura de su suegro, la más importante de todas.

Aunque él vendia á plazos regulares, tenia la facilidad de descontar los pagarés, de modo que siempre tenia el dinero en la mano, al mismo tiempo que hacia crecer su crédito en los Bancos.

Sus testigos declararon con precision matemática, de modo que su falsedad no pudo ser sospechada.

Y el pleito empezó á dormir el largo sueño de los tribunales, en cuyo tiempo se podia tratar una transaccion con Caprile y quedar en paz.

Entretanto sus negocios crecian y su clientela aumentaba mucho mas de lo que él se habia soñado.

El gran momento de remitir el óbolo de San Pedro llegó y Lanza fué el banquero elegido, como ya se habia resuelto en la Cúria.

El total de aquel óbolo era de treinta mil patacones, que recibí peso sobre peso.

Conforme lo tenía pensado, compré libras esterlinas y las remití en encomienda á los banqueros Parody, haciendo el giro quince días despues, con pretestos perfectamente aceptables, giro del que entregó un duplicado al Arzobispo, para que este lo guardara si queria, ó

lo remitiera él mismo si lo creía conveniente.

Con este negocio, único en el que Lanza perdía realmente dinero, su crédito subía á las nubes ante los banqueros Parody, ante la Cúria que lo veía girar con su sola firma, y sus relaciones comerciales aumentarían de una manera fabulosa también.

SOTANAS SATANICAS

Lanza se puso entonces en relacion directa con media docena de curas de lo mas famoso que habia en Buenos Aires.

Figuraba en primera línea el célebre cura Milito, aquel célebre cura de campaña Vicente de Milito que tanto tema escandaloso dió á la *Matraca*, aquel diarito que tanta bulla metió entónces.

Milito habia abrazado su profesion de cura como quien abraza una profesion sumamente provechosa.

Se habia apoderado de un curato de campaña donde esplotaba á sus fieles valiéndose de las ventajas y pillerías que reveló la *Matraca*.

Allí se apoderó de la fortuna de las hijas del general La Madrid y de otras señoras inocentes á quienes engañaba con su falsa santidad.

En el tiempo que manejó el curato, curato que le hizo perder el proceso que le formó la *Matraca*, Milito se habia hecho de una palomita.

Demasiado vivo para tenerla aquí, y como lo que él buscaba era hacerse de un porvenir en Europa, todo su dinero lo habia remitido á Italia, poco á poco, valiéndose de Carlo Lanza, en quien tenia una confianza absoluta.

Con una viveza extraordinaria, Milito se habia hecho de un gran prestigio en su curato de las Lomas.

Los trabajadores italianos le consultaban sus menores acciones.

Como Carlo lo servia á su entera satisfaccion y no le cobraba comision al principio de sus remesas, él le enviaba recomendados á todos los trabajadores de las Lomas que querian remitir dinero á Europa ó escribir á sus familias.

Y á estos Lanza los apretaba impunemente, cobrándoles comision por otros y por el insignie de Milito.

Cuando este venia á la ciudad por sus asuntos, paraba en casa de Lanza, quien lo trataba á cuerpo de rey.

A la noche le prestaba uno de sus trajes mas paquetes, y diciéndole á Luisa que lo llevaba á

pasear, lo llevaba á sus calaveradas haciéndolo divertir en toda regla.

Las hijas de La Madrid recibían del gobierno una pension por su ilustre padre, pero esta pension era cobrada por Milito, quien, por intermedio de la casa de Lanza la remitía íntegramente á Europa, con lo que él llamaba sus economías, que no eran otra cosa que las limosnas hechas á la iglesia y el producto de las misas y funerales que los creyentes le encargaban.

Este era el gran Vicente de Milito, jefe de los curas amigos de Lanza y cooperadores á su negocio.

De Milito lo habia puesto en contacto con unos cuantos frailes de su pelaje y mafias, con los que debia hacer buen negocio, pues ellos conocerian una buena cantidad de trabajadores, sobre los que tenian influencia bastante para convertirlos en clientes de Lanza.

Estos ilustres eran un tal Ciro Verrato, cachafaz de primera fuerza, fraile rechoncho y vigoroso y un Giovanni Emeo, cura de Monserrat, algo vegete, tan rechoncho y bien mantenido como Verrato y que tenia gran influencia en los italianos que vivían en aquella parroquia, á quienes en el acto hizo clientes de Lanza.

Este honorable terceto habia hecho con Lanza una liga asombrosa.

Con él paseaban de noche, disfrazados de ciudadanos, con él dormían y con él comían.

Cuando Milito y Verrato venían á la ciudad, paraban en casa de Lanza y allí le armaba cama en su mismo escritorio.

Estos tres curas eran ricos, aunque aparentaban una pobreza estrema.

Cuanto dinero les caía á tiro de garrita, lo remitían á Europa por intermedio de Lanza, que no les cobraba comision.

Qué mas comision que la gran clientela que le traían y á la que él le sacaba el jugo?

A estos frailes los hubieran podido registrar en regla sin encontrarles cuatro reales.

Vivos y negociantes, cuando se les presentaba un buen negocio, no por eso lo perdían.

Ahí estaba Lanza que les prestaba sin reparo y sin interés, cualquier suma que hubieran necesitado.

Y cuando el negocio era muy grande y necesitaban mucho dinero, entonces veían á Lanza como sócio y hacían entre ambos la especulación.

Un préstamo usurario sobre hipoteca, dando la tercera parte de lo que la finca valía y á corto plazo, quedándose con la finca si al vencimiento no devolvían el dinero, era el negocio predilecto de aquellos tres cachafaces.

Así el escritorio de Lanza había tomado un crédito tan grande y un impulso tal, que no daba abasto él para atenderlo, necesitando un dependiente de confianza.

El local era ya pequeño también, necesitaba mas espacio para independizar el escritorio de su casa de familia, y necesitaba también arrear algunas piezas para alojar á sus amigos los frailes, que poco á poco se iban multiplicando á su lado.

El vencimiento del Banco de la Provincia llegó por fin, pero Lanza que se venía preparando á él desde el primer día que recibió el dinero, se encontró con mas de lo que necesitaba para cubrirlo.

A mas del dinero que le habían entregado para remitir á Europa y que él había girado sobre su depósito, tenía los diez mil patacones que había negociado á soberbios intereses y los pagará, producto de las mercaderías de su suegro, que había prestado á intereses magníficos y usurarios.

Su vencimiento lo agarró así con el doble de los fondos que necesitaba.

Así es que no solo quedó levantado íntegramente, sino que le sobraban mas de diez mil duros, sonantes y listos para cualquier negocio.

Esto, fuera de los préstamos que había hecho y que aún no se habían vencido.

El mismo Lanza que veía crecer diariamente sus negocios y que se había habituado á verlos aumentar, estaba asombrado de la fortuna que iba formando insensiblemente.

Y sin que esto pudiera importarle el menor atraso, remitió á su suegro un giro de seis mil patacones que podría cobrar á la vista.

Al mismo tiempo escribía á los banqueros Parody diciéndoles que les remitiría mas fondos y que le avisaran siempre, para prever cualquier olvido, cuando sus fondos estuvieran por agotarse.

Ya el óbolo de San Pedro debía haber sido pagado, no tardando en recibir el aviso correspondiente, aviso que deseaba ardientemente, porque él tranquilizaría por completo á la gente de la Cúria, si es que alguna zozobra podían abrigar.

Su crédito en el Banco de la Provincia, con la operación realizada, quedaría inconvencible, pudiendo pedir un nuevo giro el día que lo necesitara.

Pero Lanza no debía esperar á tener necesidad.

Como todo su plan era hacerse de un crédito en ese establecimiento, debía pedir pronto otro descuento que emplearía en sus giros y préstamos, para estar siempre pronto á levantarlo á su vencimiento.

Los pagarés que le daban en pagos de mercaderías los descontaba en diversos Bancos, pero aquellos suscritos por las mejores firmas, los llevaba siempre al Banco de la Provincia, para aumentar su crédito.

Aquí fué donde Carlo Lanza empezó á echar de menos un dependiente activo y de conocimientos comerciales.

Sus libros, dada la importancia de sus negocios, eran sumamente defectuosos y él no podía llevarlos mejor.

Necesitaba un dependiente práctico y de la mejor confianza, pero no quería tomarlo aquí por muchas razones.

Quería un dependiente que no tuviera relaciones en el país para que no pudiera comunicarse con nadie ni imponer de sus asuntos á los demás.

Lo mejor era hacerlo venir de Europa directamente y esto le sería muy fácil por intermedio de su suegro.

Firme en este propósito, escribió á don Luis indicándole las condiciones del dependiente que necesitaba, y pidiéndole que le remitiera al joven que las tuviera y quisiera venir á América á hacerse de un porvenir seguro.

Entretanto seguiría manejándose como hasta entonces, ayudado por Luisa que se había hecho sumamente práctica y cuidadosa.

Cuando Lanza tenía que salir, era ella la que atendía al escritorio, habiéndose ya habituado á su manejo la mayoría de los clientes.

El aviso de haberse pagado el óbolo de San Pedro vino con sus correspondientes comprobantes, y Lanza mismo lo llevó á la Cúria dándose un bombo famoso y declarándose feliz de haberlos servido sin compensación alguna.

El Arzobispo tenía entonces varios pensionistas que se educaban en el Seminario Pío Americano, y como era natural, Lanza fué encargado de cubrir aquellas pensiones y atender en un todo á los pichones de cura que allí hacían su aprendizaje.

Como aquel no era óbolo ni cosa de limosna, Lanza mordía su comisión, comisión que redujo á la mitad de lo que antes pagaban al otro banquero.

Con esto solo ya Lanza quedaba acreditado como banquero oficial de la Cúria y estaba seguro que esta no haría ningún negocio sino por su intermedio.

En quién podían tener mayor confianza que en él mismo? á quién podían acudir con mayor franqueza, desde que él había ofrecido adelantarles cualquier suma en el caso de que la hubieran necesitado?

Su plóito con Caprile dormía el sueño de los tribunales, mas tranquilo que el de los justos, y no tenía por qué agitarse á este respecto; un fallo era un asunto larguísimo.

El principal negocio donde había puesto toda

su atención y esmero por la importancia que tenía y que había realizado con toda felicidad era el negocio con el Banco de la Provincia.

Teniendo crédito en el Banco, estaba seguro de poder atender á cualquier negocio bueno que se le presentara y á cualquier compromiso, aun un fallo desfavorable en su pleito con Caprile.

Todos sus demás asuntos estaban perfectamente bien arrojados y seguros.

Su crédito con su suegro había aumentado enormemente, y por este lado tenía el envío seguro de las mercaderías.

Con los banqueros Parody su crédito estaba bien colocado, por las grandes sumas que contra ellos había jirado siempre á cubierto.

Y en todos los Bancos de Buenos Aires era ventajosamente conocido, gozando de gran crédito en el de la Provincia, que sería en adelante el eje donde girarían todos sus negocios.

Porque Lanza ya pensaba en grandes especulaciones, no contento con las cuantiosas utilidades que le dejaban sus giros.

En su vida exterior Lanza aparentaba vivir con economía, porque no quería que sus clientes lo tuvieran por un derrochador.

Pero en el interior de su casa Lanza vivía ríspidamente y de comilona diaria.

Los buenos vinos que le consignaba su suegro, los consignaba él á su vez á su estómago, y en su mesa figuraban los mas famosos platos de la cocina italiana.

La vida pasaba para Luisa en medio de una felicidad eterna.

Lanza le regalaba joyas, ya no trabajaba como antes, porque no lo necesitaba y disponía de cuanto dinero podía necesitar.

Esta felicidad continuaba la había hecho engrosar y crecer en hermosura.

Amaba á Lanza cada vez mas, no cansándose de bendecir el momento en que lo había conocido.

Los estimables de Milito, Verrato y Emeo, le habían hecho contraer estrecha amistad con otros santos varones no menos famosos que ellos.

Estos eran Wenceslao Paniere, Luigi Ericco, Francesco Frugughietto, Vicente Pecorone y Geremia Paoli, almas benditas de que se rodeaba Lanza y que lo ayudaban en todos sus negocios mandándole clientes.

Oh! Geremias, el gran Geremias era la personalidad formidable de aquella sociedad única.

Era un curita napolitano de unos veintiocho años, alto y esbelto y cuyas acentuadas facciones no podían ser mas atrayentes.

Geremias poseía un arte especial para llorar miserias y sacar dinero de los demás, arte supremo que había llevado hasta llamarse Geremias.

Geremias se había confeccionado una lista de las familias mas ricas y religiosas, y á ellas acudía en busca de limosnas.

Y se revestía de un exterior tan santo, daba á su fisonomía tal expresión de bondad y miseria, que todas las familias le daban dinero en menor ó mayor cantidad.

Así es que raro era el mes en que Geremias no juntaba sus cuatros ó cinco mil pesos.

Era asombroso el arte que poseía para pedir!

El imprimía á su voz un acento lloroso y lastimero que inspiraba compasión.

Miraba con una expresión hambrienta admirablemente inímitada y vistiendo con una pobreza estremada, completaba su aspecto necesario para hacer abrir la bolsa mas rebelde.

Por la mañana temprano, ya Geremias se había leído todos los diarios.

De ellos tomaba una prolíja lista de todos los funerales y cabos de año donde se ofrecía el estipendio de costumbre, y se echaba á la calle recorriendo todos los templos con paso gimnástico.

Lo malo es que todos los funerales se celebraban mas ó menos á la misma hora, y por mas que se apuraba no podía asistir mas que á dos ó tres, cuando él hubiera querido asistir á los seis ú ocho que había apuntado en su cartera.

Y sus compañeros no le sentían mas que este interminable lamento:

—Dio birbone! los funerales deberían celebrarse á toda hora del día y de la noche; así un cura honesto podría reunir por lo menos unos quinientos pesos al día.

Lo cierto es que entre sus limosnas y sus funerales con estipendio, no había mas que le bajara de sus siete mil morrados pesos, cuya mitad ó dos terceras partes remitía á Italia en depósito por intermedio de Lanza.

Cuando Geremias abandonaba su aire plañidero de limosnear era otra persona diametralmente distinta.

Era un hombre jovial, sumamente alegre y ocurrente, que hacia las mas picantes farsas de las mismas señoras que le habían dado dinero aquel día.

Su mirada brillaba animada por una travesura infinita, y el mismo Lanza, en medio de sus risas, tuvo que llamarlo al órden una vez que se permitió tomarse ciertas confianzas con su Luisa.

De noche, Geremias, al abandonar su aire de tal, abandonaba tambien su sotana raída y su manteo color raton de puro viejo.

Y se transformaba en un jóven elegantísimo y vestido con riqueza.

Bajo su traje negro, correcto y elegantemente llevado, bajo la rizada peluquita que ocultaba su cerquillo y el ligero bigote postizo con que sombreaba su labio, nadie hubiera sospechado en él al plañidero y pediguño Geremias Paoli.

Y con aquel traje paquete y perfumado como la mujer mas coqueta, se soltaba á sus aventuras amorosas entre las mujeres de vida libre en quienes hacia una roncha estúpida.

Sus otros compañeros le tenían una envidia de todos los diablos, porque tanto en el arte de pedir como en el de enamorar, Geremias los derrotaba en un segundo.

Paniere era el único que podía competir con él en aventuras amorosas; pero así mismo Paniere no se atrevía á llevarlo á casa de ciertas

muchachos que él visitaba, porque ya sabia que Geremias concluiría por vencerlo ruidosamente.

—Lo único que á mí me falta para llegar al pináculo de la felicidad y la fortuna, decia, es un curato de campaña.

Dio ladro! el dia que yo pudiera agarrar un curato como el que tiene este diablo de Milito, no le tendria envidia al mismo Arzobispo.

—Y crees acaso que Milito se mama el dedo? le preguntaban.

—Ya sé que no se lo mama, respondia, pero Milito no es Geremias y si sin curato hago lo que hago, calculen lo que yo haria al frente de un curato.

El pueblo ó la parroquia me pertenecian por completo.

Nadie tendria mas autoridad que yo, y entonces si que haríamos negocios.

Y en realidad, si sin posicion eclesiástica alguna se chupaba tan buena renta, al frente del curato no solo hubiera hecho una fortuna mas grande que la de Milito, sino que se hubiera hecho una posicion social estimable.

Por lo pronto, de Milito era el que mas ayudaba á Carlo Lanza en cuanto á clientela buena y estable.

Porque él le mandaba todos aquellos italianos que iban haciendo fortuna, no solo para que enviasen su dinero por intermedio suyo, sino para que les hiciera venir sus familias, que era donde Lanza mordía mas comision, pues él se encargaba de proporcionarles en Europa cuanto pudieran necesitar, y corria con su viaje hasta desembarcarlos en Buenos Aires y remitirlas á la misma casa del cliente.

Lanza, cuya imaginacion no reposaba un momento, pensaba en otros negocios que podian dejarle un inmenso provecho.

La rueda de la Bolsa no lo atraía con sus grandes especulaciones vidriosas, sino que en ellas se espondria á quedarse en la calle, si su cálculo salia equivocado.

El prefería aquellos negocios donde la utilidad era segura y cuantiosa.

Su sueño dorado era ponerse en combinacion con alguna gran fábrica de paños, para enviar él la lana por su cuenta y recibir tambien por su cuenta los paños y casimires.

En cuanto tuviese el dependiente que deseaba, un dependiente capaz de darle descanso, él pensaria en todos esos negocios y emprenderia aquel cuyo resultado fuera mas morrudo.

Su Banco iba creciendo de entre las manos de una manera fabulosa.

Aquellos diablos de curitas amigos no solo le proporcionaban clientes para remitir dinero, sino con quienes realizar aquellos préstamos necesarios que tan famosa utilidad dejaban.

Para mantener siempre latente el crédito de su casa, habia pedido otra vez dinero al Banco de la Provincia, descontando una letra por seiscientos mil pesos con suma facilidad, por los antecedentes que allí se tenían.

Estos seiscientos mil pesos no tenían otro objeto que mantener vivo su crédito en aquel

establecimiento, y dejar otro antecedente soberbio levantándolo íntegro á su vencimiento.

De esta manera su crédito quedaba asegurado para el momento en que hubiera tenido verdadera necesidad y apuro.

El tenia en giro entre los diversos Bancos y en el de Parody unos tres millones de pesos, sin contar el dinero empleado en préstamos particulares, que era el que mas reñitaba para él.

Y ganaba tanto, que vivía espléndidamente en lo que son placeres de mesa, y tenia unos diez mil patacones suyos.

La amistad con los curas que hemos enumerado y la seguridad de su posición y su fortuna, lo habian empezado á sacar do quicio, haciéndolo un tanto cuanto calavera.

Al principio él se iba á ciertas casas no muy católicas, por llevar á Geremias y demás compañeros.

Pero despues no solo se dejaba arrastrar por ellos sin necesidad, sino que hasta se iba solo, para satisfacer sus tendencias y aficiones.

Su naturaleza de calavera no la podia modificar á voluntad, porque ella era superior á todo propósito.

Habia hecho una vida tranquila y aparente, porque esto era necesario para asegurar su porvenir en sus negocios y en el amor de Luisa.

Pero esto seguro y una vez puesto en la corriente, ni el diablo lo sugataba.

Como los curas lo ayudaban, siempre encontraba un pretexto razonable para faltar de su casa de noche.

Unas veces era un amigo enfermo y en peligro de muerte, á quien era necesario velar.

Otras veces la realizacion de un gran negocio que era necesario discutirlo mucho, y otras veces una conferencia con el Arzobispo sobre remision del nuevo óbolo de San Pedro.

Pretexto decente nunca le faltaba, así es que podia pasarse la mayor parte de las noches entregado á sus grandes calaveradas, mientras Luisa lo creía entregado á sus mas famosos negocios ó al cuidado de tal ó cual amigo enfermo de mortal gravedad.

Por lo mismo que andaba en sus truhanerías y calaveradas, siempre trataba de ser con Luisa mas cariñoso que nunca, para que esta no pudiera apercebirse de nada.

Así es que Luisa veía siempre crecer el amor de Lanza y nunca se le ocurrió que este anduviera entretenido con otras mujeres.

Luego, como siempre lo veía en compañía de sacerdotes y aunque no se fiaba mucho de Geremias, no podia pensar nada malo.

El viejo Emeo le parecia un varon irreprochable y pensaba que mientras anduviera con él Lanza no estaria espuesto á ninguna mala tentacion.

Es que delante de ella los tales sacerdotes no hablaban sinó de cosas piadosas y santas, poniendo ejemplos de honradez y de virtuosa conducta.

El viejo Emeo sobre todo, no hablaba sinó en un lenguaje santo y digno.

Y Lanza le decia siempre:

La mitad del éxito en nuestros negocios, Luisa mia, se lo debemos á estos santos sacerdotes, que tanto nos han protegido.

Ese anciano Ermo es un santo que no piensa sinó en hacernos bien, trata entonces de obsequiarlo de manera que esté contento y no pueda tildarnos de ingratos.

Así, aquellos sátrapas eran tratados por Luisa á cuerpo de rey, al estremo que ella misma se metía en la cocina para hacerles dulces y cremas, á lo que eran aficionadosísimos.

Sin embargo de estas recomendaciones, á Geremías y á Mílito, Lanza no los perdía de vista, porque no tenía en ellos un átomo de confianza á ningun respecto.

Sabía que eran unos descreídos en toda regla y sumamente susceptibles de ser tentados por el diablo.

Disimulaba su desconfianza admirablemente,

pero tenía muy buen cuidado de no dejar que estuvieran solos con Luisa, porque á Geremías sobre todo, lo creía capaz hasta de ponerlo mal con su muger.

Felizmente Luisa tenía una gran aversión por Geremías, aversión que le costaba mucho disimular y que disimulaba creyendo complacer á Lanza.

Pero ella misma solía decirle:

—Todo lo que me gusta el viejo Ermo, me disgusta este Geremías; me parece que es un hombre que no tiene respeto por nada ni por nadie.

Pero Lanza, que lucraba con Geremías, trataba de hacerlo soportable á los ojos de Luisa, sin destruir por completo la desconfianza que ella le tenía.

Esa desconfianza era para él una seguridad de que el amigo Geremías no se metería en palabras mayores sin que él lo supiera.

UN DEPENDIENTE MODELO

El viejo Maggi, cuando recibió la carta de su yerno pidiéndole dependiente, se puso á buscárselo con todo empeño.

Pero no era muy fácil encontrarlo en las condiciones que Lanza se lo pedía, ni de manera que él pudiera recomendárselo en absoluto como él deseaba.

Quería remitirle un jóven que fuera de su absoluta confianza, pero que llevara al mismo tiempo todas las condiciones exigidas por su yerno.

Contestó á éste manifestándole la dificultad en que se hallaba, pero al mismo tiempo le decía que tuviera paciencia, que en cuanto lo encontrara se lo remitiría.

El viejo tenía en su casa el dependiente que Lanza necesitaba, pero su amor por su yerno no llegaba hasta desprenderse de su mejor dependiente.

Este era un jóven Dolcetti, inteligentísimo en las cosas de comercio y de una confianza ilimitada.

Dolcetti era un jóven de educacion correcta en el comercio, sumamente íntegro y laborioso como pocos.

Era hijo de un médico que había querido darle su carrera, pero el jóven había preferido siempre el comercio, y en vez de los estudios que su padre le proponía, estudió la teneduría de libros y entró á la casa del viejo Maggi, cuando éste, por la ida de Luisa á América se había quedado sin su mejor dependiente.

Con su carácter afable y jovial y su conducta irreprochable, Dolcetti bien pronto ganó por completo la confianza del viejo Maggi, que le entregó en absoluto la teneduría de sus libros.

Ya hemos dicho que el viejo Maggi era un avaro de primera fuerza.

No permitía que se desperdiciara ni un pedacito de papel de envolver.

Y Dolcetti que sabía esto, no solo juntaba los papeles, sinó que ni siquiera se permitía tirar un fósforo servible.

—Tú harás fortuna, le decía el viejo complacido de verlo tan económico: tú harás fortuna y tendrás un buen porvenir.

Por ahí empezó yo y ya véis que no me ha ido tan mal.

Dolcetti seguía todas las manías del viejo complaciéndolo en un todo, pues comprendía que era á su lado donde estaba su porvenir.

A una persona que se dedica al comercio, no le conviene andar cambiando de casa, así es que el jóven se había hecho el propósito de no separarse de Maggi, cualquiera que fuesen sus manías, que se había propuesto soportar y sobre llevar buenamente.

Maggi, contento con un dependiente de aquellas condiciones, no solo no pensó en proponerle el cambio, sinó que ni siquiera le dijo una palabra del encargo de Lanza, resolviéndose á no enviar nada á su yerno, hasta que no encontrara un jóven tal cual deseaba Lanza á quien

poderlo recomendar como persona de honradez y de confianza.

Pero como era natural, Dolcetti depositó rito de la confianza de Maggi y de su correspondencia, desde que era él quien le contestaba, se impuso de la carta de Lanza.

Y desde que la leyó le entró un invencible deseo de irse á América.

Pero cómo lograr que Maggi le diera su consentimiento?

Sin él no había que pensar en el viaje, puesto que Lanza exigiría una recomendación de su suegro, no recibiendo al que no se la llevara.

Y entonces se esponía á hacer un viaje para tener que regresar en seguida, puesto que él no conocía á nadie en Buenos Aires y ninguna casa de comercio lo recibiría sin recomendación.

No había mas remedio sino interesar en la cosa al viejo Maggi y arrancarle su consentimiento y por consiguiente su recomendación.

Desde que leyó la carta ya el joven no tuvo un momento de reposo.

Su deseo de venir á América crecía por momentos, como era natural, y daba vuelta en su imaginación soñadora á las mil ideas que se le ocurrían para arrancar á Maggi su consentimiento.

Como de esto dependía todo, no había aún querido comunicar su decisión á sus padres, esperando para ello estar seguro del viaje.

Su buena madre que lo quería entrañablemente iba á tener en ello un disgusto.

Y para qué dársele si aún no sabía si Maggi estaría conforme?

Para un joven como Dolcetti, la América despertaba mil ideas de riqueza y de felicidad.

Tanto se decía allí de este mundo virgen donde se hallaban todas las felicidades de la tierra! Su ambición era tal que ni siquiera dormía por pensar en su proyectado viaje.

Por fin se resolvió, puesto que ello era necesario y aborció á Maggi.

—He leído la carta del señor Lanza, dijo, y me ha tentado á apresurar el viaje que ya tenia proyectado.

Esta colocación con su yerno me es muy ventajosa y yéndome con él no solo no salgo de la familia sino que puede decirse que no salgo tampoco de la casa, puesto que usted tiene negocios cada vez mas fuertes en Buenos Aires.

El pobre viejo se quiso caer de espaldas ante la idea del joven.

Estaba de Dios que la dichosa América había de arrobatarle sus mejores dependientes!

—Pero esto es una locura, le dijo, tratando de disuadirlo: tu porvenir está aquí á mi lado.

Eres muy joven aún para irte á un viaje lleno de peligros y fatigas, de dependiente de una casa que, aunque fuerte y próspera, no puedo ofrecerte el mismo porvenir y las mismas ventajas que hallarás á mi lado.

Yo te conozco y te sé valorar; por eso puedo hacer justicia á tus aptitudes mejor que nadie.

Déjate pues de bromas y de América y no te separes de mí.

Pero el joven por las mismas dificultades que

se le oponían, estaba mas desecoso y resuelto que nunca á emprender su viaje.

—Yo siento mucho dejarlo, repuso, pero tengo el firme propósito de irme.

Preferiría como es natural irme con su yerno, no solo por el parentesco, sino por los negocios que mantiene con usted.

Si usted me quiere recomendar á él, se lo agradeceré profundamente, porque con ello me hace un servicio verdadero.

Pero de todos modos yo me voy á América, tengo el propósito de irme y es inútil tentar de disuadirme.

—Pero hombre, espérate un año por lo menos, yo te daré mayores ventajas que las que has tenido hasta ahora.

Así cuando te vayas, puedes irte con algun dinero que hasta te permita hacer algun negocio por tu cuenta.

Pero Dolcetti insistió, insistió en su viaje inmediato y en solicitar la recomendación para Lanza.

—Bueno, concluyó Maggi, vamos á transar, medita bien lo que vas á hacer, consúltalo con tus padres y mañana hablaremos.

Maggi tenía esperanza en que los padres del joven se opusieran al viaje y entonces todo quedaba salvado.

Conforme con esto que en nada le perjudicaba, pues el vapor que salía para Buenos Aires, anunciaba su viaje para dentro de cinco dias.

Dolcetti se retiró aquel dia del escritorio, sumamente contento.

Tenia la conciencia, por el modo con que le había hablado Maggi, que aquel era un asunto completamente ganado para él.

Aquella noche misma requirió el consentimiento de sus padres, pintándoles con fabuloso entusiasmo las ventajas que debía reportar de aquel viaje, desde que iba á una colocación segura y llena de porvenir.

Nadie mas competente que él para juzgar la importancia de la casa de Lanza, que era nada menos que el Banco por donde se había girado el óbolo de San Pedro y por donde se remitía la pensión á los jóvenes del Seminario Pio Latino.

—Es un hombre que gira con su firma cuantos miles de patacones quiere y á quien el Banco Parody hace los debidos honores.

Puesto que aquello importaba un buen porvenir para su hijo, el doctor Dolcetti no puso mayor inconveniente.

Pero no sucedió lo mismo con la madre, para quien su inmenso y maternal cariño estaba arriba de toda otra consideración.

Las madres son así, obedecen á su impresion amorosa antes que todo, y no hay conveniencia en el mundo que les haga consentir en la separación del hijo querido.

—Aquí no te falta nada, tienes tan buen porvenir como en cualquier otra parte y si estás empleado es porque quieres y no porque lo necesitas ¿á qué te vas á ir tan lejos entonces?

En vano el joven hacia todas las reflexiones posibles.

En aquel primer momento la buena madre no queria dar su consentimiento.

Lo lejano del viaje la aterraba y hasta creia que no volveria á ver mas á su hijo querido.

La empresa era difícil pero no imposible.

—Yo tomaré informes de Maggi sobre Lanza, dijo por fin el doctor Dolcetti, y si ellos son buenos no ha de haber mayor dificultad.

Teniendo de su lado al padre, tenia la media arroba de su parte y ayudado por él es claro que la madre concluiria por consentir, aunque á disgusto.

Y como el jóven tenia plena seguridad en los informes que daría Maggi, dió su viaje por hecho y empezó á arreglar sus cosas para la próxima partida.

Así es que cuando tuviera el general consentimiento, todo lo tendria arreglado y no habria necesidad de postergar su viaje por falta de arreglos.

Todo lo tendria así listo para el dia de la salida del vapor.

Sabiendo el doctor Dolcetti que Lanza era un gran personaje y que su casa era un Banco, segun se lo manifestó el viejo Maggi, miró con cierto placer aquel viaje que engendraba para su hijo un porvenir brillante.

Los hombres honrados hacen fortuna en cualquier parte de la tierra.

Ahora, protegido y en un país virgen como la América, donde tanto bruto habia hecho fortuna ¿como no habia de hacerla su hijo que era un jóven despejado é inteligente en el comercio?

El viaje era largo, pero no revestia ningun peligro en la navegacion, así es que Dolcetti, sintiendo la separacion de su hijo, como era natural, pero consultando las conveniencias del jóven, empezó á interceder con su esposa para que esta diera al jóven su permiso, sin el cual este no habria salido de Italia, á pesar de su inmenso deseo.

Trabajada por los ruegos del hijo y las justas reflexiones del marido, la buena señora empezó á conformarse poco á poco, hasta que al fin y no sin derramar abundantes lágrimas, consintió en el ansiado viaje.

El viejo Maggi, cuya única esperanza de conservar al jóven á su lado era la negativa de la madre, una vez que esta cedió no tuvo mas remedio que ceder tambien y darle para su yerno las necesarias recomendaciones.

Fué aquella la única carta que escribió Maggi de su puño y letra, pues siempre era Dolcetti quien hacia la correspondencia, no teniendo él mas que firmarla.

En aquella carta hacia el elogio mas cumplido de su dependiente, asegurando á su yerno que podia depositar en el jóven la mayor suma de confianza, en la seguridad que nadie velaria con mas interés por sus negocios.

Es un dependiente que reúne mayor número de condiciones que las que usted pide, terminaba, y del que me desprendo con verdadero pesar, cediendo á su deseo de ir á América.

Era aquella una recomendacion en toda regla, que podia servirle no sólo para Lanza sino

para el comerciante mas exigente, que conociera la integridad del viejo Maggi.

Dolcetti andaba loco de alegría con aquel viaje que se habia hecho para él el colmo de toda felicidad.

Jóven alegre y generoso, que jamás se habia preocupado en guardar dinero, sus finanzas andaban con el dia.

Pero esto debia importarle bien poco, puesto que desde que llegara á Buenos Aires empezaria á ganar sueldo.

Lo que era para gastos de viaje y un imprevisible, ahí estaban sus buenos padres que no se lo dejarían faltar.

El que tiene una madre amorosa, puede decir que tiene quien prevea y provea á todas sus necesidades, y esto es lo que sucedia á Dolcetti.

Desde el primer momento en que se trató del viaje, y aun antes que se resolviera á dejarlo ir, ya la buena madre habia dado revista á sus economías y puesto á un lado todo el dinero que habia podido reunir.

Así es que sin saberlo, Dolcetti se encontró con una suma de francos inesperada.

El avaro Maggi hizo á su vez una pequeña demostracion de aprecio al jóven, traducida en francos, que le vinieron de perilla.

Nunca pensó hacer el viaje con tanto dinero, al que poco apego tenia por otra parte, puesto que se embarcaba ganando ya sueldo, puede decirse.

El tiempo pasaba para él con una lentitud tremenda.

Nunca los dias y las noches le habian parecido tan largos.

Le parecia que el dia de la partida no llegaba nunca y se consolaba yendo á la agencia del vapor á preguntar si siempre salia el dia fijado.

Y ante la respuesta afirmativa se frotaba las manos espresando así la gran felicidad que experimentaba.

No vivia sino soñando en la América y en su porvenir lleno de felicidades y riquezas, no porque fuera ambicioso, sino porque la América y la fortuna parecian dos cosas que se hermanaban perfectamente, que no podia existir la América sin la fortuna.

Esta general creencia es lo que ha traído á nuestras playas tantos cientos de miles de inmigrantes.

El dia de la partida fué para Dolcetti un dia de felicidad inmensa.

El dia anterior habia hecho en su casa una pequeña fiesta de familia, á la que habian asistido sus relaciones mas íntimas.

Era una fiesta de despedida, donde á cada momento se mezclaban las risas de la mas franca alegría con las lágrimas que siempre arranca una despedida, por mas risueños y felices que sean los motivos que llevan al viajero.

La buena madre, sobre todo, á cada momento se le vela secar sus lágrimas para dar paso á una plácida sonrisa ó apagar ésta para secar sus lágrimas.

Desde aquel momento, puede decirse que Dolcetti no vivió sino para pensar en su viaje.

Se había trasportado á la América con el pensamiento, y ya creía adivinar el aspecto y contorno de las ciudades.

Creía hasta ver sus habitantes indígenas, y ya se imaginaba mil aventuras á cuál mas peregrina y fantástica.

Sus amigos le daban mil bromas, diciéndole que se iba á casar con una india y que ésta al verlo tan bonito y tan gordito se lo iba á almorzar en milanesas una mañana.

Con este motivo se armaban mil jaranas y chacotas.

Dolcetti no tenía veinte años y poseía un semblante bello y apacible que se prestaba á las mil bromas que le daban sus amigos.

El momento de la partida llegó por fin y Dolcetti se embarcó acompañado de todos sus amigos y parientes, que no cesaban un momento de dirigirle sus mas alegres bromas.

Un solo sentimiento tenía el jóven, y éste era el pesar en que había dejado sumida á su buena madre.

Pero cuando se tienen veinte años bien pronto se olvidan los pesares y Dolcetti no pensó mas que en su América, una vez que el gran vapor levó sus pesadas anclas y se puso en marcha.

El viaje no podía ser mas feliz.

El tiempo era bello y sereno y venían á bordo una buena cantidad de viajeros, todos alegres y casi todos mecidos por las mismas ilusiones.

Venían algunos pasajeros que ya conocían la América y un argentino que regresaba de un viaje de placer.

Como á Lanza y á todo jóven que viene por primera vez sin tener una idea de la América, estos pasajeros se entretenían en contar á Dolcetti todo género de macanas que lo dejaban maravillado.

Se le decía que los indios se paseaban en las calles de Buenos Aires y que las indias, que eran muy enamoradas se volvían locas por los europeos como él, jóvenes y buenos mozos.

— Un jóven milanés, mas ó menos de su edad, le decían, que fué á Buenos Aires, inspiró tal amor á una india que ésta se lo robó y se lo llevó á la Pampa, donde lo hizo su marido y uno de los reyes mas poderosos.

El jóven, que no se mamaba el dedo, y que alguna idea tenía de la América, comprendía que todo aquello era una farsa, pero como el argentino corroboraba todas estas afirmaciones, alguna duda quedaba siempre en su espíritu, provocando la risa de sus compañeros de viaje con sus preguntas inocentes y sencillas.

Al fin comprendió el jóven que todo aquello no era mas que una pura broma y chacota, que contribuyó él á avivar con mil preguntas piean-

tes é intencionadas, que provocaban la hilaridad de los demás.

El jóven no era tan inocente como se lo habían imaginado y devolvía traviesamente las bromas que le daban.

No podía darse un viaje mas alegre y tranquilo.

Los dias se sucedían unos á los otros sin sentirse, porque la alegría y la jarana no decían un momento.

El tiempo se mantenía bello y el humor de todos en el mismo temple risueño.

Dolcetti no quiso bajar en ninguno de los puertos que tocaron, ni aun en Montevideo, donde tenía tiempo de conocer la ciudad y tomar por ella una idea de lo que sería Buenos Aires.

En Montevideo tuvieron una mala noticia, que apagó por un momento la alegría que habían conservado hasta allí.

En la República Argentina había estallado una revolucion que había paralizado todos los negocios y puesto al país en un verdadero conflicto.

Los hombres que venían por sus negocios, recibieron con esta noticia un verdadero pesar, quedándose muchos en Montevideo hasta saber lo que hubiera de cierto en aquellas noticias que venían á hacer un verdadero descalabro en sus negocios.

Dolcetti no creyó que debía preocuparse por estas noticias.

El venía directamente empleado en una fuerte casa y por consiguiente con su bienestar asegurado.

Estrangero, nada tenía que hacer en las cosas del país y por consiguiente nada tenía que temer ni de que preocuparse.

No quiso pues bajar á Montevideo á inquirir noticias que no le interesaban, y se decidió á no bajar sino en Buenos Aires, punto de su destino.

Allí Carlo Lanza lo instruiría de lo que pasaba y le daría la regla de conducta que debía seguir.

El capitán del buque conocía de nombre la casa del banquero Lanza y había aprobado en un todo su manera de proceder.

— Esto será perjudicial para los que tienen que hacer negocios, por la paralización comercial que traen estos asuntos, pero como á usted no lo trae ningún negocio sino una buena colocación asegurada ya, nada tiene que temer, además de que estas cosas pasan pronto en América, sin dejar de ellas el menor rastro.

Con este modo de pensar del capitán, Dolcetti quedó perfectamente tranquilo respecto á su porvenir y á la tranquilidad personal durante la revolucion.

MALA TOS SE SIENTE AL GATO

Cuando llegaron á Buenos Aires, pudieron conocerse que las noticias que les habian dado en Montevideo eran exactas.

En Buenos Aires acababa de estallar la revolucion de 1874.

Como si el pueblo comprendiera las calamidades y ruinas que debia traer sobre la República el gobierno descalabrado de Avellaneda, se habia levantado en armas contra ese hombre odiado y sin prestigio, que una série de sucesos imprevistos y la alianza con un gran caudillo llevaba al gobierno bajo la maldicion de todos.

El movimiento revolucionario habia repercutido en toda la República.

El aspecto de la ciudad no podia ser mas triste, pero como Dolcetti no la conocia de antemano, nada podia extrañar.

Como todos los elementos y hombres se habian mandado á la campaña á atajar el paso á los revolucionarios, la ciudad contenia muy poca tropa, lo que contribuyó á tranquilizar al recién llegado.

Desde que en la ciudad no habia ejército, era porque en la ciudad no habia nada que temer.

Para el que conocia á Buenos Aires, la ciudad no podia tener un aspecto mas triste.

Su bullicio callejero habia cesado por completo, puesto que no habia movimiento.

Las casas de comercio y las tiendas se hallaban cerradas y muy poca gente circulaba por las calles.

La guardia nacional inmovilizada habia marchado á campaña y las diversiones públicas se hallaban suspendidas.

Tristísimo era el aspecto que presentaba la ciudad, así es que Dolcetti que no conocia las causas de esta tristeza, se formó un pobre juicio de Buenos Aires.

No se explicaba cómo podia haber tanto comercio y tantos negocios en una ciudad de tan poco movimiento, de tan poca vida.

Solo en los hoteles y en los cafés habia gente, segun pudo notarlos á la pasada, gente que hablaba con la mayor animacion, armando un bullicio de todos los diablos.

En cuanto desembarcó su equipaje, que no era muy voluminoso porque al hacerlo solo se preocupó de lo muy preciso, se hizo llevar á lo de Lanza.

Pensaba que una vez que llegara allí todo lo malo concluiría para él, porque nadie mas interesado que su nuevo patron en tranquilizarlo y hacerle mas agradables las primeras impresiones.

Lanza no estaba en su escritorio, pero el jó-

ven se decidió á esperarlo, haciendo dejar allí sus baúles.

La impresion que le hizo aquel desmantelado escritorio no pudo ser mas pobre.

Aquel no parecia escritorio de un banquero sino de un pobre negociante de poca clientela.

Los papeles estaban diseminados por todas partes en el mayor desorden, no viéndose por allí ningun libro ni nada de lo que caracteriza una casa de comercio.

Dolcetti pensó que sin duda se habia equivocado su guia y lo habia llevado á algun escritorio reservado de Lanza, no á su casa de comercio, á su banco, que debia ser algo de mas paquete y de mejor arreglado.

¿Al sabia que Lanza hacia grandes negocios, puesto que él mismo le habia consignado las mercaderías de Maggi y cobrado sus giros á la vista.

No podia pues haber engaño por parte de Lanza ni exageracion en sus negocios, pues á un pulpero no se le confia la remision del óbolo de San Pedro.

Luego aquel no era el escritorio del banquero Lanza, ó en América no se podria hacer nada mejor que aquello.

Un chiquilín dependiente con facha de simple cuidador de escritorio que allí estaba, le dijo que el señor Lanza no tardaria en volver, que podia esperarlo.

—Pero este es el escritorio del señor banquero Lanza? preguntó Dolcetti al chiquilín, esto es el Banco donde se hacen los giros?

—El señor Lanza no tiene mas escritorio que este, respondió el jóven, esta es su única casa, su misma familia vive aquí, pues aquí tiene su domicilio tambien.

No podia pues haber la menor duda, por lo que el jóven pensó que este seria el estilo de los negocios en América.

Se sentó pues cómodamente y esperó á Lanza, único que podria sacarlo de dudas.

Mientras él estaba allí, entró una buena cantidad de gente, que segun Dolcetti pensó, serian clientes de la casa.

Unos se habian retirado para volver, pero otros mas desocupados ó deseosos de hablar con el banquero se resolvieron á esperar como él, sentándose en el escritorio.

Dolcetti les hubiera preguntado algo, como paisanos que eran, pero creyó mas prudente guardar silencio, no sea que Lanza al llegar fuera á encontrar mal su conversacion, juzgándolo un entremetido.

Hacia una hora que el jóven esperaba, cuando llegó Lanza.

Dolcetti no tenia la menor idea de Lanza, y quedó agradablemente sorprendido á su presencia.

Era un hombre fuertemente simpático, jovial y vestido con un lujo extraordinario.

Se paró en cuanto lo vió y lo saludó con todo respeto y cortesía.

—Acabo de llegar de Europa, le dijo el jóven despues de darle su nombre, y le traigo cartas del señor Maggi su suegro.

Y buscando en sus bolsillos, le entregó la carta que para él llevaba.

Ante un jóven que venia do casa de su suegro, Lanza creyó que debía darse la máxima importancia, así es que con un ademan solemne y grandioso lo invitó á sentarse mientras él leía la carta.

Dolcetti lo miraba sin ser notado, haciendo sus comentarios sobre aquel exterior simpático y atrayente.

Es que Lanza tenia un aspecto de gran personaje, y un ademan magnánimo que prometia un porvenir brillantísimo.

Lanza leyó atentamente la carta de su suegro, y volviéndose á Dolcetti le dijo con ademan descompuesto:

—Pero qué hago yo ahora con dependientes, con tenedor de libros?

Usted no sabe que estamos en revolucion, que el comercio está muerto?

Yo no puedo ahora cargarme con un dependiente que no me hace falta, porque no se hace nada, y que por la misma razon no puedo pagar.

Yo no puedo hacerme cargo de usted, jóven, y no sé por qué mi suegro me lo ha mandado.

Aquella contestacion dejó helado á Dolcetti, que vió muertas todas sus esperanzas.

Qué podia hacer él en la América y en situacion semejante, sin amigos, sin empleo y sin recursos de ninguna especie?

Miró aterrado á Lanza y como quien se defiende de una calamidad que le viene encima, le dijo:

—Yo no tengo la culpa de todo esto, como usted lo comprenderá, señor Lanza, puesto que yo no he venido por mi voluntad.

Usted escribió á su suegro que le enviara un dependiente, yo estaba con él perfectamente, pero habiéndome gustado la propuesta quise venirme y él me mandó.

Yo he venido así colocado con usted, y usted debe comprender que yo no puedo quedarme en media calle y en un país extraño para mí, cuando yo he venido mandado buscar y empleado desde Europa.

—Mi suegro ha hecho mal, porque debia haberme avisado antes de mandarme á nadie.

La situacion del país y del comercio no me permite cargar con un dependiente, y yo no puedo hacerme cargo de usted.

—Pero yo no tengo la culpa de todo esto, se atrevió á contestar Dolcetti.

Qué puedo hacer en la situacion en que usted me coloca y de la que yo no tengo la menor participacion?

Yo no tengo mas dinero que el poco que me ha dado mi buena madre, porque sabia que desde que llegara á Buenos Aires empezaria á ganar mi sueldo.

Agotados esos fondos miserables, qué podré hacer? moriré de hambre?

Y queriendo interesar el amor propio del banquero, añadió:

—Luego, qué perjuicio puede tener para un negociante de su altura, un dependiente que ha mandado traer espresamente?

Yo no puedo creer que usted me ponga en la situacion de escribir á mi familia y á su suegro mismo contándoles lo que me ha pasado y pidiéndoles un pasaje de regreso.

Es preciso que usted medite un momento en la dura situacion que me coloca, sin que yo la haya provocado.

Los últimos argumentos de Dolcetti hicieron gran fuerza en el ánimo de Lanza.

Indudablemente el jóven no tenia la culpa de haber venido, y luego, si él escribia á Europa en el sentido que le habia indicado, aquello importaria para él un gran descrédito, precisamente con su suegro ante quien mas interés tenia en estar acreditado.

—Bueno, le dijo, ahora estoy muy ocupado y no puedo preocuparme con estas cosas.

Lo ruego que busque por estos dias alojamiento en un hotel, que despues veremos cómo arreglamos todo.

Pero ya le he dicho que la situacion ahora es sumamente difícil para mí.

Si la revolucion pasa pronto, yo espero que entónces los negocios mejorarán y podré tenerlo á mi lado.

Yo lo voy á hacer acompañar á un hotel que quede cerca de aquí.

Allí puede alojarse y descansar hasta mañana, y venirse temprano á ver si hacemos algo.

Y dió á Dolcetti el chiquilin que estaba en el escritorio para que lo acompañara hasta el hotel Hispano Americano, que era el mas próximo al escritorio.

Allí se alojó el jóven, calculando que Lanza meditara aquella noche sobre lo sucedido y volveria sobre sus pasos.

Era ya la noche, así es que apenas acomodado en el cuarto que se le dió, se vino al comedor á hacer por la vida.

Su inesperada situacion le habia causado un gran disgusto, del que algo lo distrajo la novedad de hallarse en América y la diversidad de personas que habia en el hotel.

El tema de todas las conversaciones que sostenian los que se hallaban en diversas mesas, mostradores y comedor, era la revolucion.

Todos se ocupaban de ella en términos favorables, condenando al gobierno, segun lo poco que lo era posible entender.

Para como de calamidades, Lanza lo habia mandado á un hotel español donde no entendia lo que se hablaba y donde se veia en hárbaras figurillas para hacerse entender en lo que necesitaba.

A cada momento se sentia en la vereda el

rumor acentuado y marcial de alguna patrulla que pasaba, recorriendo las calles para atrapar á los ciudadanos remisos al llamado de los cuarteles.

Este ruido conocido y significativo alarmaba á Dolcetti, que temía á cada momento sentir estallar algun tumulto tremendo, pues si aquellas patrullas se encontraban con algun grupo de revolucionarios, el conflicto se produciría sin remedio.

El ignoraba por completo lo que sucedía y no tenía la menor noticia de lo que significaba una revolución en América, ni en Europa mismo, pues él jamás había visto un movimiento de esta especie.

La suerte le deparó al fin un compatriota en una de las tantas personas que entraron á comer.

En cuanto Dolcetti sintió el acento italiano del recién llegado, se acercó á la mesa con el agrado consiguiente y entabló con él franca conversacion.

Le dijo que él había llegado de Europa ese mismo día y que estaba muy alarmado por lo que sucedía porque él no podía darse cuenta de ello.

Aquel paisano le respondió cariñosamente explicándole el origen de los sucesos y aconsejándole sobre la conducta que debía de seguir.

Lo que hay es que tales cosas le decía aquel paisano y tales consejos le daba, que Dolcetti en vez de tranquilizarse se concluyó de alarmar, convencido de que en Buenos Aires no había ningun género de garantías personales.

—Pero yo, como extranjero que soy, decía, no tengo por qué alarmarme.

Yo nada tengo que hacer en las cosas del país y la autoridad militar nada tendrá que hacer conmigo.

—Cierto, pero aquí hay que andar con mil ojos y precauciones, porque la gente es muy mal intencionada.

Las patrullas que recorren las calles no respetan siempre la calidad de extranjero que uno reviste.

Ha habido ya muchos casos en que á un compatriota le han roto su papeleta y lo han llevado al cuartel como á cualquier hijo de vecino.

Y vaya usted á reclamar despues que ha sucedido la cosa!

Así es que lo mejor es no moverse de su casa el que no quiera que le suceda un mal trance.

Todas estas cosas, como era natural, tenían á Dolcetti sumamente alarmado.

Cómo haría él para salir á la calle si se esponea á que la primer patrulla que encontrase le rompiera los papeles que debían de servirle de garantía y lo llevaran á un cuartel donde lo obligarían á marchar á campaña?

La situación no podía ser mas alarmante para un hombre como él, que ignoraba las costumbres y leyes del país donde se encontraba.

Lo que aquel hombre le había dicho debía ser verdad, puesto que ningun interés tenía en engañarlo.

Y cómo Lanza no le había prevenido todo

esto, sino que, por el contrario, le había dicho que volviera al día siguiente al escritorio?

Sería acaso con el interés que le sucediera algun descalabro por el estilo, para verse libre de él por este medio y sin que se lo pudiera hacer responsable?

Segun lo que le había manifestado Lanza, aquel proceder no hubiera tenido nada de extraño en un hombre para quien él venía á ser una pesada carga.

Dolcetti creyó que debía tomar algunos informes de su tal patron y preguntó al compatriota aquel si lo conocía.

Qué italiano no conocía á Carlo Lanza, el rey de los banqueros?

—Es una persona del mayor respeto y responsabilidad, respondió el preguntado: nunca ha dado nada malo que decir de él y si usted viene recomendado á él, le garanto que no puede tener mejor recomendacion.

Tal vez había llegado él en un mal momento y Lanza le había contestado de aquel modo?

A Lanza no le convenía tampoco quedar mal con su suegro, porque últimamente había aumentado los negocios que con él hacía.

Hacia algun tiempo que Lanza no giraba sino contra su suegro, á quien había hecho su banquero.

A éste le remitía fondos directamente, ó por medio de otro Banco, y giraba contra él todas las sumas que tenía que remitir á particulares.

De este modo aumentaba su crédito con Maggi de una manera fabulosa y en caso de apuro podía hasta girar en descubierto.

Un disgusto con su suegro, dejando en blanco á Dolcetti, no le convenía de ningun modo.

Cuando el jóven se vino, el viejo Maggi, no teniendo confianza en nadie, sacó del colegio á su hijo Enrique y empezó á ponerlo al corriente de los manejos de su casa, para hacer de él su dependiente principal.

A Lanza, bajo todo punto de vista, le interesaba estar bien con su suegro y no dejar que Dolcetti regresara á Europa.

Luego, Maggi como que era su banquero y debía tener en él la mas absoluta confianza, seguiría remitiendo sus mercaderías en la cantidad que su yerno se las pidiera.

Todas estas razones obligarían á Lanza á recibir al dependiente enviado por su suegro, así es que pensando de esta manera, Dolcetti conservó algunas esperanzas de éxito.

El deseaba vivamente quedarse en Buenos Aires ya que había hecho el viaje, de modo que de su aceptación en casa de Lanza puede decirse que dependía su felicidad actual.

De otro modo tendría que regresar á Europa, pues el dinero que debía al cariño de su buena madre no había de durarle mucho, teniendo que atender á su subsistencia y alojamiento.

El compatriota que tan buenos datos le había dado se retiró despues de comer, quedando el jóven entregado á sus pensamientos y á sus temores.

Los pensionistas de la casa se habían retirado á sus piezas, para quedar á cubierto de cual-

quier conflicto callejero que no sería extraño sucediera.

Dolcetti había pasado una tarde agitadaísima, pero mucho más agitada debía ser la noche.

El dueño del hotel no hablaba italiano, los mozos se habían retirado y puede decirse que estaba completamente solo, puesto que no tenía con quien hablar.

A la media noche se sintieron tiros en la calle, lo que vino á aumentar su agitación.

Quiso averiguar la causa de aquellos tiros, pero no entendió lo que le decían.

Y vió con cierto espanto que el dueño del hotel trancaba la puerta como si quisiera precaerse contra algún asalto.

Luego era indudable para él que existía la posibilidad de un asalto á las casas particulares.

Para completar su situación aflictiva, Dolcetti no tenía consigo ninguna arma con que defenderse, en el caso que se hubiera realizado un asalto.

En toda la noche no pudo pegar los ojos, no por falta de sueño, sino porque no se atrevía á hacerlo, por temor de despertar en medio de algún conflicto.

No era el temor personal el que lo tenía en aquel estado, pues él poseía corazón bastante para afrontar situaciones muchas más duras.

Era la falta de conocimiento del país y los manazos que le habían contado, lo que lo mantenía en aquella agitación imponderable.

Así es que apenas amaneció ya Dolcetti estaba vestido y listo para salir á la calle.

Y se hubiera trasladado á casa de Lanza si no hubiera sido por el temor de encontrarla cerrada.

En cuanto el almuerzo estuvo pronto, el joven bajó al comedor no solamente por el deseo de almorzar temprano, sino por ver si, como la noche anterior, la suerte le deparaba algún otro compatriota que lo impusiera de las novedades que le ocurrían y le informara si podía salirse á la calle sin peligro.

Pero en vano hizo tiempo de plato á plato, en vano escuchó con atención las conversaciones de los demás, nada pudo sacar en limpio.

Ni concurrió compatriota alguno, ni pudo enterarse de lo que se hablaba.

Los hoteles españoles, no son concurridos sino por españoles, y aquel compatriota de la noche anterior había sido una verdadera casualidad que no se volvería á repetir tal vez en un año.

Era tal vez alguna persona que no había querido caminar más lejos y se había metido en la primer casa de comida que halló abierta.

Así es que fué inútil que Dolcetti esperara, porque no habría logrado su objeto.

Cuando se convenció de esto, se resolvió salir á la calle calculando bien el camino que había hecho la tarde anterior para venir al hotel.

Lanza ni siquiera había tenido el comediemento de mandarse informar como había pasado la noche ó si necesitaba un guía que lo acompañara al escritorio.

Lo único que el joven sabía era que aquel día

era domingo y que por consiguiente los pocos negocios que en la ciudad quedaban abiertos, se habían cerrado aquel día por ser de fiesta.

Si Lanza había hecho lo mismo con su escritorio, estaba embromado, aunque esto le importaba poco, puesto que vivía allí mismo.

Estaba seguro de no equivocarse las señas, y aunque las equivocara, él sabía bien la calle y el número, los tenía apuntados en su cartera y preguntaría á cualquier persona que encontrara en la calle.

Tan bien recordaba Dolcetti el trayecto recorrido la tarde anterior, que llegó directamente al escritorio de Lanza sin el menor tropiezo.

El escritorio estaba abierto á pesar de ser domingo, y estaban allí algunos clientes que por la misma causa de la revolución querían escribir á sus familias y remitir dinero ó depositarlo en poder de Lanza, en quien tenían tanta fé como en el Banco de la Provincia.

Lanza atendía con algún trabajo á todos aquellos clientes, pues todos estaban igualmente apurados y querían ser desechados al mismo tiempo.

Apenas vió Lanza á Dolcetti, le pidió lo esperara para conversar con él, porque en aquellos momentos estaba sumamente ocupado.

Nada más justo que aquella observación, así es que el joven le dijo que no se preocupara de él, que trataría de serle útil en aquello que pudiera.

Lanza siguió atendiendo á sus clientes, mientras el joven observaba en silencio lo que pasaba en el escritorio.

Dolcetti comprendía bien la mayor parte de los dialectos de Italia, y especialmente el napolitano, por haber pasado varias temporadas en Nápoles, y como los clientes de Lanza en su mayoría eran napolitanos, se puso á conversar con ellos.

Casi todos querían escribir cartas con apuro, pues habían mandado venir su familia y ahora querían dar contraórden.

El joven sin decir una palabra por no interrumpir á Lanza en su trabajo, tomó apuntes á uno de ellos y se puso á escribir la deseada carta.

Dolcetti tenía una letra magnífica, clara y rápida.

Escribió en un momento la carta que se le pedía, con todos los ridículos detalles solicitados, quedando el napolitano lleno de alegría y plenamente satisfecho.

Nunca le habían escrito una carta tan á su gusto.

Concluida aquella carta escribió otra tan detallada como la primera, y concluida esta, otras dos más, sin que Lanza hubiera terminado la suya en su letra vulgar y con cada falta de ortografía que metía miedo.

Lanza, frangollando su carta, había observado el proceder de Dolcetti, quedando asombrado de su facilidad en el manejo del dialecto que él no comprendía muy bien y la rapidez con que se había desenvuelto y seguía desenvolviéndose.

Parecía un dependiente de gran práctica en la casa y que no hubiera hecho en su vida otra cosa que escribir cartas.

Los napolitanos escuchaban sumamente complacidos la lectura de aquellas cartas, asegurando que nunca habían escrito tan bien como en aquella ocasión.

Dolcetti tomaba el apunte del dinero que le entregaban, con el destino que tenía y lo iba colocando sobre el mostrador al lado de las cartas.

Como él no conocía la moneda papel aún, Lanza que había tenido que desasarsarse en lo de Cánepa tanto tiempo antes de entrar á lo de Caprile y que apenas había llegado á hacer las cosas regularmente, estaba asombrado de ver la disposición con que el joven había procedido, siendo la primera vez que se encontraba en aquella ocupación.

Un dependiente como aquel debía serle de un descanso incalculable, pues teniendo un poco de práctica no mas, ya manejaría sus asuntos mejor que él mismo.

Recordando lo que él había sido en casa de Caprile, y lo que había hecho para tener dinero, sospechaba que con él pudieran hacer lo mismo, y por esta causa nunca había querido tener dependientes.

Pero Dolcetti le había traído tal recomendación de su suegro, que podía sin él menor reparo, confiarle el manejo de sus fondos.

Cuando su avaro suegro hacía aquellos elogios de un dependiente de su casa, el joven debía tener grandes condiciones de labor y de honradez, porque no hay nada mas difícil que contentar á un avaro.

El joven le había demostrado otras grandes ventajas en aquellos pocos momentos.

Lanza tenía gran facilidad para toda clase de operaciones y negocios buenos.

Pero aquella tarea de escribirle á los clientes las cartas para las familias, se le hacía insupportable.

No solamente no tenía paciencia para la cosa, sino que sentía grandes dificultades para hacerlo de manera que su cliente quedara conforme.

Muchas veces había tenido que romper dos ó tres cartas para hacer una pasable.

Dolcetti podía reemplazarlo en aquella pesada tarea con grandes ventajas, según lo indicaba la sonriente conformidad de los que había despachado aquella mañana: entónces no debía rechazarlo como el día anterior, aunque sí calculó esplotarlo lo mas posible.

Eso sí, para aprovechar un centavo no había como Carlo Lanza.

El gastaba en sus parrandas, sin mirar para atrás como lo hemos visto, y con una generosidad asombrosa.

Tratándose de hacer buena figura ó de darse importancia de banquero para atrapar algun buen negocio como la clientela de la Cúria, gastaba de una manera desordenada, sin el menor sentimiento.

Pero en los negocios era otra cosa bien distinta.

Por una diferencia de cinco pesos era capaz de discutir un negocio un día entero, llorando necesidades y el mal estado comercial de la ciudad.

Al principio lo había hecho por darse infulas de buen comerciante, pero despues había tomado el hábito y lo hacia por pasion y por interés.

Así es que en cuanto se decidió á tomar á Dolcetti, ya resolvió esplotarlo en el sneldo cuanto le fuera posible, mas, habiéndole echado aquel famoso discurso de miserias y descalabros revolucionarios comerciales del día anterior.

Cuando los clientes se retiraron, Lanza se acercó al mostrador y examinó las cartas que había escrito el joven.

Si Lanza había observado la facilidad con que había procedido, el joven había notado las dificultades con que tropezaba Lanza y la pésima letra de sus cartas.

—Le soy necesario, pensó, y tendrá que tomarme.

Pero es bueno hacerme el chiquito, porque si él me rechaza no sé lo que será de mí.

Si Dolcetti hubiera traído algunas otras cartas de recomendación, con sus conocimientos comerciales pronto hubiera encontrado una colocación ventajosa, y entónces habría podido imponer á Lanza sus condiciones.

Pero dónde había de volver los ojos si ni siquiera conocía la ciudad y encontraba al país en condiciones tan desesperantes?

No había mas que someterse al capricho de aquel hombre, cuyo espíritu juzgó bien el joven desde el primer momento, de la siguiente manera:

—Es un vanidoso estúpido, ensoberbecido por su posición y su fortuna, pero muy fácil de dominar sabiéndole ganar el lado.

Esto es un bochinche donde ni siquiera hay libros.

El día que este hombre pueda apreciar mi trabajo me estimará y ganándome en estimación podré hacer mi fortuna, porque hay en él un fondo noble y bondadoso.

Aguantaremos los primeros tiempos en beneficio del futuro, que una vez que yo conozca bien la América y su comercio, la cosa será distinta para mí.

Lanza por su parte había tambien meditado el asunto y adoptado su resolución.

Las razones que el joven le había dado el día anterior, habían pesado mucho en su espíritu.

A él no le convenia de ninguna manera ponerse mal con su suegro, que era su nuevo banquero y contra quien había hecho giros de importancia.

Si el viejo se apercibía del rechazo de Dolcetti se enojaria y llegaría tal vez ó romper relaciones, lo que entorpeceria sus negocios, por que podía muy bien negarse á aceptar sus últimos giros.

Era preciso evitar que el joven le escribiera en ese sentido, y para ello no había mas remedio que engañarlo y tomarlo de un modo ó de otro.

Ahora, cuando vió el magnífico desempeño del joven y calculó el vuelo que podía dar á sus

negocios un dependiente tan apto, cuya atencion en el escritorio le permitiria dedicarse á otras cosas, ya no vaciló.

Resolvió tomarlo, aunque con ciertas reservas que le permitieran explotar su situacion falsa.

—Este no tiene á donde volver los ojos, pensó, y segun parece el dinero que ha traido no puede durarle mucho.

La situacion ruimsa del país hace mas dificil la suya, él tiene deseos y necesidad de trabajar y quedará contento si yo lo tomo por la casa y la comida.

Para que reciba esta noticia con agrado, dificultémoslo la cosa, exageremos la situacion desesperante del país y hagámosle valer nuestro amparo moral y material.

De este modo la casa y la comida vendrá á ser para él una especie de loteria grande que se sacará sin siquiera comprar billetes.

Esa era la cuenta que se habian echado patron y dependiente, para resolver el problema de ambas conveniencias.

Así es que cuando se hubo retirado el último cliente y al mismo tiempo que revisaba las cartas escritas, dijo al jóven:

—Dura es la situacion, amigo mio, y mi suegro ha cometido una calaverada mandándome dependiente sin prevenírmelo.

—Para mí no puede ser mas dura, contestó el jóven, pero usted comprende que yo no tengo en esto la menor culpa.

Usted habia pedido á Maggi un dependiente, yo quise venir y él me mandó muy á su pesar, porque no queria que yo lo dejara, sin siquiera instruir al hijo Enrique en los manejos de su casa.

Usted, señor Lanza, debia haber dado contraórden y yo no me veria en esta triste situacion. Qué quiere que haga de mí, sin empleo, sin relaciones y sin dinero bastante para atender á mis necesidades?

—Bueno, pero usted comprende que yo no puedo hacerme cargo de un dependiente en situacion semejante.

Ya lo ha visto usted hoy, todas las operaciones que se hacen son pequeños picholeos, remision de sumas miserables cuya comision no dá para comer.

Como mi suegro no me dijo nada, yo hasta creí que se habia olvidado de mi encargo, y por eso no le dije nada.

Si nó, aseguro á usted que le habria escrito pidiéndole suspendiera la remision de semejante dependiente, que hoy me pone en verdaderos apuros.

—Pero esto es sério para mí; qué haré cuando haya consumido mi último franco, lo que no tardará en suceder?

No me queda mas recurso que enviar cartas á mi familia pidiendo pasaje de regreso y volverme.

—Crea, amigo mio, respondió Lanza de la manera mas formal que pudo:

Cuando usted llegó ayer, yo andaba pensando en cerrar mi casa hasta que pasara esta situacion: ya vé usted cómo andarán los negocios!

—Usted tendrá toda la razon posible, señor Lanza, pues no dejará de comprender que yo tambien la tengo y qué no es mia la culpa de lo que sucede.

Póngame usted en contacto con el comandante del vapor, que yo no sé dónde encontrar, puede ser que él quiera llevarme á condicion de pagarme el pasaje en Europa, y así se habrán salvado todas las dificultades.

—Un momento, y vamos á hacer otra combinacion que tal vez sea mejor, dijo Lanza, haciéndose el que meditaba.

Pasada la revolucion, el país mejorará, los negocios volverán á emprenderse con mas fuerza tal vez y entónces usted en vez de serme gravoso, me será útil: la última remesa de mercaderias que me ha hecho mi suegro, aún no la he sacado de la Aduana, ya vé usted cómo andará el estado del país!

Esperemos pues, un poco, y así ni usted ni yo seremos perjudicados.

—Pero es que la revolucion puede durar mucho, respondió el jóven, y yo no tengo conmigo medios de vida.

Cómo hago para pagar mi hotel y atender mi ropa tan solo, cuando se me acabe el dinero?

—Ahí voy yo precisamente, y verá usted que todo se puede remediar.

Mientras dura este estado de cosas, que no puede ser largo, usted se viene á almorzar y á comer á casa y se va instruyendo en el manejo del escritorio, lo que le servirá de distraccion.

Ya vé que no tiene que pensar en lo mas apremiante que es la comida.

—Y el alojamiento y las otras necesidades? respondió Dolcetti, que habia mirado aquella propuesta como quien mira el cielo abierto.

Si usted me dijera siquiera donde dormir, la propuesta se haria mas aceptable.

—Pero dónde he de ponerlo, si no tengo mas que las piezas mas necesarias.

—Oh! eso es lo de menos, contestó el jóven, soy poco exigente.

Y tendiendo una mirada por el escritorio, exclamó: no crea que yo soy muy exigente á éste respecto, con un colchon que yo coloque ahí en aquella tabla que está debajo del mostrador, quedo plenamente conforme.

Lanza, que vió que Dolcetti aflojaba, se resolvió á aflojar tambien, pero no sin poner sus dificultades, que era la manera de hacer crecer su concesion á los ojos del pobre jóvencito.

—Este es un inconveniente sério, dijo, si yo tuviera espacio en casa no seria nada, pero no lo tengo, y aquí bajo el mostrador, además de ser incómodo seria mal mirado.

—Pero tiene sus ventajas, observó el jóven animándolo.

Durmiendo yo aquí puedo abrir temprano el escritorio y atender la gente que venga á esta hora.

Además, de noche, como no tengo nada que hacer, me voy entreteniéndome en ordenar los papeles que veo estan desparramados por todo y arreglar un buen juego de libros, si es que usted no tiene.

—En efecto, no tengo libros, dijo Lanza sumamente halagado ante la propuesta.

Yo debía haber ya organizado un juego de libros, pero me ha faltado el tiempo material para hacerlo.

Los negocios me dejaban poco tiempo libre, y todos mis apuntes estan en libretas como esta. Y Lanza mostró á Dolcetti sus libretas, que mas parecian libretas de almacen que de una casa de comercio.

Se necesitaba un verdadero talento para entender una contabilidad llevada de aquella manera.

El jóven quedó maravillado ante aquella verdadera hazaña comercial.

—Es preciso hacer libros, señor Lanza, dijo, si no, no hay medio de llevar una contabilidad tan exacta como es debido.

Esta será mi primer tarea, para lo que se necesita mucho tiempo desocupado, y el hecho de dormir aquí viene á facilitar enormemente mi tarea.

Usted por estas libretas, sin una operacion larga y difficilísima no puede saber lo que tiene en giro, lo que tiene en caja y cuáles son sus utilidades exactas y tal vez ni aproximadas.

Lanza pensó que aquel dependiente era la vida de su escritorio y alojó al fin.

Pero alojó como quien hace un inmenso ser-

vicio que el que lo recibe no lo espera, y haciendo á Dolcetti mil observaciones de levantarse temprano y que nadie supiera que dormia en el escritorio, pues aquello podia ser mal mirado por los clientes.

—No hay cuidado por esto, que yo soy muy madrugador, respondió el jóven, y una vez que me levante nadie será capaz de conocer que aquí he dormido alguien.

Aquella concesion miserable era sin embargo para el jóven una concesion de vida, puesto que aseguraba no solo su subsistencia sinó su empleo en el Banco de Lanza, que era su única ambicion por el momento.

— medida que Lanza viera su trabajo, no dudaba que le iria dando importancia.

Mucho tendria que hacer para arreglar aquel desórden grande, pero como habia poco que trabajar, segun el mismo Lanza le habia manifestado, tendria siempre tiempo de hacer toda clase de trabajos y así, cuando el quehacer cargase, todo allí marcharia como un reloj.

Lanza invitó á comer desde aquella noche á Dolcetti, pero este le-manifestó sus temores de salir á la calle de noche, por lo que le habian dicho, y se convino en que por aquel dia comeria aún en el hotel, y que desde el siguiente se instalaria en el escritorio de un modo definitivo.

UN ESCANDALO TEATRAL

Al otro dia ya Dolcetti se instalaba en el escritorio del famoso Carlo Lanza.

Se habia provisto de un colchoncito que acomodó en la tabla debajo del mostrador, almacenando tambien allí su equipaje.

Jóven y de un carácter sumamente alegre, aquello le suponía bien poca cosa.

Cuando se tienen veinte años y un espíritu alegre, se duerme sobre el filo de un cuchillo como sobre la mejor cama.

— Ya vendrán mejores tiempos, pensó, y podrá gozar mas de los regalos de la vida.

Desde que pisó el escritorio, y una vez que hubo acomodado sus pilchas, se puso á organizar aquel bochinche.

Lanza tenia sus apuntes de importancia, no solo en las libretas de almacen que le habia mostrado, sinó en papeles sueltos que andaban rodando y desparramados.

No habia libro para oopiar cartas, ni ninguna de aquellas cosas que constituyen una casa de comercio medianamente seria.

Todo era desórden y abandono, asombrándose Dolcetti de cómo se podia manejar aquel hombre por medio de aquellos apuntes.

Así es que lo primero que pidió á Lanza fué que le comprara un juego de libros para ordenar todos aquellos apuntes desparramados y poder hacer un balance tan bueno como le fuera posible.

La verdad es que Lanza no sabia cuánto dinero suyo propio tenia y cuánto tenia en giro contra diversas casas de crédito y perteneciente á sus clientes.

Hubiera sido necesario para saberlo, una larga operacion, revisando papeles y apuntes, y asimismo no se hubiera podido sacar un cálculo exacto.

Así es que mientras se compraban los libros, el jóven empezó á organizar los apuntes volantes y las libretas.

Lo que era correspondencia habia que renunciar á ella, puesto que Lanza nunca habia dejado el mas ligero borrador.

No tenia ni idea de la importancia de la correspondencia epistolar y comercial.

Aquel mismo día á la hora de almorzar, Dolcetti fué presentado por Lanza á la bella Luisa.

Como era natural, la jóven se mostró sumamente contenta, por las noticias que el jóven podia darle de su familia, de su país y de todas las personas de su relacion, que hacia tanto tiempo no veia ni sabia de ellas.

Dolcetti conocia á Luisa, como era natural, de fama por las aventuras famosas de que habia sido heroína y que habian corrido de boca en boca.

Y la misma circunstancia de haber sido dependiente de Maggi, lo habian impuesto de ciertos detalles famosos de la desordenada vida de la jóven.

Cómo es que un hombre jóven, buen mozo, rico y calavera como Lanza, podia haberse casado con una muger que aunque bella, tenia una historia tan espionosa?

Esto es lo que no entendia Dolcetti, suponiendo que Lanza habria sido engañado por la jóven, aunque para ser engañado por una muger de aquellas condiciones, era preciso ser muy inocente y cándido, y Lanza parecia no tener ni un pelo de lo uno ni de lo otro.

Es que Dolcetti entendia que la fortuna de Lanza venia desde antes de su casamiento, error de que pronto lo sacaria la organizacion de los libros.

Sabiendo esto, no era dificil saber cuál habia sido la intencion que Lanza tuvo al casarse con una muger como aquella.

Luisa empezó á pedir noticias al jóven de los mas minuciosos acontecimientos sucedidos desde su partida.

Y él la informó de todas las costumbres de su padre, siempre raro y siempre avaro, de cómo su hermana se habia vuelto una señorita bellísima y de cómo Enrique habia salido del colegio para ir á reemplazarlo á él en la casa de negocio de Maggi que no quiso tomar un dependiente extraño.

Luisa estaba radiante de alegria con todas aquellas noticias y detalles, pues desde que salió de Italia no habia tenido de su familia mas noticias que las poco detalladas que le daban en las cartas que de cuando en cuando recibia.

Dolcetti le refirió sus temores y amarguras cuando llegó á Buenos Aires y Lanza le hizo la terrible notificacion de que no lo necesitaba ya y que Maggi habia hecho una calaverada al mandarlo.

Y Luisa resolvió entonces tomarlo bajo su proteccion, intercediendo con su marido para que, sin esperar el resultado de la revolucion, diera al jóven un sueldo para que atendiera á sus necesidades.

Fué desde aquel momento que Dolcetti comprendió que Luisa ejercia un serio dominio sobre su marido, dominio que lo hizo sonreír, por el peligro que revestia tratándose de una muger de los antecedentes de Luisa.

Pero se hizo el disimulado y cambió de conversacion, comprendiendo que, si le convenia

enormemente toda la proteccion que le daria Luisa, de ningun modo le convenia caer bajo la antipatia de Lanza, que al fin y al cabo era su patron y de quien todo debia esperarlo.

Mas adelante y cuando Lanza se hubiera penetrado de la conveniencia que él le reportaba, entonces podria obrar con mas libertad.

Concluido el almuerzo, Dolcetti pidió permiso para retirarse y se fué al escritorio mientras Lanza y Luisa quedaban de sobremesa.

Harto quehacer tenia él allí para preocuparse de lo que aquellos hablaran.

Durante una semana Dolcetti estuvo contratado por completo á su trabajo, organizando apuntes y papeles y atendiendo á la clientela que en mayor ó menor número venia al escritorio.

A esta respecto realmente habia poco que hacer, como se lo manifestó Lanza desde el principio.

Los clientes solo venian á hacerse escribir cartas y á depositar dinero.

Las remisiones andaban muy mansas y en los demás negocios poco se hacia.

No teniendo donde depositarlas y siendo morosa su salida por el estado del comercio, Lanza ni siquiera habia intentado sacar de la Aduana las últimas dos remesas de mercaderias hechas por Maggi.

Le habicra sido muy dificil salir de ellas y las hubiera tenido que realizar con pérdidas fuertes, sin necesidad.

Solo se hacia algunos negocios de préstamos usurarios, y estos los habia Lanza sin intervencion suya, no dándole mas que el apunte para asentar en el libro.

Todo su tiempo lo tenia Dolcetti disponible para la reunion de apuntes, de modo que su trabajo adelantaba á gran prisa.

A la tarde salia un momento á recorrer la ciudad para conocerla, regresando siempre antes de la noche por temor de encontrarse con alguna patrulla que le fuera á romper sus papeles de seguridad y llevarlo al cuartel, pues los datos que le dió su compatriota del hotel, habian sido corroborados por el mismo Lanza.

Así es que á pesar de sus tentaciones, no queria salir de noche á parte alguna, por temor de que le sucediera algun fracaso.

Y dedicaba toda su noche al trabajo del escritorio, con verdadero asombro de Lanza, que no tenia idea de una dedicacion igual.

Cada dia estaba mas contento de la adquisicion que habia hecho con aquel dependiente modelo.

Reunidos todos los apuntes y papeles sueltos, Lanza compró un juego de libros segun la indicacion de Dolcetti y este empezó á pasar á ellos todo aquel cúmulo de operaciones.

El resultado benéfico de aquel trabajo impropio pudo apreciarlo Lanza al poco tiempo, en que los libros quedaron al día.

Y pudo ver entonces con una claridad asombrosa para él, todo el detalle de sus operaciones y una cuenta corriente y exacta de todo el dinero que manejaba.

El balance general lo habia dejado ábsorto, pues este arrojaba una crecida suma de dinero

que lo pertenecía y que él no había calculado porque le hubiera parecido imposible.

Lanza era dueño de unos quinientos mil pesos que le pertenecían exclusivamente.

Cómo sería el placer de aquel hombre, que no había tenido nunca mas que proyectos y esperanzas, al encontrarse con aquella suma!

Medio millón de pesos en dinero efectivo, un gran crédito en plaza y su numerosa clientela, eran la promesa de una gran fortuna para el futuro, conduciéndose con honradez y hombría de bien.

Procediendo mal, Lanza habría podido alzarse cómodamente con dos millones de pesos, pero esto hubiera sido matar un porvenir seguro y una fortuna diez veces mayor.

Así es que nunca se le pasó por la mente la idea de una mala acción.

La revolución terminó al fin, asegurando el gobierno de Avellaneda que tan calamitoso debía sermos, y el comercio volvió entonces á su estado normal y próspero.

Había necesidad de mercaderías como las que recibía Lanza de su suegro, sacándolas este de la Aduana y realizándolas á precios magníficos.

Eran las mercaderías que había realizado á mejor precio, de todas cuantas había recibido.

Su dependiente le daba un gran descanso, impuesto como estaba de los manejos del escritorio.

Todo estaba al día y las operaciones aumentaban, pues con el hecho de haber terminado la revolución, los clientes habían vuelto á remitir dinero, acudiendo muchos á hacer traer sus familias, que era lo que mayor utilidad dejaba.

No teniendo que atender á sus asuntos con tanta dedicación, Lanza se había entregado á la vida alegre y pasandera.

Era hombre rico y podía gastar con comodidad, puesto que sus entradas se lo permitían, sin necesidad de acudir á lo que él llamaba pomposamente su encaje.

El segundo vencimiento del Banco de la Provincia fué levantado íntegro como el primero, resolviendo dejar pasar mucho tiempo sin acudir á nuevos descuentos, pues así avanzaba mejor su crédito.

Un comerciante, en un momento dado, podía tener necesidad de un millón de pesos, pero esto no quería decir que siempre debía andar alcanzado de dinero, lo que hubiera dado en qué sospechar, aunque levantara íntegros sus vencimientos.

Lanza empezó desde entonces á llevar una vida demasiado alegre, aunque guardando el debido recato y cubriendo las apariencias con tino, no solo respecto al vulgo sino también con su consorte, á la que no quería dar un disgusto.

Esta empezó á sentir que Lanza no era el mismo, que era muy difícil encontrarlo de noche en su casa, que muchas veces venía al amanecer, sin darle otras disculpas que las desiempre: enfermedades de amigos y negocios urgentes.

Al principio lloró y lloró mucho, porque ana-ba verdaderamente á Lanza.

Después las calaveradas de este empeza-

ron á irritarla de una manera invencible, pues ella no merecía el abandono en que vivía.

Y después, perdido gran parte del cariño que tenía á su esposo, se hizo indiferente á las calaveradas de este, al estremo de no importarle mucho que viniera á tal ó cual hora.

Como no había de vivir encerrada mientras aque! se divertía como un loco, empezó á divertirse ella también.

De día visitaba á sus amigas, con las que se iba á pasear, yendo de noche al teatro, con preferencia al Politeama, donde trabajaba una compañía de acróbatas, diversion á la que era inmensamente aficionada.

Y fué precisamente en aquel teatro donde tuvo su primer agarrada con Lanza.

Carlo era sumamente afecto á los pruebistas, pero con preferencia á las pruebistas, gente traviesa y amiga de los buenos momentos.

Lanza, que era incansable para todo lo que importaba una diversion con mujeres, se iba á un palco que tenía por temporada con dos ó tres amigos y algun cura disfrazado de los que andaban con él.

Allí se pasaba la noche soberbiamente, bebiendo cerveza en grande y de estupenda farrá hasta que se acababa la función para todos, menos para Lanza.

Y decimos menos para Lanza, porque era precisamente entonces que empezaba la verdadera función para éste.

Del palco del espectador se pasaba entre bastidores donde esperaba que las artistas aquellas se pusieran en traje de calle para retirarse del teatro.

De allí se trasladaba junto con ellas al café, donde se armaban aquellas cenas espantosas que le retenían fuera de su casa hasta la madrugada muchas veces.

Allí se comía torozmente y se bebía de una manera monumental, de donde resultaba que aquellos modernos cenadores nunca se retiraban en estado de resolver el menor proyecto de ley.

A las artistas femeninas se agregaban los artistas masculinos que dragoneaban de maridos, de hermanos y hasta de padres y primos.

Y todos comían y bebían famosamente y siempre á costillas ó mejor dicho á bolsillos de Lanza.

De allí se retiraba cada uno á su casa despidiéndose hasta la noche en que volvería á empezar la enorme farrá.

Muchas veces Lanza iba al Politeama acompañado de Geremías, Milito y tres ó cuatro curas mas, durando entonces la farrá hasta la noche siguiente.

Lanza escribía á Luisa diciéndole que había tenido que irse á Flores ó á Belgrano y quedaba así chancelado con su consorte.

Esto era lo que mas irritaba á Luisa, porque sabía que aquellos no eran mas que prestos de que se valía su marido para calaverear de una manera escandalosa.

Pero como no tenía ninguna prueba irrecusable, no quería hacerle cargo alguno, esperando que llegara el momento oportuno de hacerlo.

Como Dolcetti debía estar impuesto de lo que hacia Lanza, ella habia tratado de sondearlo varias veces para tener alguna prueba de que poder valerle para sus cargos.

Pero el joven habia creído prudente no mezclarse en estas cosas, y siempre habia esquivado contestar en el sentido que Luisa queria.

El se disculpaba con estar siempre metido en el escritorio y no saber por consiguiente lo que Lanza hacia en la calle.

Al contrario, mas bien trataba de ocultar y disculpar las faltas de Lanza por no aumentar mas el dolor de Luisa y mantener en lo posible la paz de aquel matrimonio.

Varias veces habia aconsejado el joven á su patron que se moderara para que Luisa no sintiera tanto sus faltas.

Pero Lanza reia como un loco de aquellos consejos, diciendo á Dolcetti que él no entendian aquellas cosas y que Luisa concluiria por habituarse á su modo de ser.

—No lo crea usted, respondia Dolcetti con cierta malicia: Luisa está juntando rábica y el dia que tenga alguna prueba de que agarrarse le vá á armar un escándalo que no está en sus libros.

—Luisa es muy moderada, respondia Lanza y no lo hará por respeto á mí y á ella misma, pues comprende bien que un escándalo no serviria sino para causarnos perjuicios.

—Usted no conoce á su esposa, decia Dolcetti, yo la estoy conteniendo y á la primer prueba que tenga ya verá la que le arma.

Lanza creia que como dejaba á Luisa toda la libertad para divertirse como quisiera, ella no podria reprocharle nada, desde el momento en que ella misma confesaba que no tenia pruebas en que fundar su reproche.

Sabia que Luisa iba á los teatros y él mismo la incitaba á que lo hiciera, pues así le dejaba toda su libertad de accion, entretenida en sus diversiones.

Es que como lo habia dicho Dolcetti, Lanza no conocia todavía la fuerza del carácter de Luisa y hasta dónde podia llegar esta una vez irritada y herida en su amor propio.

Lanza no comprendia que su esposa le habia perdido el cariño por completo, y su indiferencia creia que solo era efecto de la distraccion en que vivia.

Mal calculaba Lanza en materias de amor; demostrando que no era tan fuerte en esto como en sus aventuras comerciales.

Así es que ni siquiera calculaba que Luisa podia ir al Politeama como iba á otros teatros y pillarlo infraganti delito de infidelidad.

Una noche se daba una funcion á beneficio de uno de los probueistas, funcion con la que se habia hecho mucha bulla.

Luisa habia mandado tomar un palco temprano, pero no habia dicho de ello ni una palabra.

Es que ella sabia ya por sus amigas que el Politeama era el teatro de las aventuras de Lanza, y como tenia sus esperanzas de pillarlo, no habia querido ni siquiera dar á sospechar que iba al Politeama.

Lanza, que estaba completamente á oscuras sobre los proyectos de Luisa, no solo ni se imaginó lo que lo esperaba, sino que preparó para aquella noche una farra mas completa que las que hasta entonces habia corrido.

El organizador de esta fiesta, que llevaba la batuta y hacia grandes preparativos, era el gran Geremias.

Tan entusiasmado estaba, que se habia comprometido á concurrir con la cuarta parte de los gastos, correspondiendo la otra cuarta á Milito, que tambien se mostraba muy interesado por la farra.

Habia invitado dos de los curás mas calaveras, uno de los cuales acababa de llegar del Pilar á desquitarse un poco de la monotonía del curato.

Con semejantes arregladores la farra debía de ser estupenda.

Geremias, el intrépido y amante Geremias habia invitado á una austriaca, espléndida mujer que por entonces andaba muy de moda entre la gente alegre.

Geremias habia llevado al corazon de la joven todas las riquezas de su amor y habia concluido por vencerla, atorrando en ella con toda su pasion ardiente.

Esta austriaca habia dado vuelta los cascos de Geremias de tal manera, que ésta apenas pensaba en las misas con asistencia al responso.

Y si no hubiera sido su proverbial avaricia, no hubiera asistido á ninguna de ellas.

La austriaca gustaba mucho de la sociedad de Geremias por la alegria proverbial de su carácter.

Porque éste guardaba sus llantos solamente para los pedidos de limosna, dejando el resto del tiempo rebosar la alegria en su enorme y espresiva nariz.

Tanto hizo que al fin logró atorrar en su corazon, y asistió desde ese dia á su casa, con mas devocion que á los resposos.

Geremias y la austriaca era la pareja culminante de aquella gran farra armada por el travieso Lanza para aquella noche memorable.

Milito, pequeño y de catadura ridicula, no podia aspirar á las brillantes conquistas de su colega Geremias y se contentaba con lo que buenamente le deparaba la suerte, aceptando complacido una de las conquistas que sobaban á Lanza, que era el Sumo imperante del cóclave.

Verdadero atorrante del amor y tacaño como un judío, poco le importaba que su compañera fuera mas ó menos vieja ó mas ó menos joven.

La cuestion para él era tener una compañera con que poder darse un corte de conquistador á poco precio.

Sin aperebirse de ello ó fingiendo no aperebirse por conveniencia, era el tema de los titeos de sus amigos y sobre todo de los amigos que se cobraban en risas y chacota la mortificacion de tenerlo al lado y aguantarle sus ridiculas pretensiones amorosas.

La gran cena debía tener lugar después de la funcion, con asistencia de las artistas de la com-

pañía y algunos acompañantes de éstas á quienes no era posible cerrar la puerta.

Encargada por Lanza de antemano, esta no podia ser mas suntuosa, sobre todo en la parte de los vinos que era donde el banquero cargaba la mano, por aquello de que sin abundante vino no hay alegría posible.

Luisa tenia sus sospechas de todo aquello, por algunas palabras escapadas á Lanza y á Geremías durante la semana, palabras que ella habia ido recogiendo al acaso y ligándolas con femel malicia.

Así se habia impuesto ella de lo que se trataba sin que los accehdados lo pudieran sospechar. La noche del beneficio llegó por fin.

Lanza y Geremías fueron los primeros en presentarse en el palco con cuatro soberbias mujeres que atraieron sobre el palco las miradas de todos aquellos galápagos que van al teatro pura y simplemente á hacer imaginarias conquistas amorosas, y que basta que una mujer los mire dos veces para creerse amados de una manera frenética.

Los asíduos concurrentes al Politeama conocian aquel palco por el palco de las aventuras, y estaban habituados ya á las curiosas escenas que allí tenian lugar.

No les extrañó la presencia de aquellas mujeres que tanto llamaron la atencion de los demás.

Luisa, temiendo ser vista y que alguien avisara á Lanza su presencia haciendo abortar su plan, esperó á las nueve de la noche para que su pérfido marido estuviera en el apogeo de su escándalo y ni siquiera pensara en ella.

Desconfiando de todos y de todo, no habia dicho una palabra ni al mismo Dolcetti en quien tanta confianza habia hecho.

A las ocho salió en busca de la amiga que debia acompañarla, y á las nueve se presentaba en el Politeama, cuando la funcion estaba en su parte mas interesante, de manera que solo fué notada por los conquistadores que hemos mencionado mas arriba y que apenas miran la funcion por no perder un movimiento de las damas que hay en el teatro.

Presintiendo la tormenta que iba á estallar para ella, Luisa estaba pálida y conmovida.

Un ligero temblor agitaba sus miembros y en su boca contraida por el despecho podía verse toda la ira que habia acumulado en su corazon.

Apenas se sentó en su palco, pasó con avidez el anteojó por el teatro, no tardando en descubrir el palco donde estaban las personas que ella buscaba.

Lanza no estaba allí, pero era indudable que debia hallarse en el antepalco, porque allí estaban aquellas atraentes mujeres, acompañadas de Geremías vestido como un verdadero dandy, de Milito y otro mas.

Para no ser conocida, Luisa no apartó un momento el anteojó de su semblante, que trataba de cubrir con ambas manos.

De esta manera, aunque Lanza mirara al palco, no la conoceria.

En el intermedio, los que estaban en el palco de Lanza pasaron al antepalco, y éste vino recien á ocupar una silla entre las mujeres, con quienes entabló alegre y animada conversacion.

Luisa ardia en deseos de trasladarse á aquel palco y sacar á Lanza de las orejas.

Pero se contenia á duras penas porque queria convencerse aún mas en su perfidia.

De cuando en cuando aparecia Geremías con vasos de cerveza que aquellas mujeres bebian algrememente, mientras reian con grande animacion de las cosas que Lanza les decia.

Luisa ardia en ira, pero se contenia siempre. Concluido el intermedio, Geremías, Milito y el otro vinieron al palco, yendo á ocupar el sitio que ellos dejaban en el antepalco, Lanza, pero acompañado esta vez por una de las mujeres.

Sin duda iban á seguir bebiendo cerveza, ó á continuar con mas libertad la conversacion empezada en el palco.

Luisa no pudo contener ya mas su ira y se levantó en un movimiento nervioso y cada vez mas pálida.

Su amiga sabia parte del plan de Luisa.

Esta le habia dicho solo que queria saber por sus propios ojos hasta dónde llegaba la perfidia de su marido, pero nada mas.

Cuando esta la vió pararse y salir de aquella manera, la detuvo en el antepalco preguntándole qué iba á hacer.

—Lo que voy á hacer lo sabrás dentro de un momento, respondió Luisa: ya vuelvo.

—Piensa lo que vas á hacer, no seas niña, que despues te ha de pesar, dijo la amiga, comprendiendo que Luisa no salia á humo de paja. No hagas locuras y vámonos á casa. que estarás mas tranquila y no atormentarás tu espíritu con lo que haga tu marido.

Ya sabes que los hombres son todos así, mas ó menos, sin que esto pueda perjudicar en nada el cariño que te tiene.

—De su cariño nada me importa, porque hace tiempo que el mio murió para él, observó Luisa ya en el colmo del despecho, pero no quiero que me falte á todo respeto con semejantes perdidas.

—Pero tú no debes olvidar tu posicion y el respeto que te debes á tí misma.

Mas va á ser lo que pierdas que lo que ganes, provocando una mala escena.

Créeme, Luisa, sosiega tu espíritu y vamos á casa; despues á solas, podrás decirle todo lo que quieras, pero sin que nadie se imponga de tus miserias intimas.

—Si yo no voy á hacer nada, voy á encargarme una localidad para la próxima funcion y vuelvo, espérame aquí.

Para la amiga era indudable que Luisa iba á provocar una escena con su marido, así es que que trató de contenerla por todos los medios que se le ocurrieron, pero todo fué inútil.

Luisa no solo estaba resuelta sino profundamente irritada: era inútil cuanto pudiera desirse en el sentido de disuadirla.

Salió del palco rápidamente y se fué derecho al que ocupaba Lanza.

La amiga no la quiso acompañar por no verse complicada en el acto violento que Luisa iba á efectuar.

En el palco de Lanza habia otros hombres y no queria que fuera nadie á pensar que ella podia tener interés en alguno de ellos y que por eso habia acompañado á Luisa.

Para estar libre toda la noche, Lanza habia dicho á Luisa que se iba á Belgrano aquella tarde y que no volveria hasta el dia siguiente.

Y era esta mentira sobre todo, lo que mas habia irritado á Luisa.

Resuelta á todo, Luisa se acercó al palco de Lanza y quiso abrir la puerta de golpe.

Desde la galeria se sentian las carcajadas de Carlo y la conversacion animada de las mujeres que con él estaban.

Luisa tiró la puerta hácia sí, pero la puerta no se abrió, estaba cerrada por dentro.

La sorpresa que habia calculado estaba perdida, pero esto no era mas que un pequeño detalle que en nada podia influir al general resultado de la aventura.

Luisa golpeó la puerta con ademán nervioso y resuelto.

Los de adentro debieron quedar sumamente sorprendidos, pues en el acto cesaron las voces y las risas, sintiendo Luisa que alguien se acercaba á la puerta con sumo rocató, como si no atinase quién podia ser el importuno que venia á interrumpirlos.

Luisa volvió á llamar de una manera imperiosa, y entonces apareció en la puerta el mismo Lanza, que quedó helado de asombro al contemplar el irritado semblante de su consorte.

En el primer momento quiso salir cerrando la puerta tras sí y aguantar el chubasco en el corredor, pero no pudo realizar esta idea salvadora.

Luisa en cuanto lo vió empujó la puerta y se metió al palco como una leona, y tan irritada, que en el primer momento no pudo pronunciar una palabra.

Como es natural, los concurrentes del palco se asomaron á mirar á Luisa, con curiosidad las mujeres, porque no conocian la invitada, y con alegría los hombres, porque veian llegar una convidada inesperada.

Por la oscuridad del antepalco no podian conocer á la que habia llegado, así es que el gran Jeremias se vino de zumba al antepalco para dar fé de la cosa.

Pero al reconocer á Luisa quedó tan helado como habia quedado Lanza, comprendiendo al momento lo que allí iba á pasar.

Mas vivo que Lanza, Jeremias tomó su sombrero inmediatamente y se puso en salvo de un solo brinco.

El mas ligero manoton de Luisa podia arrancarle su bigote postizo y el casquete con que cubria el cerquillo, revelando lo que era.

Y como aquello hubiera sido un escándalo que podia hacerlo perder todo, y aun hacer tomar parte á la policia, no quiso esponerse á ello y saliendo del palco se fué á presenciar la cosa desde el otro lado del teatro.

Esta maniobra de Jeremias fué hecha con tal rapidoz, que Luisa, aunque tuvo la intencion, no tuvo tiempo de detenerlo.

Cuando quiso hacer el ademán ya Jeremias estaba en salvo.

Entónces fué que Luisa prorrumpió en un palabreo formidable.

—Estos son tus quehaceres en el campo y los grandes negocios que te retienen fuera de tu casa! exclamaba.

Seducido por estas perdidas y estos sacerdotes del vicio, me abandonas como á una miserable y te vienes á armar estas orgías, dando espectáculo público de sinvergüenceria infinita.

—Luisa, por Dios, murmuró Lanza en voz baja, modérate y vamos, no des escándalo que nos ponga en ridículo!

—No, señor, de algun modo he de castigarte á tí y á estos viciosos.

—Por Dios, Luisa, que te van á sentir y vamos á ser el ludibrio de todo el mundo, modérate y vamos, en casa me dirás cuanto quieras.

—No quiero, no quiero, respondió Luisa subiéndole la voz cada vez mas; que me oigan, poco me importa, verán que es una mujer abandonada por su marido, que lo viene á sacar de entre estos perdidos que lo entretienen para sacarle el dinero.

A las voces de Luisa, que eran cada vez mas fuertes, toda la gente del teatro miraba al palco de Lanza sin saber lo que pasaba, y algunos amantes del titeo habian llegado hasta acercarse á la puerta del palco y entreabriria para no perder una palabra de aquel escándalo fuera de programa.

El reo Milito en cuanto habia oido aquello de sacerdotes del vicio, se habia hecho chiquito en el rincon del palco y trataba de ocultarse entre los trajes de las mujeres, que, llenas de curiosidad preguntaban quién era aquella sinvergüenzia que venia á dar semejante escándalo.

—La sinvergüenzia no soy yo sino ustedes, respondió Luisa que las habia sentido, y levantando la cortina que dividia el palco del antepalco.

Ustedes, que no tienen vergüenzia de seducir á un hombre casado y de venirse al teatro á dar espectáculo con frailes vestidos de particular; miren qué figuras para tratar de sinvergüenzia!

Milito se dejó caer al suelo del palco para ocultarse mejor, y Lanza, que vió que aquel escándalo tomaba proporciones tales que la Policia no tardaria en intervenir, adoptó una actitud severa.

Sus súplicas nada habian podido, y era preciso tentar el lado severo á ver si algo podia conseguir así.

—Basta de escándalo, señora, y vamos, dijo con toda la energía que pudo reunir y tomándola de un brazo para sacarla de allí.

No es justo que porque usted haya perdido la cabeza, venga la Policia y nos haga salir del teatro como á cualquier borracho.

—Lindo, muy lindo, respondió Luisa ante la nueva actitud de su marido, para completar el

cuadro no le falta mas que golpearme en presencia de las mismas perdidas y perdidos que han provocado esta escena.

Y se puso á llorar amargamente.

La situación se hacia para Lanza cada vez mas desesperante.

Ya algunos vigilantes se habian acercado al palco y el público chistaba de todas partes pidiendo *pan francés*.

Sabe Dios cómo hubiera terminado todo aquello, sin la intervencion del comisario de Policia, que, impuesto de lo que sucedia entró al antepalco y aconsejó suavemente á Luisa que se retirase.

— Usted no tiene ya objeto en permanecer aquí, señora, es mejor que se retire, toda la gente se fija en ustedes y esto no es conveniente de ninguna manera.

Si usted continúa y el escándalo aumenta yo voy á tener que hacerlo cesar de todos modos y esto no le conviene á usted.

— Está bien, respondió Luisa sintiendo que su ira cedía ante aquella palabra suave y conciliadora, pero usted comprenderá que he tenido razon.

Qué quiere que haga una pobre mujer abandonada y engañada por su marido para venir al teatro á dar espectáculo con mujeres perdidas y curas vestidos de particular?

El gran golpe estaba dado, siendo recibido con grandes palmoteos por la muchedumbre de curiosos que llenaban el corredor.

Ante aquel califónico, la austriaca de Geremias que era la mas agalluda, dijo á Luisa que la gran insolente y la gran escandalosa era ella, que iba á provocaras de aquella manera sin derecho alguno.

Pero aquí el Comisario intervino con lenguaje enérgico mandando callar á la austriaca, bajo la seria amenaza de hacerla salir del teatro.

— Señor Comisario, dijo Lanza, que no perdía nunca el tino, en voz baja y acercándose al funcionario:

Yo me voy porque no me atrevo á salir con mi mujer entre esta gente ¿quiere usted hacerme el obsequio de ver si la saca á un lado? de esta manera será mas respetada y yo entretanto como un carruaje.

El Comisario, que, como todos, conocia á Lanza por una persona respetable en su posicion de banquero y viendo que estaba envuelto en una aventura que á cualquier calavera puede suceder, accedió á aquel pedido que encontró sumamente justo.

Y mientras Lanza se abria cancha por entre aquel gentío curioso y titeador, él se acercó á Luisa.

Felizmente para él los curiosos contemplaban con tal avidez la escena que se desenvolvía en el palco, que solo fué notada su salida por unos cuantos, que no dijeron la menor palabra.

— Venga conmigo, señora, que á mi lado nadie ha de decirle una palabra, ya su esposo se ha retirado y la espera afuera con un carruaje.

— Esta bien, señor, yo me voy, dijo la joven secando sus últimas lágrimas, pero antes de

irme quiero que conste que esos hombres que están ahí son curas con barba postiza.

Un inmenso clamoreo saludó la declaracion de Luisa.

Ella tomó el brazo que el Comisario le ofrecia y salió del palco cubriéndose el semblante con el pañuelo, pues estaba avergonzada de verse mirada por tanta gente.

La multitud de curiosos la siguió, ávida de presenciar el encuentro de los consortes en la calle.

El reo Milito aprovechó hábilmente la salida de los curiosos.

Aterrado con la delacion de Luisa y suponiendo que el Comisario volveria á averiguar si era cierto, en cuanto vió que los curiosos habian desaparecido siguiendo á Luisa y al Comisario, tomó su sombrero y se escurrió como mejor pudo seguido de su compañero, con tan buena suerte que nadie les dijo una palabra.

Los que vieron que escapaban no eran los mismos que habian oido la delacion de Luisa, pues estos habian salido á la calle.

Allí estaba Lanza, que esperaba á Luisa con una volanta lista.

Luisa entró al carruaje instada siempre por el Comisario, subió Lanza en seguida y el coche partió en medio del clamoreo y risas de aquel público alegre y titeador, que se preparaba á la segunda parte del escándalo, que seria seguramente la prision de los curas disfrazados, pues aquel era un verdadero escándalo en el que la policia debía intervenir de oficio.

El Comisario se acercó al palco de Lanza, pero no halló mas que á las mujeres, pues ya sabemos que los estimables curas habian tocado un rápido espantoso.

Como tenia bien presente la fisonomia de Milito, lo buscó por todas partes, pero no lo pudo encontrar.

Este, como su compañero, habian juzgado por conveniente irse, hasta que todo pasara, yendo á esperar á sus compañeras al paraje donde habian preparado la cena.

Como Geremias se habia puesto á salvo con tiempo, no habia sido notado ni tenia por consiguiente nada que temer.

Y como ignorase por otra parte las revelaciones que habia hecho Luisa, se dejó estar en el Politeama hasta que terminara la funcion, para poder juntarse con sus compañeras y sobre todo con su austriaca, que le tenia dada vuelta la cabeza.

Pero tuvo la prevision de ni siquiera acercarse al palco, contentándose con mirarlo á la distancia para observar si las mujeres salian ó esperaban el fin de la funcion.

Estas, que poco les importaba de lo que habia sucedido, se quedaron como si tal cosa, sirviendo de blanco á todas las miradas y sin demostrar por esto la menor mortificacion.

Era gente que, lejos de tener que perder, todo era ganancia para ella.

Así permanecieron en el palco hasta fin de la funcion, siendo de las últimas que se pararon para irse.

Una buena cantidad de curiosos esperaban en la puerta del palco para verlas salir y llenarlas de cuchufletas, ofreciéndoles honesta compañía.

Pero ellas salieron serenas y sin parecer notar que eran el objeto de cuanta palabra se pronunciaba.

Geremias, con asombroso aplomo, se colocó delante de ellas lo bastante para que lo vieran y lo siguiesen, pero teniendo el buen tino de ni mirarlas siquiera.

Y ellas que comprendieron bien el recato de Geremias, aparentaron no fijarse en él, pero lo siguieron con todo el disimulo que les fué posi-

ble, disimulo tan perfecto que nadie pudo notar que entre aquel jóven y ellas hubiera la menor relacion.

Geremias, como ya habia sido notado por las mujeres, no se preocupó mas de ellas y suponiendo que seria seguido por aquel público curioso, tomó una de las muchas volantes que en la calle se ofrecian, esperando con ella en la esquina.

Y antes que los curiosos pudieran darse cuenta exacta de lo que pasaba, se metió con ellas al carruaje, partiendo rápidamente.

Iban al lugar de la cena donde se encontrarían con los artistas invitados.

UN VIAGE PROVECHOSO

Los esposos Lanza vinieron hasta su domicilio en el carruaje, sin cambiar una palabra sobre lo sucedido.

Luisa lloraba, conmovida y agitada por las diversas impresiones que habia experimentado aquella noche.

Lanza reflexionaba sobre su situacion endiablada y sobre la pelea indudable que con él iria á echar Luisa en su casa.

Si el respeto hácia el público y la propia vergüenza no la habian contenido en el teatro, quién diablitos seria capaz de contenerla en su casa, donde no tenia que temer que la viesesen ni la escucharan extraños?

El carácter demostrado en el teatro por Luisa habia apagado los humos de Lanza, que se sentia con miedo de abordar una discusion de aquel género.

Sin embargo, comprendiendo que si se dejaba dominar en aquella ocasion era un hombre perdido para todo el resto de su vida, el jóven hizo de tripas corazon y no solo decidió hacerse el fuerte y el energético, sino que resolvió ganar el tiron de la raspa, á ver si de aquella manera Luisa se intimidaba y pedia disculpa.

Era el único remedio que se le ocurrió de salvar su autonomia de marido tan peligrosamente comprometida, pues la muger que hace en pleno teatro lo que Luisa, á solas se le duerme al marido con argumentaciones mas contundentes y peligrosas, porque estas van engendrando otros actos poco convenientes y moralizadores.

Lanza se conformaba con conservar la posicion que hasta entonces habia tenido respecto á su muger, y para esto ya no habia mas medio que ganarle la delantera y asustarla con cuatro gritos maritales.

Mientras Luisa llegaba á sus piezas, Lanza quedó pagando la volanta y dándose un poco de coraje que veía le faltaba mas, mientras mas cerca estaba del momento peliagudo.

El amor puede mucho tambien en estos casos, pensaba: Luisa me ama inmensamente y es ese cariño ciego lo que le ha hecho dar este paso bárbaro.

Si no me amase ciegamente no habria hecho esta barbaridad, seguramente.

Entonces atacándola por este lado, haciéndole creer que con estas cosas concluirá por matar el amor que le tengo, cederá y podrá entonces imponerle mis condiciones.

A pesar de esta resolucion, tan asustado estaba Lanza, que entre pagar el carruaje y venir á sus piezas tardó mas de media hora.

Luisa ya no lloraba, habia secado sus lágrimas y lo esperaba en actitud agresiva y decidida, al extremo que vaciló un momento y casi perdió el tiron que pensaba ganar.

—Lo que acabas de hacer, Luisa, le dijo, es lo que hubiera hecho cualquier lavandera.

Te has puesto en ridiculo, me has puesto en ridiculo á mí y te has espuesto á que yo use contigo de toda mi severidad.

Es necesario que comprendas una vez por todas que si yo soy tu marido, que si yo he tenido contigo todo género de contemplaciones, no estoy dispuesto á soportar que me trates como á un sirviente ni como un hombre de quien la muger hace lo que le dá la gana.

Como Lanza veía que Luisa lo escuchaba sin responderle y sin interrumpirlo, sintió aumentar sus bríos y añadió:

—Esto se te puede perdonar por ser la primera vez que lo haces, y porque á ello has sido inducida por el gran cariño que me tienes; pero

es bueno que sepas que su repetición puede costarte muy cara, porque una conducta semejante en la esposa mata el amor del marido y lo hace cometer actos cuya violencia nadie puede prever.

Si quieres conservar mi cariño y la paz de nuestro hogar, es necesario que te reformes y que no hagas barbaridades como las de esta noche.

Lanza creía que con este discurso Luisa se echaría a llorar amargamente y le pediría perdón, jurando no volver á hacerlo, pero fué entonces que vió á Luisa transformarse de una manera completa.

La jóven lo dejó hablar hasta que concluyó, y cuando Lanza guardó silencio, se le acercó altiva y amenazadora, y diciendo en insolencia le dijo:

Y quién te ha contado que yo haya procedido por amor á tí? mi cariño hace mucho que lo perdiste con tu conducta infame y libertina.

Lo único que yo he querido ha sido castigarte y mostrarte que no te he de aguantar tus porquerías.

Qué puedes hacerme para castigarme, si la escena de esta noche se repitiese?

Es preciso que entiendas una vez para todas que mi conducta se graduará con la tuya en un todo; y como me parece que he adivinado en tus palabras hasta cierta intencion amenazadora de pegarme, te prevengo que al menor ademán de ponerme una mano encima, soy muy capaz de ponerte una silla de sombrero.

No se soñaba Lanza una actitud semejante, así es que quedó corrido con aquel discurso famoso.

Pero se repuso bien pronto, porque el aflojar ahora, era aceptar de lleno la tutela de su mujer y declararse dominado.

—No sé por qué me parece, Luisa, le dijo, que tú has bebido con exceso esta noche, porque solamente borracha puedes decir cosas semejantes.

Aquí soy yo el marido, Luisa, yo mando y se hace sencillamente lo que me dá la gana.

—Tú eres un sinvergüenza y un canalla, que no contento con lo que has hecho has llegado hasta insultarme y amenazarme.

—Bien merecido tengo las insolencias que me dices, puesto que cometí el desatino de elevarte hasta mí.

—Qué me has de elevar, canalla, he sido yo la que descendí hasta tí, por lo que hasta arrepentida estoy.

—Luisa, que te rompo el alma!

—Ensayá de hacerlo y veremos quién sale perdiendo.

No se sabe cómo terminaría este diálogo formidable.

Pero al día siguiente á la hora de almorzar, Dolcetti vió que Lanza traía el semblante arañado en varias partes y Luisa algunos tolidrones que el coldcream y los polvos de arroz puestos sobre ellos con gran prouligidad no habian podido ocultar.

Indudablemente el diálogo habia terminado á

moquetes, con los cuales cada uno creyó definir sus posiciones.

Cuando los matrimonios entran á este género de caricias, la vida se vuelve un martirio perpetuo, á no ser que cada uno se resuelva á vivir sin preocuparse de lo que hace el otro.

Luisa, sin embargo, habia salido ganando, porque si es verdad que habia comprendido que Lanza podría deminar á Lanza en absoluto, habia visto tambien que Lanza no podría nunca dominarla á ella.

Se habian independizado uno del otro como si hubieran hecho un convenio tácito.

Luisa no podía vencer los vicios de Lanza, ni éste podía apagar la sed de libertad é independencia que habia renacido en Luisa con la pérdida de su amor.

El resultado de aquella conferencia marital amoroso-contundente, fué que Lanza no pudiera asistir á la gran farra de aquella noche, pues en el estado que lo habia dejado Luisa estaba imrepresentable.

Sus amigos podían hacerle el titeo del siglo, porque sabiendo lo que habia pasado en el Politeama, ya podían explicarse perfectamente la procedencia de aquellos arañazos.

Se resignó así á perder aquella fiesta que tan bien habia organizado, pero prometiéndose en cambio desquitarse con usura en la primera ocasion.

Lanza se vistió y se fué al escritorio, refiriendo á Dolcetti y á los que quisieran indagar la causa de aquellos arañazos, que se habia caído de un árbol en Belgrano, pero Dolcetti no tragó la pládotra, porque ya le habian referido el escándalo del Politeama y porque aquellos arañazos coincidían perfectamente con los moretones que ostentaba Luisa.

Á la tarde estuvo Geremias en el escritorio á visitarlo y darle varios consejos de dominio sobre su consorte, pues aquellas escenas podían seguir en un crescendo muy peligroso para todos.

—Todos hemos quedado malamente comprometidos, añadió, y no sé cómo ese pobre de Milito que anduvo tan lerdo al principio, ha podido escapar ileso.

Ya se me figuraba verlo entre dos vigilantes en camino de la tipa.

—Oh! no ha de volver á suceder! exclamaba Lanza dándose todos los aires de haber dominado á Luisa, me la ha pagado en regla!

Y como los arañazos aquellos eran indudable señal de lucha, Geremias se persuadió de que Lanza habia encajado á Luisa una tunda formidable.

Y referia á Lanza en medio de alegres carcajadas lo monumental de la farra que habia tenido lugar la noche anterior.

Nadie que viera á Geremias en aquel traje elegiaco, con su sotana raída y descolorida y su teja despinada y grasienta, se hubiera sospechado en él al paquete y gallardo moceton de la noche anterior, derretido ante la mirada lánguida y soñadora de la hermosa austriaca.

Eran dos personas completamente distintas,

porque el diablo del clérigo había hecho tal estudio en el juego de la fisomía, que oспresaba en ella con la mayor perfección lo que quería espresar.

Por esto es que en las casas donde limosneaba semanalmente, lo creían un infeliz rematado.

A Lanza se le hacía agua la boca, cuando escuchaba de la de Geromías las peripecias de la noche anterior.

El gran Milito había concluido por montar una mula estúpida.

Había empezado á beber fuerte para pasar el mal trago que les dió Luisa y había concluido, antes de ponerse á cenar, porque á Lanza lo habían esperado hasta tarde creyendo que volvería, por mamarso en toda regla.

—*Corpo di Baco!* gritaba—si la tal Luisa fuese cosa mía, á la fecha le habría pegado tal paliza que estaría en manos de médico.

Y estas cosas, añadía Geromías, nos hacían reír como unos bárbaros.

Todas las artistas de la compañía habían acudido á la cita, y francamente, solo faltaste tú para que la fiesta fuere completa.

Lanza, al escuchar estos detalles, no se perdona haber faltado á la farrá, pero ya la cosa no tenía remedio y era preciso conformarse.

—Ahora lo que tienes que hacer es arreglar á Luisa de manera que no vuelva á sacar los piés del plato, porque si esta vez hemos salido bien, sabe Dios cómo saldríamos en otra.

Debes hacer comprender á Luisa que en estas cosas no tiene que meterse, y que el marido es absolutamente dueño de hacer lo que mas le dé la gana.

—Oh! no tengas envidado, respondía Lanza, animado por el proyecto de farrá que estaba preparando en su mente para desquitarse de la pérdida: esta será la primera y última vez.

Para mayor precaucion hoy mismo voy á cambiar el palco por uno cerrado, y así estaremos mucho mas seguros de cualquier avance.

Lanza dentro de sí sabia muy bien á qué atenerse, porque puede decirse que en su pelea de la noche anterior había quedado establecido que cada uno haría lo que mas gana le diera, sin preocuparse del otro para nada y como dos buenos amigos.

Lanza ya sabemos que no se había casado por amor sino por interés.

La belleza de Luisa lo atraía, pero no con tanta fuerza que otras bellezas no lo pudiesen distraer.

Además él no renunciaba á la belleza de Luisa, sino que compraba su libertad absoluta á cambio de la libertad de aquella.

Lanza además no creía que Luisa fuera capaz de un mal paso que comprometiera su decoro y estaba tranquilo á este respecto.

Qué podía importarle que Luisa paseara y se divertiese á su antojo si en esto no le perjudicaba y distraía la soledad en que la tenían sus calaveradas?

—Arreglemos otra fiesta, Geromías, arreglemos otra fiesta, dijo, para que pueda desquitarme de la que he perdido, que yo no he de parar

hasta que no me haga empresario de una compañía, para disponer de las artistas como me dé la gana.

—Ese es el colmo de la felicidad, Lanza, ese es el colmo de la felicidad!

El día que te hagas empresario de una compañía, te declaro el hombre mas granio que haya nacido de vientro de mugge.

Y los ojos de Geromías brillaron como un relámpago de angurria.

Ya se lo figuraba á Lanza empresario de una gran compañía y disponiendo él á su antojo de todas las artistas que desechara Lanza.

Después que Geromías so fué, Lanza empezó á hablar con Dolcetti de sus negocios, que no podrian marchar de mejor manera.

Los clientes crecian en número, enviados por sus amigos los curas de campaña, su crédito en los Bancos, sobre todo en el de la Provincia, aumentaba de una manera fabulosa y las remesas de mercaderías hechas por Maggi se sucedían unas á otras sin interrupcion.

Estaba ganando un dineral, y si no fuera por la manera descabellada con que gastada, tendria ya una linda fortuna.

Dolcetti se había hecho tan práctico en el manejo del escritorio, que no era necesaria para nada la presencia de Lanza.

El solo podia atender á todo lo que precisaban los clientes.

El manejaba todos los libros y correspondencia, de modo que para nada se precisaba la intervención de Lanza.

Dolcetti, en vista de la amistad que le profesaba Lanza, empezó á aconsejarlo que se moderase en sus calaveradas, porque la paz del hogar debía conservarse á todo trance, y si aquellas escenas con Luisa se repetían, podían traerle grandes perjuicios en sus negocios mismos, desacreditándolo en la sociedad de su posicion comercial que debía conservar para la buena marcha de los negocios.

—Luisa está irritada con razon, tiene por usted un cariño profundo, y usted mientras no se reforme no la vá á poder contener.

Lo que á usted le convendria no solo para hacer buenas paces con Luisa sino para el ensanche de sus negocios, seria un viagecito á Europa.

Allí no había de gastar mas de lo que gasta aquí y en cambio traería á la casa grandes ventajas, no solo en clientes sino en mercaderías mismo.

Así Luisa olvidaría estas pequeñas travesuras y cuando usted volviera la encontraria mas cariñosa que nunca.

Un viage á Europa! hé aquí una idea que no se le había ocurrido y que Dolcetti le había soldado como quien suelta un pistoletazo.

Como el jóven decia, no solo podia realizarlo con gran facilidad, sino que seria muy conveniente para sus negocios.

Esto lo haria ponerse en contacto con mucha gente de comercio relacionada con la plaza, emprenderia nuevos negocios y aquel viage podia ser muy bien la base de una gran fortuna.

Lanza se admiraba que esta idea no se le hubiera ocurrido á él, desde que tuvo á su lado una persona bastante apta para poderla dejar al frente de sus negocios.

Su pleito seguía durmiendo el sueño tranquilo de los justos, porque nadie lo agitaba, y el pleito mismo, desde que tenía un buen abogado, podía ser atendido por el mismo Dolcetti, mediante el poder general que le dejaría.

Rico como estaba y con mas crédito del que nunca sospechó, puesto que el Banco de la Provincia le daba medio millon de pesos con su sola firma, poco le importaba la materialidad de perderlo.

Así es que no era tampoco el pleito lo que podía detenerlo en la realización de su viaje.

—A mí no me gusta verlo así mal con la señora, concluyó Dolcetti, ya ella está alarmada y solamente un viaje puede hacerle olvidar lo sucedido.

Yo entretanto puedo quedarme al frente de los negocios ayudado por Luisa misma, que tiene mucha práctica.

—Pues amigo, me ha dado usted una idea que no quiero dejar pasar en blanco: voy á ver qué piensa Luisa y en el acto me pongo á la obra.

Las paces con Luisa eran paces un poco difíciles de hacer.

Si la gresca hubiera sido de palabra simplemente, menos mal, pero una pelea donde se habian cambiado puñetazos y golpes de uña, era ya mas difícil de arreglar.

Lanza no salió aquel día de su escritorio por no mostrar sus arañes, pero á la noche se fué á dar una vuelta: por no perder la costumbre y por aquello de que á la noche todos los gatos son pardos.

A la hora de comer habia dirijido cariñosamente la palabra á Luisa, diciéndole que era preciso olvidar lo sucedido, ya que los dos tenían de ello la culpa.

—Entre marido y mujer, Luisa mia, no deben existir estas miserias, le habia dicho.

Yo confieso que he tenido gran culpa, pero tú la has tenido tambien al irme á provocar de una manera inusitada, poniéndome en una situacion francamente inaceptable.

Luisa estaba en buena disposicion de espíritu para reconciliarse, ó habia visto que era lo que le convenia, así es que respondió en el mismo sentido.

—Es una locura lo que hemos hecho, pero tú eres el único culpable y el único responsable, Carlo.

Cambia de vida, cambia de modo de ser, si no quieres convertirme en un enemigo tuyo, ya que no puedo quererte mas como te quise.

—Qué no me has de querer, Luisa! estas tormentas de amor pasan con la misma facilidad que vienen.

Ya me perdonarás lo mio, yo lo tuyo y en paz, qué le vamos á hacer!

Lanza fué crédulo, inocentemente crédulo, porque no sabia interpretar los sentimientos del corazón de la mujer.

Una mujer puede olvidar del marido cualquier ofensa, cualquier falta de cariño hija de un mal momento, porque el cariño es la fuerza que gobierna su corazón sensible.

Con cariño y modos suaves, un hombre puede llevar á la mujer hasta el sacrificio, que ella arrostraría con la sonrisa en los labios.

Pero una mujer no perdonará nunca al hombre que lo ha levantado una vez la mano.

Esta última y brutal ofensa habrá hecho perder en ambos todo respeto y toda estimación.

Y entre dos personas que no se respetan ni se estiman, no puede existir el menor cariño.

La mujer no perdona nunca al hombre que una vez ha levantado sobre ella la mano.

Grosero de nacimiento y de educación, Lanza no podía comprender estas delicadezas del espíritu, y creyó que Luisa olvidaría los golpes recibidos como podía olvidarlos él mismo y cedió, lo que le hizo perder aún mas terreno en la estimación de Luisa, que vio en él un hombre sin carácter y sin delicadeza.

Cuando Lanza salió despues de comer, Luisa quedó sola con Dolcetti, de cuyo criterio cariñoso se aconsejaba en las situaciones graves.

—Ya lo vé, le dijo, es un hombre que no tiene un átomo de delicadeza.

Todo lo que no sea un sentimiento brutal está lejos de su espíritu y con un hombre así no hay paz posible.

Siempre conciliador y bueno, Dolcetti habló á Luisa en el mismo sentido que habia hablado á Lanza.

—Es preciso que ustedes se lleven bien, le decía, porque así lo exige su posición social y la posición comercial de su marido, si no, irán á la ruina.

Aconseje á Lanza que haga un viaje á Europa y verá como vuelve modificado por la misma dedicación á sus negocios.

El necesita olvidar estas amistades que lo pierden, emanciparse de ellas: si no fuera por estas amistades, él permanecería tranquilo y se dejaría de calaveradas.

—Es una buena idea, respondió Luisa, aunque Lanza es un hombre que ha muerto para mí cariño.

Esos malditos curas, que Dios confunda, ese condenado de Geremías es el autor principal de todo, ya vé que ni á mí misma me ha respetado, y he tenido que llamarlo al orden.

—Por eso es que es preciso separarlo de ellos, y yo no veo nada mejor que influir para que haga un viaje comercial á Europa.

La casa prospera de un modo asombroso y esas calaveradas pueden muy bien tumbar su crédito.

—Oh! Geremías! exclamó Luisa, si yo pudiera, lo haría llorar tanto como al Geremías de la fábula, y asimismo no podría pagarnos todo el mal que nos ha hecho.

Y lo peor es que Lanza está completamente poseído por esa gente, ya lo vé usted: por obsesionarlos, él no se para en gastos ni sacrificios,

puesto que ha tolerado sin romper con él hasta que viniera á hacerlo la corte.

—Bueno, es que Lanza recibe mucho bien de esa gente, es preciso estar en todo: ellos le mandan muchos clientes, y él, como es natural, trata de tenerlos contentos.

Dolcetti, con su lenguaje cariñoso ó insinuante, habia logrado convencer á Luisa, que le encontró plena razon, comprometiéndose á trabajar en el sentido de que Lanza se fuera á Europa.

Dolcetti estaba seguro que con este trabajo conseguiria el viaje de Lanza y por consiguiente la paz de aquel matrimonio al que estimaba y queria, á pesar de que con él Lanza no se habia conducido de una manera muy famosa, puesto que hasta entonces mismo ni siquiera le habia fijado el sueldo que habia de ganar.

Aquella noche, aunque Lanza se encontró con sus compañeros de parranda, regresó temprano á su casa, relativamente á la que tenia costumbre de regresar, hablando á Luisa en la mejor disposicion de espíritu, gracias á los consejos de Dolcetti.

Lanza estuvo conversando cariñosamente con su mujer, cosa que no hacia desde mucho tiempo.

Y al otro dia á la hora del almuerzo, insinuó delicadamente la idea de hacer un viaje á Europa.

—Qué te parece, Luisa? le preguntó como si solicitara su consentimiento.

Creo que un viajecito mio aumentaria nuestros negocios de una manera incalculable, y si tú estás conforme lo emprenderé.

—Si esto ha de beneficiar al engrandecimiento de tu casa, no me opongo, respondió Luisa.

Yo desearia tambien acompañarte, pero no en un viaje comercial sino en uno de recreo.

—Eso no importa, replicó Lanza cariñosamente, pues una vez que yo regrese, que no tardaré, puedes irte tú á visitar á tu padre y yo iré á buscarte.

Los ojos de Luisa brillaron como un relámpago ante esta promesa.

Irse ella á pasear á Europa, sola, y sin tener que dar cuenta á nadie de sus acciones, escudada con su condicion de casada y pudiendo andar por donde quisiera.

Hé aquí una felicidad con que nunca habia contado.

Qué le importaba entónces que Lanza hiciera lo que hiciera, siempre que á ella le dejara en igual libertad?

Sin embargo, hizo lo posible por ocultar el placer que le habian causado aquellas palabras de Lanza.

—Yo no me apuro, le dijo, cuando haya tiempo y comodidad iré.

Ahora me parece muy acertada tu idea de irte á ensanchar las operaciones de la casa y darte de parrandas, que te harian perder al fin de todo, tu buen nombre y tu crédito.

—Cuándo piensas irte?

—Tan pronto como me sea posible, sin perjuicio del negocio.

Voy á arreglarle á Dolcetti todas las cosas, á hacerle un poder en toda regla para que no tengas dificultades, y en cuanto todo esté listo me voy, pero como te digo, siempre que tú seas gustosa y te quedes contenta.

—Cómo no me he de quedar gustosa! desde que te separas momentáneamente por asuntos de negocios, no tengo mas remedio.

Es claro que si se tratara de irte á pasear dejándome, no lo consentiria.

Dolcetti, sumamente contento con el éxito que habia alcanzado su idea, aprobaba el proceder de ambos esposos, como si él fuera ageno al proyecto, y prometía á Lanza que el escritorio seguiria marchando con la misma regularidad de siempre.

—Yo conozco bien su manejo, decia, y Luisa lo conoce tambien, pudiendo recurrir á ella en cualquier dificultad.

Su marcha no debe preocuparlo para nada, sino es para aumentar su comercio y su crédito en Europa.

Ya verá como lo esperamos con una soberbia utilidad cuando venga.

—Si no fuera por la confianza que tengo en ustedes, seguramente que no me moveria de aquí.

Pero sé qué gente dejo, y no me preocupo para nada del escritorio.

—Bueno, concluyó Dolcetti, entonces desde mañana manos á la obra, y á no arrepentirse del proyecto.

Desde el siguiente dia se anunció el viaje de Lanza, pues al mismo tiempo que con esto se despedia de sus amigos, se anunciaba para aquellos que querian darle comisiones que desempeñar en Italia.

Lanza estaba muy bien relacionado en el comercio italiano; sócio del *Circolo*, sus relaciones se extendian desde las personas mas encumbradas y de mas valer, hasta los pobres napolitanos que enviaban por su intermedio cartas y dinero.

Así es que desde que se conoció su viaje, empezaron á lloverle comisiones de todos lados.

El napolitano ya llenaba su escritorio diariamente, ya haciéndose escribir las cartas, ya encargando visita especial para sus familias, ya llevando el dinero que para ellas querian remitir.

Era una ocasion magnífica que no se repetiria en mucho tiempo y no querian desperdiciarla.

Las personas de mejor posicion, que tenian asuntos delicados que remitir á Europa, aprovechaban tambien el viaje de Lanza, encargándolo de sus cosas.

Y fué tal la cantidad de comisiones que recibió, que con el producido de estas solamente, tenia Lanza como costear sus gastos de viaje y estadía en Europa.

El habia anunciado que recorrería toda la Italia, así es que para todas partes le llovian comisiones.

Dolcetti era el encargado de llevar un apunte especial por indice de Provincias y pueblos, úni-

co modo de poder cumplir con seguridad todas las comisiones.

Cada día que pasaba tenia nuevos motivos de felicitarse de aquel viage, que aun antes de ser emprendido habia ya dado á su escritorio un gran incremento, trayéndole nuevos ó importantes clientes.

Habia descontado todos sus pagarés por mercaderias de su suegro, llevando así para este una respetable cantidad de dinero, que aumentaria de una manera fabulosa el crédito que tenia con él.

Y como él conocia tan bien las necesidades de la plaza, haria remitir por Maggi una factura que repusiera en sus cajas todo el dinero que llevaba.

Habia hecho hacer á Dolcetti un poder general en toda regla, lo habia puesto en contacto con su abogado para que pudiera atender los asuntos de su pleito y lo habia presentado á los Bancos y demás importantes casas de comercio, como su apoderado general, rogándoles que lo atendieran coma á él mismo.

Era así imposible que Dolcetti tuviera la menor dificultad en los manejos del escritorio y por este lado podia estar perfectamente tranquilo.

Una diligencia importante se le ocurrió entonces á Lanza, diligencia que completaria el éxito de su viage: presentarse á la Cúria pidiendo ordenes y ofreciéndose en un todo sin interés de ninguna clase.

Vestido como para una recepcion diplomática, Lanza hizo una visita á Aneiros, diciéndole que el primer objetivo de ella era ponerse á sus completas ordenes, y el segundo pedirle su bendicion para emprender el viage, añadiendo:

—Creo que un viage tan largo no se debe emprender sin la santa bendicion de tan santo prelado.

Aneiros quedó encantado con las noticias de esta visita, y Lanza tuvo ocasion de admirarse una vez mas ante su propio ingenio.

Aneiros le hizo innumerables encargos para los discipulos del Seminario Pio y le dió importantes cartas para la Cúria Romana, presentándolo como el piadoso é importante banquero que, sin el menor interés ni comision, remitia el óbolo de San Pedro.

Estas cartas le abririan el Vaticano, que no se cierra nunca á quien dá algo.

Lanza pidió permiso á Aneiros para dejar antes de irse una limosna á la Catedral, licencia que fué concedida en el acto, con una formidable bendicion y una indulgencia plenaria.

Con esto, estaba seguro de abarcar todos los negocios que se hicieran entre Buenos Aires y la Cúria Romana, lo que le dejaria utilidades de primera fuerza.

Con esto quedaban maestramente cerrados todos sus preparativos de viage.

Aunque no hubiera llevado mas cartas que estas, estaba plenamente satisfecho.

Para dar golpe entre las relaciones de Maggi, habia hecho retratar á Luisa soberbiamente vestida, como la muger de un magnate.

Esto daria en Europa una idea de riqueza extraordinaria, confirmada por la conducta que pensaba llevar.

Arreglados todos sus asuntos, Lanza fijó el viage para ocho dias despues.

En esta última semana es increíble lo que se trabajó en el escritorio de Lanza.

Dolcetti tonia que multiplicarse para poder atender á todos los clientes que acudian y cuya mayor parte queria se le escribieran cartas.

Lanza estaba asombrado de su gran significacion como banquero, pues jamás se sospechó una importancia igual.

Solamente las comisiones que le iba á dejar aquel viage, sumaban como diez mil francos, pues muchos le habian encargado de transacciones importantes en compras y remision de dinero.

—Pues señor, qué especulacion, decia, me conviene hacer un par de viages al año.

—Y hágalos no mas, le decia Dolcetti, hágalos no mas, desde que yo puedo atender tan bien sus negocios aquí.

Y tan bien atendidos estaban y de tal modo habia trabajado aquel jóven, que cuando Lanza cerró sus operaciones el dia antes de embarcarse, le mostró todos los libros de la casa perfectamente al dia y en un órden y con una claridad asombrosa.

Lanza no tenia mas que abrir el mayor, para ver en un momento el exacto estado de todos sus negocios.

Llegó por fin el dia de la partida, se arregló Lanza un equipage magnifico y se despidió de Luisa con un cariño infinito.

Su casa era un jubileo de gente de toda especie que iba á saludarlo deseándole las mayores felicidades, llegando aquellos pobres napolitanos sus clientes, hasta agarrarle la mano y besarla, con el respetuoso asombro que hubieran besado la de Dios mismo.

Y le recomendaban sus familias como las hubieran recomendado al Mesias en viage á Europa.

Es que Lanza era para ellos una especie de Dios omnipotente.

El acompañamiento de Lauza hasta el muelle, fué una cosa verdaderamente magnífica.

Iba el cónsul italiano con su personal, lo mas importante del comercio italiano, y una banda de música bastante buena que se habia organizado entre sus mismos clientes, sin faltar, por supuesto, muchas sociedades italianas que habian querido tener ese placer íntimo.

EL VIAGE

Pocas personas se habian embarcado aquí, en viaje de recreo á Europa, con el aparato de Carlo Lanza.

Generalmete se lleva la ropa necesaria para hacer el viaje, esperando comprar en Europa lo que se necesite, pues allí se adquiere mejor y á precio mas reducido.

La comodidad de viajar sin equipaje es impagable, y esto es lo primero que atiende el viajero.

Pero Lanza que se ausentaba como el gran banquero americano, queria viajar con un tren régio, llevando hasta un sirviente para que le cuidara sus baijas.

Se habia hecho confeccionar trajes especiales para andar á bordo y trajes destinados á constatar su lujo de primera fuerza, llevando ropa blanca de la mas rica y en gran abundancia.

Para evitar cuidados habia hecho embarcar su equipaje el dia anterior con su sirviente, de modo que nada tendria en que preocuparse.

En su escritorio, esperando la hora de la partida, se habian reunido una gran cantidad de amigos y clientes que deseaban acompañarlo hasta el muelle en corporacion, dándole así una prueba de su estima y su cariño.

Lanza llegó al fin acompañado de un grupo de amigos numerosos y elegidos, entre los que figuraba el mismo ministro italiano señor Cerutti y lo mas escogido del comercio italiano.

El gran Geremías cerraba la marcha con su aire mas compungido é hipócrita.

Al pasar por el escritorio, Dolcetti entregó á Lanza la cartera de correspondencia que era muy abultada, y la cartera de las letras de cambio y dinaro sellado, que iba en una bolsita como la que usan los mayores de tramvay, y que Lanza se terció gallardamente á la espalda.

En seguida se pusieron todos en marcha, llevando en el centro al ilustre viajero.

En la esquina de Cuyo habia una banda de música de una sociedad italiana que allí lo esperaba, y rompió en alegre y triunfal marcha así que se aproximó el numeroso grupo.

Esta era una sorpresa para Lanza, que no se soñaba una despedida tan ruidosa.

Aquella era la despedida de un hombre eminente, y Lanza que al pasar por la calle de Cuyo sentia pasar por su imaginacion el recuerdo de sus primeros tiempos de América, experimentaba un placer indecible, apreciando el cambio pasmoso que en él se habia operado.

—Dios premia indudablemente el trabajo inteligente y honrado, decia á sus amigos con la mayor audacia.

Nunca me olvidaré que al mes de estar en Buenos Aires, tuve que conchabarme en un hotel para poder atender las necesidades de mi vida, porque á nadie conocia yo aquí y las remesas de dinero que esperaba de Europa se habian retardado.

Y ya ven ustedes que no puedo quejarme hoy, pues no solo tengo la fortuna sinó el aprecio de los distinguidos amigos que en este momento me acompañan.

Como era natural ninguno de aquellos hombres podia sospecharse las peripecias porque habia pasado Lanza y las travesuras y pillerías que envolvian su vida.

Aquella manifestacion, como era natural, iba creciendo á medida que andaba.

Los curiosos se iban agregando, los grupos de pilluelos se iban multiplicando á la cabeza de la banda, y aquello tenia todo el aspecto de una manifestacion popular.

Nunca se habia visto acompañar y saludar con tanto entusiasmo á un viajero particular.

Es que Lanza era una verdadera potencia entre aquella muchedumbre napolitana que lo miraba como una especie de Dios, en cuyas manos se multiplicaba el dinero de una manera fabulosa.

De trecho en trecho los vivos á Lanza atronaban el espacio, repitiéndose siempre en esta forma: viva Carlo Lanza! viva el padre de los pobres!

Lanza se descubria, para devolver así aquellos vivos, sonriendo con un aplomo imposible de imitar.

Porque en aquel momento habia llegado á persuadirse que realmente era digno de aquella manifestacion, y que los que la hacian cump'lian con un ineludible deber.

Cuando llegaron al muelle aquello era una pueblada, pues se habian agregado los changadores y boteros que llenan siempre aquellos parages.

Y todos vivaban á Lanza, aunque muchos no sabian quién era Lanza.

Pero veian á su lado al ministro Cerutti y no dudaban que se trataria de una persona de la mayor importancia.

En la punta del muelle Lanza agradeció con un discurso hábilmente mercantil aquella demostracion de aprecio, prometiendo á cada uno llevar noticias verbales á su familia, con lo que aumentó el bullicio y la algazara.

La flor de aquellos manifestantes y sus amigos de parranda que en ello no veian mas que una nueva farrá, se embarcaron con la banda.

de música en un vaporcito que fletó Lanza para hacer el viaje de ida y vuelta al paquete.

Lanza tenía en aquello su intencion especial y marcada, pues calculaba que presenciando el cañitan y empleados del paquete aquella manifestacion, no solo lo tratarian á bordo como un príncipe, sino que llevarian al puerto de Génova los detalles de aquel ruidoso embarco.

Á bordo del vaporcito no cesó un momento de sonar la música y los vítores á Lanza.

De modo que cuando se acercaron al paquete, toda la tripulacion y pasajeros estaban sobre cubierta.

Nada se comunica tan fácilmente como el entusiasmo, así es que cuando el vaporcito atracó al paquete, los mas entusiastas y alegres vivas sonaron sobre la ámplia cubierta.

Nadie sabia el objeto de aquellos vivas ni conocian al personaje á quien iban dirigidos, pero no por eso dejaban de repetirlos con el entusiasmo que despiertan siempre los acordes de una banda de música.

Radiante de alegría y profundamente convencido de que merecía todo aquello, Lanza subió á bordo y pidió al capitán luciera servir cerveza y champagne para toda aquella gente.

Como era natural, el entusiasmo se duplicó á la vista del suntuoso refresco, siguiendo siempre su crescendo hasta que el vapor anunció la hora de partida.

Lanza se habia despedido régicamente de sus amigos, sin olvidar el menor detalle, pues al director de la banda lo obsequió con mil pasos para que los repartiera entre los músicos, teniendo buen cuidado de hacerlo de manera que todos lo vieran y no pudieran apreciar la cantidad.

Cuando el vaporcito se desprendió del costado del paquete, se sintió un inmenso y entusiasta clamoreo.

Eran los últimos vivas reforzados con el champagne y la ginebra, con que los amigos hacian el último saludo á Lanza.

Este quedó sobre cubierta saludando con el sombrero y con el pañuelo.

Cuando el paquete se puso en marcha y el vaporcito se hubo perdido de vista, Lanza pasó á su camarote, despues de haber pagado sin la menor observacion, la cerveza y champagne que habia hecho servir á sus manifestantes.

Como era natural, ante pasajero que con semejante magnificencia se habia presentado, el capitán hizo arreglar el camarote que debia ocupar Lanza con todo el lujo que le fué posible y todas las comodidades que existian á bordo.

Y él mismo le significó que tuviera la bondad de pedirle cualquier cosa que necesitase y que él hubiera omitido.

La relacion con aquel gran banquero le convenia, pues este, por agradecimiento, estaria obligado á ocupar su vapor para todo lo que necesitara, y lo recomendaria á sus clientes.

Lanza, que en todo pensaba, habia telegrafiado á sus amigos de Montevideo, invitándolos á beber una copa de champagne á bordo.

De modo que estos fueron á recibirlo á bordo en número de diez á doce.

Era un nuevo bombo que se daba el banquero ante el capitán, tripulacion y pasajeros del paquete.

Como Lanza no quiso bajar á tierra prestando hallarse muy cansado, los invitó á comer á bordo, haciendo traer de tierra viveres especiales, pues significó al capitán que queria obsequiar bien á aquellos amigos.

Este estaba encantado, pues nunca habia tenido á bordo un pasajero que viajara con tanto rumbo.

Si las cosas seguian así, Lanza no haria su viaje con menos de diez mil francos, sin contar el pasaje.

Era la única manera que este tenia de darme bombo, y no habia que desperdiciarla.

Sus amigos, instados por él, pasaron la noche á bordo, charlando y bebiendo alegremente.

Calaveras de ley, y sabiendo que su fastuoso amigo debia pagar todo el gasto, ellos intentaron hacerlo.

Pero Lanza, dándose una importancia profunda, llamó al capitán aparte y le dijo que no permitiera á sus amigos hicieran el menor ademán de pagar, pues él queria cubrir todos los gastos ocasionados por ellos.

Así es que sus amigos pudieron impunemente darse el corte de querer pagar y aun de insistir en que se les habia de decir la suma de lo gastado.

— No hay tu tia, decia Lanza sonriendo espléndidamente: ahora pago yo, que soy el que me voy.

Á mi vuelta pagarán ustedes, no me opongo.

Aquella noche y aquella mañana fué pasada en medio de la mayor alegría, alegria franca y creciente, pues sin cesar era remojada abundantemente.

Solo en el último momento los amigos de Montevideo se despidieron de Lanza, recomenándole le hiciera conocer su regreso, comprometiéndolo á que, para entonces, bajaria á tierra, en lo que Lanza no puso el menor inconveniente.

Y siguió su viaje en medio de la mas franca alegría, haciendo relacion estrecha con todos sus compañeros de viaje, que eran objeto de sus frecuentes obsequios.

Lanza se vestia y se perfumaba diariamente como si fuera á asistir á un salon de viaje, revelando hasta en sus menores detalles que era un hombre acostumbrado al lujo y á la gran vida.

Y como se le veia cambiar no solo de ropa rica y de alhajas, á nadie se le ocurrió dudar que fuera realmente un banquero de inmensa fortuna.

El hacia siempre el gasto en la conversacion de sobremesa, contando mil fábulas tendentes á aumentar su gran importancia.

Decia que él maneja la fortuna de todos los italianos ricos de Buenos Aires y que los mismos banqueros acudian á él cuando tenían que hacer algun giro de importancia.

Aunque se veía que aquel hombre exageraba mucho, le creían la mayor parte de lo que decía.

Y sobre todo, después de lo que habían visto, no les parecía tan extraño lo que contaba Lanza.

—Es verdad que yo soy rico de familia, decía, pero en Buenos Aires y en un solo año me he ganado una fortuna inmensa, lo que prueba que allí, con talento y constancia en el trabajo, puede uno hacerse un Rostchild sin gran dificultad.

Yo mismo, dentro de un par de años, no tendré envidia á ningún banquero del mundo.

Y Lanza llegaba en sus exageraciones á creerlas á puño cerrado.

Y qué diablos? no se había levantado realmente de la nada á la altura que ocupaba?

Qué no podría hacer entonces con la gran base de crédito que tenía, y los fuertes intereses que manejaba?

Aquel viaje, sobre todo, lo iba á ser de un provecho incalculable.

Lanza solía pensar en su pasado, y era tan asombroso el cambio, que muchas veces él mismo dudaba de lo que había sido.

Cómo diablo había podido llegar á subir á aquella altura, después de haber rodado entre las últimas capas sociales?

—Aunque yo contara quién he sido y lo que he hecho, pensaba, nadie me lo creería.

Y Lanza á pensar así, concluía por creer que debía tener una cabeza de primer orden, y tal talento para el comercio, que él mismo no lo podía apreciar en todo su valor.

—Quién me va á conocer ahora en mi país? decía.

Quién va á sospecharse que este gran banquero que se les presenta lleno de dinero y vestido como un gran personaje, es Carlo Lanza, aquel mismo Carlo Lanza que no servía para nada, y que en sus primeros años andaba cuidando vacas y ovejas?

Cuál de los que me han conocido después vagando las calles y las malas reuniones, podrá creer que yo soy el mismo Carlo Lanza truhan y miserable?

Cómo abrirán los ojos al mirarme! cómo se asombrarán ante mi vestido y mis alhajas!

Muchos van á querer descolgarse á América sobre tablas, creyendo que pueden hacer igual fortuna.

Pero es en vano, no hay otro yo, y de diez mil compatriotas, ninguno llegará á la centésima parte de lo que yo he llegado.

Lanza no había querido nunca escribir á su familia contándole su verdadera posición, porque siempre pensó sorprenderla como lo iba á hacer entonces, para dársele el placer de que no lo conocieran y poder en seguida hacer él mismo su presentación y su mas estupendo panegírico.

Rodando entre gento de negocios y de educación distinguida, él había logrado accepillarse hasta perder su aire burdo y de campesino disfrazado que tenía al principio.

Era ahora un jóven elegante, que parecía naturalmente nacido en la opulencia y creado entre las mas distinguida sociedad.

La prueba que de esto tenía, era que nadie dudaba de su origen oscuro y que lo aceptaban sin vacilacion tal cual quería presentarse.

Cómo podía sospecharse ninguno la serie de peripecias porque había pasado en su vida y que de la nada hubiera llegado al colmo de la riqueza?

Lanza podía estar seguro que si él no se descubría en su origen, no lo descubriría ninguno.

El se había ido de su pueblo teniendo que mendigar, puede decirse, y ahora volvía rico, al extremo de importárselo muy poco tener un puñado de oro mas ó menos.

Su conducta á bordo era la de un hombre de gran mundo, habituado á las grandezas humanas.

El bebía del mejor vino que había á bordo, invitando á aquellas personas con quienes mas relación había estrechado; bebía muchas veces con gran exceso, sin que jamás hubiera podido conocerse en sus ojos tan solo, lo que había bebido.

No perdió su aplomo ni una sola vez ni habló la menor palabra inconveniente.

—Aunque estos hagau mil viajes de ida y vuelta, pensaba, nunca han de olvidar á Carlo Lanza, porque nadie les ha de dejar el recuerdo que yo.

Cuando llegaron al puerto de Génova y se trató de desembarcar, Lanza significó al capitán que nunca olvidaría la distinción con que había sido tratado á bordo.

—Llevo tan grato recuerdo, le decía, que no habrá amigo que venga á Europa ó vaya á América á quien no recomiende este vapor.

El capitán estaba sumamente complacido, porque era esto precisamente lo que quería, pensando que la protección de un hombre como aquel era de la mayor importancia.

—Tengo sin embargo que pedirle un servicio, dijo, que espero no me negará usted.

—Tiene usted el derecho de pedirme lo que quiera, respondió Lanza adoptando, un aire de la mayor importancia, y yo el deber de acordárselo de antemano.

—El servicio es, respondió el marino, que usted me permita invitarlo á cenar luego.

Quiero tener el honor de obsequiarlo con la primera comida que haga usted en tierra italiana.

Lanza aceptó sumamente complacido y bajó á tierra con aquel compromiso establecido.

Se hizo llevar el equipaje al primer hotel de Génova, de donde saldría con el itinerario que había de seguir hasta su regreso.

Aquel día no se habló de otra cosa que de la llegada del célebre banquero americano.

El capitán y los empleados de á bordo habían desparramado la noticia que en poco tiempo se extendió por todas partes.

Se sabía así que aquel era un gran banquero americano, que había sido acompañado á bordo

con bandas de música, por el ministro italiano y un inmenso pueblo que lo vivaba lleno de entusiasmo.

Que viajaba como un príncipe y que había gastado á bordo en 'estraordinario mas de mil francos.

De modo que el hotel donde se alojaba Lanza, estaba sumamente concurrido por curiosos que querian conocerlo, y representantes de la misma autoridad que habian ido á saludarlo, con esa obsequiosidad que caracteriza á las autoridades de Génova.

Habian sido prevenidas de la llegada de este personaje y creian de su deber irlo á saludar.

Lanza, que preveía esto, habia tomado un departamento con una sala, y allí habia hecho servir un refresco para obsequiar á las personas que fueran á visitarlo, de modo que todos ellos quedaban agradablemente sorprendidos ante aquella costumbre americana de recibir visitas.

A la oracion vino el capitán del buque, que habia mandado preparar una comida para obsequiar á su viajero y á la que invitó algunos amigos de Génova, teniendo que hacer lo mismo con algunas de las visitas que permanecian allí á la hora de comer.

El capitán espuso brevemente el motivo de aquella sencilla comida y todos se sentaron á la mesa, siendo unas quince personas.

Aquella comida era sencilla y pobre, comparada con la que el mismo Lanza dió á bordo, en Montevideo.

Pero en cambio ella fué de una animacion escepcional.

Al terminar, Lanza se permitió significar al capitán su agradecimiento por todas las finezas que le debia, en prueba de lo cual y como humilde recuerdo, le regaló el rico reloj que llevaba en el bolsillo.

En seguida se disculpó con los presentes por no poderlos atender como deseaba, pues queria hacer su visita esa misma noche al banquero Maggi.

Pero les dijo que quedaban en su casa, y que aquella noche él los invitaba á tomar el té, pues al día siguiente tal vez saliera de Génova.

—Tengo mucho que hacer en toda Italia, les dijo, y tengo muy poco tiempo á mi disposicion.

Qué le vamos á hacer, esta es la esclavitud de los hombres de negocio!

Lanza encargó al dueño del hotel que sirviera en su sala lo que se le pidiese, y salió despues de rogar á sus visitantes que no hicieran el menor cumplimiento, y que pidieran en el hotel cuanto pudieran desear, hasta su regreso.

Lanza mandó traer un carruaje, y despues de retocar un poco su cuidado toilette, se hizo conducir á casa de su suegro.

Grande fue el asombro del viejo Maggi al recibir la visita inesperada de su yerno y la espléndidez exterior de su persona.

El buen viejo se figuraba tener un príncipe en su casa y no sabia como hacer para agasarlo y tratarlo de una manera conveniente.

—No me hagan cumplimientos, decia Lanza como quien hace una concesion, es necesario

que me trate como á un hijo y sin el menor cumplimiento, pues si no me voy, porque no quiero servir de estorbo á nadie.

Yo he venido á visitarlos y no á incomodarlos, y mi padre político no debe hacer conmigo mayor cumplimiento que el que haria con un hijo.

Esta franqueza de Lanza, terminada con un abrazo, quitó á la visita todo el carácter de cumplimiento que le habia dado el viejo, empezando á charlar amigablemente y con todo el cariño posible.

El viejo Maggi presentó á Lanza sus hijos, quedando este maravillado ante la espléndida belleza de su jóven cuñada, á quien no quitó un momento la vista de encima.

—Esta es una visita completamente familiar, decia Lanza; mi visita como comerciante la reservo para mañana, pues no son horas de hablar de negocios, ni quiero incomodarlos con cuentas y dinero.

—Qué ocurrencia! decia el viejo: no faltaba otra cosa que ponerse á hablar de negocios!

Lanza habló de Luisa, de su bondad y de sus prendas, de lo feliz que habia sido en su eleccion de esposa y lo que esta deseaba de venir á visitarlos, cosa que no habia podido hacer entonces porque aquel viaje era esclusivamente comercial, pero que pronto vendria.

Aquella visita duró unas dos horas, quedando la familia de Maggi prendada de Lanza y persuadida que este era una nobilísima persona.

El viejo lo invitó á parar en su casa, pero Lanza rehusó por no incomodar, y él no insistió porque dijo que no queria mortificarlo con el miserable alojamiento que podia ofrecerle.

Pero le hizo prometer que al día siguiente almorzaria con ellos.

Lanza regresó al hotel, prometiendo volver temprano para poder arreglar sus cuentas antes de almorzar.

—Vengo con el tiempo tan contado, dijo, y tengo una vuelta tan grande que dar, que contra mi deseo no podré permanecer aquí mas que el día de mañana.

Pero no importa, á mi regreso me quedaré unos días y entonces podremos charlar mas descansadamente.

Cuando Lanza regresó al hotel, encontró en su sala bastantes personas, á quienes obsequió con estremada solicitud y con quienes estuvo hasta hora avanzada.

Lanza despidió á todas aquellas personas, rogándoles lo visitaran al día siguiente, aunque él por falta de tiempo no pudiera pagarles la visita, y se acostó mecido por las mas agradables ilusiones.

Su viaje no podia empezar de una manera mas agradable ni mas eficaz para su objeto.

Al día siguiente se despertó muy temprano, se empaquetó como si fuera á ir á alguna gran visita, y salió á pasear la ciudad, previniendo en el hotel que si venian á buscarlo de lo de Maggi, hicieran esperar un momento.

Cuando volvió halló al jóven Enrique su cuñado que lo esperaba para llevarlo á almorzar.

Nada más aparente que Lanza para seducir á un jóven, así es que el jóven Enrique estaba entusiasmadísimo con su cuñado, que le decía:

—Siento no tener tiempo ahora, pero á mi vuelta hemos de pasar un par de días.

Acostumbrado á las miserias de su padre, el jóven no volvía de su asombro ante la exagerada largueza de Lanza, que mientras esperaba, le habían referido los mozos del hotel.

Lanza tomó sus cuentas y sus letras, que separadas y rotuladas, le había entregado Dolcetti, y se fué con su cuñado á casa de su suegro.

El buen viejo quedó sumamente complacido ante la claridad de las cuentas y sobre todo ante su valioso saldo, pues Lanza le llevaba en letras unos sesenta mil francos.

Era el saldo de su cuenta hasta su salida de Buenos Aires, quedando una valiosa remesa de mercaderías que el viejo había hecho poco días ántes.

El almuerzo ofrecido por su suegro fué bastante bueno, suntuoso puede decirse, dada la tacañería del viejo, invitándolos este á su vez á comer en el hotel.

Fué aquella una comida tan familiar como el almuerzo, pero comparativamente régia, pues Lanza tenía el propósito de deslumbrar á aquella gente para que las remesas de mercaderías aumentarán siempre sin el menor inconveniente.

La familia de Maggi estaba deslumbrada por el boato de aquel pariente, al extremo que el viejo no pudo contenerse y le dijo:

—Pero Vd. amigo debe ser muy rico para gastar de esta manera.

—Soy mas rico de lo que necesito, respondía Lanza, siempre con su ademan de gran importancia, pero por mas que gaste, siempre las utilidades de mi casa, durante mi viaje, superarán en mucho á lo que yo haya podido gastar.

Después de comer el viejo y su hija se retiraron, quedando Enrique para acompañar á Lanza á dar un paseo.

Lanza quería dar un paseo nocturno por la ciudad de Génova, por dos razones.

Primero para deslumbrar á su cuñado con su manera de gastar el dinero y segundo para mostrarse un hombre de gran moralidad en su vida íntima.

La cuestión era ganarse la voluntad y el cariño de aquella gente que había tenido tanta parte en sus buenos negocios y que tanto debía ayudarlos con su remesa de mercaderías.

Jóven y alegre, al lado de otro jóven, obsequioso y rico, Enrique se hallaba sumamente contento.

Lanza le había dado tal confianza desde el principio, obligándolo á tutearlo, que le decía:

—Lo único que siento es que te vayas mañana, desearía verte á mi lado toda la vida.

—No importa, contestaba Lanza, cuando vuelva trataré de demostrarle mas y entonces pasaremos con mayor comodidad.

Habitado el jóven á la miseria judaica del padre, aquel desprendimiento de su cuñado le

parecía aún mas espléndido y se sentía de venirse á América con él.

Toda aquella noche anduvieron dando vueltas por los sitios donde alguna diversion podían hallar y en todos ellos se conducía Lanza con igual espléndidez.

Muy tarde de la noche se retiraron al hotel, donde Lanza obsequió al jóven con una buena cena, regalándole como recuerdo un anillo de brillante.

Con todas estas cosas la familia de Maggi quedó completamente ganada por el banquero americano, como todos llamaban á Lanza.

Al día siguiente Lanza arregló sus cuentas en el hotel, dió á los mozos que lo habían servido una espléndida propina y se dirigió á Biela, pasando inmediatamente al pueblito de campo donde le informaron que residía su familia.

Lanza despachó delante á su sirviente para que anunciara la llegada del banquero americano y él se quedó en la ciudad para prepararse una entrada régia.

El pueblito aquel era el mismo donde había pasado los primeros años de su vida, pueblito chico y relativamente miserable, cuyos habitantes seria lo mas fácil deslumbrar.

Pobre gente que no tenía idea de las grandezas del mundo y que llamaba una fortuna al capital de veinte vacas que poseían los mas ricos.

Nada mas fácil entonces que deslumbrar á aquella gente y aparecer ante ella como un verdadero principe poderoso.

En Biela, que ya tenía Lanza preparado su plan, cambió unos mil francos en pequeñas monedas de plata y doscientos francos en moneditas de oro de diez francos, que entremezcló con las de plata, poniéndolas todas en una bolsa de cuero á propósito.

Con estos preparativos esperó el día siguiente, de modo que el criado tuviera tiempo de anunciar su llegada en toda regla.

Los que lo conocían en Biela quedaban asombrados ante el cambio que se había operado en su fortuna y no podían dejar de tratarlo con ese respeto inesplicable que inspira el dinero.

Lo habían conocido un pobre diablo y aquel asombroso cambio de fortuna los tomaba de una manera imprevista, puesto que de él no habían tenido la menor noticia.

Lanza trataba á sus antiguas relaciones dándose un tono de todos los diablos y haciéndoles creer que en América era él una especie de rey omnipotente, donde los gobiernos le consultaban hasta sus mas insignificantes pasos administrativos.

Y al ver el aspecto de Lanza y la riqueza que se traslucía en toda su persona, nadie dudaba que todo aquello seria rigurosamente cierto.

Para dar mas golpe en su pueblo, Lanza invitó á varios amigos que lo acompañaran, y al día siguiente se puso en camino en cuatro carruages alquilados espresamente para él y su comitiva.

Así es que Lanza se presentó en su pueblo como un verdadero personaje.

El aspecto del pueblo era el de un día de fiesta patria.

Al anuncio del sirviente de que llegaba el gran banquero americano, todo el mundo habia salido á recibirlo á la entrada del pueblo.

La autoridad vestida como en los dias de gran recibimiento honraba el acto con su presencia.

En todos los pueblos de Italia, por miserables que sean, abundan los músicos, así es que en un momento se habia organizado una banda que tocaba con un entusiasmo famoso y digno del compatriota que volvia convertido en un gaan banquero.

Es que el criado de Lanza habia soltado ya cada ponderación como un rancho en elogio de su patron.

Cuando se divisaron los carruages de la comitiva, el criado de Lanza rompió en grandes vivas que repitió el pueblo con entusiasmo febril, rompiendo la banda en descomunales marchas, tocando cada instrumento por su lado.

Si se hubiera anunciado la llegada del rey, no hubiese habido mayor entusiasmo.

Cuando apareció Lanza, el clamoreo y el entusiasmo llegó á su colmo.

Lanza se tiró de la volanta abajo y saludó al pueblo agitando su sombrero primero y arrojando en seguida al aire y por sobre las cabezas de la muchedumbre un puñado de monedas.

Aquí el entusiasmo no reconoció limites; todos gritaban hasta reventarse los pulmones y mugeres, hombres y niños se arrojaban sobre las piezas de plata de medio franco, entre las que lucian las de oro de diez.

Las aclamaciones se sucedían con el mayor entusiasmo y á ellas respondían los puñados de oro y plata que sin cesar arrojaba Lanza.

Nunca se habia visto allí una fiesta semejante ni la aparicion de un hombre tan extraordinario, que arrojaba al pueblo como quien arroja maíz, las piezas de plata de medio franco.

Los hombres, pareciéndoles poco los sombreros, agitaban al aire sus muchachos, alzándolos en los brazos.

La autoridad estaba deslumbrada con la magnificencia de aquel hombre, y el síndico tuvo que llamar en su ayuda á toda su voluntad, para no bajarse tambien á recoger monedas.

La familia de Lanza lloraba de placer y de orgullo al ver la conducta soberbia de Carlo.

Jamás pudo sospecharse verlo volver de aquella manera régia, entre el clamoreo del pueblo y el respeto de la autoridad.

La madre no se atrevia á abrazarlo por temor de manchar su espléndido traje, y el padre se contentaba con mirarlo al través de sus lágrimas arrancadas por el mas cariñoso asombro.

Le parecia increíble que aquel fuera el mismo Carlo Lanza miserable y pobre que se les habia escapado para la América.

Y lo miraban y se tocaban en seguida fuertemente, como si temieran estar soñando.

Pero aquello no podia ser un sueño: allí estaba todo el pueblo que acababa de recoger el dinero arrojado por el opulento banquero.

Lanza se dirigió llevado en triunfo hasta la casa de sus padres donde penetró la autoridad, quedando el pueblo en la calle, sin dejar de victorear un solo momento.

Poco despues llegó un carrito con masas, dulces y bebidas que se pusieron en varias mesas á las que todo el mundo tenia el derecho de acercarse y servirse.

Nos dicen que todavia vive latente en aquel pueblo el recuerdo de la llegada de Lanza, como el acontecimiento mas famoso de que allí haya memoria.

No hay memoria de nada parecido siquiera.

Todo palidece ante el recuerdo de aquellos puñados de plata arrojados "á la marchanta" y de aquellas mesas llenas de dulces y bebidas á cuyo alrededor todos tenia el derecho de sentarse y servirse.

Dos dias se demoró Lanza en aquel pueblito, durante los cuales las fiestas públicas no decayeron un solo momento, dia y noche.

Lanza hizo muchos regalos de dinero entre la gente pobre, para la que cincuenta francos era una fortuna; entregó algunas cartas con dinero que llevaba para algunas familias y preparó su viage de regreso despues de obsequiar regiamente á su familia.

Le suplicaron que se demorara unos dias mas, pero no quiso acceder, diciendo que tenia que dar una vuelta por toda la Italia, visitar al Rey y al Papa, para quien traia cartas importantes de todos los Arzobispos de la América.

Esto produjo aún mas efecto que su mismo dinero arrojado á la marchanta, pues al saber que tenia relacion con los Arzobispos y el Papa, y que era el banquero del Vaticano y otras mentiras que soltaba á granel, muchas viejas venían á besarle las manos, alcanzándole otras sus chicos para que se los bendijera.

La familia de Lanza no sabia lo que le pasaba.

Le parecia que Carlo era una especie de Dios pequeño cuya omnipotencia era inculcable.

Lanza salió para Viela, escoltado por todo el pueblo que lo vivaba entusiasmado, deseándole á grandes gritos, todas las felicidades de la tierra.

En Viela no se demoró mas que el tiempo necesario para tomar el tren, y de allí enderezó á Roma para entregar al Santo Padre las cartas que llevaba y algunas limosnas, que mas que las cartas le abrirían las puertas del Vaticano.

Como se vé, en estas cosas era Lanza muy práctico.

DE TRIUNFO EN TRIUNFO

Una vez en Roma, Carlo Lanza se dirigió al Vaticano y se hizo guiar hasta la régia morada de Pio Nono, el mas hábil de todos los Papas, puesto que llegó hasta hacerse declarar infalible.

Los empleados le pusieron algunas dificultades, pues el buen Papa no era persona de dejarse incomodar á dos tirones.

Pero Lanza se captó en el acto la buena voluntad de aquellos celestes empleados, con algunas simpáticas libras esterlinas que les repartió como limosna, diciéndoles que él era el banquero americano que remitia el óbolo de San Pedro.

Al oír esto y al acariciar las buenas esterlinas que les habia dado, los empleados no le pusieron ya ningun género de dificultades.

Le hicieron un millon de cortesías y fueron á anunciarlo al Santo Padre, que lo recibió media hora despues en audiencia privada.

Despues del ceremonial de besarle la mano y las ropas, Lanza entregó sus cartas, y pidió la bendicion al piadoso Pio.

Esteloyó detenidamente las cartas, conversó algo sobre el óbolo de San Pedro y la mejor manera de remitirlo en adelante, bendicionando á Lanza con todo el aparato de estos casos.

—Ahora me voy mas fuerte que nunca, dijo el travieso comerciante y con una fé inquebrantable en todos los negocios que emprenda.

Pidió al Papa que le recomendase las personas que alguna vez mandase á Buenos Aires, y concluyó por pedirle permiso para dejar una limosna.

Este último pedido concluyó de captarle la buena voluntad del Santo Padre, que volvió á bendecirlo y recibió de Lanza unas cuantas tarjetas que este le daba para que recordara las señas de su banco cuando tuviera alguna cosa que mandar.

Y se retiró haciendo mil genuflexiones y todo el aparato de un creyente formidable.

En la Secretaria dejó dos mil francos de limosna y una buena cantidad de tarjetas con su domicilio, seguro que en el Vaticano no olvidarian así no mas al banquero que mandaba el óbolo de San Pedro y que de buenas á primeras aflojaba una limosna de dos mil francos.

Lanza invitó á comer á varios sacerdotes que le parecieron de cierta influencia allí, al dia siguiente, y se retiró frotándose las manos y asombrado él mismo del talento y tío con que habia procedido en toda su entrevista.

Paseó aquel dia cuanto pudo, con todo el boato de un personaje de gran fortuna, y al dia

siguiente recibió en su hotel, á la hora de la comida, á los sacerdotes que habia invitado á comer.

Fué aquella una comida espléndida en la que Lanza les hizo los honores con verdadera grandeza.

Los seis ú ocho frailes allí reunidos, estaban deslumbrados con proceder semejante y maravillados de aquella persona que tan bien conocia las prácticas de la vida.

Es que Lanza, habituado á andar entre clérigo del pelage de Geremias y demás amigos, conocia el modo de herirles ciertas curdas y ganárselos por completo.

De esta manera quedaba Lanza en el Vaticano con relaciones que le podrian ser muy útiles en el porvenir.

De Roma pasó á Nápoles, su gran campo de accion, y de donde mejor provecho pensaba sacar.

Delante de él mandaba siempre á un sirviente con su equipaje, para que anunciara la próxima llegada del banquero americano.

Las cartas de sus numerosos clientes y el dinero que por su intermedio mandaban estos continuamente, le habian hecho conocer de todas aquellas poblaciones inocentes, ante las que podia presentarse impunemente como un rey de América.

Anunciado por su sirviente, que entre aquellos infelices bien podia pasar por su secretario, Lanza era esperado ansiosamente.

Las autoridades de cada pueblo de aquellos, con el síndico á la cabeza, venian á recibirlo, trayendo detrás una verdadera poblada que no cesaba de vivir al gran banquero americano.

Los principales personajes del pueblo se disputaban el derecho de alojarlo en sus casas, peleando por un saludo suyo como podian pelear por una bendicion papal.

Lanza habia adquirido famosamente el arte de darse importancia y el exterior de una persona superior al resto de la humanidad, de modo que aquella buena gente miraba en él algo que no era de este mundo.

Concluidos los primeros cumplimientos y el discurso con que aquel charlatan agradecia las demostraciones que se le hacian, Lanza prevenia al síndico que traia cartas y dinero para entregar á muchos habitantes de la poblacion, y le pedia su cooperacion para proceder al reparto.

Generalmente era conducido á la casa municipal donde debia hacerse aquel reparto y donde se agolpaban todos los habitantes del pueblo

que tenían la esperanza de recibir cartas ó dinero.

Y allí tenían lugar las escenas mas cómicas y tocantes.

Lanza iba sacando las cartas y leía el sobre que entregaba al síndico, quien leía á grandes gritos el nombre del interesado.

Este aparecía rojo y jadeante por la emoción y recibía la ansiada carta.

Carlo Lanza había tenido el cuidado de convertir los giros que con aquel destino llevaba, de modo que las sumas que correspondían á cada carta eran inmediatamente entregadas en presencia de todos.

—Las contestaciones pueden todos preparárlas para mi vuelta, decía el banquero, porque no las voy á poder esperar, y el que no la tenga hecha so quedará sin remitirla.

Al ver la bolsita de cuero de donde sacaba el dinero que iba entregando, todos abrían tamaños ojos esperando su turno.

Al acabarse el reparto de cartas y dinero, era cuando se levantaba un clamoreo infernal.

Los quenada habían recibido demostraban su dolor y desesperación con grandes llantos, ó gritos de ira y amenaza.

—Carlo Lanza! gritaban las mujeres que habían sido burladas en la esperanza de recibir algo de sus deudos residentes en América, á tí me recomiendo para que me hagas escribir y mandar dinero.

—Carlo Lanza! gritaba una, levantando sus hijos en el aire: hace cinco años que no sé nada de mi marido que se fué á América, mándame noticias de él.

—Carlo Lanza! gritaba otra: hace dos años que morimos de hambre, porque mi marido y mis hijos no nos mandan ni un sueldo: hace que nos manden dinero, y Dios te bendiga.

Lanza sacaba un libro de memorias que llevaba al efecto y con un tono magistral preguntaba:

—Cómo se llama tu marido? cómo se llamó tu hijo?

Y despues de apuntar la direccion que le decían y el nombre del individuo que cometía el escándalo de no mandar dinero, respondía:

—No tengas cuidado, pobre mujer, en cuanto llegue á América yo le haré buscar, lo haré traer por la Policía si no quiere venir y lo obligaré á que te escriba y te mande dinero.

Entretanto toma esta ayuda.

Y con una magnanimidad suprema les hacia alguna limosna que por pequeña que fuera, á aquella pobre gente le parecía una fortuna.

Lanza apuntaba en seguida en el mismo libro el nombre del síndico para comunicarle las novedades que hubiera al respecto, teniendo buen cuidado de dejarle su tarjeta y algun recuerdo de su magnificencia, arreglado al pelaje del síndico.

Y salía del pueblo seguido de las bendiciones de los que algo habían recibido y de los que, gracias á su mediación, algo tenían que recibir.

No hubieran despedido con tantas demostraciones á un príncipe real.

Lanza, siempre anunciado por su famoso sirviente, pasaba á otro pueblo, donde tenían lugar idénticas demostraciones, idénticas escenas é idénticos apuntes.

En los pueblos mas grandes y poblados, la cosa subía de punto.

No solo lo recibían con banda de música, sino que la música no cesaba un momento mientras él permanecía en el pueblo.

Siempre que los recursos del pueblo lo permitían y había un hotel bueno, Lanza obsequiaba á las autoridades con una comida que á aquellas les parecía un banquete régio.

Las noticias de todo esto circulaban de pueblo en pueblo con una celeridad pasmosa, de modo que en todos ellos era ya esperado aun antes de que el sirviente fuera á llevar el aviso.

Y como era natural, mientras mas tiempo habían tenido, mayores eran los preparativos hechos para su recepcion.

Lanza recorrió todos aquellos pueblos de triunfo en triunfo y de fiesta en fiesta, siendo estas mas notables á su regreso, porque cada pueblito entónces se había disputado el derecho de recibirlo mejor y cada síndico queria dejar mejor recuerdo en el espíritu del banquero.

Lanza les decía que él era una especie de gobernador en toda la América por el gran respeto que le tenían.

—Allí yo dispongo de todo como cosa mia, les decía, presto dinero á los gobiernos que me consultan sus pasos mas graves y mil veces me han querido nombrar Ministro de Hacienda, pero nunca he aceptado.

Todos los italianos que hay en América me rodean como á su padre, por eso es que á estos que no han escrito ni mandado dinero yo les voy á ajustar las cuentas.

Todas aquellas fábulas eran creídas á puño cerrado por aquella gente inocente.

La magnificencia que respiraba toda la persona de Lanza no era un testimonio de lo que decía?

Luego aquella gente tan sin malicia, por qué había de dudar de su palabra?

Lanza empleó un mes en recorrer de ida y vuelta todos aquellos pueblos de Nápoles, donde dejaba un gran plantel de clientela.

En relacion directa con los síndicos, es claro que nadie se manejaría sino por su intermedio en los asuntos de América.

Despues de recorrer otras capitales de la Italia donde el comercio con Buenos Aires es mas notable, se vino á Génova, en cuyos pueblos, como en los de Nápoles, tenía gran cantidad de cartas y dinero que entregar, pensando usar el mismo procedimiento que había usado en los pueblos napolitanos.

Aquello podía serle de mayor importancia, porque en Génova había mucho mayor comercio que en Nápoles.

Lanza volvía con una balsa llena de cartas que le habían dado en los pueblos recorridos, lo que, bien explotado, le daría gran popularidad é importancia en nuestra población usopolitana.

En casa de su suegro encontró toda la corres-

pondencia que le había dirigido Dolcetti, adjuntándole nuevos giros y nuevas cartas para entregar, pues los clientes querían aprovechar su permanencia en Europa para hacerle todo género de encargos.

Había muchos que le pedían les trajera su familia, enviándole dinero para cubrir todos los gastos de viaje.

Dolcetti le decía que no tenía necesidad de apurar su regreso, que el escritorio marchaba en asombroso crecimiento y que los negocios aumentaban tanto, que á su venida se quedaría asombrado de las utilidades realizadas.

El brillante porvenir de Lanza estaba pues asegurado de una manera definitiva, pues con las ventajas de aquel viaje se iban á multiplicar sus operaciones.

Terminado el reparto de sus cartas, regresaría á Génova donde se haría poner en contacto con el alto comercio por medio de su suegro, emprendiendo negocios en grande escala.

Con que le remitieran consignaciones solamente quedaba plenamente satisfecho.

Como su viaje por los pueblos de Génova se prometía hacerlo rápidamente, llevó consigo á su joven cuñado en calidad de paseante, pues aquel mismo viaje le sería provechoso á los negocios de Maggi.

El viaje por los pueblos de Génova fué como por los de Nápoles, una série de triunfos.

Enrique estaba asombrado ante las grandes demostraciones que hacían á Lanza y la régia manera con que éste las recibía.

—Esto no es nada, le decía Lanza, al lado de lo que conmigo hacen en América.

Allí son miles y miles de hombres los que salen á recibirme así y los gobiernos hacen formar batallones para que me hagan los honores.

Si alguna vez vienes á América, ya verás lo que yo soy y lo que valgo allí.

Y Lanza tenía buen cuidado de decirle todas estas cosas delante de los personajes de aquellos pueblitos, cuya admiración al escucharlo llegaba ya á su colmo.

Concluida la gira por los pueblitos, Lanza volvió á Génova á descansar y pasear un poco.

El objeto principal de su viaje había terminado y ya era preciso pensar en el regreso.

Lanza escribió á Dolcetti anunciándole su vuelta y narrándole á grandes rasgos el espléndido resultado de su viaje.

Aquella vez, como lo había prometido, se alojó en casa de su suegro.

De Florencia había llevado algunas joyas que regaló á su cuñada en nombre de Luisa, entusiasmándola de paso para que hiciera un paseo á América.

—Qué buena sorpresa sería para Luisa vernos llegar juntos! usted debía venirse conmigo y volverse con Luisa, si es que no se nos casaba por allí.

La joven reía plácidamente, mientras Maggi respondía:

—Por ahora no, tal vez cuando vuelva Luisa me decida á mandarla para que dé un paseo, pero no para que se me quede por allá, porque

yo ya soy viejo y no quiero morir me lejos de los míos, caro Lanza.

El tal caro Lanza, deslumbrado con la belleza y juventud de su cuñada, se había enamorado de ella.

Si Maggi hubiera podido leer en el fondo de aquella alma depravada, habría quedado horrorizado.

Pero el pobre viejo no tenía el menor motivo para dudar de su amistad y de su hombría de bien.

Creía que Lanza procedía con ellos con la mayor sinceridad y que aquella sinceridad estaría basada en el gran amor que profesaba á Luisa, de quien siempre hablaba expresándose en los mejores términos.

—Así, no pienses en llevármela ahora, le decía Maggi, cuando venga Luisa no digo que no, pero siempre con la condición de que me la han de traer pronto.

Voy á concluir por tomarte miedo, Lanza, pensando que me vas á dejar huérfano de afectos, lo que no es muy agradable á mi edad.

Lanza hacía mil bromas á este respecto, sin dejar siempre de entusiasmar á su cuñada pintándole la América como un verdadero paraíso.

Por la mañana salía á pasear en carruaje con sus cuñados por los alrededores de Génova, obsequiándolos de todos modos.

Y como ellos estaban habituados á las tacañerías del padre, quedaban deslumbrados ante los obsequios de Lanza.

Entre día se ocupaba de negocios con su suegro, recorriendo las fábricas y las casas de negocio.

La noche la dedicaba á asistir á los espectáculos públicos y á todo género de parrandas, en compañía de Enrique.

No consideraba justo el haber ido á Europa y volverse sin echar un par de canas al aire.

Había fijado ya el día de su partida y quería aprovechar cuanto minuto tuviera libre.

El día antes de embarcarse dió á su suegro una gran comida á la que invitó también algunos de los fabricantes con quienes aquel le había puesto en contacto.

Era el último dinero que iba á gastar en Europa y no quería hacer la cosa incompleta.

Aquel gasto sería por otra parte sumamente productivo, porque con él iba á sellar relaciones comerciales que le serían muy útiles y productivas.

Aquellos fabricantes le remitirían sus fabricaciones, de las que se serviría la misma manera que se había servido de las facturas de Maggi.

Aquella comida fué suntuosa, régia para aquella gente sencilla que no estaba habituada á ese género de fiestas.

Lanza, cuya soberbia era inmensa, y cuya audacia aumentado de una manera imponderable, echó un discurso como no lo hubiera echado el mismo Rottschild.

Prometió allí proteger el comercio genovés con todo empeño, vender en América sus productos que haría conocer de todos, y llenarlos

de dinero á medida que sus necesidades fueran creciendo.

Es que Lanza, como esos grandes mentirosos, á fuerza de repetir las cosas que decía, habia concluido por creerlas, y en esos momentos estaba convencido de su poder inmenso y de que disponia de todo el oro de la América.

Gente inocente y sencilla que juzgaba todas las cosas por las apariencias y que no tenia la menor idea de lo que era la América, creia sin dificultad cuanto Lanza decia y se felicitava de la gran proteccion que él les prometia.

Cuando el judío Maggi se dejaba dominar de aquel modo y pagaba sin dificultad y á la vista sus giros, no habia que vacilar, aquel hombre debia ser algo como un Monte-Cristo.

El capitán del buque on que vino y en que se iba, habia contado á sus relaciones la manera suntuosa como viajaba aquel hombre y como habia sido acompañado á bordo hasta por el ministro italiano.

Como la presencia de Lanza era el acontecimiento del dia, aquella narracion habia pasado de boca en boca con las exageraciones consiguientes, así es que Lanza pasaba sin dificultad por lo que le daba la gana de pasar.

— En América, decia, no se exige mas que la hombría de bien, y con talento cualquiera puede llegar á la altura envidiable que yo he llegado, y mas todavía, pues si no hubiese sido por el amor de mi querida Luisa y si yo hubiese sido un aventurero sin corazon, me habria casado con la hija de un millonario americano, cuya fortuna él mismo no conoce, y que me perseguia de todos modos.

Pero qué me importaba á mí el oro si tengo cuanto quiero sin sacrificar mis sentimientos?

Hubiera sido un nécio en casarme, porque entonces me habria ligado á la América mas de lo que me conviene estar ligado.

Así quedo libre y el dia que me convenga realizo todas mis propiedades, liquido mis capitales y me vengo á la soberbia Italia, donde aún puedo ser tan feliz como quiera, viviendo con mas independencia que el rey mismo, porque este se debe á las cámaras y al pueblo y yo no me debo mas que á mis caprichos.

Los que escuchaban á Lanza abrian tamaña boca, convencidos de la verdad de todo aquello y envidiaban la fortuna y la suerte de aquel hombre, para ellos extraordinario.

Aquella comida se prolongó hasta horas muy avanzadas, concluyendo con verdadera pena para los invitados, que no se cansaban de escuchar la interesante conversacion de Lanza.

Lo hubieran estado oyendo tanto tiempo como él hubiera querido hablar.

Lanza se embarcó al dia siguiente, acompañado hasta á bordo por gran cantidad de personas pertenecientes al comercio rico y por el pueblo pobre que esperaba verlo arrojar su último puñado de monedas de plata.

— Quiero que me recuerden en Génova con cariño, dijo al pisar la cubierta del vapor, y entregó á su asombrado suegro mil francos para

que se los repartiese en nombre de Luisa, entre las familias mas necesitadas.

Así es que cuando el vapor empezó á caminar, un inmenso clamoreo partió de todas las pequeñas embarcaciones que se habian aglomerado á su alrededor.

Era la despedida que daba Génova al gran banquero americano.

Aquella gira por Italia habia costado á Lanza mas de diez mil duros, pero á juzgar por el resultado benéfico que este gasto debia reportarle, eran las sumas que en su vida habia colocado á mayor interés y con mas fabulosas ventajas, pues gracias á esos gastos tendria en adelante comisiones que nunca habia soñado.

— Seré un gran charlatan, pensaba mientras saludaba con el pañuelo desde la cubierta, pero debo tener un talento bárbaro.

Hay tanta diferencia entre mi primera y mi segunda salida de Génova, como puede haber entre Dios y un mendigo.

A este paso puedo subir á una altura incalculable y quién sabe si mi tercer salida del puerto de Génova no la hago en un paquete de mi propiedad.

El capitán del buque habia preparado especialmente para Lanza su propio camarote, de modo que este podia viajar con una comodidad envidiable.

El viage se hizo sin el menor contratiempo, siendo por el contrario lleno de incidentes agradables.

En el mismo buque venian algunos artistas para el Politeama, con los que Lanza hizo relacion en el acto, suministrándoles todos los datos que ellos pedian sobre el público americano.

El capitán del buque lo habia presentado á ellos como un gran personaje, y Lanza habia añadido que él disponia de la prensa y que les haria escribir grandes artículos á su llegada para que hicieran un gran debut.

Con semejantes promesas, los artistas no sabian como ser agradables á aquel hombre y todas las noches improvisaban funciones á bordo, en las que tomaban parte algunos pasajeros aficionados á la música, y mas que á la música, á la farrá.

El viage fué una fiesta continua, pues Lanza, siempre obsequioso, hacia abrir algunas botellas de buen vino para obsequiar al capitán y á los artistas.

Algunos pasajeros se tentaban, pedian otras botellas y entonces se armaban verdaderas faras que duraban toda la noche.

De Rio Janeiro Lanza hizo á Dolcetti un telegrama comunicándole su llegada, con el objeto de que hiciera circular la noticia entre amigos y clientes y fueran á recibirlo á bordo y al muelle en número bastante para que el capitán, á su vuelta, pudiera contar el entusiasmo con que era esperado.

Dolcetti, que conocia el objeto de aquel anuncio, porque conocia la vanidad estúpida de Lanza, hizo circular la noticia, invitando á los amigos para irlo á buscar al muelle.

Dolcetti tomó un vaporcito para irlo á buscar á bordo, y como era natural, sobró gente con que llenarlo, sin faltar la correspondiente banda de música que sabia tendria una buena remuneracion.

Lanza, que se habia convertido en un orador macarrónico á fuerza de charlar, echó un gran

discurso agradeciendo aquella manifestacion de cariño, ó invitó á sus amigos á beber una copa de buen vino á la salud de aquel digno capitán que lo habia tratado á bordo como á un príncipe, y desembarcó encargando á su sirviente de su equipaje y repartiendo á los artistas targetas suyas, para que le hicieran conocer el hotel donde se habian alojado.

AVENTURAS DE REGRESO

Lanza encontró su casa llena de gente que lo esperaba para darle el abrazo de bienvenida.

Eran los amigos que no habian podido irlo á buscar al muelle y á bordo, ó que se habian retardado en la hora.

A la cabeza de estos figuraba el célebre Geremías, que se le colgó del cuello y empezó á hacerle mil caricias.

Luisa parecia haber olvidado sus pasados disgustos: se habia vestido con lujo para hacerle sin duda mas agradable su presencia y se mostraba alegre y satisfecha.

Era una satisfaccion demasiado intensa para ser verdadera, pero Lanza no reparó en ello.

La jóven estaba realmente alegre, pero no precisamente porque la venida de Lanza le proporcionase el placer de tenerlo al lado, sino porque la vuelta de éste era la señal de su anunciado viage.

Durante aquellos cuatro meses no habia pensado en otra cosa que en aquel viage, y como la presencia de Lanza en Buenos Aires lo aceleraba, esta era la causa de su gran satisfaccion.

Lanza interpretaba esta alegria de diverso modo y se sintió feliz.

La casa de Lanza era un verdadero jubileo, todos sus amigos iban á saludarlo, quedándose la mayor parte para la comida que indudablemente tendria lugar y que Luisa habia mandado preparar desde el dia anterior, improvisándose una larga mesa de pino en el comedor, de manera que todos pudieran sentarse.

La persona que allí estaba mas contenta y que se sentia mas feliz, era Dolcetti.

El jóven podia presentar á su patron un balance soberbio como operaciones y utilidades, y esto colmaba todas sus legítimas aspiraciones.

Lanza no podria menos de felicitarlo por el fino y acierto con que habia manejado sus negocios, y compensar, como era natural, su delicado y honrado trabajo.

Pero no era aquella la oportunidad de rendir cuentas.

Ahora se trataba solo de festejar la venida del amigo del banquero y recibirlo con todo el agasajo posible.

La mesa fué espléndida.

Luisa tenia un interés especial en hacerle á Lanza el mas alegre y satisfactorio recibimiento. Quería que este no tuviera motivo de hacerle el menor reproche, ni aun de pensamiento.

El precio de esto seria un viage á Europa, sola, dueña absoluta de su libertad, y ahí estaban compensadas todas las angustias porque habia pasado.

Qué le podia importar lo que le habia sucedido cuando iba á tener su libertad plena para vengarse con réditos de todas sus infidelidades?

La comida fué espléndida.

Lanza hacia la descripcion de todos sus triunfos con un colorido supremo y una gracia infinita.

Y todos reian con escepcion de Geremías, que, consecuente á su práctica, felicitaba á Lanza, pero para lamentarse de la miseria de los tiempos que corrian y las privaciones con que tenían que luchar los verdaderos ministros del Señor.

Si lo apuran mucho, hubiera concluido por levantar una suscripcion para salir de miserias.

Lanza estaba en el colmo de la satisfaccion.

Despues de haber recorrido toda la Europa recibiendo homenajes de quienes no lo conocian, volvía á América á recibirlos, falsos ó verdaderos; en la América que lo habia visto elevarse desde las mas humildes y humillantes posiciones.

Rodeado del aprecio y la amistad de aquellas personas entre las que se contaban algunas muy distinguidas, Lanza llegó á figurarse que realmente era un personaje omnipotente.

Aquella comida se prolongó hasta una hora bastante avanzada de la noche, porque la concurrencia se renovaba sin cesar y no se cansaba de escuchar de boca de Lanza los curiosos episodios de su viage.

Por fin los amigos empezaron á retirarse, porque era muy tarde y era tambien muy justo dejar descansar al viajero y entregarse á las impresiones cariñosas de la familia.

Solo quedaban Geremias y sus compañeros los otros curas, en íntima y animada conversacion con una agonizante botella de chartreuse que moria lentamente.

Aquellos famosos bebedores no pensaban morirse de allí sin duda, hasta no verie lanzar el último suspiro.

En vano Lanza bostezaba hasta desarticular sus mandíbulas; en vano Luisa soltaba cada indirecta que metia miedo.

No habia medio de que aquellas formidables sanguijuelas abandonaran la botella.

Luisa comprendió la causa y con gran disimulo escondió otras dos botellas que aún estaban llenas y que vistas por los honorables curas se habrian dejado estar allí hasta la madrugada.

Geremias notó la operacion é hizo un elegiaco réclamo, pero completamente inútil.

Luisa queria quedarse sola y si no se iban de aquella manera, era muy capaz de despedirlos ella.

Cuando la botella de chartreuse hubo soltado la última gota de su jugo, los curas se pusieron de pié y se despidieron de Lanza, prometiéndole visitarlos bien temprano al dia siguiente, para charlar de las mercaderías del viage y de algunos negocitos que Geremias decia tener entre manos.

Dolcetti se retiró tambien y los consortes Lanza pudieron quedar solos y entregados á sus mas íntimas conversaciones.

Luisa estaba mas amable que nunca.

Daba á Carlo las mas agradables noticias sobre la marcha de los negocios y le pedía detalles sobre su familia, de la que Lanza hacia todo género de ponderaciones.

—Tu hermana es una bella jóven, le decia queriendo halagarla, y lo que debes hacer es traértela cuando te vengas.

Aunque te vayas sola no importa, porque irás bien recomendada á bordo y tal vez cuando quieras volverte yo pueda irte á buscar.

Luisa estaba llena de alegría al oír hablar á Lanza en aquel sentido.

Irse á Europa sola, dueña absoluta de su voluntad y con dinero para atender sus mayores caprichos, era para ella el colmo de la felicidad.

Así es que hacia á Lanza toda clase de cariños, cariños forzados, porque en realidad sentia que habia perdido á aquel hombre todo su cariño.

Las mujeres no olvidan nunca las ofensas del género de las que Lanza le habia hecho.

Y cuando recordaba que aquella mano que ella llenaba de caricias se habia alzado sobre su rostro, sentia hácia su marido tal desprecio, que para ocultarlo tenia que hacer todo género de esfuerzos.

Comprendia que para la realizacion de un viage con todas las ventajas que deseaba, era preciso enganar á Lanza, y lo engañaba de tal ma-

nera, que este estaba profundamente convencido del amor de Luisa.

El viage de ella él tambien lo miraba con un placer infinito, porque así quedaria en completa libertad para entregarse á sus calaveradas.

Se habia ya habituado á la vida completamente libre, y comprendia que con Luisa al lado, tendria cada dia un nuevo disgusto cuya terminacion podia ser fatal y escandalosa.

Luego él se habia enamorado de su cuñada mas de lo que lo habia estado de Luisa, y esta debia hacer todo géuero de esfuerzos para traerla, aun sin necesidad de que él se lo indicara.

Con estas agradables conversaciones y proyectos, ambos se durmieron, despues de haber fijado el viage de Luisa para el mes siguiente.

Al otro dia Lanza bajó al escritorio, donde lo esperaba Dolcetti con todo perfectamente arreglado para darle cuenta de la brillante marcha del escritorio.

Todos los libros y papeles estaban perfectamente arreglados al dia, arrojando cantidades asombrosas, que dejaron maravillado á Lanza.

Por mas ilusiones que este se habia hecho, por mas abultadas que habian sido las noticias que le diera Luisa, las utilidades que arrojaban los libros eran aún mayores que todo eso.

Además, las operaciones hechas representaban un plantel incalculable de clientela, cuyos brillantes resultados se palparian mas tarde.

El único tropiezo que habian tenido durante su ausencia, habia sido por aquel añojo pleito de Caprile que habia sido perdido definitivamente por Lanza.

Pero esta pérdida era tan insignificante en relacion á la marcha de los negocios, que no valia la pena pensar en ella.

Era una pérdida de nueve mil francos, que no llegaba ni á la décima parte de las utilidades.

—Y esto mismo, si se ha perdido, decia Dolcetti, ha sido por causa del abogado, que para mí, ha estado vendido á la parte contraria.

Y referia el cuento de la manera siguiente, que era con exactitud lo que habia sucedido.

Como apoderado general de Lanza, Dolcetti habia recibido un cedulon del juzgado que entendia en el pleito, por cuyo cedulon se le avisaba que Lanza habia sido condenado al pago de nueve mil francos.

Dolcetti se fué á ver con el cedulon al abogado, pidiéndole que apelara, en la esperanza que la sentencia aquella fuera revocada.

—Aclaremos, respondió el abogado, apelaremos y todavia ganaremos la cuestion: tenemos cinco dias.

Como el abogado debia entender mas que él de aquellos achaques de pleitos, Dolcetti se atuvo á lo que aquel le decia y no se preocupó mas del asunto.

Pero á los cuatro dias recibió un aviso mas sério.

El juez habia mandado llevar adelante la ejecucion, y á pedido de Caprile habian hecho algo que podia ser muy perjudicial para la marcha de los negocios.

Se habian mandado embargar los fondos que

Lanza tenía depositados en el Banco de Italia, que eran todos los fondos de que podría disponer Dolcetti, pues era en aquel Banco donde él depositaba todo el dinero.

Afligidísimo con esta noticia, Dolcetti se fué á ver al abogado, no comprendiendo cómo, si había apelado, podían haber ejecutado la sentencia.

La situación era seria, porque Dolcetti, en caso de necesidad, no hubiera podido disponer de un peso.

El abogado se mostró sorprendido al principio, diciendo á Dolcetti:

—No me explique cómo es esto, porque hay cinco días para apelar y recién estamos en el cuarto.

—Yo espero que usted haga lo posible por apelar hoy y hacer levantar el embargo, dijo el joven, porque necesitamos dinero y no tengo disponible mas que el que está en el Banco de Italia.

El joven se retiró al escritorio, y allí supo mas tarde, por el mismo abogado, que no se podía hacer nada.

En vez de cinco días para apelar, no tenía mas que tres, y habiendo vencido estos tres, la sentencia quedaba consentida y era por esto que se había mandado hacer el embargo.

—Ahora no hay mas remedio que pagar, agregó, puesto que no tenemos el recurso de la apelación.

Para Dolcetti fué indudable que aquel hombre se había entendido con la parte contraria.

Cómo podía explicarse que un abogado no conociera con seguridad el término que tenía para apelar de una sentencia y detener así su acción?

Era claro que aquel hombre había procedido á sabiendas.

Salvada su responsabilidad ante Lanza, pues él no tenía la menor culpa en lo sucedido, Dolcetti solo trató de arreglar la cuestión.

Un embargo en los fondos de un banquero como Lanza, si se llegaba á saber, podía ocasionarle grandes perjuicios en sus créditos.

Era preciso levantarlo á toda costa en el día, pues el mismo Banco de Italia podía alarmarse.

Como ya no tenía confianza en el abogado, Dolcetti se fué á la escribanía por donde tramitaba la cuestión y preguntó lo que era necesario hacer para levantar el embargo.

No había otro recurso que depositar en el acto á la orden del Juzgado la suma de cuarenta y cinco mil pesos que importaba la ejecución.

Pero de dónde podía sacar esos cuarenta y cinco mil pesos, si todo el dinero disponible estaba depositado en el Banco y embargado?

Dolcetti entregó un cheque contra el Banco, que le fué aceptado por la facilidad que había en cobrarlo, y el embargo fué levantado ese mismo día.

Eso era lo principal para Dolcetti; que no sufriera el crédito de Lanza, porque esto le podía ocasionar perjuicios incalculables.

Felizmente nadie se había apercibido de la cosa mas que el Banco de Italia para quien todo

era perfectamente explicable, no estando Lanza en Buenos Aires.

Era un descuido del abogado y una ignorancia de dependiente que en nada podía perjudicar el crédito del perjudicado, mas, cuando la suma ejecutada era tan pequeña.

Lo peor de todo era el golpe moral que se recibía con el triunfo de Caprile, aunque el golpe moral estaba parado de cierto modo, porque no se había podido apelar, y la sentencia de primera instancia puede importar el error de un juez y nada mas.

Esta noticia causó á Lanza un verdadero disgusto, no por los nueve mil francos que perdía, pues eso era mucho menos de lo que aprovechó en casa de Caprile.

Es que la cuestión perdida era sobre la diferencia de comisiones entre el tres y el cinco por ciento, lo que lo dejaba como un explotador de mala ley.

Ya la cosa no tenía remedio, había pasado un mes del suceso y lo mejor era no pensar ya en él, mas, desde que había visto á su llegada que no había perdido nada en la estimación de los que lo conocían.

Caprile se frotaría las manos, puesto que era el vencedor.

Pero, qué diablos! de poca cosa podía servirle este triunfo, puesto que en nada lo había perjudicado, al contrario, su crédito aumentaba de día en día y su clientela había multiplicado, sin contar lo que él mismo la había hecho crecer en Europa.

Según las operaciones y balances que le presentaba Dolcetti, su casa era ya un verdadero Banco, pues la mayor parte de los napolitanos que no tenían que enviar dinero á Europa, depositaban su dinero á premio, como podían haberlo hecho en el Banco de la Provincia.

Todos aquellos curas de campaña que tenían relación con Lanza y á quienes este obsequiaba de la manera que conocemos, lo recomendaban á sus feligreses.

Así es que no había chacarero de aquellos que no trajera su platita á depositar en casa de Lanza.

Este era un serio capital que Lanza tenía en juego y que facilitaba enormemente sus negocios, pues era un hombre que siempre tenía á la mano un millón de pesos para emplear en cualquier especulación provechosa.

Su crédito con los Bancos, sobre todo con el de la Provincia se había hecho incommovible, de modo que aún hubiera tenido su crédito para poder echar mano en cualquier momento de urgencia.

El disgusto de su pleito perdido con aquel embargo peligroso, pasó pronto y quedó bien compensado con lo general de las operaciones.

Lanza felicitó á Dolcetti por el tino con que había atendido todos los negocios, ofreciéndole una buena recompensa por la actividad y honradez con que había procedido.

—Cuando vuelva Luisa de Europa, le dijo, podrá usted tambien ir á visitar su familia, siendo todos sus gastos por cuenta mia.

Así volveré mas descansado, para que nos entreguemos al trabajo en grande escala, pues ahora yo voy á ensanchar mis operaciones y mis negocios en Europa.

Como es natural, ante aquella buena promesa Dolcetti encontró compensadas todas sus fatigas y trabajó para hacer prosperar la casa á él confiada.

Todavía él ignoraba lo que ganaba con Lanza, pues nunca le fijó sueldo.

Pero segun la disposicion de espíritu que veia en él, no dudaba que sus sueldos serian fijados con arreglo á su trabajo, que en los dos primeros meses habia sido pesadísimo, puesto que habia tenido que organizarlo todo, desde el primero hasta el último libro.

La teneduría de libros llevada por él era tan buena y completa como la que podía tener cualquier banquero.

Aquel día fué uno de los de mayor movimiento para el escritorio de Lanza, pues á medida que se iba sabiendo su llegada, iban llegando sus clientes á saludarlo y darle la bienvenida.

Aquel día tuvo tanta gente á almorzar como habia tenido á comer el día anterior y como tuvo á la tarde á comer.

Lanza estaba transformado por completo.

Sus relaciones del tiempo en que estaba con el señor Caprile, apenas habrían podido conocerlo ahora.

Se habia traído de Italia una coleccion de trajes de primer orden y se habia dejado un par de patillas rubias que le llegaban hasta las solapas de la levita.

Su aspecto exterior era famoso, al extremo de no tener nada que envidiar al personaje mas encumbrado.

La primer necesidad que habia sentido Lanza á su vuelta, era la de ensanchar su domicilio y dar á sus habitaciones un aspecto que estuviese en relacion con su posición y su fortuna.

Ya estaba en relacion con gente que era necesario recibir de otra manera y con otro tono.

Y como á él siempre le habia dado por el lado de la grandeza, no le parecia bien que el banquero Lanza solo tuviera aquellas piecitas, dignas de un dependiente de comercio, pero no de un hombre que con su sola firma giraba doscientos mil patacones.

Luego él pensaba dedicarse á otro género de negocios en grande escala y salir de las comisiones y remision de dinero como negocio esclusivo.

Al lado de su casa, en el número 79, alquiló otras piezas que amuebló con gusto y riqueza, para recibir á los amigos y que le permitieran cierto desahogo de independencia.

Ya Dolcetti podia atender perfectamente las necesidades del escritorio, mientras él se dedicaba á los negocios en grande escala y á las especulaciones de frutos del país, que eran lo que mas le habia tentado siempre.

Ya no habia en él ni la mas leve reminiscencia de aquel Carlo Lanza que hemos visto llegar al Hotel Marítimo y pasar por tanta vicisitud y transformacion.

Luisa, por su parte, hacia sus preparativos de viaje con relacion á la soberbia de su marido, y solo se preocupaba en los trajes de viaje y á paseo que habia de llevar.

Estaba llena por el placer de su viaje de recreo, al extremo que poco tiempo tenia para preocuparse de lo que hacia ó no hacia Lanza.

Geremías y los demás curas amigos y compañeros de farras acosaban á Carlo de todos modos para la renovacion de las farras que les habia interrumpido su viaje.

Pero este que no estaba en el verdadero espíritu de su mujer y que creia que la aventura del Politeama podria repetirse y que una aventura suya descubierta podia hacerla desistir del viaje, les decia:

— Dejen que se vaya Luisa y entónces podremos divertirnos á nuestro antojo, sin tener el menor inconveniente.

El célebre Milito, que era quien peor parado habia quedado en aquella aventura, aplaudia la determinacion de Lanza, encontrándola muy puesta en razon y muy cuerda.

El se habia acobardado de tal manera, que ni siquiera se atrevia á ponerse delante de Luisa.

Y cuando Lanza lo invitaba á comer le respondia aterrado:

— Se me indigestaria la comida, pues me parecería que Luisa se me venia encima como en aquella noche inolvidable.

Nunca me figuré pasar por un trance tan amargo! si ya me parecia que los vigilantes se me venian encima y que me iba á llevar la trampa!

Todos los compañeros se burlaban de estos temores del célebre Milito, pero éste no se daba por vencido.

— Raton que no sale de su cueva, decia, no tiene por qué temer al gato.

Cuando el gato se vaya, yo les probaré que lejos de estar desmoralizado, soy el mismo compañero incansable de toda la vida.

Con mas piezas, ya Luisa no tenia oportunidad de ver á los amigos que iban á visitar á Lanza, pero asimismo para entrar Milito tomaba todo género de precauciones, de manera que no pudiese sucederle el menor descabalo.

Y era tal el cerote que tenia, que antes que Luisa se fuera y cuando se acercó la época fijada para su viaje, él tocó espíante para su curato, diendo que solo allí se encontraba seguro contra alguna mala tentacion de venganza que ésta pudiera ejercer contra él.

La verdad es que lo que mas lejos estaba de la imaginacion de Luisa era la existencia de semejantes personajes.

Aquella imaginacion juvenil y soñadora estaba llena de cosas mas agradables.

Pensaba en su viaje, en su bella Génova y en todos los placeres que puede brindar la Italia al que viaja con libertad absoluta y bolsa llena.

El vacío que habia producido en su corazón el desamor y el desprecio que sentia por Lanza, necesitaba llenarlo de cualquier manera.

Y nada mas á propósito que el viaje á Europa en las condiciones que alla iba á emprenderlo.

No hablaba de otra cosa y en su disimulo, que habia llegado á ser artístico, no cesaba, un momento en acariciar á Lanza y agradecerle su complacencia.

Si ésta hubiera podido penetrar al corazón de su consorte se habria estremecido al encontrarlo en él totalmente borrado como fuente de cariño.

Pero él tambien estaba demasiado preocupado con las ventajas que iba á traerle el viaje de Luisa, para pensar en otra cosa.

Deseaba que llegase cuanto antes el término que él mismo habia fijado, para verse libre de tan peligrosa consorte.

El día ansiado por ambos llegó al fin y Lanza le preparó una despedida soberbia.

Fué con una gran comilonera para Luisa que estrenó las nuevas habitaciones, aquellas famosas habitaciones que debían ser mas tarde el teatro de las mas estruendosas calaveradas.

En aquella comida, Lanza habia reunido la crema de sus amigos, invitando ella por su parte á sus relaciones, muchas de las cuales Lanza no conocia ni de nombre.

Fué aquella una comida famosa y alegre, en la que el buen humor no decayó un momento.

Geremias, que tenia mas agallas que un dorado, fué de los primeros en acudir á la invitación, tomando asiento en la cabecera de la mesa, despues de haber dado á su fisonomía un aspecto de grave y respetable mansedumbre.

Oh! Geremias era un gran artista para eso de dar á su semblante la espresion que mas convenia á sus intereses!

Al verlo cualquiera hubiera pensado que se encontraba frente á un verdadero santo.

A medida que las botellas se iban vaciando, la mayor franqueza iba rompiendo el frío de la etiqueta.

Las mas alegres bromas se cruzaban entre todos, siendo Lanza el objeto de todas ellas, pues sus amigos le preguntaban traviesamente si no tenia miedo de dejar emprender sola á su hermosa compañera aquel viaje de recreo.

Y Lanza sonreía alegremente mirando con pasión á Luisa, lo que aumentaba la broma y la algazara.

Solo Geremias conservaba una seriedad incommovible, aunque era uno de los que mas formalmente bebían.

Luisa se permitió dirigirle algunas bromas que algo le hicieron abandonar su seriedad, pero mostrando que solo lo hacia por complacencia hácia aquella dama y teniendo que violentarse para ello.

Es que allí habia gente como el ministro italiano y comerciantes de importancia ante los cuales el bribon de Geremias queria conservar

un carácter de respetable seriedad y del que no pudieron sacarlo ni los mas tenaces esfuerzos de Lanza.

Todos estaban asombrados de lo fuerte de aquella cabeza que se conservaba en todo el apogeo de sus facultades, á pesar de haber bebido como un *telesco*.

Es que Geremias era un diablo, en la acepción criolla de la palabra, se daba cuenta de su situación y precisamente entre aquella gente, queria pasar por un sacerdote modelo.

Y tenia cuidado de no cometer ninguna de aquellas imprudencias á que empuja el vino y que muestran la hilaza del hombre.

Era un hombre sociable, lleno de ocurrencias y de dichos, bromista en lo posible, sin salir de su carácter sacerdotal.

Nadie se hubiera sospechado que aquel era el gran Geremias de la aventura del Politeama, ni aquel insignificante lloron para conseguir una pobre limosna.

Luisa, llena de placer por el viaje que emprendía, reía de todo y parecia preocuparse muy poco de lo que la rodeaba.

Tenia todo su pensamiento puesto en Italia, en la hermosa y querida Italia que apenas habia podido sospécharse en aquella gira que hizo en compañía de su amante, gira que tan tristes recuerdos le habia dejado.

Ahora todo era distinto: tenia la libertad absoluta que necesitaba, el respeto que siempre rodea á una señora y tanto dinero como quisiera.

Nadie podia imponerle su voluntad, ni siquiera criticar sus acciones, porque á nadie debia dar cuenta de ellas.

Bien podia perdonar á Lanza todas sus calaveradas, cuando este le proporcionaba el placer infinito de un viaje semejante.

Ella estaba segura que Lauza no le habia perdido el cariño y que las suyas eran calaveradas á que lo empujaban el vicio y las malas compañías.

Estaba segura de dominarlo como realmente lo dominaba.

Aquella comida fué alegre y animada hasta su último momento, retirándose á una hora muy avanzada: empezaba ya á aclarar el nuevo día, de modo que Luisa juzgó que era completamente inútil acostarse, pues apenas tendria tiempo de dormir un par de horas, porque aún no habia concluido de arreglar su equipage.

Ella llevaba consigo cuanto puede necesitar la mujer mas exigente en un viaje largo, así es que tenia muchas cosas que acomodar, de modo de poder encontrarlas rápidamente cuando las hubiera necesitado.

CAMPO DE TRUENO

Lanza no quiso tampoco recogerse á descansar.

Quería acompañar á Luisa y ayudarle en sus arreglos y acomodos de equipage.

Y mientras mas se esforzaba en hacer gala de su cariño para con Luisa, ella sentía mas su desamor por él y el desprecio profundo que le merecía.

No podía mirarle las manos sin figurarse que estaban alzadas para azotarse en su semblante.

Es que á medida que pasaba el tiempo, el recuerdo de aquella noche tremenda se fijaba cada vez mas en su imaginacion.

Por mas esfuerzos que hacía para disimularlo y mostrarse con él cariñosa, siempre lo veía pegándole, con el ademan airado y cobarde.

Lanza no podía sospecharse lo que pasaba en el espíritu de Luisa.

La creía sumamente grata por el placer que le proporcionaba y procedía en consecuencia.

—Fuedes pasear y estar al lado de tu familia hasta que te canses.

Confieso que me gustaria verte á mi lado á vuelta de paquete, pero no por esto te preocupes ni apures tu viaje.

Diviértete todo lo que puedas y escríbeme siempre, anunciándome el día de tu regreso para ir á buscarte á Montevideo.

Ella ocultaba el disgusto que le causaba el cariñoso lenguaje de Lanza, dando vuelta el semblante y fingiéndose muy preocupada en sus acomodos.

Concluido el arreglo de los equipages, Lanza salió á buscar los peones necesarios para mandarlos á bordo, enviando á Dolcetti para que corriera con todo hasta dejarlos bien acomodados en el sitio donde debían quedar hasta el puerto de Génova.

Las balijas de mano y los necesarios de viaje, quedaron para ser llevados por Lanza mismo hasta el camarote que debía ocupar Luisa, pues los iba á necesitar para el toilette de todos los días.

Lanza no tuvo en toda la mañana un momento que dedicara al bienestar de Luisa.

Solo se dió por satisfecho cuando ya no hubo nada que hacer para el servicio de Luisa.

A la una de la tarde llegaba la volanta que había encargado Lanza para llevarlos al muelle.

Allí esperaba ya listo el vaporcito que había de llevarlos hasta á bordo y que Lanza había tomado tambien anticipadamente, para que pu-

diera ir Luisa con toda comodidad y acompañada de todos los amigos que quisieran hacerlo.

Luisa iba radiante de alegría: el momento ansiado llegaba por fin y en un momento mas, desde que el vapor se pusiera en camino, quedaba completamente dueña de su voluntad.

Numerosos amigos de Lanza le acompañaron hasta á bordo del paquete, permaneciendo allí hasta el último momento.

La despedida fué apasionada por parte de Lanza, aunque fria por parte de Luisa.

La jóven no veía el momento de verse libre de aquel hombre que con su sola presencia la fastidiaba y le causaba mal humor, un mal humor incontentible.

Lanza la recomendó al capitán, pidiéndole la atendiera en todo y la complaciera en sus menores caprichos, que él pagaría á su regreso.

Con aquella recomendacion Luisa podía estar segura de ser atendida como una princesa.

El momento de la partida llegó por fin y Lanza y los acompañantes de Luisa regresaron al vaporcito.

El paquete se puso en marcha y Luisa desde la cubierta estuvo mirándolos y saludándolos con el pañuelo hasta que, entre la oscuridad de la tarde y la distancia andada, no pudieron distinguirse mas.

Lanza con sus amigos regresó á su casa, donde lo esperaba una buena comida, comida horrascosa que era el principio de su nueva vida de libertad y de hombre soltero.

Al entrar á su casa no mas, se sintió agarrado por dos brazos musculosos que lo apretaban fuertemente, mientras una voz juvenil y alegre le decía:

— Hombre feliz! hombre feliz y soltero! te vas á pegar una panzada de parrandas que se te vá á indigestar.

Era Geremias, el grande y travieso Geremias que venía á tributarle el primer homenaje á su felicidad.

— Hombre soltero! hombre solo, volvió á esclamar: yo te saludo antes que nadie y te felicito.

Lanza recibió con grandes apretones de mano aquella íntima felicitacion.

Aunque algo sentía la partida de Luisa, que al fin y al cabo era una mujer bella y hermosa á quien amaba, este sentimiento se borró por completo ante el espléndido programa que vió asomar como un relámpago á los ojos expresivos de Geremias.

La comida de aquella noche fué una verdadera comida de hombres solos.

Cada cual estaba como mejor le parecia, hablaba con la suma libertad posible y hacia su programa diverso sobre las fartras que debian correr juntos.

Lanza sonreía ante aquellos programas de placer eterno, pero el cansancio y el insomnio de la noche anterior, podian mas que su voluntad y su deseo.

A las doce de la noche se lo cerraban los ojos y se le veía hacer todo género de esfuerzos para mantenerse despierto.

Hubo un momento en que el sueño, aumentado por el consumo del alcohol, le hizo confesarse vencido y esclamar:

— Amigos míos, me declaro derrotado esta noche, no puedo estar en pié un momento mas: que cada cual haga lo que mas le dé la gana, ya saben que están en su casa y que aquí no hay cumplimientos que hacer.

Y echándose sobre el respaldo del sillón, se quedó profundamente dormido.

Como habia licor en abundancia, la fiesta siguió en todo su apogeo, sin que ninguno se preocupase en el tranquilo y profundo sueño de Lanza, que roncaba en un sillón como un bienaventurado.

Algunos otros que se habian pasado de punto tambien en la cantidad bebida, dormian como unos bienaventurados en medio de los mas famosos ronquidos.

Solo Geremías, el gran Geremias llevaba la palabra en aquel concierto de voces y carcajadas fornidables, diciendo cada descalbro como una montaña.

Serian como las dos de la mañana, cuando los que estaban despiertos sintieron detenerse á la puerta un carruaje que venia rodando al gran trote de los caballos.

Todos se sorprendieron y se pusieron á escuchar, sintiendo la alegre algazara de gente que se aproximaba.

Eran voces de mujeres en su mayoría, y voces que sonaban con un estrépito infernal.

Qué podian significar á aquella hora y en aquella casa, tantas voces de mujer dejándose oír tan alegremente?

Trataban de explicarse el enigma, cuando sintieron el tropel de las mujeres que entraban bulliciosamente.

Detrás de estas venian dos hombres que reian y charlaban alegremente, mirando á todas partes como si quisieran descubrir una persona determinada.

El vocerío y la charla despertó á Lanza, que se puso de pié como movido por un resorte.

— Voces de mujeres! exclamó: quién es el sublime encantador que me despierta de una manera tan suprema?

— Milito! exclamó Geremías, que habia descubierta á su compañero.

El reo Milito! de qué inferno has salido, condenado, con semejante enjambre de buenas mozas?

— Laméntate, Geremías, laméntate, respon-

dió el reo con ademan travieso y terciando el manto de una manera descomunal.

Laméntate, profeta de cajas de fósforos! son diosas que vienen á saludar á Lanza en su día supremo de hombre solo.

El comedor de Lanza se convirtió desde aquel momento en una verdadera Babel.

Lanza se habia puesto de pié, completamente despejado por tan inesperada visita y trataba de arreglar á gran prisa el sitio donde habian de sentarse á comer aquellas diosas llevadas por el insigne Milito, por el reo Milito, como le decia el incomparable Geremías.

Y puede decirse que reien empezó la cena en un verdadero carácter de borrasca.

Lanza, que en viendo mujeres perdía por completo los estribos, se habia colocado entre aquellas, dedicándose á servir las y hacíoles el amor.

Y estas, que desde el primer momento habian comprendido que Lanza era el pagano, provocaban sus galanterias, tratando de serle agradables de un modo superlativo.

Geremías gemía, y decia que se lamentaba, no sobre las ruinas de Babilonia, sino sobre las ruinas de Milito que se iba á quedar á la luna, despues de haber sido él el conductor de tan alegre concurrencia.

— Porque habiendo aquí hombres como nosotros, le decia ¿quién se va á ocupar en mirarte á la cara, á esa cara erizada por tus barbas que de puro tacaño hace una semana que no te las afeitas?

Aquello fué la señal para que todos dirigieran sus bromas sobre el reo Milito, que se habia sentado á cenar con un hambre de todos los diablos.

— Eso es, manga de ingratos, respondia él con la boca llena; les traigo mis elementos para que pasen un buen rato, y se me echan encima como perros ratoneros!

— Pero si eres tan feo, y tan pinchante con tus barbas sin afeitar, le decia Geremías: quién ha de mirarte á la cara para otra cosa que para reirse de tí!

Pero por mas traviesas que fueran las bromas no lograban ni por un momento hacer perder el buen humor al reo Milito.

Este era un hombre de un buen humor inagotable.

Sabia que su facha era en extremo ridicula y no se mortificaba porque se lo dijeran.

Por otra parte, Geremías lo habia curtido, lo habia acostumbrado de tal manera á sus pesadas bromas, que por mas que le dijera no lograba nunca hacerlo enojar.

— Pega, pero escucha, te diria cualquiera, exclamaba Milito sin perder su alegría.

Pero yo te digo, pega, pero sírveme: y le estiraba la copa, que Geremías llenaba con la traviesa intencion de hacerle perder su serenidad y convertirlo en el payaso de la noche.

Las mujeres aquellas, que reian como locas ante las bromas dirigidas á Milito, eran ciudadanas dejadas de la mano de Dios y de la del diablo.

Basta ver la forma en que se habian presentado allí para comprender quiénes eran.

Milito les habia prometido una farra en casa de un jóven rico y opulento, y ellas sin mas trámite la habian aceptado, conociendo á Milito y sabiendo que cuando éste las invitaba, la cosa habia de ser buena, como que no seria él quien pagaba.

—Entretanto, gritaba Milito ya coloradito como una remolacha por la sangre de Cristo que se habia echado entro pecho y espalda.

Entretanto nadie ha festejado como yo el acontecimiento feliz de haberse convertido Lanza en hombre solo!

Todos han venido á farrear, muy sueltos de cuerpo, eso sí, pero ninguno ha traído elementos propios.

Tú, Geremías, que la echas de hombre de tanto mundo, cómo es que no has hecho otro tanto?

—Nos has vencido en buena ley, respondió Geremías, y no me queda otro remedio que entonar una nueva lamentacion, llorando la vergüenza de mi derrota.

Nadie es profeta en su tierra, reo Milito, y yo mismo te confieso que si es verdad que de Geremías tengo mucho, lo que es de profeta no tengo ni una puntada.

Aquello habia tomado todo el aspecto de una verdadera borrasca.

La presencia de las bellas habia despejado por completo el cansancio y el sueño de Lanza, como de aquellos en cuyas cabezas el vino habia empezado á pesar algo.

Y las traviesas bromas que Geremías estrellaba sobre la immaculada persona del reo Milito, los habia puesto fuera de quicio y del mas travieso humor que pueda imaginarse.

Tan entretenidos y tan alegres estaban, que no notaron la presencia del dia cuya luz empezó á entrar por las ventanas.

—Esta es la venganza que yo tomo de aquel jabon que nos prendieron en el Politeama, decía Milito á Geremías.

Apenas ha salido de aquí esa condenada, ya le pongo la casa en eterno estado de farra.

—Porque esto vá á seguir, Geremías, hasta el dia del juicio, ya sabes lo que es nuestro amigo para las parrandas; para él son como el comer y el rascar, todo está en empezar.

Era pues un sentimiento de venganza lo que habia impulsado á Milito, de venganza contra Luisa, á la que no perdonaba aquella terrible noche del Politeama.

Cuando Dolcetti fué por la mañana á las piezas de Lanza á tomar órdenes para el dia, casi se cayó de espaldas ante el cuadro que se presentó á su vista.

El habia escuchado el estruendo del escándalo, pero se habia figurado que se trataba de una de tantas cenas borrascosas, pero de hombres solos, de Lanza y de aquellos amigotes que lo sacaban de sus casillas.

El comedor tenia un aspecto descomunal.

El sueño y el vino habian ido tronchando á los comensales que habíanse ido tumbando en la posicion que hallaron mas cómoda.

Unos se habian dormido sobre los sofases, para hacer mejor la digestion de la comida.

Otros se habian recostado en los sillones, donde dormían plácidamente.

Y otros habian hecho almohada cruzando los brazos sobre la mesa, y allí se habian dormido famosamente, dando cada ronquido que metía miedo.

Los únicos que se conservaban relativamente frescos y en el pleno goce de sus facultades, á pesar de los sendos litros de vino que se habian bebido, eran Geremías y Lanza, este sobre todo, cuya cabeza formidable no titubeaba nunca.

Era un hombre aquel que nunca habia llegado á beber todo lo que podía.

Así es que cuando vió á Dolcetti se puso de pié, tratando de ocultar la borrasca que presentaban sus piezas y diciéndole:

—Estos amigos del diablo que han armado aquí una parranda mientras yo dormía la mala noche de ayer.... pero qué le hemos de hacer! es preciso ser complaciente con los amigos.

Dolcetti sonrió como quien comprende y disculpa y se dirigió al escritorio despues de haber recibido las órdenes que le diera Lanza.

—Sisupiera Luisa, pensaba sonriendo, era muy capaz de regresar, aunque solo fuera para darse el placer de sacarlos á escobazos.

Intútil es decir que aquella parranda duró todo aquel dia y la primera parte de la noche.

Porque si es verdad que muchos tenían el deseo de retirarse á descansar, ninguno se atrevía á salir á la calle de dia, calculando la catadura diabólica que debían tener.

El solo aspecto de cualquiera de ellos hubiera sido un escándalo provocado con los transeuntes.

Así es que solo tarde de la noche y cuando las calles empezaron á quedar sin movimiento, se atrevieron á ir saliendo como ratones que asoman de la cueva á calcular la distancia á que puede andar el gato.

El reo Milito fué el último en salir, y eso habiendo mandado traer un carruage, puesto que él se retiraba en compañía de las beldades que habia traído.

Todos habian quedado citados para el sábado, en que se repetiría la farra con todos los alicientes posibles.

Geremías se habia encargado de correr con los preparativos y era este el mejor elogio que se podía hacer.

Geremías era hombre de gusto y que entendía estas cosas de una manera monumental.

Desde aquella noche puede decirse que la casa de Lanza quedó convertida en una nidada estúpida, que hizo disparar de allí haciéndose cruces, hasta la misma vieja cocinera, que se habia escandalizado de los excesos monstruosos á que se entregaban los que ella habia creído unos ministros de Dios.

Fué preciso tomar un cocinero desalmado, que les diera bien de comer y que estuviera siempre dispuesto á cualquier hora del dia y de la noche que se le necesitara.

Porque aquello ya era una especie de fonda

donde habia que servir á los clientes á la hora en que fueran llegando.

Geremías y Milito habian ocupado una pieza que bien hubiera podido merecer el bautismo de atorradero.

Allí habian mandado sus camas, porque era mucha incomodidad aquello de irse á dormir á otra parte, despues de haber pasado alguna gran borrasca.

Hombre solo, seguü el dicho de Milito, Lanza podia permitirse ciertas libertades, que por otra parte, le reportarian grandes ventajas.

Sus amigos le curas de campaña que con frecuencia venian á la ciudad, le convenia mucho tenerlos á su lado, por las grandes utilidades que debian dejarle.

Generalmente ellos venian á depositar dinero, ó á remitirlo á Europa, á hacer ciertas compras y sobre todo á echar una caua al aire lejos de sus foglreses y gente que pudiera criticarles la menor libertad que se tomaran.

Muchas veces estos clientes curas, tan provechosos, venian acompañados de individuos que aprovechaban la venida del párroco para hacer sus operaciones bajo el inmediato consejo de estos.

Era gente italiana que venia con el producto del año á colocarlo á interés en Banco seguro, á remitirlo á Europa ó á hacer traer su familia, puesto que ya gozaban de una posicion independiente y desahogada.

Todos estos eran marchantes que los curas traian á su amigo Lanza, marchantes que le dejaban siempre utilidades de primer órden.

Era pues preciso obsequiar bien á aquellos amigos, hacerlos pasear y divertir y sobre todo alojarlos lleuando este doble objeto:

Tenerlos á la mano para cualquier negocio que pudiera ocurrirse con ellos, proporcionarles un alojamiento de absoluta independencia, como no podian tenerlo en otra parte, ganándoselos por el lado del interés.

Estos curas recomendarian su casa á los otros curas amigos que vinieran á la ciudad, quienes lo buscarian á su vez y le proporcionarían muchos y provechosos negocios.

Pensando en esto, Lanza preparó una pieza con arreglo á estas intenciones y para atorradero de campaña.

Acomodó en el cuarto cuatro catres, con su correspondiente lavatorio y demás, de manera que nada faltara á sus sagrados huéspedes.

En la pieza que se habian adjudicado Geremías y Milito puso dos catres mas, y la casa de huéspedes quedó instalada.

Así podria tener siempre ocho de aquellos provechosos huéspedes cómodamente alojados, quedándole todavia su propio aposento para alojamientos extraordinarios, en caso que hubiera necesidad.

Su casa se convertia así en una casa de huéspedes sacerdotales que, aunque no pagaban la pension, le dejaban un gran provecho, sin contar el regalito de la retirada, en agradecimiento á todas las finezas recibidas.

Dónde iban á encontrar un alojamiento mas

cómo, mas independiente y mas alegre, aquellas honorables y sagradas personas?

Era el colmo de la comodidad y sobre todo de la baratura, puesto que allí se comia siempre á cuerpo de arzobispo sin que les costara un solo medio.

Allí tenian sus trages de particular que podian vestirse sin que nadie se impusiera de ello.

Y allí podian recibir tambien todo género de relaciones, sin incitar la curiosidad de los demás, y pudiendo invitarlas á comer, á cenar y á lo que mas les diera la gana.

Lanza tenia palco en el Politeama, el teatro mas divertido, y uo solo tenia palco, siud vara, alta, de modo que tenian la doble diversion del espectáculo y de la amistad con las artistas mas buenas mozas.

En casa de Lanza habia siempre una especie de guardaropa á la disposicion de aquellos huéspedes, donde tenian casquillo, bigotes ó patillas y todo aquello mas necesario para perder el exterior místico que tanto les convenia ocultar.

Así es que aquellos curas, en cuanto llegaban á la ciudad ganaban la casa de Lanza y no salian de ella hasta no haberse dado una buena panzada de buena vida y todo género de diversiones.

Era curioso entrar á aquellas piezas, que mas parecian piezas de estudiantes calaveras que de otra cosa.

Como pasaban las noches en perfectas borrascas, era despues de las doce que empezaban á levantarse y á recordar los incidentes de la noche anterior.

Lanza almorzaba temprano y se iba al escritorio y á atender sus negocios, quedando ellos dueños de casa y con plenas facultades para hacer lo que les diera la gana.

Curas de campaña todos ellos, eran tan aficionadlos al mate como el criollo mas vicioso.

Así es que en cuanto empezaban á dejarse caer del catre, empezaba á circular el mate cebado por ellos mismos.

Allí, en mangas de camisa y con un buen humor estudiantil é inagotable, empezaban á referirse cuanta aventura picante se les venia á la memoria.

Allí salian los nombres de las hijas de confesion, con sus confesiones mas curiosas y cómicas, y los nombres de algunos maridos con cuya fortuna se hacian grandes donaciones y regalos á la casa de Dios.

Y se reian famosamente de los buenos cristianos que, por el solo hecho de verlos con una peladura en forma de redondel en la cabeza, la cara afeitada y un polleron negro en vez de levita, los creian unos verdaderos ministros de Dios, cuya influencia celeste era indiscutible.

Allí, entre verdaderos coros de carcajadas, se narraba la aventura de la viejita tal, que testó tanto para la Iglesia, como medio eficaz de irse al cielo.

Ó se narraba la historia de don Fulano, que hizo una crecida limosna á la Iglesia para que el cura casara á una amiga con un novio que era preciso engatuzar.

Las tretas de que se valian para sacar dinero y los diversos sistemas de levantar suscripciones para mejoras del templo, eran referidas en medio de alegres palmoteos, refiriéndose los famosos resultados obtenidos.

Y aquellos sistemas se canjeaban entre ellos, para aplicarlos cada cual en su partido.

Cualquiera que los hubiera escuchado habria visto que el negocio de cura es el negocio mas productivo que se conoce, para el que se necesita menos capital y que no está gravado con ninguna clase de contribucion.

El que llevaba la supremacia en la narracion de aventuras amorosas y sistemas mas variados de pedir limosnas, era el gran Geremias, que no dejaba de charlar un solo momento, refiriendo aventuras graciosas que dejaban á sus colegas con la boca abierta.

Todos admiraban su inagotable inventiva y los grandes recursos que siempre tenia á mano para salir de los pasos difíciles.

Lanza escuchaba á Geremias con un placer infinito, pues este tenia no solo una inventiva asombrosa en recursos traviosos, sino tambien en las fábulas con que los hacia comulgar.

En un momento Geremias inventaba una aventura con nombres propios y con gran acopio de detalles, que endosaba á sus compañeros como la cosa mas positiva.

Y aquella imaginacion riquísima no se agotaba nunca, teniendo siempre á mano un cuento nuevo ó una nueva aventura que referir.

Y no habia ejemplo de que incurriera en la mas leve contradiccion ni en la menor inverosimilitud.

Cuando la casa de Lanza estaba en el apogeo de su clientela de huéspedes, era en la época de Carnaval y despues de la Semana Santa.

En la primera época se divertieron de una manera bestial, pasando la famosa semana en un interminable y estupendo baile de máscaras.

El teatro de la Opera era entonces el campo de accion de Carlo Lanza, cuya fama de bailarín no conocia rival por aquella época.

Acompañado siempre de cuatro ó cinco de las mejores mugeres que habia en el baile, ganaba un palco de la octava, y no se movia del teatro hasta que no se habia apagado la última luz.

Cambiando de compañera siempre, él se bailaba todas las piezas del programa, pero donde mas descollaba era en el valse, que bailaba con una elegancia única y una rapidez vertiginosa.

Era en los vales donde Lanza perdía todo su aplomo, olvidándose de todo lo que no estaba encerrado en la voluptuosa melodia de aquellos interminables vales.

Su mirada se dilataba en una expresion infinita, su rostro se encendia aun antes de dar un paso, y el hombre se transformaba por completo.

Miraba al centro del teatro como buscando el mayor espacio libre, y allí se lanzaba en un verdadero vértigo de vueltas.

Aquello era un torbellino.

Lanza giraba con una rapidez incalculable y con una elegancia suprema.

Parecia una pareja movida por la electricidad.

Y se imponia de tal manera, que muchas veces las demas parejas dejaban de bailar para "abrirle campo" y se quedaban absortas en la contemplacion de aquel valista inimitable.

Lanza no se detenía un momento hasta que el valse no terminaba.

Recien entonces se paraba de golpe, en un movimiento elegantísimo y jadeante, chorreándole el sudor por todas partes, con el cabello empapado pegado á la frente, regresaba al palco, donde no hacia mas que cambiar compañera y aprovechar el intermedio bebiendo cerveza, para volver á principiar de nuevo.

Y á los primeros compases de la nueva pieza, se lanzaba de nuevo al vértigo del baile, sin que el anterior pareciera haberle causado la menor fatiga.

Habia gente que acudia á los bailes de la Opera, con el esclusivo propósito de ver valsar á Lanza, pues era difícil encontrar quien lo hiciera con mayor entusiasmo ni de una manera mas correcta.

Era preciso verlo entregado al valse, para comprender hasta dónde iba aquel bailarín asombroso.

Los mirones que van siempre á la platea, en los bailes de máscaras, se lo pasaban estasiados en la contemplacion de Lanza, ya contemplándolo en el palco rodeado de aquellas mugeres deslumbrantes por su hermosura y sus vistosos trajes, ya en el vértigo del baile.

Entre ellos habia siempre una buena cantidad de clientes suyos, de aquellos napolitanos de quienes era el banquero y que lo miraban y aplaudian llenos de orgullo y de satisfaccion.

Era su palco el que atraia todas las miradas, que solo se apartaban de allí para seguirlo en el torbellino del baile.

Sus amigos los curas de campaña lo miraban llenos de asombro, envidiando el interés que en todos despertaba el asombroso bailarín.

Desde la primera hasta la última pieza, Lanza no reposaba sino en los cortos intervalos de pieza á pieza, y eso porque no tenia otro remedio, que si la música hubiera sido continua, no hubiera descansado un solo momento.

Su palco era siempre el mas animado del teatro, teniendo muchas noches que tonar otro al lado, porque uno solo era poco.

Como allí se bebia cerveza sin contar el número de botellas consumidas, y pagando Lanza, puesto que él siempre se venia al teatro con dos ó tres cajones, allí iban acudiendo las conocidas y las amigas que no faltan nunca cuando hay cerveza á discrecion.

De modo que en los intermedios se llenaba el palco, pudiendo entonces los curitas disfrazados elegir compañera sin gran trabajo.

Como sabian que despues del baile al lado de Lanza se cenaba de lo fino y sin la menor economía, á cierta hora de la noche las conocidas se iban quedando en el palco para retirarse juntos.

Sus amigos los curas, disfrazados con buenas barbas postizas y famosos casquetes que ocul-

taban el cerquillo, elegían entónces la compañera que mejor les parecía, retirándose con ella á la cena, de manera que Lauza salía del baile siempre acompañado, por lo menos de media docena de parejas.

Mientras Luisa no estuvo en Buenos Aires aquel primer año sobre todo, la cena se armaba en el comedor de Lanza, ó mejor dicho el almuerzo, pues siempre se sentaban á la mesa con el sol alto ya, para levantarse, generalmente despues de las doce.

Era entónces cuando se armaba la verdadera farrá que duraba el día entero, y hasta que llegaba la hora de volver al baile.

Durante aquellos tres días de locura infinita, la casa de Lanza se convertía en un verdadero hotel y casa de huéspedes.

Por todas partes se veían colchones tirados y camas improvisadas, sin otra misión que descansar las borrascas del baile y de la cena.

La mesa no se destendía durante los tres días, pues en cuanto terminaba la comida y se iban al baile, ya el sirviente empezaba á prepararla para la cena siguiente.

Geremías, el insigne Geremías se transformaba entónces al estremo de que nadie lo habría conocido.

Geremías se multiplicaba entónces y él solo atendía á las parejas de todos, entreteniéndolas con sus chistes interminables y sus bromas de todo género, de las que siempre era el tema el reo Milito, á quien todos titeaban famosamente.

Esta vida no se interrumpía durante los tres días de Carnaval y los Sábados y Domingos en que había baile de máscaras.

El Miércoles de ceniza la casa quedaba desierta de huéspedes eclesiásticos, aunque no femeninos.

Todos los curas regresaban apresuradamente á sus curatos de campaña, porque tenían que atender á sus deberes y negocios de Cuaresma y Semana Santa, en que la iglesia hacia un verdadero agosto.

El mismo Geremías se perdía entónces de lo de Lanza, no viniendo muchas veces en toda la Semana Santa.

El tiempo le era poco para andar de limosna en limosna y de comilona en comilona, recogiendo á una hora razonable, porque al día siguiente era preciso principiar temprano.

Sus amigos de la campaña no daban señales de vida.

Tenían un quehacer bárbaro en los curatos, siéndoles poco el tiempo para atender á los oficios divinos, á las bandejas de limosnas y á zurcir aquellos célebres y macarrónicos figurones formidables, con que á la noche habían de deslumbrar á aquellos fieles inocentes y sencillos.

La recepción de los regalos con el correspondiente recado, les absorbía la mayor parte del día, quedándose apenas la noche para contar las utilidades y preparar las farsas del día siguiente.

La Semana Santa para un cura párroco de

campaña, es cosa provechosa pero de un gran trabajo.

Son los únicos días del año en que se mueven, y se mueven en realidad por todo el año.

Hay que dejar la cama temprano para atender á las primeras misas, desde el Domingo de Ramos, en que empieza la fiesta.

Apenas tienen tiempo de echarse al colete un chocolate con sus correspondientes bizcochos, y eso á escondidas, porque para tomar el garracha y la oblea de la misa, es preciso estar en ayunas, pues de otro modo el acto no sería válido.

Mientras él anda ocupado en decir sus primeras misas, ayudado por los chiquilines de las devotas, el sacristan se ocupa en ir acomodando el templo para las demás fiestas del día y de la noche.

A la hora de almorzar, el cura lo hace de una manera extraordinaria.

Esos días almuerza de gallina, de empanadas y tal vez algun lechon ó cabrito con que lo ha obsequiado el chacarero amigo.

Durante el día, el sacristan y el monaguillo especial, y el hijo de doña Ramona ó alguna otra beata, no pueden ocuparse del cuidado del templo.

Estos han tomado la bandeja y el santo para quien han de pedir y se han soltado á la calle á hacer la provechosa colecta de fondos con que han de aliviar las llagas de San Roque, la pobreza de San Pedro ó la indigencia del Niño Jesús.

Todos saben que estos honorables santos no necesitan para nada los billetes sucios de nuestros Bancos, pero unos por lástima al que pide, otros por quedar bien con el párroco y otros por simple vanidad, todos dan limosna.

El sacristan y demás pedidores de limosna, bien enseñados por el párroco, tienen cuidado de ir sacando el dinero de la bandeja cuando esta se vá llenando, para que los que dán no vean que hay mucha limosna y dén menos.

Mientras ellos piden en la calle, el cura, que en esos días no duerme siesta, está ocupado en recibir la limosna que llevan al templo.

En el átrio ha colocado una mesa con la correspondiente bandeja y el correspondiente Jesús al lado, cuyos cordones han de besar los fieles que concurren al templo.

Esta bandeja no la pierde de vista el cura, porque es preciso ir sacando dinero á medida que se vá llenando, para que no se vea que hay mucho.

Y los regalos empiezan á llover, interrumpiendo la tarea limosnora del cura que tiene que atender á todo.

Ya es una fuente de empanadas que manda doña Fulana, ya una dulcera con rico dulce que manda doña Mengana.

Ya un pavo cebado con aquel solo ohjeto, obsequio de la hija de confesion, ó unas botellas de vino para que diga las misas que la familia tal ha encargado á la ciudad.

Y el párroco vá recibiendo todo y acomodándolo en su aposento, que pronto se llena de co-

mestibles y bebidas, donde él pasea una mirada piadosa y satisfecha.

A la hora de comer tienen que hacerlo de prisa, porque se acercan los maitines, las lamentaciones, el sermón de soledad ó de cualquier otra cosa que hay que pronunciar do noche.

El templo se llena de fieles y es preciso que estos salgan satisfechos, para que al día siguiente la limosna que han de dejar en la bandeja.

Muchas veces viene algun cura amigo, de la ciudad, á tomar unos dias de campo y ayudar á su amigo, y entonces este se siente aliviado del peso de los sermones que el otro ha de pronunciar.

A la noche, cuando el templo se cierra á los fieles, recien el cura puede gozar de unos momentos de descanso.

Mientras el sacristan y los ayudantes gratuitos que en esos dias caen á la iglesia, preparan la comida, él se ocupa en contar la limosna que se ha recogido en el dia, poniendo los billetes por el órden de su valor.

Con qué placer descomunal pone aparte los paquetitos de á cien y con qué gusto inmenso cuenta esta cifra enloquecedora: mil!

Concluido el recuento y guardado el dinero, el cura se sienta á la mesa, concurrida por unos cuantos amigos de confianza, entre los que no faltan el boticario y el Juez de Paz ó el secretario del Juzgado y algunos vejetes con que hace la tertulia de mus todas las noches.

La comida es suntuosa, el cura tiene un hambre de todos los diablos, porque para poder celebrar, dice que en todo el dia no ha tomado mas que unos mates y algunas copas de vino.

El sacristan, que siempre es un buen cocinero, ha arreglado una buena comida á la que se agregan todos los regalos de pavos, dulces, etc. que se han recibido en el dia.

La comida es alegre y animada porque el buen vino no falta nunca, hasta que el cura por el exceso de trabajo que ha tenido en el dia, no por el exceso de la comida, dobla la cabeza sobre el pecho y se queda profundamente dormido.

Los amigos siguen de sobremesa hasta cierta hora, en que lo despiertan para despedirse, porque ha llegado la hora de retirarse.

Y el cura los acompaña, hasta la puerta y vuelve á tomar la copa de la almohada, porque es preciso recogerse para madrugar al otro dia.

Y todos los dias es la misma cosa, las mismas escenas, durante la Semana Santa.

Solo varian los regalos y la cantidad de limosnas recogidas.

Hasta que se concluya la Semana Santa y con ella la época mas provechosa del año.

Vienen en seguida los dias de descanso á tanta fatiga y el correspondiente viaje á la ciudad para traer el dinero recolectado, de que el Arzobispo recoge un tanto por ciento.

Por esto es que despues de semana santa la casa de Carlo Lanza se encontraba tan concurrida y alegre como en los dias de carnaval.

Allí acudian los amigos curas de campaña, á depositar en su poder ó á remitir á Europa el producto de sus limosnas, que llegaba á sumar una cantidad respetable, sin contar lo que dejaban á un lado para echar una cana al aire.

Los otros curas que andaban sueltos de parroquia en parroquia, cambiando en todas ellas, ó pidiendo limosnas, caian tambien á casa de Lanza con el producto de lo recogido, para depositarlo ó remitirlo.

De modo que para Lanza despues de Semana Santa arreciaba el trabajo y crecian las comisiones, que lo resarcian con usura de todo lo que gastaba para alojar y obsequiar á sus huéspedes.

Aquí se repetian las farras del Carnaval, con tal estrépito, que el vecindario alguna vez se puso en alarma, no sabiendo á qué atribuir tamaño bochinche.

Esto fué una vez que un par de curas se mamaron y armaron entre ambos tal gresca de celos, que Lanza, ayudado de Jeremias y otros amigos, se vió en figurillas para que la cosa no trascendiera hasta la Policia, pues ya el vigilante de la esquina se habia puesto en alarma.

Cómo se divertian aquellos calaveras?

Muchas veces Lanza habia estado tentado de enviarlos al infierno.

Pero cómo renunciaba no solo á la clientela de los curas sino á la que estos le proporcionaban, que era su gran negocio?

No habia mas remedio que esperar á que volviera Luisa, cuya presencia concluiria con las farras, aunque no con el alojamiento, pues esto no convenia á Lanza.

El cenáculo se habia aumentado con dos clientes de primera fuerza, un cura napolitano llamado Vicente Mugnolo y otro, napolitano tambien, llamado Francisco Fruguglietti.

El primero era un cachafáz de primera fuerza, mas lloron y pedidor que el mismo Jeremias.

Mugnolo era jóven, buen mozo y de una educacion esmerada.

Hábil é hipócrita cuanto puede serlo un cura napolitano, con sus llantos y su fachas de infelicidad, le habia ganado el lado al arzobispo Aneiros, que lo protegía de una manera decidida.

Para no inspirar celos á los familiares ni empleados de la Cúria, con tódos se mostraba sumamente cariñoso y servicial.

Siempre andaba ponderándolos ante el arzobispo, inventándoles buenas condiciones que no tenían y bendiciendo el momento en que habia caído entre tan buenos compañeros.

Con semejante conducta, se habia ganado el cariño de sus compañeros, que lo tenían por un infeliz y que, léjos de tener celos por la proteccion que le dispensaba el arzobispo, lo protegían ellos mismos.

—Son ustedes mis ángeles de salvacion, les decia Mugnolo besándoles las manos: nunca olvidaré todos los servicios que les debo.

Con esto, sus compañeros los familiares de Aneiros y empleados de la Cúria lo recomen-

ban á las personas que hacen limosna y Mugnolo pasaba la gran vida.

Muchas veces lo consultaban en cosas delicadas y él los sacaba de apuros con su talento, pero sin darles á entender que conocía su superioridad intelectual.

Mugnolo atorrabá en la Catedral, le permitían que dijera misa allí, y siempre le daban aviso anticipado de los funerales de familias ricas, en que el estipendio era extraordinario y provechoso.

Y él venía humildemente á partir su estipendio con el que le había dado el aviso, que no se lo recibía nunca, agradeciendo la generosidad.

A su cargo estaban los altares de la Catedral, por lo que se le había señalado un sueldo que él se negó á recibir, sosteniendo que demasiado pago estaba con la protección que se le dispensaba, pero que se lo obligaban á recibir.

Nunca los altares estuvieron tan prolijamente atendidos.

Mugnolo tocaba el órgano con un sentimiento artístico, lo que hacía que no solo lo ocuparan en la Catedral para las misas cantadas, sino que lo ocuparan los demás curas de parroquia cuando tenían alguna fiesta de órgano.

Todo esto le dejaba sus ganancias buenas, que al fin de mes sumaban una cantidad de primer orden.

Muchas veces el arzobispo le había propuesto mandarlo de teniente cura á tal ó cual parroquia.

Pero Mugnolo, que aspiraba á un curato, no aceptaba, diciendo que él no quería salir del lado de un prelado tan santo.

Y Aneiros se encantaba al ver que había un hombre que realmente lo tenía por un santo.

Sin que en la Cúria se apercebieran, Mugnolo, que había hecho relacion con muchos hombres ricos y religiosos, en casa de Aneiros, se había metido en las familias de estos á pedir limosna.

Como veían la consideracion con que le trataban en la Cúria, no habían tenido inconveniente de recibirlo en la casa é invitarlo á comer con frecuencia.

Entonces Mugnolo empezaba á llorar miserias, á decir que era muy pobre y que mandaba con qué vivir á su anciana madre, obteniendo por resultado no solo que le dieran limosnas, sino que unas familias lo recomendaran á las otras con el mismo objeto.

Y así de familia en familia, Mugnolo hacía su buen acopio de limosnas, que agregadas á sus utilidades de estipendios de costumbre y pagos por tocatas de órgano, iba haciendo su bolsa sin que nadie lo notase.

La necesidad de poner su dinero á salvo de todo peligro, lo había hecho buscar la relacion con Lanza, por intermedio del gran Geremías con quien se había encontrado en algunas casas donde ambos pedían limosna.

Mugnolo empezó á mandar sus pesitos á Europa por el banco de Lanza, se vió libre del peligro de tenerlos consigo, y aumentó así el número de clientes á mesa y mantel.

Cuando Mugnolo arreglaba los altares, no solo se chupaba el vino de las vinageras, sino que la mitad del que le daban para llenarlas se lo llevaba á casa de Lanza para concurrir con él á la farrá general.

Y esto fué su perdicion.

Un familiar de Aneiros que le tenía cierta ojeriza por cierta desbancada que le hizo con una conductora de regalos para el Arzobispo, lo sorprendió en sus manejos vinícolas y no le dijo una palabra, para hacerlo pillar infraganti.

Robarse así la sangre de Cristo, era un delito que no podía quedar sin castigo, y sin un castigo ejemplar.

El familiar tomó sus medidas y Mugnolo fué pillado como él quería, infraganti delito de chuparse el vino de las vinageras, ó si no llevándolo á la calle para venderlo, segun dijo el familiar, el que le daban para llenar las vinageras.

Este feo delito lo hizo caer en desgracia, hizo que lo espulsaran de la Catedral y descubrir las fuentes de limosnas que tenía entre las familias á quienes se avisó que en adelante no le dieran un centavo, porque era un perdido.

Y Mugnolo no tuvo mas remedio que venirse á atorrar á lo de Lanza, mientras hallaba otra ocupacion.

Fruguglietti, el gran Francisco Fruguglietti, era un tipo de otro pelage y de otras condiciones.

Le habían descubierto su lado flaco, y era el tuteo, no solo de los compañeros de parranda, sino del mismo Dolcetti confidente de su famosa correspondencia.

Fruguglietti era uno de esos napolitanos que siempre lloran miserias y que mas lloran mientras mas se les dá, porque de aquel acento quejumbroso han hecho una especie de oficio á que se dedican eternamente.

Jóven y de fisonomía agradable y criolla, como los napolitanos de la capital, Fruguglietti había tenido su historia amorosa en Nápoles, que él mismo refería de esta manera, en medio del tuteo de sus compañeros.

— Yo l'amai, güel ánima ru riabo! é m'ingannó.

Le pedían el detalle de este descalabro, y él lo refería así:

Cuando se ordenó y cantó su primer misa, se hizo el confesor de una familia amiga de la suya, que le profesaba un gran cariño.

De esta familia formaba parte la gentil Rosina, espléndida muchachona de unos quince años, mas ardiente que una hornalla de fuego y con unos ojos aterciopelados que hacían perder la calma á Fruguglietti cada vez que se detenían en su persona.

Fruguglietti amaba á Rosina de una manera apasionada; muchas veces maldecía aquel hábito infame que de ella lo separaba, pero no perdía por esto la esperanza de ser correspondido.

— Con paciencia se gana el cielo, pensaba, y otras cosas mas difíciles he visto yo alcanzar en esta vida.

Fruguglietti en sus confesiones, empezó á sonjar el corazon de Rosina, para ver si allí atoraba algun otro napolitano mas fino que él, pero lo encontró libre do toda pasion y entonces se dedicó á enamorarla valiéndose de todos los medios á su alcance.

Fruguglietti tenia entrada en la casa á toda hora, como la persona mas querida de la familia.

La madre de Rosina, que no se sospechaba nada, lo trataba con gran cariño, aconsejando á su hija siguiera los preceptos de aquel santo y jóven sacerdote que habia de mostrarle el camino del cielo.

Fruguglietti no perdía así ni un minuto de su tiempo.

Correspondia á las finezas de la madre de Rosina, que eran muchas y repetidas, sembraba amores en el corazon de Rosina, y ponía los puntos mas ciertos á la siempre bien provista bolsa de la familia.

Era aquella una familia rica y generosa á la que Fruguglietti dedicaba la mayor parte de su tiempo, y era lógico entonces que de alguna manera se lo compensaran.

En sus verdaderas ó fingidas necesidades, él acudia siempre á los fondos de la señora y no habia ejemplo de que jamás quedara descontento.

En aquella casa Fruguglietti se manjaba como en la suya propia.

Allí almorzaba y comia, allí le cuidaban su sagrada ropa y allí atendian á sus menores necesidades, obsequiándolo de todos modos, hasta en la ropa que se ponía.

Hipócrita como un jesuita napolitano, él habia sabido echar una incommovible fama de santo, no solo en la casa sino fuera de ella.

Todos lo miraban como un modelo de virtudes y se honraban con su amistad santa.

Muchos marchantes de confesion y de misa habria tenido, si no hubiera dedicado tanto tiempo á la familia de Rosina.

A fuerza de confesiones y de palabras poéticas y entusiastas, logró por fin meterse en el corazon de la jóven, que lo amó apasionadamente y de tal manera, que la buena madre al fin se apercibió de la cosa, aunque no pudo apercibirse de que el culpable era Fruguglietti.

Ella pensó que era una pasion espontánea que habia nacido en la jóven, y se aterró porque ella amaba al curita con toda la pasion de su alma viuda.

Combatir el amor de la jóven con razones y palabras, era un disparate que no hubiera sido capaz de cometer, porque con ello hubiera llamado la atencion de ambos, aumentando entonces la pasion que queria destruir.

Para combatir aquella pasion que ella juzgaba naciente, la derecha era llamarle la atencion por otro lado, con otra pasion mas íntima.

Así, la señora, como medida mas eficaz, llamó la atencion de Rosina hácia un apuesto y rico jóven que la perseguía de tiempo atrás, y empezó á proteger aquella relación que ella misma combatiera poco tiempo antes.

Rosina comunicó á Fruguglietti aquellos nuevos amores á que la empujaba la madre, y el cura se puso en guardia con gran habilidad, pues se esponia á quedar sin el pan y sin las hostias.

Disimuló admirablemente ante la madre, y empezó á combatir en el corazon de Rosina aquel amor que querian meterle á la fuerza.

La madre no pudo apercibirse del doble manejo del astuto Fruguglietti y siguió fomentando el amor de aquel jóven, que se presentaba en condiciones soberbias y casaderas.

Aquel jóven era una persona sumamente agradable, de bello físico, de educacion sumamente esmerada, de fortuna, y muy capaz de derrotar al cura aquel en una empresa amorosa.

Apoyado por la madre, tuvo mil ocasiones de poder hablar solo con Rosina y de ir ganando terreno en su corazon.

A Rosina empezó á agrardarle su pretendiente, de tal manera, que ella misma empezó á ocultar á Francesco los progresos que aquel hacia en su cariño.

El jóven, por su parte, habia observado la conducta sospechosa del cura, algo le habia dicho ya Rosina y se puso en hábil guardia contra lo que pudiera venir.

Francesco, por su parte, notaba lo que pasaba, se habia enamorado locamente de Rosina y miraba con creciente desesperacion el matrimonio que veía llegar con pasos de gigante.

La desesperacion empezó á ganarlo y á hacerle perder poco á poco los estribos.

Un buen día supo que el jóven aquel habia pedido en matrimonio á Rosina y que la madre habia consentido en el acto.

Fué tal la impresion que le causó esta noticia, que temiendo él mismo hacer un descalabro, tomó el tren prestando un quehacer imprevisto y se ausentó de la ciudad hasta el día siguiente, para tener tiempo de serenarse.

De otro modo Francesco temia que la desesperacion lo arrastrara hasta hacer una enormidad.

Léjos del teatro de su desventura, se le tranquilizaria el espíritu y podria pensar con mayor claridad y acierto el camino que mas le convenia seguir.

Bajo ningún principio estaba dispuesto á renunciar á su presa, así es que la cuestion era preparar el terreno de manera á vencer á la madre, al novio y á cuanto enemigo de su pasion le saliera al paso.

Francesco meditó toda la noche, pensó la cosa, y resolvió combatir el plan, en el corazon de Rosina primero, y en el corazon de la madre despues, demostrándole que aquello era una enormidad.

Fruguglietti no se sospechaba que la madre habia descubierto la pasion de Rosina, siendo aquello lo que la habia obligado á proceder así, y esperaba con buenas razones ó informes falsos hacerla desistir del casamiento de Rosina.

A ésta la asustaria con el infierno, le haria ver aquel casamiento como una obra del diablo, al mismo tiempo que trataria de encender con su

lenjuage ardiente, la pasion que Rosina indudablemente habia sentido por él.

Pero Francesco tenia que combatir con un enemigo que esgrimia una arma que él no podia esgrimir, el casamiento, con cuya sola oferta el rival debia llevarlo toda la ventaja.

A Francesco no le escapaba esto, él no se podia casar y no podia luchar con un candidato á marido.

Cuando mucho, podia aspirar á seguir confesando á Rosina despues de casada, pero Francesco no podia conformarse con esto.

Amaba á Rosina con toda la pasion de su alma para conformarse con tan poca cosa.

Al otro dia regresó á casa de Rosina mas dispuesto que nunca á impedir el odiado casamiento.

Aunque él disimulaba maestramente la batalla que se daba en su corazon, ella asomaba en relámpagos poderosos á sus ojos espresivos y negrismos.

No habia mas que mirarle el semblante para comprender que aquel hombre pasaba por una angustia inmensa.

Ánte la madre disimuló cuanto pudo, diciéndolo que volvia muy angustiado porque acababa de perder un amigo de la infancia, cuyo cadáver venia de bendecir, cosa que aquella creyó sin la menor dificultad.

Pero en cuanto pudo hablar libremente con Rosina, cambió completamente de táctica.

Le pintó con apasionados colores toda la puzera del amor que sentia por ella y le manifestó que nunca podria consentir en la realizacion de aquel casamiento maldicido.

—Tu enlace con ese hombre, Rosina, le decia, me haria morir de tristeza, y te juro que si la tristeza no fuera bastante á matarme, me mataria yo mismo despues de haber dado muerte al autor de mi desventura.

—No te cases, Rosina, no te cases, mira que ese matrimonio es obra del diablo y vá á labrar tu eterna desventura: me lo dice la voz de Dios que resuena á cada momento en mi espíritu.

No lo digas nada á él, pero demuéstrale que no lo amas, que no podrás amarlo nunca, porque tu corazon pertenece á Dios y á otro hombre.

Y si te pregunta quién es ese otro hombre, no se lo digas, no le vayas á decir que soy yo, porque te condenarias.

De esta manera y despues de pintarle toda la ventura tranquila y apacible de su amor, Fruguglietti pensaba que llegaria con felicidad y éxito al fin de la jornada.

Rosina quedó aterrada con cuanto le dijo su confesor, y en cuanto se separó de él, fué para ponerse á llorar amargamente.

Y tanto lloró, que se enfermó de un fuerte dolor de cabeza.

Su novio vió prontamente que aquello no era un mal físico que algun sufrimiento oculto habia en el corazon de la jóven.

Y como ella lo amaba intimamente, no le fué difícil penetrar la causa de todo aquello.

A pesar de todas las recomendaciones de Fran-

cosco y de todas sus amenazas de condenacion, Rosina narró á su novio toda la terrible conversacion que habia tenido con Fruguglietti.

Le contó las amenazas de muerte y de condenacion que aquel le habia hecho, y le contó tambien la vehemencia con que le habia pintado el volcan de amor que atesoraba para ella.

—Ese cura es un miserable, que lo que quiere es tu perdicion: se ha enamorado de ti con un amor sacrilego que debe llenarte de vergüenza, le dijo, pero es preciso disimular hasta que yo tome mis medidas para defenderte del plan infame de este miserable.

Es necesario que le hagas creer que has hecho cuanto te ha aconsejado, que ya no precisas casarte conmigo, pero nada mas, Rosina, nada mas.

No vayas á salir de tu casa bajo ningun pretexto, sin ir acompañada de tu madre, y no quedes sola con Francesco sino en sitio desde donde tu madre pueda oír tu mas leve voz de socorro.

En seguida la convenció de que aquel hombre era un gran criminal á cuyo lado corria un serio peligro, y se retiró á armar y ejecutar un plan de ataque, que debia ser de una eficacia asombrosa.

Como él habia penetrado ya en el amor de su futura suegra por el cura, vió que era inútil combatirlo por allí, porque nunca lograria hacerlo espulsar de la casa.

Disimuló pues estar al corriente de todo el plan de Francesco y preparó el suyo con que habia de contrarrestar aquellas iniquidades en embrión.

El jóven salió á la calle y esa misma tarde se vió con sus cuatro amigos mas íntimos y mas traviesos, á los que narró en sus menores detalles lo que le pasaba, invitándolos á que lo ayudaran á resolver el punto.

Entre aquellos cuatro amigos habia dos estudiantes, de gran fama por sus travesuras y ocurrencias graciosísimas.

Los cuatro amigos meditaron la cosa y celebraron una conferencia que duró una hora.

Cada uno espuso un medio que conceptuaba de la mayor eficacia.

Se votaron todos y se adoptó por fin aquel que les pareció de mas rápida ejecucion y de resultado mas seguro al objeto que se proponian.

Quedó convenido en que se daría á Fruguglietti una gran paliza y manto, que sin ocasionarle fractura alguna lo dejara estenuado, amenazándolo con otra igual cada vez que se le sorprendiera infraganti delito de poner los pies en casa de Rosina.

Se fijó para la paliza la noche siguiente, para que cada cual tuviera tiempo de proporcionarse un instrumento adecuado y se resolvió que la paliza fuera aplicada entre todos, para que produjera mayor efecto.

A la noche siguiente y como siempre, el novio de Rosina se encontró en casa de esta al famoso Fruguglietti, que no tenia motivo para sospecharse lo que le iba á pasar.

Los cuatro amigos del joven esperaban en las inmediaciones de la casa, armados de los correspondientes garrotes de cuero que, para no ocasionarle fractura alguna, se habian mandado confeccionar á propósito.

A las once de la noche, hora habitual de retirarse Fruguglietti, el joven se despidió y fué á reunirse con sus amigos, que ya estaban impacientes.

Como él sabia la direccion que llevaria el cura,

siguieron caminando en esa direccion, esperando un poco mas lejos y donde la calle era mas sola.

Media hora despues apareció en la calle el pobre candidato, embozado en su manteo, y sin sospechase el manteo que le iban á regalar.

Siguió caminando el pobreta hácia el grupo formado por los cinco jóvenes, no solo sin imaginarse que lo esperaban, sino sin conocer á su rival, que se ocultaba en la esquina.

OTRA PAPA A LA OLLA

!

Entregado al mundo de pensamientos que cruzaban por su magin, ni siquiera se fijó en el grupo.

Cuando fué á pasar cerca de ellos, subió el embozo de su manteo, por costumbre y para no ser conocido, y se apartó un poco á la derecha para pasar mas cómodamente.

Fué entonces que zumbó en el aire el primer garrote de cuero y se estrelló contra sus matabres, mientras se dejaba oír una estruendosa carcajada.

La sorpresa de Francesco fué enorme.

En el primer momento no supo qué pensar.

Quién podia ser el comedido que le tanteaba el bulto de aquella manera?

Apenas se habia dirigido mentalmente esta pregunta, cuando otro garrotazo lo acarició del lado opuesto, y ya aquello se convirtió en un furioso aguacero de garrotazos.

Fruguglietti era mas flojo que una gallina, enfiló la calle y quiso disparar.

Pero aquellos garrotes le cerraron el paso y la paliza continuó con creciente entusiasmo.

Fruguglietti pedia socorro por todos los santos, lloraba y esquivaba los golpes de la mejor manera que podia.

Pero aquellos bárbaros seguian sacudiéndole sin piedad.

—Por qué me pegan? qué mal les he hecho yo? socorro! gritaba Fruguglietti.

Y la tunda seguia cada vez mas formidable. En menos de cinco minutos el pobre Francesco quedó completamente molido.

Apenas tenia aliento ya para pedir que no lo mataran.

El barrio era solitario y la hora avanzada hacia que los amigos pudieran terminar su obra sin que nadie los molestase.

—Fruguglietti! le gritó entonces al oído el novio de Rosina, infame Fruguglietti! esta es la primer amonestacion y la muestra de lo que

haremos contigo en adelante sino abandonas el campo de tus iniquidades.

El primer día que me vuelvas á pisar la casa de Rosina, aunque sea con los mejores propósitos de este mundo, te deslomo de una segunda paliza, no tengas duda.

Tal fué el asombro de Francesco, que por un segundo dominó el dolor de los palos.

Pensó que aquello iba á seguir hasta romperle el cuanto hueso tenia, y vacilante y descañallado echó á andar con tanta prisa como le fué posible.

Los amigos desaparecieron en medio de un coro de alegres carcajadas.

Francesco no pudo andar mas de unas cien varas, estaba materialmente molido á palos.

Cayó al suelo de nuevo y empezó á lamentarse y á pedir socorro.

Como él no sabia que aquel manteo habia sido dado con garrotes de cuero, suponía que habia sido dado con garrotes legitimos y entonces pensaba que tendria rotos la mayor parte de los huesos.

A los gritos del desventurado Francesco acudió la autoridad, á la que Francesco impuso de lo que habia sucedido, de la manera siguiente:

—Cruzaba por aquí, cuando he sido asaltado por un grupo de malhechores que me han acometido á palos poniéndome en este estado.

Creo que ha sido por robarme y como nada de valor me han hallado encima, me han dejado así y han huido.

No se le pudo arrancar un dato mas.

Si él nombraba al autor de la paliza, se averiguaria la verdad de todo, se produciria el escándalo y aquello podia costarle hasta una suspension en su oficio.

Era mejor entonces aguantar la cosa y pensar friamente despues en lo que habia de hacerse.

Fué conducido con gran trabajo y dolores hasta el puesto policial mas próximo, desde

donde se mandó buscar un carruaje que lo llevara á su domicilio.

Aquella paliza lo habia dejado sin aliento.

Fruguglietti mandó buscar médico, que lo reconoció prolijamente, sin encontrar la menor fractura.

El facultativo no comprendia como podian haberle pegado una garroteadura que tantos moretones habia dejado, sin haber roto los huesos.

Tan molido quedó el pobre Francesco, que no pudo moverse de la cama en quince dias.

Los dolores que sentia en todo el cuerpo eran terribles, y alguno que otro moreton que le cruzaba la cara, lo imposibilitaba de salir á la calle por muchos dias mas.

El pretendió pasar entre sus relaciones por enfermo, pero la verdad de lo sucedido habia corrido de boca en boca, y se sabia con sus menores detalles.

El escándalo á que tanto temia Fruguglietti estaba dado en parte.

Se sabia que Francesco Fruguglietti habia sido apaleado de una manera bárbara por unos estudiantes que habian querido vengar de aquella manera una aventura amorosa.

No sabian quiénes habian sido los autores, pero en el barrio se conocian perfectamente, no solo á ellos, sino á la niña objeto y causa de aquella paliza monumental.

Rosina supo la cosa por boca de su novio mismo, que le hizo el cuento alegremente, diciéndole que al fin se veria libre de aquel bribon.

La madre nada sabia, pero la historia que corria en el barrio y la ausencia de Fruguglietti le habian revelado la verdad.

Envió á la casa de Francesco á saber el estado de su salud y este la mandó llamar.

Y fué ella la única persona á quien reveló la verdad de lo que le habia sucedido.

La pobre muger se afigió y lloró amargamente, pues aquella aventura la colocaba en una situacion fuertemente ridícula.

—Yo no sé qué se habrá figurado aquel miserable, gruñia Fruguglietti, ni por qué ha procedido así.

Ese hombre debe de ser algun loco, decia, lo que me hace pensar tristemente en el porvenir de Rosina.

Ella, interiormente sabia bien á qué atribuir la causa de todo aquello, puesto que ella misma habia procedido así para evitar los temidos amores de su hija con el cura.

Pero ya no sabia cómo salir de aquel atolladero.

El asunto del casamiento estaba demasiado adelantado ya para poder retroceder sin escándalo de todos.

Ella misma tenia miedo de su futuro yerno, á quien sabia capaz de todo, para esponerse á que este armara algun gran escándalo.

Ya su situacion se habia hecho angustiosa, porque el escándalo de la paliza habia despertado la malicia de muchos y en el vecindario se sonreian cuando la veian pasar.

El jóven por su parte habia querido asegurarse el matrimonio, y ella no habia podido oponerse, y aunque hubiera podido, no se habria atrevido á hacerlo.

Así es que se fijó definitivamente para pocos dias despues.

Temiendo algun disgusto sério con Fruguglietti, no se atrevió á comunicarle que pronto se casaba Rosina.

Todos los dias iba á visitarlo, permaneciendo á su lado cuanto tiempo le era posible.

Así, sin que el apaleado Francesco lo supiera, Rosina se casó y la madre no tuvo mas remedio que alojar en su compañía al flamante yerno.

De otro modo se habria espuesto á quebrar con él, lo que equivalia á quebrar con Rosina, cosa que hubiera querido impedir á costa del mayor sacrificio.

Rosina y su marido creyeron que Fruguglietti se habia perdido de allí para siempre, así es que no volvieron á pensar mas en él.

Para el jóven era indudable que su suegra se veia con el cura diariamente, pero esto poco se le importaba, siempre que aquel no volviera á poner los piés en su casa: esto era lo que á él le interesaba, y lo que no estaba dispuesto á permitir.

Por su parte Fruguglietti, como no sabia que el casamiento de Rosina se habia realizado, no se preocupaba de la cosa, esperando estar bueno para volver á la casa y tentar la manera de deshacer el casamiento.

Estaba con sangre en el ojo y no perdía la esperanza de vengarse de sus apaleadores.

La aventura, ó mejor dicho la desventura de Fruguglietti se desparramó de tal modo, que cuando este pudo salir á la calle, observó que todos lo miraban con insistencia y se reian como si quisieran hacerle burla de su aventura.

La madre de Rosina habia tenido que recatarse mucho y suspender sus visitas á Francesco, porque ya llamaba mucho la atencion del vecindario que murmuraba maliciosamente.

Fruguglietti, en cuanto pudo salir á la calle, se trasladó á casa de Rosina.

Era de mañana muy tempranito y el pobre pensaba que como antes, el novio ni pensaria estar allí á semejante hora.

Cara pagó el pobre su ignorancia.

Como tenia de costumbre, entró á la casa sin golpear la puerta, yéndose hasta el comedor.

Allí encontró á Rosina que disparó sin hacer caso á su llamado, yendo á avisar á su marido lo que sucedia.

Sabiendo que Fruguglietti estaba allí, el jóven tomó un baston y se fué como un balazo al comedor.

Al verlo presentarse tan de golpe y armado de un garrote, el pobre Francesco sintió un miedo descomunal.

Quiso huir para evitar la tormenta que se le venia encima, pero procedió con tal torpeza y tal susto que no dió con la puerta, y el jóven tuvo tiempo de venirse al humo de una manera formidable.

Los garrotazos empezaron á repiquetear sobre los ya asendereados matambres de Francesco, y los gritos de este pusieron en gran alarmino á toda la casa.

Acudió la suegra aterrada, queriendo interceder por Fruguglietti, aumentando el vocerío y el escándalo.

Acudió Rosina, aterrada y sin darse cuenta de lo que hacia, quiso agarrar el brazo de su marido, pensando que este queria matar al cura.

Aquello solo sirvió para irritar mas al jóven, que empezó á sacudir con mas bríos y mas rapidez.

Aquel no era garrote de cuero, y Fruguglietti gritaba como un desesperado, sintiendo esta vez que le rompian los huesos.

Rosina lloraba aterrada, mientras la madre que arababa de ver aparecer sangre en la cabeza de Francesco, dió un verdadero alarido y se dejó caer desmayada.

Ya la puerta de la calle se llenaba de curiosos que acudian al estruendo del escándalo, cuando Francesco pudo llegar á la puerta del comedor, cubriéndose la cabeza con los brazos, y se lanzó al patio enfilando á la puerta de la calle.

El jóven lo seguia con verdadero encarnizamiento, sacudiéndole de firme.

Así lo siguió hasta la puerta de la calle, sin dejar de pegarle un momento.

Fruguglietti pasó por entre el grupo de curiosos que, aunque la escena era demasiado seria, no pudieron contener la risa ante la figura ridícula del cura que disparaba enredándose en los pliegues de la sotana y lamentándose y llorando á grandes gritos.

Solo allí se detuvo el jóven, volviendo al interior de la casa, porque los llantos de su mujer aumentaban cada vez mas, y los gritos de su suegra vuelta en sí, se sentian desde la esquina.

Fruguglietti, pensando sin duda que siempre lo perseguian, disparaba por la calle como un condenado, seguido de un grupo de curiosos ávidos de saber lo que sucedia.

Aquel escándalo fué terrible, por la hora á que se produjo y por el carácter que revistió.

Y como los vecinos y relaciones preguntaban al jóven lo que habia sucedido, este decia que aquel cura loco ó borracho habia agredido á su esposa, no sabia él con qué intencion.

Y que él se habia visto obligado á rechazar el ataque á punta de bastonazos.

El escándalo se hizo tan público que, para colmo de desventuras, al día siguiente Francesco era notificado por un empleado del arzobispado que por disposicion superior se le prohibia seguir ejerciendo su profesion de cura.

Por aquella disposicion Fruguglietti venia á quedar privado de oficio y de beneficio.

Aquello era el colmo de la desventura.

Ya Fruguglietti quedaba completamente inutilizado en Nápoles.

Sus relaciones con la familia de Rosina quedaban cortadas completamente.

El no se atreveria á volver mas á la casa, pues la tercera paliza podia costarle la vida.

Fruguglietti supo en seguida que Rosina se habia casado, lo que fué ya superior á toda su resignacion.

Aquel era el golpe de gracia que no se sentia con fuerza para sobrellevar.

El, por los mismos sufrimientos pasados, amaba á Rosina cada vez mas apasionadamente, con mas empeño.

Y al saber que por su casamiento debia abandonar toda esperanza de ser correspondido, se sintió dominado por el mayor desconsuelo.

Y fué entónces que decidió salir de Nápoles, donde la vida se le habia hecho odiosa é imposible de todos modos.

Fruguglietti tenia dinero y una pequeña casita en los alrededores de la ciudad, que algo valia.

Vendió la casita, redujo á dinero cuanto tenia y se preparó al viaje á América, donde sabia por lo que habia oído á sus compañeros, que en Buenos Aires los sacerdotes se pasaban la gran vida, gozaban de gran consideracion y muchos de ellos hacian su fortuna.

Completó sus informes con los que le suministraron amigos que recién venian de América y armó su viaje para Buenos Aires, teniendo la felicidad de juntar varias cartas de recomendacion, entre otras una para Lanza, Banquero, segun le dijeron, de todos los napolitanos que habia en América.

Fué entonces que el gran Fruguglietti remitió su dinero por giros contra la casa de Lanza, pues así se evitaba el peligro y la incomodidad de viajar con una gruesa suma de dinero.

Apenas estuvo bueno de los efectos de la última paliza, escribió una larga carta á la madre de Rosina, explicándole los motivos que tenia para ausentarse á América, sin mentar el principal que era el casamiento de Rosina.

“Cuando todo se calme y pase, le decia, yo volveré, ya nadie se acordará de lo sucedido y podré vivir feliz cerca de tí.”

Entretanto nos escribiremos, ~~ya~~ cuyo efecto te mando mi direccion, é incluyó la de Lanza.

Fruguglietti tuvo todavía con su amiga una entrevista tierna y cariñosa.

Ella comprendió que no debia hacerlo desistir de su viaje y se mostró conforme á la nueva desventura de la separacion.

Hizo á Fruguglietti un espléndido regalo de dinero y quedó en escribirle en todos los paquetes.

Dos dias despues el insigne y apaleado Francesco Fruguglietti se embarcaba directamente á Buenos Aires.

Llegó y se presentó en casa de Lanza, que lo recibió con todos sus miramientos habituales para lo que él llamaba un cliente productivo.

Porque un cliente que se venia con dinero, y cura de yapa, no podia ser sinó enormemente productivo.

Lanza lo puso en contacto con otros curas napolitanos y sus clientes que ya conocemos, le ayudó á buscar el alojamiento que le convenia, y lo dejó perfectamente instalado.

Lanza hizo mas todavía, pues le prestó el mayor de los servicios, poniéndolo en contacto y recomendándolo á la curia eclesiástica.

Con una astucia infinita, Francesco empezó á observar como vivian los demás compatriotas de oficio y adular á la gente de la curia que podía ayudarlo.

Vió entónces por sus ojos que aquí habia una buena camada de compatriotas apoderados de curatos y de otras cosas productivas, y se propuso como ellos, hacer una buena fortuna.

No necesitaba sino que se le permitiera decir misa y esto lo obtuvo fácilmente, siempre mediante las recomendaciones que le diera Lanza.

Todavía hay en Buenos Aires una cautidad de estos curas italianos, que viven y guardan dinero con solo los funerales á que asisten.

Fruguglietti, á pesar de las vicisitudes del viage, á pesar del cambio de clima y de las nuevas relaciones aquí contraídas, no habia podido olvidar su amor por Rosina.

Al contrario parecia que este habia aumentado en relacion á los garrotazos recibidos.

Espíritu cobarde y afeminado, cada vez que recordaba su amor desventurado y los infortunios por que habia pasado, se echaba á llorar amargamente, lamentándose en alta voz de su desgracia.

Rosina era un recuerdo palpitable que lo acompañaba á todas partes y lo perseguia en todos los momentos.

Pero no por esto lo abandonaba el recuerdo de la madre, que importaba el recuerdo de todas las felicidades pasadas.

Ella lo habia atendido siempre con especial cariño y solicitud, proveyendo á todas sus necesidades y superfluidades.

Ella lo colmaba de regalos y de dinero, porque el insigne Fruguglietti era tambien una pasion de su ánimo, que queria conservar por todos los medios posibles.

Para la pobre el viage de Fruguglietti, de que se reconoció principal culpable, habia sido un golpe de muerte para su corazon.

Si ella hubiera podido calcular que el casamiento de Rosina traeria semejante resultado, no lo hubiera consentido, le hubiera hecho la guerra con tanto empeño como lo habia protegido antes.

No le quedaria mas consuelo que llorar, la separacion de Francesco, ocultando su llanto para que no fueran á sospechar la causa.

Y se encerraba entonces en su cuarto á escribir larguísimas cartas á Francesco, contándole su dolor y sufrimientos y rogándole volviera á Nápoles, porque no podia vivir sin él.

La llegada de las primeras de estas cartas, fué lo que hizo descubrir la historia que hemos referido.

Al recibirla, Fruguglietti la abrió en el escritorio de Lanza y allí la leyó apresuradamente, porque habia reconocido la letra y le urgia tener noticias de aquella gente querida.

Al leer la carta no pudo ocultar su sentimiento y se echó á llorar amargamente.

Dolcetti se sorprendió al verlo llorar con aquella desesperacion, y le preguntó la causa de aquel llanto.

Tal voz aquel dolor era producido por la noticia de la muerte de algun deudo, y no era humano dejarlo en su desesperacion sin una sola palabra de consuelo.

En los primeros momentos las preguntas de Dolcetti no hicieron sino aumentar la desesperacion de Francesco, á quien el llanto ahogaba hasta no dejarlo hablar.

Pero tanto lo apuró el jóven para que le revelara la causa de aquel dolor intenso, que Fruguglietti le estiró la voluminosa carta instándole para que la leyera.

Dolcetti leyó la famosa carta cuyo contenido completó Fruguglietti con la narracion de sus desventuras.

Y aquí fué donde se descubrió la cosa y se hizo pública entre los amigos de parranda.

Cada carta que Francesco recibia le causaba una impresion idéntica.

Se ponía á llorar como un recién nacido y la pasaba en seguida á Dolcetti á quien habia declarado una especie de confidente de sus amores.

Allí se arman entónces los grandes titeos, que concluian generalmente por algun manteo de trapazos sacudido á Francesco como consuelo á sus penas.

Y tales fueron los titeos y las manteadas, que al fin lo acostumbraron á la cosa, al extremo de que ya no le hacia mayor impresion.

Era Fruguglietti el único cliente de Lanza que en vez de mandar dinero lo recibia continuamente, pero como lo dejaba allí depositado, al fin y al cabo venia á ser lo mismo.

Es que Fruguglietti al responder las cartas, contaba que se hallaba en la mayor miseria, que se encontraba en país extranjero, sin recursos y sin amigos, y le mandaban entónces dinero en cantidad bastante para que pudiera vivir con desahogo.

Y sin embargo nada de esto era cierto.

Francesco ganaba para gastar y guardar.

Todos los dias se revisaba en los diarios los avisos de funeral y cabo de año, eligiendo aquellos en que se ofrecia mayor estipendio, y asistia á cuantos podia, no haciéndolo á todos por la falta material de tiempo.

Su bello ideal era un curato de campaña, pero un curato de campaña no era cosa fácil de conseguir, porque para cada vacante habia diez candidatos.

Sin embargo, Francesco habia seguído una táctica hábil, aconsejada por el reo Milito que era maestro en estos achaques.

Habia hecho su relacion con las familias pudientes que tenian casas de campo, interesando su compasion para que se empeñaran con el Arzobispo.

Aparentaba con ellas una piedad evangélica y una pobreza terrible, inspirándoles toda clase de interés y de lástima.

Pero faltaba lo principal, que vacara un curato, sin lo cual no habia empeño posible, puesto que

no habian de crear un curato espresamente para él.

Al fin y al cabo su vida era feliz y poco podia importarle tener que esperar mucho tiempo.

Entre los estipendios de misas y funerales, ganaba lo bastante para atender hasta lo superfluo y guardar, de modo que el dinero que recibia de Europa lo guardaba integramente en casa de Lanza, preparándose un capital para el caso en que tuviera que irse á alguna otra parte por algun accidente imprevisto.

Lo que es á Nápoles y á pesar de los ruegos de las cartas, no pensaba volver.

Le habia cobrado terror al marido de Rosina y tenia miedo que la vista de esta volviera á renovar todo el amor de otros tiempos, precipitándolo á un abismo sin salida para el porvenir.

—Aquel bárbaro, si me vé por allí, es capaz de matarme, decia, y esto es lo peor que me puede suceder y lo único á que temo.

Mientras yo esté vivo, todavia tengo esperanzas hasta de que Rosina enviude; entonces la derecha es conservar el pellejo á toda costa.

Para economizar dinero, Francesco andaba con un traje sacerdotal que habia hecho ya dos visitas á casa del insigne Agua Prat.

Lo único que cuidaba era su trage de parranda, eso sí.

—Le habia tomado todos los puntos á Geremías y exclamaba como él:

—En lo sacerdotal, ya sabemos á qué atenernos, la vida está asegurada y bien asegurada, qué diablo.

Ahora en lo civil es bueno provocar la suerte de todos modos, y con un buen exterior se tiene siempre la mitad ganada.

La cuestion es que la clase de mujeres entre quienes ellos se metian, eran mujeres de quitar en vez de dar, y poca ó ninguna esperanza habia que tener en ellas.

Teniendo un curato era cosa diferente y si no, ahí estaba el reo Milito como testimonio vivo de lo que aquello importaba.

Las familias que cuidan altar, otras que lo tienen especial, otras que hacen decir misa en las capillas de sus quintas, todas estas son fuentes de dádivas que no se agotan nunca, sin contar alguna buena suerte como la que habia tenido en Nápoles.

El hecho es que Fruglietti, como sus demás amigos, pasaba así la gran vida, mientras se iba formando una fortuna, fortuna que Lanza manejaba y giraba á un interés usurario, mientras á ellos no les pagaba mas que un buen interés de plaza que ellos recibian como un favor especial.

Á ninguno de ellos le convenia tener su dinero en los Bancos, porque entonces era hacer pública la cosa y esconderse á que se supiera que eran hombres de dinero, cuando ellos querian aparentar una verdadera miseria.

Lanza les merecia tanto crédito como el mejor Banco, les pagaba un buen interés, y con escepcion de Francesco, les remitia á todos su dinero á Europa, sin inconveniente de ningún género, así es que preferian tener en su poder el dinero, por las ventajas que allí les ofrecia.

Además esta era una manera de conservar aquella amistad impagable, que tanto buen rato y tanto placer les proporcionaba.

Así la casa de Lanza era una verdadera casa de huéspedes, pero qué huéspedes, santo cielo! qué huéspedes!

La fortuna seguia sonriendo á Lanza de todos modos y en cuanto negocio emprendia.

Las facturas que por su cuenta y á su consignacion le remitia su suegro, las realizaba con utilidades enormes, y como los pagos él los hacia á sus plazos mas convenientes, el dinero lo utilizaba aquí, sacándole famosos intereses y prestándolo á intereses usurarios.

Su crédito en todos los Bancos habia llegado á una altura envidiable, pues podia girar con su sola firma, sobre todo en el de la Provincia, cuanto dinero hubiera podido necesitar.

Esto le permitia poder emprender cuanto negocio se le ofrecia, aprovechando todas las utilidades que pudiera dejarle.

De modo que su fortuna, á pesar de sus gastos, aumentaba de una manera famosa.

Siguiendo así, Lanza no tendria ya que enviar á los comerciantes mas fuertes ni mas ricos.

Se habia hecho socio del Círculo Italiano, donde alternaba con lo mas distinguido de la colonia italiana, gozando de la consideracion y del respeto de todos.

Nadie conocia su pasado ni su origen, que era lo que mas le interesaba ocultar.

No conocian en él mas que al Banquero Carlo Lanza, y nadie se preocupaba en averiguarlo, porque le suponian un pasado correcto y tal cual él lo aparentaba.

Así es que cada dia veia él mismo crecer su importancia y su significacion comercial y social.

Aquel viaje de Luisa le habia venido de perilla, porque lo habia dejado en una libertad absoluta que tanto necesitaba para concluir de apoderarse de aquellos frailes de campaña, que eran la gran fuente de todas sus operaciones y de sus negocios mas brillantes, por el número de clientes que estos le proporcionaban.

LA SIGNORA LANZA

Luisa entretanto y á su modo, se pasaba en Europa una vida imponderable.

Con dinero en mas abundancia de lo que podia necesitar, no se privaba de nada, viajando como una gran señora y asistiendo á cuanta parte y paseo se le ocurría.

En Génova habia visitado á su familia, pero no habia querido parar en su casa, prefiriendo alojarse en el hotel, el mejor de la ciudad, donde era tratada espléndidamente, porque sabian que era la esposa de aquel gran banquero tan generoso y gastador.

Toda la buena impresion y el recuerdo que habia dejado allí Lanza por su espléndida manera de vivir, venía á traducirse para ella en todo género de obsequios y consideraciones.

Las relaciones de Lanza la visitaban proporcionándole todo cuanto ella deseaba.

No le faltaba con quien acompañarse al teatro y á todos los paseos.

En vano Maggi y sus hermanos quisieron llevarla á su casa, por nada quiso moverse del hotel, donde estaba en absoluta libertad.

Recordaba la esclavitud en que antes habia vivido en casa de sus padres y á la sola idea de renovarla, se echaba á temblar.

Allí no tendria una libertad absoluta para recibir á sus amigas, ni para regresar á la hora que quisiera y no habia entonces que pensar en esclavizarse en lo mas mínimo.

Desde que salió de Génova habia vivido en una libertad perfecta, se habia acostumbrado á gozar de tanta independencia como puede tener un hombre, y como era natural no queria renunciar á un solo momento de aquella libertad absoluta.

Habia reanudado relacion con sus amistades de la niñez, con quienes se juntaba para ir á los paseos y al teatro.

Así estuvo en Génova divirtiéndose de todos modos, hasta que se aburrió y preparó viage para Nápoles.

Como su viaje era esclusivamente de placer, queria aprovechar el tiempo en recorrer toda la Italia y pasear por todos los pueblos que le fuera posible, sin dejar nada por conocer.

Cuentan las malas lenguas que en Nápoles reanudó sus relaciones amorosas con aquel antiguo dependiente de Maggi, causa de su perdida y de su salida de Italia.

Este jóven se habia dedicado al arte lírico; aprovechando una espléndida voz de barítono.

Pero sin estudio alguno no habia podido pasar de una mediocridad de segundo orden.

Sin embargo, gracias á su bella voz, hacia buenos teatros y obtenia contratos ventajosos.

En uno de esos teatros volvió á ver Luisa á su antiguo amante, convertido en un Conde de Luna de primera fuerza.

El público aplaudia aquella bella voz de barítono, y el artista hacia sus esfuerzos, se conocía, para merecer aquellos aplausos.

En cuanto Luisa lo vió, sintió que la sangre se le agolpaba al corazón.

Por grandes que hubieran sido los motivos que tuvo para romper con él, una muger no olvida nunca á su amor primero.

Es algo que habla al corazón con mas fuerza que toda reflexion y todo razonamiento.

Al ver aquel jóven que despertaba la admiracion de un público entero, sintió que lo amaba, que lo amaba con la misma violencia de los primeros tiempos y con una fuerza de pasion incontestable.

Todos sus recuerdos se levantaron en su imaginacion evocando tiempos mas felices, y le pareció que aún vivía en aquella época feliz en que abandonó la casa paterna para seguir á aquel amor desventurado.

Luisa se sacó del seno un ramo de flores que llevaba y aprovechando el entusiasmo público por el cantante y que nadie podia mirarla, lo arrojó á la escena.

Era aquella una manifestacion demasiado elocuente para que el jóven no la notara.

Levantó el ramo espresivamente y buscó anhelante á la persona que lo habia arrojado.

Aquellas dos miradas se encontraron, Luisa se puso tan pálida como un cadáver y tembló toda de una manera poderosa.

El miró sorprendido á la rica dama, viendo ella claramente por la espresion de su semblante, que no la habia conocido.

Durante todo el acto, él no apartó de Luisa sus ojos, mirándola siempre con la misma fijeza y como si buscara en sus rasgos la revelacion de su nombre.

Pero todo era inútil, no podia reconocerla.

O Luisa habia cambiado totalmente, ó su fisionomia se habia borrado por completo del recuerdo del jóven.

Luisa salió del teatro preocupada y conmovida, esperó antes de tomar su carruaje algun recado, alguna targeta, pero en vano, nadió llegó á ella.

Subía al carruaje e iba á dar orden al cochero de regresar al hotel, cuando vió á un hombre que se detenía á la portezuela bruscamente, y con lenguaje agitado le decia:

—Por piedad, señora, una palabra, una sola pregunta.

Era el joven que la habia andado buscando por entre la concurrencia y que la encontraba al fin cuando esta hubo raleado.

—Una sola pregunta, agregó con creciente agitacion, por caridad y perdone usted el atrevimiento.

Luisa no tuvo fuerzas para hablar, la emocion le habia embargado la palabra y apenas pudo hacer al joven una seña indicándole que podia hablar.

—Deseo saber, necesito saber, dijo entonces con voz cada vez mas conmovida, si es con Luisa Maggi con quien tengo el honor de hablar.

—Soy Luisa, sí, respondió entonces la joven, cuanto has tardado para sospecharme!

—La duda, no podia creer en la inmensa felicidad de tenerte tan cerca, de saber que no me aborreces, porque aquel ramo tirado al proscenio era una prueba indiscutible de tu amistad por mí.

—No te he olvidado, dijo Luisa, no te he olvidado un solo momento, y en cuanto te ví sentí la misma impresion que en aquellos tiempos muertos para no volver mas.

—Muertos, y por qué muertos? qué puede decirte que aquellos tiempos hayan muerto para no volver mas?

—Es imposible sostener una conversacion de esta importancia en una actitud semejante.

Si estás libre, si á nadie debes cuenta de tus acciones, si á nadie puede perjudicar tu tardanza, acompáñame al hotel, allí podremos hablar con mas libertad.

—Yo soy libre como el aire, á nadie debo cuenta de un solo minuto de mi vida.

Vamos á donde quieras y por todo el tiempo que quieras.

Y subiendo á la volanta, ambos se dirigieron al hotel donde paraba Luisa.

Así se reanudó, segun los que contaban la cosa, aquella relacion amorosa por tanto tiempo interrumpida.

Luisa contó como se habia casado para librarse de andar rodando el mundo.

—Ahora, libre como el aire, añadió, paseo la Italia por algun tiempo para distraer mis pensamientos y los sinsabores de verme unida á un hombre á quien no solo no amo, sino que ni siquiera estimo.

El es mi marido y tendré que vivir á su lado una eternidad, por eso es que aprovecho la libertad temporal en que me deja y olvido y mitigo mis amarguras.

Es el modo de que cada tanto tiempo pueda gozar de libertad igual y venirme á Europa, ó quedarme en América igualmente libre mientras él viene á Europa.

Desde aquel momento los antiguos amantes no volvieron á separarse.

Todo el tiempo que duró la contrata del joven barítono permanecieron en Nápoles, saliendo de allí una vez terminada la temporada teatral.

A él se le proporcionaron nuevos contratos para otras provincias, pero él los desechó todos y siguió una gira feliz con Luisa, á la que nada podia faltar porque tenia dinero de sobra para atender á todos sus caprichos.

No tenia mas que buscar ó mandar buscar su correspondencia á Génova, á casa del padre, donde Lanza le remitia sus cartas y sus giros.

Allí andaba ella tambien sus cartas para Lanza, contándole lo alegre que se encontraba y lo mucho que se divertia en su paseo.

Ella halagaba á Lanza agradeciéndole sus bondades y ponderándole su amor é infinitas complacencias.

Ella sabia que de este modo tenia á Lanza agarrado por las narices y podia hacer de él lo que le daba la gana.

Le pedia permiso para quedarse un poco mas y poder hacer entonces completa su gira.

Qué mas queria Lanza que seguir en la absoluta libertad en que vivia, sin que su mujer lo cargoseara con quejas y lamentos sobre sus calaveradas?

La vuelta de Luisa iba á ser el punto final puesto á aquellas enormes farras de sus casas y la seña de disolverse aquel famoso cenáculo, y era por esto que Lanza deseaba que la permanencia de Luisa en Europa se prolongara inmensamente y sin tiempo determinado.

Así es que le contestaba que, por apurarse en volver no se agitaria, que no se mortificase y que pasara todo lo que quisiera.

Ya sabes que mi mayor placer es hacerte feliz, Luisa mia, le decia, no tengo mas gusto en esta vida, con que quedate el tiempo que quieras, avisándome cuando desees volver.

Luisa aprovechaba aquellas buenas disposiciones cuyo origen ya se sospechaba y seguia paseando sin privarse de nada y llevando una vida perfectamente libre.

Lanza se sospechaba el género de vida que llevaba Luisa, la conocia demasiado para saber de lo que era capaz.

Pero que le importaba lo que hiciera. El la habia tomado como una especulacion, como una base de fortuna y nada mas.

Desde que su conducta no podia perjudicarlo en sus negocios ni hacerle perder lo que habia adquirido por su intermedio, poco le importaba lo que hiciera.

Además su conducta buena ó mala se ignoraria aquí, y la critica no podría cebarse en su reputacion.

Habia recibido ya alguna carta anónima avisándole que Luisa no llevaba una vida honorable, pero esta noticia no le causó la menor impresion, desde que él habia supuesto ya mas de cuanto le pudieran decir.

Mas impresion le hacian las cantidades que Luisa gastaba, aunque esto muy poca uella podia producir en su fortuna siempre creciente.

Mas gastaba él aqui en sus farras y en su calaveradas, sin haber tenido nunca que recurrir á sus fondos extraordinarios.

Porque su casa prosperaba diariamente, prosperaba de una manera asombrosa, dejándole utilidades incalculables.

Y como no necesitaba echar mano de medios reprochables ni disponer de dinero ageno, su crédito era fabuloso ó inagotable.

Es que Dolcetti era un dependiente de primer órden, era un brazo derecho en su escritorio, cuyo órden asombroso era digno del banco mejor organizado.

Allí no se movía una tira de papel sin que de ella quedara constancia en los libros.

De modo que Lanza en cualquier momento podía conocer el movimiento exacto del escritorio, en todas sus operaciones.

Es que Lanza no se limitaba ya á sus negocios de remitir cartas y giros, encargarse de hacer venir familias y vender las facturas que recibía sacando grandes utilidades.

Se dedicaba ya á algunas especulaciones de Bolsa, que pensaba y maduraba antes de emprender, y que le dejaban resultados verdaderamente asombrosos.

Una sola especulacion en acciones y cédulas le habia dejado mas de ochocientos mil pesos. Así es que Lanza entre lo suyo y lo ageno, manejaba entonces mas de diez millones de pesos, fuera de lo que giraba en descubierto muchas veces.

Yéndole tan bien sin la presencia de Luisa, para qué la queria aqui?

Era mejor que se quedara y lo dejara divertír un poco de tiempo mas.

Luisa, unida á su antiguo amante, dió vuelta todo Nápoles, toda Florencia y toda Roma.

Hacia seis meses que estaba en Europa y era preciso pensar en volver.

Abusando, tenia miedo de inutilizarse para otro viage y tenia tambien miedo que Lanza le cerrara la bolsa, sospechando que aquellos gastos no podían ser ocasionados por ella sola.

Así es que empezó á recostarse del lado de Génova, para estar lista á regresar á la primera órden.

El amante, entretanto, se pasaba una vidorra que jamás habia soñado.

Tenia una mujer espléndida, sin responsabilidad alguna, y dinero á discrecion.

Así es que le dolía profundamente la proximidad del regreso de Luisa.

En vano pensaba en los medios de prolongar la estadía de Luisa.

Pero, qué sacaba con esto, si al fin y al cabo ella tendria siempre que irse?

Era cuestion de que al marido se le antojara mandarla regresar.

Luisa, por su parte, pensando en el medio de demorar á su lado á su amante lo mas posible, habia concluido por encontrar el mejor medio de todos.

—Venite á América conmigo, le dijo un dia, allá podemos vernos siempre sin ningún género de agitaciones, nadie te conoce y nadie podrá desconfiar de tí.

Te cambias nombre y que averigüe el diablo quién eres y á qué has ido.

El vendrá con frecuencia á Europa y entonces quedamos perfectamente libres, y cuando me toque venir nos venimos juntos y se acabó.

—Pero allí está Dolcetti que me conoce y basta conocerme para saber qué interés pueda haberme llevado á América.

—Has cambiado mucho y no te pueden conocer fácilmente, menos habiendo cambiado de nombre.

—Hay otra dificultad mayor aún.

Qué hago yo en América, sin relaciones y sin un oficio sobre el cual pueda contar positivamente para ganarme la vida?

El teatro me ha hecho abandonar el comercio, no sirvo para nada ni tendria allí una relacion que me tendiera la mano.

Y aún si la tuviera seria para peor, porque entonces me conocerian y no podria vivir con el nombre cambiado.

Y qué te importa todo esto estando yo allá?

A mí me sobran los medios para protegerte y empujarte en el camino que quieras seguir allí, donde poco se necesita para hacer una fortuna.

Para eso cuenta conmigo como podrias contar contigo mismo.

Tú no tienes, pero tengo yo de sobra para los dos.

Así seremos felices, inmensamente felices, y en poco tiempo podrás hacerme un porvenir independiente, libre de sinsabores y vicisitudes.

De todos modos es preciso que pienses en eso, porque la carrera de teatro apenas te servirá para vivir al dia y sin que jamás puedas hacer con ella un porvenir ni siquiera mediocre.

El jóven veía con cuánta razon y con cuánto cariño le hablaba Luisa.

Al fin yendo á América, aún en el caso de ser descubierto, nada perdía, á nada se esponía.

Por qué no aceptar una proposicion que lo hacia feliz moral y materialmente?

Era una doble loteria que se sacaba y que era preciso estar mas que loco para no aceptar.

Haciéndole mil caricias al jóven aceptó por fin la proposicion de Luisa, como quien acepta un puesto en el cielo.

—Pero nunca seria prudente que me embarcara en Génova junto contigo.

Aquí me conocen todos y tengo en tu propio padre el mas duro enemigo, cuyo odio, lejos de agotarse, creo ha aumentado por mí.

El, si me viera embarcar contigo seria el primero en escribirlo á tu marido y matar todos nuestros planes, descubriendo hasta la relacion con que hemos estado ligados aquí.

Es preciso que tu padre ignore que nos hemos visto, y no solo tu padre sino los que me conocen.

Así yo puedo embarcarme en el paquete siguiente sin inspirar la menor sospecha de nadie.

Así es que mientras tú estés en Génova, yo me quedo á esperararte en Albisola ó cualquier otro pueblo de los alrededores.

Aquí puedes venir á verme, si te has de quedar en Génova hasta que te vayas, ó escribirme si no puedes venir siempre.

Así quedó convenido.

Luisa se fué á Génova á recibir y contestar su correspondencia de Buenos Aires, y su amante pasó á Albisola á esperar su contestacion, y su visita.

El solo hecho de verlo en Génova hubiera revelado todo, desde que Luisa estaba allí, y era esto precisamente lo que habia que evitar á toda costa, porque saberse allí y saberse en Buenos Aires, seria todo uno.

Luisa, como la vez primera, no quiso ir á casa de su familia, alojándose en el hotel, por las mismas razones de libertad.

Así es que se limitó á hacer una visita al padre, comer con él y pedirle la correspondencia que hubiera para ella.

Las cartas de Lanza esta vez, la apuraban por que regresara.

—Tengo que irme yo á Europa, le decia, y no quiero ausentarme sin que estés aquí.

Apresura pues tu viaje lo mas posible.

Puedes pedirle á tu padre el dinero que necesitas para el regreso, que por carta separada yo le escribo que te entregue lo que le pidas.

Como se ve, ya Luisa, prudentemente no podia quedarse mas en Europa.

No podia quejarse tampoco, puesto que habia paseado tanto tiempo como habia querido, sin que nada le faltara.

Luisa se fué á Albisola á buscar á su amante y darle la noticia de su regreso por el primer paquete que salia seis dias despues.

No habia mas remedio que conformarse, y bien podian tener la conformidad necesaria puesto que aquella separacion debia de ser tan corta.

—Parece que en cuanto yo llegue él se viene, decia Luisa, ya ves que todo nos viene como ordenado por nosotros.

En su cuidado de que nadie lo sospechara en Génova, el jóven no salia á ninguna parte, ni siquiera se mostraba en la calle.

Y para asegurar mejor su incógnita, se fué á otro pueblito cerca de allí, donde Luisa se quedó

á pasar aquellos seis dias á hablar con entera libertad de sus planes para el futuro.

La jóven venia á Génova por una ó dos horas y no todos los dias, y volvía al lado de su amante sin que nadie pudiera sospechar á dónde se iba.

—Ando dando mi último paseito, decia en el hotel.

Co.no sabe Dios euándo volveré, quiero aprovechar hasta el último minuto que esté en Europa.

Y con tal recato procedia, que nadie sospechó la verdadera causa de sus viajes.

Quién iba á imaginarle tampoco desde que nadie tenia la mas remota idea de la clase de pases en que andaba?

Durante aquellos seis dias, no permanecieron dos en la misma parte.

Anduvieron de pueblito en pueblito, viajando separadamente para no inspirar sospechas y alojándose en el mismo albergue como si fuera casual.

Cuando llegó el momento de separarse solo lo hicieron en el último momento.

Luisa sabia que su amante no contaba con recursos para emprender el viaje convenido y que para hacerse de ellos hubiera tenido que perder mucho tiempo.

Así es que antes de partir le entregó cinco mil francos para que los gastara en los aprestos de su viaje, diciéndole:

—Tú sabes que una vez que llegues allí, no tienes que pensar mas que en hacérmelo saber por medio de un papelito que diga, por ejemplo: tu padre está bueno, y las señas donde te has mudado.

De mi cuenta corre todo lo demás.

Tanto dinero habia recibido de Luisa, que no tuvo el menor inconveniente en aceptar aquella última suma.

Se separaron así convenidos en lo que habian de hacer, y Luisa se embarcó en seguida para Buenos Aires.

EL FIN DE LAS FARRAS

Luisa se habia embarcado en Génova esperando que su amante haría otro tanto en el vapor siguiente.

Para él aquello era una verdadera loteria y no habia que temer faltara al compromiso contratado.

Qué mas podia desear él, que el amor de una mujer hermosa que satisfacía las exigencias del corazon y las necesidades del bolsillo?

Con el amor de Luisa no tendria que pensar en nada y su viaje á América, además de un paseo agradable, podia ser una especulacion provechosa.

No habia pues por qué temer que se arrepintiera y no cumpliera su compromiso de embarco.

Luisa hubiera preferido sin embargo llevarlo con ella, pero ya hemos visto el cuidado con

que ocultaba aquel doble viage, y toda precaucion le parecia poca.

Como habia viajado con él sin ninguna especie de recato, muchos sabian ya que habia reanudado relaciones con su antiguo amante, pero no podian calcular que aquellas relaciones habian de continuar en América.

Fué el mismo Maggi quien escribió á Lanza que hiciera regresar á Luisa, porque no era propio y sí muy peligrosa para ella aquella manera de viajar.

Pero como él mismo vió que Luisa volvia sola á Génova y se embarcaba sola, no sospechó nada y nada pudo escribir á Lanza sobre precauciones á este respecto.

Lo único que le llamó la atencion fué que Luisa le pidiera cinco mil francos cuando se trataba de regresar.

Pero podia ser el capricho de querer comprar algo para llevar, y la necesidad de pagar algunos gastos extraordinarios que habia tenido allí.

El hecho de no querer Luisa parar en su casa lo habia llamado la atencion y habia observado quién iba al hotel á visitarla para sacar de allí sus deducciones.

Pero ella habia procedido con tal tino y tanta malicia, que el viejo no solo se quedó en ayunas, sino que concluyó por convenir que sus temores habian sido un poco exagerados.

No se arrepintió sin embargo de haber escrito á su yerno en el sentido que lo habia hecho.

Le constaba que Luisa viajaba con su antiguo amante y esto le revolvia las entrañas, pues él tenia á Lanza como un gran personaje, al extremo de considerarse honrado con ser su suegro, y temia que si este sabia aquellas cosas rompiera con Luisa para siempre y por consiguiente con la familia.

Así es que cuando vió que Luisa se embarcaba para la América, sintió que un gran peso se le levantaba de encima y su conciencia quedaba mas tranquila.

Nada tenia ya que temer respecto á disgustos de familia que podian traer tambien serios disgustos comerciales, pues ya estaba su casa fuertemente ligada con la de Lanza, por negocios y por dinero que este pagaba por encargo de aquel.

Ya la relacion de los amantes quedaria interrumpida, y conque Lanza no dejara volver sola á Europa á su mujer, todo quedaba concluido.

Luisa se embarcó en camarote especial, con todos los miramientos y comodidades que habia tenido á la venida.

Era la esposa del gran banquero Lauza, y el capitán sabia que en extras del viaje gastaria otro tanto del valor del pasaje.

Así es que viajaba con todas aquellas comodidades que pueden obtenerse á bordo.

Ella misma habia mandado á bordo ciertos comestibles y conservas á que era muy aficionada, en cantidad suficiente para que alcanzaran no solo para ella sino para obsequiar al capitán.

Perdido el respeto por su marido, Luisa le habia perdido toda clase de miramientos, y ha-

bituada á la vida esencialmente libre que acababa de llevar, se manejaba como una mujer que a nadie daba cuenta de sus acciones.

El capitán, que veía una mujer jóven y bella accesible á las galanterias, se lo pasaba la mayor parte del tiempo haciéndola sociedad, lo que originó ciertos rumores que se levantaron á bordo, poco favorables para Lanza.

Si aquella relacion pasó ó no pasó de galanterias picantes, nadie lo supo con seguridad.

Pero era voz corriente á bordo que el capitán trina abandonado buque y pasajeros, porque se habia embarcado en el corazon de la bella pasajera.

Luisa, entretanto, que no pensaba mas que en divertirse, hizo un viaje tan agradable, que sintió no tener que hacer cuarentena al llegar.

Si Lanza partia para Europa, como ella pensaba, seguiria pasando su existencia feliz.

Pero si no realizaba el viaje, su vida no se pasaria tan agradablemente.

Ella sabia que Lanza no la dejaria gozar de ciertas libertades á que se habia acostumbrado ya, y el solo pensamiento de la reserva y sujecion en que tendria que vivir, la mortificaban enormemente.

Lanza podia someterla por el lado del bolsillo, si ella no se sometia á cierta vida, y este era un temor sério, el único que la hacia someterse á la voluntad absoluta del marido y adivinarle sus deseos para complacerlo en todo sentido.

Felizmente él tenia sus partes vulnerables en ese sentido, que le hacian tolerar algunas libertades de Luisa, así es que la situacion de esta no venia á ser tan sujeta.

Cuando Luisa llegó á Buenos Aires el galante capitán le manifestó que no se preocupara para nada de su equipage, que él se lo remitiria á la casa, pero no hubo necesidad de que se tomara la molestia.

Lanza se trasladó á bordo del paquete en un vaporcito fletado únicamente para él y donde puso todo lo que Luisa traia, que era mucho, pues solamente de ropa que en Europa se habia hecho, la jóven traía dos buenos baúles.

Lanza la recibió con el mayor cariño, pidiéndole detalles sobre su viage, sobre lo que se habia divertido y diciéndole mil galanterias cariñosas.

— Me parece que vuelves mas bella, no sé si por el deseo de verte ó porque realmente el viaje te ha hecho bien.

— Cuando este se me viene por este lado, pensaba Luisa, es porque algunos pecados tendré que esconder.

Descubramos la cosa y entónces podremos ponerle la ley.

Lanza la desembarcó en el muelle con tantos cuidados como hubiera tenido con una novia y la llevó á su casa que debia estar preparada para recibirla, pues toda estaba en perfecto orden, los muebles de su dormitorio habian sido aumentados y renovados y por todas partes se veian floreros llenos de flores del tiempo.

La mesa estaba espléndidamente puesta y adornada, y á juzgar por el número de asientos

colocados, Lanza preparaba alguna gran comida á la que habia invitado muchos amigos.

Todo lo sospechoso habia desaparecido de la casa, de manera que Luisa ni siquiera pudiera imaginar las escenas que alli tenian lugar.

Se habian sacado todos aquellos catres, cada uno de los cuales era una crónica escandalosa, y solo se habia dejado un cuartito de huéspedes bien arreglado, con cuatro camas discretas para alojar á sus amigos los curas de campaña que Luisa conocia y sabia que era preciso alojar y tratar bien por propia conveniencia.

Ella no tendria nada que observar ni estrañar á este respecto, pues sabia las ventajas que Lanza reportaba de la relacion de aquellos curas de campaña, á quienes necesitaba tener contentos y satisfechos.

Todos aquellos grandes calaveras que habian estado atorrando alli mientras duró la ausencia de Luisa, habian sido notificados á tiempo y habian tenido que desalojar aquella especie de paraíso, con gran sentimiento.

Geremias lloró sobre las ruinas de aquella eterna vida de farra que habia llevado y que hubiera deseado prolongar hasta el infinito, pero no tuvo mas remedio que conformarse, desde que no podia hacerse otra cosa.

—El defecto de Lanza es su muger, gemia, si Lanza fuera soltero ó vinda siquiera, seria un hombre insuperable.

Pero con este diablo de Luisa es muy difícil hacer nada en regla, todo le incomoda y luego tiene el maldito defecto de ser mas celosa que un turco.

Puede ser que ahora venga mas compuesta, con el cuento del viaje y lo que se habrá divertido, pero mucho me temo que nos eche por tierra nuestras mejores parrandas.

El gran Fruguglietti, que habia tomado buenos informes de Luisa, ya habia estudiado la manera de ganarle el lado bueno y hacerse proteger por ella, así es que no tenia mucho su venida de la que, por el contrario, pensaba sacar un gran partido.

—Si es buena, pensaba, con este aire de santidad que Dios y mi estudio me han dado, me la echaré al bolsillo y seguiremos viviendo.

Ahora, si es mala, le halagaremos sus pasiones, nos prestaremos á servirle en un todo, aun en contra de Lanza si fuera necesario y seguiremos viviendo, que es lo que á mí me interesa.

Vivir sin gastar, vivir bien y divirtiéndome lo mas posible.

No hay cuidado, pensaba frotándose las manos: para todos será muy perjudicial la vuelta de Luisa, pero yo me propongo que para mí sea provechosa, y veremos si valgo ó no valgo algo.

Y como Fruguglietti estaba alli cuando Luisa llegó, en el acto se puso á estudiar su carácter despues de hacerle los primeros agasajos y santos cumplidos.

Y con tal habilidad procedió, que Luisa que tenia una gran aversion por todo lo que eran santanas, en el acto quedó prendada de aquel curita que parecia un santo.

Era el único que quedaba, pues los demás habian tocado retirada el dia antes y andaban en sus arreglos de nuevo alojamiento.

Luisa quedó agradablemente sorprendida con el exterior de Fruguglietti, quien desde el primer momento empezó á halagarle el amor propio.

Y tan complacida quedó, que él lo notó al momento, declarándose triunfante sin mas trámite, viendo que la cosa era mucho mas fácil de lo que á él le habia parecido.

Á la caída de la tarde empezaron á llegar los amigos de Lanza que este habia invitado á comer para festejar la llegada de Luisa.

De modo que á la noche y cuando se sentaron á comer, la casa tenia un aspecto de gran fiesta.

Luisa relataba ciertas anécdotas de su viaje que los invitados comentaban alegremente.

Geremias, infaltable á todo lo que era una fiesta, habia concurrido de los primeros y era el que sostenia la conversacion con una animacion siempre creciente.

La comida se prolongó hasta una hora avanzada, aunque no tanto como otras veces, pues calculaban que Luisa estaria fatigada del viaje y tendria necesidad de descanso.

Despedidos los invitados y habiéndose retirado Fruguglietti á su pieza, quedaron solos los consortes Lanza y pudieron entonces charlar de lo que habian hecho respectivamente durante todo el tiempo que estuvieron separados.

Como es natural, cada uno de ellos se ocultaba las cosas graves ó aquellas que pudieran disgustar al otro.

Lanza no hablaba mas que de la asombrosa prosperidad de sus negocios y lo que estos habian aumentado y el proyecto que tenia de fundar una barraca, negocio que dejaba enormísimas utilidades.

—Asociado á un hombre honrado y activo que atienda la barraca, yo no tendré que molestarte mucho y nuestra fortuna aumentará hasta que nos aburrámas de tener tanto dinero.

Así, aumentando los negocios sin aumentar mi trabajo personal, dentro de poco nos vamos á encontrar con una fortuna incalculable.

Luisa le referia sus impresiones de viaje, añadiendo para engañarlo mejor:

—Lo único que me ha faltado para ser completamente feliz, ha sido el tenerte á mi lado.

Por mas que me divertía y andaba distraida, siempre te echaba de menos.

Si te hubiera visto siempre á mi lado, te juro que nada hubiera faltado á mi felicidad.

Lanza comprendia que Luisa lo engañaba, pero disimulaba porque así le convenia y porque no tenia otro remedio.

Desde que él mismo le dió aquella absoluta libertad de que habia gozado, no tenia por qué quejarse.

No tenia tampoco por Luisa ni siquiera el amor que podia despertar en él la hermosa y poderosa de Luisa, y entonces no tenia celos.

Lanza, ya lo sabemos, no tenia tampoco aquella delicadeza de sentimientos que hace sentir

como una ofensa todo acto de indiferencia ó de abandono.

Habia aceptado á Luisa con todos sus defectos y todas sus faltas: un defecto y una falta mas, no podia llamarle la atencion.

Cualquier relacion que Luisa hubiera tenido, la habria dejado en Europa y entonces la olvidaria fácilmente y se podrian salvar las apariencias, que era lo que mas le interesaba.

Estando salvas las apariencias, él estaba contento y satisfecho, no aspiraba á mas porque de todos modos lo sucedido ya no tenia remedio.

Así comprendia que las palabras de Luisa eran mentira, eran farsas para ocultar la verdad de su desamor y de su indiferencia.

Y por lo mismo que lo comprendia así, disimulaba y se hacia el que creia cuanto su mujer le contaba.

Eso mismo de que Luisa no le preguntaba nada respecto á la vida que él habia hecho, le revelaba que su mujer tenia delito y no queria provocar una conversacion de ese género.

Y qué tenia que sospechase nada? no le habian escrito que hiciera regresar á su mujer por la cuenta que le tenia?

No necesitaba entonces mas averiguaciones ni mas nada para saber á qué atenerse.

Él no podia enrostrar, no enrostraría nada á Luisa, pero en cambio ella no se metería en averiguaciones mayores ni trataría de coartarle la absoluta libertad de que pensaba gozar en adelante, sin peligro de que se repitiera para él aquella terrible y escandalosa escena del Politeama.

Así vivirían mucho mejor, salvando ambos las apariencias en lo posible y no metiéndose para nada en la conducta del otro.

Otra conducta no serviría sino para provocar un desagrado cada dia, desagrados que podían llevarlos insensiblemente á una vida intolerable. Lanza tenia su filosofía especial en su modo de ver estas cosas, y para soportar todos los contratiempos que le pudieran sobrevenir.

Cubriéndose las apariencias de manera que no sufriera él en el respeto que queria inspirar á los demás y que podia repercutir en su crédito, lo demás no le importaba nada.

Aceptó cuanto Luisa quiso decirle y la agasajó, mostrándose en extremo feliz de tenerla á su lado, diciéndole que sin ella la vida empezaba á revestir el carácter de carga pesada.

Luisa, menos viva que Lanza, creyó gran parte de lo que este le decia.

Ella creía que Lanza la amaba con locura y que se habia tragado cuanto ella quiso contarle.

Segun el plan que ella se habia hecho para cuando viniera su amante, no le convenia contrariarlo en lo mas mínimo.

De todos modos, llena por el recuerdo de su amante y por los placeres que con él se habia formado, no le importaba absolutamente nada de su marido.

Entonces le podia dejar en absoluta libertad de accion para hacer lo que le diera la gana, sin tomarle cuenta jamás de lo que pudiera hacer.

Y como los dos estaban en la misma corriente de ideas, estuvieron conversando como dos recién casados, con el mismo cariño y las mismas obsequiosidades de los primeros tiempos.

Cualquiera que los hubiera escuchado conversar de aquella manera, habria quedado perfectamente convencido de que aquel era uno de aquellos matrimonios que se aman con creciente delirio, que siempre parecen novios.

TONY EL IMBÉCIL

Por aquellos tiempos habia venido á Buenos Aires aquella compañía de circo donde figuraba el célebre é inimitable payaso Tony el imbécil.

En aquella compañía de Hadwins que mas tarde se juntó con la de Cottrelly y formaron aquella gran compañía, la mas numerosa que hayamos tenido en Buenos Aires.

Aficionadísimo al arte, mas por las artistas que por el arte mismo, Lanza no salia del circo ni de dia ni de noche.

A la noche asistia á la funcion, desde su palco,

y se entretenia en hacer señas á las probestias, con quienes habia estrechado relacion.

Tony el imbécil, con su doble prestigio en su arte para hacerse el idiota y de ser empresario de la compañía, habia hecho con Lanza una amistad estrechísima.

Por la mañana temprano Tony iba á buscar á Lanza, y ya no se separaban en todo el dia.

Juntos almorzaban, juntos comian, juntos asistian á los ensayos de la compañía y juntos pasaban la noche casi siempre.

Lanza tenía sus amores con todas las mujeres de la compañía.

A todas las obsequiaba por igual, les hacía regalos de importancia, y todas le dispensaban sus favores, porque estos favores eran los que hacían multiplicar los regalitos.

Para tenerlas mas contentas, con frecuencia las invitaba á cenar por lo fino, con vinos de primer orden, según el gusto de cada una.

Jóven y buen mozo, rico y obsequioso sobre toda ponderación, las pruebas hacían todo lo posible por tenerlo contento y cada una se esmeraba en ser la preferida.

Tony hacía la vista gorda en lo que le convenía.

Y él tenía sus ciertos proyectos de explotación sobre Lanza, y como era natural, tenía con él ciertas complacencias que no hubiera tenido con ningún otro.

Muchas veces esta complacencia llegaba hasta suspender una función porque á Lanza se le había antojado armar una comida campestre y llevarse con él á las artistas.

De todos estos privilegios gozaba Lanza en la compañía de Hadwins, que lo tenía con la cabeza dada vuelta.

Sus negocios estaban completamente entregados á Dolcetti, que era quien los atendía y los hacía prosperar de la manera que hemos visto, porque á Lanza le era poco el tiempo para pasear.

Se pasaba las noches de olar en claro, y entonces el día le era poco para descansar y reanudar la farrá.

En todas estas farras el inimitable Tony tomaba una parte activísima, haciendo divertír á Lanza cuanto era posible.

Los negocios de Tony empezaron á andar mal, según decía.

No ganaba lo suficiente para sostener su compañía, y empezó á decir que se iba á Rio Janeiro á probar fortuna, porque al paso que iba aquí se iba á fundir.

Lanza se opuso entonces tenazmente al viaje de Hadwins.

Cómo se iba á privar de las fiestas que armaba con su compañía?

—No te vayas, decía á Tony, la compañía es buena y el público tiene que concurrir á las funciones; no tienes necesidad entonces de irte.

—Yo no puedo perder dinero, respondía el astuto imbécil.

No puedo perder dinero porque me perdería del todo y despues no tendría con qué emprender mi viaje á Rio.

—Quédate y yo te ayudo cubriendo tus pérdidas, qué mas quieres?

Hadwins que vió el interés que tenía Lanza en hacerlo quedar y su conformidad en cubrirle las pérdidas, le puso algunos inconvenientes para avivarlo aún mas el deseo.

—Yo no puedo esponerte á una pérdida segura, le decía, porque soy demasiado amigo tuyo.

—Soy demasiado rico, y además no hemos de perder mucho.

Quédate aunque sea un par de meses y verás qué bien nos vá.

Tony, que no tenía un pelo de imbécil, vió en esto un gran negocio y se puso á echar sus cálculos.

La compañía perdía en realidad, porque no alcanzaba á cubrir sus gastos, pero era tan poca la suma que perdía, que en un par de llenos en el mes, lo que no era difícil, podría muy bien tener utilidad.

Pero como Lanza no entendía una palabra de todo esto, y estaba dispuesto á cubrir las pérdidas, se le podía hacer creer que la compañía perdía diez veces mas de lo que realmente perdía, y hacer entonces un negocio doble.

Despues que echó sus cuentas y cálculos, volvió á decir á Lanza que se iba porque no lo quería sacrificar.

—Pierdo dinero, le dijo, porque ya el público está cansado de mi compañía; siguiendo aquí, las pérdidas serán mayores, porque la gente disminuirá siempre.

Luego si yo acepto tu propuesta, te sacrifico con toda seguridad.

Lanza no quería que Hadwins se fuera, se había enamorado de todas sus artistas, se había acostumbrado ya á aquella vida de interminable bohemínche y quería hacerlos quedar á toda costa.

—Bueno, le dijo, ya que tienes escrúpulos de hacerme perder dinero, me parece que no te opondrás á que yo haga una especulación comercial.

Yo tomo por dos meses la empresa de tu compañía como especulación, te contrato tu compañía de esta manera:

Si hay utilidades, las partimos; y si hay pérdidas, yo cargo con ellas.

—Bueno, respondió Tony, no quiero oponerme porque no quiero que pienses que tengo un interés vil de irme y acepto el trato, pero te prevegno que el negocio puede costarte caro.

—Déjame no mas que yo sé lo que hago; no te preocupes de ello, que si pierdo, no me ha de hacer mucho daño la cosa; para eso tengo, gracias á Dios, bastante dinero.

Tony tenía un talento especial para hacerse el imbécil en el circo, como lo recordarán nuestros lectores.

Pero tenía mucho mas talento para hacerse el imbécil fuera del circo, y esto era su secreto de éxito en muchas cosas.

Lanza lo creía zozzo, y esta creencia le iba á costar algunos miles de pesos.

—Creen que Tony tiene un gran arte para hacerse el imbécil, decía.

Y cómo no ha de tener arte, si es medio imbécil el pobre.

Porque Lanza pensó siempre, en su inmensa vanidad, que era él quien explotaba á Tony y su compañía y no Tony quien lo explotaba á él.

Cerrado el trato, la compañía de Hadwins empezó á correr por cuenta de Lanza: fué el fiador del Politeama, empezando por adelantar á Tony dos mil patacones, que este necesitaba para

pago de sueldos atrasados que debía á algunos artistas.

Si no siendo el empresario hacia lo que queria en la compañía, siendo el empresario empezó á hacer cuanto capricho se le ocurria.

Se iba al teatro con amigos, y cuando una suerte le gustaba mucho, la hacia repetir haciendo una seña con el pañuelo de manos.

Los artistas veian la seña y sin mas trámite repetian la suerte, mirando siempre al palco de Lanza y sonriéndose con él.

Esto llamaba la atencion del público que se fijaba y comentaba aquellas complacencias, y era esto precisamente lo que mas gustaba á Lanza, que muchas veces hacia repetir la prueba solamente para llamar la atencion del público y hacerse notable.

Despues de la funcion Lanza se retiraba del teatro mandando una tarjeta á Tony donde le decia solamente: "en casa; lleva á Fulana y Zutana".

Esto significaba que cenaban en su casa con las personas indicadas, ó en el hotel cuyo nombre indicaba en la tarjeta.

Desde que Luisa volvió de Europa, las cenas en su casa fueron suspendidas y tenian lugar en el hotel.

Pero desde que Lanza se hizo empresario trató de hacerlas en su casa nuevamente, á cuyo efecto contó á Luisa como habia tomado aquella empresa que debía darle magnificas ganancias.

Luisa empezó á concurrir al Politeama para enganar en algo la desesperacion ó mejor dicho el desasosiego que le causaba la demora de su amante.

Y Lanza la presentó á Tony y á la mujer de este, que, como se recordará, era la mas bella mujer de la compañía.

Segun decian, era la mujer de Tony el gran camote que tenia Lanza, camote que era correspondido en toda su estension.

Si Tony se hacia el imbécil hasta parecer que ignoraba la relacion que habia entre Lanza y su mujer ó si realmente lo ignoraba, no se sabe.

El hecho es que parecia que Tony ignoraba la relacion que habia entre su mujer y Lanza.

Tal vez entre los dos se habian convenido en desplumarlo mejor de aquella manera, pues Lanza no salia de casa de Tony, estuviera ó no estuviera este.

La cuestion era que estuviera la mujer, que lo demás poco le importaba.

Tony á su vez visitaba con frecuencia á Lanza, mientras este visitaba á su mujer.

Y como Lanza no estaba, se entretenia en conversar con Luisa, siempre haciéndose el imbécil para los demás, aunque no para Luisa.

Hadwins era un hombre sumamente agradable en su trato, de talento y lleno de cuentos y anécdotas graciosísimas de sus viajes.

Y como con ella no se hacia el imbécil, Luisa se encontraba muy bien en la sociedad de aquel hombre, á cuyo lado pasaba sin sentirlo largas horas.

Tony la distraia mucho en el mal humor que le causaba la falta de noticias de su amante.

Así es que lo recibia con sumo agrado, demostrándose muy agradecida de aquellas visitas.

En esos dias Luisa recibió de Europa una carta que la puso de un humor espantoso.

Era una carta de su amante tan lacónica como insolente.

En ella le decia que no venia porque se habia contratado muy ventajosamente en una compañía, y que no lo esperara porque habia tomado contrata por dos años y con condicion de renovarla así que terminara.

Luisa lloró, lloró amargamente en los primeros momentos, pero poco despues este sentimiento fué reemplazado por la mas justa cólera.

Su amante volvía á repetir la infamia de la vez primera, lo que le demostraba que aquel hombre era un miserable en quien jamás debía pensar.

Por él lo habia sacrificado todo, le habia dado dinero y combinado, puede decirse, un plan de estafa á su marido para sostener una relacion criminal.

Y cuando esperaba verlo llegar á su lado mas amante que nunca, recibia aquella carta infame que era la muerte de todas sus esperanzas y de todos sus sueños de felicidad.

Para enganar la desesperacion en que la habia sumido aquel desengaño, empezó á asistir al circo todas las noches y á estrechar su relacion con Hadwins y con algunas artistas de la compañía con quienes Lanza la puso en relacion.

Lanza andaba con la cabeza perdida por la mujer de Tony, no atendia á otra cosa mas que á aquella relacion, de modo que todos los asistentes al circo se habian apercebido de la cosa y hacian grandes y graciosos comentarios.

Luisa tambien se habia apercebido de lo que pasaba, pero se manejaba como si lo ignorara todo.

El único que parecia estar ageno á todo lo que sucedia era Tony, el célebre Tony, á quien jamás habia causado tanto provecho el arte de hacerse el imbécil.

Bajo el pretexto de un beneficio, Lanza dió en su casa una cena á la que concurrieron los esposos Hadwins, algunas artistas y dos ó tres amigos de la mayor confianza.

Esto para Lanza importaba la inauguracion de las cenas en su casa, lo que le seria muy cómodo desde que su mujer no pusiera el menor obstáculo.

La cena no pudo ser mas divertida.

Tony hacia su papel de imbécil de una manera maravillosa.

Es que entonces tenia un doble motivo para hacerlo.

Primero, que así podia pasar por alto la intimidad en que estaban Lanza y su mujer, y segundo, que no despertaba la desconfianza de nadie sobre las intimidades que él pudiera tener con Luisa.

Esta habia notado el talento con que Hadwins se conducia y no podia menos que admirarlo.

Ella sabia mejor que nadie que Tony, lejos de ser un imbécil, era un hombre de mucho talento, y aquella habilidad con que procedia, la seducia inmensamente.

Hadwins conocía que ganaba terreno en el corazon de Luisa, y cuando esta se mostraba demasiado expresiva por una galantería ó en la respuesta de alguna frase, él mismo la contenía con un gesto ó un ademán.

No era para ocultarse de Lanza, que no estaba para fijarse en lo que hacía Luisa, sino para que los demás no se fijaran y se apercibieran de sus planes.

Todas estas habilidades las notaba Luisa, y cada vez se sentía mas inclinada á Tony, que la seducía de todos modos.

La cena era sumamente alegre y animada.

Lanza, sin talento, sin tino alguno para esta clase de aventuras, no se ocupaba absolutamente en ocultar su juego.

De manera que todos, incluso Luisa, se apercibían de su manejo.

El único, el solo que parecia no notar lo, era Tony, Tony que con su fisonomía de imbécil y su expresion cretina, dilatada la mirada sobre los platos de comida y las copas, que apuraba una tras otra con una complacencia estúpida.

Para todos era Tony, el mismo Tony del circo con su *bufo*, para todos menos para Luisa, que estudiaba sonriente el juego espiritual de aquella fisonomía interesante.

De cuando en cuando aquella mirada parada y dilatada se animaba por un relámpago, bañando la hermosa fisonomía de Luisa.

Aquellos lábios estrados por la sonrisa del idiota, se movían otras veces agitados por una palabra de amor, y su expresion cambiaba totalmente y miraba á Luisa de una manera imponderable.

La cena habia tomado un carácter familiar y de absoluta confianza.

Se hablaba con toda libertad y cada cual se manejaba como lo hubiera hecho en su propia casa.

Se habia bebido con gran exceso y todos tenían turbada la cabeza, todos menos Lanza, que, como se sabe, era capaz de beber todo el día y toda la noche sin perder el sentido.

Sin embargo sus ojos vidriosos demostraban que si no el vino, por lo menos mistres Hadwins se le habia subido á la cabeza.

Y tan se le habia subido, que no hizo alto en dos ó tres bromas que le dirigió Luisa, bromas que hicieron poner colorada á la mujer de Tony y recatarse un poco.

La luz del día los sorprendió en lo mejor de la cena.

Entonces los corchos de las últimas botellas de champagne empezaron á sonar, con verdadero sentimiento de todos los invitados, que decían que jamás habian pasado una noche tan á su gusto.

—No importa, decía Lanza, la luz del día nos corre ahora, pero esto no es mas que el prólogo de las muchas cenas iguales que hemos de tener con frecuencia, ¿no te parece Luisa?

—Y cómo no ha de parecerme, si hemos pasado una noche tan feliz? respondió Luisa, bañando con una mirada llena de pasión la estúpida fisonomía de Tony.

—Espléndida noche, añadió Tony, yo y mi *bufo* no hemos pasado nunca una ni parecida siquiera.

Una gran carcajada saludó esta salida de Tony, que fué dicha con la mayor espiritualidad.

Y una señal imperceptible para los demás fué á decir á Luisa todo lo que encerraba para ella el corazon del imbécil y por qué ni él ni su *bufo* habian pasado en su vida una noche igual.

Llegó por fin la hora de retirarse, pues aunque todos estaban contentos y con el mayor agrado aquello debia al fin terminar.

—Voy á mandar buscar un carruaje, dijo Lanza, y así se irán con mas comodidad.

—Lo que es por mi parte, yo me voy: á pié, respondió Tony, quiero tomar el aire de la mañana, que hace mucho bien despues de una cena tan borrascosa.

El hizo otra seña expresiva á Luisa.

Los otros fueron de la misma opinion, con escepcion de Geremias que se habia entretenido demasiado con su compañera y la habia ofrecido acompañarla hasta el hotel.

—Bueno, entonces mandaré buscar dos carruages y así cada uno podrá hacer lo que le parezca mejor.

Lanza mandó buscar los carruages y todos empezaron á prepararse para la retirada.

Las mugeres, como era natural, habian perdido no solo toda la serenidad de la cabeza, sino mucha de la seguridad de las piernas.

La misma Luisa que tenia el hábito de beber y que se media mucho para hacerlo, ya habia perdido todo dominio sobre sí misma, y si los demás hubieran estado mas serenos, habrian visto que Tony no era tan imbécil como parecia serlo.

Los carruages vinieron, y Lanza hizo el reparto de ellos en un momento.

—Tú, Geremias, en uno, le dijo, puedes llevar á esas jóvenes y dejarlas en sus casas: pueden ir cinco con desahogo, porque es grande.

En el otro pueden ir Hadwins y su señora.

—Yo me voy á pié, repitió Tony, añadiendo á su expresion habitual de imbécil una expresion de borracho impagable.

Necesito tomar el aire de la mañana, para enganar la borrasca de la noche.

—Bueno, pero como la señora no puede irse sola por la misma razon que tú tienes que tomar el aire de la mañana, yo la acompañaré, si en ello no tienes inconveniente.

—Y qué inconveniente voy á tener? te agradezco la atencion, y nada mas.

Ya Lanza no atinó á nada mas que á retirarse.

Parecia que el tiempo lo corriese y que quisiera salir cuanto antes de una situacion engorrosa.

Geremias enfiló con su compañera, diciendo á los demás que el que quisiera irse con él fuera saliendo.

Lanza ofreció galantemente su brazo á la consorte de Tony que reia alegremente, y salió despues que esta se despidió de Luisa cariñosa-

mente y haciéndole todo género de ofrecimientos.

Mientras Lanza y su muger salian, Tony tomó su sombrero y no faltó también para despedirse de Luisa.

Pero apenas sintió el rodar de los dos carruajes, se quitó el sombrero y volvió á tomar cómodo asiento al lado de la consorte de Lanza.

Fué entonces que el diálogo se armó de una manera imponderable.

Tony, que habia dejado de ser imbécil para animarse de una expresion llena de espíritu y de vida le tomó una mano y empezó á hablarle con una intimidad creciente.

Tres horas despues se sintió el ruido de una volanta que se detenía á la puerta de la casa.

Era Lanza que regresaba y que decia al cochero pasase á cobrar al escritorio.

Tony pasó rápidamente al comedor, y se sentó en el sofá tapándose con el paltó y haciéndose el dormido.

Se le habia pasado el tiempo y como hemos visto, Lanza llegaba antes que él se hubiese ido, lo que venia á comprometer á Luisa, cosa que él queria evitar á toda costa.

Cuando entró Lanza nadie hubiera dudado que Tony dormia profundamente, con su clásica expresion de imbécil y de borracho marcada en el semblante.

—Lo apreté el vino, pensó Lanza al mirarlo, y no ha podido salir.

Caramba, si yo me lo hubiera sospechado no vuelvo tan pronto: cada vez me convenzo mas que este es idiota de nacimiento.

Y despues de contemplanle un gran rato pasó á sus habitaciones.

Luisa se habia sentado rápidamente y parecia dormir un sueño apacible.

Al ruido que hizo Lanza al entrar aparentó que se despertaba y le dijo:

—Gracias á Dios que has venido, pues estaba sobresaltada.

Aunque dormia, lo hacia intranquila, esperando que volvieras.

—Y por qué estás sobresaltada? tienes algun motivo de temor?

—No precisamente, pero ese imbécil de Tony se ha emborrachado como un cochino.

Cuando ustedes salieron, él quiso hacer lo mis-

mo, pero no se ha podido mover y con la muger frasca de este mundo se echó sobre el sofá del comedor y allí se ha quedado dormido como en su casa.

Por eso queria que tú volvieras, porque la presencia de ese hombre no me gusta, estando él borracho y yo completamente sola.

—No tengas cuidado, la tranca que tiene lo ha agarrado de tal modo, que sabe Dios á qué hora podrá moverse.

Ya lo ví cuando entré y no pude menos de reirme, porque la tranca que tiene lo ha agarrado de una manera morruda.

Déjalo dormir, que ya se despertará cuando medio se le pase la mezclanza que ha hecho en su estómago.

—También ha bebido de una manera bárbara, no hacia otra cosa que beber vaso tras vaso.

—Todos estos son lo mismo, teniendo que beber, beben y beben hasta que se quedan echados.

Haciendo grandes farsas de la tranca de Tony y sin sospechar lo que habia pasado, Lanza se desnudó y se acostó, quedando profundamente dormido.

Cuando Lanza se dormia despues de una borrasca como la que habia corrido, no habia quien lo sacara de la cama antes de unas siete horas de buen sueño.

Luisa sabia esto, porque ella era de poco dormir y con tres ó cuatro horas tenia bastante.

Ella se levantó á la hora de almorzar y pasó al comedor, porque era necesario atender la casa y el almuerzo, porque Dolcetti venia á almorzar á las 12 y no era regular que se encontrara sin tener qué almorzar.

Luisa, como se lo sospechaba, se encontró con Tony, que finjiendo, habia concluido por quedarse dormido positivamente.

Como esta sabia que no estaba borracho, lo despertó y le aconsejó que se fuese.

Luisa no conocia á fondo hasta dónde era capaz de llegar su marido, y temia que sospechara la relacion que habia entre ella y Tony y fuera á armar algun gran escándalo.

Tony se levantó rápidamente y despues de arreglarse un poco el pelo y el traje, se fué convenido con Luisa en que vendria á visitarla siempre que calculara hallarla sola.

AMOR Y PÉRDIDAS

Cuando Lanza se levantó almorzó ligeramente y se dispuso á salir.

Mientras almorzaba habló con Luisa de la fiesta de la noche anterior, y le ofreció que las repetirían siempre que ella quisiera y diera su permiso.

—Yo no tengo inconveniente, decia ella, ya sabes que me gusta la alegría.

Lo único que no me gusta es que se emborrichen y se queden pegados, como hizo Tony; por lo demás, estoy conforme.

Lanza salió muy satisfecho con aquella concesion de Luisa, que le indicaba que nada habia sospechado de su relacion con la mujer de Tony.

Estuvo unos momentos en el escritorio y se fué á casa de Hadwins á visitarlo y preguntarle cómo habian pasado la noche.

Tony esperaba esta visita y tenia sin duda ya su plan formado, pues á los pocos minutos de estar allí Lanza, tomó su sombrero y salió.

—Tengo que ir al circo, le dijo, pues todavia no he hecho nada hoy.

Cuando concluya allí me iré á su casa y allí hablaremos.

—Es preciso que vayas un poco tarde, dijo Lanza, porque yo recién salgo, tengo algo que hacer en la calle y no he de volver á casa hasta la hora de comer—yo iré cuando concluyan en el circo, que tengo mucho que hacer; si no estás te espero y así no nos chasquearemos ninguno de los dos.

Lanza se quedó en casa de Hadwins, en la seguridad de que este no volveria hasta despues de haber hablado con él; y Tony en vez de ir al circo, se fué á casa de Lanza, en la seguridad tambien de que este no iria á molestarlo hasta la hora de comer.

Y cada uno, con la mujer del otro, tratando de engañarse mutuamente, se entregaron á la pasion que dominaba el corazon de ambos.

Porque si Lanza se habia enamorado locamente de la mujer de Tony sintiéndose capaz de hacer por ella cualquier sacrificio, Tony se sentia arrastrado poderosamente por la hermosura de Luisa, que le permitia al mismo tiempo la explotacion de la fortuna de Lanza.

Era la gran ventaja que Tony llevaba sobre Lanza.

Mientras este le explotaba el corazon de su consorte, explotacion interesada y que le proporcionaba una serie de valiosos regalos, él explotaba el amor de Luisa, verdadero amor donde para nada entraba el cálculo y al mismo tiempo sangraba á Lanza por el bolsillo, no solo en

lo que pudiera perder la compañía, sino en lo que no perdia y que Tony ponía como pérdidas, con una espantosa cargazon de mano.

Esta era la situacion verdadera de aquellos dos raros amigos.

Cuando Lanza regresó á su casa, se encontró con que Tony habia llegado hacia un momento, y lo estaba esperando.

Así siguió esta farsa imponderable.

Todas las noches despues del circo, se cenaba en casa de Lanza, pero mas familiarmente, porque la mayor parte de las noches solo cenaban las dos parejas.

Otras noches la cena tenia lugar en casa de Tony, de la misma manera, con la misma franqueza y con igual libertad.

—Convido mañana á un paseo á Palermo, solia decir Lanza al fin de la cena.

—Qué suerte! decia en el acto ~~los~~ Hadwins, yo me muero por ir á Palermo.

Pues hija, respondió Tony, irás sola, porque yo tengo un quehacer bárbaro.

Ya saben que el ojo del amo engorda el caballo, y si yo no estoy presente en los ensayos del circo aquellos hacen lo que les dá la gana, ó mejor dicho, no hacen nada.

Despues se equivocan en las suertes y la compañía se desacredita horriblemente.

—El paseo de cuatro seria mas divertido, insistia Lanza, sabiendo de antemano que Tony no habia de aceptar.

—Lo mismo es de tres, otro dia los acompañaré, yo.

Y como no habia otro remedio, así quedaba convenido.

Pero resultaba que al dia siguiente Lanza amanecia con dolor de cabeza y decia que no podia concurrir.

—Voy á quedar como un negro no saliendo con estas despues de haber invitado, decia Lanza.

—Eso no, porque con ir tú quedas siempre bien.

Lanza, que no queria otra cosa, á la hora convenida tomaba un carruaje y se iba á lo de Tony.

Si este estaba en casa, Lanza decia que Luisa se quedaba vistiendo, y que la tomarian á la pasada.

Y salian dejándolo á Tony prepararse para ir á los ensayos.

Pero mientras tanto, Tony que sabia á qué atenerse, en cuanto los paseantes salian, se vestia rápidamente y muy perfumado y paquete se iba á casa de Lanza, donde Luisa le esperaba

alegremente, pues su dolor de cabeza era como el quehacer de Lanza, convenidos de antemano entre ambos para quedar libres y poder entregarse sin molestia alguna al cultivo de su amor.

Como Lanza andaba día y noche entregado á sus aventuras amorosas, no se ocupaba absolutamente de la compañía de que era tan original empresario.

Y Tony podía pasarle impunemente, explotando su aturdimiento, las cuentas del gran capitán, es decir las pérdidas ilusorias de la compañía.

El primer mes, estas pérdidas costaron al incauto Lanza, sin contar los gastos extraordinarios de cenas y paseos que él mismo improvisaba, la suma de trescientos mil pesos.

Pero él se daba por feliz y satisfecho con explotar en cambio el amor de la mujer de Tony y poder hacer repetir desde su palco y con una seña de su pañuelo, la suerte que mas le daba la gana.

Tony seguía haciéndose el chanco rengo y dejando á Lanza el libre uso de su voluntad, desde que este le daba tan famosas utilidades.

Y se restregaba las manos lleno de satisfacción al pensar como se la pegaba al imbécil de Tony.

Los amores con la mujer de Hadwius eran conocidos, no solo en el circo, sino por una multitud de amigos de quienes habia hecho conocer su hermosa conquista.

Y su vanidad quedaba por completo satisfecha al ver que estos se reían de Tony, ponderándole su travesura.

En cambio Tony era el amante de Luisa á la sordina, porque así le convenia, y no tan á la sordina, porque Geremias, que fué el primero en descubrir la intriga, lo habia puesto en conocimiento de los demás curas, que se reían grandemente de la fingida imbecilidad de aquel diablo.

—Esto me conviene enormemente, pensaba el travieso Gremias, y me conviene mas que Luisa sepa que soy poseedor de su secreto.

Esto no ha de ser eterno, porque algun dia se ha de ir la compañía, ó ha de venir el rompimiento por cualquier otra causa.

Entonces el corazon de Luisa queda vacante, y como conmigo que soy poseedor de su secreto no podrá echarla de gran señora, no es difícil reemplazar al imbécil, mire usted qué imbécil!

Y Geremias hacia notar á Luisa que él era poseedor de su secreto, pero que podía confiar en su discrecion.

Y le daba mil bromas á cual mas picante, pero con el tino suficiente para que Luisa no pudiera ni resentirse con él.

—No me gusta nada ese fraile, solia decir á Luisa Tony, me parece que sospecha algo por la manera como sonrre cuando me vé.

—No temas, son miserables que alimentan Lanza y que no les conviene meterse conmigo.

Si por casualidad hubiera sospechado nuestro secreto, seria cuestion de quinientos pesos y cuatro palabras mas para que lo olvidara.

Para Luisa era indudable que Lanza, sinó conocia, sospechaba su relacion con Tony y la toleraba porque así le convenia.

Pero hacia el aparato de ocultarse, para que Tony le diera mas importancia á su conquista y tenerlo así mas agarrado.

Por lo demás, no se preocupaba de la cosa, pues sabia que ningun perjuicio podia traerle.

Luisa y Lanza, en los momentos que estaban solos, se trataban con la mayor consideracion y cariño, como si realmente cada uno de ellos estuviera completamente ageno á las aventuras del otro.

Lanza andaba tan preocupado de sus amores, que apenas atendia las consultas que le hacia Dolcetti sobre sus negocios.

Estos seguian de una manera maravillosa y dejando utilidades tan grandes, que le permitian á Lanza todos aquellos gastos que en vez de disminuir aumentaban de dia en dia.

Dolcetti le hizo notar que podia hacer una economia seria en sus gastos, en la sola cuestion de los carruages.

En sus paseos á Palermo, farras, idas al circo, etc., Lanza se gastaba unos doce mil pesos mensuales.

—Seria mucho mejor que usted se comprara un carruage, le habia dicho Dolcetti, así lo tendria siempre á su disposicion y no gastaria en él ni la cuarta parte de lo que actualmente gasta.

Como el hecho de tener halagada poderosamente su vanidad, Lanza se dejó convencer de las razones de economia que le daba su dependiente y se compró un magnifico cupé con una soberbia yunta de caballos que puso á pension en la cocheria de Cabral.

—Cómo no se me ha ocurrido esto antes! pensaba, al verse hombre de carruage.

Esto completa mi aire y vida de banquero de una manera famosa.

Y luego nada mas cómodo y señor que tener el carruage siempre á la puerta, para ocuparlo en el momento que á uno le dá la gana.

Y era curioso ver el ademan de rey con que Lanza indicaba á su cochero que acercara, y el tino magistoso con que subia y cerraba la portezuela.

Dolcetti espiaba estos momentos como los de su mas fina diversion y reia ante aquellos ademanes teatrales, estudiados al espejo durante horas enteras.

Este mismo aparato y lujo con que vivia Lanza, contribuia á darle gran importancia ante sus clientes, que lo veian subir al carruage llenos de satisfaccion.

Quién se hubiera sospechado que un hombre cuya fortuna le permitia tales gastos, pudiera quebrar nunca?

Jamás una letra firmada por él habia sido demorada un minuto en el pago y jamás se le habia propuesto un negocio, por grande que fuese, que no hubiera podido hacerlo inmediatamente.

Porque sin contar el dinero empleado en sus negocios, siempre tenia en los bancos, depositados en cuenta corriente, dos ó tres millones de pesos.

Por especulacion, cuatro noches á la semana asistia aunque fuera un momento al Círculo Italiano, donde se encontraba con lo mas importante de la colonia.

Allí conversaba íntimamente con el ministro italiano, el gerente del Banco italiano y los mas fuertes comerciantes, y se alejaba en seguida prestando algun quehacer.

—Alguna calaverada, gran cachafaz, le decian sus amigos de confianza—como si no te conociéramos!

Y él se alejaba lleno de satisfaccion, invitándolos para mas tarde en el Politeama.

Su palco, puesto á la disposicion de sus amigos, estaba siempre lleno, y era delante de ellos que lucia sus amores con la mujer de Hadwins y su poder de hacer repetir con una seña de pañuelo, la prueba que mas les habia gustado.

Y se retiraba á conar con ellos, aplazando para mas tarde las aventuras amorosas de que tanto alarde hacia.

Como Luisa se habia ya acostumbrado á aquella vida de jolgorio perpétuo, las cenas tenian lugar siempre en la casa de Lanza.

Ya lo sabian sus amigos íntimos y muchos caian allí de once á doce de la noche como quien vá al hotel.

Y cenaban hasta la una ó las dos, hora en que caía la gente de trueno, Tony el imbécil, su muger y los demás conocidos nuestros.

En sus paseos y farras, Lanza se apasionó de otra bella mujer que atraída por su manera de gastar, empezó á dejarse seducir por él.

Era una muger de vida alegre á quien le habia presentado el célebre Geremias, que, como siempre, andaba dedicado al campeo de fruta pintona.

A Geremias no le gustaban las relaciones del circo, porque la única que valia la pena era la muger de Tony y esta tenia ya compromiso con Lanza.

Y él se buscaba la vida por su lado, llevando consigo á Lanza para distraerlo de su relacion con la Hadwins, que era un medio de hacer quebrar á Tony con Luisa.

En cuanto Lanza vió otra muger mas hermosa que le hacia caso, empezó á enfriarse con la de Hadwins y á faltar del circo noches seguidas, cosa que hasta entonces no habia hecho nunca.

Tony lo vió distraído por otro lado y queriéndolo volver á sus redes, le dijo que concluido aquel mes pensaba irse á Rio Janeiro, donde trabajaria una temporada corta y encontraría otras artistas que allí habia, para volver con algunas novedades.

Tony pensó que Lanza intentaria hacerlo quedar aún y que su amenaza de irse lo volveria otra vez al circo, pero su fallo quedó completamente equivocado, pues lejos de rogarle que se quedara, le dijo que le parecia muy bien aquello.

—Ya la compañía ha cansado un poco y necesitamos renovar parte de su personal para que la gente vuelva al circo.

De otro modo vamos á perder mucho dinero, sin éxito de ningun género.

Cottrely nos hará competencia y concluirá por enterrarte, porque él tiene elementos nuevos y desconocidos.

Tony se quedó helado.

Aquello importaba decirle que podia irse con la música á otra parte, pues ya estaba cansado de dar y perder plata.

Habia que explotarlo aquel mes en toda regla, puesto que seria el último mes de explotacion.

Al fin y al cabo, de esta manera tenia que concluir su relacion comercial con el flamante empresario, mas tarde ó mas temprano, así es que la resolucion de Lanza no podia llamarle la atencion, puesto que era una cosa esperada.

Al fin de los dos meses y medio á que llegó la temporada, Lanza se encontró con que habia perdido seiscientos mil pesos que habian pasado al bolsillo de Tony íntegramente.

No por esto dejó Tony de concurrir á casa de Lanza con la misma frecuencia de antes.

Luisa le gustaba enormemente y no se decidia á romper con ella.

Lanza se habia enfriado mucho con ellos, pero no habia roto su relacion.

Iba siempre á verlos, aunque de tarde en tarde, y á invitarlos á tal paseo ó tal farra.

Tony vió por fin que nada tenia que hacer en Buenos Aires, y si se quedaba lo único que haria seria perder lo que habia ganado en su sociedad con Lanza.

Así es que armó viaje para Montevideo, prometiendo á sus amigos que pronto volveria á trabajar aquí.

La partida de Tony hizo una fuerte impresion en Luisa, que le habia cobrado cariño.

Era un hombre de talento que entretenia su espíritu y la distraía mucho de todas sus penas.

El abandono cariñoso en que la tenia Lanza, lo llamaba ella una desventura y se quejaba de él con sus relaciones.

Pero esto lo hacia Luisa para disculpar de antemano cualquier travesura en que pudiese ser pillada.

Ya ella preveia que la ausencia de Tony le haria buscar otras relaciones y se preparaba el terreno con la mayor habilidad posible.

Lanza dió una comida de despedida á Tony, á que asistieron las artistas del circo.

Tony podia regresar con una buena compañía y entonces le convenia que este conservase la amistad que hasta entonces lo habia ligado.

Así es que no solo le dió la comida de despedida, sino que lo acompañó hasta á bordo, ofreciéndose para todo aquello que pudiera necesitar en Buenos Aires.

Y á fuer de galante y agradecido, regaló como un recuerdo íntimo á la mujer de Hadwins, un bello anillo de brillantes.

Lanza, pues, quedaba bien cumplido con los dos esposos, que no tenian de él la menor queja.

Lanza quedaba alegre, porque la nueva relacion que le habia proporcionado Geremias le habia hecho olvidar por el momento á todas sus anteriores relaciones.

Luisa era la única que quedaba triste, porque Tony la dejaba sumida de nuevo en medio de su fastidioso aislamiento.

Y mientras su marido empezó á farrear con aquella nueva relación que no podía llevar á su casa, ella empezó á asistir al teatro y á los paseos para distracciones.

Geremías empezó socarronamente á dar vueltas al lado de Luisa, sin decirle nada, y para ver cómo pintaba la cosa.

El entretenimiento con sus travesuras y espiritualidades, tratando de distraerla y hacerse simpático.

Era un joven verdaderamente espiritual y de varios recursos, así es que Luisa no podía menos que reírse de sus cosas y festejar alegremente sus espiritualidades.

Geremías veía que ganaba terreno y seguía procediendo de la misma manera por considerarla la mas segura á sus fines amorosos.

Cuando él vió que había ganado bastante terreno en el espíritu de la mujer, recién empezó á tantearla por el lado del amor, pero siempre con igual tino y delicadeza.

—Es una picardía, le decía, que una muger tan bulla y tan interesante esté en este abandono imponderable.

Y francamente hay que irritarse mas, cuando se piensa que Carlo la tiene así abandonada, por mujeres que no valen una uña suya.

No se puede comprender una cosa así y mucho menos se puede disculpar.

Geremías hería así á Luisa en su cuerda sensible, convencido que así llegaría seguramente al fin de la jornada que se había fijado.

Lanza había llegado á ser un extraño en su propia casa, á donde no venía sino á dormir, y eso, á la madrugada, para volver á salir á medio día.

Raras veces almorzaba y comía en su casa, de modo que ignoraba por completo lo que allí sucedía.

Lo que hacía ó no hacía Luisa, no solo lo ignoraba, sino que no le importaba absolutamente nada.

Aunque le habrían dicho y probado que Luisa andaba en amores con este ó aquel, no le hubiera importado nada.

Demasiado tenía de qué preocuparse para que le importara nada de Luisa, á la que no amaba ya, y á la que había empezado á cobrar una antipatía que él mismo no podía explicarse.

Luisa era buena y atenta con él, calculadamente, no se metía en sus cosas ni se quejaba del abandono en que vivía.

No lo molestaba para nada, y sin embargo le tenía una profunda antipatía y deseaba verla emprender un viaje.

Es que estando Luisa no podía llevar á su casa á las mujercuelas con quienes andaba ahora y que tenía que llevarlas á comer al hotel y á cenar á los pocos y malos cafés que estaban abiertos toda la noche.

Esta era la única razón que Lanza encontraba á la antipatía que había cobrado á Luisa, pues en realidad no tenía otra.

Ella en todo le complacía, fuera ó no porque le conviniera, pero el hecho es que lo complacía.

Consciente ó inconscientemente, por conveniencia propia, el hecho es que ella le había ayudado en la conquista de la muger de Tony, pero él le tenía una antipatía tan profunda, que á veces se le hacía muy difícil, sumamente difícil, disimularlo.

No podía continuar con las farras de su casa y esto le irritaba de una manera poderosa.

Y mientras él omigraba de su casa buscando atorraderos para sus aventuras, Geremías se había convertido en atorrate de su casa, al extremo de que no salía de allí ni para buscar estipendios.

Y era tal la suerte de Lanza, que á pesar del abandono en que tenía sus negocios, estos producían para cubrir todos sus locos gastos, quedándole todavía un sobrante de utilidades.

Los curas de campaña le aumentaban incesantemente su clientela y la mayor parte de las personas que venían de Génova y de muchos pueblos de Nápoles, le venían directamente recomendadas á su casa.

Muchos comerciantes le buscaban para hacer sus giros, lo que le servía no solo por la comisión, sino para aumentar su crédito que había llegado al colmo del apogeo, no solo en nuestros Bancos sino en muchos Bancos de Génova y también de Nápoles.

Dolcetti tenía en poco la atención de todos los negocios de Lanza, que no se acordaba de él sino para ir á buscar plata.

Era la válvula de escape á cuanta suma producía.

El joven contemplaba con pena aquel abandono, pues si Lanza atendiera á sus negocios como antes, aquel escritorio hubiera producido una gran fortuna.

Y por mas que todo marchara en regla, veía un momento difícil que podía llegar y que hiciera retroceder los negocios en todo lo que habían adelantado.

Y aconsejó á Lanza que volviera al escritorio y se dejase ver por lo menos un par de horas todos los días.

Lanza tenía la felicidad de estar acompañado por aquel dependiente modelo cuya integridad era insuperable, y esto era lo que lo salvaba de un serio atraso.

Siguiendo sus consejos, dejó sus calaveradas exclusivamente para la noche y empezó nuevamente á emplear el día en sus negocios, que aumentaron de nuevo poderosamente con sus especulaciones.

La idea de una barraca se le había metido entre ceja y ceja, pero para esto necesitaba un socio que fuera entendido en la materia, y aquí la gran dificultad con que tropezaba.

Una barraca de frutos del país es una mina de dinero, decía, y el día que yo tenga una barraca bien establecida, me he de reír de las primeras fortunas del país, porque no hay negocio como este cuando se tienen capitales con que hacer grandes acópios de frutos, abarrotando la plaza cuando se pueda y se deba.

Si yo comprara un año todas las lanas de la provincia, decía, las revendería al precio que me diera la gana.

Y en solo doscientas mil arrobas de lana que produjera ese año la provincia, sin ser muy exigente, podría quedarme con una utilidad líquida de dos millones de pesos.

Así es que el día que yo encuentre el hombre á propósito, la establezco en el acto y sobre tablas

me meto en las grandes especulaciones para hacer una gran fortuna.

Para demostrar la importancia que entonces tenía la casa de Lanza, diremos que solo en depósitos en cuenta corriente, tenía la respetable suma de dos millones seiscientos mil pesos moneda corriente.

Esto era solamente el dinero depositado en su casa y en cuenta corriente, por los napolitanos sus clientes y curas de campaña.

LA FIEBRE DE LOS NEGOCIOS

Pensando siempre con el establecimiento de una gran barraca para consignaciones de frutos del país y especulaciones por su cuenta, no se ocupaba de otra cosa sino de la realización de lo que él llamaba un proyecto magno.

Hablando de esto, se encontró un día con un señor Peirano, persona hábil en los negocios de frutos del país y que le pareció como mandado fabricar para la cosa.

Lanza le comunicó sus ideas y sus esperanzas, que fueron corroboradas por Peirano, y Lanza no pensó ya mas que en el planteamiento de la barraca, base de una colosal fortuna.

Después de madurar bien sus proyectos y pensar en todas las ventajas y contras que podía tener, hizo la sociedad con Peirano, y se puso sobre tablas al planteamiento de la barraca.

Los seiscientos mil pesos que había perdido en su empresa de circo, no habían abietto una brecha sensible en sus negocios, aunque era un capital de que se privaba en dinero que entonces podía haber empleado en el gran negocio que emprendía.

Así es que por el momento se limitó á emplear para capital de la barraca que establecía, dos millones de pesos sonantes y contantes.

Con dos millones de pesos de capital, ya se podía principiar á hacer operaciones en grande escala, acopios de frutos del país de los que, como las lanas, podía sacarse un beneficio seguro y bueno.

Para tener una gran fortuna es necesario operar en los grandes negocios, y como colmo de todos ellos, Lanza siempre andaba con esta á las vueltas.

Enviar por su cuenta á Italia toda la lana que pudiera, para que se la mandaran, siempre por su cuenta, convertida en géneros.

—Este es el mas grande de los negocios, decía á Dolcetti, y no he de parar ni me he de morir sin realizarlo.

—Es un negocio un poco comprometido, le respondía Dolcetti, y de resultado dudoso.

—De resultado magnífico, replicaba él, pero haciéndolo en grande escala, de manera que toda competencia conmigo fuera imposible.

—Pero si con su escritorio solamente y atendiéndolo como es debido, decía el jóven, se puede hacer una fortuna soberbia.

—Esto para mí no es mas que vegetar, yo quiero tener una fortuna inmensa, la mas grande de América, y para esto es preciso emprender todo género de negocios y en grande escala, siempre que sean seguros.

Porque yo no me contento con la barraca, este será uno de tantos negocios y nada mas.

Yo he nacido para ser un Rothschild, y si de la nada he llegado á donde estoy, con el capital propio y ageno que manejo, tengo que irme á las nubes.

Y tomando un aire de profunda importancia, añadió:

Cuando yo vine á América no tenía mas capital que el de mi poderosa inteligencia, y con ese solo he subido hasta aquí, porque eso sí, á nadie le tengo miedo en materia de inteligencia para los negocios.

Y no había nada mas cómico que ver el tono con que decía estas cosas.

El pleito que me puso Caprile, me lo puso de envidia y de despecho, porque sabía que si yo abría una casa como la suya, no tardaría en tumbarlo, como lo he tumbado, en efecto, pues la casa de Caprile ahora no trabaja ni la décima parte de lo que trabajaba cuando yo estaba allí de dependiente.

Y qué capital tenía yo cuando empecé?

Mi inteligencia y mis relaciones, nada mas, y la prueba es que la pobre Luisa me ayudaba embalsamando aves y haciendo sombreros.

Ya ven, pues, que con ese mismo capital de talento y un respetable capital de dinero, tengo

que irme á las nubes en materia de fortuna.

La clientela habia crecido de un modo imponderable.

Esto aumentaba el gran capital que tenia en depósito como el que tenia en giro, porque si muchos iban á depositar en cuenta corriente, otros iban á remitir á Europa cantidades mas ó menos fuertes, que aumentaban siempre su negocio, y sobre todo, su crédito.

Para probar la confianza de su crédito, habia girado én descubiertos, y sus letras habian sido cubiertas en el acto.

No podia pedirse mas para un banquero improvisado, como lo era Lanza.

Esto demostraba que Lanza tenia un talento verdadero para todo lo que era negocios, así como no lo tenia para otras cosas, para guardar y economizar, por ejemplo.

Si Lanza en vez de tirar el dinero como lo tiraba en todo género de farras y paseos, lo hubiera guardado, podria haber tenido por lo menos un millon de pesos mas con que poder especular en préstamos y descuentos seguros á buen interés, como él llamaba cuando le pagaban un ocho ó diez por ciento.

Pero Lanza se habia habituado á gastar de aquella manera, y dos terceras partes de lo que ganaba se le iba en gastos de la casa, porque le gustaba vivir bien, y en parrandas de todo género con sus amigos.

En aquel tiempo llegó el célebre primer nuncio apostólico Monseñor di Pietro, á quien tanto embromaban los cronistas traviesos, llamándolo Monseñor di Dietro.

Siendo él el banquero que remitía el óbolo de San Pedro, y estando en tan famosas relaciones con la Curia y el Vaticano, di Pietro vino recomendado á Lanza, siendo este su banquero desde el primer momento.

Lanza, que se pintaba solo para eso de conquistarse á los frailes, se encargó de todo cuanto podia necesitar Monseñor di Pietro.

Puso su Banco á su disposicion absoluta en cualquier cantidad que pudiera necesitar, y se encargó de buscarle casa y amueblársela de la manera que quisiera.

Lanza no tuvo ningun desembolso que hacer, porque di Pietro tenia el riñon bien forrado y habia venido provisto de letras contra el mismo Lanza, que este cubrió en el acto en papel moneda, lo que le dejó una buena utilidad sin que el mismo di Pietro pudiera apercibirse de la cosa.

Por el contrario, estaba loco de contento con aquel banquero tan atento y comedido que le economizaba todo trabajo que pudiera tener.

Estuvo en el hotel sin tener ningun trabajo, hasta que Lanza le alquiló y amuebló la casa de la manera que él mismo le indicó.

Banquero del Nuncio Apostólico y enviado extraordinario del Papa, era el colmo de la importancia á que podia llegar.

Esto concluiría de traerle la clientela de todos los frailes y curas de Buenos Aires y de Roma mismo.

Además que, con la intimidad que tenia con el Nuncio, se pondria en relacion con los primeros grandes personajes de nuestra Curia.

Lanza que en medio de todo era un gran vividor, tenia relacion de amistad con todos estos Ministros de Dios, lo que no le impedia tenerla sumamente estrecha con los maldicientes y demás jente liberal con que farreaba noche á noche.

La amistad con el Nuncio lo habia puesto insoportable, porque esto le habia hecho tomar un aire de asombrosa importancia, del que no se apeaba ni un momento.

A la tarde mandaba su cupé á la puerta del Nuncio, para que este saliera á pasear, y durante el dia se le oia decir que tenia que salir á casa de gobierno ó del Arzobispo, se lo enviaba tambien á su disposicion, lo que dejaba al Nuncio obligadísimo y agradecido.

Como era un hombre de absoluta confianza, di Pietro tenia en mucho los informes sobre hombres y cosas del pais que este le daba, no dudaba de ellos y se los pedia con la mayor franqueza.

El Ministro italiano, señor Cerutti, era un hombre que no se metía en ciertas cosas, y que no se hubiera prestado á ciertas informaciones exigidas por el Nuncio.

Así es que este no tenia mas fuente de informes que Lanza, que se los daba á su entera satisfaccion.

El lo informaba sobre nuestro modo de ser y de vivir, sobre nuestras creencias religiosas y sobre la clase de persona que era Aneiros y el grado de estimacion que se tenia por él dentro y fuera de la Iglesia.

Todos los giros que de Europa recibía di Pietro eran contra Lanza, porque así lo habia pedido él para su mayor comodidad, lo que lo preocupaba muy poco, pues si alguna vez necesitaba dinero, con mandar un vale al escritorio de Lanza estaba todo concluido.

Como Lanza pasaba por un clerical famoso ante el Nuncio, este creía tenerlo en el bolsillo y estaba persuadido que lo esplotaba, porque Lanza no se atrevería á cobrarle intereses de dinero ni nada que hiciera mermar sus cambios.

Pero Lanza, que conocia esta creencia y esta intencion del Nuncio, se lo fumaba en los cambios de oro á papel y en cuantas diferencias de valores podia.

Lanza, como se ha visto, era lo mas desprendido que pueda imaginarse, en cuanto á sus gastos y sus farras.

Pero en materia de negocios no perdonaba un centavo ni á Cristo padre, siendo capaz de pelear con el diablo por una simple diferencia de cinco pesos papel.

Habia pues en él dos Lanza, el Lanza calavera y despilfarrado y el Lanza judío y negociante.

Así la clientela del Nuncio era para él una chorrera de utilidades en todo sentido, pues el Nuncio para todo no se valía sino de él.

Haata sus sirvientes eran recomendados y buscados por Lanza.

Era un hombre de confianza en todo sentido, al extremo de tener con él tanta confianza como en el secretario privado que se había traído.

Lanza le había ganado el lado de las casas, como se dice, al extremo que en ciertas cosas solo en él tenía confianza.

Hombre como todos, al Nuncio le gustaban sus aventuras amorosas y entretenidas, y era Lanza quien le había presentado las relaciones femeniles y ocultas que habían de recibir la bendición del Santo Nuncio.

Lanza, que era sumamente vivo, lo había puesto en contacto con mujeres hermosas que él manejaba por completo y de las que pensaba servirse para sacar al Nuncio cualquier cosa que de él hubiese necesitado y que no hubiera querido dar la cara.

El le presentaba mujeres que halagaban las aspiraciones del veje, pero que eran otros tantos ganchos que él manejaba á su antojo y que pondría en juego siempre que así le conviniera.

Ellas no eran entonces mas que Nuncias y enviadas extraordinarias de Lanza cerca del Nuncio apostólico.

Lanza se había manejado á este respecto con un talento verdaderamente asombroso.

Cuando el Nuncio quería echar una cana al aire, era Lanza quien lo arreglaba y lo desfiguraba al extremo de que el mismo Papa si lo hubiera encontrado no lo habría conocido.

Así di Pietro podía entregarse á ciertas correrías y aventuras en que nunca se hubiera imaginado poder andar.

Iba al teatro, al palco cerrado de Lanza, donde estaba á su entera comodidad.

Allí al palco iban á visitarlo las artistas que él quería, y á cuya casa iban de visita á cenar despues que terminaba la funcion, guardando di Pietro el mas riguroso incógnito, al extremo de que ni la misma *Matraca* llegó á informarse jamás en los pasos y aventuras en que andaba metido el famoso Nuncio.

Y eso que, como se recordará, la *Matraca* metía las narices en todas partes donde podía pescarse una aventura clerical.

Es que Lanza era maestro en esto de disfraces y había guardado con una reserva ejemplar la incógnita del Nuncio.

Varias veces despues de sus correrías lo había llevado á cenar á su propia casa y ni siquiera á Luisa había dado á entender que se trataba de un personaje de aquella magnitud.

Y di Pietro, que veía la reserva absoluta que guardaba Lanza, no encontraba ya palabras con que ponderarlo.

Y bendecía á los que lo habían recomendado al banquero, eligiendo precisamente la persona que mas útil podía serle en América.

Como di Pietro era tambien enviado al Paraguay, Montevideo y el Brasil, cuando tenía que ausentarse á cualquiera de aquellos puntos, iba munido de cartas especiales que le daba Lanza y cartas de crédito sin límite para los bancos del punto donde iba á residir.

De modo que al Nuncio no necesitaba nunca

llevar consigo mas que el dinero suficiente para llenar cualquiera necesidad extraordinaria que pudiera ocurrirle en el viaje.

Despues todas sus necesidades estaban perfectamente cubiertas por Lanza, y previstas aquellas en que el mismo di Pietro ni siquiera había pensado.

Y era cuando se ausentaba á estos viajes en que verdaderamente echaba de menos á Lanza y apreciaba toda la utilidad que aquel hombre tenía para él.

Carecia de informes, de ciertas relaciones agradables, de paseos, teatros y alegres y agradables cenas en compañía de gente traviesa.

Pues eran tan famosos los disfraces que le hacia Lanza y tan convencido estaba él de que nadie lo conocería, que ya no tenía inconveniente de meterse entro los calaveras con quienes andaba su banquero á altas horas de la noche.

Si Lanza abandonaba su escritorio era porque sabia que allí estaba Dolcetti, de su absoluta confianza como integridad é inteligencia, pero no le sucedía lo mismo con la barraca, donde tan fuerte capital tenía invertido.

Siempre andaba á la mira de las mejores especulaciones y dando á su sócio los mas saludables consejos á este respecto.

Aquel primer año se habían entregado por completo á la especulacion de lanas y el resultado no pudo ser mas precioso, puesto que les dejó una utilidad de trescientos mil pesos líquidos y libres de polvo y paja, como se dice.

Con aquel primer ensayo Lanza había quedado entusiasmadísimo y pensaba repetir la especulacion al siguiente año en mayor escala, y arrebataando si era posible enanta lana hubiera de presentarse en venta en todos los mercados.

Y se encontró tan satisfecho con su barraca, que decidió emprender otra série de negocios.

Le había entrado un verdadero vértigo de negocios que no lo dejaba pensar en otra cosa.

En medio de las mas alegres farras pensaba en su barraca y en la fortuna que esta le había de dejar.

Se le había puesto entre ceja y ceja que aquella era la última palabra en materia de negocios, y hubiera sido capaz de enterrar allí cuanto medio le hubiera caído á la mano.

Desde que se había puesto á negociar por su cuenta hasta entonces, Lanza no había cometido ninguna mala accion en sus negocios.

Es verdad que no necesitaba cometerla, puesto que estaba ganando una fortuna, y que tampoco le convenia hacerlo porque su crédito lo hubiera pagado.

El hecho es que Lanza parecia haberse transformado por completo.

Metido en su carruaje y con su espléndida yunta de caballos, había concluido realmente por parecer lo que queria, un gran banquero.

Las operaciones de su escritorio eran rigurosamente exactas.

Allí no hubiera podido cometer una pilleria sin que Dolcetti se hubiera apercebido de esto, puesto que el jóven era quien manejaba todos sus intereses y era quien llevaba los libros.

Y Dolcetti no hubiera permitido una mala acción sin salir de la casa.

Con el mismo Dolcetti, Lanza se había portado mal, porque había querido esplotar su trabajo.

Ya hemos dicho que Lanza, en materia de parrandas y de llevar buena vida, gastaba y pagaba sin mirar para atrás.

Pero en lo que eran negocios, era capaz de pelear por un peso con Cristo padre.

Cuando Dolcetti quiso fijar de una manera clara su sueldo y las condiciones en que estaba en la casa, cosa que, por una causa ó por otra nunca se había hecho, Lanza quiso fijarle su sueldo en cuatrocientos pesos mensuales, lo que no era aceptable de ninguna manera.

El trabajo de los primeros meses, sobre todo, había sido rudo y sin descanso, para formar libros y convertir en verdadera casa de comercio la que hasta entonces no era mas que un bochinche.

No se podía aceptar en manera alguna un sueldo tan miserable y tan injusto.

El joven protestó mostrando que aquello era una ingratitud y que cuatrocientos pesos no le alcanzarían ni para fumar, diciendo que se retiraba de la casa.

Lanza tuvo entonces á la fuerza que ser razonable.

Qué hubiera sido de él si Dolcetti se separaba de su escritorio?

No solo se hubiera encontrado privado de su mejor ayuda, sino que solo ya no hubiera podido atender al escritorio y á sus negocios.

Tuvo que ser razonable á la fuerza y fijar un sueldo que estuviera en relacion al trabajo y á la responsabilidad que el joven tenía.

Lanza trató entonces de entusiasmarlo y ganárselo por otro lado, y le prometió que al año siguiente le daría cuatro meses de licencia con sueldo, para que pudiera á su vez dar un paseo por Europa y visitar á su familia.

Dolcetti, que ante la oferta de cuatrocientos pesos de sueldo había tomado desamor al trabajo y fastidio á Lanza por su ingratitud, lo olvidó todo ante aquella buena promesa de un paseo á Europa.

Era la primera vez que se separaba del lado de su familia, y deseaba con vehemencia ir á visitarla y pasar algunos dias al lado de su buena madre.

Así es que con aquella oferta Lanza se lo ganó por completo, y el joven siguió trabajando con mas anhelo que nunca, pensando que era preciso, á fuerza de trabajo, ser digno de las bondades de aquel patron extraordinario.

Y el joven veía con profunda pena que, si Lanza no tirara el dinero de aquella manera descalabrada, hubiera tenido ya á la fecha una fortuna imponderable.

Pues no solo hubiera economizado todo aquel dinero lastimosamente perdido, sino que habría dedicado su tiempo á los negocios, y hubiera entonces quintuplicado sus capitales con aquel talento claro y rápido para hacer operaciones provechosas.

Pero bajo aquel punto de vista, Lanza no tenía cura ni compostura.

El se había moderado un poco, pues solo calaveraba de noche.

Pero pretender reducirlo á una vida razonable y moderada, hubiera sido pretender hacerlo nacer de nuevo.

Las calaveradas y libertinaje eran parte de su vida.

Si no hubiera podido llevar la misma vida, se hubiera enfermado de tristeza.

Lo único que había preocupado siempre á Lanza, era aquel dinero que debía al capitán Caraccio, que con tanta generosidad se lo había prestado.

Hubiera deseado cancelar aquella deuda á toda costa, pero no había podido á pesar de toda su buena voluntad.

De tiempo en tiempo mandaba al Hotel Marítimo á informarse si había venido Caraccio.

Pero parecia cosa del diablo, despues que se fué aquella vez del préstamo, no había vuelto mas.

Cuando él estuvo en Génova, preguntó por Caraccio: llevaba dinero consigo y le hubiera sido muy fácil pagarlo.

Pero en Génova le contestaron que se había hecho á la vela para California.

Lanza perdía la esperanza de volver á ver á Caraccio.

Tal vez le había sucedido algun percance, puesto que nadie sabia nada de él.

Aburrido de preguntar de tiempo en tiempo por su noble amigo, el único hombre para quien Lanza tenia verdadero cariño, mandó una carta al Marítimo dirigida á él y para que se la entregaran en cuanto vintiera.

Seis meses despues de esto y cuando ya menos pensaba en la cosa, se le presentó en el escritorio el capitán Caraccio.

Lanza le había pedido en su carta que en cuanto la recibiera lo buscara, á cuyo efecto le remitía sus señas, y el noble marino, sin saber de lo que se trataba había acudido inmediatamente.

Lanza le conoció en el acto, pues Caraccio no había cambiado en la bondadosa sonrisa de sus lábios.

Pero á Caraccio le costó reconocer á su joven protegido.

Lanza había echado entonces un par de enormes patillas, barba que había cambiado mucho la expresion de su semblante.

—Al fin lo veo, despues de una eternidad que lo busco, dijo el joven: ni en Génova pude tener noticias tuyas.

—Viajando, viajando siempre, respondió Caraccio, recién puedo pegar la vuelta por estos mundos que tanto me gustan.

Despues que charlaron largamente sobre sus múltiples aventuras, Lanza vino suavemente á la cuestion interes.

—Pues amigo, decia, yo lo buscaba como á pleito, porque tengo una suma de dinero suyo, que yo no sé qué diablos hacer con ella.

—Y quién piensa en miserias? preguntó Caraccio, vaya una ocurrencia!

—Alto ahí! que no son miserias, contestó Lanza alegremente.

Andando en negocios, no era justo dejar dormir su plata en el fondo de los cajones.

Operó por su cuenta con aquellos quinientos patacones que tan útiles me fueron, y hoy se han convertido en mas de dos mil, ya vé entonces que la cosa no es tan miseria.

Caraccio quedó asombrado, no del crecimiento del dinero, desde que Lanza habia operado con él, sino de la honradez de aquel jóven de quien tan mal le habian hablado en el Marítimo cuando preguntó por él.

—Ya no me espanto ver como lo ha protegido Dios, amigo mio, porque quien obra con tal honradez, en el comercio tiene que prosperar.

Pero yo no puedo aceptar eso, porque positivamente no me pertenece.

—Cómo que no le pertenece, si yo he operado con su dinero y por cuenta de usted?

—Y si hubiera perdido no me hubiera vuelto mis quinientos pesos?

—Si los habria devuelto, porque eran especulaciones on las que no se podia perder todo.

—Entonces yo no puedo aceptar la utilidad.

Y no hubo forma de convencerlo: cuando Caraccio decia que no, era inútil insistir.

—Pero es que yo tampoco me puedo quedar con él, dijo Lanza, porque no me pertenece: será preciso que nos peleemos?

—Nada de eso, respondió Caraccio, vamos á hacer una cosa buena.

Ese dinero que usted no quiere y que yo no debo tomar, vamos á gastarlo en pasear todo el tiempo que yo esté en Buenos Aires, y no se hable mas de eso: aceptado?

—Aceptado á una condicion sola, y es que ha de parar conmigo y en mi casa.

—Pues no hablemos mas de eso y venga la mano.

Aquel mismo dia Lanza mandó al Marítimo á buscar el equipaje del capitán Caraccio.

La Nina hizo su resistencia, como era natural, puesto que Caraccio era su mejor cliente, y cliente de dos ó tres meses seguros.

Fué preciso que Caraccio le mandara decir que le pedia su equipaje porque se iba á pasar con un amigo una temporada de quince dias al campo, para que lo alojara sin inconveniente.

Lanza mandó arreglar en su casa una pieza para Caraccio y lo alojó con todas las comodidades que aquel podia desear.

Caraccio estaba sumamente complacido de ver la fortuna y los negocios de Lanza á quien estimaba positivamente.

Fué presentado á Luisa, la que lo recibió cariñosamente, pues en su presencia y al presentárselo, lo rofró como Caraccio le habia tendido la mano en sus primeros apuros y cuando no conocia á nadie aquí.

Luisa vió en Caraccio uno de tantos festejantes y se felicitó porque era un hombre simpático y atractivo, pero bien pronto se convenció que habia calculado mal.

Caraccio era la nobleza personificada, y antes se habria dejado cortar la lengua que decir una palabra inconveniente á la mujer de su amigo.

El mismo Geremias que se habia alarmado con la presencia de aquel huésped que parecia ligado con Lanza por una amistad de hermano, se convenció al fin que nada tenia que temer de él.

Si Caraccio hubiera pasado mas tiempo en casa de su amigo, se hubiera fijado al momento que la conducta de Luisa no era muy regular.

Pero él, como Lanza, apenas veian á Luisa á la hora de comer y de almorzar, ó en el teatro algunas veces.

El resto del tiempo lo pasaban entregados á sus paseos y diversiones.

Durante el dia, en el tiempo que Lanza tenia que atender á sus negocios, Caraccio paseaba, visitaba á sus relaciones antiguas y atendia tambien á la carga de su buque que tenia ya anunciada su salida.

A la tarde venian al escritorio, comian juntos, ya en casa de Lanza, ya en el hotel, y no se separaban sino para dormir.

Se iban juntos al Politeama, y ya seguia la farrá de todos modos y sin interrupcion.

Lanza habia puesto á su amigo en contacto con todas sus relaciones femeninas y, ó se iban á matar la noche á casa de estas, ó las llevaban á cenar al hotel, donde pasaban alegremente la noche.

—Pero eres un casado sublime, decia Caraccio á su amigo, con la felicidad de que tu muger no es celosa, si no pasaria una vida amarga como un vaso de Fernet Branca.

—Mi gran talento ha consistido en educar mi mujer á mis costumbres, respondia Lanza dándose una importancia pasmosa.

No es posible tener una muger celosa para un hombre de mis costumbres.

Ahora ya está educada á esta vida, y para nada se mete en lo que yo pueda hacer.

Me ha costado algun trabajo, es verdad, pero al fin he logrado mi objeto, y soy feliz como lo ves.

—Pues se necesita un talento especial, qué diablos! y veo que lo tienes en regla, pues á la pobre nunca la oigo quejarse del abandono en que la tienes: otra muger te haria arder las mechas todos los dias.

Caraccio se pasó una temporada de dos meses en Buenos Aires, diciendo á Lanza que era la mejor vida que habia pasado en su vida, y prometiéndole que en lo sucesivo no llegaria á Buenos Aires sin meterse en su casa.

Lo declaro mi hotel, le decia, á tal estremo que dejo en mi cuarto y como seña, uno de mis batiles.

Durante aquellos dos meses no gastó un centavo, porque Lauza no lo dejó, diciéndole que el convenio habia sido gastar los mil quinientos patacones acusados como utilidad.

Así es que Caraccio tuvo que conformarse, recibiendo además los quinientos duros del capital, que no hubo forma de rehусar, porque Lan-

za le manifestó que con ello le hacia una gran ofensa.

Caraccio que no queria recibirlos, pues harto tenia con haberse divertido y vivido un par de meses sin gastar nada, se fué á lo de Fabre y los empleó en un espléndido solitario que llevó de regalo á Luisa, diciéndole:

—Con el permiso de su marido, porque no me lo negaria si se lo pidiera, y sin el permiso de su marido, porque no se lo he pedido, quiero dejarle este recuerdo de haber convertido su casa en fonda.

Acéptelo, señora, porque no aceptarlo seria notificarme que no vuelva á acordarme mas de esta casa ni de ustedos.

Ofrecida de esa manera aquella alhaja, no era posible rechazarla, y Luisa no tuvo mas remedio que recibirla, diciendo á su vez:

—Lo que yo siento es el valor de la alhaja, porque parece que se me ha querido pagar el hospedaje.

Confieso que si no hubiera sido de tanto valor, la habria aceptado con mas gusto.

Caraccio, contento por la aceptacion de Luisa, se despidió cariñosamente y se embarcó acompañado de Lanza, que no quiso separarse de él hasta que no lo dejó á bordo de su buque.

Lanza habia estado siempre mortificado con la fuga de Caraccio, así es que en cuanto la hubo arreglado de aquella manera tan caballeresca, se sintió mas á gusto.

Era esta la única deuda que lo habia mortificado.

Pensando en ella, pensó tambien en su vieja modista, que jamás se habia acordado de él ni para mandarle un recado.

Lanza le escribió una carta muy atenta, disculpándose con mil pretestos de no haberle escrito antes, y remitiéndole al mismo tiempo el dinero que le debia.

Ya con esto quedó Lanza perfectamente tranquilo respecto á deudas, eran los dos únicos compromisos que lo habian tenido en desasosiego cada vez que habia pensado en ellos.

Aquel verano los negocios tomaron un nuevo incremento.

Era la época de los negocios fuertes en la barraca, y Lanza se propuso ese año abarrotar cuanta lana pudiera.

Empezó á comprar á buenos precios y concluyó por pagarlo que le pidieron, convencido de que ese año iba á doblar el capital.

La fiebre de los negocios se habia apoderado de él de una manera exagerada.

Pero los negocios en grande escala que dejaban resultados enormes.

De otro modo, ni siquiera pensaba en ellos.

—Para hacer negocios pequeños, decia, me basta con los que se hagan en el escritorio.

Estos siquiera son muchos, y muchos pocos hacen un muchísimo.

Muchos sostienen que Lanza no era un bribon, porque en aquella época, por ejemplo, pudo irse con una docena de millones de pesos, mientras que apenas se fué con dos.

Es que entonces Lanza creia de buena fé

poder multiplicar sus millones, y no necesitar nunca de la fuga.

Si no, la desaparicion del banquero Lanza se hubiera producido en la época de su mayor prosperidad, y cuando mas dinero ageno manejaba.

El iba en busca de una gran fortuna, y ya hemos visto que para llegar á este resultado, todos los medios le eran buenos.

El proceder honrado le pareció que era el mas seguro, y lo siguió como quien sigue una especulacion, y nada mas.

Mientras estaba absorbido por su famoso negocio de la barraca, lo vinieron á ver para establecer una gran fábrica de licores, en sociedad con Robili y Jambini, y á él no le pareció mal.

Era un negocio que podia dejar utilidades incalculables.

El consumo de licores era fuerte, y no habia las fábricas que hay hoy.

Una fábrica bien montada y bien dirigida, podia triplicar el capital en poco tiempo.

Lanza no vaciló, pensó un poco el negocio, se convenció que era bueno, y puso en él como capital, la suma de ochocientos mil pesos.

Con las operaciones de la barraca y otros negocios de descuentos y préstamos en que se habia metido, Lanza habia empleado cuanto dinero tenia.

De modo que para atender al capital de la licoreria, tuvo que echar mano de los depósitos que se le habian confiado.

Pero él tenia tal seguridad en sus negocios, que sin vacilar hubiera metido en ellos hasta el último cobre.

Con todas estas operaciones y capitales empleados, su crédito en plaza era enorme.

Ningun Banco hubiera negado descontar una letra con su sola firma.

La clientela de napolitanos crecia fabulosamente, llenando de dinero sus cajas.

No habia uno solo que no llevara allí sus ahorros, y muchos de ellos habian retirado sus fondos del Banco de la Provincia para depositarlos en casa de Lanza, que les parecia mas segura y que les pagaba mas interés.

Y no eran solo los napolitanos infelices los que tenian en Lanza aquella confianza ilimitada.

Muchos italianos de alcance que veian el crédito creciente de Lanza y la honradez de su proceder, se manejaban por intermedio de su casa prefiriéndolo á cualquier otro Banco, por las facilidades que este les ofrecia.

Puede decirse que fué entonces cuando la casa de Lanza llegó á su apogeo en crédito y en movimiento.

Las consignaciones que le remitia la casa Maggi eran cada vez mas fuertes, y el dinero que ellas producian podia emplearlo Lanza en sus operaciones, porque demorar remesas de dinero á la casa del suegro nunca podian ocasionarle el menor perjuicio.

Nunca lo habian apurado por dinero y muchas veces habia recibido hasta cinco ó seis remesas sin haber dado cuenta de una sola.

Esta era una ayuda poderosa, pues en cualquier urgencia y antes de acudir á los bancos, echaba mano de estos fondos como hubiera echado mano de los propios.

Sus liberalidades corrían de boca en boca, siendo el asombro de aquellos infelices que habían de ser sus víctimas y que lo creían un hombre fabulosamente rico.

Una vez estuvo á verlo un tal Vezzolo, hombre honrado y sumamente trabajador, á pedirle su protección para establecer una carnicería en Rodríguez.

Vezzolo era muy inteligente en el negocio de carnicería, y le decía que con un buen capital él haría mucho, porque en Rodríguez tenía relaciones de todo género, y contaba con amigos que lo protegerían en el consumo.

El negocio allí era muy bueno, según decía, pues se presentaban ocasiones de poder comprar tropas por la mitad de su valor, y venderlas con gran lucro aprovechando las oportunidades.

Pero que para esto era necesario un poco de capital, porque si nó el negocio nunca pasaría de un pobre pichuleo.

Lanza escuchó todo el programa de Vezzolo, le pareció bueno el negocio, y sin más trámite entró de socio capitalista, dándole la suma de cien mil pesos.

Con estas cosas que narraban los napolitanos llenos de asombro, habían concluido por cobrar á Lanza una verdadera idolatría.

Muchos de aquellos napolitanos que no tenían dinero porque recién empezaban á trabajar y querían hacer traer su familia, acudían á Lanza solicitando su protección y el adelanto de los fondos necesarios.

Lanza tomaba sus informes, les averiguaba en qué trabajaban y siempre que la persona le merecía confianza, los atendía adelantándoles todos los fondos que podían necesitar.

En comisión é intereses y gastos imaginarios les cargaba la mano todo lo que podía.

Pero los pobres se retiraban sumamente agradecidos, declarando que el Carlo Lanza era un santo, un ángelo, que no en vano Dios lo había protegido dándole tan gran fortuna.

En todos los paquetes la mayor parte de los inmigrantes le venían recomendados por sus correspondientes ó por los síndicos á quienes visitó durante su viaje á Europa, ó por las mismas familias á quienes había servido ó con las que estaba en contacto por remisión de fondos, etc.

De modo que su clientela crecía de una manera asombrosa.

La correspondencia que espedía por todos los paquetes, hubiera bastado para dejarle una renta muy regular.

Porque él la remitía al correo en bolsas y pagando el peso total, mientras que él cobraba el franqueo por carta y cargándole cuanto le era posible.

Y la diferencia de porte era tan notable,

que esto solo constituía lo que se llama un buen negocio.

El escritorio de Lanza tenía un movimiento diario asombroso: parecía un banco en época de crisis.

Allí acudía diariamente una infinidad de gente, unos que iban á hacerse contestar sus cartas, otros que iban en busca de ellas, otros que iban á remitir fondos, otros á depositarlos y otros que recién llegados iban en busca de Lanza para presentarsele y hablar con él, y que lo esperaban todo el día, muchas veces sin haber podido conseguir su objeto, porque Lanza tenía muchas cosas que atender y cada uno de aquellos clientes le hacía perder media hora en conversacion.

Dolcetti era quien se entendía con toda esta morralla, para lo cual tenía una gran práctica.

Era el que les contestaba las cartas y el que les leía las que le entregaba, pues la mayor parte de aquellos ilustres clientes no sabían leer ni escribir.

Lanza atendía todos aquellos asuntos que Dolcetti no podía resolver por sí, como préstamos, descuentos de pagarés y compra de mercaderías á mayores ó menores plazos.

Aquello era pues un verdadero Banco, pero con mayores facilidades y sin tanta etiqueta de solicitudes escritas y presentadas á votacion de directorio, etc.

Por eso es que muchos preferían hacer sus operaciones con la casa de Lanza, aunque á este le tenían que pagar un interés mas judaico.

Lanza hasta entonces había tenido tal tino en sus préstamos, que nunca fué necesario que protestara uno solo de los documentos sobre los cuales había dado dinero.

Siempre los deudores habían cumplido bien, ó habían renovado sus créditos á entera satisfaccion de Lanza.

Y eso que muchas veces había hecho descuentos por sumas serias, cuya falta lo hubiera puesto en serios apuros.

Es que él tenía un tino especial para conocer á la gente que á él acudía y la precaucion de tomar informes cuando la cosa valía la pena, es decir, cuando la suma pedida pasaba de cierto limite.

Luisa entretanto llevaba una vida espléndida. Lanza atendía todos sus caprichos y jamás le tomaba cuenta ni del empleo de su dinero ni del tiempo.

Ella obraba en perfecta libertad, al extremo que ya había proyectado un nuevo paseo á Europa, al que Lanza ni siquiera pensó en oponerse, diciéndole solamente:

—Yo te fijaré la época, porque ahora tengo empleado todo el dinero de que puedo disponer, y ya sabes que no quiero que viajes sinó con el tono y las comodidades que debes.

Luisa á su vez no se movía para nada en lo que hacia Lanza.

Muchas veces se pasaba tres ó cuatro dias sin verlo, porque él no venía á la casa, pero si no le

decía donde había estado, ella no se lo hubiera preguntado.

No procedía ella con igual libertad, exceptuando la de no dormir en su casa?

Entonces no era lógico ni aceptable que tomara cuenta á Lanza del empleo de su tiempo.

Por eso es que la paz de aquel matrimonio no se alteraba por nada, viviendo en un acuerdo perfecto.

Aquel año Lanza esportó los frutos acopiados en su barraca, pero no pudo tener el resultado que él esperaba, porque si bien los primeros frutos los había pagado á precios bajos, por los últimos había pagado mas precio del que hubiera sacado vendiéndolos bien.

Pero no por esto se acobardó, esperando el beneficio del año siguiente le daría por la ganancia que debió tener en este, si hubiera procedido en las compras mas razonablemente.

SIGUE LA FARRA

Por aquella época fué llamado á Roma el ilustre monseñor di Pietro, que fué reemplazado por el no menos ilustre Gigi Mattera de feliz memoria.

Lanza atendió al Nuncio en todo lo que pudo necesitar, haciéndose cargo hasta de la venta de sus muebles, pues di Pietro se iba para no volver mas.

Lanza especulaba no solo en lo que aquel ilustre podia recomendarlo en la Cúria Romana, sino en la recomendacion que daría al otro Nuncio su sucesor, con quien á la fija se ganaría tantos pesotes como los que se había ganado con di Pietro.

Como el Nuncio no se había entendido sino con Lanza para todo lo que había necesitado, puede decirse que una cuarta parte de las rentas de di Pietro habían sido hábilmente convertidas en comisiones.

En cambio, el Nuncio, si por algo sentía su separacion de Buenos Aires era porque tambien importaba una separacion de Lanza, el hombre mas travieso que podia imaginarse.

—Si mandan algun otro á reemplazarme, le había dicho, yo te lo recomendaré, siempre que sea hombre de juicio y capaz de guardar las apariencias.

La frecuencia de encontrarse con ellos en casa de Monseñor, lo había puesto en relacion con lo principal del clero.

Y como el Nuncio siempre había exagerado los servicios que de Lanza recibía, los curas lo ocupaban siempre en asuntos de dinero que él les proporcionaba sin interés, porque su ganancia estaba en otras cosas.

El óbolo de San Pietro le dejaba siempre una buena suma, al mismo tiempo que mantenía su relacion con la Cúria Romana.

La ida de di Pietro fué para Lanza de un gran alivio, pues ya el Nuncio se había puesto un

tanto cuanto impertinente y no lo dejaba separarse de su lado sino en las horas hábiles de los negocios.

La época del Carnaval, con sus locuras, vino á distraer á Lanza de todos sus negocios.

Durante el Carnaval, Lanza no pensaba sino en bailar, en bailar como un desesperado, sin trégua ni descanso.

Ya hemos dicho anteriormente que Lanza bailaba de tal modo, que había mucha gente que iba al teatro solo por el placer de verlo bailar el vals, sobre todo, que era la gran especialidad de Lanza.

Era el primero que entraba al teatro de la Opera, que era su teatro favorito, y el último que se retiraba.

Y siempre rodeado de mujeres bellisimas y de curitas de campaña, tan bien arreglados, que nadie hubiera sospechado que pertenecian al Ministerio divino.

Como todo desaparecía para Lanza en la época del Carnaval, Luisa se divertía por su lado, sin que Lanza le hiciera por éllo el menor reproche.

—Voy con unas amigas al baile de máscaras, por salir de la curiosidad, había dicho Luisa á Lanza.

—Conforme. había respondido éste, pero con la condicion de que no has de ir al teatro de la Opera, porque allí hay muchos barullos y son bailes muy desordenados á los que no debe ir una señora.

Así se aseguraba Lanza de que su consorte no iría á presenciar sus locuras y sus triunfos valesísticos.

Y Luisa iba á todos los bailes menos al teatro de la Opera, no por obedecer el mandato de Lanza que no la conoceria, sino porque Geremías, que era el que la acompañaba, no queria esponerse á un fracaso.

— En cuanto me vea, le decía, puede venirse-me al lado, puede llamarme al palco y por lo mismo que me negaría á ir, sospechar algo.

Luego hay muchos envidiosos, muchos soplones que si llegaran á sospechar algo, son muy capaces de ir con el cuento y echarlo todo á perder.

A qué nos vamos á esponer á un escándalo sin necesidad, cuando tenemos tanto teatro á donde poder ir?

Luisa, por propio decoro, no quería dar á entender á Geremías todo el desprecio que le merecía Lanza y consentía en aquella farsa de ocultamiento que Geremías creía indispensable al cultivo de sus relaciones.

Así es que para Lanza, Geremías estuvo aquel año enfermo, al extremo de que no pudo asistir á una sola de las cenas á que él lo había invitado.

De otro modo no hubiera podido disculpar sus faltas á las farras enormes.

Así Lanza con sus farras, sus vales y la compañía de bailarinas organizada en su palco, se divertía como un loco, mientras Luisa y el gran Geremías se divertían por el suyo á no poder mas.

Y como estaban seguros que Lanza no volvía á su casa hasta el medio día, y muchas veces hasta la tarde, despues del baile cenaban en casa de Luisa con la mayor comodidad y abandono.

Estaban plenamente convencidos de que nadie iría á interrumpirlos.

Dolcetti era el que estaba verdaderamente asombrado de aquel verdadero caos matrimonial.

El veía lo que sucedía, y suponía lo que no veía, así es que no podía contener su asombro cuando veía reunidos á los dos esposos y tratándose con el cariño y la etiqueta que hubieran gastado dos amantes recién casados.

Porque Lanza y Luisa, como si hubieran hecho un convenio especial, cada vez que se encontraban se hacían mil cariños, dándose mutuamente mil pruebas de cariño y de consideración.

Ya hemos dicho que Lanza tenía una antipatía profunda por su muger, que lo despreciaba cordialmente.

Luisa hubiera roto con Lanza muchas veces, si no hubiera sido por la vida de placeres sin límite que le permitía llevar la fortuna de su marido y la absoluta libertad en que vivía.

Qué le importaba tener un marido, si este al fin y al cabo la dejaba realizar todos sus caprichos sin meterse jamás para nada en las intimidades de su vida?

Terminado aquel carnaval, uno de los mas borrascosos que pasó Lanza, volvió á entregarse al vértigo de sus negocios, con el mismo empeño de antes.

Asistía al escritorio diariamente, á las horas de mayor trabajo, y no descuidaba los asuntos de la barraca y de la licorería, donde mayor capital tenía empleado.

Aquel año vino el ilustre Gigi Mattera, pájaro

que mas tarde mostró las alas, y que nadie se había sospechado.

Mattera traía para Lanza, no solo cartas de crédito, sino una estensa recomendacion de monseñor di Pietro, que le pedía para el ilustrísimo monseñor Mattera todas las consideraciones y finezas que para él había tenido.

Lanza se dedicó al alojamiento de Mattera con la misma solicitud é interés que había usado para di Pietro.

Pero Mattera era un hombre de otra calaña que su ilustre antecesor.

Avaro como un judío cordobés, revisaba todas las cuentas observando sus precios, no tragaba á los tirones las diferencias del oro y del papel, y para soltar un medio que no importara lo estrictamente necesario, era preciso andar con mil discursos, y hacer un enorme gasto de argumentos de primera fuerza.

Mattera se hizo antipático para Lanza á este respecto, y se retiró de su lado, dedicándose exclusivamente á ser su banquero y sin demostrarle la poca gracia en que le había caído.

— Cuando su Eminencia me necesite, no tiene mas que hacerme llamar, le dijo, estoy completamente á sus órdenes.

Mattera, que traía la cabeza llena de los cuentos que le había hecho su amigo di Pietro, extrañó aquella retirada de Lanza, y viendo que se pasaban los dias sin que lo viniera á visitar, lo mandó llamar con mucho interés.

Fué aquella una conferencia curiosa, en la que Lanza puso á prueba aquella alma de judío.

— Di Pietro me había dicho que era usted un hombre de una utilidad incalculable, empezó el astuto jesuita.

Me ha contado lo que se han divertido juntos y me recomendó que estrechara amistad con usted, si quería pasar la vida agradablemente.

Pero, amigo, usted se me ha retirado tan de golpe, que no me ha dado tiempo á nada.

— Eramos muy buenos amigos con monseñor di Pietro, respondía Lanza, que no cedía en astucia á su contrincante.

El se divertía mucho, porque era un hombre franco y despreocupado: es verdad que nos gastábamos un dineral entre ambos, porque para llevar cierta vida es preciso gastar.

Pero en cambio, y sin que la tierra lo sintiera nos divertíamos hasta tocarnos con el dedo.

Vea usted, en solo disfraces para andar por todas partes sin temor de ser conocido, se había gastado él una buena cantidad de dinero.

Pero en cambio, qué noche la que nos pasábamos!

A Mattera le relampagueaban los ojos al escuchar semejante programa que podía repetirse con él, pero le tiraba el bolsillo al pensar en lo que esto iba á costarle.

Era un avaro formidable que encontraba espléndido todo aquello que no le costaba dinero, pero que tratándose de adajar plata, ya nada le parecía bueno.

Allí estaba colocado entre la espada y la pa

red, porque ó tenia que aflojar la bolsa, ó renunciar á la vida de placeres que con colores tan ricos y palpitanes le habia pintado di Pietro.

Y lo que Lanza le habia dicho él lo traducía perfectamente de esta manera:

—Para llevar la vida que ha llevado di Pietro, es preciso aflojar la bolsa y no andar con miserias de plata, si no, no cuentes conmigo para nada.

Así es que se apresuró á responder:

—Comprendo, comprendo que cierta vida no puede llevarse sin gastar bien; pero, amigo, es tan pobre la Iglesia, que apenas nos da lo necesario para vivir con el rango que debemos.

Di Pietro era hombre de fortuna y podia hacer otros gastos.

Por eso es que se divertia como un bendito y hasta cansarse.

Mattera sudaba á mares, queria divertirse un poco, hacer algunas farritas en compañía de Lanza, pero le dolia el alma tener que aflojar sus pesos á aquel gran calavera, que indudablemente lo iba á aprovechar en grande.

Pero al fin comprendió que tacañear seria perderse con aquel hombre, y le dió á entender por fin que encontraba muy razonable cuanto le habia dicho, y que él tambien gastaria en divertirse como su antecesor.

—Me las bas de pagar caras tus tacañerías, pensaba Lanza entre sí, pues por avaro las farras te van á costar un ojo de la cara.

Vea usted, decia Lanza, por una bicoca podríamos divertirnos todos, si no fuera por la rigurosa incógnita que hay que guardar.

Yo invitaria mis relaciones aquí á su casa y podrian armarse fiestas de todo género.

Pero el secreto entonces seria imposible, porque la misma vecindad se encargaria de descubrirlo y entre mis relaciones hay algunas mas indiscretas que otras.

Se necesita tener una casita oculta y secreta, arreglada al efecto, una casita de hombres solos, como dicen aquí, con una vieja encargada que pase por su dueña y organizadora de las fiestas.

En cuanto á usted yo me encargo de arreglarlo de tal manera, que usted mismo no se conocerá aunque se mire al espejo un dia entero.

A Mattera se le saltaban los ojos de la cara ante programas tan famosos.

Y Lanza habia sabido entusiasmarlo de tal manera, que le dijo:

—Bueno, amigo, gaste lo que sea necesario en el arreglo de la casita, pero no se pierda, que no tenga yo que volverlo á hacer llamar.

—Yo me perdí, no porque me faltaran ganas de venir á ponerme á sus órdenes, pero acá estaba y de ahí todo.

—Los amigos como usted no estorban nunca; á estorbarme no le habria dado la recomendacion de mi amigo di Pietro.

Lanza se retiró sumamente satisfecho de aquella entrevista.

Habia vencido la miseria de Mattera y lo habia traído á sus redes, diciendo para sí:

—Me has de pagar en morradas comisorías, fraile estúpido, hasta el trabajo que me has traído para convencerte.

Mattera era un hombre avaro por condicion.

Para sacarle un centavo era necesario andar detrás de él dando mil vueltas y haciendo un gusto colosal de argumentos convincentes.

Pero Lanza lo habia embromado, porque lo habia cazado por el lado del vicio mas dominante que el fraile tenia.

Mattera, como Nuncio apostólico gozaba de un sueldo famoso, además de una buena suma que se habia traído para necesidades imprevistas que podia tener.

Además, como Nuncio apostólico, el Arzobispo se le habia puesto á su disposicion para todo aquello que pudiera necesitar.

Pero si le hablaban de dinero, era capaz de ponerse á llorar miserias al extremo de poder hacer la competencia al mismo Geresias, que es cuanto se podia decir á este respecto.

El hubiera querido divertirse como di Pietro, pero á costillas de Lanza y sin gastar un centavo.

Aquellos gastos de jarana para un banquero no podian importar sino una miseria, y Mattera creia poder explotarlo á su antojo, dándole en cambio de sus fiestas bendiciones y cruces en el aire.

Pero Lanza habia calado muy pronto al hombre y se habia propuesto á su vez explotarlo en lo posible y hacerle pagar los gastos de ambos.

La cuenta del Nuncio le habia salido al revés, y ahora la fiesta le iba á salir mucho mas cara.

Lanza se buscó una casita en un barrio solo, y la amuebló relativamente al objeto, sin lujo pero con todas las comodidades necesarias y se buscó una negra vieja, famosa cocinera, á quien encargó de la casa despues de imponerle de lo que tendria que hacer.

Puede decirse que aquel iba á ser un cuartel general de farras, donde Lanza iba á apurar su famoso ingenio de calavera.

La inauguracion de la casa tendria lugar con una gran cena y baile, cuyo principal objeto era deslumbrar á Mattera, para que no le pareciera tan subida la cuenta que pensaba presentarle.

Lanza se hizo una lista de sus amigas mas hermosas y de sus amigos mas traviosos, fijando el dia en que la farrá tendria lugar, é invitándolos con el objeto de presentarlos un nuevo amigo.

Hechos todos los preparativos, se fué á invitar á Mattera y le dijo que todo estaba listo para la inauguracion de la casa, con una alegre fiesta que ya habia preparado.

—Sí, pero yo tendré que presenciarla escondido en alguna pieza, decia Mattera algo asustado, porque si descubrieran mi presencia allí seria un escándalo diplomático terrible.

—Yo me comprometo arreglar á su Eminencia de tal manera, que ni usted mismo podrá conocerse.

Así lo hacía con di Pietro y él no tenía inconveniente de ir conmigo hasta el circo de pruebas, porque sabía que nadie hubiera podido reconocerlo.

Además, usted todavía no es conocido sino por personas que no han de concurrir á la fiesta, de modo que aunque el disfraz no fuera muy hábil no habrá el peligro de ser conocido.

Ante las seguridades que le daba Lanza, Mattera quedó sumamente entusiasmado.

Sobre todo, él juzgaba de la cosa en un espejo, y si le parecía bien asistiría á la fiesta, si no, aún estaba en tiempo de negarse á concurrir.

Lanza se hizo preparar con Geremías, maestro en el arte, todo aquello que era necesario para desfigurarse la cara y la cabeza, un casqueto artístico y un sedoso bigote que nadie sería capaz de calificar de postizo.

En cuanto á la ropa él mismo tomó la medida á Mattera y le buscó un traje de levita que le quedó como hecho para él.

Munido de todos aquellos pertrechos, Lanza se fué á lo de Mattera la víspera de la fiesta, y empezó á arreglarle como por vía de ensayo.

—Después que esté transformado, le decía, saldremos á pasear juntos y trataremos de estar entre personas que lo conozcan, yendo al teatro por ejemplo, para que pierda el miedo y se convenga que su incógnita es impenetrable.

Yo lo voy á presentar como un hermano mio recién llegado, y usted concluirá por convencerse que ni su amigo mas íntimo podrá reconocerlo.

Mattera pidió un espejo para ir mirando la transformación gradualmente, pero Lanza no se lo quiso dar.

—No quiero que se pierda el primer golpe de efecto, le dijo, que será famoso.

Así su sorpresa será insuperable.

Lanza acomodó todos los útiles de la transformación, y pasó á Mattera el traje para que se lo pusiera, pues el arreglo de la cabeza debía ser lo último.

Una vez vestido, Lanza le acomodó la cabeza como lo podía haber hecho el peluquero de mas arte.

Cubrió la corona con un casqueto que parecía hecho del mismo cabello y lo peinó á la fraqueata, con el cabello rizado y partido en el medio.

En seguida le acomodó el bigote, fijándolo sobre los lábios con una cola especial, de manera que á los cinco minutos podía tirarse como un bigote natural, sin peligro de arrancarlo.

Mattera estaba positivamente transformado.

Parecía un joven aristocrático y bello.

Su cuerpo delgado y seco, que bajo el uniforme de ministro de Dios parecía un esqueleto, se había transformado en un cuerpo lleno de distinción y de gracia.

El traje le sentaba admirablemente, transformando por completo su persona.

Aquella fisonomía pelada y angulosa, con sus dos ojos negros y expresivos, que parecía un pichon tísico, con el bigote y el peinado, se había convertido en una fisonomía llena de vida, her-

mosa, interesante, que predisponía en su favor desde el primer momento.

Mattera había ganado en el cambio de una manera fabulosa, y el cambio era tan absoluto, que como le había dicho Lanza nadie lo hubiera podido conocer.

Este estuvo un largo rato gozándose en su obra, verdadera obra de arte, hasta que, plenamente satisfecho, llevó á Mattera á su aposento y lo paró delante del gran ropero de espejo.

El Nuncio no pudo contener una exclamación de asombro.

No era él aquel hombre: se miraba estasiado: se tiraba el bigote y repetía sin cesar:

—Indudablemente no soy yo este: nunca hubiera creído que una persona pudiera cambiar en su cara y aspecto de una manera tan radical.

Soy otra persona, al extremo de que no reconozco uno solo de mis rasgos.

La transformación no podía ser mas completa.

Sin embargo, la falta de costumbre era lo que aún detenía á Mattera.

Necesitaba perder el miedo, habituarse á aquel traje para poderlo llevar con natural desembarazo y como cosa natural.

—Eso no es mas que cuestión de simple práctica, decía Lanza, para acostumbrarse es preciso llevarlo continuamente y ahora mismo vamos á hacer el primer ensayo.

En la puerta está mi cupé, podemos ir á dar una vuelta por Palermo y comer en algun hotel de por ahí.

Así se irá acostumbrando, y cuando volvamos ya no extrañará la presión de la ropa.

Como aquello podía ser una simple broma, si lo conocían, Mattera salió con Lanza, y se detuvo ante su mismo sirviente á quien Lanza dijo:

—Si Monseñor vuelve antes que nosotros, dígalé que no tardaremos.

—Pero si Monseñor está adentro, respondió el sirviente, que no lo había visto salir.

—Estaba sí, pero hace un momento que ha salido, y creo que no ha de volver muy pronto, porque iba á una conferencia.

El sirviente saludó á Lanza y les abrió la puerta del cupé para que subieran, había mirado á Mattera con la indiferencia que podía merecerle una persona que no conocía.

La prueba no podía haber sido mejor; si su propio sirviente no lo había conocido, menos había de conocerlo un extraño.

Aquella tarde se fueron á pasear á Palermo, descendieron en el bosque y pasearon á pié largo rato, donde la concurrencia era mucho mas numerosa.

Mattera se iba familiarizando con el traje y caminaba ya mas fácilmente y con mayor naturalidad.

Hacia mucho tiempo que no usaba un traje de aquellos, pero como ya otras veces se lo había puesto, la extrañeza iba pasando rápidamente.

—Vamos á hacer algo mejor que irnos á co-

mer á un hotel, que siempre es incómodo y usted no vá á estar á gusto.

Concremos en casa donde está solaente mi mujer y algun amigo de confianza.

De esta manera estaremos mas á gusto y usted siempre podrá probar el efecto de su traje y el de su persona sobre todo.

Lanza tuvo que animar un poco á Mattered, que tenia sus recelos de ser conocido, pero al fin consintió y se dirigieron á lo de Lanza.

Lo estaban esperando á comer, pues Luisa tenia la costumbre de esperarlo hasta cierta hora.

No habia nadie mas que Geremias, infaltable siempre á la hora de comer, lo que importaba para él una gran economía.

Lanza les presentó aquel amigo y pariente y se sentaron á la mesa, despues que Luisa hizo algunos arreglos, puesto que habia un invitado de etiqueta.

Al principio Mattered estuvo algo violento y temeroso, pero poco á poco empezó á hacerse confianza entre aquella gente sencilla y buena y al final de la comida se encontraba tan bien como en su propia casa y en medio de su familia.

Aunque Luisa estaba muy acostumbrada á ver caras disfrazadas de aquella manera, no se sospechó que aquel pariente y amigo de Lanza fuera uno de tantos.

El mismo Geremias no sospechó la cosa, que era lo que Lanza esperaba como prueba de que el disfraz de su protegido era irreprochable.

Tan seguro y tan bien se encontraba este, que cuando salió de casa de Lanza se hubiera animado á ir á cualquier parte, seguro de que no lo conocian, de que ni lo sospecharian.

Lanza le habia hecho ya notar que Geremias era maestro en el arte de disfrazar á sus colegas y, cuando él no lo habia oido, podia estar seguro de no ser sospechado.

Entretanto ya se habia familiarizado con el traje y se movia mas libremente.

Lanza lo invitó á ir al teatro un momento, pero estaba cansado y bastante prueba se habia hecho ya del disfraz.

Se fueron á su casa, y Lanza preguntó al sirviente si habia vuelto su Eminencia!

Pero el criado respondió que no, abriéndoles la sala para que esperaran.

—Vamos á esperar en el aposento por si viene alguna visita, dijo Lanza.

Y como el criado sabia la confianza que este tenia en la casa, no puso el menor inconveniente.

Entraron al aposento donde Mattered cambió de traje rápidamente, y pasando por las piezas interiores se fué á la sala, pasó al zaguán, y entró como si recién llegara.

Los sirvientes no habian podido apertibirse de la jugada y le dijeron que en su aposento lo esperaba Lanza acompañado del otro señor que estubo á la tarde.

Mattered guardó bajo llave su traje y demás adminículos, contentísimo con el éxito del disfraz.

Y Lanza se despidió quedando en volver temprano al otro dia, para que á la hora de la comilona el cuerpo estuviera bien habituado al traje que habia de llevar.

Mattered estaba en el colmo de la alegría, aunque de cuando en cuando, el pensamiento de lo que iba á costarle todo aquello, venia á ahogar su alegría.

—Y yo le he dicho que gaste, sin fíjarle medida, pensaba, y este está acostumbrado á gastar por lo alto, sin el menor escrúpulo y como que es banquero!

Y saltando de lo que se iba á divertir á lo que iba á costarle la fiesta, el Nuncio se durmió soñando en las felicidades de la virgen América.

Lanza se fué al centro de sus diversiones á concluir de prepararlo todo para la noche siguiente.

Era preciso dar su última palabra á los invitados de ambos sexos para que no fuesen á faltary resarcirse del fastidio que le habia ocasionado el disfraz y compañía del Nuncio.

Este no era un hombre tan espiritual como di Pietro, en su vida íntima, ni tenia los recursos de ingenio para imponerse por el agrado de su palabra y lo simpático de su persona.

Era un hombre amariconado, sumamente meloso y egoísta, que no se preocupaba mas que de su persona y del efecto que causaba en los demás.

Afectado hasta la exageracion, todo en él era la obra del estudio y del ensayo ante el espejo.

Sabia aparentar perfectamente un exterior de bondad infinita, pero habia siempre en sus ojos, que no fijaba nunca en su interlocutor, un algo inesplicable que predisponia en su contra.

Por esto pensó Lanza que aquel amigo no valia una pisada de su antecesor, aunque parecia tener dotes supremas para la intriga palaciega.

Tal vez por esto le habian enviado á reemplazar á di Pietro, hombre que no era á propósito para los manejos á que, segun se vió mas tarde, venia destinado y que desenvolvió con tan poca y desgraciada habilidad.

Lanza se preocupó de la fiesta con todo interés, porque queria deslumbrar á su hombre y echárselo al bolsillo para explotarlo mejor, sin que de ello pudiera aperebirse á pesar de su tacañeria.

Para romper con él, el Nuncio hubiera tenido que romper con aquel género de fiestas y echarse en él un enemigo, puesto que él era el poseedor de secretos tan íntimos, que en el dominio de la prensa lo hubieran podido anular.

Puede decirse que Mattered se habia comprometido con él de tal modo, que no tenia mas remedio que soportarlo por mas que le doliera.

El había anunciado á toda su corte de farristas que aquella fiesta la daba en honor de un rico pariente que le había llegado, que queria divertirse ocultamente porque era casado y no le convenia que se supiera que andaba en aquellas jaranas.

—El hombre es simpático y generoso, había dicho á las mujeres, traten de enamorarlo, que la que se lo lleve hará una buena adquisicion.

No necesitaban aquellas otra cosa para tender al debutante todas las redes de la seducción.

Por la impresion que había hecho en Luisa y Geremias, calculaba Lanza que seria recibido en la fiesta con sumo agrado.

Al día siguiente y despues que terminó sus negocios mas urgentes, se dedicó al arreglo de la jarana.

La morena, famosa cocinera como hemos dicho, se encargó de la comida, con escepcion de las piezas de lujo que, como pavos, jamones y budines, hacia él llevar de la confiteria.

A las ocho ya estaba Lanza en lo de Mattera que lo esperaba con impaciencia, pues estaba desesperado porque principiara el jaleo.

Cuando Lanza llegó ya Mattera se había puesto el traje, que ocultó poniéndose encima la sotana, de modo que no tuvo mas que arreglarle la cabeza.

Perfumado como una niña é irrepachable hasta en el menor detalle, salió el Nuncio seguido de Lanza, subieron al cupé de este, y se trasladaron á la casita solitaria.

Todo estaba pronto, no faltaba uno solo de los invitados, y solo se esperaba á Lanza y su amigo para que empezara la fiesta.

Lanza había graduado la luz de manera que su amigo no cayera de golpe á una gran iluminacion y tuviera tiempo de reponerse de cualquier impresion.

En la sala había una media luz discreta, mas luz en la otra pieza, y el comedor solo iluminado con profusion, pero con bombas azules en las arañas, para quebrar algo la fuerza de la iluminacion.

Al principio y durante la general presentacion que hizo Lanza, el amigo Mattera se sintió acordado y encogido.

Las mujeres lo trataban con una confianza encantadora, envolviéndolo en su atmósfera de perfumes arrebatadora.

Cuando se sintió mas repuesto y mas dueño de sí, pasaron á la otra pieza, donde pudieron verse las caras con mas facilidad, y entonces empezaron á cruzarse las frases llenas de intencion que debian graduar la alegría de la noche.

—Y cómo no nos habias dicho que tenias un pariente tan simpático? decía una.

—Egoísta, exclamaba otra, has tenido miedo que te desbanque y nos lo has ocultado!

—Pero si recién llega! respondió jovialmente, cómo diablos quieren que les presentara una persona que está en Europa?

—Qué lastima que sea casado! decía otra, en fin, todo tiene remedio en la vida!

Cuando todos pasaron al comedor, entre los invitados y Mattera se había establecido tal confianza que este procedió con la mayor soltura, pues se le figuraba hallarse en una reunion de viejos amigos.

Lo esquisito de la comida y el calor de los vinos debía hacer el resto, aunque Mattera se había propuesto medirse mucho en el beber, para no cometer alguna impertinencia que mas tarde le hiciera mal.

La comida empezó en medio de la mas cordial alegría y así continuó hasta el fin, sin decaer un momento.

Mattera estaba deslumbrado por el cuadro que tenia delante.

Aquellas mujeres hermosas lo envolvian en un vértigo de paston.

A su lado derecho había una jóven bellísima y sumamente alegre, que le dirjia continuamente bromas de toda especie, provocando diálogos vivísimos que ponian al Nuncio en figurillas para salir airoso de ellos.

A su izquierda Lanza había colocado otra de las jóvenes, tan bulliciosa como esta, que lamentaba á cada momento que aquel aristocrático jóven fuera casado.

—Es una lástima! exclamaba con su expresion mas traviesa, si nó yo hubiera sido capaz de casarme con él y estoy segura que á mí no me la habria pegado como se la pega á su mujer.

Metido entre aquel cúmulo de bromas traviesas, Mattera se sentia rejuvenecido de veinte años y no podia menos de bendecir aquella recomendacion que para Lanza le dió su colega di Pietro.

En aquel momento hubiera sido capaz de pagar, sin observar una sola palabra, cualquiera cuenta que le hubiesen presentado.

No podia decirse mas en favor de su entusiasmo.

Hombre de sociedad y de esmerada educacion él atendia á todas, teniendo siempre una broma para responder á las bromas que le dirjijan, así es que el tiempo pasaba de una manera insensible.

Entre los hombres, todos amigos de Lanza y del calibre de Geremias, se había establecido una fácil corriente de amistad.

Todos ponian su esfuerzo para complacer al forastero, de modo que éste estaba rodeado de todo género de atenciones.

Y tan insensiblemente pasaba el tiempo, que cuando acordaron era ya de día.

Esto vino á contrariar á Mattera, para quien la luz del día no podia ser sinó un enemigo.

No por su salida á la calle, porque estaba bien seguro de su disfraz, sinó por la entrada á su casa, que era algo espuesta.

Pero Lanza vino á tranquilizarlo diciéndole:

—El único inconveniente es la presencia del mucamo, pero esto se arregla fácilmente.

Nos vamos en el coche y yo le digo que usted lo manda llamar inmediatamente á casa y cuando él salga, entramos.

Cuando vuelva, usted ya ha venido, cansado de esperarlo.

Tan famosa lo pareció la idea, que ya no se preocupó mas de la cosa.

Terminada la alegre cena cada cual fué pasando á la sala del brazo de su pareja, y la conversacion se volvió entonces particular é íntima.

Todas las cabezas estaban vacilantes, pues se habia bobido de una manera enorme.

Solo estaba fresco Lanza, que no habia cantado suficiente á tumbarlo y Mattera que se habia medido mucho en el beber, para no cometer la menor indiscrecion.

De esta manera era ducoño de sí mismo y podia estar en todo lo que sucedia.

El Nuncio estaba entusiasmadísimo con su jóven compañera, reia como un loco de las cosas que esta lo decia y volvía todas sus bromas en tal forma, que la jóven se sentia tambien fuertemente interesada.

Aquello no podia prolongarse eternamente y los calaveras empezaron á iniciar la retirada.

Segun el vino se los iba permitiendo, cada cual se ponía á las órdenes del flamante amigo, ofreciéndole la casa y entregándole una tarjeta.

Solo quedaron por fin, Lanza, Mattera y tres jóvenes que vivian juntas, una de las cuales era la que habia apasionado al Arzobispo, patron de Irenópolis.

Para ellos llegó tambien la hora de retirada, acompañaron hasta su casa á las jóvenes y se retiraron en seguida á la de Mattera, donde entraron sin el menor tropiezo, gracias á la idea de Lanza puesta en práctica.

Como era natural, una mala noche á su edad y sin la costumbre de pasarla, destroncó á Mattera al extremo que no pudo moverse de la cama hasta el día siguiente.

Lanza vino á visitarlo, diciéndole que habia causado gran impresion entre las muchachas y que todas deseaban verlo, sobre todo Carolina, que era la que habia flechado el corazon del futuro Arzobispo.

Con semejante noticia el pobre Nuncio se quedó como en la gloria y se preparó á ir á visitar á Carolina, llevándole un regalo que le recordara su feliz relacion.

Las farras y cenas empezaron á repetirse entonces con gran frecuencia, y la solitaria casita alquilada con aquel objeto, fué el punto de reunion de los calaveras amigos de Lanza que estrecharon su relacion con Mattera, en la persuasion siempre de que se trataba de un pariente de Lanza.

Mattera se quedaba asombrado de ciertos curas que habia conocido en casa de Aneiros y que encontraba allí disfrazados, aunque sin el cuidado de disfrazarse la cara que él tenia.

Era un simple cambio de traje y nada mas.

Y por temor de ser conocido á su vez, cuando se encontraba con ellos pasaba á otra pieza en que habia menos luz, y allí seguía la jarana y la broma.

Mattera se gastaba una buena suma mensual en estas diversiones, con gran dolor de su alma cada vez que su banquero le traía la cuenta corriente.

Pero qué diablo! demasiado rico era él y además ahí estaba el óbolo de San Pedro para responder á todos estos gastos de representacion, disculpados con un par de comidas diplomáticas que dió para que hablaran los diarios y mandarlos despues á Roma.

Así á su vez él podría cargar la mano en su cuenta de gastos y cargar esto á sus repetidas farras.

LA FUERZA DE LA LÓGICA

Entregado á esta vida de placeres sin trégua, los negocios de Lanza tenían que sufrir las consecuencias.

Si el escritorio, que era su verdadera mina de negocios, no flaqueaba, era solamente por la labor honrada é infatigable de Dolcetti.

Pero sus otros negocios, aquellos que él solo manejaba, habian sufrido sus contratiempos sérios.

La famosa barraca en la que tantas esperanzas tenia, le habia hecho perder un millon de pesos

que no habia tenido mas remedio que pagar.

Era la época en que la especulacion de lanas entró como fiebre y Lanza hizo grandes acopios, pagando por ellas tales precios que no pudo venderlas sinó con fuertes pérdidas.

Si Lanza no hubiera sido hombre de tantos recursos y de tanto dinero, aquella pérdida hubiera sido un descalabro capaz de tumbarlo.

Otras pérdidas que tuvo en diferentes negocios y lo que él gastaba en la vida licenciosa que

llovaba, lo pusieron en apuros que dieron por resultado el que se atrasara en sus remisiones de dinero á la casa de Maggi, lo que trajo un profundo disgusto entre él y el jóven Enrique, que entonces estaba al frente de la casa.

Quebró por completo sus relaciones comerciales y particulares con la casa de Maggi, que suspendió en el acto la remision de mercaderias.

Y Lanza tuvo que buscar en el acto otros banqueros que atendieran á sus giros, valiéndose de los banqueros Parody con quienes anteriormente habia hecho operaciones.

Como era natural, para que estos pudieran aceptar sus letras, tuvo que remitirles fuertes sumas, lo que distrajo de sus cajas un crecido capital.

Unido esto á las pérdidas de la barraca, y á otros malos negocios, Lanza se vió en apuros muy serios, que ocultó con gran talento hasta del mismo Dolcetti, que nada pudo sospecharse.

Los negocios del escritorio, que seguian cada vez mas firmes, fueron los que vinieron á contener tal vez su ruina.

Si Lanza hubiera entonces liquidado todos sus negocios y se hubiera concretado como antes al escritorio simplemente, se habria rehecho con felicidad, y en poco tiempo mas habria recuperado lo perdido.

Pero él creia que aquellos no eran mas que contratiempos naturales del momento, que pronto desaparecerian.

Pensaba que la barraca era la que debia levantarle á las nubes y se habia empeñado en sostenerla aun á costa de los mayores sacrificios.

Aunque le hubieran mostrado su ruina palpable, hubiera persistido en aquel negocio.

Por lo mismo que estaba mal de negocios, su amor propio le hacia aumentar sus gastos particulares en vez de disminuirlos, pues creia que de este modo ocultaba mejor sus contratiempos y que viéndolo gastar así nadie sospecharia que andaba en la mala.

Y nadie lo sospechó efectivamente.

Se sabia que en la especulacion de lanas habia perdido un millon de pesos.

Pero qué era un millon de pesos para la fortuna que Lanza aparentaba?

Ya lo repondria fácilmente con cuatro ó cinco millones, cuando vinieran las próximas ventas.

Y él hablaba con tanto desprecio de la tal pérdida, que muchos creyeron que la tal pérdida no era mas que una especulacion, y que lejos de perder, Lanza habia ganado un millon.

Su crédito, lejos de disminuir por esto, se mantenia incommovible, y las operaciones de su escritorio crecian siempre.

En tiempo de la especulacion de las lanas, juntando todo su dinero disponible, podia desquitarse de los malos años y asegurar aquel negocio en el que tanta fé tenia.

Tan seguro estaba Lanza en el resultado de aquellas operaciones, que ni siquiera se preocupó de aquellas pérdidas momentáneas segun él, que

arrojaban ya una suma de mas de dos millones de pesos.

Lo principal para él era no dejar traslucir el mal estado de sus negocios, y esto lo lograba manteniendo la misma vida de lujo y de farra y cumpliendo fielmente sus compromisos.

Eso sí, por nada del mundo y aunque hubiera tenido que echar mano de los depósitos á él confiados, hubiera pedido la renovacion de un vencimiento.

Hasta entonces toda su ambicion era recuperar lo perdido á fuerza de trabajo y de especulaciones felices.

Por su imaginacion no habia cruzado ni en broma la idea de un acto incorrecto ó que pudiera llamarse censurable.

El se habia levantado á esa altura procediendo honradamente.

Entónces lo bueno era seguir procediendo de la misma manera y sin apartarse de aquel camino.

Su posicion al fin, si era apurada, no era tirante.

Alguna vez se le ocurrió liquidar la barraca y reconcentrarse en el comercio de su escritorio exclusivamente, pero esto podia sea un indicio de que sus negocios no andaban bien y además procediendo con habilidad y con suerte, aquel año podria bien desquitarse de los otros.

La licoreria no andaba mal, pero no andaba bien tampoco.

Habia muchas licorerias establecidas y acreditadas, que tenian abarcado todo el despacho, y para luchar con ellas era necesario acreditarse, y para acreditarse era necesario que pasara tiempo é hiciera conocer sus fabricaciones.

Gambini tenia entera fé en este negocio y decia con frecuencia:

— Poco importa no ganar nada en uno ó dos años de trabajo.

Lo lógico es que en toda industria nunca se pierda dinero en los primeros años, pues es preciso hacer conocer los productos y acreditarlos.

Pero esto poco importa, cuando una vez acreditados se tiene la seguridad de salvar el capital y levantar luego una fortuna.

Lanza entonces no se afigia por el porvenir de la licoreria, que conceptuaba bien atendida y en camino de ser la primera del país.

Porque el proyecto era que, una vez acreditada la fábrica y que empezaran á ganar dinero, hacer traer el complemento de toda la maquinaria y plantear una fábrica de primer orden.

Lo que es la famosa carniceria de Rodriguez no daba señales de gran vida tampoco.

Sus utilidades eran siempre empleadas en mejoras del negocio, así es que no habia que contar con dinero por aquel lado.

Luego su producto era tan pequeño en relacion á los negocios de Lanza, que no valia la pena de pensar en él como una ayuda ni siquiera mediana.

Así es que Lanza tenia su atencion fija en la barraca, única que podia sacarlo de su situacion difícil y levantarlo á la altura que él deseaba.

La época de los acopios vino, y Lanza empezó á comprar temprano y á buenos precios.

Su primer remesa fué hecha á la casa de Gustavo Falcon y compañía de Amberes, por valor de ciento cincuenta mil francos, pudiendo girar contra ella por igual valor, lo que le era mucho mas cómodo que recibir el dinero.

Aquel año la barraca anduvo mejor que los anteriores, pues lejos de perder dinero se pudo constatar una utilidad de cien mil pesos por lo menos.

Ya habia pues como tener esperanzas de mejorar la situacion y, perseverando, llegar al resultado que él so habia imaginado.

Entretanto, las diversiones seguian para él en un crescendo vertiginoso.

El bullicio nunca cesaba en aquella casita solitaria alquilada para Mattered, donde los huéspedes se renovaban sin trégua y la fiesta no cesaba un solo momento del día y de la noche.

Unas veces eran las farras con Mattered, á las que no se admitian otros amigos porque el Nuncio preferia la soledad, porque así le convenia mas.

Y otras eran los grandes farristas amigos de Lanza que habian descubierto aquel atorradero á cualquier hora del día y de la noche.

Ya no habia necesidad de furrear en casa de Lanza, con gran contento de Luisa que quedaba así mas libre y mas dueña de la tranquilidad de su hogar.

Teniendo aquella comodidad, Lanza no venia á su casa antes de la madrugada y entonces el gran Geromias no tenia quién le turbara sus digestiones.

No por esto Lanza descuidaba sus relaciones comerciales y sociales, que de alguna utilidad podian serle.

En las primeras horas de la noche se iba al Círculo Italiano.

Allí hacia su partida de dominó y de charla con el ministro italiano, el Dr. Cimone y otros italianos distinguidos.

Cuando habia teatro, el Círculo era un palco, donde se juntaban todos sus amigos distinguidos, á quienes él invitaba con instancia para mostrarse con ellos.

De día siempre visitaba á Mattered para dejarse ver de las personas que allí habia y constatar la confianza ilimitada que tenia con el Nuncio, lo que probaba la importancia de su persona para aquellos que solo viven de las apariencias.

Con estas cosas Lanza habia pescado buenos negocios y nuevos clientes de respeto que daban verdadera importancia á su casa.

Muchos de los compatriotas que iban á Italia de regreso ó de paseo, llevaban letras suyas como dinero, y él ensanchaba así su crédito además de la utilidad positiva que aquellos negocios le iban dejando.

No habia un sitio de diversion donde no se hallase á Carlo Lanza y donde no se le viera sínd haciendo siempre la primera figura.

Porque en materia de gastar, ahí estaba él

siempre pronto á llamar la atencion por su avarosidad y desprendimiento.

Así es que los que le veian gastar de aquella manera y sabian que era un comerciante de honradez acrisolada, no dudaban un momento de que su fortuna fuera enorme.

Porque no se podia gastar de aquella manera, sino siendo dueño de una fortuna respetable.

Si Lanza hubiera querido proceder mal, si su intencion no hubiera sido levantarse por el trabajo y los negocios, entonces, como antes, podia haberse ido cómodamente con diez ó doce millones de pesos.

Pero entonces sus intenciones eran buenas y honradas, y jamás tuvo la idea de retirarse con una fortuna agena que habia de sumir en la miseria á tanto infeliz, que habia depositado en su poder el fruto de diez ó veinte años de trabajo honrado.

Lanza tenia fô en su estrella y no tenia gran fé como negociante.

No dudaba que aquella situacion apretada desapareciera pronto, y que al cabo de poco tiempo tendria elementos de sobra con que hacer frente á cualquier dificultad seria.

Una pérdida seria, podia tumbarlo por completo, pero procediendo con tino y no lanzándose en especulaciones ningunas, no tenia por qué temer una pérdida capaz de hacerlo vacilar al extremo de venirse al suelo.

Su barraca recibia frutos á consignacion, y hacia operaciones por cuenta agena, que eran las que mas utilidad dejaban, sin tener el peligro remoto de una pérdida.

Lanza veia que su escritorio, base de todos sus negocios, atendido por Dolcetti, prosperaba siempre en vez de caer, y era esto lo que mas lo alentaba.

Si ya le habia dado una buena fortuna y el crédito de que gozaba, se la daria otra vez, con mas facilidad que antes, puesto que tenia una clientela numerosa y estable.

—Si usted hiciera otro viajecito como el de la vez pasada, le decia Dolcetti, le daria un gran impulso al escritorio y no necesaria de mas negocio que esto.

Dolcetti, segun los asientos en los libros, aunque no podia a-reciar las pérdidas porque Lanza se las ocultaba, veia que tanto la barraca como la licoreria no producian nada, y tenia distraida en ellas toda la atencion del comerciante.

Así es que en la confianza que tenia con él, le decia siempre:

—Abandone y liquide esos negocios, que nada le dan.

Aquí está su miná, su verdadera mina de dinero.

Atienda su escritorio como lo ha atendido antes, y no necesita mas para tener todo el dinero que quiera.

Sobre todo el viajecito, un viajecito le conviene mucho, él puede doblar su clientela como número y como importancia y ser entonces la casa de mas crédito en Buenos Aires.

Dolcetti queria que Lanza se fuera, no solo por las razones exactas que le daba, sino porque

de esta manera lo arrancaría de aquellos negocios que podían muy bien ser su ruina.

El temía que Lanza, que no entendía de frutos del país, se metiera en una especulación ruinosa que lo perdiera.

El pobre joven temía que sucediera lo que realmente estaba sucediendo sin saberlo él, porque conocía á Lanza demasiado y sabía lo mano abierta que era.

—Un descalabro en grande no lo va á poder contener el escritorio, pensaba, y entonces la ruina será completa.

Lanza le ponía sus inconvenientes para el viaje, pero inconvenientes que el joven allanaba en un momento, mostrándole las grandes ventajas que podía reportarle, agregando:

—Es preciso restablecer las consignaciones que se han parado y dejan tan buenas utilidades á la casa.

Ya verá usted entonces como ponemos el escritorio á una altura que el mismo Banco de Italia tenga celos.

Tantas cosas dijo Dolcetti á Lanza y tantas buenas ideas de negocio le dió, que este concluyó por aceptar el viaje aplazándolo para Junio ó Julio, que dijo era la época que le convenia, pues en el invierno no habia operaciones que hacer y entonces su presencia aquí no seria necesaria.

—Estamos recién en Febrero y estos tres meses son de verdadera labor en los negocios.

Tal vez se presente uno bueno que explotar y entonces haria mi viaje con doble mas gusto.

Fijada así la época del viaje, ya Dolcetti dejó tranquilo á Lanza á este respecto y empezó á ocuparse de arreglarle los papeles que pudiera necesitar al efecto y los balances con las casas que con él negociaban.

Y el mismo Lanza empezó á hablar de su viaje como de cosa resuelta y segura.

Aquel Carnaval, con el pretexto de que se iba á Europa á aburrirse en los negocios, se divirtió como nunca.

Juntó á todas sus relaciones, hombres y mujeres, y no dejó locura por hacer.

Si salia de un baile de máscaras era para meterse á otro, y si se recostaba á dormir, era solamente para recuperar las fuerzas perdidas y volver á empezar la interrumpida farra con mas pasion y mas vehemencia.

Fué memorable aquel Carnaval de Carlo Lanza, fué el Carnaval que acentuó por completo la reputacion de farrista que tenia aquel diablo, y su crédito del mas fabuloso bailarin de vales que hasta entonces se hubiera visto.

Pasado aquel furioso Carnaval con sus yapas, es decir, con los bailes que se repetian de Sábado á Sábado, Lanza volvió á la fiebre de sus negocios.

Pero estaba visto que por una cosa ó por otra, la barraca habia de ser su ruina.

El no entendia el negocio, su socio tal vez no lo entendia tampoco, y no podian salir adelante con sus proyectos de ganancia.

Esta era la verdad de la cosa.

De año en año habian perdido siempre dinero con la dichosa barraca, con escepcion del anterior en que habian ganado unos cien mil pesos, por el negocio hecho con la casa de Falcon de Amberes, con la cual ya habia girado Lanza por un millon de pesos próximamente, que aquella habia aceptado.

Todo lo demás seguia bien, pues la misma licoreria aumentaba considerablemente el despacho y el crédito de su fabricacion.

Pero entretanto la barraca le habia dado pérdidas, constando el capital en ella empleado, de unos tres millones de pesos, pérdida fertisima que solo se podia soportar manejando capitales de la importancia de los que él manejaba.

El mismo Lanza empezaba á descorazonarse y á tener miedo de un fracaso.

—Si se aperciben de que mis negocios andan mal, pensaba, puede asustarse mi clientela y pedirme los depósitos de dinero que me han confiado.

Yo hoy no podria entregarlos, porque todo el dinero que tengo está en giro: no podria hacer frente á la mitad de los reclamos, la voz se correria entre esta gente que por un peso es capaz de ahorcar á Cristo, y entonces mi ruina no la evita nadie.

Qué Banco habia de querer descontar una letra mia en situacion semejante, cuando vieran agruparse aquí la gente amotinada gritando por su dinero?

Ante todo era preciso evitar que se conocieran sus apuros y tener siempre á mano algun dinero reunido para tapan la boca del primero que resollase.

La situacion era dificil, pero no tan apurada como Lanza se lo imaginaba.

El escritorio tenia fuertes entradas de dinero y poco á poco iba cobrando los créditos que se vencian y haciéndose de fuertes recursos.

Un golpe inesperado vino á anonadar á Lanza y á hacerlo desesperar de su situacion cuando mas tranquilo y confiado estaba.

La casa de Gustavo Falcon y compañía acababa de quebrar y Carlo Lanza era agarrado en la suma de un millon de pesos, puesto que él habia enviado lanas y habia girado contra la casa por el valor.

Las letras venian protestadas á su vencimiento y devueltas, si Lanza no remitia dinero para que fuesen cubiertas.

Es decir, que sobre aquel millon de pesos que la casa de Falcon le tornaba en su quiebra, tenia que mandar otro millon para que pagaran las letras y no fueran á devolverlas.

Era la situacion mas apurada por que habia pasado Lanza.

Aún tenia como responder á sus compromisos, pero necesitaba tiempo para juntar el dinero que tenia desparramado, y cuando se tratase de letras no hay tiempo posible.

Si renovaba una sola letra, una casa de su crédito, mostraba su situacion apurada y con cluia de derrumbarse.

No habia mas remedio que hacer frente á los vencimientos, usando del crédito si era necesario, para cumplir con ellos.

Lanza tuvo entonces una conferencia con Dolcetti, único que podia aconsejarlo en tan apurado trance, porque conocia la marcha de sus negocios en Europa, que él manejaba.

— Ante todo, le dijo el jóven, es preciso mandar el dinero de las letras de Falcon, aunque sea apurando sus recursos.

Es preciso tambien mandar dinero á los hermanos Parody, porque hay otros dos vencimientos que cubrir, y si ellos no tienen dinero son muy capaces de hacerlos protestar.

Esa maldita barraca! ahí tiene usted unos apuros en que no nos veríamos si no fuera por esa dichosa y maldecida barraca.

Es preciso concluir por eso, señor Lanza, si no quiere usted que la tal barraca, despues de comerle su fortuna, le coma tambien el escritorio y lo suma en la miseria.

La situacion es tremenda, pero no es mortal. Con un poco de trabajo y de economia se puede rehacer muy bien y salvar el escritorio, cuyas utilidades le han de permitir volver al apogeo en poco tiempo.

Pero, créame, déjese de esos otros negocios que han traído esta situacion y dedique como antes todas sus fuerzas al escritorio.

Con esto y el viaje que tanto le he rogado que haga, queda usted salvado.

— Bueno, respondió Lanza, conviniendo en todo lo que le habia dicho Dolcetti.

Por el momento voy á preocuparme de las letras de Falcon, á quien se lleve el diablo.

Falta un mes para su vencimiento, pero esto poco nos importa, porque el dinero se puede remitir por el telégrafo: aún tenemos mucho tiempo.

En cuanto á lo demás, estoy perfectamente de acuerdo con su modo de pensar.

Aquella noche Lanza dió una tréguia á su vida de calavera, para pensar únicamente en su situacion.

Se metió en su escritorio y empezó á reflexionar no solo en los apuros del momento, sino en las consecuencias terribles que estos apuros podrian traerle.

— El menor descuido, el menor tropiezo puesto hoy en mi camino, mostrará al Comercio la posicion apurada de mi casa, lo que importaria la bancarrota y la miseria en seguida.

Entonces yo quedo aquí perdido para siempre y jamás podré levantarme á la posicion que he tenido y que habia conquistado palmo á palmo.

En otra parte, qué podré hacer quebrado, sin dinero y sin relaciones?

Todos no son Buenos Aires y el milagro de mi elevacion no podrá repetirse otra vez.

Ya no tengo tampoco ni la juventud ni las fuerzas de ánimo de entonces.

Ante todo, es preciso sacarle el cuerpo á la miseria y la ruina, prepararme una retirada ventajosa si el fracaso viene, y no quedarme en medio de la calle.

Para esto es preciso que empiece por venir al mismo Dolcetti y ocultarme de él, pues estoy seguro que nunca consentirá en secundar mis planes.

Es preciso que me ayude sin que se sospeche que así lo hace, y para esto debo proceder con un tino único.

Mi viaje está anunciado ya á muchos para dentro de un mes y yo tengo un buen mes de desahogo antes que vengan las letras de Falcon.

Pues empecemos por engañar á Dolcetti ante todo, que lo que es por lo demás y por ahora, nada tengo que temer.

Lanza se preparaba así una retirada provechosa para un caso apurado, lamentando no haberlo hecho cuando tenia diez millones de pesos bajo la mano.

No esperemos á hacerlo entonces cuando no tenga ni un medio, continuó, manos á la obra.

Todo el dinero que yo puedo juntar para las letras de Gustavo Falcon, para el Banco de los hermanos Parody, lo juntaré para mí y el que venga atrás, que arree.

La cuestion es no ser sorprendido á mitad de trabajo.

Mi principal cuidado debe ser ocultarme de Dolcetti, porque si él huelo mis planes tendrá miedo de ser envuelto en ellos y el miedo es un detestable consejero.

Resuelta así por él su situacion, no pensó mas en ello y se recogió temprano aquella noche.

Al otro dia á las nueve de la mañana estaba ya en el escritorio, con gran alegria de Dolcetti, que vió en esto una señal indudable de que Lanza volvía al trabajo con todo el brio de otros tiempos.

— Está salvado, pensó, y mas salvado aún si líquida y manda al diablo todos esos otros negocios, que son su ruina.

Aquel mismo dia Lanza presentó una solicitud al Banco de la Provincia, pidiendo el descuento de una letra por medio millon de pesos.

Con el nombre que este tenia en el comercio y los antecedentes que habia dejado en el Banco en sus anteriores descuentos, en el acto se le acordó con su sola firma la cantidad pedida.

Lanza dió la noticia á Dolcetti y el jóven saltó de alegria.

Aquello importaba la salvacion de la casa de Lanza, á la que habia tomado tal cariño, que la miraba como cosa propia.

— Y ahora, qué piensa usted hacer? le dijo; no tenemos tiempo de mandar letras porque ellas llegarían despues del protesto.

— No hay que affigirse por esto; ya otras veces he mandado por telégrafo sumas tan considerables como esta, sin la menor dificultad.

Voy á dejarlo todo arreglado en un momento.

Y Lanza salió, llevando consigo la respetable suma.

A la tarde Lanza regresó al escritorio muy contento é hizo anotar en los libros la entrada del Banco de la Provincia y el giro telegráfico

hecho á Europa para cubrir la letra de la casa quebrada de Gustavo Falcon, mas la comision que habia pagado por el giro telegráfico.

— Tranquilos por este lado, dijo Dolcetti, es preciso que nos vamos precaviendo con tiempo contra los otros vencimientos y las nuevas remesas que es preciso hacer á los hermanos Parody.

— No hay que afigirse mucho, contestó Lanza, pues en caso de que no pudiéramos reunir el dinero á tiempo de mandarlo por giro, lo remitiremos por telégrafo, nos costará un poco mas, pero llegará á tiempo, que es lo que necesitamos.

Habia hecho Lanza aquel giro salvador?

Para Dolcetti no habia la menor duda, puesto que le habia dictado él mismo el asiento del libro, cargando hasta la comision del giro.

Pero Lanza no habia hecho semejante giro telegráfico.

Habia llevado el dinero al Banco de Italia y se habia hecho dar un giro á su favor y á sesenta dias, que era el tiempo que tardaria en cobrarlo personalmente.

Así él tenia en su cartera aquel dinero para cobrarlo cuando llegara á Europa, mientras todos, hasta Dolcetti mismo, lo suponian viajando por telégrafo.

Así empezaba Carlo Lanza á preparar su retirada del comercio.

Pero aquella suma sola, era una miseria para lo que él aspiraba.

Qué podia hacer con un millon de pesos, él, habituado á vivir á lo principe, y á hacer negocios en grande escala?

No habia mas que seguir engañando á Dolcetti, para poder hacerse de cien mil duros mas, de la misma manera que se habia apoderado de aquellos cuarenta mil.

Empleando el mismo sistema de los giros telegráficos, la cosa era muy sencilla y no ofrecia la menor dificultad.

Lanza desde aquel dia siguió atendiendo al escritorio con la mayor dedicacion.

Se instalaba en él á las nueve de la mañana, y ya no se movia hasta las cuatro de la tarde, despues de atender personalmente á todo su movimiento.

Los clientes que veian á Lanza tan dedicado á los negocios, estaban contentos y Dolcetti se multiplicaba, puesto que aquello importaba la salvacion del negocio.

— Cuando venga el vencimiento del Banco de la Provincia, dentro de tres meses, decia, tendremos como hacer frente cómodamente y ya será otra cosa.

Nada compensa como el trabajo, señor Lanza, y el complemento de todo será su viaje, ya lo verá.

Si tan buen resultado tuvo en el primero, en el segundo será mucho mejor, no lo dude.

— Sí, respondia Lanza muy serio, porque ahora visitaré otros puntos que no habia visitado entonces.

Estableceré corresponsales en estos nuevos puntos y trataré de traerme una clientela hecha, que será la base de la que venga despues.

Con todos estos proyectos Dolcetti estaba sumamente contento, pues miraba aquel escritorio como cosa propia y le dolia ver que un negocio que era una mina, se viniera al suelo por falta de atencion y nada mas.

Y mucho mas contento se puso cuando Lanza le dijo:

— Como usted se ha puesto tan práctico como yo, en estos negocios, es preciso que me ayude tambien en estas expediciones.

Así inmediatamente que yo vuelva y quede arreglada la nueva clientela, quiero que usted se vaya á pegar una recorrida á las provincias napolitanas que usted conoce, lo que será sumamente provechoso.

Viajará, como es natural, por cuenta de la casa, puede visitar una temporada á su familia y volver cuando haya sacado al viaje un buen provecho.

A su regreso haremos un contrato por el cual, á mas de su sueldo usted tendrá un interés en la casa, pues es justo que quien trabaja como usted, tenga una buena compensacion.

Dolcetti estaba radiante de alegria con estas promesas que llenaban por completo sus aspiraciones.

Y mas contento se puso todavia, cuando Lanza le dijo:

— Y como cuando yo me vaya su trabajo doblará, es justo que doble tambien la compensacion: su sueldo queda aumentado al doble de lo que gana actualmente.

Lo que es la barraca, licoreria, etc., como usted queda con poder general mio, puede liquidarlos si quiere y concretarse tan solo al escritorio, que es lo que verdaderamente produce dinero.

Despues de escuchar todos estos proyectos, nadie se hubiera imaginado la decision que habia tomado Lanza.

Dolcetti era quien menos podia sospecharlo, porque en los proyectos que le comunicaba Lanza veia el propósito firme de recuperar lo perdido y levantar el escritorio á toda la importancia posible.

Luego no habia motivo para una quiebra fraudulenta, porque con el dinero que se habia sacado del Banco, se habia pasado el contra-tiempo mas serio, y para los otros vencimientos habia tiempo para juntar mas dinero del que se necesitaba.

No habiendo motivo de cometer mala accion, no habia por qué temerla, y á Dolcetti ni siquiera le pasó por la imaginacion la idea de una quiebra preparada por Lanza con tal habilidad.

Luego desde que cuanto peso se juntaba y se tomaba en los bancos era para cubrir los créditos, cómo diablo iba á sospechar nada?

El que quiere quebrar no procede de esa manera, y al contrario, trata de salvar todo el dinero que puede.

Luego Lanza procedia de buena fé, no solo por condicion, sino porque, segun Dolcetti, no le convenia proceder de otra manera, matando aquel escritorio que era una poderosa fuente de

recursos y de riqueza, pues era aquel escritor el que habia producido aquellos millones tal mal perdidos por Lanza.

Este además hablaba en el comercio de su próximo viaje, aceptando todos los encargos que se le hacian para Europa.

UNA SUERTE DESGRACIADA

Habia entonces un vendedor de billetes de lotería llamado Nicola, cuyos marchantes eran tantos, que le permitian hacer una ganancia mensual de dos ó tres mil pesos.

Entonces las loterías habian entrado con verdadero furor.

Todos compraban lotería, y como los billetes se vendian en su totalidad, la grande salia siempre para el público, lo que aumentaba la fiebre de loterías.

El gran Nicola habia tenido la suerte de vender dos ó tres grandes, y esto lo habia acreditado de una manera enorme.

Todos querian comprarle á Nicola, al extremo que este nunca llegaba á tener todos los billetes que hubiera podido vender.

Las grandes vendidas le habian producido sus gratificaciones que depositaba religiosamente en la casa de Lanza su banquero, que era el banquero de casi todos los billetteros italianos que habia entonces.

Nicola tenia sus principales marchantes en el comercio, gente que gastaba buenas sumas de dinero en lotería y á quienes Nicola les vendia á crédito, pues él tenia un tino especial de conocer sus marchantes.

Habia marchantes á quienes no le hubiera fiado mas de cien patacones, pero tenia otros á quienes le hubiera entregado sin vacilar todos sus billetes durante un mes.

Nicola le vendia billetes á Dolcetti y al mismo Lanza, que decia que la lotería era una estafa, porque él tenia un secreto especial para hacerse comprar billetes, sin ser cargoso.

Entre sus marchantes habia un jóven corredor que le compraba el mismo billete hacia dos años.

Ya sabia Nicola que el veintey cinco doble, como llamaba al 2525 no habia que pensar en venderlo, porque habia perdido su marchante y se habria desacreditado con los demás.

El 2525 era de don Lorenzo y no habia que pensar en otra cosa.

Si Nicola no encontraba á don Lorenzo, le dejaba el número en su casa y santas pascuas.

Despues cuando le llevaba el extracto se lo cobraba, sin haber tenido en dos años la menor dificultad.

Suerte chica hasta mil patacones, don Lorenzo habia sacado muchas veces con aquel número, por lo que nunca habia querido abandonarlo.

—Si en dos años no le ha dado la grande, le decia Nicola, está visto que no se la va á dar nunca.

Cambie número, don Lorenzo, cambie número, vea todas las grandes que le vendido yo desde que usted me toma este número!

—No quiero, respondia el jóven, primero porque alguna vez tiene que tocarle la grande á mi número, aunque sea en cinco años de jugada.

Segundo, porque tengo el presentimiento que en cuanto deje de comprarlo, aunque sea una sola vez, va á salir premiado con la grande.

No me hables pues de dejar mi número. porque te fusilo.

Nicola reia, y seguia vendiendo á don Lorenzo su veinticinco doble.

Cuando el número aquel sacaba un premio que llegara siquiera á doscientos patacones, siempre mordía diez ó veinte de gratificación.

Muchas veces que habia sacado mil y dos mil patacones, Nicola habia mordido doscientos patacones de albricias.

Así es que á él poco le importaba que don Lorenzo cambiase ó no cambiase número.

—Cada uno con su capricho, decia, cada uno con su capricho, pero me parece que antes que el veinte y cinco doble dé la grande, van á hablar las gallinas.

En una jugada de veinte mil patacones, don Lorenzo se habia ido al campo, por unos negocios, dejando orden á Nicola que le dejara en su casa el billete ó los billetes, si acaso no volvia pronto.

En aquella jugada, Nicola fué á lo de don Lorenzo á dejarle su billete, pero este no habia vuelto.

A Nicola le dió no sé qué dejarle el billete al sirviente y lo guardó él.

—Puede sacar suerte, pensó, y decir este diablo que se le ha perdido, mas seguro está en mi poder, y don Lorenzo no tendrá ningun cargo que hacerme, porque nada sucederá á su billete.

Cuando volvió al otro día á ver si don Lorenzo habia llegado, el sirviente insistió en que dejase

el billete, porque su patron le habia dicho que se lo guardara.

Pero este mismo deseo del sirviente y su insistencia en que le dejase el billete lo hicieron desconfiar mas y se lo guardó para entregarlo él mismo á su marchante.

—Quiera Dios que tenga suerte, pensaba, pues así él verá que no ha sido por desconfianza sino por prevision.

Además, él no puede creer que sea desconfianza, puesto que otras veces me ha debido hasta diez billetes sin que esto haya dado motivo á que yo deje de entregarle su veinte y cinco doble.

Al dia siguiente, dia de la jugada, Nicola se fué á la administracion como tenia de costumbre, para presenciar el sorteo, é ir marcando los premios que él habia vendido, para llevar la noticia antes del extracto y ganar las albricias.

Hacia un par de horas que estaba allí, indiferente como siempre, cuando sintió cantar el 2525.

—Me alegro mucho, pensó, así don Lorenzo alabará mi prevision: con cuánto habra salido?

Apenas habia concluido de apuntar el número y hacerse la pregunta, cuando sintió al cantor de las suertes que gritaba desafortadamente:

—Con veinte mil patacones!

Nicola, segun él mismo contaba, sintió una impresion como si se hubiera bebido de golpe un frasco de ginebra.

La cabeza le zumbaba, su frente estaba bañada de sudor y dos veces que intentó ponerse de pié no pudo, porque las piernas se negaban á sostenerle el cuerpo.

Disimuló su emocion lo mas que pudo, para que no fuera á notarilo ninguno de sus vecinos y esperó á tranquilizarse un poco para levantarse y salir de allí, porque le parecia que se ahogaba.

—Veinte mil patacones! pensaba, y el billete está aquí en mi poder, porque nadie puede decir que yo lo he vendido.

No lo he vendido, y lo tengo, es mio y si lo hubiera vendido no lo tendria.

El vértigo de la avaricia lo ganaba, y lo hacia convenir consigo mismo de que el billete le pertenecia.

Don Lorenzo dirá que él me lo tenia contratado desde hace dos años.

El sirviente dirá que yo llevé el billete y no lo quise dejar, y yo diré entonces que porque no lo queria vender.

Yo soy dueño de mis billetes, y mientras no los haya vendido y entregado, son míos y me pertenecen.

Nicola se penetró bien de que aquel billete era suyo, que nadie se lo podia quitar y salió de la administracion de la loteria un poco mas tranquilo.

Pero el billete le quemaba la carne á través del bolsillo y se sentia en un desasosiego mortal.

Nicola se fué al cuarto donde vivia, y allí reflexionó maduramente sobre lo que le convenia hacer.

—Mientras yo tenga el billete, pensó, puede hacerse cuestion y avisarse á la administracion que no lo pague.

Es preciso cobrarlo tan pronto como sea posible, en cuanto se acabe la estraccion.

Pero qué hago del dinero, dónde lo pongo para que nadie sepa que lo tengo?

—Lanza! gritó al fin, dándose un formidable puñetazo: Carlo Lanza es mi salvacion!

Le contaré el caso y él me arreglará la cosa. Es mi banquero y tiene que aconsejarme el modo de defender mis intereses.

Rdondado así su pensamiento, Nicola salió de su cuartujo y se fué á la administracion de loteria.

Y en cuanto hubo terminado la estraccion, se presentó á cobrar el billete.

Nicola no escuchaba las locuras y felicitaciones que le dirigian, y cuando lo apuraban mucho contestaba:

—Si no es mio, si es de un marchante que me le manda cobrar!

Yo gano solo la comision: ah! si fuera mio ya habria salido de aquí gritando como un chancho.

Y contaba apresuradamente los billetes que le daban como si tuviera miedo que se los fueran á arrebatar.

Es que Nicola á cada instante que pasaba creia ver llegar á don Lorenzo á despojarlo de todo, y se apuraba en contar para salir pronto de aquella situacion mortificante y angustiosa.

Conforme tuvo toda la plata junta, deducidas las aproximaciones, Nicola hizo un envoltorio en su pañuelo, y salió de allí como una centella, apretando su paquete con todas sus fuerzas, como si temiera un arrebato inevitable.

Y miraba á los vigilantes que encontraba en el camino, con un inmenso deseo de pedirles que lo acompañaran.

Nicola se metió en su cuartujo, se encerró en él, tapó el ojo de la llave para que nadie pudiera espiarlo y se puso á contar de nuevo.

Allí, acurrucado en la cama y como escondiéndose de algun fantasma, volvió á contar el dinero, separándolo por valor de billetes.

En seguida lo empaquetó cuidadosamente y empezó á pensar lo que haria.

El hubiera querido tener consigo el dinero, para darse el placer de mirarlo á cada momento y tener la seguridad que no soñaba.

Pero al mismo tiempo tenia miedo de perderlos si conservaba en su cuarto aquella suma.

En la administracion de la loteria habian dado la noticia de que él habia cobrado la grande y quién sabe si á algun ladrón no se le ocurria venir á robarlo.

Luego al otro dia tendria que andar con el dinero en la mano, y entonces si llegaba á encontrarlo don Lorenzo podia quitárselo.

Nicola, como que tenia el crimen y la conciencia de que habia cometido un robo, tenia un miedo terrible de la accion que contra él podia ejercer su jóven marchante y era, contra esa accion que queria precaerse antes que nada.

Nicola estaba loco, no sabia lo que le pasaba, miraba y acariciaba el paquete de dinero y no se cansaba de apandirse la idea feliz de no haber querido dejar el billete á don Lorenzo.

—Y desde que no se lo dejé no lo vendí, se decía, y desde que no se lo vendí el billete es mío y nadie tiene derecho de disputarme el dinero.

El verse dueño de aquella suma inesperada le había dado vuelta la cabeza por completo y aquel hombre de una integridad proverbial se había vuelto un rematado bribón.

Ante todo era preciso depositar aquel dinero de la manera mas oculta y puesta en manos de una persona que negara tenerlo en caso que lo intimaran la entrega.

Quién mejor que un banquero en quien tanta confianza tenia?

Le contaria francamente el caso y le depositaria el dinero bajo la condicion de que no lo habia de decir á nadie y que habia de negar que lo tenia, dando el caso que se lo pidieran judicialmente.

Porque Nicola no tenia duda que don Lorenzo le promoviera una cuestion, y por la administracion de la loteria se llegaria á saber fácilmente quien habia cobrado el billete.

—Qué me importa, concluyó: diré que se lo vendí á un desconocido y que este me encargó que lo cobrara, esperándome en la esquina mientras yo hacia el cobro.

Y que se echen á buscar el desconocido!

Nicola tomó su paquete, se lo puso bajo el sacco y se lanzó al oscuratorio de Lanza.

Podia el banquero no estar, pero él se iria á su casa y lo esperaria hasta que volviera.

Recien oscurecia y Nicola pensaba que si Lanza se habia retirado del escritorio, estaria comiendo en su casa.

Efectivamente, en el escritorio solo estaba Dolcetti ocupado en cerrar los libros que siempre tenia al día.

Nicola muy affligido dijo al jóven que queria hablar con Lanza inmediatamente por un asunto de la mayor importancia.

—En este momento se ha ido á comer, respondió Dolcetti y si vienes por dinero te has chasqueado, porque no hay ningun banco abierto ahora y no se te podrá dar hasta mañana.

—No vengo por dinero, contestó Nicola, es un asunto muy importante y lo voy á esperar á que acabe de comer.

Pero hágame el favor de decirle que me reciban, porque tengo que hablar con él esta misma noche.

Como la casa estaba en situacion tan apurada, al ver Dolcetti la alarma pintada en el semblante de Nicola y la agitacion de que estaba dominado, no pudo menos de alarmarse.

—Si habrá sospechado este que estamos apurados y vendrá á retirar sus depósitos! era esto lo único que nos faltaba, pues al primer reclamo que no se haga pronto, nos amolamos.

Y trató de sondar á Nicola preguntándole:

—Pero qué asunto te trae á esta hora? le interesa tanto á Lanza que no puedes dejarlo para mañana?

—Para él seria lo mismo mañana y pasado, pero para mí no.

Es preciso que hable con él esta noche porque en ello me vá mucho.

Y no pudo arrancarle una sola palabra más de las ya dichas.

Por lo que Nicola le habia dicho, el jóven venia á quedar en la misma duda y lo que es peor, en la misma alarma.

—Espera un momento, le dijo, voy á hablar con don Carlos y veremos lo que dice.

Dolcetti se fué á vor á Lanza, quien felizmente aún no se habia sentado á comer.

Le comunicó la pretension de Nicola y sus temores, dada la agitacion de aquel, que parecia haber aumentado por la dificultad que él le puso de hablar con Lanza.

Este recibió la misma impresion que Dolcetti.

—Tal vez, dijo, Nicola haya oído algo, y como es un hombre terriblemente desconfiado quiera retirar los fondos.

Es necesario atenderlo en el acto, porque aumentar su desconfianza seria peor.

Saldria de aqui hablando por los codos y mañana sabe Dios cuántos digustos podríamos tener.

Felizmente en caja debe haber cuatro ó cinco mil francos.

No hay pues qué alarmarse sin motivo y vamos á ver qué quiere ese hombre.

Y Lanza bajó rápidamente al escritorio.

Al ver el aspecto de Nicola, no dudó que sus temores eran fundadísimos, mas cuando le oyó esclamar:

—Gracias á Dios! hablando con usted quedo tranquilo.

—Pero qué demonio tienes? qué te pasa? por qué estás tan agitado? preguntó Lanza.

—Me pasa un apuro de que solo usted vá á salvarme, respondió Nicola, pero quiero hablar á solas, sin que nadie me oiga, porque en el secreto está precisamente mi éxito.

Tranquilo Lanza por las últimas palabras de Nicola, le hizo pasar á la piedad reservada.

—Perdóneme, decia Nicola, que lo haya incomodado á semejanza hora, sé que he cometido una falta, pero para mí los momentos eran apurados, no podia dejar pasar esta noche sin hablarlo.

—Disculpado estás, hombre; yo siempre estoy á la disposicion de los clientes de la casa; pero dime con mil diablos lo que te pasa, que ya me tienes violento.

Después de mil nuevas disculpas pedidas, Nicola refirió á Lanza cómo se habia quedado con el billete de don Lorenzo, que habia sido premiado con la grande, cómo el billete le pertenecia, porque no lo habia vendido y cómo habia cobrado el gran premio.

—Es una cosa legitima, decia, tratando de convencer á Lanza, porque yo más quedé con el billete para mí, si no hubiera sido esto, se lo habria dejado como he hecho otras veces.

Pero tengo miedo que don Lorenzo me haga cuestion, y que vayan á dar contra mí todos, porque yo soy un infeliz.

Por eso queria traerle á usted el dinero esta noche misma, para en el caso que me hagan el reclamo no venga usted á decir que me tiene el dinero.

Ante aquella revelacion Lanza quedó maravillado, primero porque le volvía el alma al cuerpo respecto á lo que él habia creído, y segundo porque aquel depósito le venia precisamente cuando mas lo necesitaba.

Con una rapidez asombrosa se dió cuenta de todo y resolvió explotar perfectamente los temores de Nicola.

—Todo está bueno, dijo, pero la cosa es algo comprometida para una casa del respeto y el crédito de la mia.

—Por lo mismo, se apresuró á decir Nicola, por lo mismo que es una casa respetable, creerán en el acto y sin vacilar lo que usted diga.

—Sí, pero esto de asegurar una mentira es una cosa del diablo que no me siento muy capaz de hacer.

—Pero no cree usted en conciencia que el billete no pertenece?

Si lo creo y la prueba es que te recibo el dinero, pero no es esta la cuestion.

Tú me pides que si judicialmente me preguntan si tengo el dinero, diga que no; bueno, y si me prueban lo contrario?

—Y quién se lo irá á probar si solo yo y usted lo sabemos?

—Y si se te pierde el recibo que yo te dó ó te lo encuentran? ya ves que quedo colgado y mi crédito se viene al suelo.

—Pues no me dé recibo y así usted queda seguro; yo no necesito mas recibo que su palabra.

Lanza estaba encantado con aquel negocio que le caía entre manos, pero queria concluirlo de una manera perfecta.

Estuvo reflexionando un momento y dijo al fin:

—Bueno, Nicola, voy á servirte en tu aprieto, á este respecto estamos conformes.

Vamos á ver si en cuanto á la operacion comercial nos ponemos de acuerdo.

Ahora eres tú el que debe ó no conformarse.

Una suma tan grande yo no la puedo recibir como recibo una pequeña, á retirarse cuando se quiere.

Medio millon de pesos yo no los puedo tener parados en la cartera, tengo que girarlos y hacerlos producir, pues para eso pago por ellos un buen interés.

Entonces una suma así yo no puedo recibirla sinó con dos meses de aviso, es decir, que tú no la puedes retirar de mi poder, sinó avisándome dos meses antes.

Ahora si la quieres tener á tu disposicion en cualquier momento, to la tomo tambien, pero no pagándote ningun interés, porque teniendo que mantenerla á tu disposicion en el momento me nos pensado, no puedo tocarla para ninguna operacion.

Piensa la razon de lo que te digo y dime ahora en qué condiciones me haces el depósito.

Á tu órden en cualquier momento sin interés alguno, ó á dos meses de aviso con un buen interés.

Nicola pensó un buen momento lo que mas le convenia, no podia andar negociando con su dinero, porque nadie se prestaria á hacer con él lo que Lanza: ocultar su dinero hasta á los jueces mismos.

Nicola encontraba muy justo lo que el banquero le decia, pues si no podia negociar con su dinero, no era justo tampoco que le pagara interés.

—Estoy conforme, concluyó al fin, se lo dejo á dos meses de aviso, porque no es cuerdo tampoco tener una suma así sin ganar un centavo.

—Bueno, entonces, voy á darte un recibo y hacer contar el dinero.

—No quiero recibo por ahora, respondió Nicola, no quiero recibo, porque un recibo en mi poder seria tan peligroso como el dinero mismo.

Esperemos á ver por dónde resuella don Lorenzo, y entónces veremos lo que se puede hacer.

Son diez y ocho mil patacones, porque dos mil me descontaron para pagar las aproximaciones á la grande: yo los he contado cuatro veces ya.

—Bueno, concluyó Lanza, poniéndose de pié, como para dar por terminada la conferencia: puedes irte tranquilo respecto á tu dinero, cuida tú de no contar la cosa á persona alguna, y por mí no tengas el menor cuidado, que cuando yo digo una cosa una vez, así se queda.

Nicola se retiró lleno de alegría: habia terminado su negocio y era dueño de una fortuna indisputable ¿quién se habia de atrever á disputársela?

Y como cada vez estaba mas convencido que aquel billete afortunado era suyo porque no lo habia vendido, se iba poniendo mas dueño de sí.

—Me voy á desacreditar un poco, porque con lo que hable don Lorenzo tal vez pierda algunos marchantes, pero siempre me han de quedar algunos.

Y sobre todo, voveré por otro lado y me haré de marchantes nuevos.

Ya no tengo tanto por qué afligirme, desde que soy hombre rico.

Tengo de qué vivir, gracias á Dios, ó con qué trabajar como mas me dé la gana.

Pues entónces no tengo por qué afligirme, que de cualquier modo que me dé vuelta he de ganar lo que necesito.

Aquella noche Nicola durmió como un bienaventurado, soñando que en cada sorteo se sacaba una grande y que llegaba á ser mucho mas rico que los Ancherena.

Dos ó tres dias despues llegó don Lorenzo, encontrándose en su casa con varias cartas de felicitacion, de compañeros que sabian que él jugaba siempre aquel número.

Preguntó al sirviente por el billete, pero éste le respondió que Nicola no se lo habia querido dejar, aunque él se lo habia pedido con insistencia.

Ya esta noticia alarmó algo al jóven.

Si Nicola se habia quedado con su billete para guardárselo, seria tan honrado que se lo devolveria despues de verlo premiado con la suerte grande?

La angustia del jóven era grande, pues se encontraba con que habia ganado veinte mil patacones, pero que temia haber sido despojado de ellos por aquel bribon de billettero.

Ese mismo dia se fué á la administracion, para ver si habian cobrado el billete y supo que lo habia cobrado el lotero Nicola, pero manifestando que no era para él sino para un cliente.

Con esta noticia, don Lorenzo quedó algo mas consolado, llegando hasta arrepentirse de haber puesto en duda la integridad de Nicola, á quien señaló un premio de cuatro mil patacones.

Todos sus amigos de Bolsa lo felicitaron aquel dia por su suerte, pero él les contó la aventura que lo habia pasado con su billete.

Entonces las felicitaciones se cambiaron en pesame, pues no hubo uno solo que opinara que Nicola devolveria un solo peso del premio cobrado.

—Te has embromado, y la prueba es que no solo no te ha buscado esa pilla, sino que ni siquiera ha venido á traernos el extracto de la última jugada: eso te prueba que él mismo hu-ye porque comprende su delito.

—Ya lo dije yo, exclamó don Lorenzo: el dia que deje de jugar el billete va á salir con la grande.

Durante diez dias Nicola no se dejó ver la cara por ninguna parte.

Al fin de este tiempo se presentó ante sus marchantes, diciéndoles que habia estado gravemente enfermo y que por eso no habia venido.

En el acto todos le preguntaron por el billete de don Lorenzo, respondiendo él muy affligido:

—Ahí está, el sirviente no quiso recibirme el billete y yo lo vendí á otro; está de Dios que don Lorenzo no ha de sacar la grande.

—Qué otro ni qué berengenas! le decian: el billete lo has cobrado tú, porque eres un pilla, y ya verás lo que te cuesta.

Ese mismo dia á la tarde, Nicola se encontró con don Lorenzo, quien, como los demás, le preguntó por su billete, pero bondadosamente y sonriendo, porque no habia perdido toda esperanza.

Nicola espuso el mismo pretesto que habia dado á los demás, pero el jóven le replicó:

—Déjate de embromar y dame mi billete, yo sé que melo tienes guardado porque quieres sor-

prenderme, pero ya ves, no hay sorpresa posible dame mi billete y sácame de angustias: te anuncio desde ya que te has ganado un regalo de cuatro mil patacones.

Nicola se puso livido y tembloroso y volvió á su razon de que él habia vendido á otro el billete, porque el sirviente no se lo quiso recibir.

—Pero si eso no es una razon aceptable, Nicola, déjate de embromar, si el sirviente te ha pedido el billete y no se lo has querido dejar y aún asimismo tú me lo habrias guardado como lo has hecho otras veces y yo te lo he pagado aunque no haya tenido suerte!

—Pues esta vez lo vendí, respondió Nicola todo turbado, y yo quisiera ver qué juez cree que he procedido mal.

—Vamos á ver, y á quién le has vendido el billete?

—Lo vendí ese mismo dia de la jugada á un señor que no conozco y que me lo dió despues para que se lo cobrara, mientras él me esperaba en la esquina.

Don Lorenzo vió que Nicola estaba decidido y que hasta habia ya meditado todas sus respuestas.

Empezó á perder la paciencia y convencido de que no podria sacarle ni un centavo por medio de una demanda, resolvió intimidarlo.

—Bueno, le dijo, perdida ya la paciencia, te notifico que no estoy dispuesto á dejarme robar así no mas veinte mil patacones, y que si no me devuelves el dinero te encajo una paliza ahora y otra cada vez que te agarre á tiro.

—Pues está bonito, contestó Nicola con insolencia, esto si que será querer sacarle á uno la plata á patadas!

El jóven no pudo contenerse mas y tomando á Nicola del cogote, empezó á llover sobre él una verdadera manga de trompis.

Sus amigos, temiendo que hiciera alguna barbaridad que le costara mas caro, lo separaron, dejando á Nicola aturdido por los golpes recibidos y el jabon que tenia en el alma.

—Anda no más, le dijo don Lorenzo: esta es la racion que te espera cada vez que te agarre á tiro.

Pero no tuvo necesidad de repetirla, porque Nicola desde entonces se perdió hasta del barrio de la Bolsa.

Se habia mamado su trompedura, pero daba así por chancelada la cuestion del billete y se sintió feliz.

EL TALENTO DE LANZA

Entretanto Lanza no cabia en su pellejo de placer, por aquella aventura que venia á aprovecharla de un modo tan inesperado.

Llamó á Dolcetti y le contó la cosa, añadiendo:

—En verdad que es una bribonada, un abuso de confianza, pero desde que él no habia vendido el billete, nadie puede disputárselo.

Ahora, este dinero depositado á dos meses de aviso, me viene divinamente.

Mañana mismo lo podemos girar á Parody hermano, desde mañana ya le empiezo á pagar interés á Nicola, justo es que desde mañana me sirva de él.

Ahora sí estoy verdaderamente contento, pues yo me iré dejando la casa sin ningun apuro y con todos sus compromisos cubiertos de antemano.

Si por acaso se le pide ese dinero no estando yo aquí, que se me avise por telégrafo, puesto que hay dos meses para prepararse á la entrega.

Nada mas ilegal que aquella operacion.

Dolcetti dió entrada al dinero bajo una inicial, pues si el Juez pedia el dinero y él negaba tenerlo, no era bueno dejar rastro alguno en los libros por si querian revisarlos.

Al otro dia el mismo Lanza llevó el dinero, é hizo hacer el giro convenido para los banqueros Parody, en apariencia, pues como el anterior, aquel giro fué hecho á su nombre y á la vista sobre Francia.

A la tarde volvió al escritorio y dictó él mismo á Dolcetti la carta para los banqueros, adjuntándoles la letra por noventa mil francos, especificándoles las letras que debian cubrir con aquella suma.

La carta fué pasada al copiadador, y una vez copiada, delante de Dolcetti, Lanza puso adentro de ella el giro que decia ser para los hermanos Parody, y le puso el sobre.

—Que no lleven la correspondencia mañana hasta que yo venga, dijo, pues aún tengo un par de cartas que escribir.

Al otro dia vino temprano al escritorio y escribió algunas cartas de negocios importantes que dió á copiar á Dolcetti tambien, sin duda para que se impusiera de ellas y viera que tenia importantes negocios entre manos.

La hora de llevar la correspondencia llegó, y como habia poco tiempo y el muchacho podia demorarse, él mismo la tomó diciendo que en la volanta él la llevaria mas pronto y mas segura.

Y se fué al Correo, pero no depositó ni una

sola carta, sino aquellas de sus clientes que ninguna importancia tenian para él.

Sacó la letra que habia puesto dentro de la carta dirigida á los hermanos Parody y se la echó al bolsillo, puesto que era una letra á su nombre y á la vista.

Y destruyó la carta junto con las otras que habia escrito por la mañana y cuyo único objeto era engañar á Dolcetti, que quedando al frente de la casa y con poder general era quien sin sospechárselo debia asegurar su retirada.

Y cómo iba á sospechar nada el pobre joven cuando lo veia hacer sus giros y las constancias de haberse remitido estaban ahí en el libro copiadador?

Cómo se iba á imaginar Dolcetti que todo aquello era falso y hecho con la intencion de engañarlo?

Cómo iba á sospechar que aquella correspondencia seria despues destruida por el mismo Lanza en vez de echarla al correo?

El barquero procedia con una habilidad asombrosa, que hubiera engañado al mas prevenido.

Con mas razon se engañaba Dolcetti, que creia sinceramente en el buen proceder de Lanza, puesto que á este no le convenia otra cosa y la casa no estaba en el menor peligro.

Si hubiera existido algun peligro de quiebra, podia él haber desconfiado algo.

Pero con el dinero sacado del Banco, el depositado por Nicola y el crédito que gozaba la casa, quedaba en condiciones soberbias, sin contar el dinero que dia á dia ingresaba en la caja.

—Para irme contento, decia Lanza, quiero que en vez de faltar sobre dinero en poder de nuestros banqueros, hay todavia otras letras que á su vencimiento no habrá con qué pagarlas, y yo quiero que haya para atender á todos los compromisos.

—Pero, cuando esas letras vénzan, decia Dolcetti consultando los libros, tendremos dinero de sobra.

—Mejor que mejor, argüia Lanza, estaremos mas cómodos para atender los vencimientos de aquí, que yo no quisiera renovar por nada de este mundo.

Estas aficciones de Lanza venian á demostrar á Dolcetti cada vez mas, la decision que Lanza tenia en levantar su casa, y lo ayudaba con mas fé que nunca.

El plan de Lanza entretanto no podia ser mas hábil.

—Giro á mi nombre y á la vista, pensaba, to-

do el dinero que pueda y lo realizo en cuanto llegas á Europa.

Me voy de aquí en viage de negocio, sin que nadie se sospeche nada y dejo como otras veces á Dolcetti al frente de la casa.

Quedando Luisa aquí, quién ha de sospechar nada?

Cuando aquí vengan protestadas la lluvia de letras que no han podido pagarse, incluso las malditas letras de Amberes, de Falcon, yo estaré donde me dé la gana, rico, y sin que me puedan dar palmada.

Aquí, que se entiendan con lo que dejo.

Si yo me quedo al frente del negocio la bancarrota es inevitable, completamente inevitable, en mas ó menos tiempo.

Yo debo mucho, dentro de tres meses tengo el vencimiento del Banco y si á este loco se le antoja retirarme su oportuno depósito, me lleva la trampa mucho mas pronto.

La cuestion es seguir, como hasta ahora, engañando á Dolcetti, que estando él engañado, lo están todos.

Cuando venga el primer aviso de letra protestada, él me escribirá ó me hará un telegrama y esperará la respuesta.

Procediendo hábilmente tengo mucho tiempo delante de mí: despues será tarde, demasiado tarde.

Como era consiguiente y para no mostrar sus apuros, seguia llevando la misma vida de millonario, aunque farreaba menos para engañarlo á Dolcetti y hacerle creer que estaba con el propósito de trabajar.

Así es que aunque anduviera en calaveradas hasta altas horas de la noche, concurría temprano al escritorio y atendía personalmente á la mayor parte de las operaciones.

El escritorio seguia progresando, y como lo habia previsto Dolcetti, con un trabajo honrado é inteligente, y con una economia franca se podia haber puesto en una situacion normal y recuperar poco á poco el tiempo perdido.

Pero Lanza tenia horror á la miseria.

El sabia que la menor sospecha de malos negocios podia hacer vacilar su crédito y serle fatal el menor rumor que á este respecto corriera.

Sus clientes se presentarían á reclamar sus depósitos en el acto, no podría hacer frente á esta exigencia y entonces la quiebra, y mala quiebra, era inevitable.

Le quedarían como únicos gajes el deshonor y la vergüenza, y peor que todo esto la miseria, que era lo que mas lo aterraba, porque una vez quebrado no volvería á levantar cabeza en Buenos Aires.

Y en cualquier otra parte, qué podia hacer sin dinero? empezar otra vez de mozo de café y de casino?

No todos los países son Buenos Aires, ni todas las situaciones se reproducen cuando uno quiebra.

—Lo que yo he hecho para llegar á la posicion conquistada, decia, no lo hace nadie, ni yo mismo si lo volviera á intentar.

Nada, mi sola salvacion está en la fuga, y en la fuga con dinero, con todo el dinero que pueda juntar.

Así seré gente en cualquier parte á donde vaya y podré emprender el negocio que se me ocurra.

En Buenos Aires como en toda la Italia, me conocen, y tanto en una como en otra parte sería fácil seguirme una cuestion.

Pero hay muchos países donde no se sospecha mi existencia y donde con dinero puedo llegar á sor lo que me dé la gana y quintuplicar lo que tenga.

No estaré pues en Italia, ni Francia mismo, sino el tiempo necesario para cobrar mis créditos y al diablo!

Felizmente los puntos para los cuales he tomado letras, no tienen nada que hacer conmigo, ni tengo allí letras protestadas: me pagarán sobre tablas.

Lanza hablaba con todos desu viage remitiendo órdenes á sus relaciones comerciales, á quienes decia que podían encargarle lo que quisieran, pues á mas tardar, dentro de tres meses estaria de vuelta; un mes para permanecer en Europa, y dos meses para hacer el viage de ida y vuelta.

Sus amigos del Circulo Italiano le habian hecho algunos encargos que él se habia apresurado á apuntar para no olvidarse.

El doctor Cimone, entre otros, le habia pedido remitir un giro por cinco mil francos.

Al ir á darle el dinero, Lanza se lo rechazó diciéndole delante de algunos amigos:

—Déjese de embromar, á la vuelta y cuando le traiga los justificativos del pago, me dará el dinero.

Pero el doctor Cimone no quiso, y tanto insistió, que Lanza recibió el dinero aparentando el mayor desagrado.

Entre giros y encargos, de sus amigos del Circulo, recibió mas de veinte mil francos, que hizo anotar con Dolcetti en los libros.

Todo esto lo hacia para que el jóven, viendo tanta minuciosidad, siguiera cada vez con mayor confianza.

En el escritorio se habian reunido mas de cincuenta mil francos que los clientes mandaban á sus familias en Europa.

—Yo no quiero llevar tanto dinero conmigo, dijo al jóven, es mejor hacer como si yo no me fuera, girar á favor de estas personas á quienes estos fondos van destinados, y remitirlos al banquero que los ha de pagar.

A Dolcetti le pareció bien todo aquello y se hizo como Lanza deseaba.

El mismo Lanza llevó el dinero, como lo habia hecho en el último giro y trajo una letra por cien mil francos.

Se escribió al banquero, copiando la carta en el copiator, y Lanza mismo puso la letra en la carta delante de Dolcetti y la llevó al correo con la correspondencia, diciendo:

—Son muchos valores para confiarlos al chiquilín que lleva la correspondencia, y llevándolos yo, quedo mas tranquilo.

Como la otra vez, Lanza sacó el giro que iba á su nombre y destruyó la carta como la demás

correspondencia que se habia escrito en igual sentido y dando aviso de su viage.

Al siguiente dia, Lanza descontó en el Banco de Italia un pagaré por ciento cincuenta mil pesos, y otro en el Banco Nacional por una suma idéntica.

En el Banco de Lóndres descontó otro por ciento veinte mil, y doscientos mil pesos mas al Banco de la Provincia.

Así reunia cinco mil francos mas que necesitaba llevar personalmente á los banqueros Parody é hijo.

Así Dolcetti podia girar contra ellos hasta esa suma, sin inconveniente de ningun género.

Como quisiera comprar oro y valores sobre Francia para llevar aquellos cien mil francos, Dolcetti le observó que era mejor tomara una letra en el Banco de Italia, pero entonces Lanza le dió una razon que lo convenció al momento.

El cambio está tan bajo, le dijo, que si llevo giro voy á perder dinero sin necesidad, y si llevo oro y valores, no pierdo entonces un centavo y tal vez gane en el cambio del mismo.

Como realmente el cambio estaba entonces sumamente bajo, Dolcetti encontró muy razonable el proceder de Lanza y nada tuvo que observar.

Este mismo proceder le demostraba cada vez mas que Lanza habia entrado de lleno en el camino de las economías.

—Lo que es para mis gastos personales, le dijo, no quiero llevar mas que cuatro mil francos y así andaré mas sugeto.

Para un mes que voy á permanecer en Europa, no necesito mas.

Uno de mis objetos es abrirme crédito en todas las capitales de alguna importancia, así es que en caso de necesidad no me han de faltar recursos.

Como faltaban pocos dias para irse, era necesario pensar en dejar á Dolcetti todo listo, y Lanza le mandó estender un poder general, por el cual podria hacer á su nombre toda clase de operaciones como si fuera él mismo.

Y mientras se hacia el poder, él personalmente lo presentó en los Bancos y casas de comercio con quienes tenia negocios, como su apoderado general por los tres meses que iba á faltar.

—Con él, decia, pueden entenderse lo mismo que conmigo, porque ahora queda con poder general mio, y cuando yo vuelva entra á tener parte en la casa.

A Dolcetti se le ensanchaba el pecho ante aquellas promesas que Lanza le hacia delante de comerciantes respetables, promesas que entonces no podian ser mentidas.

Al fin alcanzaba el premio á sus largos años de trabajo y consolidaba una posicion.

Lanza habia ido mas lejos, porque aquel dia á la hora de la comida le habia desarrollado un proyecto capaz de conmover á cualquiera mas indiferente que él.

—Usted, desde que yo me vaya, le habia dicho, empieza á liquidar el negocio de frutos del pais y todos los otros, reconcentrando todos los recursos al escritorio.

Yo con las letras que llevo y el dinero con-

tante que es lo mas positivo, espero obtener de los banqueros Parody, de Génova, crédito para girar en descubierto unos doscientos mil francos.

Obtenido este crédito, le aviso á usted por telégrafo y usted entonces empieza á girar contra ese Banco.

Este dará un gran impulso á la casa, porque con un crédito así hay como operar brillantemente.

Obtenido el crédito y tranquilo por este lado, me voy á Viela, y me entiendo con una ó dos de aquellas grandes fábricas de paños, de manera que yo les mande de aquí las lanas y ellos me remitan sus paños para venderlos en plaza.

Entrando en un negocio de esta magnitud ya podremos girar tambien contra esas fábricas de Viela y nuestro crédito vendrá á ser inconmovible.

Cuando yo vuelva, usted, como hemos convenido, se vá á hacer su paseito y á su vuelta nos arreglaremos de una manera mas ámplia.

Usted se queda aquí al frente de la casa y yo me voy á Europa á hacer el servicio de corresponsal y al mismo tiempo á atender las operaciones.

Estos proyectos deslumbraban á Dolcetti que veia en ellos asegurado su porvenir y un porvenir magnifico, pues la casa tomaria una importancia colosal y sus utilidades serian incalculables.

Cómo habia de pensar nada malo despues de ver lo que hacia Lanza y escucharlo en sus grandes proyectos?

Aunque hubiera tenido sus dudas y desconfianzas, esto habria sido bastante para disparlas por completo.

El hombre que quiere proceder mal no se conduce así ni remite para pago de créditos las sumas que Lanza habia remitido.

Luego Lanza debia obrar con su buena fé habitual.

Como él se iba dentro de dos ó tres dias, creyó ya inútil hacer correspondencia y unos treinta ó cuarenta mil francos que entraron para ser remitidos á Europa, resolvió llevarlos personalmente con el otro dinero, para deslumbrar con aquel oro, segun decia, á los banqueros de Génova.

Un hombre que nunca habia faltado á sus compromisos y que de golpe se dejaba caer sobre el mostrador ciento y tantos mil francos, bien podia obtener en descubierto un crédito por doscientos mil, cuando su casa aumentaba dia á dia sus operaciones.

Para Lanza, segun lo decia, como para Dolcetti, aquella era una operacion segura que no podia faltar en manera alguna.

Arregladas sus cuentas con su dependiente y seguro que á este ni se le habia ocurrido abrigar la menor desconfianza, Lanza pensó en Luisa, que era muy suspicaz, y como no estaba al corriente de todas las operaciones que habia hecho para alejar de Dolcetti toda desconfianza, podia haber penetrado su plan y darle un susto en el momento menos pensado.

Era preciso sondear á Luisa, y en último caso tener una esplicacion bien clara.

TAL PARA CUAL

Era Luisa una muger sumamente viva é inteligente y que conocia á fondo á Lanza.

Sabia perfectamente de lo que este era capaz, porque lo habia visto desenvolverse á sus ojos en todas las manifestaciones de su espíritu.

En los últimos tiempos, los apuros sérios de este que habian escapado á Dolcetti su tenedor de libros, no habian podido escapar á la penetracion de Luisa.

Porque Lanza, una vez que entraba á su casa, se desprendia de la capa de alegre indiferencia de que hacia uso en el escritorio, maldecia de su suerte y sus negocios y so lamentaba amargamente de las pérdidas cuantiosas que estaba sufriendo.

Es claro, un hombre como Lanza no podia mirar con indiferencia la ruina que lo ahogaba, no podia ver tranquilamente desmoronarse su posicion, su crédito y la fortuna que habia hecho á costa de tantos sacrificios y de tanta inteligencia.

Buscaba el remedio á su situacion, y como no lo hallaba, se entregaba á la desesperacion mas violenta por lo mismo que la habia estado contentiendo todo el dia.

Luisa lo observaba en silencio, pero como nada le decia, nada queria preguntarle.

Para qué preguntarle nada tampoco, si por estas cosas ella comprendia que la situacion de su marido no podia ser mas desesperante?

De estas desesperaciones, de estas agitaciones y de aquellas noches pasadas en vela maldiciendo su suerte y su barraca, Lanza se enfermó.

Una noche tuvo un violento ataque á la cabeza, del que lo salvó el doctor Cimone, llamado á tiempo.

El delirio de la fiebre le hizo hablar mas de lo necesario y Luisa al oirlo supo mas de lo que necesitaba para darse cuenta de su situacion.

Lo vió á Lanza quebrado y sin mas porvenir que la miseria y el descrédito.

Cualquier otra mugerse hubiera asustado, pues era aquella una de estas situaciones que llevan á un hombre al suicidio.

Pero Luisa conocia muy bien á su marido, ya lo hemos dicho, y sabia que, antes que el suicidio, recurriria á todas las pillerías posibles.

Y no quiso decirle una palabra y le vió preparar su viaje sin hacerle la menor pregunta.

—Si nada me dice, pensaba, en el último momento le impondré que me lleve, pues no es Carlo Lanza quien me la vá á pegar á mí.

Así es que estaba perfectamente tranquila, esperando el momento de proceder.

Así es que cuando Lanza, dos dias antes de

irse vino á hablar con ella, la halló perfectamente prevenida.

—Luisa querida, le dijo, estoy en estos momentos en la situacion mas angustiosa que pueda pasar un hombre en su vida.

Mis negocios han sufrido golpes muy sérios que hacen peligrar mi fortuna y mi crédito de una manera inminente.

Quebrado y sin esperanzas de rehacerme, estoy en el disparadero, y no será extraño que me lleve la trampa.

—Lo sabia, respondió secamente Luisa: lo sabia desde hace tiempo.

—Lo sabias y nada me has dicho para consolarme, para ayudarme con tus consejos?

Y cómo te habia de decir una palabra si tú nada me habias comunicado, si me lo ocultabas todo como si desconfiaras de mí?

Lanza quedó sorprendido, aplaudiéndose internamente la idea de haber venido á hablar con Luisa, porque en la seriedad de la jóven comprendia que todo lo habia adivinado y que estaba dispuesta á obrar.

—Bueno, pensó, con esta hay que jugar limpiamente, ha penetrado mi plan y si le oculto mi juego es capaz de una barbaridad.

Repuesto rápidamente y dueño de sí, le tomó las manos y le dijo:

—Es tan duro el golpe, que queria economizártelo hasta el último momento, para comunicarte tambien el plan que he adoptado y que felizmente me ha salido bien.

Y Lanza, sin ocultar su menor pensamiento, confesó á Luisa todo el plan que tenia entre manos y que felizmente le habia salido bien.

—No me quedaba mas camino que este ó la miseria, dijo, y tal vez la cárcel.

Luisa sonrió al escucharlo, y respondió:

—Lo sabia como tú mismo y me llamaba la atencion que nada me hubieras dicho.

—Ya te digo, queria evitarte el mal rato hasta el último momento.

Si yo hubiera maliciado que tú sabias lo que me pasaba, te lo hubiera dicho en el acto.

Ahora, escucha el complemento de mi plan.

Si yo te llevo conmigo, puede esto dar á sospechar algo, puede hacer dudar de mi vuelta.

Si tú te quedas es distinto.

Es preciso que te quedes para concluir de enganar á Dolcetti, que no sé por qué es quien mas me aterra.

Dentro de un mes te embarcas y te diriges á Burdeos, donde te esperaré para que nos reunamos y sigamos viaje á donde nadie se lo sospeche, no te parece?

Toma de lo que te entregará Dolcetti para tus gastos, pues el escritorio seguirá trabajando, y yo te dejo mil patacones para tus gastos de viaje. Ahora, mi Luisa, espero que me hagas tus observaciones en lo que creas conveniente y me digas si esto no te parece bien.

—Al contrario, respondió Luisa, todo me parece muy bien pensado y mejor ejecutado.

Dolcetti no puede sospechar nada, y no sospechándolo él que está á tu lado, quién quieres que lo sospeche?

Lo que has de hacer es juntar todo el dinero que puedas, porque las cosas, cuando se hacen, se hacen completas.

Así nos podremos retirar á gozar de una buena fortuna, sin que nadie se sospeche dónde estamos.

—Quiere decir que apruebas mi plan?

—En todas sus partes y te garantizo que nadie será capaz de penetrarlo.

—Yo, para mayor seguridad de Dolcetti, dejo en la caja del escritorio mis alhajas.

Tú recógelas cuando yo me vaya y antes que el tiempo se meta en agua, porque si llegan á sospechar mi fuga se van á echar sobre todo.

—Desde que yo quedo aquí, no tengas cuidado de nada; todo lo que no hayas tenido tiempo de proveer lo haré yo.

—Bueno, yo voy á encargar á Dolcetti que te obedezca en todo como si fuera yo mismo, porque á mi vuelta no quiero tener disgustos de familia, te parece bien?

—Mo parece perfectamente y veo que todo queda en buen orden y ha sido dispuesto con tal habilidad, que si no les avisas tú mismo que no vuelves mas, crearán que te has muerto.

Has hecho muy bien en proceder de esa manera, porque no es justo trabajar diez años de la manera que tú lo has hecho hasta levantar una fortuna para quedarse despues en la calle, no solo sin dinero, pero hasta sin crédito para trabajar.

—Quiere decir que apruebas en un todo mi proceder?

—Y cómo no he de aprobarlo?

Lo único que me fastidiaba hasta darme rabia, era ver que nada me decias, como si desconfiaras de mi.

Yo penetraba todo tu plan, estaba al cabo de todo, veía claramente que te ibas para no volver mas y esto me irritaba al extremo que habia decidido embarcarme contigo, quisieras ó no quisieras.

Ahora es distinto, veo la razon que tienes para dejarme un tiempo mas y la encuentro muy lógica, porque ella es el complemento de todo.

Y los dos consortes cambiaron un apretón de manos y un beso.

—Soy un imbécil, exclamó Lanza de pronto, pues solo yo tengo la culpa de lo que me sucede.

Mi manía estúpida de los frutos del país y mi vida desordenada es lo que ha traído mi ruina, una ruina inconcebible en un hombre como yo, que tenia unos tres millones de pesos míos y un crédito incalculable.

Esto me servirá de leccion en lo futuro, porque yo no nacl para pobre y lo que es mi fortuna, con el capital que llevo ya la volveré á construir y entónces no me meteré á zonzos.

Todavía, si yo le hubiera hecho caso á Dolcetti, si hubiera liquidado los otros negocios ruinosos y hubiera concentrado todos los capitales en el escritorio dejándome de jaranas, podría haberme salvado.

Pero habia un peligro que me aterraba enormemente, porque dependia solo de una casualidad.

La mas leve desconfianza del estado de mis negocios, traeria la alarma entre los clientes que tienen depositado su dinero en mi poder, estos vendrian á retirar su dinero que yo no les podria entregar y, adios diablo! en un dia se declaraba mi ruina de una manera terrible.

El Banco de la Provincia, que tiene privilegios, pediria embargo preventivo por lo que allí adeudo, y la ruina se completaba.

Hé aquí el gran terror que me ha precipitado á obrar así y ponerme en salvo cuando aún puedo hacerlo con tres ó cuatro millones de pesos.

Dentro de un mes tal vez tendria que pagar de la misma manera, pero sin poder llevar la mitad.

Bueno, mi querida, tratemos de pasar lo mejor posible este último tiempo que pasaremos juntos en Buenos Aires, y de modo que en el último momento no se nos eche todo á perder.

—No lo temas, Carlo, has obrado con tanta fineza y tanto tino, que ni aunque lo dijeran nadie lo habia de creer.

—En fin, Dios me saque bien del paso: yo no estoy perfectamente tranquilo hasta que no me vea á bordo y vea caminar el paquete.

Me vá á parecer que á cada momento van á hacerme volver á tierra.

—No seas flojo, hombre, y no tengas miedo: como están preparadas las cosas, yo te garantizo que nadie puede sospechar nada.

Con las seguridades que le daba Luisa, Lanza concluyó de tranquilizarse y no pensó mas en los peligros que le rodeaban, haciéndose el ánimo como si realmente fuera á emprender un viage de recreo.

Y convinieron con Luisa en dar una comida á los amigos, como despedida y promesa de pronta vuelta.

Al dia siguiente Lanza presentó á Dolcetti á sus principales clientes, como un apoderado general, llevándolo tambien á lo de Monseñor Mattera, para que se entendiera con él en todas sus necesidades.

El le entregaria todo el dinero que necesitase y podia girar contra el escritorio, de la misma manera que lo habia hecho hasta entoces.

Monseñor lamentó profundamente el viage de Lanza, porque hasta el regreso de este tendria que suspender sus mas agradables diversiones.

La casita quedaba siempre en pié de farra, pero faltando Lanza él no se atrevia á obrar de la misma manera, porque tendria miedo de ser descubierto.

Así es que le encargó no demorase mucho en Europa, entregándole algunas cartas para que las remitiera por mano segura á las personas que indicaba el sobre en Roma.

El pobre Dolcetti estaba totalmente embargado por sus ilusiones y las promesas que le habia hecho Lanza.

Encargado general de los negocios de Lanza y socio de la casa en seguida y al frente de ella cuando Lanza se quedase en Europa, era una felicidad grande para el jóven, que se hallaba con esto medio aturrido, al punto de que si Lanza hubiera cometido aquel día alguna chambonada, seguramente él no lo habria notado.

Toda la mañana estuvo escribiendo cartas para los amigos, invitándolos á la comida de despedida.

Esa habia sido encargada con toda suntuosidad, puesto que no pensaba pagarla.

Era la última estafa que realizaba aquí.

Se habia encargado un servicio para treinta personas, pero servido con toda suntuosidad.

A la seis de la tarde la casa de Lanza estaba llena de alegres invitados que esperaban el momento de sentarse á la mesa.

Hacia un frío terrible, como que era el mes de Julio, pero la atmósfera adentro estaba agradablemente templada por la profusion de picos de gas y de candelabros cargados de velas.

Todo estaba lleno de flores y la mesa cubierta de manjares, era capaz de abrir el apetito al mas desganado.

Lanza, tan alegre como siempre, se acercaba á todos los invitados, uno por uno, hablando á cada cual de aquello que mas pudiera interesarle, lo que contribuia á mantener la general animacion.

—Es mi último gasto, decia Lanza á Dolcetti, y bien se me perdonará por esta consideracion.

Es mi última fiesta, pues cuando vuelva de Europa, por mas brillantes resultados que haya obtenido, no quiero mas fiestas, ni mas comidas, ni mas nada.

Es mi última cansa al aire y bien se me puede permitir un pequeño exceso.

—Esto no quiere decir nada y me parece lo mas natural, respondia el jóven.

Es justo que la señora quiera festejarlo para que lleve un buen recuerdo.

Esto no es lo malo, son las otras comidas que usted sabe, las que arruinan el bolsillo y el crédito, que vale mas.

Estos son desahogos naturales de la familia, que es preciso respetar y atender, por el sentimiento sano que los guia.

Aquella comida fué de lo mas alegre y animada.

Se habló de todo: de negocios, de aventuras, de Europa y hasta de amores, embromando los amigos á Luisa, sobre si no tenia miedo de dejar ir solo á Lanza á países tan tentadores como Nápoles, Turin, etc.

—Es la última vez que se lo permito, y ya se lo he dicho, porque va á negocios serios, contestaba Luisa riendo siempre.

Peró otra vez, ya sabe que tiene que llevarme, si no, no vá.

Y ahora mismo, si pasan los tres meses y no ha vuelto, me embarco yo y lo traigo de una manera eficaz.

Todos reian de las respuestas de Luisa y le buscaban la boca para que siguiera amenazando á Lanza.

Nada mas alegre que aquella comida, al extremo que, á las doce, estaban en lo mejor de la jarana.

Pocas veces habia visto Dolcetti tan cariñosos á los esposos Lanza, pero lo atribuia á la temporal separacion que debia á Luisa en una absoluta libertad de tres meses.

—Por eso está ella contenta, pensaba, siendo natural que él lo esté, por la importancia de los negocios que va á realizar.

A las dos de la mañana se retiraba el último invitado, despidiéndose hasta el día siguiente, pues todos habian quedado en ir á acompañar á bordo al amigo viajero.

Quedaron, por fin, solos los dos esposos Lanza, quienes despues de despachar á los sirvientes bajo el pretexto que querian descansar, se entregaron á hablar del acontecimiento que quedaria realizado el día siguiente.

—Ya ves que nadie sospecha nada, decia Luisa, y mañana ya seria tarde para entrar recién en sospechas.

Has procedido con tanto tino, que nada absolutamente tienes que temer.

—Sin embargo, te aseguro que no puedo menos que estar violento.

Cualquier cosa puede perderme, y seria doloroso despues de todo lo que he hecho para salvarme con una fortuna.

—Yo te garanto con mi cabeza que no te sucederá nada, menos quedándome yo aquí, que importe una garantia de tu vuelta.

Duerme tranquilo y mañana temprano vas al escritorio á hacer tus últimos arreglos.

Así puedes apercebirte de cualquier cosa que suceda y estar aún en tiempo de remediar cualquier inconveniente, de una manera ú otra.

El dinero lo tienes contigo, entonces si no lo puedes salvar tú te lo salvo yo y siempre viene á ser lo mismo.

A pesar de todas estas seguridades, Lanza no pudo dormir en toda la noche.

Le parecia que al día siguiente le iba á suceder un fracaso.

Muy temprano se levantó, hizo atar la volante y se fué á Palermo.

Necesitaba respirar aire puro, porque le parecia que se ahogaba.

El corazon se le habia oprimido y á medida que pasaba el tiempo, crecia su miedo como si sintiera un presentimiento fatal.

Cuando se presentó en el escritorio, ya Dolcetti estaba trabajando en copiar las últimas cartas de que Lanza debia ser portador y empaquetando aquellas que pertenecian á los clientes y que las mandaban por Lanza.

Este dominó todas sus malas impresiones y se entregó al trabajo, anotando por su orden to-

das las cosas que tenia que hacer en Europa.

A última hora cayeron algunos clientes mas á remitir dinero, y como no habia tiempo para girarlo, Lanza se resolvió á llevarlo con simple apunto de la persona á quien se lo debia entregar, porque Dolcetti no iba á tener tiempo de escribir las correspondientes cartas.

A las doce, Lanza se fué á almorzar á su casa, comunicando á Luisa que todo marchaba en el mayor orden y que parecia no haber la menor novedad.

Almorzó algo mas tranquilo de lo que habia estado aquella mañana, pero sin poder desechar del todo sus temores.

—Es en vano, le decia, hasta que no vea que el paquete se pone en marcha, no podré estar tranquilo.

En vano hago esfuerzos para dominarme, no lo puedo hacer sinó aparentemente.

Es una tontera, pero qué quieres, es mas fuerte que mi voluntad y no puedo remediarlo.

Comprendo que ya no me puede suceder nada, pero la misma emocion de ver realizada mi obra, contribuye á tenerme así angustioso.

Lanza almorzó con muy poco apetito, á pesar de haberse levantado muy temprano y de haber paseado y trabajado toda la mañana.

A la una mandó su equipaje á la volanta y se preparó á marchar.

No llevaba mas que dos balijas pequeñas, como corresponde al que va á hacer tan corto viaje.

En una llevaba ropa, y en otra, bien empaquetado, el dinero y calzado con algunos trajes para que no hiciera ruido.

De esta balija no pensaba desprenderse un solo minuto.

A VOLAR

A la hora del embarque, Lanza se dirigia al muelle acompañado de numerosos amigos.

Muchos de sus clientes lo seguian en grupos, deseando hacerle una demostracion de cariño y estimacion.

El banquero caminaba rodeado de sus amigos, que no habian querido dejarlo ir en carruaje para tener el placer de ir conversando con él.

En su carruaje iban Luisa y Dolcetti, que llevaban su equipaje para facilitar mas su embarque y librarlo de cuidados.

Era la primera vez que Luisa lo acompañaba hasta el muelle en prueba de cariño, lo que alegró mucho á Dolcetti, porque le pareció que los esposos Lanza se habian reconciliado de sus pasados sentimientos.

A pesar de no haber ningun mal sintoma, Lanza iba agitado.

No las tenia todas consigo y creia ver llegar, de un momento á otro, un oficial de justicia que vendria á detenerle el viaje.

Solo cuando se viese á bordo y en marcha, podria estar tranquilo.

Y el tiempo pasaba para él con una lentitud aterradora y le parecia que nunca llegaba al muelle.

Felizmente aquella emocion se podia atribuir al viaje, á la separacion de amigos y familia, de modo que ninguno de los que lo acompañaban podria extrañarle, aunque lo notara.

Cuando llegaron al muelle, la agitacion de Lanza habia aumentado de una manera poderoso-

sa, pero allí las risas de sus clientes y anretones de los amigos tenian que hacerla pasar desapercebida.

Lanza, sin embargo, estaba allí mas tranquilo: no era en el muelle donde él esperaba un golpe de gracia, sinó á bordo.

Mas dueño de sí, sin embargo, ya se habia buscado una salida airosa á cualquier situacion que pudiera sobrevenir.

Si el viaje le era embargado, lo seria por un solo acreedor.

Si este no se contentaba con la garantia de su apoderado general, en último caso le pagaria y quedaria libre, aunque su capital iba espuesto á sufrir un rudo golpe.

Pero de todos modos peor seria que lo bajarán á tierra, porque entonces no solo lo perdía todo, sinó que se perdía él mismo, puesto que la quiebra seria la consecuencia lógica de aquello.

Los amigos que habian de regresar, lo acompañaron hasta la punta del muelle, donde unidos á los clientes formaban una verdadera manifestacion.

Luisa quiso acompañarlo hasta á bordo del paquete, pero Lanza se opuso cariñosamente.

Era aquel un golpe concertado entre ambos, para mostrar á los demás lo que se querian.

—Hace mucho frio, le dijo Lanza, y á la vuelta puedes agarrar una pulmonia.

Mira qué viaje entretenido haria yo, pensando que tú estás enferma de peligro!

Quédate, mi Luisa, quédate, que demasiado has hecho en acompañarme hasta aquí.

Los amigos apoyaron á Lanza, y Luisa concluyó por ceder, aunque pesarosa y lagrimeando.

Al único que voy á molestar es á Dolcetti, dijo entonces Lanza dirigiéndose á éste:

Puede ocurrirme decirle algo á última hora y es bueno que esté conmigo: con la agitación del viage puedo haber olvidado alguna recomendación.

Lanza contaba con que estando á su lado su apoderado general, que ninguna desconfianza abrigaba, podría salir mas fácilmente de cualquier tropiezo.

Cómo iban á rechazar su garantía si él se quedaba al frente de una casa tan fuerte como la suya?

Sin el menor inconveniente, como era natural, y contento, Dolcetti se prestó á acompañarlo, y no solo Dolcetti, sino diez ó doce amigos que habíanse decidido hacerlo.

Lanza estaba contento: todo esto alejaba las probabilidades de una mala aventura: porque como él iban personas de importancia comercial verdadera que no dejarían lugar á la mas mínima desconfianza.

Se cambiaron los últimos apretones de mano en el muelle, Lanza abrazó á Luisa, Dolcetti tomó las dos balijas que no había abandonado y todos los que debían acompañarlo hasta á bordo, se embarcaron en el vaporcito.

Entonces se levantó en la punta del muelle un verdadero clamoreo, y una gruesa de sombreros empezó á volar por los aires.

Era el napolitanaje que saludaba al banquero, deseándole toda clase de felicidades y recomendándole con formidables gritos, quién su mujer, quién sus hijos y quién sus viejos padres.

Era aquello un verdadero y formidable bochinche, donde todos gritaban sin poder entenderse lo que decían, aunque se comprendía bien que era una cariñosa despedida.

Quién había de haber dicho á esos mismos manifestantes, que un mes despues no habían de encontrar una maldición bastante sonora para aplicar á Lanza, á aquel mismo Lanza que despedían como á un padre!

No cesaron de saludar y gritar un momento, hasta que el vaporcito no estuvo á una distancia respetable.

Lanza, de cuando en cuando, y desde la cubierta les movía la mano en señal de afecto, lo que hacia esclamar á sus amigos: caramba! pocos hombres habrá tan profundamente queridos de la clientela! yo no he visto todavía una manifestación así hecha á un comerciante por su clientela!

—Es que allí en el escritorio se les trata fraternalmente, decia Dolcetti, se les complace en todo, y esta gente impertinente por naturaleza, nunca sorprenden un mal modo.

El señor Lanza tiene una paciencia asombrosa, y yo he concluido por aprender á tenerla tambien.

—Yo tengo paciencia, es verdad, decia Lanza, pero Dolcetti tiene mucha mas que yo.

Ahí donde lo ven, es capaz de escribirles diez veces una misma carta, hasta que queda á su completo gusto.

Yo tengo paciencia para conformarlos con lo escrito, aunque no les guste; pero no para escribirselas otra vez.

Así seguían charlando distraidamente mientras se acercaban al vapor.

Lanza apenas podia dominar su agitación á medida que se acercaba á bordo.

Le parecia que en el paquete lo estaria esperando un oficial de justicia encargado de bajarlo á tierra.

Pero bien pronto empezó á sosegar algo, reflexionando que no habia un solo acreedor que pudiera haber tomado una disposicion semejante.

Los Bancos no podían desconfiar nada, puesto que él mismo les habia presentado su apoderado general.

Y en cuanto á su clientela, que era lo mas peligroso, dada su natural desconfianza, no podia suceder nada, porque ya se habrían pasado la voz entre todos y lo hubieran atajado en el muelle cobrándole el dinero.

Aquella no era gente de ver abogados ni nada de eso, sino de atajarlo en la calle y armarle un feroz concierto de llantos é imprecaciones, hasta haberle arrancado hasta el último centavo.

Sus otras deudas eran letras que vendrían protestadas de Europa, pero que por el momento no habia que temer.

Pensando así, Lanza se habia quedado mucho mas tranquilo, pues se alejaban de su espíritu todas las probabilidades de un fracaso.

La conversacion que se habia hecho general y agradable, contribuía á distraerlo y hacerle dominar su agitación.

Ya se habia entregado á pensar en sus proyectos de paseos y de grandes negocios, pues con la fortuna efectiva que llevaba, bien podia levantarse en cualquier otra parte donde fuera y estudiase el comercio como es debido, segun su frase habitual.

Si en Buenos Aires, de la nada y sin mas capital que su ingenio comercial habia subido tan alto, con un millon de francos en la mano y ayudado del mismo ingenio, podria construir una gran fortuna.

Ah! si Dolcetti hubiera podido penetrar entonces el pensamiento de Lanza, se habria quedado helado de asombro.

Pues en aquel momento nada habria podido hacer en su defensa, Lanza se habria ido sin que él lo hubiera podido detener, pues para ello se necesitaba orden de juez competente.

Por fin llegaron al paquete, subiendo Lanza el primero sobre cubierta y diciendo á sus amigos mientras miraba al lado de la ciudad:

—Caramba! no sé por qué nunca he tenido tanta pena como ahora al partir de Buenos Aires! se me viene al corazón como si fuera á sucederme una desgracia!

—No piensen en zonceras, le observaban Dolcetti y sus amigos.

Qué desgracia quiere que le suceda!

—No lo sé, pero no estoy contento: será tal vez porque me embarco en invierno y otro invierno me espera en Europa.

Diablo, diablo! recién me apercibo que me voy á comer tres inviernos seguidos.

Conocido de todos los capitanes italianos, Lanza pidió á bordo con qué obsequiar á sus amigos y pasaron al comedor, donde empezó á sentirse poco despues el alegre tiroteo de los corchos de champagne.

Era la fiesta con que Lanza se despedía de sus amigos, la última fiesta que hacia en territorio argentino.

Los brindis no podían ser mas alegres, todos á la felicidad de Lanza y á su pronto regreso.

—Solo una enfermedad grave podria detenerme, les respondia.

De otro modo, dentro de cuatro meses á lo mas, estoy aqui, y ahora me apercibo que no son mas que dos inviernos los que me voy á comer, pues regreso precisamente á la entrada del verano.

Así estuvieron bebiendo champagne y conversando alegremente, hasta que el capitán les anunció la hora de la partida y empezó la despedida.

Lanza al abrazar á Dolcetti, le recomendó á Luisa.

—Sé que no tengo que recomendarla, añadió, pero con esto me consuelo.

Téngale mucha paciencia, porque ya sabe que ella es medio caprichosa y en cuanto á cuestion de dinero, no me la deje faltar nada.

Y añadió al oido, de manera que ninguno pudiera escuchar lo que decia:

—Le recomiendo ante todo la liquidacion de los otros negocios, principiando por la barraca.

Que cuando yo vuelva todo eso esté concluido.

Demasiado sabia él que á este respecto nada tenia que recomendar.

Dolcetti era el mas empeñado en hacer aquella liquidacion, puesto que en esos negocios veia la ruina del escritorio.

No habia, pues, que hacerle la menor recomendacion á este respecto.

Lanza salvó esto perfectamente, pero hacia la recomendacion para alejar del espíritu del joven cualquier desconfianza y asegurarlo mas en el cambio de vida que iba á hacer desde entonces.

—Estas son las últimas botellas de champagne que yo hago abrir, concluyó, hasta que mi fortuna no esté completamente reconstruida.

Y aun asimismo me he de medir mas con la leccion recibida, no hay cuidado! bien dicen que de los escarmentados nacen los avisados.

Dolcetti bajó del paquete sumamente alegre con las últimas palabras de Lanza.

Muerta la barraca, se acababa la ruina, y la prosperidad no tardaria en hacerse sentir vigorosamente.

Apenas se habian separado del costado del gran vapor, este se puso en marcha lenta y magistuosamente.

Recien Carlo Lanza respiró á pulmon pleno, sintiéndose verdaderamente feliz.

Ya estaba libre de todo cuidado y perfectamente tranquilo, dueño de una buena fortunita, pero de otra mayor.

Y al pensar el efecto que haria entre aquella su famosa clientela la noticia de su fuga, no pudo contener una carcajada, en la que reparó el Capitán, pero que atribuyó á natural efecto del champagne.

Cómo iba nadie á figurarse lo que en aquellos momentos cruzaba por el espíritu de aquel bergante?

Cuando Dolcetti y los amigos de Lanza regresaron á tierra, despues de haber cambiado con aquellos mil saludos que les dirigía de sobre la cubierta, se encontraron todavia con los napolitanos que esperaban su regreso para acompañarlo hasta el escritorio, lo que hicieron en medio de la mayor alegría.

Pronto tendrían contestacion de sus familias á las cartas de que Lanza era portador, y esto los llenaba de satisfaccion.

Carlo Lanza, entretanto, seguia en direccion á Génova, llevando el mas alegre de los viajes que hasta entonces habia emprendido.

A veces sentia algo su ida de Buenos Aires para siempre y una nube de tristeza envolvia su espíritu.

Es que no se vive impunemente una locura de años en un punto; se contraen relaciones que despues cuesta dejar, y afectos que no pueden arrancarse del corazon cuando uno quiere.

Lanza tenia amigos con quienes se habia encariñado mucho, pues tenia el hábito de estar con ellos todas las noches y naturalmente alguna impresion tenia que causarle la idea de que ya no volveria á ver estos amigos, que serian tal vez los primeros en despreciarlo cuando supieran lo que habia hecho.

Pero de todos modos peor hubiera sido quedarse, porque su situacion habria sido terrible y Lanza no se sentia con fuerzas suficientes para declararse en quiebra como hubiera tenido que hacerlo y quedar en la miseria.

Cuando estos pensamientos lo asaltaban y lo entristecian, buscaba á los compañeros de viaje y empezaba á conversar cosas agradables y ajenas á todo lo que con él se relacionara.

Lanza viajaba como siempre, rodeado de comodidades y haciéndose el gusto en los menores caprichos.

Comia siempre con los mejores vinos que habia á bordo, obsequiando al Capitán para pasarlo mejor.

Sin embargo, en aquel viaje no era Lanza tan largo de mano como en los anteriores.

No invitaba á beber á todos ni hacia aquellas farras nocturnas que le costaban veinte ó veinte y cinco botellas de champagne.

No queria desperdiciar su dinero de aquella manera, porque ya no tenia como reemplazarlo con la facilidad de antes.

Entonces su escritorio le permitia todo género de desórdenes y todo género de gastos, mientras que ahora no tenia mas escritorio ni mas nada

que las letras y el oro que llevaba consigo.

Al hacer este balance, Lanza sonreía con infinita travesura y profunda satisfacción.

Recordaba la manera como se había hecho de aquellas letras y la gran habilidad con que había procedido para engañar á Dolcetti.

Pensaba en la sorpresa de este cuando supiera que ninguna de aquellas letras ni aun las de Falcon habían sido cubiertas y los mil pensamientos en que se enredaría la razón del pobre jóven, que nunca podría atinar en la manera como él había procedido.

Lanza pensaba en seguida con sus clientes y no podía dominar un estremecimiento de horror, comprendiendo el peligro á que escapaba con su fuga.

— Aquellos bárbaros arruinados por mí, pensaba, serían capaces de regalarme una puñalada á la vuelta de una esquina, ó despedazarme en mi propio escritorio, una vez convencidos de que no iban á sacarme un solo medio de todo el dinero que me han dado á guardar.

La mayor parte de ellos son napolitanos desalmados, pensaba, muchos de los cuales serían capaces de seguirme á Italia para satisfacer la venganza que me juraran.

Pero no es en Italia donde me han de agarrar á tiro! no soy tan estúpido para quedarme allí esperando una puñalada en la espalda ó un exhorto pidiendo mi estradicion.

En primer lugar buscaré un país con el que no existe la dichosa estradicion y donde mis pulmones no corran peligro de ser sondados con un estileto.

Que averiguen dónde ha ido á parar Carlo Lanza, los que deseen vengarse de él!

Que me busquen, y yo soy capaz de regalarle una firma al que dé con mi bulto.

Y pensando que iguales peligros podía correr Dolcetti, de quien no había recibido sino delicadas atenciones, sintió algo como un remordimiento.

Y fué entonces que resolvió darle un aviso provechoso para que pudiera salvarse con tiempo, recogiendo las utilidades que se hubieran hecho en el escritorio en aquel tiempo y remediándose con ellas.

Así su fuga no se conocería sino por la fuga de Dolcetti, y ya cuando ninguna de las dos tuviera remedio.

El recuerdo de Luisa acudía á su imaginacion de tiempo en tiempo, pero de una manera bien diversa.

Lanza no tenía ninguna afeccion por su consorte, al contrario, hacia mucho tiempo que le tenía aversion y fastidio por su mala conducta y su desamor.

No tiene de qué quejarse, pensaba, porque le pago en la misma moneda.

Con el poco dinero que le he dejado y las alhajas que posee, bien puede remediarse, qué diablos! solo es una mujer de recursos y que no se ha de ahogar en un balde de agua.

Además su familia es rica, tiene recursos de dinero y no la ha de abandonar.

El día que sea necesario, si me conviene, inventaré alguna historia de persecuciones y contratiempos, que tendrá que creerme de buena mala gana y todo quedará así arreglado entre ella y yo.

No me diera Dios mas trabajo que el de engañar á la imbécil de mi mujer, que por la cola de paja que tiene ha de tragar sin dificultad todo cuanto se me antoje decirle.

Por este lado estoy contento y no tengo por qué aflijirme.

Demasiadas iniquidades ha hecho solo conmigo para que me pese la jugada que le hago hoy.

Buena rabieta vá á agarrar mi mujer cuando sepa que mo la ayudado á reirme de ella misma!

Va á desear que me cuelguen, aunque tal vez piense que me ha sucedido algun mal percance, percance que sentirá profundamente, no por mí, sino por la suerte que haya corrido el dinero que me traje.

Qué mi mujer! es olla quien vá á tener que oír! si me llega la quinta parte de las maldiciones que me echará, era yo hombre perdido!

Y el estimable y sagrado Monseñor Mattera, qué pensará de este tiro que me lo deja en la calle!

Me vá á escomulgar de lo fino, como si eso pudiera importarme la pitada de un cigarro!

Busca la plata con escomuniones, padrecito, busca la plata, que la vas á encontrar!

Felizmente el amigo San Pedro es bastante rico, y con el óbolo de San Pedro podrán salir de miserias como salen todos los años.

Este San Pedro sí que es buen cliente! lo toman á depósito las utilidades de todo el mundo católico y no le dan nunca un centavo, sin que él se permita reclamarlo ni hacer para obtenerlo ninguna diligencia judicial.

Lo sensible es que no sean muchos Matteras los que figuren entre la lista de mis clientes, porque es su dinero el que ha de reportarme mejor provecho, como cosa bendita que es.

Lo que siento es que no hay mas que un Mattera y que es muy poca cosa lo que le llevo.

El dinero de la Iglesia deja muy buen provecho, si no, no hay mas que mirar los morridos matambros que posee el mas infeliz de los reverendos.

Qué chino va á agarrar el buen delegado! en fin, que se lo cuente al Papa, que siempre será un consuelo.

Con estos pensamientos risueños, Lanza mataba sus horas aburridas de la noche, cuando los compañeros de viage se retiraban á dormir y él se quedaba solo en la Cámara.

Y no teniendo mas que hacer, se ponía á calcular lo que sacarían de la liquidacion de todos sus negocios y lo que vendría á tocar á cada uno de sus clientes depositantes.

Lo que hay es que Lanza no conocia el verdadero estado de sus negocios, y por consiguiente no iba á poder apreciar la inmensa ruina que iba á cauear su fuga.

El conocia exactamente los libros de la casa, desde que los llevaba Dolcetti.

Por darse infulas de que algo hacia, él llevaba un libro de caja, todo escrito de su letra, pero no era sino una copia del libro de caja de Dolcetti, copia que hacia todas las noches, pero que no entendia él mismo porque copiaba sin fijarse en lo que copiaba.

Cuando Dolcetti queria darle alguna explicacion no se la atendia, contestándole, para darse importancia de saberlo todo:

— Ya lo sé, ya lo sé perfectamente y no necesito ninguna explicacion.

Así es que Lanza no conocia con exactitud el estado del escritorio, aunque se daba perfectamente cuenta de la enormidad de las sumas perdidas y malgastadas por él.

En globo, él calculaba bien que su fuga venia á causar un perjuicio de seis ú ocho millones de pesos que debía por compras hechas y por depósitos hechos en su célebre Banco.

El que tenia en el canto de la memoria todas las operaciones del escritorio, era el desgraciado Dolcetti, que iba á ser la primer victima de aquella fuga miserable, pues era el que quedaba allí inocentemente espuesto á todos los peligros de venganza de aquellos cientos de estafados de tan impune manera.

Luchando con todos estos pensamientos, sintiendo lo que pudiera sucederle á Dolcetti y riendo de sus clientes y de su mujer por la mala pasada que les jugaba, Carlo Lanza llegó á Génova.

Allí se demoró solo el tiempo necesario para cobrar sus letras, dando por pretexto que tenia que hacer una importantísima operacion en Florencia.

— Apenas me demoraré unos tres días y regreso en seguida, porque aunque menos urgentes no son de menor importancia las operaciones que me traen á Génova.

— Lanza realizó en el acto sus letras, puso el oro en sus baliijas y tomó el tren ese mismo día.

Para que nadie pudiera dudar de su pronta vuelta, dejó en el hotel su departamento tomado y la órden de responder á cualquiera que preguntára por él, que dentro de tres días estaria de regreso.

De esta manera nadie dudaria de su vuelta, aunque era una precaucion de mas, porque nadie tenia el menor motivo para dudar de ella.

Su crédito en Génova era perfecto y los que allí lo conocian, lo conocian por el gran banquero americano de fabulosa fortuna.

Lanza se dirigió á Roma, pero de allí inmediatamente y sin detenerse en parte alguna, pasó á París, donde tenia otras letras á la vista que realizar.

Allí debían quedar redondeados todos sus negocios, y encontrarse con un millon de francos en oro sonante y en su poder.

Ya no tenia que temer absolutamente nada.

Todo el mundo quedaba despistado por el momento y era aquel el último rastro que dejaba de su persona para el que hubiera querido seguirlo.

Toda su operacion venia, pues, á quedar allí coronada del mas brillante éxito.

Lanza quedaba dueño de aquella fortuna que llevaba consigo, sin correr el menor peligro de perderla.

A aquella fecha, en Buenos Aires aún debía ignorarse su fuga, el escritorio debía seguir operando y entonces, nadie podia sospechar nada todavía.

El mismo Dolcetti estaria esperando el famoso telegrama en que él debía autorizarlo á girar, y no podia pensar ni imaginarse lo que iba á suceder.

Lanza pensó irse de allí al Egipto ó á California, ó á cualquier parte donde poder gozar tranquilamente de su dinero, pero el recuerdo de Dolcetti, victima inocente, lo detuvo.

Era preciso darle un aviso con tiempo para que pudiera huir cómodamente llevando algun dinero, pues de otro modo, el jóven seria la victima de jueces y acreedores.

Juzgando á los demás por sí mismo, Lanza pensó que Dolcetti huiria con todo el dinero que hubiera entrado al escritorio desde que él faltaba, y que así se aseguraria felizmente un porvenir descansado.

Dolcetti tenia la gran ventaja de poder decir que Lanza habia huído con todo y entonces ni siquiera tendria la necesidad de pagar.

— Bien merece que no lo envuelva en mi ruina, pensó, y que lo salve.

Entonces Lanza pasó á Burdeos, desde donde hizo á su dependiente un telegrama cifrado dándole cuenta de la determinacion que él tomaba.

Fué la última noticia que se tuvo de Lanza.

TRAVESURAS DE LUISA

Desde el día siguiente á la partida de Lanza, Dolcetti empezó á atender el escritorio con mas desvelo, que nunca.

Quería hacerse digno de las promesas que le hiciera Lanza, y que esto á su regreso, encontrara una porcion de negocios y economías introducidas por él.

Desde ese mismo día se puso á estudiar tambien el asunto de la barraca, para penetrarse bien del negocio y que Lanza se perjudicara lo menos posible.

Dolcetti tenía un ódio reconcentrado contra aquella barraca maldecida.

Ella era la causa de la ruina de que habian estado amenazados, así es que la miraba como el enemigo irreconciliable de su prosperidad.

—Mientras exista esta barraca, pensaba, todo serán pérdidas, y pérdidas fuertes.

Es preciso suspender en el acto sus operaciones y hacer la liquidacion lentamente, de manera que nada pueda escaparse.

Es que como Lanza no le habia dado participacion en este negocio, el jóven estaba completamente á oscuras en él.

Luisa, como siempre que Lanza estaba ausente, empezó á pasear por todas partes.

Por la mañana y á la tarde se iba á Palermo en un precioso cupé, y á la noche se iba al teatro ó á visitar amigos.

A Dolcetti le llamó la atencion la amabilidad con que lo trataba Luisa y el interés que se tomaba en los negocios.

Con frecuencia lo invitaba á comer, y conversaba con él de todas las esperanzas que habia llevado Lanza y de los resultados felices que tendria aquel viage.

—Lo que Lanza necesitaba era regenerarse, le decia, dejar esa vida de escándalo que llevaba y entregarse mas á sus negocios.

Si antes lo hubiera hecho, como se lo aconsejaba, no se hubiera visto en apuros tan peligrosos.

Luisa queria seguir engañando y confiando á Dolcetti para que Lanza tuviera tiempo de realizar todos sus propósitos, y la mejor manera de confiarle, era hablarle del regreso de Lanza y la realizacion de los fingidos proyectos que lo llevaron á Europa.

Dolcetti estaba sumamente complacido de este interés que Luisa se tomaba en los negocios, pues esto para él era una prueba de que Lanza habia entrado de lleno en el camino de la regeneracion, puesto que parecia no solo haberse reconciliado con Luisa, sino haberle comunicado todos sus planes para el futuro.

—Ya me ha dicho Carlo que usted vá á quedar encargado de la casa aquí, mientras nosotros nos vamos á Europa.

Yo me alegro mucho de esto, porque usted es un jóven leal y bueno, en quien se puede tener confianza, una confianza ciega, y que bien merece todo esto por lo bien que se ha conducido con Carlo.

El jóven estaba completamente engañado al oír hablar así á Luisa y açariciaba un porvenir lleno de promesas.

La reconciliacion de los dos esposos debia de ser formal, desde que Lanza habia impuesto á Luisa de todos sus proyectos, sin ocultarle que pensaba fijar definitivamente su residencia en Europa.

Como muchas veces Luisa le habia hecho confidencias respecto á sus disgustos con Lanza, y quejádose de la vida desordenada que Lanza llevaba, el jóven la felicitó por su reconciliacion que parecia ser duradera y eficaz, y le contó cómo Lanza se habia ido con la idea de regenerarse en todo y no volver mas á sus calaveradas.

Así me lo ha dicho y yo he tenido la debilidad de creérselo, contestó Luisa.

Usted sabe lo que Carlo me ha hecho sufrir con sus calaveradas, le decia, usted sabe cuánto me ha hecho llorar con su abandono injustificable, para entregarse á las mujercuelas que lo arruinaban.

Sin embargo, lo he perdonado, porque me ha prometido cambiar su conducta y regenerarse por completo.

Todo esto convenia mas y mas á Dolcetti de que Lanza iba á cambiar de conducta y entrar de lleno en sus negocios.

—Cuando esta está conforme y ha hecho las paces, pensaba, es porque la cosa es seria.

Dolcetti empezó á venir á comer con frecuencia á casa de Luisa, porque la conversacion seria de la jóven le agradaba y porque con ella podia hablar de todos los negocios, pues ella entendia tan bien como Lanza los asuntos que se referian al escritorio.

—Caramba! exclamaba Dolcetti, si se hubiera dedicado siempre á los giros y depósitos en el escritorio, Lanza tendria hoy una linda fortuna, en vez de andar en apuros como los que lo han llevado á Europa!

No le permita, no le permita nunca meterse en otros negocios y menos en negocios que no entienda, pues volveria á arruinarse otra vez!

—Es que últimamente Carlo no me consultaba ya nada, usted lo sabe bien: yo no podia entonces darle el menor consejo porque estaba ig-

norante de todo, al extremo que cuando me contó lo apurado de su situación yo me quedé helada, porque yo me fié que pudiera haber llegado á la ruina.

Demasiado lo ha de pesar, sí, porque si él me hubiera consultado sus cosas como al principio, otra cosa habria sido y otra fortuna tendria hoy dia.

Pero quiso hacerme á un lado y ahí tiene usted lo que vino á resultar: si Lanza no ha quebrado es porque ha venido á detenerse al mismo dintel de la quiebra y ha mirado el abismo á cuyo fondo rodaba, nada mas.

Y si no hubiera sido por su crédito, lucido estaria á estas horas!

Dolcetti habia observado con cierto placer que si Lanza estaba dispuesto á cambiar de vida, su muger habia empezado á hacer lo mismo, por lo menos en la apariencia.

El viaje de Lanza volvió á reunir en su casa á todos aquellos frailes calaveras que tenian sobre ella sus famosas pretensiones.

Ellos venian á almorzar, á comer y hasta á dormir la siesta, á pesar de ser invierno.

Geremias, siempre llorando miserias, era infaltable á todas horas.

Pero Luisa los recibia á todos con marcadísima frialdad y á cierta hora de la noche los despedia diciéndoles:

—Yo no tengo necesidad de que la gente se ocupe de mí malignamente y hable lo que no debe.

Así como cuando Carlo esté aquí, poco me importa que ustedes hagan lo que quieran, cuando él no esté es preciso que se retiren á una hora discreta, de manera que nadie tenga que hablar.

Los curas se defendian con su hábito diciendo que nadie podia pensar nada malo de gente religiosa y honesta; pero ella no transigia por nada y á cierta hora de la noche los hacia retirar.

Dolcetti miraba esto con un placer infinito; él miraba á Luisa como á persona de su propia familia, la queria como á tal y no podia ser indiferente á lo que la perjudicara.

Nunca se hubiera permitido dirigirle la menor observacion respecto á su conducta, pero no pudo menos que aprobar su proceder con los curitas, aconsejándole que no se dejara influenciar por mas que le dijeran.

—Usted tiene sobrada razon en lo que les dice: cuando venga Lanza que hagan lo que les dé la gana, siempre que él se los permita.

Pero mientras usted esté sola, que no hagan sino lo que á usted le convenga y le dé la gana.

No han de quebrar con esto relaciones con el escritorio, porque no les conviene de ningun modo.

Tendrán paciencia y esperarán la llegada del padrino.

El sabe lo que hace á este respecto y sobre todo estando él, nadie tiene que observar ni criticar nada.

Luisa, si las tenia, tendria sus aventuras fuera de casa, con alguna persona que ni la visitaba siquiera para no dejar traslucir su relacion.

Pero en su casa no recibia nada que pudiera hacerla sospechosa ni reformar las creencias de Dolcetti.

Ella salia por la mañana y á la tarde en carruaje, rara vez durante el dia, y muchas veces rogaba á Dolcetti que la acompañara al teatro.

El jóven que veia su conducta honesta, hacia lo posible por complacerla y se anticipaba á sus menores deseos, diciéndole:

—Yo he recibido especial encargo de Lanza de complacerla en todo cuanto usted pueda desear.

Hágame el favor de pedirme cuanto necesita, pues ya sabe que mi cabeza es poca para atender todos los asuntos que tengo entre manos.

Pero Luisa no le hacia la menor exigencia, diciéndole que tenia todo lo necesario.

A fin de mes, sabia decirle, voy á necesitar unos cuatro mil francos, para encargar unas ropas y géneros que necesito, y que usted me los dará si hay dinero, sinó esperaré no mas, que por esperar no nos hemos de morir.

En la intimidad con que lo trataba, Dolcetti podia haberse tomado alguna libertad, que seguramente no hubiera sido mal recibida.

Era jóven, simpático, y de una fisonomia atrayente.

Pero él por nada de este mundo se habria permitido una palabra que pudiera ser clasificada como un acto de deslealtad para su amigo y patron.

Trataba á Luisa con el cariño que debia haber engendrado en él el trato diario de diez años, pero nada mas.

Era el mismo cariño que tenia á Lanza, á quien miraba como á una persona de su propia familia.

Los curas corrides por Luisa, se iban á quejar al escritorio, diciéndole que estrañaban profundamente la conducta de Luisa que los obligaba á buscar alojamiento contra su costumbre y de puro caprichosa, porque ellos no podian perjudicarla en nada.

Los sacerdotes no podemos comprometer á nadie, añadian, y mucho menos á Luisa, porque todo el mundo sabe la confianza que tenemos con Lanza y que siempre hemos parado en su casa.

—Lo siento mucho, respondia Dolcetti, pero qué quieren que yo haga.

—Si Luisa cree que en ausencia de su marido no debe darles alojamiento, qué quieren ustedes que yo le haga!

—Usted puede hacer mucho, como que es su apoderado general.

Usted debe decirle que no sea zozna y que nos dé el alojamiento habitual, porque de otro modo va á perjudicar á Lanza que ha de enojarse mucho cuando vuelva.

—Y cómo quieren ustedes que yo me meta en la vida privada de la señora y á gobernar su casa?

Me echaria en hora mala y me espondria á que me prohibiera á mí tambien volver á su casa.

Si ella cree que se compromete alojándolos á ustedes, no ha de cambiar su opinion por lo que yo pueda decirle, porque esas son cosas de sentimientos, y no hay razon que pueda destruir los sentimientos de una muger.

Si ustedes mismos que son los interesados no la han podido convencer, á pesar de su carácter de sacerdotes, cómo quieren que yo la convenga?

Además que yo no puedo meterme en las cosas del hogar, donde no se me han dado cartas de ningun género.

Yo lo mas que puedo hacer seria alojarlos en el escritorio, pero esto seria muy incómodo para ustedes, porque el escritorio se abre temprano y la clientela que acude desde las primeras horas hace una bulla de todos los infiernos.

Otra cosa no me es posible hacer sin esponerme á una reprimenda de Luisa, cosa que no he merecido, gracias á Dios, en todos los años que hace estoy aquí.

—Pero si Luisa no tiene ninguna razon en su favor! esto es una cuestion de capricho y nada mas.

—Peor entonces, porque si una razon se puede combatir con otras razones mas poderosas, el capricho de una muger no puede combatirse con nada absolutamente.

No hay mas que tener paciencia y conformarse hasta que venga Lanza, que él entonces arreglará las cosas como mas le dé la gana.

No habia otro remedio y los curas tuvieron que conformarse á la fuerza buscándose alojamiento como pudieron.

Sin embargo, muchos iban á almorzar y á comer á casa de Luisa, tratando de convencer á ésta de que debia alojarlos como cuando estaba Lanza.

—Ya les he dicho que eso no me conviene, porque la gente es muy mal hablada, decia la jóven.

Cortemos pues esta cuestion enojosa y no hablemos mas de ella, porque si todos los dias me han de mortificar con el mismo discurso, concluiré por no recibirlos á ninguna hora y asi me evitaré estar escuchando cosas que me son desagradables de todos modos.

Este modo de hablar apagó por completo los juegos de los que querian atorrar allí á toda costa, comprendiendo que Luisa no modificaria su resolusion, por mas que le dijeran.

Y como así siempre sacaban de balde comida y almuerzo, se conformaron y no quisieron esponerse á perder el todo.

Dolcetti, que aunque no lo daba á entender, tenia una aversion profunda á esta clase de sinvergüenzas, y se alegraba profundamente de la resolusion de Luisa.

El nunca se la hubiera aconsejado, porque hubiera temido perder la relacion de aquella gente que tanto bien hacia al escritorio.

Pero una vez que Luisa la habia adoptado porque así creia convenirle, era el primero en aplaudirla íntimamente.

Y como Luisa le tomara opinion sobre su parecer un dia, no pudo menos que decirle que él

no queria meterse en estas cosas, pero que se alegraba mucho de lo que habia hecho.

—Yo no quiero que se hable de mí, ni que Carlo tenga nada que reprocharme á su vuelta, le dijo la jóven, lo que concluyó de convencer á Dolcetti que las paces entre marido y muger habian sido hechas de buena fé.

En esos dias llegó el inimitable Milito y pretendió llevar su baliña á casa de Lanza, pero se encontró con la resolusion tomada por Luisa.

Milito que era el mas audaz y sin vergüenza de todos, protestó enérgicamente, diciendo que él se quejaria á Lanza y que aquella resolusion estúpida no podia ser estensiva á los amigos como él.

Pero entoncés Luisa le notificó que á él no lo recibiria á ninguna hora, que no estando Lanza ella gobernaba su casa y que harto hacia con darles de comer y de almorzar.

Los honorables curas estaban así furiosos con Luisa y habian hecho causa comun para armarle una gran intriga cuando volviera Lanza.

El mas irritado de todos era Geremias, porque la medida habia sido estendida hasta él, y habia roto toda relacion con Luisa, ó mejor dicho, Luisa habia roto toda relacion con él, rogándole que no volviera á poner mas los pies en su casa á ninguna hora, ni en ausencia ni en presencia de Lanza, porque él era el mas trompeta de todos.

Geremias se puso furioso, insultó á Luisa y esta se vió obligada entoncés á echarlo de su casa definitivamente y como quien echa á un mucamo.

—A mí no me la pega nadie, se dijo Geremias, está buena la medida de Luisa, como medida general, tanto que yo créí que era para proteger su relacion conmigo.

Por lo que Luisa me ha hecho, esta ruptura sin motivo de ninguna especie, viene á revelarme la verdad de lo que sucede.

Luisa tiene amores con alguno, y con alguno que desea ocultar á todo trance.

Por eso no quiere tener en su casa ningun extraño que pueda sorprenderle el secreto.

Yo te voy á embromar, prendá mia, pensó, y sorprendido tu secreto yo te pondré mis condiciones.

Y desde que Geremias tuvo este pensamiento, se puso en acecho.

Para él era indudable que Luisa tenia amores con alguna persona á quien recibia en su casa á altas horas de la noche, y que para que no lo pillaran y para poder recibirlo con mas libertad, no queria tener en su casa ningun testigo importante.

Y como de dia no sucedia lo mismo, ni en la primer noche, puesto que sin inconveniente los recibia á comer y les permitia estar hasta cierta hora, era claro que la aventura de Luisa tenia lugar á altas horas de la noche.

Geremias, perfectamente bien disfrazado, empezó á rondar la casa de cierta hora en adelante, es decir, desde que se retiraba la última visita de Luisa.

Y se estaba rondando la casa con gran disimu-

lo y observando desde la esquina, hasta la madrugada.

Y repitió la oración una semana seguida sin haber visto venir a nadie y sin haber visto salir á Luisa sino para ir al teatro, volviendo cuando la función terminaba, y siempre sola.

Que Luisa tenia algunos amores, era cosa indudable para Geremias.

Pero con quien los tenia, dónde se verán?

Hé ahí el problema que él queria penetrar á toda costa, pero sin poder lograr su objeto.

Indudablemente en aquellas salidas por las mañanas y las que hacia entre dia, era cuando Luisa se veia con su amante, pero como siempre salia en coche, no podia hacer nada.

De dia no se atrevia á disfrazarse porque tenia miedo de ser conocido y si Luisa se apercibia que él la seguia disfrazado, era muy capaz de delatarlo á la Policia, haciéndolo agarrar con cualquier vigilante de la calle.

Y Geremias se desesperaba de rabia y de despecho sin poder conseguir nada.

Luisa guardaba su secreto de una manera admirable, de manera que Geremias se encontraba burlado.

Los otros frailes habian tenido la misma sospecha, llegando hasta suponer que los amores de Luisa serian con Dolcetti.

Pero bien pronto salieron de su error.

Puestos en combinacion para averiguar el misterio, mientras Geremias espiaba á Luisa, los otros empezaron á observar al jóven, pero bien pronto se convencieron que estaban engañados.

Si alguna vez por casualidad el jóven acompañó á Luisa al teatro, cuando volvian la dejaba en la puerta de calle, yéndose en seguida á correr sus aventuras de jóven que á nadie tenia que dar cuenta de sus acciones porque á nadie está ligado.

Los curas estaban completamente despistados, y sin embargo cada vez mas convencidos que Luisa tenia amores con alguien.

El problema era descubrir este alguien que tan maestramente sabia ocultarse.

Luisa iba á Palermo todas las mañanas.

—Pues vamos á ver si espiando en Palermo salimos de curiosidades, se dijo.

Y á la mañana siguiente se fué muy temprano á Palermo, decidido á hacer lo mismo hasta averiguar lo que queria saber.

Geremias se situó en su carruaje donde hoy se ha edificado el cuartel de artilleria y bajando las cortinillas de manera que no lo pudieran ver.

Así, en cuanto apareciera el carruaje de Lanza, él lo veria al momento.

No tuvo mucho que esperar Geremias.

Solo hacia media hora que estaba allí, cuando sintió el trote apurado de dos caballos, miró y vió el carruaje esperado que, con su habitual rapidez pasaba por delante de él y seguia en direccion al bosque.

Geremias se volvió un Argos para mirar todo el interior del carruaje, pero sus esperanzas quedaron cruelmente burladas.

Luisa llevaba las cortinillas tan rigurosamente echadas, que no pudo ver nada.

Geremias quedó como sobre ascuas.

Era indudable que Luisa iba con alguien en la volanta, desde que se ocultaba de aquella manera, ¿quién era este alguien?

Seria posible que lo habia de tener allí, bajo su mirada, sin poder conocerlo?

Á Geremias se lo llevaba el diablo de impaciencia y de despecho.

Esperó un momento, sacó la cabeza y miró.

El carruaje de Luisa no se veia por allí: habia doblado á la derecha y se habia metido en el bosque.

Geremias no quiso dejar conocer nada al cochero, y le dijo con cierta indiferencia:

—Sigue derecho y dobla al bosque, pero despacio no mas, porque estoy esperando un amigo.

Si el carruaje se ha parado por ahí, pensaba, y se han bajado, tengo que verlos, no hay remedio, y como mi coche vá marchando lentamente no pueden desconfiar nada.

Creerán que vá una pareja aventurera que como ellos desea ocultarse.

El coche de Geremias se metió al bosque y siguió marchando al paso natural, recostado á la derecha del camino.

Geremias se habia vuelto puros ojos para dominar todos los sitios del bosque, tratando de descubrir la ansiada pareja.

Al fin y cuando empezaba á temer que el coche de Luisa hubiera dado la vuelta al bosque y salido hácia Palermo chico, lo vió parado á corta distancia sobre la izquierda.

Indudablemente la pareja debia haber bajado del carruaje, de modo que emboscándose cerca de allí la veria subir.

No dijo nada á su cochero y siguió andando.

Pero al pasar delante del coche de Luisa, vió con desesperacion que las cortinillas seguian rigurosamente echadas, lo que indicaba que las personas que iban dentro del carruaje no habian bajado.

Geremias se mordió los labios hasta hacerse sangre.

Sin dar un escándalo no podia saber nada, y dando un escándalo se ponía á ser molido á palos por el acompañante y por el cochero de Luisa, no habia remedio.

Geremias hizo detener su coche á unas docientas varas del de Luisa y esperó, en la esperanza de que bajaran á dar una vuelta por el bajo ó por el bosque mismo.

Pero en vano esperó allí mas de una hora, nada pudo conseguir.

Al cabo de este tiempo el cochero de Luisa subió al pescante y el carruaje partió como una exhalacion.

Seguirlo con matalote de alquiler era ponerse en ridiculo sin lograr su objeto, así es que Geremias dismulo, se tragó sus celos y un cuarto de hora despues mandó á su cocheratis regresar á la ciudad.

Geremias volvía lleno de despecho y de celos, porque aquel misterioso amante era el que lo

había desbancado, al extremo de hacerlo echar de la casa como se echa un sirviente.

Dos ó tres veces mas volvió á Palermo, en la esperanza de verlos bajar algun día, pero inútilmente.

Luisa iba siempre con su carruaje perfectamente cerrado, se detenía mas ó menos en el mismo sitio de la primera vez y allí permanecía una hora y media, regresando en seguida á la ciudad sin haber bajado de la volanta.

Convencido de que por aquel medio nunca sabría nada, cambió de táctica y resolvió avanzar al cochero.

Lo único que deseaba saber era á dónde se dirigía Luisa despues que salía, porque no saliendo de su casa, en alguna parte debía alzar al hombre que iba con ella.

Sabiendo dónde subía éste, tenía el problema resuelto, porque allí los esperaba y lo vería por mas que quisiera ocultarse.

Pensando que esto le daría mejor resultado, aquella misma noche Geremías abordó al cochero con un billete de mil pesos en la mano.

—Si quieres ganarte estos mil pesos, vas á contestarme con verdad á una pregunta.

—Si puedo hacerlo, no tengo inconveniente.

—Puedes hacerlo, y es muy sencillo.

Necesito que me digas solamente en qué paraje sube al coche de tu señora la persona que la acompaña á Palermo todas las mañanas.

Tomado de improviso, el cochero vaciló, miró fijamente á Geremías y guardó silencio.

—Fíjate que en nada te comprometes ni comprometes á nadie, dijo el astuto fraile, yo no te

pregunto ni cómo se llama, ni qué hacen, ni á dónde van, puesto que lo sé.

Solo te pregunto en qué paraje sube á la volanta, cosa que lo puede saber cualquiera que siga á tu señora y que pase por allí.

Convencido el cochero por estos argumentos y los mil pesos y sin comprometerse á nada mas, dijo que el jóven aquel subía en la plaza del Rictiro.

Geremías se alejó cerrando los puños como quien dice: "ahora te tengo y me la vas á pagar", mientras el cochero se dirigía á casa de su patrona.

Esta lo compraba en absoluto silencio, dándole propinas que importaban mas de su sueldo, y su conciencia no podía venderla por mil pesos papel.

Aquella misma noche fué á ver á Luisa y le refirió todo lo que habia pasado, dándole las señas del comprador de secretos, tan minuciosamente, que Luisa en el acto conoció á Geremías.

Aquella misma noche escribió una carta al jóven en cuestion, cambiando el punto de reunion, y Geremías quedó burlado y sin derecho de hacer al cochero el menor cargo, porque al primero que le dirigió, éste repuso:

—O se han apercebido y no han salido hoy, ó han cambiado el punto de reunion porque usted se habrá dejado sentir por otro lado.

Yo no tengo la culpa.

Sin embargo, Geremías no se dió por vencido y siguió sus huellas por otra direccion y usando otros medios.

UNA QUIEBRA HISTÓRICA

Hacia un mes que Lanza se habia ido de Buenos Aires y nada se habia alterado la marcha de sus cosas.

Luisa, disimulándolo con gran talento y burlando siempre las acechanzas del constante Geremías, seguía su vida paseandera y divertida.

El escritorio seguía sus negocios sin el menor tropiezo, aumentando siempre sus operaciones, y Dolcetti se habia entregado á la liquidacion de los otros negocios de Lanza, asombrado de ver todo el dinero que éste habia perdido en sus especulaciones de frutos.

Todo su afan era concluir pronto la liquidacion de aquella union, que le impedía atender al escritorio como él hubiera deseado, dedicándole todo su tiempo.

Cada dos ó tres dias iba á conversar con Luisa para imponerla de la buena marcha de los nego-

cios y el aumento de clientela que se producía casi diariamente.

Luisa se mostraba sumamente contenta, pues aquello solo podia muy bien importar la salvacion de los negocios.

Sin embargo de esto, Dolcetti se mostraba muy intranquilo y agitado.

—Pero por qué está usted así cuando los negocios prosperan con tanta felicidad, le preguntaba Luisa.

—Es que me sucede una cosa que no puedo explicarme por mas vueltas que le dé, respondía Dolcetti.

No recibo correspondencia de Italia y esto, sin poderlo remediar, me alarma.

Yo debía haber recibido ya aquellas malditas letras de Falcon, con la nota de pagas y deb haberme acusado recibo de las sumas que Lanza

remitió telegráficamente y las que envió por letras.

Sin embargo, nada he recibido y esto me tiene desasosegado sin poderlo evitar.

Se habrán perdido las cartas ó se habrá perdido el dinero?

—Es fácil que se haya demorado la correspondencia ó que, respondía Luisa, como sabían que Carlo iba, hayan guardado todo para entregárselo allí.

No nos afijamos y esperemos todavía.

Es probable que no tardemos en recibir telegrama de Carlo.

Escríbale usted para que reclame esos documentos en caso que no se los hayan entregado, y así estará mas tranquilo.

Dolcetti aceptó la idea, mas por engañarse á sí mismo que por otra cosa.

Su intranquilidad seguía ganando terreno en su espíritu, porque no comprendía cómo casas de comercio serías y bien ordenadas, no acusaban recibo de aquellas sumas de dinero recibidas telegráficamente, ni de los giros remitidos por Correo.

Tampoco decían nada de las demás cartas en que se les hablaba de otros asuntos apremiantes, ni de las que había escrito Lanza anunciando su viaje y avisando que él quedaba encargado de la casa con poder general.

El escritorio seguía su marcha regular, el dinero entraba á sus cajas como en tiempos de mayor prosperidad.

Solo esto de la correspondencia lo afijia, y lo afijia de un modo que le quitaba toda tranquilidad.

Las letras de Falcon, sobre todo, era lo que mas disgustado lo tenía, pues si esas letras por cualquier acontecimiento no se habian pagado, la quiebra del escritorio se hacia inevitable.

Sin embargo, y á pesar de aquella intranquilidad esperó, creyendo que tal vez de un momento á otro recibiría las contestaciones demoradas.

Pero aquella espera solo sirvió para agitarlo mas, y hacerle perder su serenidad por completo.

Volvió á consultar con Luisa, pero esta siguió dándole las razones de los dias anteriores y diciéndole que esperara.

Dolcetti notó que Luisa demostraba demasiada confianza y que no se afijia por aquella situacion que podía muy bien ser la ruina.

Ya no pudo darse una esplicacion satisfactoria de esta conducta y de una tranquilidad que la misma Luisa no podía satisfacer lógicamente.

Dolcetti revisaba la correspondencia de los últimos meses que estaba allí en el copiator, y encontraba que todo marchaba perfectamente en orden.

Pero por qué no se habian contestado estas cartas?

En seguida volvía á revisar los libros y se encontraba con que todos los vencimientos habian sido atendidos á tiempo, y que en su mayor parte debían haber sido cubiertos.

Entonces, por qué no venía el aviso, por qué no se les escribía una sola línea?

Siendo la maldita letra de Falcon lo que mas lo preocupaba, sobre ella dirigió sus primeras investigaciones.

Aquel dinero era el primero que se habia remitido telegráficamente por intermedio de la casa Carminatti.

Así estaba asentado en los libros bajo el dictado del mismo Lanza, puesto que Dolcetti no habia intervenido en la operacion.

Tal vez Carminatti supiera si la letra habia sido cubierta.

Copió el apunte y con él se fué á ver á Carminatti, en la esperanza de saber algo.

Pero allí recibió una noticia que le heló la sangre en las venas.

Carminatti le manifestó que él no habia hecho ninguna remision telegráfica por cuenta de Lanza.

Que la única operacion que habia hecho con éste, era darle una letra por la misma cantidad á su orden y á la vista.

A Dolcetti le parecia que soñaba.

Cómo podía Lanza haberle hecho hacer un falso apunte en los libros y haber llevado una falsa correspondencia en el copiator?

Era necesario aclarar aquello, hacer un telegrama á Lanza y á los tenedores de aquellas malditas letras.

Con aquel chasco, Dolcetti ya no pudo dominar su agitacion.

Tomó de los libros las fechas en que Lanza habia girado á favor de los banqueros Parody y se fué al Banco de Italia y demás que, segun apuntes de Lanza, habian hecho los giros.

Pero allí se encontró con la misma respuesta que le diera Carminatti.

En aquellas fechas Lanza no habia tomado giros sino á su orden y á la vista.

Tenia por delante el plan de Lanza, se lo mostraban los hechos, y sin embargo Dolcetti aún no caía en él.

Su agitacion era inmensa, consultaba los libros, consultaba el copiator y todo lo encontraba en regla.

Cómo podía Lanza haber simulado aquellos apuntes y aquella correspondencia?

Para Dolcetti no habia mas esplicacion que la que Lanza pudiera darle.

Habló francamente con Luisa, le dijo todo lo que pasaba, y Luisa se rió de sus temores, diciéndole que aquellos serian errores de las casas donde habia ocurrido en busca de datos, y de yapa le afeó su proceder, diciéndole que aquello era desconfiar de Lanza y que él no tenia ni derecho ni razon para desconfiar, y que su proceder seria afeado por el mismo Lanza cuando volviera.

A pesar de las seguridades que le daba Luisa, Dolcetti no pudo esta vez tranquilizarse.

Estaba descorazonado por completo y temia que de un momento á otro le llegara algun paquete de letras protestadas por falta de pago.

Poco mas de un mes hacia que Lanza se habia ido.

Luisa debía haberse embarcado ya, segun lo

convenido, pero se demoraba hasta recibir telegrama de Lanza.

Si ella se iba así no mas, se esponia á perder todos sus muebles que no podria vender sin dar á comprender todo el plan de Lanza, y además que estaba atada por aquella aventura que Geremias, á pesar de toda su habilidad, aún no habia podido descubrir.

Qué amores eran aquellos que Luisa ocultaba tanto?

Esta era la desesperacion del abandonado Geremias, que no podia de ningun modo conformarse con la pérdida de sus amores.

El mismo Dolcetti, por conversaciones que le hizo Geremias, empezó á desconfiar de la conducta de Luisa, hasta que comprendió tambien que Luisa tenia algun amante oculto.

Pero esto qué le importaba á él? qué tenia él que hacer con la conducta y vida privada de Luisa?

Demasiado tenia que hacer con la sospecha tremenda que empezaba á ganarlo y que no podia desechar, á pesar de las mil reflexiones que se hacia.

—El estado del escritorio es bueno y de gran porvenir, pensaba, por qué Lanza se habia de ir cuando puede recuperar todo lo perdido sin gran trabajo, como él mismo lo pensaba?

Todo estaba arreglado, no habia ningun apuro de dinero por el momento, y al escritorio seguian ingresando fondos y clientes.

Luego para él, Lanza era un hombre honrado en toda la estension de la palabra, é incapaz de cometer una pilleria.

Si fuese capaz de hacer una mala accion ó una quiebra fraudulenta, se hubiera ido cuando podia hacerlo con diez ó quince millones de pesos.

Y concluia siempre conviniendo en que Lanza no era capaz de cometer una infamia, mucho menos cuando se habia ido lleno de proyectos magníficos.

—Esperemos, se decia, ya sus telegramas no pueden tardar.

Además, si Lanza se hubiera ido para quedarse en Europa, no habria dejado aqui su mujer á que corriese las contingencias de su mala accion.

Pero y aquellos datos sobre los fondos remitidos?

Tamian que ser datos equivocados forzosamente, como decia Luisa.

No estaban allí copiadas las cartas de remision? no habia visto él mismo los giros que Lanza habia agregado á la correspondencia antes de llevarla al Correo?

El pobre jóven perdía la cabeza, y como no se atreva á confiar á nadie sus temores, por no hacer mal á Lanza, sufría de una manera indescriptible.

Á la misma Luisa no se atreva á comunicarle las terribles sospechas que lo tenian dominado.

Alguna vez sospechó que Luisa podia ser cómplice de Lanza, pero bien pronto abandonó esta sospecha, porque si fuera así, ya Luisa se

habria ido tambien sin que nadie hubiese podido retenerle el viaje, porque no habia para ello ninguna razon.

Dolcetti llegó hasta contraer una ruda fiebre, pero la misma fiebre lo mantenía en pié esperando y atendiendo todos los quehaceres del escritorio.

Por fin llegó el telegrama, aquel famoso telegrama que habia hecho Lanza desde Burdeos. Al recibir el telegrama, el jóven respiró con fuerza y sintió que todas sus dudas se disipaban.

Aquel telegrama no podia ser otra cosa que el convenido, autorizándole á girar en descubierto sobre los Bancos con quienes Lanza se habia ya arreglado.

Hacia mucho tiempo que el pobre jóven no tenia un momento de tanta alegria como aquel.

Se reprochó todas sus dudas y sospechas, y no queriendo demorar un momento la buena noticia, se fué á ver á Luisa con el telegrama aún cerrado.

—Aquí está el telegrama del hombre, le dijo á la entrada y antes de saludarla, ahora saldremos de dudas.

La alegria que manifestó Luisa, á fuerza de ser tan virtuosa, debió haberlo hecho desconfiar de que fuera fingida.

Pero Dolcetti estaba tan embargado por el mismo telegrama, que no reparaba en nada.

Abrió el despacho, aquel tremendo despacho, y se puso á leerlo con cierto trabajo, porque era un despacho cifrado.

No bien hubo leído la primera línea, el jóven palideció intensamente y no pudo contener una exclamacion de espanto.

No podia ser mas lacónico en su contenido terrible aquel cruel telegrama.

—Pero qué hay, qué sucede? preguntó Luisa fingiendo una angustia infinita.

—Lo que sucede, sollozó Dolcetti, es que estamos perdidos, oiga usted lo que dice Lanza.

Y con voz entrecortada por la emocion, leyó lo siguiente, que era todo el despacho:

“Mis negociaciones con Bancos fracasadas, no hay esperanzas, liquide casa y sálvese, yo no vuelvo mas allí.”

Luisa aparentó desmayarse y quiso hacerse sostener por Dolcetti, pero éste, medio enloquecido, habia salido corriendo al escritorio.

Qué le quedaba que hacer en medio de aquella desgracia horrible que tan hondamente afectaba su porvenir?

Si huia, se hacia cómplice y se perdía, porque huyendo nadie creeria en su inocencia.

Y si se quedaba, qué respondería á los napolitanos que irian á reclamar su dinero en cuanto supieran el descalabro?

Aquella gente era capaz de matarlo, creyéndolo cómplice de Lanza, para vengarse de aquella infamia.

El pobre jóven no sabia qué partido tomar: aunque desde el primer momento rechazó la idea de la fuga, no dejaba de comprender que quedándose corria un peligro de muerte.

Era aquel un momento de suprema angustia para el desgraciado jóven, sin tener familia aquí, ni siquiera un amigo capaz de aconsejarlo en aquel trance tan amargo.

A fuerza de pensar y desesperarse, al fin se le ocurrió una idea que creyó salvadora.

Dejó en el escritorio al jóven dependiente que le ayudaba y se fué á ver al ahogado de Lanza, el doctor Casabal, para aconsejarse de él y seguir el consejo que este le diera.

Dolcetti estaba aturtido y temia cometer una barbaridad, guiado por su desesperacion.

El ahogado escuchó con benevolencia toda la narracion que le hizo Dolcetti, hasta la lectura del telegrama.

Hablaba con sinceridad el jóven, ó era un cómplice de Lanza mas astuto que aquel, puesto que buscaba hasta la cooperacion de un abogado?

Este estuvo contemplando al jóven largo rato y pareciéndole que su desesperacion era verdadera, le preguntó qué era lo que pensaba hacer.

—Yo haré lo que usted me diga, doctor, para que me aconseje he venido aquí.

Con la ruina de Lanza no me queda mas bien de fortuna que mi nombre y éste deseo conservarlo á toda costa.

—Muy bien, respondió el abogado, puesto que en situacion tan critica usted viene buscando mi consejo, yo se lo daré leal y franco.

Si usted está complicado en la quiebra de Lanza, de cualquier modo que sea, aproveche el tiempo que tiene por delante mientras se ignora y póngase en salvo.

Ahora, si usted es inocente á no haber la menor duda y puede demostrar su inocencia, quédese y nos presentaremos al Juez de Comercio.

—Bueno, señor, respondió el jóven con cierta alegría.

Los libros de la casa están en perfecto órden y al dia, así como el copiador de cartas donde está toda la correspondencia que ha venido hasta hoy.

Desde que se fué Lanza yo soy responsable del dinero que ha entrado al escritorio, cuya mayor parte está en caja porque no se ha girado aún.

Es una suma bastante alta, que de algo podrá servir, pero yo no sé si se debe devolver á los que me la entregaron, que me la han de reclamar, ó si debe ingresar al fondo general de la quiebra.

—Usted debe presentarse al Juez de Comercio, con el estado de la casa hasta hoy, y él resolverá lo que ha de hacerse: no toque usted nada ni haga nada, absolutamente nada, pues la menor cosa, por inocente que le parezca, pue-

de complicarlo en el asunto y costarle un disgusto por lo menos.

El jóven, algo mas consolado, ó mejor dicho ménos desesperado, volvió al escritorio y se puso á trabajar con pasion en el arreglo de todos los papeles, para poder al dia siguiente presentarse en toda regla.

Aquella quiebra era una ruina terrible para él. Todos sus sueños para el porvenir se le venian al suelo y se quedaba hasta sin el empleo á que tantos años habia servido.

Y el pobre jóven se abismaba en sus pensamientos, no comprendiendo cómo Lanza lo habia podido engañar.

Toda aquella noche trabajó Dolcetti en el arreglo de los papeles; lo único que lo preocupaba era no caer envuelto en la infame accion cometida por Lanza.

La idea de que alguien pudiera dudar de su integridad, lo conmovia hasta caersele las lágrimas.

El doctor Casabal tenia razon, era necesario presentarse al Juez de Comercio, y dejar bien constatada su inocencia, de manera que nadie pudiera abrigar la mas pequeña duda.

Al otro dia temprano Luisa lo mandó llamar, para preguntarle qué pensaba hacer.

Dolcetti le refirió su conferencia con el abogado, y el consejo que este le diera, el que pensaba seguir tan al pié de la letra que ya tenia todo arreglado para presentarse aquel mismo dia, y hacer entrega de todo al Juez de Comercio.

—Pero eso es una atrocidad, murmuró Luisa, nos vamos á quedar en la calle y esto no puede ser.

Yo necesito dinero y es preciso que usted me entregue el que haya en el escritorio.

—Ni un centavo! exclamó horrorizado Dolcetti, ni un centavo!

He cerrado los libros hasta ayer, y centavo que yo le entregara, apareceria robado por mí.

Luisa desplegó todo su talento y recursos para seducir á Dolcetti y hacerlo que le entregara dinero, pero todo fué inútil.

Dolcetti se fué para verse libre de tentaciones y aquel mismo dia, guiado por el doctor Casabal, se presentó al Juez de Comercio con el telegrama de Lanza y un apunte minucioso del estado de la casa.

El doctor Ortiz, que era entonces Juez del Comercio, recibió á Dolcetti con ciertas desconfianzas.

Pero despues de un largo interrogatorio, se convenció que aquel jóven era inocente y le dijo que se fuera tranquilo, que todo se arreglaría.

FIN DE COMEDIA

Esa misma tarde empezó á correr la voz sobre la quiebra de Lanza, y al día siguiente los diarios de la mañana publicaban la noticia agregando los comentarios.

El efecto de aquella noticia fué incalculable. Cuando Dolcetti abrió el escritorio para llevar al Juzgado los libros y papeles que se le habian pedido, quedó aterrado.

La cuadra donde estaba situado el escritorio, se encontraba llena de gente, que iba aumentando por momentos.

Eran los clientes de Carlo Lanza que iban á cerciorarse de la verdad de la noticia y á reclamar su dinero.

Aquello era una confusion espantosa.

Unos lloraban como recién nacidos, otros maldecían de una manera espantable, bestemiando contra todos los santos.

Los sombreros volaban por el aire y los puños se levantaban en ademán de terrible amenaza.

Eran los napolitanos que manifestaban su desesperacion de todos modos.

Hombres, mujeres y niños estaban allí aglomerados en horrible confusion, y todos á una pedían la devolucion de sus depósitos ó de las sumas que habian confiado á Lanza para remitir á Europa.

Y todos amenazaban levantando los puños su direccion al escritorio, con ademán de terrible amenaza.

Dolcetti tuvo miedo.

Aquella gente napolitana, enloquecida por la pérdida sufrida, podia echársele encima y vengar en él la accion infame cometida por Lanza.

La situacion no podia ser mas peligrosa para el jóven.

Entre aquella gente habia de todo, hombres buenos y honrados, mas ó menos razonables, y bandidos capaces de todo, con tal de poder vengarse.

Al ver aglomerada tanta gente en son de guerra, los que pasaban se iban deteniendo á averiguar lo que significaba aquello, de modo que entre clientes de Lanza y curiosos, estaba la cuadra materialmente llena.

Fué preciso que acudiera la Policía á despejarlos, porque aquello iba tomando en aspecto peligroso.

Gente habia que queria echar abajo las puertas del escritorio y entrar á sacar su dinero, despedazándolo todo.

Los mas enérgicos y bandidos, estaban empuñados en esto, é incitaban á los demás compañeros de infortunio á que los secundaran.

Y los mas débiles se contentaban con llorar, arrancándose los cabellos á puñados.

La Policía, á costa de grandes trabajos, logró despejar la cuadra, obligando á los grupos á retirarse diseminándose en las calles adyacentes.

El aspecto de aquella gente daba lástima y risa al mismo tiempo, por la manera cómica que tenian algunos de manifestar su dolor.

Es que entre ellos habia infelices á quienes Lanza les agarraba el trabajo de treinta años de economia y de privaciones, á una edad en que no lo podrian reponer.

Estos pobres, que habian pasado una vida de verdadera miseria para juntar una suma, como para poder pasar en Europa una vejez agradable, se encontraban de repente en la calle, sin esperanzas de recuperar lo perdido.

Y como era natural, llevaban su dolor hasta el llanto, fácilmente, pues los napolitanos no necesitan mucho para llorar.

Por todas partes se oía el nombre de Carlo Lanza seguido de una escogida coleccion de maldiciones y bestemias.

Un jorobado billeteo que habia caido en la volteada, con unos treinta mil pesos, lloraba de una manera formidabile, mientras un viejo escclamaba á su lado:

—Es natural, desde que un jorobado estaba entre nosotros, alguna sciagura tenia que sucedernos, y lo peor es que esta sciagura lo ha sido en toda regla.

Cuando la cuadra estuvo despejada, Dolcetti se animó á salir y se trasladó al Juzgado de Comercio, no sin cierto temor, pues habia oido algunos gritos y proyectos de venganza en su contra.

Y aquel día pidió el amparo de la autoridad, porque no seria extraño que alguno de aquellos bandidos intentara vengarse en él del mal causado por Lanza, suponiéndole su cómplice.

El doctor Ortiz, penetrado del peligro que corría el jóven, se dirigió á la Policía, cuyo jefe garantizó á Dolcetti que nada le sucederia, que anduviera sin cuidado alguno por todas partes, que él lo haria seguir siempre por un agente de Policía.

El deseo del jóven era que el Juez de Comercio terminara cuanto antes de arreglar aquella quiebra, para poderse ir á Europa, porque la vida de Buenos Aires lo sofocaba.

Pero no queria irse antes que el Juez lo hubiera declarado inocente en aquella quiebra, quiebra en la que él era uno de los mas perjudicados, puesto que habia perdido su porvenir, que al lado de aquel hombre habia creído asegu-

radó, además de todas las angustias y malos ratos porque había pasado.

Cuando la Policía se retiró de los alrededores de la casa de Lanza, volvieron los napolitanos á invadir la cuadra, siempre con sus manifestaciones de dolor y su llanto interminable.

Aquella cuadra era un verdadero espectáculo para los vecinos.

Unos, sentados en la vereda, referían á otros la historia de sus desventuras, es decir, lo que les había costado ganar la suma que Lanza les llevaba.

Otros lloraban silenciosamente recostados contra la puerta del escritorio, como quien llora en la tumba de un ser querido, mientras otros maldecían y se mordían ropas y carnes con desesperación febril.

Entre los grupos se veía uno que otro fraile, que no despegaaba un momento de la puerta del escritorio sus ojos enrojecidos por el llanto.

Y todos preguntaban si había en lo dejado por Lanza como recuperar algo de lo perdido, entablándose con este motivo las mas cómicas discusiones, discusiones que degeneraban en riñas encarnizadas donde la Policía tenía que intervenir.

Monseñor Mattera había caído en la volteada y junto con él aquella infinidad de curas de campaña que tenían allí depositada su platita, y que á medida que la noticia iba llegando hasta ellos, se iban poniendo en camino para la ciudad, á ver si llegaban á tiempo de salvar algo.

Estos venían derecho al escritorio, donde se encontraban con la noticia del descalabro y sus desesperantes detalles.

Algunos se retiraban disimulando el efecto interior que aquellos detalles les producían, por no incitar la risa de los demás.

Pero otros no tenían tanta fuerza de voluntad, y después de una invocación á la Madona, soltaban el hilo de su llanto mas amargo.

Y convencidos de que era inútil llorar, se retiraban á buscar consuelo en otra parte.

Todos aquellos infelices y no infelices, cuyas pérdidas reunidas importaban mas de cuatro millones de pesos, no tuvieron mas remedio que presentarse al concurso y consentir en el reparto de lo poco que había quedado, gracias á la administración honrada de Dolcetti que solo en aquel mes había hecho producir al escritorio quebrado algunos buenos miles de francos.

No se sentía por todas partes sino lamentos de los estafados y maldiciones contra Carlo Lanza.

No había lustra-botas, vendedor de lotería, mercachifle y pulpero napolitano, que no hubiera caído en la volteada.

Todos tenían depositadas sus economías en el famoso Banco de Lanza, y así se vé que el valor de los depósitos solamente subía á cinco millones de pesos próximamente.

El Carnaval de ese año llegó, y los que entonces habían sido los teatros de sus triunfos, fueron el teatro hasta de sus ejecuciones en efígie.

Aquellos mismos que tanto lo habían aplaudido como valista, fueron los que mas malde-

cian su memoria vestidos de tacheros, lustra-botas, etc.

Por el corso paseó un gran carro de mudanzas, donde Lanza era ahorcado en imagen por sus clientes estafados que habían resuelto hacerse justicia á sí mismos.

Los tercetos de napolitanos, esos espantables tercetos de arpa, violin y flauta, encargados de atormentar el tímpano del viandante, cantaban versos alusivos á la fuga de Lanza y narraban la historia de su quiebra en la parte que á cada víctima se refería.

Luisa había pensado huir segun había ella arreglado con Lanza, pero una sería sospecha la detuvo.

La esperaría Lanza en Burdeos como se lo había prometido, ó se habría mandado mudar y ella iría á encontrarse en Francia sola y sin recursos?

El ha hecho su telegrama desde Burdeos, lo que quiere decir que ha avisado que allí se encuentra.

No era posible que un hombre tan vivo como Lanza, se quedara allí, cuando sus víctimas lo sabían.

Lo racional es que Lanza, una vez hecho el telegrama, se hubiera mandado mudar donde nadie pudiera irlo á buscar.

Entonces, lo mejor era no moverse de Buenos Aires, hasta no recibir cartas de Lanza con instrucciones que le indicaran dónde lo debía buscar.

Además, si ella se iba, podían echarse sobre sus muebles y efectos que no podía vender con rapidez y la dejarían en la calle.

Para ponerse á cubierto de todo golpe de mano por parte de las víctimas de Lanza, Luisa simuló una venta de cuanto poseía y empezó á venderlo todo efectivamente por mano de la misma persona que le había servido en la simulación.

Con el dinero que le dejó Lanza, el que le entregó después el inocente Dolcetti y lo que sacó de los muebles superfluos que tenía y alhajas de Lanza, alcanzó á formarse un capitalito con el que podría atender cómodamente sus necesidades y aún establecerse con algun negocio.

Geremías no había cesado de perseguirla un solo momento, en la esperanza de volver á conquistarla para su amor.

Pero solo consiguió que Luisa le notificara que no volviera á ocuparse de ella para nada y que la dejara en paz.

El terco Geremías no se dió por vencido, creyó que descubriendo la persona con quien Luisa tenía indudablemente relaciones amorosas, podría rendir á Luisa y siguió en su espionaje.

Como el concurso formado á Lanza se había apoderado de todo, el carrage cayó tambien en la volteada, y Luisa tuvo entonces que suspender sus escursiones favoritas con la comodidad que antes las hacía.

El espionaje de Geremías se hizo mas fácil entonces, y pudo dar al fin con la persona que tanto había buscado antes.

Una noche, Geremías vió que Luisa entraba á su casa acompañada de un jóven.

Por mas que apuró el paso no pudo verle la cara, mientras que Luisa pudo cerciorarse una vez mas del espionaje que sobre sus actos ejercia el clérigo.

Y previno á su acompañante lo que sucedia, para que á la retirada tomara sus precauciones.

Geremías se quedó en la esquina decidido á esperar á que el jóven saliera para averiguar quién era, siguiéndolo hasta su casa.

Irritado por los celos del despecho, Geremías esperó hasta la madrugada, y cuando el jóven salia de casa de Luisa, se le puso por delante para mirarle la cara.

No sospechaba que Luisa le hubiera dado aviso de lo que pasaba y creia obrar impunemente.

Pero el jóven salió bajo la influencia de estas palabras que le habia dicho la astuta jóven:

—Hay un fraile, cliente de Lanza, que me persigue á muerte, porque se ha enamorado de mí.

Ya me tiene loca con sus pretensiones.

Para descubrir mis amores hace la centinela en la esquina dia y noche, porque cree que con eso me hará mal y me obligará á atenderlo, bajo amenaza de difamacion.

Es preciso que salgas con cuidado y no te desjes ni conocer ni seguir.

El jóven, prevenido de esta manera, resolvió concluir con el espionaje y pretensiones de Geremías, rompió la escoba de la casa preparándose un morrudo garrote, con el que salió á la calle.

Apenas lo vió salir, Geremías se puso en su seguimiento.

El jóven se alejó apresuradamente unas tres cuadras para no comprometer á Luisa, y cuando creyó que el momento era oportuno, dió media vuelta y enarbolando su palo de escoba, interrogó bruscamente á Geremías por qué lo seguia.

Este quedó sorprendido y pensaba aún en lo que habia de responder, cuando el jóven empezó á medirle las costillas de una manera famosa.

Geremías quiso huir, pero el jóven lo agarró de un brazo y siguió sacudiendo.

Y en la lucba, el pobre fraile perdió el sombrero y peluca, dejando en descubierto el cerquillo que acusaba su oficio.

Acudió el vigilante y el molido sacerdote y el jóven fueron conducidos á la Comisaria, de donde este salió en libertad despues de pagar la multa por escándalo.

Geremías, como se trataba de un cura disfrazado, fué enviado á la Policia.

Cumplida su prision y en libertad, el pobre Geremías se encontró con que la Cúria lo habia suspendido de oficio y no podia ya asistir á los funerales, ni hacer sus diversas changuitas.

Este fué el fin y remate de las amorosas pretensiones de aquel desventurado.

Desde entonces no se ha vuelto á saber nada de Carlo Lanza.

Unos suponen que está en California y otros en Alejandría, habiendo algunos que aseguran lo han visto por Norte-América.

Concluidas las diligencias judiciales, Dolcetti pudo irse á Europa.

Fué recien allí que averiguó lo que habia hecho Lanza á su llegada, y pudo recien darse cuenta de cómo habia procedido para engañarlo á él primero que á nadie.

Allí supo que desde fines de Mayo, cuando Lanza empezó á preparar su plan de fuga, no se habia recibido en Europa una sola carta suya.

Dolcetti habia sido fumado de la manera mas completa.

Luisa quedó en Buenos Aires, puesto que ella fué la segunda victima de aquel bribon, cuya memorable quiebra no tendrá competencia entre nosotros.



**Es propiedad literaria y artística de la
Casa Editora Luis Manóel y C^ª.
Buenos Aires-Calle General Lavalle 1276**

